

LUIS PÁSARA

¿QUÉ PAÍS ES ESTE?

CONTRAPUNTOS EN TORNO AL PERÚ Y LOS PERUANOS

José Carlos **AGÜERO** Jeanine **ANDERSON**
Wilfredo **ARDITO** Rosario **BAZÁN** Javier
DE BELAUNDE Jo-Marie **BURT** Gerardo
CHÁVEZ Óscar **ESPINOSA** **BEDOYA**
Alberto **GÁLVEZ** **OLAECHEA** Moisés
LEMLIJ Fabiola **LEÓN VELARDE** Carmen
LORA Ricardo **LUNA** Ramiro **LLONA**
Pilar **MAZZETTI** Mario **MONTALBETTI**
Jorge **NIETO** Felipe **ORTIZ DE ZEVALLOS**
Fernando **PALOMINO MILLA** Jose Luis
RÉNIQUE Carolina **TRIVELLI** Ricardo
UCEDA Roxana **VÁSQUEZ** **SOTELO**
Alberto **VERGARA** Juan Carlos **VERME**

¿QUÉ PAÍS ES ESTE?
CONTRAPUNTOS EN TORNO AL PERÚ Y LOS PERUANOS

Luis Pásara

¿QUÉ PAÍS ES ESTE?

CONTRAPUNTOS EN TORNO AL PERÚ Y LOS PERUANOS



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 ¿Qué país es este? : contrapuntos en torno al Perú y los peruanos / [José Carlos Agüero,
Q Jeanine Anderson, Wilfredo Ardito ... et al.] Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.--Lima: Pontificia
Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2016 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).
496 p.: retrs.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

D.L. 2016-14781

ISBN 978-612-317-206-0

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Problemas sociales - Perú
4. Identidad de grupo - Perú 5. Poder (Ciencias sociales) - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo
XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI
I. Agüero, José Carlos, 1975- II. Anderson, Jeanine, 1942- III. Ardito Vega, Wilfredo, 1965-
IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2016-1454

¿Qué país es este?

Contrapuntos en torno al Perú y los peruanos

Luis Pásara

© Luis Pásara, 2016

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2016

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: noviembre de 2016

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2016-14781

ISBN: 978-612-317-206-0

Registro del Proyecto Editorial: 31501361601215

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

*A la memoria de Jorge Basadre
y a la de César Arróspide de la Flor,
esperanzados ambos en que el Perú era no solo problema
sino también posibilidad.*

ÍNDICE

Quién es quién	11
Por qué y cómo	21
José Carlos Agüero: «No asumimos que somos un país de posguerra»	25
Jeanine Anderson: «Peruanos y peruanas, cada quien desde su posición, me ponen alguna distancia»	45
Wilfredo Ardito: «Aquí la diferencia genera desigualdad, genera jerarquías»	57
Rosario Bazán: «Para ser sostenibles en el tiempo, las empresas debemos enfocarnos no solamente en los objetivos económicos»	75
Javier de Belaunde: «Ves en el país otras fuerzas que están tratando de construir algo mejor»	97
Jo-Marie Burt: «Si sigue habiendo gobiernos que no responden a las necesidades, puede surgir una violencia descontrolada»	117
Gerardo Chávez: «Los peruanos tienen una especie de pleito interno con sus compatriotas»	139
Óscar Espinosa Bedoya: «Es innegable que las cifras muestran hoy a un Perú diferente, a pesar de todo lo que falta por hacer»	149
Alberto Gálvez Olaechea: «No me siento arrepentido de la opción, de la lucha, de la aspiración y la batalla por construir una sociedad mejor»	165
Moisés Lemlij: «El país, desde antes de la conquista, ha sido tierra de conquistas ocasionales y fraccionamientos eternos»	181
Fabiola León Velarde: «En el Perú, el investigador es ese señor que no existe»	197
Carmen Lora: «En la sociedad actual, la idea de cambiar el mundo se ve como una cosa de locos»	215
Ricardo Luna: «Lo que debemos entender es que, en el mediano y largo plazo, hay que preocuparse del vínculo Brasil-Perú-Asia Pacífico»	235

Ramiro Llona: «Mi sensación de pertenencia con el Perú son un cúmulo de emociones»	251
Pilar Mazzetti: «Los determinantes sociales son muy importantes: de nada sirve que uno vacune si después el niño no se puede lavar las manos»	269
Mario Montalbetti: «Tenemos una mentalidad de avestruz: se entierra la cabeza y ya pasó»	289
Jorge Nieto: «No quería volver a mi pasado, que sigue ahí y hay quienes no se dan cuenta de que eso es el pasado»	301
Felipe Ortiz de Zevallos: «Parecemos un conjunto de gamonalitos, donde cada quien desea hacer lo que le da la gana en su pequeña chacra»	325
Fernando Palomino Milla: «Vamos a cumplir 200 años de vida republicana y todavía hay temor de tocar los temas de defensa»	347
José Luis Rénique: «La voz que sale de las instituciones nacionales y de los debates públicos es la voz que no hubiera querido escuchar»	367
Carolina Trivelli: «No tenemos ni el liderazgo ni el armado de un discurso convincente de lo que queremos ser como país»	385
Ricardo Uceda: «Falta un movimiento de derechos civiles, que se respete la ley, que se respete al ciudadano»	401
Roxana Vásquez Sotelo: «Si pienso en mi abuela, en mi madre, en mí y en mis sobrinas, por supuesto que se ha avanzado»	415
Alberto Vergara: «Las grandes irrupciones que han ocurrido en el país, nadie las vio venir»	431
Juan Carlos Verme: «Vienen tiempos de grandes cambios en el estamento y en la forma de pensar de los empresarios»	449
Resultados de un ejercicio de aprendizaje	467

QUIÉN ES QUIÉN



José Carlos AGÜERO SOLÓRZANO (Lima, 1975) es escritor e historiador. Trabaja sobre memoria histórica y participó en el proceso de investigación de la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Su libro *Los rendidos. Sobre el don de perdonar* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2015) ha alcanzado una importante repercusión. El autor integra el Taller de Estudios de Memoria y trabaja actualmente en un proyecto sobre subjetividades y posconflicto en el Instituto de Estudios Peruanos.



Jeanine ANDERSON (Kansas, 1942) es antropóloga, Ph.D. por la Universidad de Cornell. Vive en el Perú desde 1970. Ha sido activista en el movimiento feminista, consultora de entidades del gobierno peruano y organismos de cooperación, funcionaria de la Fundación Ford, profesora universitaria e investigadora independiente. Entre sus temas de investigación se hallan los sistemas de género, el orden generacional, la pobreza y la desigualdad, la organización de los cuidados, la salud y la política social.



Wilfredo ARDITO VEGA (Lima, 1965) es abogado, master en derecho internacional de los derechos humanos por la Universidad de Essex y doctor en derecho por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Además de su labor como profesor universitario y consultor en asuntos de derechos humanos, es un conocido activista sobre los temas de racismo y discriminación. Es autor de diversos trabajos sobre identidad indígena, discriminación y acceso a la justicia en el Perú. Ha publicado las novelas *El nuevo mundo de Almudena* (Lima: Altazor, 2008); *El cocinero clandestino* (Lima: Altazor, 2013) y *Los dorados años veinte* (Lima: Banco Central de Reserva del Perú, 2015).



Rosario BAZÁN (Celendín, 1961) es ingeniera industrial por la Universidad Nacional de Trujillo y se graduó como MBA en administración de negocios en la Universidad de Rochester y en INCAE, Universidad Adolfo Ibáñez. Desde 1994 es gerente general de DANPER. Ha sido miembro del consejo consultivo del sector privado del Banco Interamericano de Desarrollo en el Perú. En 2012 fue elegida presidenta de la Cámara de Comercio y Producción de La Libertad, cargo para el fue reelegida en 2014. Es vicepresidenta de la Federación de Cámaras de Comercio del Norte del Perú y directora para la CONFIEP. En 2015 fue la primera ganadora del premio Líderes Empresariales del Cambio y recibió el Premio IPAE Acción Empresarial.



Javier de BELAUNDE LÓPEZ DE ROMAÑA (Arequipa, 1947) es abogado y magíster por la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde es profesor principal del Departamento de Derecho. Presidió la Federación de Estudiantes de dicha universidad y se incorporó a la docencia en 1971. Como abogado es un reconocido experto en derecho civil, procesal civil, procesal constitucional, negociación y arbitrajes. Fue miembro de la Comisión Especial de Reforma Integral de la Administración de Justicia (CERIAJUS) y ha sido juez ad hoc en la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Ha participado en diversas comisiones que formularon propuestas de reforma constitucional y legislativas destinadas a impulsar la reforma del sistema de justicia. Autor de diversas publicaciones en materia de derecho civil, derecho constitucional y reforma judicial, es miembro de número de la Academia Peruana de Derecho.



Jo-Marie BURT (Connecticut, 1964) es profesora de ciencia política y estudios latinoamericanos en la Universidad George Mason y asesora principal de la Oficina en Washington sobre Asuntos Latinoamericanos (WOLA). Ha publicado diversos trabajos sobre violencia política, derechos humanos y justicia transicional en América Latina. Es autora de *Violencia y autoritarismo en el Perú: bajo la sombra de Sendero y la dictadura de Fujimori* (Instituto de Estudios Peruanos, 2009 y 2011). Fue investigadora para la Comisión de la Verdad y Reconciliación y ha sido profesora visitante Fulbright y profesora Alberto Flores Galindo en la Pontificia Universidad Católica del Perú en 2006 y 2010, respectivamente. Actualmente dirige proyectos de investigación sobre los juicios por casos graves de violaciones a los derechos humanos en el Perú y Guatemala.



Gerardo CHÁVEZ LÓPEZ (Trujillo, 1937) realizó sus estudios en la Escuela Nacional Superior de Bellas Artes de Lima. Ha participado en numerosas exposiciones personales y colectivas en diversos países. Entre otras distinciones, en 2006 recibió la Orden del Sol en el grado de Gran Oficial, en 2008 el gobierno de Francia le otorgó la medalla de la Orden de Caballero de las Artes y de las Letras de Francia, y en 2009 el Congreso del Perú le concedió la Medalla de Honor en el grado de Gran Cruz. Reside alternadamente en Europa y el Perú.



Óscar ESPINOSA BEDOYA (Lima, 1939) es ingeniero civil, con títulos de posgrado en ingeniería, economía y administración, obtenidos en el Perú, Estados Unidos e Italia. Desempeñó desde 1962 diferentes funciones en el sector público y ocupó posiciones directivas en CORPUNO, COFIDE, el Banco Central de Reserva e INTERBANC. Fue director ejecutivo en el Banco Mundial. En 1980 ingresó a Ferreyros (hoy Ferreycorp), donde fue director, gerente general y se desempeña como presidente ejecutivo. Ha participado, y actualmente participa, en diversos directorios de empresas, gremios y entidades educativas.



Alberto GÁLVEZ OLAECHEA (Lima, 1953) hizo estudios superiores en la Universidad Nacional Agraria y en la Universidad Nacional de San Marcos, que dejó inconclusos cuando se dedicó al activismo en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). En los años ochenta se integró al Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Fue encarcelado en 1987, fugó tres años después y volvió a ser detenido un año más tarde. Salió en libertad el 30 de mayo del 2015 tras cumplir una condena de 24 años por su participación en la subversión. Ha publicado dos libros de ensayos (*Desde el país de las sombras. Escrito en la prisión*, Lima: Sur, 2009 y *Con la palabra desarmada. Ensayos sobre el (pos) conflicto*, Lima: Fauno, 2015) y uno de relatos (*Puro cuento*, Lima: Fauno, 2012). Laboralmente, está dedicado a tareas de traducción.



Moisés LEMPLIJ (Lima, 1938) es doctor en medicina y psicoanalista, dirige el Seminario Interdisciplinario de Estudios Andinos (SIDEA) y es consultor de la maestría en Estudios Teóricos en Psicoanálisis de la Pontificia Universidad Católica del Perú, de la cual es fundador. Ha sido vicepresidente y tesorero de la Asociación Psicoanalítica Internacional, presidente de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis y profesor visitante del Elliot School of International Affairs de la George Washington University y del Guy's Medical School de la Universidad de Londres. Ha recibido el Premio Internacional de Psicoanálisis Mary S. Sigourney y la Distinción por Méritos Excepcionales al Servicio de la Salud y la Orden Médica, del Colegio Médico del Perú. Es autor de *Notas y variaciones sobre temas freudianos* (Lima: SIDEA, 2ª edic., 2011) y de *Cara a cara. Entrevistas profanas* (Lima: SIDEA, vol. I, 2011; vol. II, 2012), entre otras publicaciones.



Fabiola LEÓN VELARDE (Lima, 1956) es doctora en Ciencias, área de Fisiología, por la Universidad Peruana Cayetano Heredia (UPCH). Su área de investigación es la fisiología de adaptación a la altura, tema sobre el cual ha publicado extensamente. Desde 2008 es rectora de la UPCH. Es miembro del Consejo Directivo del Consejo Nacional de Educación (CNE), del Centro de Planeamiento Estratégico Peruano (CEPLAN) y del comité científico del Instituto de Investigación y Desarrollo (IRD) de Francia. Ha recibido distinciones como la de Caballero de la Legión de Honor de Francia, el Premio APEC-Perú a la Mujer Innovadora y la Orden al Mérito de la Mujer 2012.



Carmen LORA (Lima, 1944) combinó en su formación la pedagogía y la psicología. Es magíster en Estudios Teóricos de Psicoanálisis por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Su trabajo profesional se ha orientado a la infancia y a las organizaciones de mujeres. Laboró en la Mesa Nacional de Concertación para la Lucha contra la Pobreza (2002-2010) y como asesora de la alcaldesa de Lima Metropolitana en materia de género e infancia (2011-2013). En el Centro de Estudios y Publicaciones, con el que está vinculada desde 1971, preside actualmente el directorio y dirige la revista *Páginas*, que desarrolla un enfoque interdisciplinar de diálogo entre una perspectiva teológica, las ciencias sociales y humanas, la filosofía y el arte. Es profesora de la Maestría de Estudios de Género de la Escuela de Posgrado de la PUCP.



Ricardo LUNA (Lima, 1940) es internacionalista y diplomático de carrera. Se graduó en la Academia Diplomática y en relaciones internacionales por las universidades de Princeton y Columbia. En la Cancillería peruana ha desempeñado diversos cargos, incluidos los de jefe de Gabinete del canciller Carlos García Bedoya y jefe del Comité de Asesores del canciller José de la Puente. Se ha desempeñado como embajador del Perú ante Naciones Unidas (1989-1992), Estados Unidos (1992-1999) y Reino Unido (2006-2010). Ha sido profesor visitante en las universidades de Princeton, Columbia, Brown y Tufts, y en el Instituto de Estudios Políticos de París, además de la docencia en la Academia Diplomática del Perú. Es *international fellow* de la Universidad de Harvard. En julio de 2016 fue designado ministro de Relaciones Exteriores.



Ramiro LLONA (Lima, 1947) estudió arquitectura en la Universidad Nacional de Ingeniería y artes plásticas en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ha vivido un largo periodo en Nueva York, donde cursó estudios en el Instituto Pratt. En 1986 su trabajo fue reconocido internacionalmente a través de la muestra antológica del Museo de Arte Moderno de Bogotá. En 1998, la retrospectiva de su obra en el Museo de Arte de Lima reunió una muestra representativa de sus primeros 25 años de labor artística. En 2010, *El Comercio* dedicó a su obra un tomo en la serie Maestros de la Pintura Peruana. En 2013 expuso la muestra fotográfica *Barranco a pie* en el Museo de Arte Contemporáneo. Su trabajo ha sido exhibido en más de sesenta muestras individuales en diferentes ciudades de América y Europa.



Pilar MAZZETTI (Lima, 1956) se graduó como médico cirujana en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde también obtuvo un doctorado en Neurociencias. Su especialidad es la neurogenética, que estudió en París, área en la que ha publicado diversos trabajos. Se graduó como máster en educación en la Universidad San Martín de Porres. Ha realizado estudios en gerencia hospitalaria y servicios de la salud. En 2004 fue nombrada ministra de Salud y en 2006, ministra del Interior, como la única mujer que ha ocupado ese cargo. Es jefa del Servicio de Neurogenética en el Instituto Nacional de Ciencias Neurológicas.



Mario MONTALBETTI (Lima, 1953) es profesor principal de Lingüística en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ha escrito nueve libros de poemas: *Perro Negro* (1978), *Fin Desierto* (1995 y 1997), *Llantos Eliseos* (2002), *Cinco segundos de horizonte* (2005), *El lenguaje es un revólver para dos* (2008), *Ocho cuartetos contra el caballo de paso peruano* (2008), *Apolo cupisnique* (2012), *Vietnam* (2014) y *Simio meditando* (2016). Su poesía reunida ha aparecido bajo el título de *Lejos de mí decirles* (Ciudad de México: Aldus, 2013 y Cáceres: Ediciones Liliputienses, 2014). También ha publicado *Lacan arquitectura* (con J. Stillemans, Lima: Fondo Editorial de la PUCP, 2009); *Cajas*, un estudio sobre lenguaje y sentido (Lima: Fondo Editorial de la PUCP, 2012) y la colección de ensayos *Cualquier hombre es una isla* (Lima: Fondo de Cultura Económica, 2014).



Jorge NIETO (Lima, 1951) es sociólogo, graduado en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Se doctoró en Ciencias Sociales por la FLACSO – México. En UNESCO dirigió la Unidad para la cultura democrática y la gobernabilidad. Se desempeñó en México como consultor en asuntos de gobernabilidad. Integra el Foro Mundial de la Sociedad Civil y es miembro del comité editorial de LID Publishing. En julio de 2016 fue designado ministro de Cultura.



Felipe ORTIZ DE ZEVALLOS (Lima, 1947) se graduó como ingeniero industrial por la UNI, como master en Gestión y Análisis de Sistemas por la Universidad de Rochester, Nueva York, y del Programa OPM de la Escuela de Negocios de la Universidad de Harvard. Ha sido consejero, empresario, académico, periodista y diplomático. Fundó APOYO en 1977 y preside su directorio. Fue embajador del Perú en Estados Unidos (2006-2009) y es profesor principal de la Universidad del Pacífico, donde fue rector (2004-2006). Autor de diversos libros, es miembro del directorio de empresas y de organizaciones sin fines de lucro. Es presidente de la Asociación Civil Transparencia (2014-2016) y, desde 2016, consejero presidencial ad-honorem.



Fernando PALOMINO MILLA (Lima, 1958) es bachiller en Ciencias Navales, magister en Economía por la Pontificia Universidad Católica del Perú y master en Seguridad Hemisférica por la Universidad del Salvador, así como graduado del Colegio Interamericano de Defensa en Washington DC. Ha sido director general de Economía del Ministerio de Defensa y miembro del gabinete de asesores del ministro, agregado de Defensa en Francia, Bélgica y Países Bajos, director de la Caja de Pensiones Militar Policial y director del SIMA-PERU. Es especialista en política de defensa, planificación y presupuesto y proyectos de inversión. Contralmirante en retiro, se desempeña como profesor en el Centro de Altos Estudios Nacionales (CAEN), la Academia de Guerra Naval y la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas.



José LUIS RÉNIQUE (Lima, 1952) estudió historia en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en la Universidad de Columbia en Nueva York. Desde 1991 es profesor en Lehman College y en The Graduate Center de la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Entre sus publicaciones figuran: *Los sueños de la sierra. Cusco en el siglo XX* (Lima: CEPES, 1991); *La voluntad encarcelada. Las «luminosas trincheras de combate» de Sendero Luminoso del Perú* (Lima: IEP, 2003); *La batalla por Puno. Conflicto agrario y nación en los Andes Peruanos* (Lima: IEP, 2004); *Imaginar la nación: viajes en busca del «verdadero Perú», 1881-1932* (Lima: IEP, 2015) e *Incendiar la pradera. Un ensayo sobre la revolución en el Perú* (Lima: La Sinistra Ensayos, 2015).



Carolina TRIVELLI (Lima, 1968) es bachiller en Ciencias Sociales con mención en Economía por la Pontificia Universidad Católica del Perú, y magister en Economía Agraria por The Pennsylvania State University. Fue ministra de Desarrollo e Inclusión Social (2011-2013) y ha liderado el proyecto de dinero electrónico de la Asociación de Bancos del Perú (2014-2016). Actualmente es investigadora principal del Instituto de Estudios Peruanos (IEP), preside el Consejo de Administración de Fundación Backus y es miembro del directorio de Colegios peruanos–Innova Schools, de The Consultative Group to Assist the Poor (CGAP) y del Global Innovation Fund (GIF). Asimismo, es miembro de la Comisión consultiva para la estimación de la pobreza del INEI y del Consejo Fiscal del Perú.



Ricardo UCEDA (Chiclayo, 1953) ejerce el periodismo desde 1974. Ha sido editor y director de diversas publicaciones. Dirigió el semanario *Sí* y la Unidad de Investigación del diario *El Comercio*. Ha liderado importantes investigaciones periodísticas peruanas, incluidas la que descubrió el Grupo Colina, que cometió los crímenes de La Cantuta y Barrios Altos, y la que reveló la falsificación de más un millón de firmas para la segunda reelección de Alberto Fujimori. Ha publicado *Muerte en el Pentagonito* (Planeta, Bogotá, 2004), un trabajo de investigación sobre crímenes militares y subversivos. Ha recibido el Premio Libertad de Prensa (Comité de Proyección de Periodistas, Nueva York, 1993), el premio María Moors Cabot (Universidad de Columbia, 2000) y una distinción especial del International Press Institute (IPI, 2000). Desde el año 2001 dirige el Instituto Prensa y Sociedad, IPYS.



Roxana VÁSQUEZ SOTELO (Lima, 1957) se graduó como abogada en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Como feminista, tiene más de treinta años de trabajo en la promoción y defensa de los derechos humanos de las mujeres. Ha participado en la creación, organización y dirección de entidades nacionales e internacionales que contribuyen a fortalecer la defensa de los derechos de las mujeres. Ha diseñado, coordinado y participado en la realización de investigaciones de nivel nacional y para la región latinoamericana sobre violencia de género y derechos sexuales y reproductivos. En este campo, es autora de investigaciones, ensayos y artículos. Actualmente realiza estudios y presta asesoría especializada en análisis de género y derechos humanos.



Alberto VERGARA (Lima, 1974) es politólogo, doctorado por la Universidad de Montreal. Ha sido investigador posdoctoral y *lecturer* en política latinoamericana en la Universidad de Harvard y profesor invitado en *Sciences po* París. Ha publicado: *Ni amnésicos ni irracionales: las elecciones de 2006 en perspectiva histórica* (Lima: Solar, 2007), *La iniciación de la política* (coeditado con Carlos Meléndez, Lima: Fondo Editorial de la PUCP, 2010), *Ciudadanos sin república* (Lima: Planeta, 2013) y *La danza hostil: poderes sub-nacionales y Estado central en Bolivia y Perú, 1952-2012* (Lima: IEP, 2015). Sus artículos han aparecido en *Latin American Research Review* y *Journal of Democracy*, entre otros medios.



Juan Carlos VERME (Lima, 1964) es empresario e inversionista, coleccionista de arte contemporáneo y participante activo de proyectos educativos y culturales en Perú y otros países latinoamericanos. Desde 2005 preside el Patronato del Museo de Arte de Lima (MALI); ha sido director, tesorero y vicepresidente de la Asociación Cultural Filarmonía. Es miembro del *trustees committee* de Tate Americas Foundation. En noviembre de 2012 fue designado vicepresidente de la Fundación Museo Reina Sofía de Madrid.

Contrapunto. Del b. lat. [cantus] contrapunctus.

1. m. Concordancia armoniosa de voces contrapuestas.
2. m. Arte de combinar, según ciertas reglas, dos o más melodías diferentes.
3. m. Contraste entre dos cosas simultáneas.

Diccionario de la Real Academia Española

POR QUÉ Y CÓMO

Creo que a cierta edad uno se puede permitir la admisión en voz alta de que se está cargado de interrogantes y perplejidades. En palabras usuales, se tiene más preguntas que respuestas. Ser peruano conduce a que muchas de esas cuestiones tengan que ver específicamente con el país. En mi caso concurre un agravante: haber acumulado más de tres décadas de vida fuera de él. Este factor conduce a quedar situado frente al país con una mirada algo contradictoria. De una parte, ser peruano y haber vivido en su país hasta pasados los 40 años otorga cierto conocimiento de historia, territorio e idiosincrasias del Perú. De otra parte, vivir fuera —aunque se visite periódicamente el país— produce involuntariamente cierta distancia interior respecto de una realidad cuya evolución dificulta de manera creciente su comprensión, que por lo demás nunca fue del todo acabada. El alejamiento genera desconocimiento pero no es el propio de un extranjero; finalmente, al lado del conocimiento de ciertas claves o códigos del ser peruano hay vacíos e imprecisiones.

Estoy fuera del Perú pero leo sobre él y lo visito con relativa frecuencia. Eso no es suficiente para tener un buen conocimiento sobre el país pero sí alcanza para formarse imágenes que seguramente padecen de desaciertos y errores, acaso están afectadas por prejuicios o simplificaciones y en todo caso son muy incompletas. De allí la necesidad de confrontarlas con las de otros, que guardan —o tienen mejor derecho a creer que albergan— imágenes más precisas y quizá más confiables. Con los años se puede aprender que siempre hay más de una visión de las cosas y que muchas veces la que nos dan otros es mejor que la propia.

Desde esas circunstancias —que son personales pero cuyos resultados son transferibles también a quienes residen en el Perú— surge la necesidad de preguntarse *Qué país es este* y la admisión de la propia insuficiencia aconseja echar mano al recurso de buscar respuestas con otros. Este libro expone un capítulo de esa búsqueda que, en este esfuerzo del «cronista» en el que decidí convertirme, ha intentado ser amplia y relativamente sistemática. Amplia por la diversidad de los consultados y sistemática

porque el temario de las conversaciones fue organizado de modo que cubriera lo que a mi modo de ver son asuntos cruciales del país.

La imagen del Perú que más me impresionó en la escuela fue una sucesión de mapas que, desde los incas hasta mitad del siglo XX, mostraban un país que se contraía físicamente conforme se desarrollaba su historia. Mis padres me transmitieron detalles vívidos de la tragedia —que a su vez recibieron ellos de los suyos— que fue la guerra con Chile. A esa imagen de un país vencido, en la adolescencia añadí, con la lectura de *Ciro Alegría*, el dato de que el abuso reinaba en un territorio para mí todavía desconocido. En suma, construí para mi propio uso el perfil de un país injusto y en derrota. Los triunfos eventuales de la selección de fútbol y luego de la de vóley apenas alimentaron, en mí como en muchos, entusiasmos e ilusiones poco duraderos.

A lo largo de mi vida el país cambió para mal y en la década de 1980 decidí dejar de vivir en él. En los últimos quince años el Perú creció en términos económicos, redujo la pobreza y pasó de ser mirado internacionalmente con lástima a ser un país con perspectivas de interés. Sin embargo, en cada visita detecté —o creí detectar— evidencias de que ciertos rasgos profundos, atingentes a la injusticia y la derrota, permanecían e incluso se habían agravado. La desigualdad no se atenuó sino que el crecimiento económico sostenido la hizo más hiriente. La discriminación no desapareció con reformas y leyes, aunque quizá no siguiera girando solo en torno al color de la piel. El fracaso del Estado como agente de los intereses generales se hizo patente mientras lo público devino sinónimo de inútil y lo privado se convertía en garantía del acceso a servicios básicos, como la educación y la salud, disponibles solamente para quienes pudieran pagarlos.

Este libro es el resultado de la confrontación de esas impresiones —acaso superficiales, tendenciosas o simplemente equivocadas— con otros. Por eso es que, pese a mis preguntas a los interlocutores, este no es un libro de entrevistas. He buscado respuestas, sí, pero desde mi propia representación de los temas que me interesó abordar. Si bien no hay un propósito de enfrentamiento, sí hay la voluntad de cotejo que lleva al contrapunto. Estas conversaciones son parte de una búsqueda.

¿Con quién conversar? Como criterio inicial, decidí prescindir de aquellas celebridades —incluso algunos amigos personales— cuyas reflexiones e interpretaciones son suficientemente conocidas debido a que aparecen con frecuencia en los medios, sea en entrevistas o en columnas de opinión. Con este criterio descarté «conversar» con figuras como Julio Cotler, Max Hernández, Mario Vargas Llosa, Gonzalo Portocarrero, Richard Webb, Jorge Bruce, Augusto Álvarez Rodrich, César Hildebrandt y Gastón Acurio.

Busqué incorporar a personas de diversas trayectorias y experiencias; no solo intelectuales y tampoco exclusivamente residentes en el país. Así pude llegar, entre los 25 finalmente reclutados, a personas de empresa como Óscar Espinosa Bedoya,

Felipe Ortiz de Zevallos, Rosario Bazán y Juan Carlos Verme; a figuras de trayectoria pública como Carolina Trivelli y Pilar Mazzeti; a artistas como Gerardo Chávez y Ramiro Llona; a estudiosos como José Luis Rénique, Mario Montalbetti y Alberto Vergara; a gentes con experiencia política como Jorge Nieto y Alberto Gálvez Olaechea; a personas con trayectoria en construcción institucional como Fabiola León-Velarde, Ricardo Luna y Fernando Palomino; a profesionales respetados como Javier de Belaunde, Moisés Lemlij y Ricardo Uceda; a testigos que nacieron fuera pero se han identificado con el país como Jeanine Anderson y Jo-Marie Burt; y a activistas comprometidos como Carmen Lora, Wilfredo Ardito, Roxana Vásquez y José Carlos Agüero. Pese a la búsqueda de pluralidad al confeccionar el listado, algunos sesgos son evidentes en el resultado; uno de ellos es el de la edad, que da más presencia a los mayores; otro es el peso que cobran quienes nacieron en Lima.

Para situar algunas pocas referencias circunstanciales que aparecen en los diálogos, conviene notar que las conversaciones mismas se realizaron entre abril y mayo de 2016. Siendo un año electoral —pero no solo por eso—, prescindí de políticos en actividad. No obstante, un par de meses después de haber llevado el grueso de las conversaciones en Lima, dos de los interlocutores fueron nombrados ministros de Estado.

Una vez conformada la lista, preparé una agenda individual para cada «conversador», a partir de mis propios intereses, centrados en los cambios y las continuidades del país. Para cada interlocutor formulé preguntas específicas según su trayectoria y experiencia pero con varios de ellos abordé asuntos similares, aunque desde diferentes ángulos: la discriminación, los sectores emergentes, el Estado endeble y el necesario, logros y fracasos de las últimas décadas.

La agenda personal fue remitida días antes de la conversación acordada, con el fin de que el interpelado pensara anticipadamente los temas. Cada diálogo se grabó usualmente en una sola sesión. Tres «conversadores» habían preparado un texto escrito al que se remitieron en determinados momentos del diálogo y una «conversadora» remitió, luego de la entrevista, una versión mejor argumentada de una de sus respuestas. Luego de transcritos y editados, los textos resultantes fueron revisados por cada «conversador», dándole la oportunidad de precisar, corregir o añadir aquello que le pareciera necesario. El único requisito fue que al hacerlo no se alterara el estilo oral de la conversación.

El libro recoge los productos resultantes del ejercicio. Al final de las conversaciones, que han sido dispuestas en orden alfabético, se incluye un examen de los resultados, esto es, el balance del aprendizaje realizado por mí mediante los diálogos y los contrapuntos: imágenes corregidas o precisadas, según corresponda, que pueden ser de utilidad al lector.

Además de los «conversadores» muchas personas colaboraron de diversas maneras para hacer posible este libro. Entre ellos merecen especial mención los apoyos recibidos de Isabel de Cárdenas y Javier de Belaunde, Zoila Boggio y José Alvarado, Alfredo Villavicencio, Patricia Arévalo, Annie Ordóñez, Fernando Eguren y Carolina Vásquez. Por supuesto, quien ha sido mi asesora principal a lo largo de la mayor parte de mi vida, Nena Delpino, compartió conmigo desde la idea inicial y la alentó, sugirió nombres, propuso contenidos y revisó textos durante la preparación del volumen.

Luis Pásara

JOSÉ CARLOS AGÜERO:
«NO ASUMIMOS QUE SOMOS UN PAÍS DE POSGUERRA»

Alberto Gálvez Olaechea ha dicho en uno de sus trabajos que «Sendero no tuvo interés en despertar simpatías, buscaba administrar el miedo a través de desmoralizar por la potencia y la dinámica de su acción»¹; Gonzalo Portocarrero había escrito, en términos más generales, algo parecido: «A propósito de la historia peruana abundan episodios en los que el ejercicio de la violencia es un fin en sí mismo»². Él no hace una referencia explícita a Sendero, pero parecería que de eso se trata. ¿Crees que esas caracterizaciones distinguen las acciones de Sendero?

Las dos son explicaciones muy estereotipadas de Sendero. A Beto Gálvez lo conozco y le tengo aprecio. Su opinión requiere de una explicación más compleja, porque diferenciarse de Sendero es un esfuerzo de larga duración del MRTA. En el fondo desprecian a Sendero; es un desprecio intelectual muy profundo que alimenta ese esfuerzo de diferenciación que siempre hicieron. Creo que les sirve para ubicarse mejor en el escenario actual y creo que tiene sentido; por eso lo entiendo. Dicen: «Nosotros no somos Sendero, Sendero es el mal, las masacres en las comunidades, nosotros no, somos el Che Guevara, nosotros deberíamos estar negociando como en Colombia, deberíamos formar parte de los Acuerdos de paz como el M-19 o como las FARC». Lo entiendo más a Beto en ese sentido, pero el límite de su análisis está en que sigue siendo un análisis político y profundiza menos en lo ético. Esa es la debilidad. No quiero ser injusto con él, porque hace un esfuerzo muy importante de revisión de su actitud y de su posición. Aunque discrepo de muchas de las cosas que dice, lo importante es que hoy haya el espacio libre para que podamos hablar todos sin temor y que ahí podamos discrepar. Pero primero hay que construir el espacio, primero hay que hablar.

¹ Alberto GÁLVEZ OLAECHEA, 2015. *Con la palabra desarmada. Ensayos sobre el posconflicto*. Lima: Fauno (p. 147).

² Gonzalo PORTOCARRERO, 1993. *Racismo y mestizaje*. Lima: Sur. Casa de Estudios del Socialismo (p. 31).

Uno de los temas clave que él articula en su discurso de reconciliación es: «Hemos sido derrotados y como derrotados merecemos también ocupar un lugar. Nuestra *visión de los vencidos* merece un espacio. Y como vencidos también merecemos un espacio político». Mi crítica es que esa sigue siendo una reflexión política. ¿A mí qué me importa si eres un derrotado? No me importa tu derrota ahora, me es indiferente. Lo siento por Beto, pero pienso que escribir desde la derrota es un límite profundo en su reflexión. La pregunta desde la ética es por el significado de nuestros actos: ¿Y si hubieras ganado, en qué estaríamos hoy? ¿Si hubiera ganado Sendero Luminoso estaríamos reclamando amnistía, derechos fundamentales, memoria histórica completa? Estaríamos muertos todos. Porque el significado de su propuesta era profundamente reaccionario, no era revolucionario. Sustituía al yo por ideas y eso instrumentalizaba a la gente.

Sobre lo otro, no es un tema de Gonzalo Portocarrero; se trata de toda una generación que nos aportó los grandes relatos sobre nuestro país y nuestra violencia. Hay mucho trabajo posterior que los matiza, en diversas monografías. Lo que puede romper ese paradigma con fuerza es ingresar desde la experiencia, en lugar de entrar desde arriba, desde las grandes narrativas. Ahí te das cuenta, por ejemplo, de que Sendero son muchos: Sendero no es Abimael Guzmán, el Comité Central y el Buró Político. Creo que hasta ahí puede llegar su explicación e inclusive en ese nivel se puede matizar la construcción de Sendero como un objeto terrorífico, un objeto diabólico. He conocido a los senderistas de carne y hueso —sé que no es comparable a una investigación, pero es parte del conocimiento—, he conocido a tantos a lo largo de mi vida, desde que abrí los ojos. Los he visto vivir, crecer, morir, ser apresados, salir, los sigo viendo. Por ello, por lo menos sospecho de ese tipo de generalizaciones tan cerradas. Acaso podría decir exactamente lo contrario; podría decir: creo que más bien eran un montón de gente que amaba demasiado. Seguramente también estaría diciendo algo profundamente excesivo, pero tampoco estaría del todo equivocado. Los senderistas que conocí amaban un montón, se desvivían por los demás. Gente así, peruanos así ¿no ameritan de nosotros un poquito más de atención, un esfuerzo mejor de comprensión? Creo que sí, y no solo merecen un brochazo que solo se quede en la descalificación. Seguro que se han ganado la descalificación, pero esa descalificación no debería impedir un intento de comprensión que permita entender mejor lo que vivimos.

Son asuntos distintos que se confunden en el debate; pero creo eso se hace de manera premeditada. Cuando das una explicación, la gente entiende que estás justificando y esto es fatal para el conocimiento y para las actitudes que se pueda tener a partir de eso.

¿Qué necesidad tenía un chico que murió en Lurigancho, de hacer «la revolución»? Era un muchacho que debía tener 24 o 25 años, un tipo buena gente, amable, terriblemente motivado para ayudar al resto. Había salido del colegio Mariátegui, en El Agustino,

que estaba muy politizado. Muchos de su promoción estaban en Sendero o estaban alrededor y estamos hablando de decenas de personas. Él era muy amigo de la familia y se quedaba mucho a dormir en nuestra casa. De él solo tengo recuerdos positivos y de ninguna manera lo podría describir como una mala persona. Sé que estuvo metido en acciones armadas y moralmente no comparto su punto de vista pero no es tan simple describirlo. Recuerdo cuando llegó un día, pobre, herido a la casa; herido de bala. Yo nunca había visto a nadie herido de bala, era todo un acontecimiento.

¿Qué edad tenías?

Once, diez quizás. Pero la verdad es que nosotros crecimos muy aceleradamente. Mi madre lo estaba atendiendo y otros compañeros fueron a buscar a alguno de los médicos que siempre colaboraban. Todo el tiempo, mientras estuvo ahí —pálido lo recuerdo, sentado y pálido— nos contaba chistes: lo que quería era que no nos asustáramos. Porque era como nuestro tío y era un tipo tan bueno. No tengo otra forma de decirlo. Él quería que estuviéramos tranquilos. No funcionaba porque su palidez era muy anormal, fea, pero lo intentaba. Después se lo llevaron y acabó en Lurigancho. Fui a visitarlo ahí y él contaba siempre que la pasaba muy bien, nos contaba anécdotas. Era un tipo extraordinario en muchos sentidos; en otros sentidos sería una mierda.

Como todos nosotros.

Quizá peor, porque la guerra es peor que todo.

La cuestión de las causas de Sendero Luminoso no ha recibido mucha atención de los peruanos. ¿Qué incidió más en quienes optaron por la lucha armada: la discriminación, el racismo, la desigualdad de la sociedad peruana o todo eso junto?

Las razones para que una persona opte por la lucha armada son difíciles de aprehender. Los científicos sociales que se han acercado a trabajar el tema lo han hecho desde un nivel macro, que sin duda ayuda. Nelson Manrique anota cinco crisis que confluyen al mismo tiempo y que explican por qué se produce la violencia. Carlos Iván Degregori sugiere que la lucha armada es un salto o una fuga hacia adelante; esa es la hipótesis que la Comisión de la Verdad hizo suya. Carlos Iván lo resume como la modernidad trunca que genera perspectivas insatisfechas: un gran embalse de emociones, expectativas, proyectos personales y desarrollos partidarios va generando una gran radicalización. Creo que ambos tienen razón; en general, son buenas explicaciones si se ve el tema en términos macro. Pero cuando lo ves en micro, en personas, las explicaciones no encajan.

Ayer hubo un evento en el Lugar de la Memoria acerca de los remanentes de Sendero Luminoso en el VRAEM. Al final, después de conversar con varias personas, me quedé conversando con una, a la cual conozco vagamente porque tomó contacto conmigo a partir de mi libro³, como han hecho decenas de personas; era familiar de alguien que murió siendo parte de Sendero Luminoso. En estos casos siempre me pongo en disposición para escuchar. Estuvimos conversando un par de horas y me enteré de su historia. No hubo necesidad de preguntarle nada; me explicó por qué había entrado a Sendero Luminoso.

¿La gente que ha estado en Sendero —haya estado o no presa— habla? ¿Tienen necesidad de hablar?

Hablan con quien quieren. Tienen necesidad de hablar. Son personas evidentemente diferentes, pero en muchos aspectos son como cualquier otro, necesitan hablar, creo que con quien sienten que tienen algún código que compartir, que va a entender algo de lo que están diciendo...

¿Una sintonía posible?

Más bien, no un rechazo inmediato; alguien que va a captar alguna parte de su código. A mí me han buscado muchísimo para contarme sus historias. Muchas de ellas se parecen; otras, no. Pero esta tenía cosas peculiares; por eso la comento. Me decía: «Yo no sé muy bien ni por qué entré, porque yo no soy marxista-leninista-maoísta, como era mi pareja». Su pareja también había entrado a Sendero Luminoso. «Yo solo sentía, sentía que había una terrible injusticia, desigualdad y me molestaba tanto, me dolía, yo estaba altamente sensibilizada a esos temas».

Su pareja no lograba ingresar a Sendero Luminoso porque no le tenían confianza debido a que era considerado muy pequeñoburgués y, de hecho, la pasó mal dentro de Sendero una vez que entró. Entonces, él no entraba pero a ella la aceptaron. Sendero se acercaba, iba buscando a la gente que era más sensible. Ella era activa en las organizaciones sociales de una zona de Lima; le propusieron integrar un comité y aceptó como un acto emocional, de «hay que luchar para cambiar esto». Pero no tenía el aparato ideológico. A partir de que ella ingresó, aceptaron a su pareja.

Cómo explicar lo de esta señora. Se nos escapa. Ella misma me decía: «Yo sigo vinculada a la organización —o sea al MOVAREDEF—, pero discrepo en un montón de cosas», y mencionó las cosas sobre las cuales discrepa. Le pregunté por qué no la botaban, porque MOVAREDEF bota a la gente. Cuando la discrepancia es muy fuerte, simplemente la separan.

³ José Carlos AGÜERO, 2015. *Los rendidos. Sobre el don de perdonar*. Lima: IEP.

No hay pluralismo interno en MOVADef...

No hay pluralismo, hasta cierto punto. Le decía «¿Por qué no te botan?», porque ella votó por Verónica Mendoza y el frente del cual forma parte MOVADef hizo campaña activa por el voto nulo o blanco «contra el sistema». Ella se peleó y habló en su comité, salió al frente y dijo que iba a votar por Mendoza porque peor era nada, que lo demás eran tonterías. La explicación que me dio fue: «Ellos me dicen que no me botan porque, aunque discrepe, no reniego completamente de la organización».

Luego me habló de su hija: «No sé qué le ha pasado, se ha vuelto una reaccionaria, creo, antes ella iba a las actividades, yo la llevaba a las actividades —de los familiares de senderistas—. Mi hija antes iba y ahora ya no va. Me dice: “Mamá, para qué vas tú a esas cosas, sigues en lo mismo, vives en el pasado, nos generas problemas”; y yo no puedo dejar de ir porque siento que todavía tiene sentido. ¿Sabes qué? todo estaba mal, fue una tontería cómo se endiosó a ese Guzmán, estuvieron mal los métodos». Y me señaló todo lo que ella pensaba que estuvo mal.

¿Y qué estuvo bien?

Para ella estaba bien la idea, había que cambiar las cosas. Me decía: «No sabes cómo era, tú no te acuerdas porque eras niño —yo sí me acuerdo pero dejo que hable—; era insufrible, si a mí, para criar a mi hija, que tenía mi negocio, que tengo con qué defenderme y hasta ahora me defiendo, me costó tanto darle educación, no me imagino a una familia más pobre, realmente sin recursos, sin un negocio, criando un montón de hijos». Y siguió así, usando solo el sentido común, no era una elaboración discursiva ideológica. Pero lo que me estaba diciendo era «que la revolución se justifica». Me lo estaba diciendo de una manera sencilla: «Creo que teníamos razón, pero nos equivocamos en casi todo; sigo pensando que tenemos razón en el fondo, por eso es que no reniego de la organización, discrepo de un montón de cosas». Fíjate el orden. Y esa es solo una persona.

Dijiste que mucha gente acude a ti para hablar, para que los escuches, y dijiste: «Hay muchos que se parecen y otros, no». De esos que se parecen, ¿puedes trazar una especie de retrato?, ¿cómo son?

Sí, hay varios. Se podría establecer una especie de tipología. Hay los que se han desvinculado por completo y hacen una revisión crítica, a lo Gálvez Olaechea pero menos elaborado intelectualmente. Básicamente la idea es: «Fue un error que correspondió a un momento». Es difícil desprenderse de la historia de uno mismo y hay una justificación en «éramos una generación que luchábamos por la justicia». Una fuerte idea del igualitarismo formó parte de esa generación. En provincias era fuerte

y se sentía como búsqueda de igualdad. Pero los de este primer sector ahora sienten que desperdiciaron su vida, pospusieron las cuestiones familiares y ahora tienen que ponerse al día y les cuesta muchísimo porque siempre llevan el estigma. Han perdido muchas oportunidades de empleo, cosas de la vida cotidiana que la hacen insufrible; y la vida familiar les ha costado mucho, los lazos entre las generaciones se han quebrado.

Un segundo sector es el de gente que hasta cierto punto se ha desvinculado pero de alguna manera sigue cercana emocionalmente. Son los que sacaban por ejemplo la revista *El viejo topo*, aburrida de leer, pero que indicaba una sensibilidad.

Están vinculados emocionalmente pero no orgánicamente.

Así es. Es más, hay una actitud más cínica e irónica. No es como la del primer grupo, que están dolidos por su vida perdida y tienen una fuerte crítica hacia lo que sienten que fue un error. Estos otros están vinculados ahí, están presentes, conocen las discrepancias, de algún modo están metidos en el mundo de Sendero, que es un mundo bien enrevesado. Pero no están en MOVAREDEF y, en el fondo, los menosprecian intelectualmente. Tienen su propia revista y nunca van a regresar a ninguna opción armada, pero no creen que se hayan equivocado tanto. Creen que siempre tuvieron razón. Para resumirlo quizá parafraseándolos: «Las decisiones que se tomaron en la guerra llevaron a la derrota y ahora hay que gestionar la situación de derrota, pero el lado contrario no tenía razón». Es una crítica que no es moral sino política.

¿La crítica política desprecia a MOVAREDEF porque no está gestionando bien la derrota?

Sí. Es una crítica bien compleja, clasista. Este grupo es más instruido. Creo que menosprecian por muchos motivos a la gente de MOVAREDEF, porque es gente de origen más humilde. En MOVAREDEF, aunque hay jóvenes universitarios, los viejos no son tan instruidos, salvo los líderes, que son abogados. Y los menosprecian porque no se han logrado desprender de lo que sí les da un poco de vergüenza, que es el pensamiento Gonzalo. Entre el primer grupo —los que reniegan de su pasado— y los segundos hay en común la idea de que el pensamiento Gonzalo es una alucinada: «Estábamos mal, qué mal podíamos haber llegado a estar». MOVAREDEF mantiene su vinculación con el pensamiento Gonzalo, pero a los otros sectores les parece ridículo sostener algo así después de haber visto al ser humano concreto negociando el pacto con Montesinos, el llamado «acuerdo de paz», las cosas que salen, el juicio, verlo humanamente lo ha desmitificado para un montón de gente de Sendero. Pero MOVAREDEF es impermeable, por lo menos hay una parte de MOVAREDEF...

¿Estás hablando de un tercer grupo?

Es que también he conversado con gente de MOVAREF. Algunas son amistades viejas, salieron de la cárcel, luego nos hemos vuelto a ver y no han cambiado mucho. Esa es la gente a la que yo siento con más pena porque no se ha movido mucho de su lugar de hace veinte o treinta años. Los otros se han movido de una u otra manera. Y estos están haciendo política: MOVAREF es hacer política.

Hacer política es recuperar al «presidente Gonzalo» en democracia...

Tienen una agenda muy concreta de cinco puntos, en democracia. Pero si no es lo mismo, es bien parecido a lo de antes: un uso bien táctico de la democracia.

Fue la bandera con la cual buena parte de la izquierda entró a las elecciones de la Constituyente ¿no? Y, en ese momento, el uso táctico no le pareció mal a ningún sector.

Es cierto, pero en el caso de Sendero eso es bien cínico. Lo de la izquierda fue el mismo argumento, pero era un proceso de evolución, de aprendizaje; una parte de la izquierda fue adquiriendo algunos ideales liberales.

En la izquierda el argumento era una excusa en algunos casos. En realidad, no creían tanto en ese carácter táctico de participar en las elecciones, pero era lo que había que decir en vista de que venían de haber levantado el fusil, aunque fuera de juguete. De los tres grupos, ¿el tercero es el más difícil? Imagino que son los que deben tener menos interés en hablar porque se mantienen en lo suyo.

Sí, se mantienen en lo suyo, aunque mi libro los fastidió y me buscaron para conversar. Me invitaron varias veces para conversar colectivamente, pero nunca se ha dado, creo que porque no están seguros de cómo manejar la situación. Cada dos o tres sábados pasan y dicen «Tenemos discrepancias fraternas, tenemos que hablar». Es difícil conversar con la gente de MOVAREF.

Los rendidos, pese al éxito que ha alcanzado, para ellos —como para otra gente, creo— debe ser difícil de agarrar, porque cómo discutir políticamente tu libro. Tú dices que estos terceros están en una posición más política, pero ¿cómo discutir políticamente tu libro?

No es fácil, pero son hábiles. A la gente de Sendero o ex Sendero que leyó el libro con la que he conversado, el libro les ha servido como una excusa para encontrar a alguien con quién describirse a sí mismos, hablar de sí mismos, reflexionar sobre sí mismos,

ubicar su identidad, hacer que su biografía misma fluya. Creo que eso es importante para la gente, porque si no todo está chueco, mal contado, lleno de silencios, errores. Tu vida no puede ser enteramente un error. No creo que nadie pueda vivir así.

Ni puedes poner veinte años de tu vida, ni diez, entre paréntesis.

Así es. Les ha servido. Y hablar creo que les es útil. Los de MOVAREDEF lo han recibido de diferente manera y me han ido diciendo cosas como que soy un traidor, a nivel político soy traidor, pequeñoburgués.

¿Traidor por qué, si tú no participaste de Sendero?

Pero soy de la familia; para ellos es algo así, es una comunidad.

¿La familia cuenta tanto?

Sí, cuenta.

Eso me hace acordar al APRA.

Sí, es una familia ideológica y sentimental. Además, «hijo de mártir», no es poca cosa. Hijo de un asesinado en El Frontón, que es una de las efemérides más importantes de Sendero, es el día de la heroicidad que se sigue celebrando cada 19 de junio. Todos los años me invitan y nunca voy. Para mí no tiene sentido ir. Muchos hijos han adscrito, en su momento adscribieron y luego han continuado vinculados, de alguna manera, a través de las asociaciones de familiares, que no necesariamente es igual a decir MOVAREDEF.

Eso es algo difícil de explicar, MOVAREDEF no es algo monolítico, son varias organizaciones y tienen sus matices. Hay organizaciones de familiares, de políticos, de jóvenes, de base, de barrio y ahora hay un frente que unifica a gente que no es exclusivamente de Sendero, sino extremistas, tipo etnocaceristas. Es toda una chanfaina.

Estamos hablando de mucha gente, ¿no es cierto?

Sí, Sendero eran miles. Esa es una de las cosas que más me llama la atención en los estudios de ciencias sociales: no se toma en cuenta que Sendero fue algo de magnitud grande. Se ha llamado mucho la atención sobre la precariedad de las columnas senderistas en la sierra, y en efecto, eran pequeñas y precarias a nivel de armas, recursos, alimentación. Y en la zona urbana también, yo lo viví: había una gran precariedad, que no es lo mismo a ser un grupo reducido ni de poca importancia ni poca magnitud. Creo que había una precariedad masiva. Las bases de apoyo eran amplísimas. En las comunidades había enormes bases de apoyo a Sendero Luminoso;

no eran militantes porque había un escalafón y en él no todos eran militantes. En la zona urbana tampoco todos eran militantes; mis papás eran militantes pero la gente a su alrededor estaba vinculada en diferente grado. Desde lo que se llamaban la masa, la base, las redes de apoyo —donde estaban el médico o el abogado— eran decenas por cada militante. En conjunto, eran miles de personas.

¿Ahora MOVAREDEF está trabajando eso?

Claro. Son un montón de gente. En provincias y en Lima son un montón de gente.

Quedé impresionado porque MOVAREDEF registró el 1% del padrón electoral y había organizado comités con al menos cincuenta afiliados cada uno, en más de sesenta provincias. No solamente son bolsones; es una red nacional. Tú decías que hay varios componentes distintos ahí.

El MOVAREDEF tiene tendencias; hay gente que es más dura, que es durísima, como si la hubieras trasplantado de 1978, de esa famosa escuela de cuadros, al día de hoy. Es como Elena Iparraguirre trasplantada al presente. Con esa gente es casi imposible conversar, porque lo que te dan es un discurso prefabricado, no es una conversación. Pero no son todos, es la cúpula.

¿La cúpula es más vieja que las bases? ¿Las bases son fundamentalmente jóvenes?

Sí, la cúpula es más vieja. El conjunto es variado, muchísimos son excarcelados, ya no son jóvenes y otros son los familiares, también muchísimos. Además, los que antes eran cercanos —los simpatizantes, las bases, los grupos de apoyo—, que como te digo eran redes enormes, siguen estando vinculados; no tienen por qué no estarlo, puesto que su vida no se ha transformado tanto.

Más aún cuando Sendero ya no está en guerra.

Claro, no es que corran riesgo y siguen sintiendo que cumplen un rol dentro de la vida pública. Eso no es poca cosa. Sentir que significas algo para la vida política del país es algo gratificante. Creo que tienen más motivos para pertenecer que para no pertenecer.

No eres politólogo, pero te voy a pedir un juicio de olfato. ¿Le ves futuro político a eso?

Depende. ¿Te refieres a si tiene posibilidades internas de sostenerse y crecer? Sí. Lo que pasa es que el contexto, para su crecimiento, no es el mejor para ellos: hay mucho en contra, desde un punto de vista jurídico hasta uno social.

Tienen un problema como el que ha enfrentado Keiko hoy en día: el anti.

MOVADEF tiene mucho anti. Pero tiene un crecimiento subterráneo que no es despreciable. Hace dos años hice un largo trabajo de campo en Ayacucho, junto a varias colegas, con estudiantes de colegio entre los que indagamos cómo se les enseña la época del conflicto armado interno: no se enseña⁴. Entrevistamos en profundidad a chicos de quinto grado de secundaria y los mejores de ellos, los chicos más sensibles, sobre todo de zonas de provincia, tenían la capacidad de rescatar la parte buena de Sendero Luminoso. Era un poco frustrante escucharlos y tienes que escucharlos porque estás investigando; ese no es el momento de discutir. Para resumir su punto de vista: «Sendero Luminoso fue un error, pero un error en el método; sus motivaciones estaban bien porque míranos, mira cómo vivían antes y míranos ahora». El tema de la falta de oportunidades es muy fuerte, lo sienten, y es frustrante, lo sigue siendo. Y este sentimiento igualitarista ahí salió intensamente; es tan vivo porque seguramente se transmite familiarmente.

«UNA GRAN CONSECUENCIA
DE LA POSGUERRA:
LA RED DE RELACIONES
SOCIALES SE QUIEBRA».

Tengo edad suficiente para haber conocido un Perú en el cual no existía —o existía en algunos sectores, relativamente limitados— esa necesidad de ser iguales, esa exigencia de «Yo tengo el derecho, porque soy peruano, de ser igual que los demás». Había mucha resignación, una aceptación de las diferencias estamentales, digamos así, por las cuales si tú habías nacido en un determinado sector, ahí te ibas a morir. Quizá estoy exagerando un poco pero las cosas iban en esa dirección. La sumisión, la aceptación del señor o el notable, eran casi naturalizadas. ¿Has rastreado cuál es el crack de eso, en qué momento ocurre, qué factores concurren? ¿Has podido asomarte a eso? ¿Dónde comienza ese sentimiento, esa necesidad de ser iguales?

Sí, conversando y leyendo, creo que tiene que ver mucho con la época de Velasco. No es solo el gobierno sino lo que pasa alrededor, la toma de tierras y todos los procesos que hay, de organización en el campo y de organización creciente en Lima, que se producen al mismo tiempo que un ansia de educación. Empieza a haber cada vez

⁴ Francesca UCCELLI, José Carlos AGÜERO, María Angélica PEASE, Tamia PORTUGAL y Ponciano DEL PINO, 2013. *Secretos a voces. Memoria y educación en colegios públicos de Lima y Ayacucho*. Lima: IEP.

un mayor sentido de «soy ciudadano» o en todo caso «tendría que serlo». Como decía Jaime Urrutia hace veinticinco años: «Tienen sed de ciudadanía». Recuerdo a unos comuneros de Huancavelica, y ¡lo que nos contaban los comuneros! Es el momento fundador y el motivo de orgullo de los sobrevivientes de hoy: la organización campesina de entonces, los líderes que tuvieron, la federación que lograron generar. Todas esas cosas marcan un cambio; es otro tipo de personas que empiezan a verse a sí mismos de otra manera: «Nos faltan cosas, tenemos que organizarnos», y se organizan. Los comuneros nos contaban cómo habían recuperado la hacienda, cómo se habían organizado, cómo habían votado, cómo lo habían hecho sin violencia, cómo no habían matado a nadie y lo tenían muy presente. Cómo habían resistido, inicialmente, a Sendero Luminoso porque estaban organizados, pero luego fue imposible resistir acciones armadas. Ellos transmiten a las generaciones siguientes un patrimonio de «nosotros hicimos cosas».

Y esas cosas se pueden hacer.

Se pueden hacer. «Tenemos una herencia que transmitir, una herencia significativa, de lucha, una herencia ciudadana». Lo que Sendero destruye son esas organizaciones en nacimiento, no solo en Huancavelica, sino en Apurímac, en Ayacucho y en Lima. Lo que yo veía en El Agustino cuando era niño era un montón de organizaciones que Sendero por cooptación acaba por diluir y luego el liberalismo desaparece. Esa es una gran consecuencia de la posguerra: la red de relaciones sociales se quiebra.

En este trabajo de campo con estudiantes de colegio me resultó evidente que algunos estaban a un *trís* de ser MOVAREDEF, en cualquier momento. Como era tan evidente les pregunté si sabían lo que era MOVAREDEF. Varios sí sabían, otros no y tuve que explicarles qué era. Les dije que MOVAREDEF es Sendero Luminoso. Habíamos tenido un taller antes y sabían lo que era Sendero Luminoso a nivel nacional porque desde su experiencia saben bien lo que era a nivel local porque les ha pasado a ellos, a sus familias. Dicen: «Ah sí, a mi tío lo mataron, a mi abuelo lo desaparecieron». ¿Cómo no van a saber esto de la violencia? Claro, la educación no les transmite un discurso que les permita engarzar sus historias familiares en la narrativa nacional.

Les pregunté: «Ustedes... tan igualitaristas que son ustedes, ¿se meterían con MOVAREDEF?». Me dio mucha pena que me dijeran que sí, que votarían por MOVAREDEF. A uno de ellos, que era el mejor de todos, con un alma de artista, le pregunté: «¿Tú votarías por MOVAREDEF?». Respondió que sí, «¿Pero no militarías?». Todos los demás me habían dicho que no militarían, pero podrían votar. Me dijo: «Yo, sí». Le dije: «Pero tú has visto todo lo que han hecho?» «Sí, pero mejoraría esas cosas, todas esas cosas malas que se hicieron, de todo eso que le echan la culpa a Gonzalo». Abimael Guzmán ayuda en algunas de esas memorias familiares a purificar la historia de Sendero Luminoso.

¿Qué quiere decir eso?

Lo malo se personifica en él. Para estos chicos era él quien con su ceguera, con su personalismo, con sus decisiones brutales torció lo que era una lucha justa. «Es Abimael que ni conocía nuestra realidad». Esas cosas sirven en ese sentido. Dicen: «Todo eso lo limpiaríamos y buscaríamos la igualdad».

He leído que hay maestros que muestran poca confianza frente al Estado y resaltan que las condiciones que generaron la violencia siguen presentes y, por tanto, temen volver a pasar por un proceso semejante. ¿Esto te parece un juicio aventurado de estos maestros o crees que está dentro de lo verosímil?

Me parece que esa actitud responde más a las biografías personales que a una adecuada evaluación del contexto. Los profesores tienen muchos temores para trabajar el tema y sus temores son muy diversos. En un principio hay una inseguridad total acerca de qué tienen que hablar.

Y, luego, a quiénes están hablando.

A quiénes les estás hablando, qué lealtades estás traicionando, quién te está escuchando. La inseguridad es total. Mira estas elecciones de 2016 llenas de acusaciones de terrorismo por cualquier cosa. Eso, trasládalo a un infierno chico.

¿Pero no existe una norma que prohíbe ejercer el magisterio a quien ha sido condenado por terrorismo?

No hay ninguna norma que lo prohíba. Creo que hay proyectos de ley; va a suceder. Sí hay una norma específica para maestros sobre apología al terrorismo. Conozco a varios que son profesores, de infantes además, en Lima. Hay profesores que no son de Sendero, pero su discurso es tan clasista que, en efecto, siguen leyendo la realidad como la leían hace treinta años. Para algunos de ellos el caldo de cultivo sigue presente, la exclusión es demasiado agravante, la discriminación es profunda, la falta de presencia del Estado... ¡no ha cambiado nada! Creo que este diagnóstico es equivocado, por completo. Pero al margen de que su diagnóstico esté equivocado, lo sienten así y son profesores que tienen mucha relevancia en sus lugares. Además de tener mejor discurso, los profesores clasistas logran articular a los demás a su alrededor y siguen teniendo peso en el sindicato. No creo que generen nada extremista pero siguen generando un sentido común clasista, lo siguen transmitiendo. Y eso creo que hay que chambearlo, lo que pasa es que nadie lo chambea. En ese colegio el profesor prácticamente acaparaba el uso de la palabra y, sistemáticamente, dejaba en claro puntos, hitos de interpretación de la historia y del presente.

«EL PERÚ ESTÁ LLENO
DE TORTURADOS PERO
NADIE SE DA CUENTA».

¿Usando la estructura pedagógica de una clase?

Y los demás absorben eso. Por eso pensábamos que los profesores necesitan, antes de enseñar la época de violencia política, un espacio previo para conversar entre ellos, intercambiar y procesar sus experiencias, para luego enfrentarse a la instrucción pública y discernir mejor. Es una buena idea que en Lima funcionó de manera excelente. Es increíble la manera en que se sueltan y cuentan las cosas más íntimas. Basta con que le hagas así a una persona, para que empiece a hablar y decir cosas tan terribles. En los talleres dijeron: «A mí me han torturado». El Perú está lleno de torturados pero nadie se da cuenta. Son esas las cosas de las que no nos damos cuenta, porque no asumimos que somos un país de posguerra. Sus colegas nunca habían escuchado eso y todos tenían una historia de posguerra. Sentí que al acabar el taller estaban más listos para enfrentar la currícula; fundamentalmente, para sacar lecciones en clave democrática.

En Ayacucho no fue así; lo que tuvimos fue una batalla. Porque los profesores clasistas dan batalla, tienen una interpretación de las cosas que no es de Sendero pero se parece en su matriz ideológica. Ahí lo que tienes que hacer es derrotarlos en el taller, tienes que ganarles, es más complejo. No puedes perder la batalla en ese taller, lo cual implica una cantidad de inversión en recursos imposible para el Estado. Los profesores tienen muchísima preparación, una idea de la historia muy completa, una autoridad ganada, un discurso bien elaborado, una personalidad con mucho liderazgo y mucha agresividad. Para ganarles hubo que desmontar sus argumentos, dar ejemplos concretos, no para convencer a ese profesor sino para que el auditorio escuche la otra versión.

El discurso «políticamente correcto» sobre la Comisión de la Verdad —no el de sus adversarios políticos— sostiene que la Comisión hizo un buen trabajo y un gran informe. ¿Crees que el informe, en términos generales, ha servido?

Creo que una de sus debilidades está en su impacto macro. Pero es una falla de origen: no responde a un proceso de transición, como el chileno. Eso lo estudia muy bien Steve J. Stern en un libro reciente. Puedo resumir el argumento en un par de líneas: en Chile, la transición democrática tiene como uno de sus argumentos

más importantes la agenda de derechos humanos, que se vuelve un caballito de batalla. Pero no es artificial, es real; el movimiento social incorpora esta agenda y el tema de memoria se convierte en un tema relevante. Cuando la transición triunfa, el tema sigue siendo relevante y sigue siendo sostenido por los actores que habían llevado a cabo la transición. En el Perú no ocurrió nada parecido. La Comisión de la Verdad, en realidad, es casi un obsequio de la transición. Y la transición casi es un obsequio de un acomodo de fuerzas. La Comisión de la Verdad es más un esfuerzo intelectual.

Acomodo de fuerzas en el cual los militares juegan un papel.

Por ausencia. Dejan hacer, desaparecen del escenario. En la transición, en la mesa de la OEA, los militares se repliegan, porque no hay cara para presentar en ese momento, después de la huida de Fujimori y cómo queda evidenciado que Montesinos había comprado a toda la cúpula militar que estaba vinculada al narcotráfico. Los militares se repliegan. Esa es nuestra transición. La Comisión de la Verdad es uno de los puntos negociados ahí; sale y es sostenida por la cooperación internacional. Pero no tiene ningún anclaje; tan no tiene ningún anclaje que, cuando sale el informe, Toledo —el presidente que le dio impulso— lo recibe a medias, y Paniagua incluso reniega. El informe de la Comisión de la Verdad tiene mucho de gran producto intelectual; es, en realidad, el canto del cisne y la *opus magna* de la izquierda, de lo mejor de la izquierda.

Eso es lo que dicen sus adversarios.

Sí, pero creo que lo es y es positivo, porque es la izquierda más democrática, la que reflexionó sobre los procesos sociales del país —no veo quién más lo hizo— y la que se metió en su momento a disputar algunos espacios con Sendero Luminoso y a denunciar las violaciones de derechos humanos del Estado. Esa izquierda es la que escribe el informe de la Comisión de la Verdad y hasta ahí llega, porque esa izquierda tampoco existe más. Ni siquiera esa izquierda es la que podría sostener el informe, porque más que la izquierda son algunos de sus representantes los que escriben el informe.

La ecuación propuesta por la teoría que está detrás de las comisiones de la verdad es: verdad + justicia = perdón y reconciliación. ¿Crees que en el Perú la reconciliación es posible?

Me parece que la vida no se explica con modelos; tampoco con el de la justicia transicional. Los proyectos de sociedad y de país, ni marxistas ni liberales ni neoliberales,

de ningún tipo, explican la vida pero sí nos dan ciertas pautas para actuar. Algunas de esas cosas «funcionaron bien»: en Sudáfrica, para poner el ejemplo típico que ha servido para levantar el modelo de justicia transicional, hay cuestiones culturales tan diferentes a las de Argentina, Chile, Perú o Guatemala, que no son trasplantables, que simplemente no funcionan. Hay un exceso de entusiasmo por trasplantar el modelo y llevarlo a todos lados volviendo mecánico esto de las comisiones extrajudiciales. Tiene pros y contras, tiene cosas buenas y cosas malas.

Para mí lo esencial tiene que ver con afrontar situaciones de posguerra luego de un conflicto armado en el que los actores no ven otra ruta que no sea recurrir a medidas extraordinarias, institucionales, económicas y políticas, y en este caso, de justicia: como no podemos procesar 70 000 crímenes tenemos que inventar algún otro tipo de mecanismo que nos permita reconstruir los lazos. Pero que de ahí surja la reconciliación, al estilo sudafricano, es bastante improbable, porque lo que no cambia es la cultura política. La gente sigue sintiendo, profundamente, distancia respecto a los demás. Distancia no solamente de diferencia, sino distancia de respeto, jerárquica, distancia de culpa, distancia que convierte al otro en enemigo más que en semejante y en ciudadano.

Estás hablando del Perú post Sendero, posguerra.

Pero no solo del Perú, pienso en Guatemala también, en Colombia en el proceso de paz.

Trabajé más de cuatro años en Guatemala, estuve en la presentación del informe de la Comisión y no pasó nada.

Se ha avanzado un poco en los juicios a Ríos Montt y a otros. Pero no es por el informe, son otros procesos. Guatemala no va hacia ninguna reconciliación; al contrario, va casi hacia la desintegración.

«NO LE PONDRÍA ES O DE
RECONCILIACIÓN SINO,
MÁS BIEN, CÓMO HAGO
PARA RECOMPONER LAZOS
QUE HAN SIDO DAÑADOS».

¿En el Perú la reconciliación es posible? Intento una comparación. En una conversación para este libro, mi interlocutor dijo que el Perú está en una situación histórica interesante porque no tiene problemas de fronteras. Le observé que el caso de Ecuador lo veo despejado pero el caso de Chile no lo veo tan claro, porque siempre hay discusiones sobre algo por cerrar. Pero, sobre todo, porque en el Perú hay un sentimiento antichileno de una parte de la población, que tiene origen en la guerra. Basta mirar cualquier edición de *Hildebrandt en sus trece*. Entonces él repuso que efectivamente hay un sector de la población con ese sentimiento que acabará con esta generación, cuando esta generación se muera. ¿El país tendrá que esperar a que la generación que vio la guerra con Sendero se muera para que la reconciliación sea posible?

No creo. Liguemos los dos momentos de nuestra conversación. No entiendo la reconciliación como un caminito donde primero viene la verdad, luego la justicia y la reparación y, al final una reconciliación. No es una secuencia; tiene que ver con esfuerzos muy diversos de reconstitución de lazos. No le pondría eso de reconciliación sino, más bien, cómo hago para recomponer lazos que han sido dañados. No tiene que acabar una gente siendo amiga de la otra, sino vivir mejor y seguir adelante. Y lo que veo es que sí sucede. Más allá de lo que podemos pensar, teorizar, elucubrar, pasa. Lo que hay que hacer es mirar qué está pasando. Para lo que me ha servido el libro, entre otras cosas, es para ver, conversando con esa gente, en qué anda, y lo que desea es reconstruir sus lazos. Alguien tiene que escuchar a esa gente que está murmurando ahí abajo, que quiere reconstituir sus lazos con su familia, con sus hijos, con sus padres, con sus barrios y con la comunidad nacional.

¿Gente que estuvo de un lado o de otro?

De los dos lados, de todos lados. He hablado con todos. ¿Por qué? No sé. Lo lógico sería pensar que los militares no tienen por qué buscarme, pero me han buscado y ¡me han contado cada cosa! Senderistas o militares se preguntan lo mismo: ¿qué hago con toda la porquería del pasado? Me acuerdo de un militar cuyo problema era: «Yo hice un montón de cosas, sé que, claro, era necesario —tiene sus justificaciones— pero hice un montón de cosas y no puedo dormir, los tengo acá, sonidos, olores. Pero, mis hijos... mis hijos saben y no me dicen, yo sé que saben, mis hijos me deben despreciar». Cambiando los personajes y los términos, son iguales las conversaciones que he tenido con suboficiales, licenciaditos, ronderos y senderistas, emerretistas también. «¿Qué hago con esa basura?». Yo no tengo nada que decirles; simplemente escucho y ya. Me agradecen y se van. Tienen necesidad de hacer algo. Para mí eso no es reconciliación, es cómo reconstruyo los lazos.

¿Socialmente, no digo el Estado ni un proyecto, qué crees que podría hacerse con esa basura?

Escuchar, escuchar. Es que estas personas no lo pueden hablar siquiera.

Has escrito: «No hay permiso social para hablar del tema». ¿El problema es que no se puede escuchar, no hay oídos para esas historias?

Exacto, tal cual, eso es lo que es. ¿Por qué viene a conversar conmigo gente que, en principio, debería odiarme por «hijo de terruco»? O como sospechoso, «qué rayos voy a hablar con ese tipo». Pero lo hacen. En cada ciudad a la que he ido no podía descansar. Era como cuando llegaba un visitador, a atender personas, escucharlas. Huancayo, Arequipa, Cusco, Satipo. A cada sitio donde fui, era para hablarme de lo mismo.

¿Cómo procesas esto psicológicamente? ¿Tienes apoyo? Porque debe ser muy duro.

Es duro. Lo converso con algunos amigos que me ayudan a reflexionar. Pero creo que en el fondo, sospecho, esas conversaciones también me hacen bien.

Por tu propia historia...

Exacto. Siento que me dan una tarea. Cuando lo digo, después me arrepiento porque suena ingenuo, pero siento que tengo que ponerme a disposición de la gente para escucharla.

Por eso tienes un papel, tú personalmente, que se desfiguraría si agarras una bandera política. Tienes un papel muy peculiar.

A partir de esas conversaciones, lo que he querido hacer —y el IEP está dispuesto en principio a apoyar— es proseguir con estas conversaciones para colocarlas en un espacio público, como crónicas de radio, para que las escuche todo el mundo.

Quizás has visto Cinco minutos de gloria (Five Minutes of Heaven), una película sobre el encuentro entre dos personas que han estado cada una de un lado distinto, en Irlanda. Es sobre este asunto del encuentro.

No la he visto. Siento que el único método es la conversación y el respeto por la conversación del otro. No es algo secuencial que se derive de un taller. Ocurre, pasa, la gente lo va buscando. El problema es que no es justo que la gente misma esté gestionando sus propias «paltas».

¿Habrá en algún momento la posibilidad de airear esas conversaciones en un programa de radio? Televisión probablemente no, quizás radio sea lo más adecuado, porque no hay que ver las caras. ¿Te imaginas que el Perú pueda tolerar eso o todavía no?

Espero que sí, porque eso es lo que vamos a intentar hacer. El proyecto que diseñé junto a dos buenas colegas consiste en conversar. Hasta ahora tenemos como once historias claramente identificadas, que creo que tienen ese tipo de preguntas de posguerra y qué hacer en la posguerra. Que se transmita la experiencia de la persona y sus preguntas. Los personajes son diferentes: militar, rondero, senderista, emerretista, ciudadano común y corriente. Y, con su permiso, no solamente conversar sino construir crónicas radiales que se pueden subir en la web y las escuchas cuando quieras.

¿Crees que ahora estamos más cerca o más lejos de esto que Gonzalo Portocarrero llamó poder decir «nosotros»? En términos optimistas puedes decir que dentro de veinte años a lo mejor los peruanos podrán reconocer que la experiencia terrible con Sendero y la guerra ofreció la oportunidad de reconocer algo que no estábamos dispuestos a reconocer antes. Y, en tu perspectiva, también la posibilidad de establecer lazos que acaso de otra manera no se hubiera planteado. ¿Existe realmente esa posibilidad que cuando uno escucha a cierta gente da la impresión de que es inalcanzable?

Creo que estamos en un momento de muchas potencialidades para poder decir «nosotros», más que antes. Pero también de mucho riesgo. Es como una encrucijada de varios procesos posibles. En 2015 estaba muy optimista, porque trabajé con Ponciano del Pino en el Lugar de la Memoria en un proceso participativo. Encontramos que había posibilidades de tender puentes entre gente que, tradicionalmente, había estado enfrentada: la comunidad de derechos humanos y los policías; las víctimas de Sendero y las viudas de militares, y así. No era que lo provocáramos; sucedía en nuestras reuniones.

Si has colocado en el Lugar de la Memoria el caso La Hoyada, lo que estás diciendo es que, en efecto, en el cuartel Los Cabitos sistemáticamente desapareciste a la gente, la enterraste al costado, la incineraste y la ocultaste treinta años. Y lo estás aceptando como parte del discurso del Estado —porque el Lugar de la Memoria es el discurso del Estado—, en una representación central. Es una manera de decir «lo acepto», sin necesidad de decir «Soy una basura y me doy asco a mí mismo». Para mí eso es un avance, es gente que veo que se mueve.

Uno de los participantes en las reuniones, un oficial, quería encontrar una solución, cómo expresar el lugar de la desaparición en el Lugar de la Memoria sin que eso acabara siendo un insulto para ellos mismos. «Obviamente es un crimen —decía—. Qué tal si ponemos una plaquita que diga: “Hoy son prácticas que desaprueban totalmente las fuerzas de seguridad” y queda claro». No importa si eso quedó así o no, pero importa el esfuerzo, el ceder. Todos cedían. El movimiento de derechos humanos al comienzo estaba reacio porque viene de una tradición contraria a cualquier tipo de aproximación hacia las fuerzas de seguridad del Estado, pero también acabaron comprendiendo. Cuando ves a las viudas de los policías y te dicen lo que han pasado, son historias tan terribles que es muy difícil no sentir hacia ellas empatía o compasión. Y varios de los dirigentes de derechos humanos más importantes dijeron: «Está bien, que cuenten también su historia», pero al comienzo había una resistencia comprensible por su propia tradición.

Yo estaba en ese ánimo hasta el año pasado. La verdad es que en 2016 todo eso se matiza con las elecciones, que revelan tanto las cosas que están pendientes. Siento que nuestro lenguaje está tan minado por un lenguaje del miedo, de la inseguridad. Hay cosas que no están bien cerradas porque no hemos asumido adecuadamente que somos una sociedad de posguerra. Como no lo hemos asumido bien, no sacamos las consecuencias adecuadas de eso, a nivel de política, de cultura, de comunicación, hasta a nivel de afectos. No podemos dar ese paso. Ese «nosotros» va a quedar siempre medio en riesgo. Lo avanzado puede irse al diablo apenas un gobierno diga «Este Lugar de la Memoria es una concesión a estos rojos» y lo cambie todo. Y va a haber un sector militar que va a estar muy contento con ello, y seguro que ocurrirá lo mismo con MOVADEF o algún sector del fujimorismo.

¿Crees que sería posible arrasar el Lugar de la Memoria?

Claro, y lo malo es que nadie lo defendería mucho. Lo que digo es: los avances son débiles pero existen; la tentación a tender puentes existe, pero el lazo aún es frágil. Ese «nosotros» es frágil y hay que defenderlo, hay que construirlo.

La izquierda que, según has dicho, lanzó su canto del cisne en el informe de la Comisión de la Verdad, no concluyó la tarea en el sentido de que no se hizo cargo de la parte de la cual esa izquierda era responsable. Dejó esa deuda, ¿verdad?

Sí. Esa es la deuda de la izquierda que se paga hasta ahora. Cuando ahora, a veces, me vinculo al Frente Amplio, de una manera informal, a través de amigos, llego hasta allí y no me entusiasma por ahora una vinculación institucional.

Y probablemente no le haría bien a ninguna de las partes. Me parece que estás ubicado en un lugar muy pertinente, por tu pasado personal y por las cosas que estás haciendo. Si sales un día con una bandera política en la mano eso lo pierdes. A lo mejor, tendrías un futuro político pero creo que te desfigurarías, te convertirías en otra cosa.

Tal vez sucedería si algo me convence, pero tampoco es que me convenzan. Conozco desde la universidad a algunos de los jóvenes que ahora organizan el Frente Amplio. Para no hablar de los viejos, es que hablar de los viejos es...

Ahí es donde viene el problema de no haberse hecho cargo de lo que hicieron.

Es lo que hemos discutido más de una vez, y yo hablaba con libertad, porque no formo parte orgánica de nada. Decía que hay herencias que tienen que dejarse atrás, explícitamente. A veces se generaba un conflicto, no solo con los viejos, sino con los jóvenes. Porque los jóvenes, lamentablemente, han envejecido muy rápido o les resulta difícil dejar de lado tradiciones, que dan identidad.

Hay palabras que hacen daño porque son palabras que tienen sustancia, historia, experiencias y vida a su alrededor. Hay que revisar palabras como 'revolución', que significa revolución hoy. No pueden seguir diciendo revolución como si no significara nada mientras que para algunos el significado son 70 000 personas muertas. Sería un abuso decir que eso se debe a la izquierda. Eso no es así, todos lo sabemos, pero sí tiene que ver. Tiene que ver toda esta identidad romántica, este profundo romanticismo alrededor de la revolución y el cambio. El altruismo y la superioridad moral son herencias que se tienen que dejar atrás y se tiene que valorar un poco más la democracia sin uso táctico. Parecería Perogrullo, pero siguen siendo discusiones que se han dado hasta ahora. Es un poco agotador seguir conversando con los compañeros, jóvenes y viejos.

JEANINE ANDERSON:
**«PERUANOS Y PERUANAS, CADA QUIEN DESDE SU POSICIÓN,
ME PONEN ALGUNA DISTANCIA»**

¿Cuántos años llevas en el Perú?

Llegué en 1969, cinco días antes del suicidio de José María Arguedas. Gobierno militar... ¡qué épocas! Luego de terminar los estudios en la universidad, hice mi trabajo de campo para la tesis doctoral recorriendo los departamentos del Perú. Regresé a los Estados Unidos más o menos por medio año, y compré mi pasaje para venir de nuevo con el pretexto de que no sabía aún sobre la clase media peruana y sus mujeres. Y nunca más volví a salir —salvo algún sabático de la universidad— pero quedaba claro entonces que estaba bajo contrato acá. Voy para 46 años en el Perú, más de la mitad de mi vida.

¿Por qué te quedaste?

Creo que era lo intrigante, lo inexplicable que era todo lo que estaba viendo en esa época. Mis profesores en Estados Unidos seguían en el discurso de «la plaga de América Latina son las dictaduras militares». Acá, hablaba con las mujeres que vivían en la Residencial San Felipe; unas venían de la época de Belaunde, pero la mayoría era de la tecnocracia del velasquismo o esa nueva —no sé cómo llamarla— clase media. Esas mujeres tenían un discurso compasivo frente a la pobreza. Muchas de ellas habían venido de provincias, se habían casado con el ingeniero que andaba por ahí y eran parte de esa capa media relativamente privilegiada. El desastre del interior del país les era muy conocido y tenían un discurso muy justiciero: «Hay que apoyar a un gobierno que habla de distribución o de que todos deben participar de la riqueza del país». A mí, nada me cuadraba, aunque me llamó mucho la atención la oficialización del quechua pues, como antropóloga, toda reivindicación de los pueblos originarios y sus lenguas compromete mucho. Lamentablemente, en 1980 entendí que el Perú no era el país de los discursos de Juan Velasco Alvarado y muchos de sus acompañantes.

¿Pero aún así decidiste quedarte?

Sí, diez años es mucho. Ya no tenía lazos muy fuertes en Estados Unidos. Mi última época allí fue durante la guerra en Vietnam, en un campus universitario en medio de las movilizaciones. Aquí tenía un trabajo y ya tenía dos hijos, así que...

¿Has sentido que vivir en el Perú es difícil para alguien que no nació acá?

Claro que sí. Siempre siento que aquí mis derechos son menores, que tengo menos base que otros para reclamar. En parte porque yo no he sufrido todo lo que otros han sufrido y creo que eso marca muchísimo: todo tu aprendizaje y tus experiencias en tus primeras dos décadas de vida. Y luego, peruanos y peruanas, cada quien desde su posición, me ponen alguna distancia.

Sigues siendo gringa.

Así es, al menos extranjera; algunas veces me toman por europea. No está tan claro que soy del país de Donald Trump y de las muchas locuras de ese lugar.

Cuando los peruanos te marcan esa distancia como extranjera, ¿qué significa eso y qué consecuencias tiene? Porque hay diferentes maneras de marcar distancia. He conocido la manera de marcar distancia de los costarricenses que significa: tú estás fuera, tú no sabes, tú eres otra cosa, tú no nos entiendes. Uno se siente casi expulsado, casi puesto en la frontera cuando te hacen sentir eso. ¿Cómo es la distancia que sientes en el Perú como extranjera?

Creo que uno se autocensura bastante. Lo que tengo más claro es cómo las luchas internas en la Universidad Católica me ponían frente a una contradicción. Yo estaba aparte, no soy católica —a mucha honra— pero, cuando se presentaban episódicamente las disputas en torno a qué clase de universidad es esta y cómo debemos luchar contra el arcano o cómo no, quería pararme en las reuniones y gritar: «¿Por qué no siguen la ruta de Harvard y de Yale, de todas esas universidades, la mayoría en el mundo, que han sido fundadas por iglesias y han tenido el buen criterio, en algún momento, de cortar sus lazos con la iglesia que supuestamente las cobijaba, cuando en realidad no les daba nada?». Sin embargo, sentía que no podía porque no conozco la historia del catolicismo, no sé leer las señales de la gente a mi alrededor sobre sus sentimientos, no sé a quién voy a ofender o cuán profundamente voy a ofender a gente que me es importante.

Es que no quieres ofender.

Exacto. Además te sientes en minoría, sientes que tu situación es tan excepcional que quién eres para... opinar tal vez sí, pero no para arrastrar a otros contigo. En algunos momentos tenía la misma sensación en el movimiento de mujeres antes de expresar opiniones, hacer ciertos reclamos o intervenir en algunos debates. Siempre sentía que la mayoría de dirigentas venían de la izquierda y yo no tenía esa experiencia, porque en los años setenta era imposible. ¿Una gringa que tratara de acercarse a Izquierda Unida? No. Pero también era la sensación que tenía de que algunos argumentos no tenían suficiente base para sustentarse en público de manera consistente.

Quizá era que tú sentías que necesitabas más argumentos o más base que las peruanas para decir ciertas cosas.

Por ejemplo, para hablar a nombre de las mujeres rurales y de las mujeres culturalmente diferentes, no limeñas, no clase media, no profesionales. Siento que Manuela Ramos, de hecho, comenzó a hacerlo antes que Flora Tristán y otros grupos. Manuela tenía ciertos vínculos, creo que tenía algunos motivos y no discrepo de muchas de las cosas que dijeron o que reclamaban en nombre de mujeres campesinas andinas, en cuyos zapatos nunca habíamos estado.

Ni tú ni ellas.

Ni yo ni ellas, aunque yo como antropóloga tal vez un poco más. Recuerdo los eternos debates sobre la famosa complementariedad andina, debates que teníamos usualmente con hombres que sostenían que esa desigualdad y discriminación las pueden experimentar las mujeres de la ciudad pero no las mujeres campesinas.

La idea que se planteaba era que, en ese ámbito, hombre y mujer tienen roles distintos pero no asimétricos.

Claro, pero lo que estaba en cuestión es sobre qué base sustentas un argumento u otro y cómo interpretas las evidencias y los argumentos. Sentí que las mujeres, en general, se movían sobre bases bastante endebles. En el fondo, creo que tenían razón: la violencia en el mundo campesino, la violencia de género es un hecho real, terrible y creciente. Las condiciones nuevas, la migración, la inestabilidad, la violencia política, muchos factores han producido ese incremento de violencia y de relaciones conflictivas entre los géneros que estamos viendo. Todo eso tenía que contemplarse en los argumentos, incluso en los eslóganes. Pero sigue habiendo una gran brecha entre, de un lado, el feminismo y el movimiento de mujeres que sale a tomar las calles

en el Día de la no violencia y, de otro lado, las mujeres que más sufren en silencio y no se identifican ni con los congresistas que tratan de cambiar leyes ni con los modos de funcionar de organismos públicos.

¿Dirías que ha habido un desencuentro entre el movimiento feminista y la realidad efectiva, mayoritaria de la mujer en el Perú?

Lo describiría como una suerte de caminar en paralelo. El movimiento ha sido importante para muchísimas mujeres y es un referente. Hay mujeres en el país que, de hecho, han protestado, han reclamado la no violencia, la posibilidad de autonomía e independencia, incluso temas alrededor de la sexualidad. Aunque ahí es donde tengo muchas dudas sobre cuáles han sido los dos caminos en paralelo y cuáles han sido sus puntos de encuentro.

Hay también el hecho de que en el movimiento de mujeres —por lo menos cuando se hacía un evento público— tenías a tu campesina, a tu mujer barrial, a tu dirigente del Vaso de Leche y a María Elena Moyano, aunque sea como figuras en el rol de oradoras o para la foto. Eso obligaba a que se produjeran encuentros cara a cara, que de otro modo no se hubieran producido nunca. ¿En los partidos políticos acaso eso sucedía? No, porque eran encuentros de hombres con hombres. Esa posibilidad de entablar relaciones personales, de participar en los cumpleaños y eventos familiares, las unas con las otras, ha sido algo precioso y fundamental.

¿Acaso eso no llevó también a que María Elena Moyano —para poner al asunto un nombre, que es finalmente un nombre trágico— se pareciera más a las dirigentes de clase media que las dirigentes de clase media a ella?

Probablemente, pero no habría sido su aspiración. Creo que es la aspiración en general, porque si uno anda por los asentamientos humanos de la ciudad te dicen que son clase media, se anuncian como clase media. En 1973 y 1974 me di cuenta de que nadie tenía cómo hablar conmigo en este país acerca de las mujeres de clase media. Como buena antropóloga de la pobreza y de la marginalidad, comencé entonces el periplo por la pobreza limeña y, en esos momentos, la gente se podía presentar como «nosotros los pobres». ¿Pero ahora? Ahora no. Sus hijos van a la universidad, aunque tal vez no terminen.

He visto en otros ambientes y en otros momentos un fenómeno por el cual en un dirigente social, que empezaba una relación con activistas o intelectuales de los partidos, de grupos de asesoría de las ONG, el efecto de esta relación lo diferenciaba y distanciaba de su grupo social de origen o de su grupo de referencia previo.

Ese impacto era mucho mayor que el impacto que la relación tenía sobre nosotros, los activistas o los promotores.

Yo no estoy tan segura de cuán superficial es eso o si es como mimetizarse o asimilarse. Sigo creyendo en el concepto de torneos de valor. La idea es que en toda sociedad hay estas jerarquías que se establecen alrededor del género, la clase, el poder económico, la raza, las categorías que sigan vigentes o sean corrientes en cada lugar. La idea me parece que caracteriza la situación del Perú: antes que una sociedad donde todos estamos participando en un mismo torneo de valor y asumimos los mismos criterios de valor —qué es valorable, qué es valioso que seas—, aquí estamos peleando en recintos distintos. Y la gente popular, la gente andina, la gente migrante, la gente de esa masa emergente, como decía José Matos Mar, está simplemente en otro juego, donde tu capacidad económica, empresarial, emprendedora se va a medir según criterios que ellos reconocen y que los otros ni siquiera... Son criterios morales, criterios del buen vivir, derechos y obligaciones de los seres humanos. No te puedo precisar cuáles son, solo que intuyo que son diferentes.

¿Eso significa que la fractura entre ese mundo y el nuestro sigue estando ahí, que no es verdad que nos estemos integrando o haciéndonos iguales?

Sí. Y esta sociedad que está peleando o realizando sus torneos de valor con sus caballeros y damas de las capas medias y altas, de vez en cuando o periódicamente la última sorpresa recorre a su mundillo: «¡Ah, en Ayacucho hay grupos de rock que cantan en quechua!» «¡Hay raperos en San Juan de Lurigancho que hacen rap en quechua!» «¡Tal comunidad de Puno, que son aimara hablantes, están vendiendo sus productos en Kasajistán!». De pronto se abre como una ventanita y vemos algo que está pasando en ese otro grupo que resulta como un entretenimiento, un hecho divertido, positivo, pero inexplicable. Nos preguntamos: ¿eso de dónde vino? No lo entendemos.

«EL GRAN ASUNTO
PENDIENTE TIENE QUE VER
CON LA VIOLENCIA Y CON LA
SEXUALIDAD Y EL ABORTO.
EN PRIMER LUGAR, LA REALIDAD DE
EMBARAZOS NO DESEADOS».

Para volver al tema de la mujer, ¿crees que el movimiento feminista se pudo orientar de otra manera o se debió orientar de otra manera en lo que respecta al auditorio al que se ha dirigido?

Para mí el gran asunto pendiente tiene que ver con la violencia y con la sexualidad y el aborto. En primer lugar, la realidad de embarazos no deseados, que nunca debieron haberse producido. Creo que la falla del movimiento ha sido no encontrar un lenguaje aceptable y una manera de abordar ese problema en público, que hubiera sido útil para la gran masa de mujeres en el país. El problema no se da solo en el Perú, pero lo más inexplicable que encuentro cuando hablo con mujeres populares que tienen hijas adolescentes, o con mujeres jóvenes de los asentamientos o de fuera de Lima es que el embarazo adolescente es asumido como una fatalidad: es un niño que tiene que nacer, tenga las implicancias que tenga para la vida de esa mujer. Y el varón se escapa olímpicamente.

Y tenga el origen que tenga ese embarazo.

¡Y tenga el origen que tenga! Incesto, violación, lo que sea. Hay un ámbito donde las interrupciones del embarazo se pueden producir, pero no es el mayoritario. Cómo después de tanto tiempo, ese punto tan fundamental en el movimiento de mujeres o en las reivindicaciones de mujeres en todo el mundo durante cien años, en el Perú se ha trabajado tan mal en el movimiento que todo tiene que seguir siendo secreto. Ahí siento que la Iglesia ganó; los hombres nos ganaron de lejos. No me importan las infidelidades de Alan García pero él puede presentar al niño resultante como si fuera una hazaña y no una...

Y reconocerlo públicamente al lado de quien era su mujer, no de la madre del niño.

Cierto. ¿Por qué no se ha podido encontrar la manera de trabajar con aliados —que los hay— en el personal de salud o trabajar mejor en grupos políticos de tendencia progresista? ¿Por qué este bloqueo en algo tan fundamental en la vida de las mujeres? Porque las desventajas para la chiquilla de 16 años, con su hijo, son terribles y duran toda la vida.

Toda la vida de ella y la del hijo.

Y la del hijo, así es.

No tengo un perfil claro de lo que es la mujer hoy en el Perú, en relación con la mujer tradicional. Sabemos que está más educada, en algunos casos más que el hombre, y que trabaja más que antes, que se ha incorporado al mercado laboral.

Estos son los dos datos gruesos que se tiene. ¿Pero hasta qué punto ha cambiado la situación o la condición de la mujer frente al hombre en estos 46 años que tienes en el Perú?

Ciertamente, la posibilidad de circular autónomamente. Tener la posibilidad de estar hasta altas horas de la noche en condiciones no estigmatizantes, aunque inseguras en términos físicos.

Los hombres también sufren esa inseguridad.

¡Toda una democratización! Una idea que tienen las mujeres, en todo el país —salvo lo que he visto en mis últimas andanzas por pueblos indígenas amazónicos, donde sientes que el sueño de acceder a una carrera técnica sigue estando lejos—, incluso en comunidades andinas, está en las rutas posibles que una mujer puede seguir. Pueden demorar más unas que otras, pero hay rutas posibles para llegar a tener la actividad de trabajo que escogiste, menos hijos, menos esclavitud en la casa, cierta participación de los varones en compartir la responsabilidad de la casa. También en niveles populares. Esas imágenes de los años setenta, de los privilegios masculinos de convocar a los amigos y cuñados, apropiarse de la sala y el televisor, y gritar «Sírvenos esto y lo otro»; eso ya no. Ahí había un tema de humillación, de constante recordatorio de que «tú eres mi mujer, eres inferior, tu estatus es menor». Creo que eso ya no va.

Quizás el uso de la violencia es un intento de afirmar eso, de retrotraer esos privilegios.

Quién sabe, recuperar.

Por aquellos que no aceptaron esa pérdida de poder.

O el simbolismo de que «en definitiva, quien manda soy yo».

Y la razón es que te puedo pegar.

Sí, posiblemente, pero junto con muchos otros factores, que también hablan de turbulencia en los roles masculinos y en las posibilidades de muchos hombres.

En el Perú al que llegaste, a fines de los 60, inicios de los 70, decíamos: «El Perú es un país pacífico». Debes haber oído ese discurso que se repetía, pese a que si miras la historia del Perú, no es tan claro que así fuera. Pero eso era lo que se decía hasta que nos reventó Sendero en la cara y luego la guerra sucia, que fue la respuesta desde el Estado. Más recientemente, la violencia delictiva —la que acompaña a un delito— se ha incrementado. Me pregunto si hay una relación entre la forma

de violencia familiar de hoy y el hecho de que la violencia en el país haya aumentado en los últimos treinta años.

¡Qué difícil! Acabo de terminar para el Ministerio de la Mujer una revisión bibliográfica sobre la violencia que afecta a la niñez y la adolescencia, tratando de identificar determinantes, causas o factores que contribuyen, para rastrear dónde aparecen las líneas de disputa y conflicto, cómo se incrementan o disminuyen. Por un lado, uno puede identificar puntos de conflicto que van transformándose en el tiempo: cuáles son las disputas y cuán graves son las disputas entre padres e hijos, por ejemplo. Las de una generación antes, en el caso de los padres, tienen mucho que ver con obligar a hijos e hijas a asumir tempranamente un papel en la estrategia económica de la familia: pastorear a los animales, salir a la chacra, vender en la calle. Eso era coerción, porque un niño no hace eso voluntariamente, no más de tres horas. Por otro lado, tienes la naturalización, la insensibilización. Muchos, en la escuela, hablan de maestros que desde la educación inicial ya ni ven: los niños se pegan y ellas lanzan un empujón o cachetean a un niño o una niña y ni cuenta se dan; maestros y maestras con niños mayores, mucho menos. Todo el mundo como que se acostumbró a que mucha de la interacción tenga esta carga de insultos, desprecio, ataques y violencia física. Creo que, en el caso de la violencia doméstica, entre personas adultas, el mismo estudio tendría que hacerse en distintos segmentos de la población para saber cuáles son los puntos en disputa.

¿Ese estudio no se ha hecho?

Se han hecho muchos estudios puntuales. En el caso de la violencia doméstica tienes las estadísticas, pero nunca sabes a ciencia cierta qué es lo que la gente está llamando violencia, porque casi todo es autorreporte: te pegaron, tú pegaste. ¿Qué es lo que gatilla una respuesta de violencia? Ahí apelaría al argumento de la impunidad. Hay la idea en el Perú de que lo que pasa dentro de las cuatro paredes de la casa es asunto de las personas que viven ahí. Incluso es la actitud de instancias como la policía, la autoridad.

¿Eso no ha cambiado mucho?

No creo, no lo he visto.

¿Pese a las leyes, a los discursos?

Ahora la ley prohíbe el castigo físico a los hijos. Eso es tal vez en la calle, pero no creo que en las relaciones íntimas alguien vaya a tener muchas ganas de intervenir. Más aún en una sociedad que se ha vuelto más violenta o más acostumbrada a la violencia.

Siento que los medios de comunicación tienen que ver: hace treinta años no hubieras visto la cantidad de pornografía ni tampoco contenidos como asesinatos, sangre, atropellos. Mañana, tarde, noche y madrugada. Eso también es acostumbrar, naturalizar, normalizar, ofrecer un inventario de posibles respuestas violentas. Ya no tienes que imaginar lo que podrías hacer, ahí está tu recetario. ¿Con quién te identificas, con qué mafioso? «Mujer mala, la manda matar».

Me has dicho que estudios sobre los conflictos familiares que están en la base de violencia no se han hecho o no se han hecho lo suficiente.

Porque no hay mucho estudio sobre la familia. Necesitarías caracterizar a las familias o las parejas normales en su vida cotidiana y no tan cotidiana, en sus aspiraciones. Creo que es un tema menospreciado. Miro entre mis colegas, en ciencias sociales, y eso es «tan de mujeres».

Es curioso, porque no es un tema de mujeres.

No debería ser, porque todos vivimos apasionadamente la vida de familia, pero como tema de investigación, incluso cursos en ciencias sociales, desde Violeta Sara-Lafosse nadie en la Católica se ha atrevido a abordar el tema o a arriesgarse a ser muy identificado con él.

«MUCHO DEL SISTEMA DE
GÉNERO DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS EN AMÉRICA LATINA
HA SIDO MARCADO POR LA
SEGREGACIÓN».

En definitiva, ¿crees que hay un cambio importante en los roles de hombre y mujer, uno frente al otro?

Sí. Creo que mucho viene de representaciones sociales que son importantes. Es cierto que son ideas que vienen de, o tienen fuentes en, Hollywood, en el extranjero, en las series de televisión, en telenovelas. Ahí hay una transformación, mal que bien, que puede ser extranjerizante, pero tiene suficiente raíz en aquello que los y las peruanas sienten como relaciones justas, relaciones de vida entre todos los seres humanos, hombres y mujeres incluidos: «Vamos a probar cómo es esta otra forma de vida o de llevarnos».

Si la simetría entre hombre y mujer, en el Perú, se ha acercado en estos años, ¿en qué se mantiene la asimetría?

En cuestiones que tienen que ver con prestigio. La parte de las relaciones de género o la relación entre los géneros que tiene que ver con prestigio y reconocimiento aparece en los estudios que indagan acerca de la sobrevaluación de lo masculino: un currículum vitae que llega con un nombre de hombre versus el que llega con un nombre de mujer. Los puntos que se agregan al varón y que se restan en caso de la mujer. Eso sigue en plena vigencia. Esta es la última línea de defensa del patriarcalismo. «Si ella puede trabajar igual o mejor que yo, si puede organizar y gerenciar, puede ganar más, es igual, no tengo por dónde hincar. Entonces apelo a mi simple masculinidad, la herencia de superioridad». Son argumentos que no necesitan sustentación, mucho menos evidencia; simplemente apelo a que el hombre es el centro del universo.

Al mismo tiempo, en 2016 hemos estado cerca de llegar a una segunda vuelta entre dos mujeres, porque Verónica Mendoza estuvo próxima a ganar a Kuczynski. Estás hablando de prestigio y de reconocimiento y hemos visto cómo de los hermanos Fujimori, un hombre intenta sacar la cabeza y la hermana se la corta. Sorprende ese tipo de hechos.

Si Keiko tiene más capacidad que sus hermanos varones, ¡enhorabuena!, pero son casos excepcionales, incluso en el Frente Amplio. No es solo Verónica Mendoza, ahí están Marisa Glave y varias mujeres más pero ese fenómeno, de puntos agregados por ser varón y no por trayectorias realmente sólidas, tiene plena vigencia ahí. ¿No crees que en el sólido sur, en el interior del país y en los barrios donde el Frente Amplio puede tener una maquinaria partidaria, tengo la razón? ¿Que la mayoría de sus dirigentes, figuras decisorias más connotadas, reconocidas y poderosas siempre son varones? Lo sentí en mis veinte años en la Universidad Católica, con qué fuerza.

En la Universidad Católica, que es un lugar...

Más o menos iluminado. Los hombres, mis colegas en Ciencias Sociales, economistas, qué esfuerzos hacía yo para dialogar. Pero, al final, te das cuenta de que lo que decías, escribías o planteabas como que desaparece, como si nunca hubieras abierto la boca. Creo que ahí hay un tema, otra vez, no solamente del Perú. Y en América Latina, frente a muchos otros continentes, hay una situación más favorable; incluso en la cuestión de reconocimiento de muchas mujeres por sus propios méritos.

¿Y en el ámbito rural, que siempre ha sido más tradicional? He visto en Guatemala cómo, de los hermanos, los chicos iban al colegio y las mujeres no. ¿En el Perú eso ya no existe?

Todavía hay preferencia por el hombre y hay los factores circunstanciales que impiden la asistencia de las mujeres; en muchas partes de la selva, estudiar es irse a un colegio internado a los ocho años, lo que requiere un financiamiento. Mucho del sistema de género de los pueblos indígenas en América Latina ha sido marcado por la segregación entre géneros. Es justo decirlo para todo el mundo. Hombres y mujeres tienen cada uno su universo, donde se desenvuelven y de vez en cuando se producen intercambios y relaciones.

¿Crees que, a propósito de escoger pareja, el hombre peruano prefiere hoy una mujer que no le haga sombra? Conocemos el caso extremo de los hombres, frecuentemente hombres mayores, que viven en el llamado primer mundo e importan una chica joven de Brasil, de Cuba o de Tailandia, porque es alguien a quien imaginan que pueden someter a una condición subordinada, que no podrían conseguir con una mujer de su país, Alemania, Estados Unidos o Italia. Con Cuba no ocurre solo el turismo sexual, sino también esto, ir a buscar una pareja, una mujer joven, que llevan a Europa porque es una chica que creen que pueden subordinar, lo que, por cierto, no siempre funciona. ¿Empieza a ocurrir en el Perú, como en Estados Unidos, donde las mujeres más capacitadas, más exitosas y más susceptibles de obtener un reconocimiento social alto, son menos codiciadas en el mercado masculino?

No sé qué tanto. Pensaría que los hombres, en el Perú, todavía no se sienten tan amenazados en su propia relación de pareja. La generación de mis hijos toma un poco en broma, pero también en serio, que «ella es más capaz que yo, ¿y qué? Tengo el apoyo de mis amistades masculinas y nadie va a cuestionar que sigo siendo parte de un grupo que tiene ciertas ventajas». Todavía no tienen mucho miedo de perder posición o perder esas ventajas en lo cotidiano o lo personal: «Si voy a una entrevista de trabajo me van a dar una mayor oportunidad».

En ese marco que tú trazas hay cosas que me sorprenden. Una es la violencia contra la mujer, de la que acabamos de hablar. Otra es el altísimo número de violaciones sexuales en el Perú, que es el mayor en Sudamérica. Y otra más, que me llama mucho la atención, es la exhibición decorativa de las mujeres jóvenes, al lado del deportista de éxito, del político de éxito y del narco de éxito. Todos ellos necesitan una chica joven, guapa —aunque operada seguramente de varias cosas— para desempeñar ese papel. Está esa telenovela colombiana Sin tetas no hay paraíso, pero en el Perú

vemos las fotos y los reportajes, que parecen aludir a una vuelta al rol tradicional, a la ubicación tradicional de la mujer, como un elemento decorativo.

O que la belleza es la sensualidad, el despliegue de sexualidad, de atracción sexual.

Tienes el caso de Cecilia Tait, ex voleibolista y candidata a la reelección como congresista. En la campaña se desnudó para una carátula de *Somos*. Pero no salió elegida.

Es ese nudo duro que encuentro entre peruanos y peruanas, que tiene que ver con la religión, la sexualidad y con todo. La Iglesia Católica es el origen de muchísimas de estas contradicciones entre «quiero pero no quiero», «me atrae pero no puedo, por lo tanto lo hago en secreto, lo hago con mi hija o mi hermana o mi prima o con mi primo». En las mujeres opera mucho lo prohibido y, por lo tanto, lo exageradamente importante en sus preocupaciones personales, en su percepción de identidad.

Pero la esfera de lo prohibido se ha reducido.

Sin duda, pero sigue habiendo ese núcleo duro de lo que no puedes ver, no puedes hacer, no puedes hablar, no puedes pensar. Y reaccionas. Y, sin embargo, no lo ves a tu alrededor o lo desfiguras de alguna manera o lo maquillas. Lo encuentro inexplicable. Yo no crecí escuchando las lecciones de monjas ni de sacerdotes diciéndome que eran mi conciencia, entonces estos conflictos y cómo se expresan...

Mi impresión es que eso se nota más en el Perú que en otros países de América Latina.

¿Pero no lo relacionarías con el control que tiene la Iglesia todavía sobre el sistema educativo, sobre muchas políticas y programas de gobierno? Porque, en parte, el encubrimiento y la impunidad no son una consecuencia de lo que la población quisiera o haría sino una consecuencia de cómo funcionan las políticas y cómo funciona todo el sistema judicial, que de hecho preferiría simplemente no ver el abuso sexual de la niña de ocho años, que dura hasta los catorce cuando sale con un embarazo y ya no se puede decir que no ocurrió.

Pero se acaba de producir una brecha, se ha roto una pared gruesa con el escándalo del Sodalicio. Es interesante porque no estamos ante un hecho aislado, ha sido probado y fue ocultado por una figura eclesial como el arzobispo Cipriani, que recibió denuncias y trató de poner el asunto bajo la alfombra. Sin embargo, la cosa ha reventado y han tenido que echar a quien fue el fundador del Sodalicio. Hace unos años eso no hubiera pasado.

Me pregunto cuántas personas realmente están siguiendo esa situación y cuáles van a ser los mecanismos de reacción, donde la capacidad de autoprotgerse utilizará aquello de «son una minoría, la manzana podrida».

WILFREDO ARDITO:
**«AQUÍ LA DIFERENCIA GENERA DESIGUALDAD,
GENERA JERARQUÍAS»**

En la discriminación el racismo es un componente. Para unos autores el racismo pesa poco, para otros es fundamental, y hay quienes sostienen que el peso del racismo ha evolucionado. Tú estás comprometido con actividades para combatir discriminación y racismo. En la discriminación que se practica en el país, ¿cuánto pesa el racismo?

Si bien somos una sociedad muy clasista y muy discriminadora, los rasgos físicos son elementos muy importantes para ubicar a las personas desconocidas. Cuando veo una persona desconocida, no sé cuánto dinero tiene, no sé dónde estudió; simplemente la veo. ¿Cómo la juzgo? El juicio tiene que ver con los rasgos físicos.

También tiene que ver con cómo se viste y cómo habla.

Sí, así es. Pero son aspectos que se van sumando: cómo se habla —lo tengo que escuchar— y cómo se viste. Normalmente, cuando hay dos personas vestidas igual, quien es más blanco puede vestirse de la manera que sea y sus rasgos físicos no son lo que marca más. Esto lo veía en mis alumnos de la universidad: los chicos más blancos, los chicos rubios podían vestirse como quisieran y eran, a veces, los que se vestían con más sencillez. Mientras que los chicos más andinos o los chicos más afroperuanos, sobre todo las mujeres, invertían mucho en su apariencia. Es algo así como «producirse», tener una imagen externa. Blanquearse, para ser aceptados.

Una alumna hizo un experimento llevando unos chicos afroperuanos —que no querían ir, pero los convenció— a Ripley de San Miguel. Y pasó que los de seguridad los detuvieron. Ella fue al Ministerio de Cultura a denunciar. Pensaba que no iba a pasar; les había dicho: «Hay que tener autoestima, seguridad». Es muy fuerte hacer ese tipo de experimentos porque la posibilidad de que algo suceda es muy real. Es como ese otro experimento, hace poco, en Jesús María y en Lince. Primero lo hicieron con un argentino blanco a quien pidieron que hiciera como que quería entrar a un auto pero sin la llave. La gente le ofreció ayuda, llamar a un cerrajero.

Luego lo hicieron con un negro boxeador... el Serenazgo vino dos veces. Fue muy chocante. Solamente alguien que ya está muy empoderado puede resistir algo así. Porque aunque es una situación falsa, porque va a llegar la prensa y va a intervenir, es una situación humillante.

Has usado, en lo que va de la conversación, el término afroperuano y el término negro. ¿Qué hay detrás de esto?

No tengo problema, personalmente, con usar alguna de las dos palabras. Lo que siento es que la mayoría de gente negra tampoco se siente mal con el término afroperuano.

Pero tampoco se sienten mal con que los llamen negros.

Así es, la mayoría no se siente mal. Pero en una serie de situaciones el término 'negro' ha sido usado con tanto desprecio, que para un sector de la población ya es un tabú. Me han dicho algunos alumnos: «Usted dice negro». ¿Qué quieren que diga? Tampoco puedo decir «africano» si son nacidos en Europa. ¿Hay que decir: «por tener rasgos africanos»? No sé. Hay algunos que ya son moralistas. Hace poco *El Comercio* sacó un titular: «Policía mata dos negros en Estados Unidos». Racista, le dijeron. En todo caso el racista era el policía y no el titular.

Que es lo que hay que resaltar, porque seguramente los mataron por ser negros.

Sí. Mucha gente me escribía: «Pronúnciese, mire el racismo». Yo veo racismo en el homicidio. Si para usted es más importante que pongan la palabra «negro» a que el que maten a dos personas, es que su escala de valores está totalmente distorsionada.

No eres entonces de los que crees que cambiando la palabra cambias la realidad, de los que piensan que elevas la condición, presuntamente disminuida o subalterna del negro, porque no lo llamas negro sino lo llamas afroperuano.

Suelo hacer muchos ejemplos divertidos en la clase. Cuando Velasco dispone que no se diga «indios» sino «campesinos», en el colegio empezaron a burlarse de los que decían el Día del Campesino; les decían: «Feliz cumpleaños», ¿por qué? «Porque son campesinos». 'Campesino' se volvió una palabra peyorativa, como antes era indio. También Velasco dispuso que las zonas marginales ya no iban a ser barriadas sino pueblos jóvenes. A los pocos años la gente en Lince o San Isidro decía: «Esto parece un pueblo joven», y se volvió un término peyorativo; porque lo que no había cambiado era el desprecio y eso no se cambia con palabras. A la gente le digo, también de broma, el que dice «He tenido un día negro», ahora va a decir «He tenido un día afro».

Y no cambia el problema. Hago esas bromas para demostrar que el problema no está en las palabras sino en la actitud hacia determinados sectores de la sociedad.

Me alegra escuchar eso.

¿Qué no sea tan fundamentalista en las palabras?

Sí, porque hay gente que lo es.

Hay gente que lo es y eso desgasta mucho. Y lo mismo es en todo; por ejemplo, en el feminismo. En el tema del racismo puede empobrecerse la discusión llevándola a temas secundarios y no a los temas que son reales. Como, por ejemplo, las oportunidades que puede tener una persona blanca y una persona que no lo es, las posibilidades de ser detenido, las posibilidades de empleo. Esos son los temas en los que es importante sensibilizar.

La trampa en el Perú en torno al racismo, lo que genera tanta confusión es que no tenemos una identidad tan definida como en otros países que tienen menos mestizaje. La misma persona puede ser considerada blanca por unos y cholo por otros. Por eso, hasta una persona víctima de racismo quizá no se dé cuenta de que es por racismo. Presenta su currículo, él siempre ha pensado que es blanco y dicen: «Este cholo quiere venir acá». Quizá la persona dirá: «Esos son unos argolleros», pero no es por argolla, es por su color. Una alumna hizo un experimento que también fue bien fuerte, porque al chico que decía que no había racismo en el Perú lo envió al Jockey Plaza, a preguntar por un polo, en una tienda donde antes un chico blanco, del mismo grupo, se había probado el polo. Y cuando llegó este otro chico le dijeron que no había. Entonces, él se dio cuenta de que todas las veces que le habían dicho «no hay», «está cerrado»... ¿por qué era? Y él había vivido negando, pensando que eso no pasaba.

Todo eso hace que sea muy complicado hasta hacer encuestas, porque en Estados Unidos dicen «los blancos van a votar por Clinton» o «van a votar por Sanders», pero tú sabes quién es blanco ahí. Aquí es mucho más difícil, cuando en una misma familia tienes gente más oscura o más blanca. Esto hace que la identidad sea contextual, que puedas tratar a alguien como cholo en un momento y después dices: «No, es blanco», y cambias el trato a la persona. Así, el racismo tampoco es tan permanente: la misma persona que me trató de una manera terrible, cuando «se dio cuenta» de que yo era blanco se puso sumiso.

¿Pero qué es ser blanco?

Qué es ser blanco, qué ser cholo o qué ser negro. Son una serie de conceptos donde el color es algo muy importante.

Digamos que el negro es más claro, paradójicamente. Es más nítido que es ser negro. Puedes decir no es negro, es mulato. Mi mujer es morena y me acuerdo que cuando nuestra hija Úrsula era pequeña, yo le decía a su madre «negra» y Úrsula rápidamente me decía: «No es negra, mi mamá es morenita». Puedes discutir el mulato, pero el negro es evidente que es negro.

Es que negros como Obama ya casi no hay en el Perú. Hay muchos matices. A mí, en una serie de instituciones me han dicho: «Oye, negro, ¿qué tienes?». Es gente que no me conoce. Me han dicho negro para insultarme; me ha pasado. Y yo me quedo diciendo dentro de mí: «¿Yo soy negro?». O cuando fui a casa de una familia objetivamente negra y me dijeron: «Sí, pues señor, usted como es blanco». Ahí me di cuenta del tema de la identidad contextual. Todos saben que Obama y su mujer son negros. ¿Y Ollanta y Nadine son cholos, son blancos, son mestizos? Nadie te sabe contestar y son figuras públicas.

No creo que alguien diga que Ollanta y Nadine son blancos. ¿Crees que alguien pueda decir que Ollanta es blanco?

Hay gente andina, de comunidades campesinas, que lo puede ver blanco porque no lo va a ver como ellos. Pero es muy interesante: si no es blanco ¿qué es? De Toledo sí, todo el mundo va a decir qué es. Pero entre Ollanta y Toledo tampoco hay una diferencia tan marcada; podrían ser primos. A veces uno ni siquiera lo ha verbalizado. Lo que sucedía, por ejemplo, con César Acuña. Decían: «Alguien como él, cómo va a salir en público». Cómo lo detestaba tanta gente tenía que ver con racismo, pero la gente no podía aceptar que era por racismo.

Entonces, ¿Toledo cómo llegó a ser presidente?

¡Y cómo fue maltratado como presidente! Cómo los medios de comunicación le daban duro, cómo haciendo las mismas políticas que los grupos de poder querían, le daban en el suelo. Era casi como tener un bufón de presidente. La gente lo maltrataba, le perdía el respeto; en Gamarra la gente le quería tirar basura. A Toledo no lo pueden respetar porque no está en el *chip* de mucha gente el respetar a alguien así.

Acaso no le tiraban basura por ser cholo sino porque no estaban contentos con su gobierno. Lo que dices es que de ser blanco no le hubieran tirado basura, pese al descontento.

Así es, porque no sienten respeto hacia él. Ese es el asunto. Acuña tiene mucha plata, es alguien exitoso, aunque plagió, pero había cosas en él que movían a un sector

a no poder respetarlo. Ese caso me parece más complejo porque igual Acuña formó su partido y muchísima gente de distintos rasgos lo apoyaba.

Algunos blancos.

Así es. Y en la propaganda de su universidad todos eran blancos. No se puede decir que, como es una sociedad racista, eso pasa todo el tiempo, pero pasa muchas veces.

Lo que dices es que el color es algo relativo, depende de quién te mira, cómo te mira, te blanquea menos o te blanquea más o no te llega a blanquear.

Sí. Los propios académicos tienen su propia experiencia como discriminadores y discriminados. Porque hay esa ambigüedad, hay un silencio sobre esos temas, a diferencia de lo que ocurre en otros países. Aquí se ha preferido invisibilizar el tema en la discusión, incluso en la discusión académica. Por eso es tan difícil poner el tema en público, siempre van a sacar contraejemplos: «Ya no es así, mira en San Juan de Lurigancho cuánto dinero tienen, mira que hay una clase media que tiene dinero, eso ya no pasa». ¿Y cuando pasa?

«Ya no es así». En esa dimensión del asunto, ¿crees que ha habido una evolución?

Sí, en el sentido de que cada vez hay más personas con dinero y educación que no tienen los rasgos característicamente más blancos. Esto también puede estar llevando a que puedan conseguir buenos trabajos y una buena posición en una serie de espacios. Esa es una situación que creo que existe, pero para un sector de población. Todos los elementos del blanqueamiento, como la educación y el poder del dinero, funcionan cuando son visibles. Cuando no son visibles, cuando no se nota que uno tiene un buen auto, que se viste de esta manera o que tiene educación —para mostrar la educación uno tiene que hablar, para que se note—, el racismo puede volver. Por eso hay mucha gente de rasgos andinos o afros que usa consumos ostentosos para denotar, para mostrar que tiene dinero.

Es lo que hacen los negros en Estados Unidos.

Así es. Y ese consumo ostentoso termina poniéndolos en peligro frente a la delincuencia. Es algo poco racional. Pero su racionalidad busca hacerse respetar y el respeto lo consiguen con esos elementos externos. Hay mucha gente blanca que no necesita eso. Pero los otros van como diciendo: «Oye, yo también, a mí también me puedes asaltar, yo también tengo». Es paradójico pero hay esa compulsión por el consumo, no solamente por tener sino por mostrar que uno tiene.

¿Crees que el cambio que reconoces que se ha producido tiene que ver básicamente con la mejora en la capacidad económica? ¿No crees que ha habido o que hay un proceso en curso en el cual los prejuicios se han ido atenuando? Hay la interrogante clásica de las encuestas gringas en las que sondean el tema del racismo y preguntan: «Si tu hija o tu hijo apareciera en la casa con un...» —Adivina quién viene a comer, la famosa película *Guess Who's Coming to Dinner*—, si tuvieran una relación con un negro ¿cómo lo tomarías? ¿Cómo crees que eso funciona en el Perú, crees que ha evolucionado, más allá de si el negro o el indio tiene plata o no tiene plata?

Una alumna, de mi curso de No discriminación, me cuenta todos los problemas que tiene porque su enamorado tiene rasgos andinos. Lo he conocido y es de los que sembraría dudas, tan andino no es, pero es mucho más andino que ella. Les pasa todo el tiempo a ellos, no en la familia de ella, probablemente porque son una familia de izquierda, pero...

Ser de izquierda no siempre es una vacuna para esto...

Pero en este caso, como conozco a sus papás y hemos hablado de estos temas, en este caso sí. No creo que todos esos prejuicios estén superados. Tuve la experiencia de enseñar dos años en la Universidad del Pacífico, donde había chicos muy diferentes y nunca he visto —ni siquiera en la Católica— una división tan marcada de con quién hablo y con quién en mi vida voy a hablar en el salón de clases. Había un grupo de gente que jamás podría hablar con el del costado. Me sentía tan incómodo porque pensaba: «Yo los miro y ellos no se pueden mirar».

Siempre hago paseos con los alumnos de la Católica y nos vamos al centro de Lima a tomar fotos. Un día fui de paseo con los de la Pacífico. Nos tomamos una foto frente a la portada china y ellos hasta en la foto salen separados del chico de San Juan de Lurigancho casi como sujetando a un leproso. Después les dije: «Miren esta foto, así se ponen ustedes». «Profesor, es que no me di cuenta». Esos son los chicos que toman el curso sobre discriminación porque supuestamente están contra el racismo. Es como que el otro fuera invisible. Además hay gente que manda a sus hijos a la Pacífico y ya no los envía a la Católica, para que no se junten con otros, porque la Católica se ha choleado.

Lo que es visible, efectivamente.

La Católica se ha choleado, sí. ¿Pero por qué no van otros? Para unos es la distancia: está muy lejos. Pero lo otro es «¿Con quién se va a juntar?», a pesar de que tenga dinero, a pesar de que tenga educación. Esos prejuicios se mantienen. Lucho contra eso, quisiera que esos prejuicios se fueran diluyendo, erradicando.

¿Crees que no se están diluyendo?

En mi entorno se ha logrado que la gente diga cosas menos racistas. Pero voy más allá de ese entorno y con muchísima frecuencia escucho una barbaridad racista. Y la gente me sigue contando historias que son como las historias que escuchaba antes. Cuando una mujer grita a una policía: «Debe ser una serrana huancaína», la gente dice: «Qué espanto ser racista», pero es porque hay un video; si no hubiera habido video... eso pasa todos los días. Hubo un incidente en Miraflores con un ciclista que nosotros diríamos que es negro, y lo paran los del Serenazgo porque se ha robado una bicicleta por aquí cerca. Pero el ciclista hace la denuncia y nos escribe: «Este serrano, infeliz, que ni sabía hablar me empezó a decir...». Y, además, lo colgó en su muro. ¿Quién es el racista en este caso? De este incidente saqué la idea del racismo mutuo, que es cuando una persona dice: «¡Serrano!», y el otro dice: «¡Serrano serás tú!». Los dos descalifican al otro por un tema racial. ¿Quién es la víctima y quién es el agresor? Mientras en otros países el racista es fulanito que maltrató al otro por racismo, aquí se están maltratando los dos. Eso ocurrió entre cholo y negro, pero entre cholos también ocurre y entre negros también.

Pero en un entorno como el de la Católica o el de los funcionarios públicos que han llegado en este gobierno al Ministerio de Cultura o al de Educación, los prejuicios se están diluyendo y la gente es más consciente de que existe el racismo, que antes se negaba.

«TENEMOS UN BLOQUEO PARA VER BELLEZA EN DETERMINADOS RASGOS».

Así como el Perú era «un país pacífico», el Perú no era «un país racista».

Ahora la gente puede aceptar, en determinado entorno, que el Perú es un país racista. Me llamaron de Iquitos y preguntaron: «¿Usted cree que en el Perú...?» y me comentaron un tema anecdótico sobre alguien que había dicho algo racista a una actriz. Entonces hablé más bien sobre cómo se trata a los indígenas amazónicos y el locutor dijo: «Pero qué sociedad tan racista en la que estamos». Uno tiene que mostrar lo que ve todos los días...

Pero no lo ve.

Lo que tiene ante sus ojos. Hay un racismo estructural en el maltrato que sufren miles de indígenas en Iquitos y en otras ciudades del Perú, el *bullying* en los colegios, la burla por el apellido y todas las demás cosas que siguen sucediendo. Y todos los recursos utilizados para no parecer tan cholo o tan negro, para asimilarse. El dinero y la educación también buscan eso.

Hay este término ‘blanquearse’, que solo existe en el Perú y en los países que existe para referirse a la plata del narcotráfico. En el Perú, antes de que se blanqueara la plata del narcotráfico decíamos, y seguimos diciendo: «Fulano se blanqueó». ¿Hoy día cómo se blanquea uno en el país?

Uno se blanquea con la educación, con el dinero, con el poder. Pero lo más triste es que a veces uno maltrata a otros para blanquearse, asumiendo que si trata mal a otros lo respetarán más.

En suma, ¿crees que en la discriminación el componente de racismo es la raíz?

Es la raíz porque es lo más visible; los apellidos no se conocen. Entonces, la apariencia es más fuerte para mirar y descalificar o aprobar. El racismo está muy asociado al tema estético, que es algo que tampoco se quiere reconocer. Las nociones de guapo y feo están muy marcadas por el racismo: marca mucho lo de Acuña, lo de Toledo o lo de Ollanta. Tenemos un bloqueo para ver belleza en determinados rasgos. Eso empieza por el color de piel; el más blanco tiene más atractivo. Sigue con las otras características andinas: la forma de los ojos, la nariz, las cejas, el cabello. Estamos culturalmente programados para que determinados rasgos no parezcan atractivos. Evo Morales, César Acuña son considerados intrínsecamente feos. Toledo dijo varias veces en público: «Yo soy feo, pero...». Si el propio presidente lo dice, con los rasgos que tienen millones de gente como él, es como decir: «qué más».

Esa idea de belleza no es de los blancos, no es de los cholos, es de todos. A esos factores se añaden otros: si es bajo, peor; si es pobre, peor. Es algo que tenemos muy arraigado y que no se ha podido superar. Se explicita en la publicidad, que no molesta a mucha gente. El problema no es que pongan mamás rubias por el Día de la Madre sino que la gente vaya a esas tiendas y eso no les moleste. Lo que nos muestra que el tema está tan internalizado: ni siquiera se les ocurre que alguien como su mamá, a la que van a hacerle un regalo, pueda estar en esa publicidad.

Entonces, no solamente crees que el racismo es el componente más importante de la discriminación, el más visible y el que está en la base del asunto. Además, no crees que haya evolucionado demasiado. Como sabes, no todos atribuyen al racismo un gran peso en la actualidad. La actriz Elva Alcandré testimonia un cambio en teatro y televisión: «Se ha dado paso a la gente morena, a la gente de la sierra [...]. Los actores con esos rasgos ahora están siendo tomados en cuenta. Antes solamente aparecían como sirvientes»¹.

Me sorprendió, porque el teatro es uno de los espacios más racistas que hay en el Perú. La mayoría de obras teatrales, las súper exitosas, se desarrollan en París, en Dinamarca o en Nueva York; con ese pretexto, hay que poner solamente blancos. No adaptan obras que podrían desarrollarse muy bien en el Perú, pero de esa forma dan trabajo a una serie de actores que son los que permanecen. En televisión hay más presencia de actores andinos y mestizos, bastante más que hace unos años. Sí existe como una mayor dificultad del galán blanco tradicional de hace unos años. Un amigo que es blanco me decía: «Solamente quieren que sea el misionero o el cura». Pero en los programas de *realities*, que mucha gente ve, el elemento étnico sigue siendo muy fuerte.

En su momento, *Simplemente María* fue una telenovela de gran éxito. A nadie se le ocurriría hoy hacer esa historia, o una parecida, poniendo de empleada de la casa a Saby Kamalich. Era la sirvienta, que ahora ha sido rebautizada como trabajadora del hogar. A nadie se le ocurriría poner a Saby Kamalich en ese rol; tendrían que buscar una chola.

Buscarían a alguien como Mónica Sánchez, medio mestiza, mezcladita. Porque en la serie que tiene más sintonía, *Al fondo hay sitio*, los migrantes ayacuchanos son Gustavo Bueno, que era un blanco genocida en otra serie, donde mataba indígenas en *La boca del lobo*. Mónica Sánchez y los demás no son ayacuchanos.

Pero alguien como Saby Kamalich no volvería a hacerla; estás de acuerdo con eso.

Probablemente no, pero mira que en los años noventa pusieron una venezolana rubia en *Natacha*: era increíble que fuera la empleada de la casa. No creo que volvería a ser porque sería demasiado ficticio; la gente se reiría.

¹ Santiago PEDRAGLIO, 2014. *Conversaciones con ojos del siglo XX*. Lima: Fondo Editorial PUCP (p. 444).

Sin embargo, ambas telenovelas fueron un éxito y nadie se rió; nadie dijo: «Pero cómo va a ser esta muchacha la empleada de la casa». Mi pregunta es: ¿algo ha cambiado o no?

Sí ha cambiado algo y, como hay un poco de mayor de capacidad de consumo, puede haber roles en los cuales se dice: «No, esto es irreal, mejor ponemos gente más mestiza, más andina para ese tipo de producciones masivas». Donde no cambia es cuando tienes criterio de belleza. Por ejemplo, en la cobertura periodística de América Televisión y Canal N anuncian que han cambiado pero, si todo el mundo es blanco, qué han cambiado; cuando pongan gente andina, gente negra y gente asiática diré que han cambiado, pero por ahora todas las mujeres que aparecen tienen el mismo color de cabello y el mismo cuerpo.

No sé si sea tan cierto. Anoche me dieron una falsa versión de algo que había dicho un político, que finalmente no lo había dicho —era una maniobra psicosocial tipo Montesinos—, vi el noticiero de Canal N precisamente, y la chica que presentaba el noticiero de las diez no era ni rubia ni blanca, ni tenía un cuerpo de Barbie. Era una mulata con carnes...

Es posible. Adrianzén sostiene que en los años setenta la televisión se volvió mucho más plural, pero en las dos décadas siguientes hubo un regreso a lo anterior. En los años noventa hay un resurgimiento del racismo; aparecen locales donde discriminan, no dejan entrar.

Hay otro ejemplo: una modelo de tipo muy peruano, en los años setenta, que fue la chica más codiciada para comerciales, Gladys Arista. No era blanquita ni rubia, tampoco era indígena, pero fue un cambio. ¿Con qué tienen que ver esos cambios?

En los años setenta, con el gobierno de Velasco, hay una mayor visibilización de una serie de sectores. Después hay una inercia con la que se vuelve a lo que parecía normal. Pienso que en los años noventa mucha gente pensaba que se podía ser racista y no pasaba nada. Es la época en la que aparecen todas las discotecas en Miraflores, en Barranco, donde hay prácticas abiertamente racistas. ¿Por qué se da eso? Es que se da esa emergencia de personas de rasgos andinos que antes no había, que tenían dinero y podían pagar la entrada a lugares donde treinta años antes no hubieran pensado en entrar porque sus padres no tenían plata. Pero en los años noventa tienes una clase media de rasgos andinos, con poder económico; iban cinco chicos a una discoteca un sábado en la noche y unos sí podían entrar y otros, no.

Es la emergencia económica de este sector, por simplificar, «no blanco».

El sector usualmente racista entonces se ve amenazado; antes, la barrera económica impedía el ingreso a determinados lugares. Ahora, esa gente —que va a la Católica, a Wong, al cine Alcázar— también quiere ir a esos lugares. Una discoteca es un lugar más complejo porque allí el tema de la apariencia física impacta para buscar pareja y, nuevamente, la fealdad es un tema que aparece. Esta gente es fea. Tú puedes dejar entrar un feo al cine o a un restaurante, no hay problema, pero una discoteca significa algo distinto. Y los otros sentían que podían hacer lo que querían, que podían ser clasistas, racistas, y no iba a pasar nada. Por eso hay un resurgimiento del racismo.

¿Esto es después de la captura de Abimael Guzmán?

Por supuesto, es después de la captura de Abimael. ¿Por qué?

Porque dices que la gente podía hacer esto y no le iba a pasar nada. Mi impresión, y la de gente con la que estoy conversando para este libro, es que después de la captura de Abimael se produce en la sociedad peruana una dinámica en la cual hay vencedores y vencidos. Los vencedores eran más blancos que los vencidos.

Los vencidos eran los cholos. Hay muchas formas en las que se puede decir esto.

Por eso te preguntaba si hay una correspondencia en el tiempo, porque los sectores más altos de esta sociedad en la época de Sendero sintieron miedo, se sintieron amenazados.

Por primera vez. Y la amenaza no solo era del senderismo, también de los que parecían senderistas.

«Presuntos senderistas».

Cuántas veces escuché en esos años la leyenda urbana de la señora que sospechaba de su empleada, la mandó a comprar pan y...

Tenía armas bajo la cama...

En eso llegó la empleada y mató a la señora. La historia está hecha sobre la sospecha de que la empleada puede ser una terrorista porque físicamente se parecía mucho a una terrorista. ¡Ver a Belaunde como el presidente que no sabía que había hechos de violencia, no sabía que había terrorismo, verlo como un gobernante blando! Los chicos lo siguen repitiendo, a pesar de que han nacido mucho después de Belaunde.

Y lo dicen con seguridad porque lo han escuchado en sus casas: que Belaunde no hizo nada frente al terrorismo porque pensó que eran abigeos.

Es curioso. También he escuchado esa historia. Están trasladando algo que ocurrió en el primer gobierno de Belaunde a su segundo gobierno. La historia de los abigeos, efectivamente, Belaunde la usó en el discurso público cuando surgieron las guerrillas de 1962 y 1963. Él habló de abigeos en ese momento. Se está trasladando la historia de los abigeos a Sendero, veinte años después.

Y asumir además que Belaunde no hizo nada. ¡Las muertes más numerosas ocurrieron en la época de Belaunde, que toleró todo lo que los militares hicieron! El silencio al respecto también tiene que ver con que, como eran indígenas, esas muertes no eran tan importantes.

Si esto es así, como lo describes, lleno de ejemplos e ilustraciones convincentes, ¿cómo explicas que gente como Guillermo Nugent o Guillermo Rochabrún sostengan tan enfáticamente una interpretación distinta? Nugent ha argumentado que «en los momentos de cohesión, sea a propósito de las devociones masivas o el reconocimiento a los presidentes, o en los momentos de mayor conflicto —terrorismo, narcotráfico, homicidios—, las líneas raciales no presentan atributos para delimitar campos o equilibrios en la balanza de poder»². Más recientemente, Rochabrún ha sostenido que las expresiones discriminatorias que se ha dado en atribuir al racismo «no son sino la manifestación del temor —con razón o sin ella— que tales personas experimentan al sentirse invadidas o desplazadas» por quienes arriban al lugar que ocupan los primeros³.

Hay como barreras que las personas tienen. Si a ti no te pasa o no estás en un entorno donde te cuentan casos de racismo todos los días, si no tienes ese tipo de evidencia... Como en la Católica la gente tiene rasgos mucho más diferentes que hace treinta años, entonces se tiende a pensar que ya pasó, que esos temas se han ido superando; hemos tenido presidentes como Ollanta y Toledo, entonces se ha ido superando. También yo pensaría eso si no tuviera tanta información de situaciones que pasan todos los días. Hay en esto un elemento de experiencia personal. Pero hay otras evidencias. Toma el caso de las esterilizaciones forzadas. Las barbaridades de la gente que dice que estuvieron bien, que la gente de la sierra se reproducía como conejos,

² Guillermo NUGENT, 2008. El laberinto de la choledad, años después... *Quehacer*, abril-junio (pp. 86-95).

³ Guillermo ROCHABRÚN, 2014. Una vana pretensión: ser racista en el Perú. En Rochabrún y otros, *Racismo, ¿solo un juego de palabras?* Lima: Ministerio de Cultura, IEP (p. 24).

que era una forma de luchar contra la pobreza. O el «muro de la vergüenza» que en Lima separa Las Casuarinas de Pamplona Alta; la cantidad de peruanos que dicen que sí, que son delincuentes, que hay que protegerse: «¿qué quieren, que la delincuencia crezca?». O el tema de las playas, cómo justifican que se impida el ingreso a las playas porque «esa es gente sucia». No dicen que es porque son cholos sino es porque son sucios.

Lo que dices sugiere que el racismo recubre o encubre con diferentes ropajes el temor al diferente. Ese temor, que en la Lima de los años cincuenta era el miedo a que las barriadas «bajaran» a la capital, viene de los conquistadores españoles. Es el temor a que los vencidos se recobren; se disfraza de inseguridad, de un problema de limpieza, de argumentaciones que les permiten decir a estas personas —e incluso pensar— que no son racistas.

Por supuesto. Es el «yo no soy racista pero...». Se acepta que ser racista es malo, entonces no hay racismo. Y no se dan cuenta de cómo naturalizan sus actitudes y comportamientos racistas. En el Perú, cuando alguien dice serrano, cholo o algo así, la gente se espanta. Pero ese no es el problema, porque puedes ser terriblemente racista y no decir nunca algo racista. Basta que digas «esa gente», «esos indios» o «los conos» o «provincias»: la forma como lo dices puede ser muy racista. O no dices nada, simplemente actúas y ahí está el racismo. No tiene que ser una expresión tan explícita. Por eso mismo es más difícil de enfrentar. El racismo público y violento es el que muestran los medios de comunicación acá; pero ese énfasis hace que se encubra el otro racismo, el estructural, el cotidiano, el permanente, el que no llega a los medios, el que no tiene necesariamente que decir que es racista; pero en la forma como estás tuteando a alguien, la forma como estás atendiendo a alguien, ahí está el racismo. Y la gente no es consciente de que actúa así. ¿Por qué a él lo tratas de tú y al otro de usted, por qué a esta persona no la dejas entrar, por qué a esta persona le estás haciendo eso? «Porque me pareció». ¿Y por qué te pareció? No hay una conciencia de que hay allí toda una carga de racismo.

«ES RARO QUE TE PUEDAN
VER COMO IGUAL; SIEMPRE
TE VEN COMO SUPERIOR
O INFERIOR».

Me parece que le das un peso extraordinario al racismo como explicación de la discriminación. Después de todo lo que hemos conversado sobre el racismo, ¿qué componentes quedan para discriminar, más allá del racismo?

Sigue habiendo el clasismo, la homofobia, el lugar de origen. La sociedad peruana es muy clasista, aparece muy normal ser clasista, discriminar al otro por su posición social, por el distrito donde vive, por el colegio donde estudió, descalificar a alguien por eso. Algunos vecinos de San Isidro se quejan de que, con este alcalde, San Isidro se va a volver otro Miraflores. ¡Imagínate lo que dirán de otros distritos! A mucha gente le parece normal, que está bien distinguirse o distinguir por el aspecto económico.

Mucha gente dice «no soy racista» porque piensan que eso es malo, pero el clasismo les parece muy normal. Cuando yo estaba en la universidad, la gente que tenía dinero tenía vergüenza de decirlo; había casi como una visión culpable. Esa mentalidad duró hasta los años ochenta pero se acabó; ahora es al revés. Ahora parece que si eres pobre es por tu culpa y si tienes dinero ¡qué bien! Estuve cuatro años fuera y cuando volví me pregunté: por qué tienen que ser tan arrogantes, por qué tienen que hacer esas cosas para mostrar que tienen. Aparecieron las anfitrionas, las presentaciones en hoteles, las ideas de consumo, incluso en ámbitos académicos: me parece que no tienes que tener cuatro mozos en la presentación de un libro.

Es la arrogancia del dinero.

Y las ONG cayeron en eso y la cooperación también cayó en eso. No siento que todo se explique por el racismo. La sociedad peruana sí es muy discriminadora y hay muchos otros matices que la gente usa para establecer las jerarquías que se dan en una oficina o empresa. Por eso te preguntan dónde estudiaste, o en Lima, dónde vives. Es lo que preguntan los peruanos cuando están fuera. Te hacen cuatro preguntas y después ven cómo te tratan, dónde te colocan en su esquema y cómo se pueden ubicar, si te ven como superior o inferior. Es raro que te puedan ver como igual; siempre te ven como superior o inferior.

Los peruanos tenemos una dificultad para vernos como iguales.

Por supuesto. Cuando trato como igual a la gente hay como un desconcierto. En mi oficina, por ejemplo, converso con el vigilante sobre distintos temas, hablamos de historia. Nadie más le habla, no saben ni su nombre... y no estoy hablando solo de los demás profesionales ni la secretaria. Ni los que ganan un poquito más que los huachimanes piensan que les pueden hablar. Ese tipo de énfasis en las diferencias —«soy superior, no soy como tú»— es un poco desgastante.

Has vivido fuera. ¿Crees que es propia del Perú esta dificultad para sentirse igual al otro, la necesidad de saber si estoy un poco por encima o un poco por abajo, esta necesidad que pertenece a los animales machos: dos monos o dos leones no pueden encontrarse sin establecer de inmediato una relación de subordinación entre uno y otro?

En varios países donde he estado, esto no se da. La sociedad puede ser mucho más horizontal que esta. Puede haber diferencias y gente que tiene mucho más dinero que otra, pero aquí es mucho más fuerte —aun entre sectores medios— la necesidad de jerarquizar o de inventar una forma para diferenciarse. En países como Argentina y Chile puede haber diferencias, pero no llegan a ser de esa magnitud. Es más fácil que hablen dos italianos que no se conocen a que lo hagan dos peruanos que no se conocen. Y al conocerse tienen que hacer ese juego. Un alemán que vive acá hizo una fiesta de cumpleaños a la que invitó a una serie de personas cercanas a él. Los peruanos que fueron le decían: «Pero has invitado mototaxistas» o «Has invitado a una peluquera». El decía: «Son amigos míos» y no entendía. Comentó: «Qué complicados son los peruanos para relacionarse entre ellos». En cambio —puede dar algo de vergüenza decirlo— cuando nos encontramos dos de la Católica que no nos conocemos, comenzamos a hablar como si nos conociéramos de toda la vida. Pero, en general, es difícil que haya ese tipo de trato igualitario.

¿Esto de la Católica es porque esa universidad te da una pertenencia compartida a una especie de club exclusivo?

Burbuja o club.

¿Como en una época era pertenecer al Club Nacional?

Quizás porque en una sociedad tan compleja como la nuestra en esta universidad hay códigos comunes para saber que hay unas cosas que debes hacer o no debes hacer. En la Católica nadie contradice la mayoría de cosas que digo y todos los alumnos comienzan a dar ejemplos de homofobia, sobre racismo, sobre clasismo. Hay una formación, una manera de pensar. Y lo mismo con gente que ya es mayor. A pesar de que tengamos discrepancias sobre una serie de temas, hay una visión que es común e incluye cómo tratas al que ves como «diferente» en ideas. En la Universidad uno aprende a tratar con gente que piensa distinto, estás conversando, no tienes que pegarle ni aislarte.

Hace casi cincuenta años, Fernando Fuenzalida escribió: «Cuanto más elevado en la escala social, más blanco parece; cuanto más abajo, más oscuro [...]. En la cotidianidad del uso, la palabra ‘raza’ se ha hecho independiente de la biología y se ha transformado en una cuestión de percepción compleja. El peruano se autoclasi-fica y clasifica a otros en base a una configuración de rasgos en la que intervienen elementos económicos, culturales y sociales de índole diversa, y en la que el fenotipo y el ancestro ocupan una posición apenas secundaria. “La composición de la población peruana es un proceso social y no biológico”, había concluido Kubler»⁴. Me impresiona que ese texto tenga medio siglo.

Lo que observaría es que el aspecto físico no es un aspecto secundario. Es muy importante para la relación con el desconocido. Una vez que ya lo conozco y es mi amigo, mi vecino, mi colega, eso puede desaparecer.

Y que puedes haberlo medido en las otras variables.

Así es. Tiene dinero, tiene educación, es como yo, conoce a tal, fue a la Católica —que puede ser como uno de los mejores blanqueamientos—, es como yo y lo siento más cercano; lo veo superior o lo veo inferior, pero tengo que conocerlo. Cuando no se conoce a la persona, es por los rasgos físicos. Como dice Eduardo Adrianzén, a modo de broma, primero es el «colorómetro», después es el «fashionómetro» o la manera de vestir y luego el «parlómetro» o la manera de hablar; que esas son las formas como los peruanos nos catalogamos. La vestimenta y el habla tienen que ver con aspectos sociales, educación y sirven para complementar el tema de los rasgos físicos. Hay gente que por sus rasgos físicos, por más que hable como hable, dice «¡Ah, este es blanco!» o «¡Ah, este es cholo!» Puede ser que los rasgos físicos marquen mucho en el caso de una persona determinada.

Estaba pensando en España, que no es muy diferente en el sentido de que he tenido conversaciones —o discusiones, a veces— con gente que no conozco y me dicen: «Pero usted es una persona educada»; lo sacan como un argumento.

¿Españoles que te dicen eso para decir que tú eres distinto de otros peruanos?

Con frecuencia. Me lo dicen sobre todo por el habla, también me dicen: «Usted no habla como peruano», ya que tampoco hablo como español.

A mí me lo han dicho también: «Tú eres el primer peruano educado que conozco».

⁴ Fernando FUENZALIDA, 1970. Poder, raza y etnia en el Perú contemporáneo. En Fuenzalida y otros, *El indio y el poder en el Perú*. Lima: Francisco Moncloa (p. 26).

Eso quiere ser un halago...

Para ellos, te están halagando. A mí me da cólera.

Lo que quiero decir es que, según tu argumentación, la diferencia peruana sería el peso dado a lo físico para la relación con quien no conoces, para luego juzgar según la manera en que vistes y según la manera en que hablas y en consecuencia te permite traslucir una cierta educación. Yo diría que eso existe en muchos lados.

La diferencia adicional es que en el Perú hay como una obsesión por clasificar. Ese es un fenómeno que es muy de acá. Esa pregunta de en qué colegio estudiaste está hecha para clasificar.

Clasificar y, en consecuencia, jerarquizar.

Clasificar y jerarquizar. Diferencias puede haber en cualquier parte, pero aquí la diferencia genera desigualdad, genera jerarquías que conllevan el trato que la persona va a tener. Creo que sí es posible que se perciba una diferencia en la cultura o en la forma de hablar de otro, pero aquí los rasgos físicos son algo muy importante para atribuir determinada conducta, comportamiento o mentalidad al otro. Eso es lo que distingue.

Si las bases del Perú se sentaron con la llegada de los españoles, en ellas estaba inscrita la desigualdad. Que la situación económica haya mejorado no resuelve el problema de la desigualdad y no parece poder resolverlo... En la base de esta discriminación y de este racismo en el Perú, ¿no crees que el problema de la desigualdad es un problema central? ¿Hasta qué punto es un problema que explica esa necesidad de marcar diferencias, de decir «él está un escalón por debajo de mí»?

Es un factor, aunque hay menos desigualdad de antes. Quizás en un sitio como Comas o Lince ya no sean tan diferentes como antes. Y quizás hay gente en Huancayo o Cusco que tienen un poder adquisitivo mayor que mucha gente de Miraflores. Podría parecer, inclusive, que como la discriminación puede coexistir con la desigualdad, a veces se buscan otros elementos. Pero hay un tema de autoestima colectiva, de no sentirme... Hay miedo al que se parece a mí. Eso es lo más complejo del racismo peruano y la gran diferencia con otros países. En otros países el racismo es hacia el diferente, aquí es mayor el racismo con el que se parece a mí. Cuando a alguien lo maltratan en una tienda en el Cusco, maltratado y maltratador son muy parecidos. Esa pleitesía hacia el foráneo es muy distinta del trato que recibe un turista peruano; al turista boliviano, chileno o ecuatoriano —que parece peruano— lo tratan súper mal. No es solamente por desigualdad. Está metido en la psiquis: cuáles son los rasgos deseables, cuál es la gente guapa, la gente afortunada, más feliz.

Eso es algo que, como hasta ahora no se visibiliza, no hay políticas para enfrentarlo; en cambio, políticas para enfrentar la desigualdad puede haber.

Tu respuesta ha tomado la desigualdad en el sentido económico, que no era lo que yo tenía en mente. Porque puedes tener dinero, pero no tener los contactos, no tener acceso a una serie de recursos. Lo que los abogados en Lima llaman, de manera tan elegante, «la capacidad relacional». Puede que el dinero la acerque, pero no necesariamente la da. Cuando pensé en desigualdad pensé en más que el dinero, aunque este es un factor clave.

En esos términos, claro. Cuando hablo con algunos amigos o conocidos es impresionante cómo ha cambiado su vida. Gente que dice «Yo, cuando era pobre...» y no es gente que tenga muchos años, pero que trabajando ha logrado ubicarse y tiene una serie de contactos que llaman la atención. Muchos de esos contactos no son por sus padres, son por ellos y lo que han ido logrando. Quizás en ese sentido el Perú sí está cambiando: hay sectores que están en una mejor posición y, por supuesto, espero que sus hijos puedan vivir en un mundo más igualitario.

¿Tú crees?

Quizás.

Es que el Perú parece darnos una dificultad limitativa de la capacidad de sentirnos iguales.

Es que todo depende. Comparo mi experiencia en la Pacífico con mi experiencia en la Católica. En la Pacífico, donde hay gente muy diferente —a pesar de que el estereotipo es que todos son pitucos—, los chicos salen con sus amigos del colegio. Aún dentro de la misma clase social, los del Lincoln no hablan con los del Pestalozzi, los del Markham no hablan con los del Roosevelt.

Pero eso es otro fenómeno. Eso no es racismo ni discriminación...

Eso es atrofiamiento para la vida social. Pero en ese atrofiamiento, el cholo, el de provincia, el de San Juan de Lurigancho no existe; ni siquiera lo tienen en cuenta. El de Beca 18, pobre, nadie habla con él. El gringo de intercambio, nadie habla con el gringo que, en cambio, en la Católica tiene un montón de amigos que lo pasean. En la Pacífico pensé: «qué difícil es esta gente, qué bloqueada puede estar su vida respecto a los demás». No sé si son los padres los que generan un determinado espacio de socialización. Cuando hablaba de esto con los demás profesores, me decían: «Así es, nadie lo va a cambiar». En la Católica no es así, como que te empujan y tienes que hablar con otras personas, socializar con quienes son diferentes.

ROSARIO BAZÁN:

«PARA SER SOSTENIBLES EN EL TIEMPO, LAS EMPRESAS DEBEMOS ENFOCARNOS NO SOLAMENTE EN LOS OBJETIVOS ECONÓMICOS»

Acabas de recibir el premio IPAE como líder empresarial del cambio. ¿Qué significa el cambio para ti, cómo lo defines?

En nuestro país estamos inmersos en una dinámica de muchos desafíos. El sector agroindustrial tiene una dinámica bastante intensa; entonces es fundamental hacer una empresa que perdure en el tiempo, que sea confiable, que genere un desarrollo sostenible. Desde ese punto de vista, es clave para nosotros desarrollar relaciones saludables con todos nuestros grupos de interés, empezando por nuestra gente, nuestro capital humano. En DANPER hemos establecido una nueva forma de hacer empresa: desarrollamos relaciones de calidad con cada uno de los trabajadores, y estamos hablando de más de siete mil trabajadores distribuidos en más de veinte valles a lo largo del territorio peruano en los diferentes campos de cultivo de espárragos, alcachofas, pimientos, uvas, paltas, etcétera. Muchos de ellos son hombres y mujeres que ni siquiera han concluido la primaria; es vital que sean bien tratados, que el trabajo para ellos les signifique una oportunidad de desarrollo y de mejora en sus condiciones de vida. En la medida en que ejecutemos programas que tienen efectos en el desarrollo personal y técnico de nuestros trabajadores, vamos a impactar no solo en su desarrollo como personas sino en su productividad en el trabajo.

¿Para ti ese es el aspecto más importante del cambio en la empresa?

Ese es uno de los elementos más importantes del cambio porque se articula con el enfoque de sostenibilidad. Para ser sostenibles en el tiempo, las empresas debemos enfocarnos no solamente en los objetivos económicos. Si lo hacemos así, no vamos a poder sostenernos en el tiempo; podemos lograr buenas utilidades sin cumplir con los derechos de los trabajadores ni los de nuestros proveedores, no pagando a tiempo ni pagando lo que corresponde, esto es: ser rentable a costa del maltrato a diferentes grupos de interés. El cambio es tener una conciencia clara que, para que nuestra empresa

se sostenga en el tiempo, tiene que enfocarse no solamente en los objetivos económicos, que son vitales pero no se contraponen de ninguna manera a los objetivos sociales y a los ambientales. Entre los objetivos sociales está el buen trato, el respeto absoluto a los derechos humanos y laborales de nuestros trabajadores y la promoción de su desarrollo continuo.

Un empresario peruano, llamémoslo tradicional, podría decirte que su empresa o sus empresas se han sostenido durante mucho tiempo sin necesidad de estos gastos extras, por llamar así a la inversión en los recursos humanos. Es un costo adicional de la empresa.

Efectivamente. Hay costos que en nuestro entendimiento son una inversión. Estamos capacitando y entrenando a nuestra gente y desarrollando sus habilidades para que las personas se sientan identificadas con la empresa. Al estar preparadas y sentirse identificadas y motivadas, elevan su nivel de productividad y están siempre dispuestas a asumir desafíos que a la postre impactan positivamente en nuestra rentabilidad. Las personas entienden también que, en la medida en que ellas logren los objetivos de la empresa, vamos a tener resultados económicos importantes que redundan en su capacitación y entrenamiento, y en mejoras sustanciales para ellos y sus familias: un mayor nivel de ingreso, que supera al mínimo en base a bonos de productividad. Es un círculo virtuoso. Cuando tú te refieres a aquellas empresas peruanas que efectivamente han tenido y vienen teniendo crecimiento sostenido a lo largo del tiempo sin invertir en los trabajadores, sería interesante conocer su clima organizacional.

Seguramente malo...

Probablemente no sea de los mejores y eso no es sostenible. Esta falta de atención, a lo largo del tiempo, desgasta la relación entre los empleadores o directivos y los trabajadores. Los trabajadores se sienten maltratados, que sus derechos no son respetados; entonces adoptan una actitud defensiva, se genera un clima bastante tenso y se forman los sindicatos o, si ya existen, toman medidas que impactan negativamente en el desarrollo normal de las operaciones de la empresa.

¿Ustedes tienen sindicato en la empresa?

No tenemos sindicato. Nuestros trabajadores no han visto necesario conformar uno pues el diálogo es constante y reconocen que estamos atentos a atender sus necesidades y expectativas. Nos aseguramos de que sus derechos humanos y laborales estén siempre protegidos, utilizando sistemas de gestión de responsabilidad social, como el SA 8000, y de seguridad y salud ocupacional, como el OHSAS 18001.

Cuando dices que tienen siete mil trabajadores, ¿son trabajadores de la empresa, están en la planilla de la empresa? Lo pregunto porque uno de los videos de DANPER se refiere siempre a «colaboradores»; no usa la palabra «trabajadores». Entonces, ¿no son pequeños productores a los cuales ustedes les compran su producción sino que son trabajadores de ustedes?

Trabajadores de planilla. A veces utilizamos el término ‘colaboradores’ pero esto puede generar confusión. Nuestros trabajadores operan a lo largo de la cadena productiva en integración vertical desde los campos agrícolas hasta el lugar de la exportación que es el puerto.

«TRATAR BIEN A LAS PERSONAS,
INVERTIR EN SU CAPACITACIÓN
Y EN PROGRAMAS QUE PRESERVEN
SU SALUD FÍSICA Y PSICOLÓGICA
REDUCE UNA SERIE DE COSTOS
ESCONDIDOS».

Vuelvo al hecho de que algunos empresarios —o quizá muchos y no solo en el Perú— entienden que la competitividad requiere bajar costos, lo que significa dar al trabajador lo indispensable, cumplir la ley en lo que establece en beneficio del trabajador pero no ir más allá. La concepción de ustedes no es ese juego de suma cero: o somos menos competitivos para dar más a los trabajadores o somos más competitivos dándoles menos, que parece ser una manera de pensar frecuente entre empresarios.

Estoy segura de que esos empresarios que tienen esa forma de pensar podrían ser más competitivos —si es que ya no lo son ahora— al invertir en el desarrollo de su capital humano. Tenemos indicadores bastante claros en lo que respecta a nuestra empresa en nuestro sector: el nivel de ausentismo y el de rotación disminuyen con los diferentes programas enfocados al buen trato de la salud física y psicológica de las personas. En 1994 iniciamos nuestras actividades con un tópico donde se brindaba asistencia de salud muy básica; actualmente tenemos centros de salud que cuentan con profesionales y equipamiento necesario para atender ecografías, exámenes ocupacionales, tratamientos de fisioterapia, consultas de obstetricia, psicólogo, odontólogos y pediatras. Esta tarea complementa la tarea de los hospitales públicos en beneficio

de nuestras trabajadoras y trabajadores, evitando que tarden días o semanas en ser atendidos y se ausenten de manera prolongada del trabajo.

La fisioterapia es muy importante dentro de los servicios que brindamos debido a que, en la agroindustria, trabajadoras y trabajadores desarrollan una serie de tareas que pueden impactar en su salud por las posiciones y posturas repetitivas, sea en los campos o en las plantas de procesamiento. Para prevenirlo, realizamos ejercicios de estiramiento y relajación dentro de las jornadas de trabajo; estos ejercicios se denominan pausas activas y son esenciales para mitigar problemas músculo-esqueléticos; se realizan diariamente en todas nuestras unidades productivas y administrativas. Contamos además, desde hace muchos años —antes de que se exigiera por ley— con un centro con profesionales dedicados a prevenir y atender los problemas de salud ocupacional que podría presentar nuestra gente.

Tratar bien a las trabajadoras y trabajadores, invertir en su capacitación y en programas que preserven su salud física y psicológica impacta positivamente en su vida personal y laboral, y evita que se incurra en una serie de costos escondidos: que una persona se sienta enferma la desmotiva y reduce su productividad, que haya conflictos entre las personas en una línea de producción perjudica el clima organizacional, reduce la velocidad de línea y la productividad de la unidad de negocio. Cuando iniciamos la atención médica en DANPER, nos enfocamos en los problemas que afectan al cuerpo; sin embargo, nos dimos cuenta de que la atención psicológica es fundamental y la implementamos en todas nuestras sedes. Los psicólogos atienden a las personas y trabajan muy de la mano con ingenieras e ingenieros de producción agrícola e industrial para dotarlos de técnicas, a fin de que ellos mismos solucionen posibles conflictos en el espacio laboral.

Hemos identificado desde hace muchos años que el nivel de autoestima en nuestra gente es bajo, principalmente en las mujeres. Muchas de ellas son madre y padre a la vez, o tienen una pareja que las maltrata. Ellas tienen que ver por sus pequeños hijos y también por el papá o la mamá y, por allí, un hermano o una hermana. Son madre y padre de una familia de alrededor de cinco o seis familiares, entre adultos y niños. Esas mujeres vienen a trabajar para lograr un ingreso que les permita sacar adelante a su familia, pero su nivel de autoestima está golpeado. Para nosotros ha sido muy gratificante implementar talleres enfocados a mujeres y varones donde trabajamos elementos importantes de autoestima, de seguridad; hemos visto con el tiempo cómo estas mujeres empiezan a valorarse, a sentirse dignas, a sentir que son importantes. Este tipo de talleres y los soportes psicológicos hacen que las personas empiecen a dar solución a sus problemas, en vez de sentirse víctimas, y empiecen a ser agentes de cambio de su destino, tanto en casa como también en otras relaciones.

Invertir en el capital humano por supuesto que tiene un impacto en toda gestión empresarial; su desarrollo es la única fuente sostenible de productividad, que es la base de la competitividad.

Tu empresa y tú en particular están muy reconocidas en el país por sus logros. Antes de recibir el premio de IPAE en 2016, fuiste elegida presidenta de la Cámara de Comercio y Producción de La Libertad. No eres, pues, una empresaria «rara», como te hubieran podido considerar quizás hace algunos años. No obstante, el modelo de empresa que ustedes desarrollan no es el más frecuente en el Perú. ¿Por qué crees que subsisten los otros empresarios, que se resisten a este tipo de enfoque y que piensan la empresa más bien a corto plazo y en términos contables?

Pienso que es porque no han visto otro modelo de hacer empresa en el país; no entienden qué es lo que significa el desarrollo sostenible desde la generación de relaciones saludables, no solamente con nuestros trabajadores —porque por casa tenemos que empezar— sino con las comunidades. Pero como empresa creemos que podemos estar inspirando a nuestros pares. Hace unos años me llamaron los accionistas de las diferentes empresas del sector agroindustrial y me dijeron: «Mira, Rosario, nosotros no entendemos qué es lo que estás haciendo; esto de tratar a los trabajadores con esos programas y talleres que estás haciendo, el centro de salud dentro de la empresa; eso no tiene nada que ver con lo que significa hacer empresa. Ahora nuestra gente se está comparando y esperan que ahora nosotros hagamos lo mismo y la tarea de nosotros como empresarios...». Ellos me estaban dando su receta.

Te estaban sugiriendo que tenías un rol subversivo en el mundo empresarial.

Era un jalón de orejas. Me decían: «Tu tarea, como la nuestra, termina en el momento que le hacemos su boleta de pago; se acabó en el momento que firmas su cheque a los trabajadores, allí termina nuestra tarea, no da para más, lo tuyo es un mal ejemplo». Obviamente los que me hablaban eran todos varones. Aún ahora soy la única mujer fundadora accionista de una empresa agroindustrial, así que en todos estos años, que son más de dos décadas, me he movido en un entorno de varones. Entonces solamente les dije: «Yo sabía que había una brecha entre lo que ustedes hacen y lo que nosotros estamos haciendo en DANPER. Sin embargo, después de escucharlos veo que hay años luz. Es lamentable, porque si ustedes no ven lo que está pasando en sus empresas con la gente que trabaja, probablemente se esté formando una bomba de tiempo que, cuando ustedes se den cuenta, no van a poder controlar». Más o menos un año después, se conformaron sindicatos en las tres empresas más grandes que me habían convocado a esa cena. Me llamaron entonces porque ellos no sabían cómo

controlar lo que estaba pasando. ¡Imagínate que pidieron apoyo al Ministerio del Interior para que envíen policías y me llamaron para que yo estuviera con ellos en las declaraciones! Obviamente, no fui porque para mí era un entendimiento totalmente negativo de las circunstancias. Lo que estaban haciendo era aplicar la fuerza, en este caso policial, para contrarrestar y detener todo el malestar y el reclamo de su gente, que pedía cosas elementales y básicas.

Pero eso es lo que siempre se ha hecho en el Perú: cuando el trabajador reclama y se organiza, hay que llamar a la policía.

Y para mí fue muy doloroso porque yo veía los videos en los diferentes medios cómo la gente se quejaba de muchas cosas, de que no le respetaban sus horas extras y no les pagaban de una manera justa; había diferentes tipos de abusos. Y es gente que tiene sus cuñados, sus primos, sus padres, sus vecinos trabajando en nuestra empresa; entonces, ellos pueden comparar. Con el tiempo, esos empresarios han venido a entender, han sido forzados a cambiar su enfoque. Eso es positivo; de una manera u otra han reconocido y han destacado que DANPER hace un trabajo que vale la pena replicar. Ha sido bueno y ha sido gratificante. A veces leo en el periódico artículos de esas empresas que hace años tuvieron una posición radicalmente contraria, sin entender lo que significa invertir en el desarrollo del capital humano; veo que ahora hacen declaraciones respecto a lo importante que es tratar bien a la gente, lo importante que es desarrollar relaciones saludables con los trabajadores y con las comunidades. Eso me parece muy bien porque de esa manera avanzamos.

¿De dónde salió en ti, y en el grupo que lidera DANPER, esta manera de ver la empresa?

Desde un principio. Con mi esposo, Jorge, que también es fundador de la empresa, éramos jóvenes de alrededor de 30 años y veníamos de una serie de experiencias profesionales y empresariales. Representábamos a los grupos externos más importantes de importadores de espárragos —en esa época el Perú solo exportaba el espárrago entre las hortalizas de valor agregado— porque esos grupos necesitaban una empresa peruana que los representase en el país para desarrollar sus operaciones. Recorrimos las empresas peruanas y pude ver lo que tú acabas de decir: era una práctica normal traer a la policía para resistir los reclamos de la gente. A mí me daba pena, tristeza y también sentía impotencia. No entendía por qué las personas, si son tan importantes en la empresa —porque ellos son los que hacen la empresa—, podían ser maltratadas por sus empleadores. Me ponía en los zapatos de esa gente que son tan peruanos como nosotros y no han tenido el privilegio de ir a la universidad.

Pero los que sí hemos tenido ese privilegio de tener una educación superior estamos justamente para generar y crear mejores condiciones para esa gente. Pensaba: «Cómo cambiamos al Perú si es que nosotros dentro de las empresas, empresarios o profesionales que trabajamos en ellas, no somos capaces de tratarlos de manera justa y digna».

Cuando tuvimos la oportunidad de formar DANPER, con Jorge siempre tuvimos la convicción de que al hacer nuestra empresa queríamos demostrarnos a nosotros mismos, como peruanos, que nuestros trabajadores son ese capital, el máspreciado de nuestra empresa, que debía desarrollarse con ese enfoque de trato justo y de horizontalidad; que nuestras mujeres y varones trabajadores perciban desde el momento en que ingresan a nuestra empresa un ambiente de respeto absoluto a sus derechos; si nos equivocamos al hacer las planillas en un pago, que seamos capaces de atenderlos de manera inmediata. Por otro lado, la horizontalidad: el hecho de que yo sea gerente general de ninguna manera me da el derecho de mirar a la gente sobre el hombro. Eso ha significado un gran cambio. Los trabajadores nuestros se sienten como lo que realmente son: el capital más importante de la empresa; ellos son el corazón de la empresa, que es su empresa porque ellos la hacen.

Ya tenemos dos generaciones en la empresa, porque ingresaron mujeres de 20 o 22 años que después de veinte años ahora tienen hijos de 19, 20 años que egresan de institutos técnicos y se convierten en sus jefes. Cuánto orgullo, cuánta alegría, cómo esas mujeres realmente ponen su esperanza cuando ingresan a una empresa. Los empresarios tenemos en nuestras manos una herramienta súper poderosa para impactar en la vida de estas personas, para darles señales claras de que nuestro Perú está cambiando y lo estamos cambiando aquellos que estamos haciendo empresa desde donde nos toca actuar. ¿Cómo? Escuchándolos, reconociendo su valor, tratándolos con respeto y desarrollando oportunidades para ellos; que vean que la empresa progresa y que la riqueza que generamos redunde en el bienestar de ellos. Esto es darles oportunidades que no han tenido y que ellos rápidamente aprovechan: una mujer que ingresa sin haber trabajado en su vida y empieza como sembradora de pimiento, solamente coloca la semillita, pero con el tiempo se da cuenta de que puede ser supervisora; entonces, ella participa de los talleres técnicos y de liderazgo que les ofrecemos. No siempre saben leer y escribir; entonces, nosotros establecemos, mediante alianzas con el Estado, escuelas para alfabetizarlas. Ahora, prácticamente todas las personas que tenemos saben leer y escribir.

Esas personas que han terminado la primaria a las justas o algunas que solamente han aprendido a leer y escribir lo básico, y no han hecho estudios de primaria o no los han culminado, son personas que son profesionales porque nadie hace mejor que ellas la labor que desempeñan. Por ejemplo, la supervisora del pelado del espárrago;

es un espárrago blanco que básicamente se exporta a Francia, Suiza y España, y va a los restaurantes más finos del mundo. Ellas son las mejores peladoras de espárragos en el mundo. No sabes cuán alta es su autoestima porque nosotros se lo hacemos saber, las premiamos, las aplaudimos. Nosotros les decimos que no tienen que haber ido a la universidad para ser profesionales, impactamos en la autoestima de nuestra gente y lo que recibimos es su respeto, confianza y cariño.

Nos reunimos con comités permanentes de trabajo con nuestros trabajadores, donde nos dan retroalimentación de los problemas y oportunidades de mejora, y nos sentamos en la mesa el gerente central de gestión de capital humano, el jefe de responsabilidad social empresarial, el gerente central industrial, el gerente central de agrícola y la que te habla, y también el jefe del centro de salud, que es un médico. Esta reunión se lleva a cabo con representantes de trabajadoras y trabajadores de los diferentes fundos agrícolas, de las diferentes plantas industriales de espárragos, de alcachofas...

Y esos representantes son elegidos por su sector...

Son elegidos por los trabajadores en sus diferentes unidades de producción. El rango de edades que participan va desde jóvenes de 19 o 20 años —que a mí encanta conversar con ellos— a mujeres o varones que tienen alrededor de 50, 55 años. Son alrededor de doce personas en una reunión de dos horas que tiene una agenda clarísima. Ellos han aprendido a leer gráficas y leen los resultados de las auditorías que nos hacen nuestros clientes a nivel mundial respecto al trato a nuestra gente, las horas extras que estamos dando a los trabajadores en los picos de producción, y manifiestan qué piensan ellos al respecto, cuál es el estado de sus comedores, de los baños en los diferentes fundos, qué es lo que está faltando.

Rosario: tú vives en este mundo de tu empresa; cuando sales de ese mundo y afrontas las relaciones que se viven en el Perú entre la gente, entre las instituciones, etcétera, ¿tienes la sensación de que la empresa de ustedes es una especie de isla dentro de la sociedad peruana?

Hace varios años, la ONG Aurora Vivar preparaba un documental acerca de cómo eran tratados los trabajadores por las principales agroindustriales, para lo que recorrió Ica y La Libertad. Cuando iban a terminar de hacer el documental se comunicaron con gente acá en Trujillo de otras ONG, que se enteraron de que la conclusión del documental era que todas las empresas agroindustriales del país explotaban a su gente y los maltrataban. Se proponían trasladar este diagnóstico a diferentes entidades internacionales de defensa de los derechos humanos. Entonces, esta gente de Trujillo

les dijo a los de Aurora Vivar: «Hay una empresa que ustedes seguramente no han visitado», y me llamaron. Me sentí extraña de que me pidieran ingresar a la planta, a nuestros fundos, pero autoricé el ingreso. Cuando ingresaron, no se les pudo mantener en grupo, se dispararon en todas direcciones, preguntaron, hicieron entrevistas, etcétera. Cuando publicaron el documental, la conclusión fue que las empresas —y dieron los nombres en el sur y en La Libertad— no ofrecían condiciones adecuadas a su gente, había malestar permanente y que, pese a que la industria crecía de manera importante, esto no se proyectaba en la calidad de las relaciones que tenían con su gente. Sin embargo, decía el documental, «Estamos sorprendidos por una empresa que nos da la esperanza y es una luz en el país y esa empresa es DANPER: su gente está identificada, está contenta». Yo no vi el documental; lo que recuerdo es que fui llamada por el gremio...

Con cierta preocupación...

Sí y como subversiva, como tú dijiste hace un rato; que fuera urgente a presentarme al consejo directivo porque no puede ser que esta ONG haya hecho semejante documental. De una u otra forma hasta llegaron a creer —para que veas la suspicacia de la falta de comprensión, de entendimiento— que de alguna manera DANPER estaba detrás de esto, porque «qué raro que la única empresa...».

Supusieron que ustedes sabían, que estaban haciendo una especie de publicidad con este asunto.

Exacto. Como si nosotros los hubiésemos contratado para que hagan un diagnóstico negativo pero que a DANPER la destaquen de esa manera. No fui porque esa forma de pensar me parecía terrible; me pareció una falta de respeto. Sí le hice llegar mi pensamiento al presidente del IPEH: yo no sabía ni siquiera que iban a hacer un documental y no era mi responsabilidad que hubieran destacado a nuestra empresa. Nunca entendieron que ese documental podía estar reflejando una realidad que ellos no querían reconocer y que si esta ONG destacaba a DANPER era porque se veía claramente una diferencia, que ellos no querían aceptar.

Han pasado los años y todo el gremio reconoce ahora que han tenido que hacer una serie de cambios para lograr un ambiente saludable con sus trabajadores. Eso me da tranquilidad y felicito la actitud que han tenido estas empresas para hacer el cambio que corresponde. Ahora, gran parte de las empresas en el sector agroindustrial de exportación —de alguna manera, también por la presión de los clientes del exterior— ejecutan prácticas de responsabilidad social empresarial y tienen un entendimiento más claro de lo que significan los objetivos sociales, económicos y ambientales.

«SOY SERRANA Y ESO ME HACE
DIFERENTE, Y ME GUSTA
SER DIFERENTE».

Cuando te pregunté sobre esto, no solo estaba pensando en la comparación de unas empresas con otras; también estaba pensando en general en las relaciones sociales en el Perú, en las cuales quien está dos escalones por encima del otro lo mira con desprecio. Por eso te pregunté si no te sentías en una isla; tú vas a una tienda y sientes eso, tú vas a cualquier institución y sientes eso. Le decía a uno de mis «conversadores» que el domingo anterior estaba en Lima y vi, en uno de los programas estelares de la noche, a una serie de entrevistados, entre ellos un candidato presidencial, y los conductores del programa a todos les hablaban de usted, como es usual. Cuando llegó Máxima Acuña al programa, el conductor pasó a hablarle de tú, lo que ilustra el tipo de relación social tradicional del país: al que luce cholo, al que luce pobre, al que luce menos que tú, hay que tratarlo mal. Por eso te pregunto si cuando sales de tu empresa, no te sientes en un mundo distinto.

Sí, efectivamente es así. Aún dentro de la empresa, cuando vienen jóvenes de universidades de Lima a practicar en un área de mucho contacto con los trabajadores, ha habido algunos que tienen esa actitud de mirar sobre el hombro, sobre todo a los «paisanitos», a los trabajadores. Yo observo y me doy cuenta de que ellos reflejan lo que escuchan en casa; finalmente, trabajadoras y trabajadores para ellos no resultan tan importantes. En su mente podrían pensar: «le estoy haciendo yo el favor de escucharlos y de hacer este programa para ellos». La única forma de lograr que estos jóvenes cambien su forma de pensar es a través del ejemplo. Para ellos es increíble ver cómo nosotros, los líderes fundadores, tratamos a nuestra gente de la mejor manera. Ejemplo: estamos sentados en una fiesta del día del trabajo, pero apenas comienza el espectáculo, vienen otros trabajadores y se sientan junto a mí.

Eso de mirar sobre el hombro sí es un comportamiento que lo veo permanentemente en el país y me pregunto: ¿qué estoy haciendo con mis hijos? ¿Están mirando ellos sobre el hombro? Desde chiquititos les he enseñado a respetar a la persona por quién es y no por lo que tiene. Siempre les he dicho: «Ese trabajador humilde que vemos allí, obsérvenlo —y se quedaban mirando cuando eran niños—, él viene con sus llanques a trabajar, miren su cara, su sudor, está sacando ese espárrago porque tiene en casa a niños, a una esposa, una mamá o un papá que dependen de ese sueldo

que es chiquito pero que ellos lo hacen alcanzar; miren la alegría con la que trabaja, miren lo comprometido que es».

Mis hijos, que ahora tienen 22 y 20 años, son gente que no mira sobre el hombro porque les hemos enseñado con el ejemplo. Jamás escucharás que digan «ese cholo», porque respetan a nuestros compatriotas, a nuestra gente. Mucho tiene que ver con lo que se siembra en casa por aquellos que hemos nacido en la sierra y que somos serranos. Yo vine a Trujillo a los nueve años porque mi papá decidió que era el momento de mudarse de Celendín, que es una provincia en Cajamarca, para que pudiéramos tener acceso a otra calidad de educación. Me acuerdo que vine con mis trenzas y en la escuela las niñas de mi edad se colgaban de mis trenzas a la hora del recreo, me decían: «Serrana, porque tienes tus trenzas». Tuve que forjar allí una tremenda personalidad, pero yo tenía valores bien inculcados y uno de los valores era mi propio respeto, mi autoestima; yo sentía que valía por quién era y que nadie podía burlarse ni tocar mis trenzas. Entonces, volteaba y les decía: «Por favor, suelten mis trenzas». No entendía por qué ese sentimiento de desprecio al ser serrana; me causó dolor, pero nunca le dije a mi papá porque mi padre es el hombre más orgulloso de su tierra. No les dije y opté por salir adelante en el sentido de «Caramba, yo soy serrana y eso me hace diferente, y me gusta ser diferente».

Con el tiempo me di cuenta de que la mayoría de personas que también eran de la sierra no lo decían, se sentían cortos. Allí viene nuevamente la autoestima, la diferencia en cómo los padres nos enseñan a nosotros, desde pequeñitos, a querernos a nosotros mismos, a sentirnos orgullosos de nuestras raíces. Hablo mucho acá con la gente, les digo que tenemos que ser orgullosos de dónde venimos, porque si negamos nuestras raíces nunca vamos a ser alguien auténtico, no vamos a ser campeones en la vida. Eso me ha pasado a lo largo de la universidad, igual cuando voy a Lima y estoy en directorios de diferente nivel, varias veces me han dicho: «Charo, tú eres de Lima». No, respondo. «Ah, eres de Trujillo». «Tampoco, yo soy celendina, serrana», y les impacta, o sea: «qué raro que se sienta serrana y esté orgullosa, que lo diga».

¡Que lo digas!

Y que lo diga. Con Ángel Añaños hasta hace un par de años hemos coincidido porque él me ha invitado a compartir experiencias con jóvenes en diferentes lugares del país. Cuando yo hablaba a multitud de jóvenes, decía que uno de los puntos de partida es reconocer quiénes somos, sintiéndonos orgullosos de dónde hemos nacido, sintiéndonos orgullosos de nuestros padres: si mi padre es analfabeto, amarlo por quien es, porque el éxito no está en lo que tenemos, en la maestría que hice, en el doctorado.

El éxito está en la fortaleza de carácter, en quiénes somos; la vida nos va a traer una serie de dificultades y podemos perder todo lo material, pero quiénes somos es lo que va a permitirnos levantarnos.

Quisiera tocar un aspecto más de la empresa, para pasar luego a otros temas. Tú sostienes que la empresa debe funcionar sobre la base de la honestidad, pero estás en un país donde la coima y los arreglos son más bien la regla. ¿Cómo se logra construir una empresa sobre la base de la honestidad, sin pagar coimas, sin entrar en arreglos, sin ofrecer algo a la autoridad que tiene que aprobar tal o cual cosa, etcétera? ¿Cómo es posible hacer eso?

Es bien difícil, bien difícil. En un país como el nuestro, donde las entidades tenemos tejidos corruptos de muchos años. Muchas veces esto genera que tengas un retraso o que tengas que pagar una serie de multas que han sido mal aplicadas. Eso es lo que nos pasa: nos retrasamos en trámites porque respetamos el reglamento, respetamos la ley y respetamos el canal regular. De pronto vemos cómo otras empresas logran de una manera más rápida, con atajos, lo que nosotros no; esos trámites engorrosos que se solucionan a través de coimas y pagos de esa naturaleza.

Que para eso se hacen engorrosos, para que tengas que pagar.

Por eso los hace engorrosos una burocracia totalmente ineficiente y muchas veces corrupta. A veces que necesitábamos tal licencia y sin esa licencia no podíamos iniciar un proyecto importante, los ingenieros me decían: «Señora Rosario, la única forma de hacer que este proyecto empiece es que ellos hagan un proyecto de factibilidad y nos están cobrando —digamos— quince mil dólares por ese proyecto». Yo respondía: «Pero si el proyecto ya está hecho; nosotros lo hemos hecho, ¿a qué se refieren?, ¿por qué otro proyecto?». Y me explicaban: «Esa es la manera para que legalmente, entre comillas, les ingrese un dinero por la coima». Frente a eso nuestra posición era: «No, no podemos hacerlo. Vamos a conversar con el máximo representante de esa institución». Esto genera desgaste en tiempo, en recursos, porque entre el lapso en que hacemos la presión y encontramos una persona que sea ética y que sabemos que va a aplicar el reglamento, nos toma mucho más tiempo. Es desgastante: vivimos en un entorno en donde las cosas se solucionan de esa manera, con pagos permanentes, y las empresas que actuamos de una manera ética tenemos una serie de impactos negativos desde el punto de vista del retraso que nos genera en las operaciones; finalmente, hay un costo que pagar pero por otro lado está la tranquilidad que tenemos en el sentido de que estamos procediendo de la manera que corresponde.

«LAS NIÑAS, LAS MUJERES
JÓVENES NO VEN MODELOS
QUE REPLICAR. ESE ES UN
DESAFÍO PARA NOSOTRAS».

Vamos al tema de la mujer; ya dijiste en algún momento de la conversación que tú eras la única mujer rodeada de varones y que eso se ha repetido a través de tu experiencia como empresaria, pero entiendo que también los socios daneses de la empresa en algún momento propusieron que fuera tu esposo, no tú, quien asumiera la responsabilidad de la empresa.

Es verdad. Nuestros socios de ninguna manera imaginaban que yo fuera gerente general de DANPER e insistieron hasta el final en que fuera Jorge, y él no podía porque tenía la representación de la empresa para los importadores europeos. Los daneses insistieron bastante con él y Jorge les decía: «Que sea Rosario, ella es tan ingeniero industrial como yo, y es tan capaz o más capaz que yo». Ellos decían que no, sobre todo uno de ellos: «A Charo no la van a respetar, por el simple hecho de ser mujer los agricultores se van a reír en su cara, no va a poder hacerlo, de ninguna manera».

Ese socio danés conocía el Perú...

Sí, conocía el Perú. Él compraba espárragos desde hacía muchos años a las principales empresas del país y sabía cómo es nuestra idiosincrasia. Vivía dentro de este entorno empresarial y sabía lo que significaba la dureza en el trato con los proveedores de materia prima, con los bancos, etcétera. Tanto lo decía que empecé a creer que era un chiste que se piense que yo iba a estar a cargo de este proyecto, pero llegó un momento en que se tenía que tomar la decisión de que uno de nosotros dos se tenía que poner al frente. Jorge no pudo aceptar; entonces no le quedó remedio a nuestro socio y amigo danés que decir: «Charo, tienes que ser tú», y cuando al fin me lo dijo existía en mí un temor: ¿podré hacerlo?

Efectivamente, tengo que relacionarme con una serie de personas en un mundo que es machista. Por otro lado, ese temor también consistía en ¿podré hacerme cargo del tremendo desafío del proyecto? ¿Estaré bien preparada? Además, acababa de nacer mi primer hijo. Entonces, era bastante complicado para mí tomar esa decisión.

El que estaba totalmente convencido de que sí lo podía hacer era Jorge, mi esposo. Él me dijo: «Charo, nuestro hijo va a tener a gente que lo cuide, personas preparadas

que lo cuiden cuando tú estés trabajando, pero piensa en todas esas mujeres que están esperando una oportunidad de trabajo, que no tienen ni siquiera con quién dejar a sus hijos y que están inmersas en la pobreza, como tú misma lo señalas siempre. Y tú dices “cómo poder cambiar el Perú, cómo generar progreso para esta gente”. Esta es la oportunidad que tienes. Piensa en esos miles de niños que van a poder crecer en mejores condiciones que sus madres y sus padres». Cuando me dijo eso, decidí: lo tomo. Desde el momento en que acepté este desafío, nunca más sentí temor del ambiente machista; nunca más, porque sabía que tenía que sacar adelante este proyecto y tenía que hacerme respetar, no solamente por el hecho de ser mujer sino por ser una profesional preparada. Requería de esa confianza en mí misma, de esa seguridad, para hacerme de un equipo de profesionales y entablar sólidas relaciones de respeto mutuo a largo plazo para el trabajo que teníamos que realizar.

¿Qué otros episodios de este tipo has vivido y cómo los has vencido?

Es cierto que he encontrado una serie de actitudes machistas. Por ejemplo, en reuniones en donde trataban de ignorarme. Yo veía la intención de los varones empresarios o profesionales en la mesa: si yo hablaba, algún otro interrumpía. Nunca me dejé; decía: «Perdón, estaba hablando». «Ah, Charo disculpa, no nos dimos cuenta». Nunca dejé que se atropellasen mis derechos. Tuve que aprender la forma de abrirme camino, basada en mis valores: si yo respeto al resto, el resto debe respetarme también; si yo escucho al resto, el resto también debe escucharme, no solamente por ser mujer sino simplemente por el hecho de ser una persona que tiene los mismos derechos. Están esos chistes relacionados al sexo; por allí un hombre lanza uno en la mesa como para intimidarte o hacerte sentir mal; cuando ocurría eso, unos se reían, otros no y todos me miraban. Nunca me quedé callada.

Te estaban probando.

Me estaban probando; estaban tratando de hacerme sentir mal. Varios de ellos, me decían: «Ah, Charo, qué bien has tomado nota, siempre escribes, me haces recordar a mi secretaria». Del resto algunos reían y otros se quedaban callados; entonces, yo miraba a la persona y le decía: «No sé qué quieres decir con eso; si consideras que con eso me vas a hacer sentir mal porque me estás comparando con tu secretaria, de ninguna manera; una secretaria tiene mi respeto y tiene un tremendo valor en una empresa, así que pienso que tu comentario está desubicado». Nunca me quedaba callada; eso hizo que las otras personas me respetaran efectivamente y que, antes de decir un comentario desafortunado, pensarán en lo que estaban diciendo.

Por ejemplo, cuando íbamos con Jorge a una reunión con un banco o con algunos proveedores aquí en el país, le decían a Jorge: «Ingeniero, que su secretaria presente

su documento de identidad». Porque iba al lado de Jorge, yo siempre era la secretaria o la asistente, no la que podía ser también ingeniero y, menos aún, gerente. Con el tiempo, todos los grupos con los que yo me relacionaba empezaron a aceptar y a reconocer ese liderazgo y ese comportamiento auténtico de definirme como persona, como profesional y como empresaria. Debo aclarar que esto no pasaba con clientes en el extranjero; allí es distinto porque la mujer cumple un rol diferente, progresista, desde hace muchos años.

¿Tus pares no te han acusado de ser poco realista o de ser soñadora, no te han mostrado una especie de comprensión con comillas porque, claro, como eres mujer, se te ocurren estas ideas poco realistas?

¿Te refieres a las ideas de responsabilidad social empresarial? Sí, en algún momento dijeron eso: «Claro, en DANPER existe todo ese trato a la gente porque ella es mujer, piensa como mamá, pero un empresario no hace eso». Sí, ha habido algunos comentarios hace años, o también: «Ah, en DANPER hacen eso porque los daneses tienen una manera elevada de pensamiento respecto al trato a la gente». Ese punto también lo aclaramos desde un inicio: no se trata de que el socio sea danés o japonés, europeo o norteamericano; se trata de la convicción que tenemos los socios fundadores peruanos, que somos los que estamos desarrollando las operaciones en el día a día; no es porque haya un mandato detrás o porque tengamos que cumplir un requisito específico o una certificación de los clientes. Eso queda plenamente demostrado porque empezamos a hacerlo desde 1994, pese a que en ocasiones no era entendido. Cada vez que venían los bancos no les presentábamos el centro de salud porque se confundían: qué tiene que ver un centro de salud y programa de desarrollo para la gente en una empresa agroindustrial, en donde lo que queremos ver es el equipo la maquinaria y los ratios productivos. Como yo veía las caras de disgusto, de no entender, Jorge y yo aceptábamos la visita a la empresa pero obviábamos tocar ese tema. Alrededor del año 2000 vinieron unos clientes suizos y cuando visitaron la empresa preguntaron qué era ese centro de salud, y luego a Jorge le dijeron: «Lo que hemos visto acá es algo que realmente nos importa, porque como supermercados suizos requerimos presentar balances no solo económicos sino también sociales y nunca imaginamos que un proveedor en el Perú tuviera todo lo que ustedes tienen: centro de salud, capacitaciones, desarrollo de capital humano y nos interesa mucho que nos brindes esa información». Cuando Jorge me pidió que presentase los programas porque el cliente lo pedía, dije: «Qué raro, por qué ahora le ponen interés a un tema que era como el patito feo». Fui e hice la presentación. Luego, la cadena de tiendas Sam's de la estadounidense Walmart, antes de poder darnos su etiqueta estrella, pidió que hiciera una presentación al vicepresidente de este gran grupo empresarial.

De pronto vi que este enfoque de la responsabilidad social empresarial era apreciado y muy importante. Después empezaron a llegar en la forma de requerimientos que teníamos que cumplir las empresas en general si queríamos ser proveedores o clientes. Nosotros llevábamos una clara ventaja sobre otras empresas porque veníamos haciéndolo previamente, no porque se nos hubiera exigido, sino por convicción.

¿Hay otras mujeres empresarias en el Perú que se abren paso de una manera tan exitosa como la tuya? ¿Son pocas o muchas? ¿Por qué no hay más?

Cada vez hay más. No hay más porque estamos en una sociedad machista, donde todavía hay bloqueos para que una mujer pueda desempeñarse. Pero yo pienso que la principal limitación está en la mujer misma y su familia. Si la mujer no invierte en ella, en su educación —las que pueden hacerlo me refiero—, ahora que hay mayores facilidades para hacer estudios a través del acceso a las universidades, a través de internet... Por otro lado, las niñas, las mujeres jóvenes no ven modelos que replicar. Ese es un desafío para nosotras, las mujeres que tenemos el privilegio de haber estudiado, de habernos preparado y de habernos atrevido a aceptar posiciones donde tomamos decisiones: inspirar a niñas, a jóvenes, a mujeres adultas, la idea de que nosotras las mujeres, en la medida que nos preparamos sí podemos salir adelante y aceptar posiciones de decisión.

Las generaciones mayores tienden a decir que los jóvenes son algo superficiales, no son responsables, no les importan las cosas más profundas y, concretamente, que no se preocupan de la situación de nuestro país. A partir de tu trabajo con jóvenes en CADE, ¿qué imágenes tienes de los peruanos jóvenes de hoy?

Tengo alguna experiencia de trabajar con jóvenes. La reunión que organiza CADE es una oportunidad para tener en un solo centro a jóvenes de diferentes universidades del país. Muchos de estos jóvenes provienen de zonas como Apurímac, Ayacucho o Puno. Allí se siente claramente la diferencia de los niveles económico-sociales, que refleja la situación tan diversa y las brechas existentes.

En particular, ¿en qué sientes esa diferencia?

En el nivel de educación. La calidad de educación que tiene un joven aquí en Trujillo, si la comparamos con alguien en Lima o la que recibe aquel que viene de Puno, o el de Ancash si lo comparas con alguien de Trujillo. En promedio, la brecha se hace más grande con alguien de Lima, donde se encuentran las universidades que tienen el mayor nivel de calidad educativa. Y tenemos universidades como la UNI que recibe la gran demanda existente, de jóvenes talentosos que aspiran a un mayor nivel de educación, pero que año a año no pueden ingresar a esa casa de estudios porque su capacidad es bastante limitada.

¿Cómo es ese encuentro entre jóvenes que vienen de una buena universidad privada de Lima y cuentan con una diversidad de recursos familiares, culturales, económicos, etcétera, y esos muchachos que vienen de Apurímac pero que tienen mucho interés y quizás mucho talento? ¿Es un encuentro de mundos diferentes?

Sí, son mundos diferentes. Se ve desde la apariencia física, pero la mayor brecha está en la calidad de educación y los mismos jóvenes reclaman por la educación que reciben. Ahora bien, a lo largo de estos años he podido ver que cada vez más existe una actitud positiva de integración por parte de los jóvenes en general. Hace años observaba grupos: la gente que viene de la sierra del sur, juntos; los del norte, juntos; por otro lado los costeños en sus respectivos grupos, las universidades de Lima por un lado. He notado en los últimos años un cambio y creo que es el espíritu que transmitimos aquellos que estamos en la organización del CADE. Nosotros somos los principales críticos de lo que vemos en el entorno: por qué existe esta discriminación, por qué entre los peruanos no nos aceptamos precisamente por esas diferencias.

Volviendo a tu pregunta, creo que los jóvenes peruanos están bastante conscientes de la problemática del país. Un elemento de esa problemática son las brechas que existen. De allí la necesidad de tender puentes y de respetarnos y mirarnos para identificar todas aquellas competencias que nos hacen distintos. He visto a los jóvenes generar grupos de trabajo y presentar en estos CADE iniciativas orientadas a impactar en la calidad de vida de los peruanos más necesitados y eso me ha gustado mucho: gente de Lima, de diversas universidades nacionales y privadas, con sus pares de Ayacucho o de Puno, que plantea iniciativas con impacto en el aprendizaje de aquellos niños que difícilmente tienen acceso a las escuelas. «Enseña Perú» es uno de los proyectos de mayor éxito, liderado por jóvenes graduados en la Universidad del Pacífico. Ellos dicen: «Así como Gastón Acurio ha hecho la diferencia y ha revolucionado la gastronomía gracias a su talento, a su capacidad de integración y reconocimiento al mérito de los demás y su nivel de excelencia, lo mismo debe ocurrir en el aspecto educativo: esa revolución tiene que darse en la medida en que los profesores sean gente talentosa, bien remunerada». Ellos se enfocan en jóvenes talentosos que hayan estudiado ingeniería, medicina, derecho o economía, para que puedan servir al país por lo menos uno o dos años en el aprendizaje de los niños. En las ferias de CADE los jóvenes presentan proyectos tecnológicos que impactan en comunidades que no tienen acceso a la electricidad o al agua. Esta generación de jóvenes, de diferentes regiones del país, de diferentes niveles económicos y sociales tienen en común un elemento muy fuerte: les importa su país. Veo a peruanos fuertemente comprometidos y con una enorme capacidad de liderazgo. Creo que todos deberíamos reforzar estas conductas solidarias e inclusivas de los jóvenes para con su país, y la mejor forma de hacerlo es con el ejemplo.

En ese escenario, ¿cómo ves el problema de la formación universitaria actual en el país? Mi impresión es que desde que se introdujo la ley universitaria aprobada durante el gobierno de Fujimori, que estableció el propósito de lucro como un objetivo institucional, se ha generado un número creciente de universidades que producen licenciados, maestros, doctores, cuya calidad, según sabemos, es cada vez peor.

Así es.

Frente a lo cual no hay un sistema de evaluación de calidad o hay tímidamente este sistema de las acreditaciones que no llega a avanzar y que aun si funcionara nos deja decenas de miles de aparentes profesionales que tienen título de abogados, médicos ingenieros, etcétera, y cuya formación es endeble o muy pobre. ¿Cómo ves esto desde el punto de vista empresarial, cómo lo viven ustedes en la empresa y cómo lo ves de cara al futuro del país?

Es muy lamentable esa realidad que impacta en la productividad y la competitividad de las empresas e impacta en el desarrollo del conocimiento y la tecnología en el país. Esas universidades, que básicamente están incentivadas por generar negocio y lucro sin importarles el nivel académico de sus instituciones, lo que logran es entregar profesionales que son muy poco competitivos en el mercado laboral. En las empresas nos damos cuenta claramente cuando los jóvenes ingresan a trabajar y no solamente no tienen conocimiento sino tampoco la autoestima, la confianza, la seguridad que se requiere para seguir aprendiendo dentro de las empresas. Tienen un bloqueo porque saben que provienen de universidades donde no han aprendido los elementos básicos de su carrera profesional.

Lo más lamentable es que aquellos padres que envían a sus hijos a estas universidades que se han dedicado a comercializar con la educación creen que el esfuerzo económico que están haciendo va a permitir que sus hijos alcancen un nivel académico que les va a abrir el camino para desarrollarse profesionalmente. Se dan cuenta, luego, de que esos jóvenes no son aceptados en las empresas y, si lo son, van a ocupar posiciones donde no van a poder desarrollar sus competencias como lo hacen sus pares; eso se refleja claramente en el ingreso económico y en el desarrollo de ellos mismos y de sus familias.

Si hay un estancamiento del conocimiento y de la tecnología que el sector privado requiere con urgencia para elevar nuestros niveles de productividad, es grave. Son muy pocas las universidades que aseguran a través de la acreditación de sus programas que tienen la capacidad para preparar jóvenes que puedan ingresar con éxito en el mercado laboral. Por otro lado, hay pocas universidades capaces de generar proyectos conjuntos de la mano con la empresa privada, que puedan resolver

situaciones que impactan negativamente en nuestra productividad. Obviamente, no esperamos que Perú compita con Italia o Alemania en producción de equipos y maquinaria sofisticada, pero sí de equipos mucho más simples que la industria metal-mecánica puede hacer en el país. Tenemos una serie de desafíos en la agroindustria con respecto a las plagas de enfermedades y tenemos universidades que, se supone, tienen las capacidades de investigación y desarrollo en sus laboratorios para resolver esos problemas. Tampoco lo hacen.

Ustedes los empresarios, que viven esta realidad que tú describes, ¿por qué no lo dicen en voz alta? ¿Por qué no dicen que tenemos un sistema universitario que nos está estafando a todos: a los padres de familia que hacen un esfuerzo enorme para que sus hijos estudien; a los propios profesionales mal formados que producen estas universidades; a los ciudadanos que contratan servicios que en verdad no reciben de abogados que no son tales, médicos que no son tales; y a las empresas por las razones que tú has dado? ¿Por qué ustedes no dicen necesitamos una... —no sé cuál es la palabra— una reforma, una revolución del sistema universitario, para que esto no continúe?

Sí lo decimos, pero de una manera aislada. No lo estamos haciendo como CONFIEP, que deberíamos.

Se necesitaría que lo digan en voz alta, públicamente, porque si no estos reclamos parecen elitistas, parecen exigencias de las universidades mejores que dicen que las otras no lo hacen seriamente. Pero ustedes tienen argumentos sólidos; a ustedes nadie les va a discutir el tema.

Correcto. Nosotros como empresarios integramos un equipo consultivo de varias universidades en La Libertad y les hacemos ver en qué nivel de formación profesional llegan sus egresados a la empresa; les decimos que tienen serios vacíos en el análisis crítico y preguntamos qué es lo que está haciendo su universidad. En las dos universidades privadas de Trujillo vemos una disposición en sus rectores y decanos para escuchar la retroalimentación que les estamos dando como empresa. Lo hacemos también a través del gremio; como presidenta de la Cámara, hace tres años me invitó la Universidad Nacional de Trujillo, donde yo me gradué. Estaban el rector y los decanos. Expliqué la seria dificultad que tenemos las empresas con respecto al nivel académico de los jóvenes egresados de las universidades, incluyendo la Universidad Nacional de Trujillo. Hice referencia a la importancia que tiene el hecho de elevar el nivel de exigencia académica; les hice ver que yo sabía que la Universidad tiene laboratorios pero que no estaban de cara a la realidad empresarial. Las empresas incurrimos

en gastos altísimos al enviar nuestras muestras de productos agrícolas para que en Chile se haga la evaluación, según requisitos de la Unión Europea, para acreditar que están exentos de pesticidas, metales pesados y patógenos. No teníamos esos laboratorios en el Perú, recién se ha creado uno que otro en Lima, pero hasta hace dos o tres años las muestras eran enviadas a Chile. Hemos tenido una serie de reuniones alzando nuestra voz para darles a conocer todas las deficiencias del sistema y la necesidad urgente de que las universidades inviertan en la calidad de los profesores para que tengan el nivel profesional requerido...

¿Y esto ha producido algún resultado?

Uno que otro. En un principio era rechazo. En la Universidad Nacional de Trujillo hay una generación de decanos que conocen de esta problemática y están orientados a hacer el cambio aun cuando hay un nivel de resistencia alto de gran parte de profesores que tienen muchos años en la Universidad y que deberían darle mayor importancia a la necesidad de que la Universidad trabaje estrechamente con el sector privado y también un mayor involucramiento en planes de acción conjuntos.

Hay cambios pero lentos. Las universidades privadas son más ágiles y están usando la retroalimentación que les damos para mejorar su malla curricular. Nosotros como empresa nos exigimos el tiempo para participar en esos consejos consultivos porque consideramos que es nuestra responsabilidad: en la medida que tendamos puentes a través de las empresas privadas y de los gremios organizados, vamos a poder hacer el cambio.

Vamos al último tema: el crimen organizado en el país. No se trata solo del incremento del número de delitos sino de la presencia de bandas organizadas que se dedican de manera casi empresarial —si me permites el término— a una serie de delitos: secuestro, extorsión, trata de personas, como el caso las chicas que se llevan a Madre de Dios para la minería ilegal, etcétera. Uno siente que están tomando el país progresivamente. ¿Cómo ves tú, que tienes una visión más bien positiva del país, este fenómeno, desde el punto de vista empresarial y como ciudadana?

En mi calidad de ciudadana, de empresaria y de presidenta de la Cámara de Comercio de la región de La Libertad, cumplo un rol bastante activo, elevando mi voz, generando reuniones, colocando el tema en la agenda, llamando a las autoridades y a los reflectores de la prensa, para que podamos dar una solución efectiva en la región La Libertad. Hace unos diez años, Trujillo era conocida como una ciudad pacífica en relación a Lima y otras ciudades. Sin embargo, dos años atrás Trujillo se convirtió en la ciudad con mayor incidencia de secuestros y crímenes. Las bandas del crimen organizado habían hecho su nido en nuestra ciudad.

Como sector privado hemos luchado de manera permanente e intensiva de la mano con el presidente de la región, de aquella época, y con el alcalde; hemos traído a los diferentes ministros del Interior a La Libertad para desarrollar mesas de trabajo donde estamos presentes todos los actores económicos y sociales de la región y de la ciudad. Hemos presentado la situación a los ministros y les hemos exigido que rindan cuentas acerca de qué es lo que estaban haciendo en La Libertad. El nivel de violencia, que era insostenible, ha disminuido gracias a que fue atacado con una política bastante fuerte. Nosotros hemos hecho manifestaciones a través de todos los medios, exigiéndole al Estado que cumpla con su deber de establecer las medidas necesarias para controlar el crimen organizado. Después de haber hecho un diagnóstico claro, hemos exigido recursos para la policía, con la que seguimos trabajando para conocer de cerca si el Estado está cumpliendo con darles los recursos que se han acordado. Nuestra Cámara, por primera vez —en la gestión que he venido presidiendo— conformó el Consejo de Seguridad Regional, justamente por la importancia de luchar contra un flagelo que, además de atentar contra la integridad de las personas y de nuestra sociedad, eleva permanente los costos de las empresas, también de las pequeñas y medianas; todos somos blanco perfecto de la extorsión y el costo de seguridad es altísimo.

El crimen organizado va de la mano con la actividad del narcotráfico. El Callao se ha convertido prácticamente en un narcopuerto; la contaminación de los contenedores de exportación con droga es un hecho que se da a diario. Esto va de la mano con el asesinato, la extorsión y el sicariato. La pregunta es: ¿quiénes están detrás de estas deplorables prácticas? Es preocupante que tanto en el Callao como en los diferentes centros adonde llegan los contenedores de exportación existan personas que son cómplices del narcotráfico. Inclusive antes de subir los contenedores a la nave rompen el precinto de seguridad que con cuidado colocan las empresas que nos dan servicio a las exportadoras, insertan maletines con un promedio de cien kilos de clorhidrato de cocaína y les colocan precintos clonados utilizando el mismo número que la Aduana asignó a estas empresas, para de esta manera no levantar sospechas. Estamos hablando de que esto sucede en un puerto que mueve alrededor de dos mil contenedores diarios. Obviamente, esto sobrepasa cualquier control normal que pueda hacer alguna empresa privada que brinda este tipo de servicio.

Personalmente me he contactado y he logrado movilizar a todos los operadores logísticos, a la SUNAT, a la ministra de Comercio Exterior, al ministro del Interior, a los principales encargados del control del narcotráfico, además de generar mesas de trabajo con la CONFIEP, ADEX, AGAP, Cámara de Comercio de Lima y Cámara de Comercio de La Libertad, para poner en agenda el gravísimo peligro al que estamos expuestos todas las empresas exportadoras a raíz de la proliferación de estas mafias organizadas del crimen y del narcotráfico.

Vuelvo a preguntarte: ¿algún resultado?

Sí, se han hecho cambios. En esas mesas de trabajo hemos desarrollado una agenda con responsabilidades bastante específicas, de los ministerios, de los operadores logísticos, de la SUNAT, para comprometerse con medidas de una política de Estado. Inclusive la ministra de Comercio Exterior, Magaly Silva, asumió el compromiso de instalar *scanners* —porque no los había en el Perú y esa era una de las razones por las que no se sabía si el contenedor había sido ‘preñado’— y ha cumplido en colocarlos. Además se han dado una serie de presiones muy importantes en el puerto y se han identificado mafias que vienen cayendo. Pero estas mafias operan con tal poder a nivel internacional que mientras nuestro Estado peruano —con aquellas autoridades que son gente correcta con ética— está trabajando en controlar el narcotráfico, en paralelo se van formando otras. Y es que la lucha es con un gigante de poderes inimaginables, pero se está haciendo muchísimo. Nosotros hemos sido capaces de poner el dedo en la llaga para llamar la atención urgente del Estado. Y se han tomado una serie de medidas que nunca antes se habían tomado; sin embargo, el problema es bastante complejo.

Lo que tú describes es un sistema de actuación que va capturando niveles diferentes del Estado y las instituciones para operar cada vez más a mayor escala, utilizando una gama de recursos. ¿Crees que hay manera de revertir esta metástasis?

Pienso que sí. Sin embargo, va a tomar todo el tiempo que se requiera combatir a la corrupción. Mira cómo estamos en el país, hay muchos actores políticos relacionados con redes de narcotráfico y que no pueden deslindar clara y definitivamente su probable relación con ellas. Como tú dices, es una metástasis, porque si bien es cierto que hay una voluntad del gobierno para combatirla, cada vez avanza más.

Antes, Colombia era el principal país exportador de esta sustancia pero han tomado una serie de medidas para controlar la corrupción y el actuar del narcotráfico. Eso explica en gran parte que ahora sea el Perú la principal puerta de salida de esta droga; no solo por el Callao, también por Paita. El crimen organizado tiene un gran poder de corrupción que envuelve muchas veces a sectores gubernamentales de todo el mundo, lo que facilita la movilización de la droga de un país a otro. Estamos hablando de poderes económicos muy importantes a nivel mundial que corrompen a gobiernos, presidentes, a ministros. Tú me preguntas si se puede; quiero creer que se puede hacer algo más para poder reducir ese nivel del crimen organizado. No pienso que se pueda controlar esto de un año para otro pero las varias medidas que se están tomando sí van a tener un efecto.

JAVIER DE BELAUNDE:
**«VES EN EL PAÍS OTRAS FUERZAS QUE ESTÁN TRATANDO
DE CONSTRUIR ALGO MEJOR»**

Oswaldo Reynoso dijo a Santiago Pedraglio: «En Arequipa había una actitud totalmente racista [...] donde todo lo serrano era lo despreciable, lo sucio, lo grotesco»¹. ¿Viviste así Arequipa?

Me imagino que la manera como uno percibe el entorno de las ciudades es desde una experiencia personal. No suscribo la dureza de la percepción de Reynoso; no es la que yo tendría de Arequipa. Probablemente, la distancia generacional con Reynoso marque alguna diferencia. No puedo dejar de recordar a una tía, una señora mayor que era absolutamente pintoresca en sus expresiones y que vino de visita a Lima; te estoy hablando de 1960 o 1961. Le pregunté: «Tía, ¿cómo está Arequipa?», así, de manera general. Y me respondió: «Cómo estará Arequipa, hijito, que hasta los indios están caminando por los portales». Probablemente, hay un factor generacional en esto. Desde mi casa y el colegio jesuita no podría suscribir esta mirada, pero entiendo que la composición de la sociedad arequipeña era lo suficientemente estratificada y compleja, y que puede haber habido en generaciones anteriores esa mirada.

¿También hay de por medio una diferencia social?

De repente. Fíjate cómo es mi recuerdo y mi visión de la Arequipa de mi infancia, de los años cincuenta. Nazco en 1947 y vivo en Arequipa hasta 1957; son los primeros años de mi vida. Era una ciudad tremendamente apacible. Recuerdo, con sorpresa hoy día —porque mi madre era una persona bastante preocupada—, que en segundo de primaria yo iba y volvía del colegio a pie, una distancia de ocho a diez cuadras en el centro de Arequipa. Y no había una preocupación de que pudiera pasar algo.

¹ Santiago PEDRAGLIO, 2014. *Conversaciones con ojos del siglo XX*. Lima: Fondo Editorial PUCP (p. 26).

Ciertamente sí era una ciudad muy estratificada socialmente. Había un grupo de familias —serían unas diez o veinte— que se casaban entre sí. Luego había una clase media comercial, con una fuerte presencia palestina, que era mirada por esa clase alta por encima del hombro. Era una cosa que no percibía en mi casa: mi padre fue una persona muy poco dada a este tipo de diferenciaciones. Él se había criado en el valle de Majes, venía de una familia rural. Pero alguna tía se refería a Fulanita de Tal que se había casado con... y no era Pepe, Manuel, Javier o Luis, sino que se le mencionaba por el apellido porque era una persona de esa clase media arequipeña que era mirada por encima del hombro.

La presencia indígena siempre ha existido, pero antes de una manera muy lateral. Empieza a sentirse con las grandes migraciones puneñas de los años sesenta. No es que cuando viví allí de niño no hubiera indígenas en Arequipa, pero no había una presencia muy marcada. Lo que había era el campesino arequipeño. Había un gran respeto por el chacarero arequipeño. Arequipa vivía orgullosa de su chacarero: era el hombre que tenía una actividad agrícola importante en una campiña fuerte y que había participado en revueltas políticas. La presencia indígena era una cosa remota. Yo la viví porque mi padre —por razones de tipo político, durante el gobierno de Odría— tuvo que autoexiliarse. No tenía cómo trabajar en Arequipa: nadie le daba trabajo porque era una persona adversa al régimen; había participado en una revuelta popular en Arequipa, en el año 50 junto a Francisco Mostajo, que fue clave. Tenía una situación complicada y él seguía haciendo política; en realidad, conspiraba todo el tiempo contra Odría. No sé con cuánto éxito, pero en eso estaba.

Y cuando dices que nadie le daba trabajo, era que nadie le daba trabajo como abogado.
Sí, nadie le daba trabajo como abogado.

El Estado, obviamente, pero ¿los particulares tampoco?

Tampoco. Porque era, como alguna vez él dijo, un trapo rojo, en términos taurinos. Mi padre opta por irse como administrador de una hacienda de la familia de mi madre, en Puno, y aprende a ser ganadero de ovejas. Esto pasa entre 1950 y 1956, año en el que postula al Congreso con la Democracia Cristiana recién fundada. Él venía a Arequipa, donde seguíamos viviendo, pero yo iba mucho a Puno. Ahí me encuentro con este mundo andino, que me impresiona tremendamente en su pobreza. Mi padre, en comparación con lo que podrían haber sido los hacendados de la época, fue un hombre muy preocupado con la gente que trabajaba en la hacienda, en términos de salud, alimentación, etcétera. Mi experiencia temprana con indígenas es más bien en Puno, donde me brota una solidaridad, no sé si es una palabra excesiva, pero sí de una suerte de conmiseración, de simpatía.

La Arequipa donde naciste no es igual a la Arequipa adonde vas con frecuencia ahora. ¿Crees que el proceso que ha seguido Arequipa es similar al del resto del país o tiene ciertas particularidades?

Lo que ha ocurrido en Arequipa es, en primer lugar, que la campiña arequipeña prácticamente ha desaparecido. Esto tiene múltiples consecuencias, algunas menos evidentes. Por ejemplo, es un gran reto para la cocina arequipeña, que se nutrió de ingredientes locales, que cada vez son más escasos. El chacarero arequipeño, que era un hombre con una economía que funcionaba, ha quedado arrinconado; el parque industrial ha desaparecido; ese intento de industrialización de los años sesenta, finalmente, ha fracasado. Las industrias arequipeñas importantes, leche Gloria, la cervecera...

La Ibérica.

La Ibérica sí queda en Arequipa y ha mejorado y prosperado, pero las otras se han trasladado a Lima. En Arequipa hay, en este momento, actividad minera y una actividad económica distinta a la tradicional. Los antiguos arequipeños nos hemos venido a Lima. Y en Arequipa ha habido una migración apabullante, venida del altiplano. Es una migración que tiene características similares a las de otras ciudades, pero con una particularidad. Los hacendados que había en Puno eran fundamentalmente arequipeños. Mi impresión es que el hacendado arequipeño hizo muy poco por Puno, por las haciendas y, en definitiva, lo que hubo ahí fue una actividad extractiva. Puno es uno de los departamentos más pobres del Perú. El proceso migratorio ha sido acelerado por esa singularidad y la presencia puneña en Arequipa es muy importante y creo que, en el tiempo, positiva. En Puno hay quechuas y aimaras. El aimara es un grupo muy trabajador, muy comerciante, muy ingenioso. Y hoy día hay en Arequipa una economía que funciona, que comenzó con la informalidad, pero hoy día hay una actividad económica muy fuerte y ves una ciudad próspera con protagonistas distintos.

Con un desorden similar al de las otras.

Exactamente. El centro de Arequipa sigue ofreciendo una ciudad muy bonita, pero todo lo demás es horroroso. No por la presencia puneña. No sé qué ha pasado en Arequipa, pero todas las clases sociales, que han sembrado cemento sobre la campiña, la han hecho patéticamente fea. Arequipa tiene un centro histórico muy lindo y el resto es una ciudad horrorosa, desordenada, de lo cual creo que todo el mundo es responsable.

Hoy día hay un nuevo arequipeño, que es de origen migrante puneño pero ya tiene por lo menos un par de generaciones en Arequipa y que ha teñido la cultura arequipeña con lo que ha traído de Puno. Esto se ve mucho en época de carnaval, en época de festividades: lo que se baila, las comparsas que hay en la calle, no son las antiguas comparsas arequipeñas; son puneñas. Arequipa se ha ‘puneñizado’. Esto no lo veo mal en una ciudad que colapsó en sus industrias, que no ha tenido más obra pública. Arequipa siempre ha vivido mucho de la obra pública; en la época de Fujimori esto se secó y la economía arequipeña entró en colapso. La presencia de los puneños ha sido sumamente reactivadora de la vida de Arequipa.

¿La regionalización ha significado algo distinto para Arequipa? En particular, ¿para los arequipeños el Perú sigue siendo Lima, como en el resto del país? Una amiga me contó, hace poco, que una hermana suya había tenido un accidente en Arequipa; en un determinado momento dijeron: «hay que llevarla a Lima», porque en Arequipa no había los recursos hospitalarios. Así se hizo y la trataron en Lima. Siendo la segunda ciudad del país, que haya que trasladar un enfermo a Lima para que reciba la atención que no encuentra allá...

Al lado de eso tengo una tía arequipeña —por cierto, de la generación de mi padre— que hace poco se fue a operar de cataratas a Arequipa, con un oculista que, ella sostiene, es inigualable y que es el mejor del mundo. Pero creo que es la excepción, explicada por este exceso de regionalismo que todavía ves. El servicio de salud en Arequipa se ha deteriorado mucho. Me imagino que es una falta de recursos y en Lima sí hay instalaciones hospitalarias y médicas que se han acercado al primer mundo, cosa que no ha ocurrido en Arequipa. En cuestiones como educación y salud, Arequipa sigue padeciendo, como las otras provincias, el centralismo del país.

Creo que Arequipa sigue mirando para Lima. No tengo una evaluación seria de cuánto ha significado la regionalización para Arequipa. En Arequipa ha habido experiencias de regionalización interesantes; básicamente, la de la Junta de Reconstrucción y Desarrollo de Arequipa, de los años sesenta. A raíz de los dos terremotos que hubo en Arequipa, en 1958 y 1960, se creó esa junta de rehabilitación que fue bastante más allá de reconstruir a Arequipa de los terremotos. Fue una experiencia temprana de regionalización, dotada de presupuesto, y que funcionó ejemplarmente, en gran medida por el compromiso de la gente de Arequipa con este proyecto. Después, ha habido experiencias desiguales. Ha habido un gran presidente regional, que hoy día —por estas cosas del paso por la administración pública— está perseguido y hasta ha sido detenido: el doctor Juan Manuel Guillén. Pero, más allá de los intentos de desarrollo en la provincia de Arequipa, hay provincias muy pobres. Caylloma o Cotahuasi son zonas realmente pobres y que tienen más que ver con la cultura andina que con Arequipa, propiamente.

La educación a mí me parece siempre un termómetro. Hay universidades que se han fundado en Arequipa, hay colegios para las clases medias y las clases altas, que no había en mi época. Entonces no había un colegio en el cual pudieras aprender inglés medianamente. Hoy día tienes un colegio inglés y un colegio alemán, universidades como la San Pablo con niveles de excelencia académica en algunas facultades. Pero, finalmente, tengo la impresión de que el alumno más destacado sigue mirando venir a Lima, a estudiar o a hacer alguna maestría.

Viniste a Lima a los diez años. ¿Sentiste de parte de los limeños cierto desdén por ser un provinciano, por la manera en que hablabas, por ciertas palabras que usabas y que ya no usas? ¿Sentiste algún tipo de distancia que se marcaba contigo?

La verdad es que no. No sé si es un tema del colegio al cual vine, del barrio en el cual caí, pero la verdad es que nunca sentí ningún tipo de desdén. Sí era un arequipeño, me sentía muy orgulloso de serlo y quizás mi exceso de regionalismo me impedía captar algo de esto. Pero te mentiría si te dijera que por esa razón sentí algún tipo de mirada por encima del hombro.

Eres uno de los profesores más respetados, apreciados y reconocidos en la Universidad Católica, conforme se ha demostrado en varias ocasiones, y la Católica es la universidad más prestigiada del país. ¿Cómo has visto la evolución de la Universidad desde los años en que fuiste alumno hasta ahora? ¿Qué trazos te parecen los más importantes?

Entré a la Católica en 1964... y no he salido hasta ahora. En primer lugar, creo que la gran diferencia es la construcción realmente de una universidad.

¿Qué era entonces, un colegio?

En 1964 era algo con aspiración de ser universidad. Había facultades que eran escuelas nocturnas; había escuelas que eran colegios, exactamente. Me acuerdo de que la Escuela de Pedagogía, por ejemplo, era un colegio; el Instituto Femenino... Entré a una gran Facultad de Letras, con profesores realmente notables. Para mí una presencia muy importante, por todo el descubrimiento que me significó, fue Onorio Ferrero, un tipo entrañable, amigo de los estudiantes en una época en la cual la universidad era muy autoritaria. Onorio estaba en el patio, dialogaba y escuchaba todo tipo de problemas. Luis Jaime Cisneros, sin duda... Había profesores extraordinarios que hacen que uno se olvide de algunos otros que también eran increíbles, en el otro extremo. Pero diría que la Facultad de Letras de la Católica 1964-1965 sí tenía un nivel universitario muy destacable.

Pasé a una Facultad de Derecho realmente pobre. En esa época, muchos hacían Letras en la Católica y se iban a San Marcos. La Facultad de Derecho tuvo profesores increíbles; no termino de entender este mito que se ha generado, que la Facultad de Derecho era algo extraordinario. Había estupendos profesores, sin duda, pero eran unos cuantos. Toda la propuesta educativa, si es que la había, era una propuesta absurda. El gran cambio es la reforma que se inicia en 1968, de la cual tú y yo fuimos protagonistas. Tú más que yo, y fuiste uno de los que me enroló en el programa de Wisconsin. Creo que ahí se produce un gran cambio. Y ese es el momento en el cual esta Facultad mediocre —por llamarla así, bondadosamente— se construye como una opción educativa importante. Pero creo que es un proceso de toda la Universidad; surge entonces la Facultad de Ciencias Sociales. Una de las personas que los estudiantes combatimos mucho, que fue Felipe Mac Gregor, fue el gran constructor de la Universidad. Con él, en los años sesenta y setenta, se construye una universidad.

«HABÍA LA IDEA DE QUE
CAMBIANDO LA UNIVERSIDAD
CONTRIBUÍAMOS
AL CAMBIO DEL PAÍS».

¿Te puedo interrumpir con un paréntesis? He pensado mucho en mi propio papel frente a Mac Gregor y me he sentido mal, con culpa. ¿Por qué crees que fuimos tan duros con él?

Porque se lo merecía. Me he molestado, al ver por ahí una historia de la Universidad Católica que omite totalmente al movimiento estudiantil, que en los años sesenta ayudó mucho a cambiar la Universidad. No fuimos conscientes de eso y me ha costado darme cuenta. Lamentablemente, tengo que ponerme de protagonista en algunos casos: la FEPUC, que fue manejada por el grupo socialcristiano entre los años sesenta y setenta, estuvo muy interesada por la Universidad; había la idea de que cambiando la Universidad contribuíamos al cambio del país. La FEPUC fue muy representativa de los estudiantes y los estudiantes se sentían representados en la FEPUC. Había un peso muy fuerte de la representación estudiantil. En 1965, el presidente de la FEPUC despachaba con el rector Mac Gregor todos los miércoles.

Cuando entré a la universidad en 1964, la pelea de los estudiantes era por la participación estudiantil. Queríamos poco: delegados al menos con voz en los consejos de facultad y en el Consejo Universitario.

Ni siquiera el tercio...

No, el tercio nos parecía un exceso. Después pasamos a pedir voz y voto. Luego peleamos por la democratización de la Universidad, porque era una universidad efectivamente elitista. Era una universidad a la cual, en términos actuales, iban los estratos A y B.

Pero no era por dinero, porque la Universidad era relativamente barata.

Era barata en términos relativos. Pero en el diagnóstico de los estudiantes era también por dinero. Peleamos por una democratización que implicara una reforma del sistema de pensiones. Hoy me doy cuenta de una cosa absolutamente meritosa: los inventores del sistema escalonado de pensiones fuimos los estudiantes; concretamente fue Armando Zolezzi quien, como presidente de la FEPUC, aterrizó el discurso de «hay que bajar las pensiones» a una propuesta de sistema escalonado de pensiones. Entre 1965 y 1968 los estudiantes peleamos por el sistema escalonado de pensiones como una manera de democratizar la Universidad, en términos de dar acceso a todos los estratos socio-económicos.

Nos interesaba también la democratización de la estructura de gobierno de la Universidad, que pasaba por la representación estudiantil. En 1967, probablemente en coincidencia con la reelección de Mac Gregor, peleamos porque el rector fuera elegido por la comunidad universitaria y no en Roma. Este eje de democratización era muy importante. Cuando fui elegido presidente de la FEPUC en 1967, la agenda que tenía la federación era la participación estudiantil y el sistema escalonado de pensiones. En 1968, con diferentes gestiones conseguimos que la Universidad nos respondiera que iban a escalar las pensiones. Pero nos hicieron una treta: escalaron las pensiones, pero para arriba. Entonces se dio una gran movilización; hicimos una marcha que llenó la calle Camaná, de La Colmena a la Plaza Francia y acabamos en el monumento de la plaza La Merced, en el Jirón de la Unión. Hubo una huelga y cuando los estudiantes nos aprestábamos a tomar los locales —el rol de los centros federados controlados por el APRA fue bastante lamentable en esa circunstancia—, la autoridad nos sorprendió —dos o tres días antes de que nosotros tomáramos Riva Agüero, Letras y Ciencias Económicas— con un receso y la Universidad fue recesada durante un mes.

Habíamos adoptado una opción maximalista: la FEPUC había pedido la renuncia de Mac Gregor por su incapacidad para resolver los problemas de los estudiantes y la toma de locales sería precedida de un referéndum que iba a ser abrumadoramente favorable al pedido de renuncia. Para cualquier autoridad, seguir gobernando la Universidad en esas condiciones iba a ser complicado. Entonces hubo una negociación

que parecía que resolvía el problema. Jorge Avendaño, decano de Derecho, y yo como presidente de la FEPUC, llegamos a un acuerdo para resolver el tema de pensiones, pero el Consejo Superior de la Universidad desautorizó a Avendaño. Esto exacerbó la protesta estudiantil y fue la antesala del receso.

El receso fue un quiebre importante. Fueron días de mucha tensión. La mayor parte de profesores estuvo en contra de las posiciones estudiantiles. Nos atacaban desde los periódicos y algunos centros federados amenazaban desafiliarse. Hubo una negociación en la cual participaron profesores jóvenes, gente que había regresado recién de Europa: Miguel de Althaus, Rolando Ames, Pancho Guerra, Enrique Bernales. Armando Zubizarreta no formaba parte de este grupo pero jugó un rol importante. Hubo una negociación en la cual, finalmente, se consiguió un escalonamiento de pensiones y se logró también un escalonamiento hacia abajo. La FEPUC salió golpeada por esta transacción con la autoridad, que fue mal vista por algunos sectores de la izquierda naciente en ese momento: Javier Diez Canseco, Cucho Haya, Manuel Piqueras.

Yo no estaba en el Perú ese año pero imagino que esa transacción alimentó el crecimiento de ese sector de izquierda y llevó a que tomaran luego la dirección de la FEPUC.

Así fue, aunque en ese momento la mayor parte de los estudiantes estuvo de acuerdo. Sentí que el Mac Gregor que salió de este conflicto es un Mac Gregor distinto. Es un Mac Gregor más dialogante, que entiende que la autoridad no se puede ejercer únicamente mandando, que era lo que los estudiantes sentíamos en ese momento. No le atribuyo mérito exclusivo a nuestro rol en esto, sino también a ese profesorado joven. Visto con la perspectiva de los años, hubiera sido un error terrible conseguir la renuncia de Mac Gregor. Pero esa demanda fue producto de que faltaba el entendimiento de que lo que estábamos buscando era un cambio en la Universidad, en la línea de lo que Mac Gregor después siguió construyendo.

Él también salió golpeado luego, pero por la Guardia de Asalto.

Cierto. En 1969, a raíz de una manifestación estudiantil, la Guardia de Asalto entró al local de Riva Agüero y lo golpea, lo maltrata porque él, con Luis Jaime Cisneros, enfrenta a los policías. Y el gobierno militar tuvo que pedir disculpas. En 1970 la Ley Universitaria recoge el escalonamiento de pensiones y la participación estudiantil en las universidades privadas; consagra así lo que el movimiento estudiantil de la Católica había peleado por años. Por eso decía que el movimiento estudiantil de los socialcristianos de la Católica tiene una enorme importancia en la vida de la Universidad.

Creo que te falta un actor más, que es el sindicato. El sindicato debe formarse en 1971.

Es en el 71; yo ya era profesor.

Creo que el surgimiento del sindicato, cuyo trabajo posterior no lo he seguido en muchos años, es importante. Que la Universidad tuviera que aceptar, de muy mala gana, la idea de tener un sindicato... porque allí se trataba a la gente como en la hacienda y había autoridades que eran duras como el hacendado duro y autoridades que tenían una buena actitud con los trabajadores como el hacendado paternalista. Pero unos y otros eran hacendados. Que apareciera un sindicato, planteara un pliego, obligara a las autoridades a negociar y a aceptar determinadas reivindicaciones, también modernizó la Universidad.

Estoy totalmente de acuerdo. Eso ocurre en un periodo de cambio en el que también el surgimiento de la izquierda radical juega un rol, creo que muy negativo en la representación de los estudiantes en la Universidad. Creo que al movimiento, liderado por gente brillante, del Frente Revolucionario de Estudiantes Socialistas, el FRES, le interesaba poco la universidad: miró la Universidad como un centro de reclutamiento.

Esa es la diferencia con la generación anterior en la FEPUC.

Así es. El estudiante medio se distanció entonces del gremio estudiantil, perdió interés en la FEPUC, que pasó a ser vista como ajena. Pero también su virulencia jugó un rol. Javier Diez Canseco tuvo un enfrentamiento célebre con Mac Gregor, que marcó una tensión máxima. Todo esto, en definitiva, planteó con diferentes intensidades un reto a una manera de ejercer la autoridad. Creo que Mac Gregor tuvo la inteligencia de comprenderlo. Y cuando enfrentó en 1974 la crisis de los Wisconsin Boys, con mano férrea, juega el rol correcto; incluso llegó a expulsiones.

Expulsarlos era parte de la modernización porque esos dos sujetos que fueron expulsados eran extremistas con prejuicios de antaño; finalmente, sobran en la Universidad.

Por lo menos, sus métodos. Porque a ellos se les expulsa de la Universidad no por sus ideas sino porque plantearon una campaña periodística calumniosa durante un mes, que tenía que ver con el manejo de los fondos de la cooperación internacional. Para esto hubo la complicidad de *El Comercio* y *La Prensa*, y también —hay que decirlo— de algunos ex profesores de Derecho que se fueron resentidos. Esa crisis de la Universidad es muy interesante; es una época en la cual se resquebraja esta manera, que has descrito bien, de ejercer la autoridad, con todos estos sectores:

el movimiento estudiantil, el sindicato, un profesorado joven que viene no solamente con otra formación sino con otras ideas de lo que debe ser la universidad. Mucha gente del profesorado joven había sido dirigente estudiantil. Lo interesante de Mac Gregor es que él cambia y se rodea de gente de todas las facultades, a decir verdad, para construir una universidad. Paralelamente, la ley universitaria canceló un montón de discusiones.

Otro cambio que es notable en la Universidad —y estoy hablando básicamente de Derecho y Letras—, es el cambio de extracción social del alumno predominante. La Católica se ha ‘sanmarquinizado’ en alguna medida y el alumno que antes era predominante en la Católica se ha ido a otras universidades; la Universidad de Lima, básicamente. Esto determina un componente de alumno distinto.

Dices que se ha ‘sanmarquinizado’, quizás desde el punto de vista étnico, pero no desde el punto de vista económico. Porque los estudiantes de la Católica actual vienen de lo que ahora se llama los sectores emergentes, con dinero.

Sí y no. Efectivamente, hay una presencia de estudiantes de esta nueva clase media, económicamente solventes; pero también me impresiona el número de becas y préstamos universitarios, además de gente que está en las escalas más bajas. En la Universidad sí hay un esfuerzo consistente para que estudiantes con pocos recursos o sin recursos, estudien.

Creo que el estudiante de derecho, que he venido viendo en estos años, en este momento tiene algo muy positivo: es un estudiante muy esforzado. Es cierto que el mercado profesional se ha endurecido, pero es un estudiante que sabe que su futuro profesional depende de los estudios. Esto en nuestra época no necesariamente era así. Había muchos estudiantes de derecho que Julio Ramón Ribeyro describe magistralmente en *Los geniecillos dominicales*: gente que iba a obtener un cartón porque tenía la vida resuelta.

Porque era el «hijito de papá».

Exactamente. Hoy día hay un alumnado muy esforzado. El problema que hay —y es notorio— es que en muchos casos la formación escolar pesa. Esto se ve en la redacción: una formación escolar deficiente; muchos de ellos vienen de escuelas públicas. En definitiva, es un estudiante distinto, que en estos años he ido viendo cambiar, y está muy interesado en cuestiones académicas. El mundo de las revistas en Derecho es algo muy impactante. Es verdad que están menos interesados que los de antes en política universitaria y en política nacional. Pero creo que tiene que ver con un cambio de los intereses generacionales.

Menos interesados en política nacional. ¿Pero cuán interesados en el país? Que no es lo mismo, porque la política nacional es una mugre, uno entiende que no se interesen en la política. ¿Pero... en el país?

Mi impresión es que hay un interés en el país, pero el primer interés que percibo en el estudiante de derecho es su futuro profesional. Hay una actitud individualista muy marcada, contra la cual la educación universitaria debiera pelear.

Pero que, en todo caso, es una actitud mejor a los estudiantes que he encontrado en España, que no están interesados en su formación académica sino en sacar el título de maestría o doctorado con el menor esfuerzo posible. Mi experiencia de siete años enseñando en Salamanca es esa. Excepcionalmente, encuentras gente que realmente quiere aprender, que le interesa, tiene curiosidad y lee. Los demás van a los estudios a rastras, como trámite ineludible para llegar a tener el posgrado. Lo que pintas de la Católica es bastante más interesante.

Eso me llama la atención. Sí creo que el promedio de alumnos de una clase de derecho está muy interesado en tener una formación como un instrumento para valerse en la vida, con intereses muy distintos a los que tuvimos nosotros, pero sí creo que hay en ellos un esfuerzo serio de formación.

Nos hemos detenido un buen rato —y creo que ha sido interesante— en conversar sobre el proceso del parto de esta nueva Universidad Católica. Pero si hoy das una mirada —no digo una evaluación porque eso es algo más complejo— de lo que ha logrado hasta ahora la Universidad, ¿cuáles son los claroscuros que encuentras?

Tiendo a creer que el balance es muy positivo. Algo muy destacable es que en estas décadas se ha formado, en las diferentes facultades, un profesorado estable, serio, que tiene estudios fuera y que está comprometido con la Universidad. Es un profesorado muy presente, de muy buena calidad; hay investigación en diferentes unidades académicas. La unidad académica de Ciencias e Ingeniería es lejana para nosotros, pero ahí se hacen cosas realmente importantes. Por ejemplo, hay un laboratorio que estudia la construcción antisísmica con adobe; hay proyectos de gente de Ingeniería que están muy presentes en el mundo rural. Jorge Heraud es un físico que ha puesto en órbita un satélite de comunicación. ¡En la Universidad Católica han lanzado un satélite! Él ahora está estudiando la predicción de terremotos en base a la física; ha observado el calentamiento de rocas en el mar y no me sorprendería que su equipo pronto diga algo importante en esta materia. Hay un clima en la Universidad, hay facilidades y un norte universitario que facilita la investigación. Hay una diferencia muy importante con la Universidad de décadas anteriores.

Hay un aspecto del que me he enterado hace poco: hay unidades de la Universidad que están tomando a importantes universidades extranjeras como referencias para la emulación. Me parece bien porque de otro modo se llegaría a la complacencia del tuerto en tierra de ciegos. Dices: «Somos la mejor universidad del país» y te echas sobre los laureles. Me parece que participar, a través de una serie de redes y mecanismos de contacto, de relaciones con buenas universidades de fuera, es buscar la superación de lo que se ha alcanzado.

Sin duda. Hay también la apertura a cosas muy discutidas. Se está haciendo una Escuela de Gastronomía en la Universidad. Se ha hecho un convenio con Gastón Acurio, se han adquirido unos terrenos en Santa María del Mar y se está por construir un local para esto. Hay gente que considera que esto no es propio de la Universidad Católica, pero hay una demanda profesional en esta materia; hay una identidad cultural que pasa, entre otras cosas, por la comida. Se está pensando también en una escuela sobre modas. Pero más allá de que podamos discutir este u otro proyecto, siento que es una universidad atenta a lo que algunos llaman el mercado y otros dirían que es lo que la sociedad demanda. Creo que es una universidad que, efectivamente, tiene en la mayor parte de sus escuelas —no como una simple cuestión de extensión social o de responsabilidad social— un fuerte involucramiento con el país. No solamente en materia de investigación sino en programas concretos.

Sin embargo, el presente de la Universidad —un presente largo— está teñido por el conflicto con la Iglesia. Este conflicto no resuelto condiciona, no diría que paraliza, pero me preocupa que pueda generar un freno a muchas cosas. Fíjate que la Católica ha construido locales, con una extraordinaria gestión financiera, sin crédito local porque el arzobispo de Lima ha logrado bloquear el crédito. Para el futuro de la Universidad es absolutamente indispensable resolver este problema con la Iglesia.

En el pleito de Cipriani con la Universidad Católica algunos ven un intento del cardenal del Opus de controlar desde el punto de vista ideológico o doctrinal el contenido de la Universidad, las materias de enseñanza e investigación, y de despedir a los profesores que no son católicos. Otros ven, más bien, un interés económico porque la Católica es exitosa desde el punto de vista empresarial. ¿Crees que son las dos cosas o que una de ellas pesa más que la otra?

Soy miembro de la Asamblea Universitaria y lo he sido de las dos asambleas que han tenido que afrontar el choque con Cipriani. Hace algún tiempo hubiera descartado el tema económico, pero hoy no. Creo que son las dos cosas. No miremos al nivel caricaturesco de prescindir de los profesores divorciados, pero sí hay algunos temas

que son particularmente urticantes a la visión del cardenal y de alguna gente vinculada a él. En el tema de género hay determinadas cosas que incomodan muchísimo. Sí hay un interés en el control del profesorado. Cipriani siente que la Universidad se ha escapado, que ha dejado de ser una universidad católica, en tanto y en cuanto no adoctrina. Pero, al mismo tiempo, creo que el interés económico es marcadísimo. Me duele decirlo, pero sí percibo que los bienes son un componente esencial en este conflicto. En todas las discusiones me quedo muy sorprendido de ver esto; he participado como profesor en algunas conversaciones con miembros de la jerarquía que han venido con la mejor intención a tratar sobre el problema de la Universidad; he visto que, al final de cuentas, el tema es la definición de que los bienes de la Universidad sean bienes eclesiásticos. No hay, por parte del Arzobispado, el reconocimiento de que la Universidad Católica no podría ser administrada por un representante del cardenal o del arzobispo de Lima y un representante del rector, como sostienen en los pleitos. Es imposible.

«CÓMO LO HE LOGRADO;
PARTE DE LA RESPUESTA ES:
CON EL TRIPLE DE TRABAJO
QUE OTROS».

Durante casi toda tu vida profesional has trabajado como abogado litigante y eres lo que se llama un abogado de éxito. ¿Cómo has logrado tener éxito con esta justicia que tenemos?

A veces yo mismo me sorprendo. Tu mirada de «abogado de éxito» en litigio me halaga; no sé cuánto es exacto, pero sí creo que, por lo menos, no he perdido el gusto de seguir haciéndolo.

En primer lugar, creo que no lo he logrado solo y se explica por diferentes circunstancias; se explica mucho por mis anclas; Isabel, mi familia y la Católica son mis anclas centrales en la vida. He tenido la suerte de contar con equipos de gente, con los cuales he trabajado, que han sido equipos excelentes. Eso es muy importante porque trabajas en confianza, formando gente; en el estudio Belaunde —que tuvo una vigencia de treinta años— hemos formado a mucha gente, de gran calidad y que me ha superado largamente en estas materias. El componente grupal ha sido importante. He tenido y tengo socios, compañeros con los cuales se forjó una comunidad de trabajo. De trabajar solo, litigando, no sé cómo hubiera sido.

Dijiste que en esto tenía que ver tu estar en la Católica. ¿Por qué?

Porque muchos alumnos excelentes, que no han querido una práctica corrupta ni una práctica profesional circunscrita a los grandes litigios, me han buscado; muchas veces no he tenido que buscarlos. Ahí se produce una sintonía, porque se identifican con una persona, con un referente; esto, más allá de gratificante, es muy útil porque cuentas con gente de gran calidad, que mira hacia el mismo lugar. He encontrado practicantes de gran clase; Alfredo Villavicencio, el decano actual de la Facultad, recuerda con agrado que lo llamé al final del curso para invitarlo a practicar. Mi trabajo, en el estudio anterior y actualmente, sería inconcebible sin el excelente grupo que tengo y que he tenido, lo cual te da potencia. De otro lado, en el Poder Judicial hay gente con la cual no hay nada que hacer. Sabes que caes en un juzgado o en una sala y te reventaste si estás en algún caso en el cual la otra parte pueda tener influencias negativas. Pero también hay un sector de jueces que sí aprecia el prestigio académico y que actúa honesta y solventemente.

Me preguntabas cómo lo he logrado y creo que parte de la respuesta es: con el triple de trabajo que otros. Los asuntos a mi cargo requieren de un involucramiento mío muchísimo mayor que el de otros profesionales. Tengo que estar, tengo que ir, tengo que marcar las cosas muy de cerca y, generalmente, a influencias torcidas contraponen el prestigio, el respeto o el temor que te puedan tener. Pero siendo justos, no hubiera podido ejercer la profesión si todo el Poder Judicial fuera corrupto, intratable. Mucho de mi trabajo implica hacer gestiones ante los jueces porque la carga procesal hace que, por ejemplo, en la Corte Suprema sea un mito que cinco vocales resuelven un caso. El peso del ponente es definitivo; si el ponente no estudió bien el caso o tiene los dados cargados, te reventaste. Cada caso implica ir a visitar a los cinco magistrados, hacer una antesala; tienen una hora de atención pero debes prever que esto te puede tomar tres horas.

Lo más interesante de estas conversaciones con vocales y jueces es que tu caso te toma diez minutos, pero ellos conversan contigo treinta minutos de sus problemas, de su carga procesal, de los problemas que tienen como seres humanos impartiendo justicia, de problemas sistémicos. Entonces, primero, es un aprendizaje muy interesante y, segundo, ellos saben a quién le hablan y eso para mí es gratificante. Los jueces entienden que estás ejerciendo dignamente la profesión, que no le estás llevando una trapacería, y que la crítica que haces del Poder Judicial es desde sus zapatos, que no quieres masacrar al Poder Judicial sino que realmente quieres contribuir al cambio. Muchos me hacen notar eso en las conversaciones: «usted que le interesa», «usted que habla a veces por nosotros».

Dijiste que te tenían respeto y entiendo perfectamente por qué. Pero también dijiste que te tenían temor. ¿Temor a qué?

No soy un abogado que en mi práctica profesional denuncie jueces.

Que hoy en día es una forma de litigar muy extendida.

Lo he hecho dos o tres veces. Esas dos o tres veces he sentido que las denuncias han tenido un peso especial porque en la Oficina de Control no soy un visitante frecuente. De un lado, hay un temor a que pongas una denuncia; de otro, como te ven en la televisión u opinando en los periódicos dicen: «Pucha, de repente a este pata se le ocurre...». Es una cosa que no haría; no ventilaría un caso mío en un programa de televisión. Pero hay jueces que, evidentemente, están más allá del bien y del mal; les importas un rábano y atropellan no más. Es laborioso, es complicado a veces litigar con colegas que traen de todo.

Pero no le pierdes el gusto, según has dicho.

Sí, por ahora. Ocurre que la satisfacción que tienes cuando consigues resultados positivos es, en mi caso, enorme. Felizmente, el índice de resultados positivos que consigo no es malo. Y sí, te das cuenta de que efectivamente muchas veces haces justicia, en ocasiones por decisiones que van más allá de lo que es literal en la ley y es gratificante ver que ahora hay jueces que tienen esa capacidad de razonamiento. Sí es muy grato.

Tú y yo participamos de la afición por el fútbol, que hace correr el riesgo de hacer que mires algunos aspectos de la vida a través del fútbol. Yo digo que el litigio es como el fútbol; es claro: ganas o pierdes. Haces un informe, haces una consultoría y no sabes qué van a hacer con tu opinión. Haces un diagnóstico, das una opinión y no sabes qué va a pasar. En cambio, en el litigio ganas o pierdes. Eso, en mi caso, es algo que me produce satisfacción. Lo confieso. Sin embargo, hay situaciones que son particularmente frustrantes. Cuando recibes una resolución judicial absolutamente ilegal, fuera de sitio y, a veces, vas a hablar con los jueces. Y no es que el juez sea corrupto; es que el juez te mandó esa resolución porque se la hizo el asistente o él no vio el problema central. Esa combinación de ineficiencia, a veces ineptitud, de corrupción en otros casos, sí es desgastante. No le he perdido el gusto, pero esto no garantiza que no lo pierda en algunos años. Sin embargo, tampoco he perdido la fe de que las cosas mejoren.

«MI IMPRESIÓN ES QUE ES
UN PAÍS QUE ESTÁ, DIGAMOS,
EN TRABAJO DE PARTO».

Algunos de los que han vivido fuera han vuelto al Perú y están contentos; se sienten muy bien por una serie de razones. En cambio otros, que vivimos fuera, venimos y vemos estas mejoras que hay en muchos aspectos de la vida y este orgullo nacional basado en la gastronomía. Pero hay ciertas cosas que no nos gustan —quizás nunca nos gustaron— y permanecen. Esto nos lleva a tener una mirada más escéptica respecto al futuro. ¿Cómo imaginas el país en el que vivirán tus nietos, si es que ellos no se van?

No es fácil imaginarlo. Sin embargo, creo que se está produciendo un extraordinario cambio en el país. Creo que hay cuestiones muy preocupantes —la violencia, la presencia institucional del narcotráfico—, pero mi impresión es que es un país que está, digamos, en trabajo de parto. Este país —en el cual crecimos, nos formamos y trabajamos profesionalmente— es un país que está cambiando, con algunos factores tremendamente preocupantes. La figura de los nietos me trae inmediatamente el tema de la violencia: es un país que se ha tornado —en el ambiente cercano a uno— tremendamente violento. El sicariato es una cosa que me espeluzna; uno ve los espejos de Colombia y de México y dices: «el Perú está andando hacia una realidad como la mexicana». Sí, hay estos factores y lo grave es que el mundo delincencial va tomando las instituciones orgánicamente.

De otro lado, ves una mejoría importante en la economía, el acceso de importantes sectores sociales a la educación, indudablemente una educación mediocre, pero hay sectores sociales que están en un proceso de movilidad social por la educación. Tienes una clase media mucho más fuerte. Hay en los sectores rurales, no sé si llamarlo desarrollo, pero sí un mejoramiento bastante importante. Tengo la sensación del surgimiento de un nuevo país, que no te sé decir... Si me preguntas cómo lo veo de acá a unos años, no sé; de repente este factor de violencia, de narcotráfico, de corrupción, nos hunde. Pero, al mismo tiempo, ves en el país otras fuerzas que están tratando de construir algo mejor para sí mismos, para su familia y para la colectividad. No veo claro cuál es el puerto de llegada. Creo que aquí entran también factores políticos, que indudablemente son gravitantes. La política se ha destrozado en el país y, en este momento, quizás lo más negativo es que no hay una conducción, desde la política, de las contribuciones a la construcción de ese país distinto.

Un país no se puede construir solo con el esfuerzo de individuos que quieren salir ellos adelante, lo cual es por supuesto meritorio y respetable. Pero no basta eso.

Ni de colectividades privadas.

El asunto es si esto puede o no ponerse en un marco mayor que, entre otras cosas, haga posible la convivencia. Señalas el problema del delito, que amenaza a la convivencia; pero la convivencia también está amenazada por el ignorar a los demás, que creo que en el Perú se ha extendido, conforme se revela en muchos ámbitos. Hace unos días conversaba con Abelardo Oquendo y le pregunté por qué las gentes de nuestra edad vemos con tanta desesperanza el futuro del país. Él me dijo: «Tú y yo, pese a la diferencia de años, vivimos, crecimos en la utopía; seguramente la tuya no era igual que la mía y no era idéntica a la de muchos, pero había utopías vigentes; eso nos dio una esperanza de un país distinto». No solo distinto, diría yo, porque el actual también es distinto, sino un país mejor. «Esas utopías se murieron, han desaparecido. Nosotros —me decía él— no tenemos lugar dónde situar la esperanza». Quizás no estoy siendo fiel exactamente a lo que dijo, pero esa era la idea central que entendí. ¿Crees que el peruano medio tiene lugar para la esperanza de un país mejor? No de un futuro mejor para él y su familia —las encuestas dicen que la gente tiene expectativas de un futuro personal mejor— sino para el país. ¿Crees que se ve con esperanza el país?

Creo que sí y me parece muy interesante la reflexión de Abelardo Oquendo. No obstante, no desdeñaría lo que es el esfuerzo individual o el esfuerzo privado, de grupos organizados, por construir una colectividad mejor para su familia y para sus pueblos. Creo que esa es quizás la gran diferencia con nuestra generación, que creyó mucho en el rol reorganizador del Estado sobre la sociedad. Y lo que está habiendo es una reorganización de la sociedad, desde la sociedad misma, con muchas características que no nos gustan o que no comprendemos. No desdeñaría esta cosa un poco desorganizada que vemos y que viene desde abajo. Nosotros, cada vez pertenecemos menos a eso y nos es más difícil comprenderlo. Indudablemente, el gran peligro es el desliz hacia los aspectos más siniestros de la mexicanización, pero sí creo que hay en esta construcción privada, individual, una fuerza importante. Lo que realmente es un gran vacío y un gran reto, es el tema político. No hay partidos políticos, no hay una expresión política y creo que...

Los ciudadanos tienen un gran rechazo a los políticos.

Hay un rechazo a la política y las expresiones políticas que hay son preocupantes. La fuerza de Acuña es una fuerza que ha sido aplastada momentáneamente, no por copión sino por las dádivas. La explicación que me hizo un miembro del partido de Acuña, una persona destacada, Vladimir Paz de la Barra, ex decano del Colegio de Abogados y ex juez.

Y ex consejero del Consejo Nacional de la Magistratura. Tiene lo que los periodistas llaman una «dilatada trayectoria».

Exactamente. Es una persona que viene de la izquierda y tiene formación política. Ahora es una suerte de ideólogo de Alianza por el Progreso. Un día me explicó, en una mesa en la que yo estaba, cuál era el rol del partido de Acuña. Me dijo que el APRA ha representado, en un momento histórico, la expresión de la alianza de los trabajadores manuales e intelectuales; que el Partido Comunista ha tratado de expresar al proletariado; y que Alianza por el Progreso es la expresión política del empresariado popular, de este emprendedurismo que hay en el Perú. Si hurgas bien, lo que nos está diciendo este mensaje es que este mundo de la ilegalidad, este país desordenado, este país, sí pues, tolera personajes como Acuña, que lo ha convertido...

Tolera o es atraído por «la plata como cancha».

Acuña es la persona que desplazó al APRA en el norte del Perú, que no es poca cosa.

Lo que más me llama la atención del éxito de Acuña es cómo lo ha logrado con la más absoluta transparencia acerca de lo que se propone y de lo que hace; no ha engañado a nadie. Esa propuesta transparente, que moralmente es réproba, ha sido capaz de atraer a un porcentaje muy significativo del electorado. Para mí, esa es la señal de alarma más importante de Acuña.

Creo que lo peligroso es que no solamente es una propuesta electoral. El grupo de Acuña intenta construir un partido político en el cual esté representado, expresado, todo esto. El gran problema es que del otro lado no hay nada, porque en el APRA y en Acción Popular —que en estas elecciones ha resurgido pero es un partido en receso— no ha habido una relectura del país. El APRA se regocijó en su líder, candidato excepcional hasta que ya no lo fue más. Peruanos por el Cambio no es un partido político que pueda estructurar un futuro, puede tener un éxito coyuntural, que por cierto es muy importante en las circunstancias actuales.

El gran reto para esos jóvenes que, de alguna manera, se han interesado por una política sana, es encontrar en la política una construcción de opciones para un Perú mejor; que puedan interpretar este país distinto y contraponer un proyecto a lo que significa Acuña. Eso está por hacerse. La construcción de una opción política está por hacerse y no estoy seguro de que esto venga desde la izquierda que conocemos. Habrá que ver cómo se decanta, pero tengo la impresión que el Frente Amplio es simplemente una suma feliz de la izquierda tradicional que encontró una candidata que fue de menos a más, alcanzando un gran nivel. Pero sin eso que está por construir, el futuro es complicado.

En suma, el fujimorismo y el movimiento de Acuña, no tienen contestación, hasta ahora.

Ambos pertenecen a la misma raíz y no tienen contestación clara. Habrá que ver si se forjan en este camino al bicentenario. Creo que es indispensable que se construyan. Me ha parecido interesante que en estas elecciones —a diferencia de la elección anterior— haya aparecido participando una generación en torno a los treinta años, en todos los grupos políticos. Quizás con un mensaje no muy estructurado, pero sí con un convencimiento de que hay que hacer una nueva política —lo cual es muy importante— y con una intención de construir algo mejor, con un mensaje que intenta ser generacional. Ojalá puedan contribuir a repensar el país y el rol de la política.

JO-MARIE BURT:
**«SI SIGUE HABIENDO GOBIERNOS QUE NO RESPONDEN
A LAS NECESIDADES, PUEDE SURGIR UNA VIOLENCIA
DESCONTROLADA»**

Tu relación con el Perú empezó hace treinta años, de los cuales viviste cinco en el país, al que has hecho otras muchas visitas. En ese lapso te has ligado al Perú de varios modos, incluyendo escribir un libro estupendo sobre el periodo de Fujimori¹. Con la mirada que tienes hoy, ¿cómo ves la herencia del senderismo? ¿Qué quedó de la experiencia de Sendero en el Perú?

El impacto de la violencia política desatada por Sendero ha generado más fragmentación en una sociedad que ya estaba fragmentada. El impacto ha sido destructor de comunidades, de familias y obviamente de personas, que murieron a manos de Sendero Luminoso. Muchas veces se habla de la violencia de Sendero como algo abstracto y, desde Lima, se tiene una mirada muy lejana. Pero quien ha ido a Ayacucho, a Huancavelica, a Junín, a Satipo, a Huánuco, siente cómo el legado de Sendero y de la violencia —porque, como sabemos, también hubo violencia desde el Estado— es de una fragmentación y un desarraigo muy profundos. Más de medio millón de personas fueron desplazadas de sus hogares: tuvieron que irse de su casa por la violencia de un lado o de otro, y volver a crear su vida, a veces en un ambiente muy hostil. He tenido relación con las personas desplazadas de sus comunidades. Muchas veces se dice que son cosas del pasado, que eso ocurrió y hay que superarlo, pero para esa gente el impacto está presente a diario porque perdieron a un ser querido o tuvieron que dejar sus casas. Ese impacto humano, el más directo, muchas veces lo olvidamos.

¹ Jo-Marie BURT, 2009. *Violencia y autoritarismo en el Perú: Bajo la sombra de Sendero y la dictadura de Fujimori*. Lima: IEP (segunda edición ampliada 2011).

Sin ese contacto, se corre el riesgo de tener esa perspectiva limeña por la cual Sendero es sinónimo de Tarata.

Así es; en eso pensaba, justamente.

Dicho esto, si miras a la sociedad peruana —y no solamente a los que recibieron el impacto directo de lo que desató Sendero—, ¿dónde encuentras las huellas, las marcas, las heridas o cicatrices que dejó Sendero?

Sendero es producto de la polarización de la sociedad peruana, a la que polarizó aún más. Si bien la sociedad peruana era una sociedad muy dividida por clases, por grupos étnicos y también por regiones, el proyecto de Sendero polarizó aún más al país y esa polarización se sigue viviendo en el Perú.

¿Qué polarización es esa, Jo-Marie? Porque no es a favor o en contra de Sendero...

No es eso. Un nivel de polarización corresponde a cómo se entiende el fenómeno senderista y otro a cómo responder como sociedad al legado de la violencia senderista. Cuando hay conversaciones sobre Sendero Luminoso y el legado de la violencia, hay campos muy marcados y muy polarizados. Hasta el día de hoy ha sido muy difícil en la sociedad peruana encontrar una narrativa más o menos común que nos ayude a entender el fenómeno senderista y, por lo tanto, cómo debemos responder a los diferentes legados de ese fenómeno.

José Carlos Agüero, en la conversación que este libro recoge, señala en referencia a este asunto que no hay espacios para hablar sobre la experiencia de Sendero. Pero tú hablas de polarización, más bien.

La perspectiva de José Carlos es muy interesante y su libro ha sido muy impactante justamente porque ha traído a la luz esa falta de poder hablar, desde la posición que tiene él, hijo de padres senderistas.

Pero que no es senderista.

Obviamente. Siento que hay dificultad para hablar pero también hay polarización. Cuando fui observadora del juicio a Fujimori, había quienes pensaban que era algo importante e interesante, y otros que me decían que se estaba juzgando al mejor presidente que ha tenido el Perú. Hay miradas muy polarizadas y esa polarización genera mucha dificultad para entenderse, para construir un país. Construir una narrativa acerca de por qué surgió este fenómeno es importante para historiar el pasado y aprender de él. Eso no ha pasado.

«SIGUE HABIENDO UNA IMAGEN
DE SENDERO LUMINOSO
COMO UN FENÓMENO CASI
EXTRATERRESTRE».

Entonces, ¿tú crees que el Perú ha aprendido algo con la experiencia de Sendero?

Muchas veces pienso que no, porque la reacción principal ha sido negar que el senderismo fue un fenómeno peruano y considerarlo como algo enigmático. A pesar de que hay muchos estudios muy buenos que han tratado de indagar sobre Sendero Luminoso como un fenómeno social, el producto ha quedado en la academia, no ha trascendido a la sociedad. Sigue habiendo una imagen de Sendero Luminoso como un fenómeno casi extraterrestre.

Y esa imagen es claramente mayoritaria...

Siento que sí. No ha habido un esfuerzo más allá de algunos círculos académicos. La primera vez que traté de escribir un artículo académico sobre Sendero Luminoso, estando en Lima, sentí un poco de angustia, porque tratar de entender y escribir sobre Sendero Luminoso era visto en el ambiente como justificar y estar a favor de. Incluí varias páginas en las que aclaro que tratar de entender no es lo mismo que apoyar. Nelson Manrique tiene un texto donde hace algo similar. Eso ha cambiado muy poco: a pesar de que sobre la guerra hay un *boom* de la memoria, ensayos como el de José Carlos, diversa literatura, varias películas, todavía el espacio para hablar es muy reducido.

¿Y no podríamos decir que un aprendizaje derivado de la experiencia de Sendero, para un actor concreto de la política peruana que es la izquierda, consiste en que la vía armada no es la vía? Durante décadas, la izquierda vivió con ambivalencia la fantasía de la vía armada; podríamos decir que desde la revolución cubana, pero los fundamentos teóricos son mucho más antiguos. Esa fantasía se concretó en los años sesenta en experiencias trágicas como la de Javier Heraud, la guerrilla de Luis de la Puente y la de Guillermo Lobatón. Todas fracasaron y terminaron en muertes inútiles pero fueron experiencias que no hicieron mirar críticamente la vía armada. Cuando aparece Sendero —tú has estado en el Perú en esa época—, la izquierda se comportaba con ambivalencia al decir: «en realidad, son compañeros equivocados», hasta que Sendero empezó a matar a gente de izquierda. Entonces se dieron cuenta de que no eran compañeros equivocados sino que eran adversarios,

por no decir enemigos, y cuando matan a María Elena Moyano el asunto se hace inocultable y buena parte de la izquierda legal toma partido contra Sendero. Pero el tránsito tomó años y la ambigüedad se mantuvo durante mucho tiempo.

La misma María Elena lo decía. Hay un texto suyo editado póstumamente en donde ella dice que al inicio ella, como muchos compañeros de la izquierda, miró a Sendero Luminoso como equivocado en su ideología y en el momento que escogieron para la lucha armada, pero como parte de una izquierda que tenía un enemigo común, que era el Estado ‘burgués’. Ella decía que cuando mataron al sindicalista Enrique Castilla se da cuenta de que la cosa era diferente.

Claro. Incluso se tuvo una visión más benévola con el MRTA porque ellos no cometían las atrocidades que cometía Sendero. Pero uno siente que eso no ha acabado del todo, que no ha desaparecido. En 2016 —antes de la primera vuelta de las elecciones— hubo una conmemoración del 50º aniversario de la fundación de Vanguardia Revolucionaria y en la mesa estaba Verónica Mendoza; al lado de ella, Antonio Zapata hizo un recuerdo de Julio César Mezzich, que militó y aparentemente murió combatiendo en las filas de Sendero Luminoso. Esto es solo una anécdota para decir que el tema de la lucha armada no ha sido del todo superado, aunque formalmente la izquierda reunida en el Frente Amplio tiene una posición de que la lucha armada no va. ¿Esto no sería un aprendizaje positivo de esa experiencia trágica?

Creo que sí, pero el cambio también se vincula al colapso del bloque comunista y el fin de la guerra fría. Hay una coincidencia entre la caída de Sendero Luminoso y su proyecto ‘revolucionario’, y el colapso del bloque comunista. Esos ejes enmarcan un momento para la izquierda peruana en el que aparece poco viable un proyecto armado, de cambio social mediante la violencia. La lección de Sendero tiene que ser esa, pero supongo que habrá quienes aún digan que fueron compañeros equivocados; si existe, es un grupo muy minoritario.

¿Estás pensando en MOVAREDEF?

No. MOVAREDEF es otra cosa; están claramente vinculados con Sendero y, hasta donde yo entiendo, no han renunciado en principio a la lucha armada sino que sostienen que el momento no es propicio para la lucha armada.

Si la sociedad peruana aprendió poco de la experiencia de Sendero y la guerra interna, ¿cómo sitúas el trabajo de la Comisión de la Verdad y Reconciliación?

Se ha llegado a esto a pesar del buen trabajo que hizo la Comisión de la Verdad. Investigó exhaustivamente las causas de Sendero Luminoso y las respuestas que recibió, y presentó recomendaciones importantes para que esa violencia nunca más se dé en el país.

El informe final de la Comisión ha tenido muy poca proyección hacia la sociedad peruana, pero también ha encontrado cambios en la política peruana que no son favorables a su mirada. El gobierno de Toledo creó la Comisión de la Verdad y recibió su trabajo; hay críticas a que las recomendaciones de la Comisión no se implementaron con rigor y con rapidez, y tal vez allí hubo una suerte de oportunidad perdida. Pero a partir de 2006, cuando Alan García toma el poder por segunda vez y para reflejar su alianza con las fuerzas armadas lleva como vicepresidente al vicealmirante Luis Giampietri —quien tuvo una participación directa en la matanza de El Frontón—, se ve claramente un viraje; se vuelve a constituir desde el poder una mirada que es que la fuerza armada ganó la guerra, la sociedad tiene que agradecerlo y Sendero no era un fenómeno social que había que entender y tratar de comprender sino una especie de extraterrestre que había que extirpar. De allí la falta de espacio para una suerte, no digo de reconciliación, pero sí un proyecto social para generar mayor inclusión, con el fin de que ese tipo de cosas no vuelva a suceder. Al contrario, con la dupla García-Giampietri se generó un nuevo momento en la política post guerra, donde se intenta «la reconstrucción del honor perdido de la fuerza armada».

Y con Humala eso se mantiene, aunque más implícitamente.

Así es, bajó el tono, pero se mantiene ese mismo proyecto. Giampietri como vicepresidente y los ministros de Defensa Ántero Flores Aráoz y Rafael Rey tuvieron un discurso muy antagónico con la CVR sobre las exhumaciones y los archivos militares. Frente a Humala hubo ambivalencia. La comunidad de derechos humanos lo abrazó porque había terror a que regresara Alberto Fujimori y Humala era la opción contra Keiko Fujimori. Bajo el gobierno de Humala esa alianza entre militares y poder político se ha mantenido; incluso se ha fortalecido.

Pero Humala tenía el caso Madre Mía.

Así es. La Coordinadora Nacional de Derechos Humanos hizo la denuncia cuando recibió información de dos testigos que implicaban a Humala en la desaparición forzada de dos personas, pero finalmente el caso se archivó porque los testigos se retractaron. Sabemos cómo ocurren esas cosas, con amenazas o con sobornos. El caso contra Humala se desestimó, siempre se buscó mantenerlo bajo el tapete. Durante la época de Alan García hubo por lo menos tres intentos de promover una amnistía general para que no hubiera más juicios contra militares por derechos humanos. En la época de Humala, su primer ministro de Defensa mencionó la palabra amnistía y se desató una tormenta, y no volvió a decirlo más. No hubo una ley de amnistía pero lo que ha habido es una suerte de amnistía de facto: los juicios terminan en absolucón o, cuando se condena, en segunda instancia se absuelve.

Acerca de la repercusión del trabajo de la Comisión, tú encuentras una explicación en el hecho de que los gobiernos posteriores al de Toledo, que la constituyó, han mantenido una política adversa a la perspectiva de la Comisión. ¿No habría que encontrar también una responsabilidad en los grupos de derechos humanos que se dirigen a un grupo cautivo, minoritario, al que le dan mayores argumentos y más elementos de juicio mientras afuera queda la mayoría del país a la cual no han sabido llegar?

Hasta cierto punto, sí. Pero en el caso peruano has tenido, por un lado, la violencia de Sendero Luminoso que atacaba constantemente al movimiento de derechos humanos y, por el otro, la violencia del Estado que considera al movimiento de derechos humanos como pro Sendero. Los grupos de derechos humanos tratan de mantenerse en un punto intermedio en medio de un conflicto con dos sectores armados que le dejan muy poco espacio. En los años ochenta participé como voluntaria en la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos y había mucho miedo; Ángel Escobar Jurado, un defensor de derechos humanos de Huancavelica, fue desaparecido por las fuerzas armadas, y constantemente se recibían amenazas de Sendero Luminoso, que consideraba que las ONG de derechos humanos solo defendían derechos ‘burgueses’ y no los derechos ‘del pueblo’. Los grupos de derechos humanos estaban en una posición muy difícil y eso generó un movimiento muy fuerte, muy organizado y muy colaborador entre sí, pero muy aislado del resto de la sociedad.

Y cuando acabaron esas condiciones adversas, de peligros y amenazas, se siguió en ese estilo.

No. Estás olvidando un momento importante, a finales de los años noventa, cuando comienza a crecer un movimiento social contrario a los abusos del fujimorismo. En mi recuerdo, la primera protesta masiva fue cuando Fujimori destituyó, en mayo de 1997, a los jueces del Tribunal Constitucional. Hubo una marcha muy importante de estudiantes de diferentes sectores y el movimiento de derechos humanos hizo puente con esos nuevos sectores que comenzaban a organizarse. En ese momento, el movimiento de derechos humanos supo abrirse y abrazar la idea de que había que defender la democracia, que es la mejor garantía para que se respeten los derechos humanos. El movimiento de derechos humanos —la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, en particular— juega un papel muy importante en esa etapa que va hasta el proceso de re-reelección de Fujimori en 2000. Luego, en la Marcha de los Cuatro Suyos muchos voluntarios ayudaron y acompañaron a los que estaban protestando contra la re-reelección de Fujimori.

Entonces, después de esos tres o cuatro años, a partir de 2000, ¿esa conexión se debilita?

Se va diluyendo y hay una crisis en el movimiento de derechos humanos, como ocurre en todos los países donde, luego de un gobierno autoritario o un conflicto armado con un gobierno autoritario, llega la democracia y la pregunta es: ¿cuál es nuestro rol?, ¿qué papel debemos jugar en este nuevo escenario?

No sé si en todos los países ha pasado lo que pasó en el Perú. Cito datos que provienen de las encuestas de IPSOS-Apoyo: en julio de 2001 —el mes siguiente al de la creación de la Comisión de la Verdad— casi cuatro de cada cinco entrevistados (78%) consideraba a Alberto Fujimori «culpable de haber autorizado los crímenes de Barrios Altos y La Cantuta»; en agosto de 2013, 50% de entrevistados en ciudades de todo el país estaba en desacuerdo con la decisión del presidente Humala de negar el indulto a Fujimori. No creo que ese cambio sea responsabilidad del movimiento de derechos humanos, pero ese momento en el que dos tercios del país aprobó la condena, un momento de auge de los derechos humanos, pudo aprovecharse mejor y no se hizo, conforme muestra el giro en la opinión pública.

Sí, probablemente. Lo que te digo es que, debido a los términos del conflicto armado, es muy difícil que el movimiento de derechos humanos sea un movimiento masivo. Es verdad que el movimiento trató de generar esfuerzos descentralizados que en esa época puedes encontrar en diferentes lugares. Pero eran unas cuantas personas; no era algo vinculado con un movimiento social porque el movimiento social estaba siendo dispersado por la violencia senderista y la violencia estatal.

En países como Argentina y Chile el movimiento de familiares de víctimas se convirtió en una fuerza social muy importante; eso no sucedió en Perú porque hubo mucha estigmatización: «Si eres víctima, tienes que estar vinculado a Sendero o al MRTA y, por lo tanto, no eres inocente». Era muy difícil en el Perú que ese movimiento de víctimas se constituyera en actor. El movimiento de derechos humanos terminó un poco ensimismado y, más allá de finales de los años noventa, cuando supo expandirse y jugar un papel importante en la lucha contra la dictadura fujimorista, después no logra encontrar la forma de convertirse en algo diferente. Terminó siendo un movimiento de ONG, se ha ‘oenegizado’. No sé si tú has mirado esa literatura muy interesante sobre la ‘oenegización’ del movimiento feminista, del movimiento de derechos humanos, de diferentes movimientos sociales².

² Sonia E. ALVAREZ, 1999. Advocating feminism: The Latin American Feminist NGO ‘Boom’. *International Feminist Journal Of Politics*, 1(2); y Sonia E. ALVAREZ, 2009. Beyond NGO-ization?: Reflections From Latin America, *Development*, 52(2), pp. 175-184.

En el Perú ha sido la tendencia y lamentablemente no ha logrado proyectarse más allá, salvo en determinados momentos.

Creo que también habría que mirar la capacidad del fujimorismo de reconstruirse luego de la sentencia a Alberto Fujimori por graves violaciones a los derechos humanos en 2009. Esa capacidad explica mucho el cambio que mencionas acerca de cómo los peruanos miran el tema de la sentencia a Fujimori. No hay buenos estudios sobre el fujimorismo hoy en día.

Mi impresión, respaldada en algunos datos, es que el país se ha violentizado en los últimos años. Por ejemplo, las protestas sociales a menudo acaban en violencia por acción de ambos lados; muchas veces por acción de la policía que se comporta brutalmente, pero también porque algunos manifestantes ya van preparados para un encuentro físico, de combate. ¿Esto se puede considerar como una ‘senderización’ de las conductas públicas, algo así como que la lucha armada dejó de ser una posibilidad política pero la violencia puede acompañar la protesta social como una herramienta más?

Siento ambigüedad sobre eso. Recuerdo claramente que en los años noventa entrevisté a gente de diferentes pueblos jóvenes de Lima, sobre todo donde Sendero tenía presencia, y a gente en algunas comunidades en Ayacucho. Había como una sensación de que Sendero Luminoso obligó al Estado a prestar atención a sus demandas. No era gente pro Sendero pero sentían que el Estado había llegado a poner esa carretera, o a poner luz en la comunidad, porque el poder del Estado se vio amenazado por Sendero Luminoso. He escuchado a mucha gente decir eso. Si eso se traslada a que el movimiento social, la gente en la calle, ve eso como posibilidad... No estoy tan segura de si es una relación tan directa, tan mecánica.

Mi impresión es que la violencia es el resultado de la falta de diálogo: la población tiene reclamos y el Estado, los poderes encargados, no escuchan o no quieren escuchar. Hubo mucha esperanza en el discurso de Humala, que decía que había que refundar la relación entre el Estado y la sociedad, que el Estado tiene que ser más inclusivo, tiene que responder más a la necesidad de sus ciudadanos, no puede ser un Estado para unos cuantos. Y lamentablemente eso no se dio; se frustró otra vez, porque Alan García tenía ese mismo discurso en su primer gobierno. Cuando hay violencia —no niego que haya personas que van con la intención—, es más una respuesta a esa falta de diálogo, de inclusión, esa sensación de permanente exclusión y marginalidad: «Te voy a poner una ley de consulta popular pero esa consulta popular no me obliga a nada». ¡Qué es eso!

Es una burla.

Exactamente y mi miedo es que lleguemos a niveles más altos de violencia —no necesariamente como tú lo planteaste, como un recurso del movimiento social—, de violencia generalizada. Si sigue habiendo gobiernos que no responden a las necesidades, puede surgir una violencia descontrolada, ni siquiera violencia política sino una violencia más social.

¿Y cómo ves la herencia del fujimorismo en la sociedad peruana?

Podemos examinarlo en diferentes niveles; uno es el de la política partidaria, donde está ese movimiento fujimorista que viene conformándose y creciendo desde hace diez años. Keiko Fujimori casi gana la presidencia en 2011 y, de nuevo, en 2016. Entonces, en el nivel político partidario, ese movimiento que parecía derrotado, que con la huida de Alberto Fujimori, el fundador, y su posterior extradición, enjuiciamiento y condena, se podría haber pensado que estaba aniquilado... se ha visto que no, que ha vuelto a tener relevancia.

Y que la va a tener seguramente; más allá del resultado electoral de 2016 va a ser un actor político importante por un tiempo más.

¡Por supuesto, con 73 congresistas! En los años noventa, el fujimorismo fue un movimiento que se asentaba en la crisis y en el colapso de los partidos tradicionales pero no tenía una estructura organizativa fuerte sino que era una red muy fluida, informal; no tenía un movimiento de masas. Lo que están haciendo ahora es tratar de construir un movimiento de masas, un partido con base social que sea duradero. Ese es el proyecto; que lo logren o no es algo que se verá pero es muy distinto, en términos organizativos, a lo que fue en su origen.

Otro nivel es el de la herencia de los diez años que Alberto Fujimori gobernó el país y las consecuencias de ese gobierno para el país. Lo primero que me gustaría destacar es la forma en que gobernó la alianza con los militares y su desdén por la institucionalidad democrática. Esa forma de gobernar dejó un legado en el país del cual ha sido difícil salir. Si bien es cierto que el fujimorismo tuvo niveles de apoyo popular —que vemos en la reelección de Fujimori en 1995 y en las encuestas de esa época—, también tuvo un componente de violencia —de eso me ocupó en mi libro—, de violencia y ataque contra cualquier germen de oposición. Cualquier persona, cualquier movimiento que se oponía al gobierno, a su proyecto, era liquidado: era acusado de ser terrorista y era o físicamente eliminado o detenido o enlodado; buscaban liquidarlo de una u otra manera. La cultura de miedo que se creó todavía se siente y es un recurso que los gobiernos posteriores han utilizado. Cuántas veces hemos escuchado

a las autoridades de diferentes gobiernos referirse a los antimineros como terroristas o llamar terroristas a las organizaciones de derechos humanos que buscan llevar militares a juicio por violaciones de derechos humanos. El recurso fácil de descalificar a quien piensa diferente, a quien busca cambiar las cosas, no lo inventó el fujimorismo pero lo perfeccionó a un nivel que se ha mantenido y sigue siendo un recurso que se utiliza de modo similar.

Si se mira la historia política peruana, ese recurso se ha usado mucho; contra el APRA en su momento.

Sí. Es como el poder absoluto del que dependen todos y los demás son como enemigos. Alfred Stepan, en un libro suyo de hace muchos años sobre el Perú³ se refiere a que no puedes cuestionar el modelo que representan quienes ostentan el poder.

Es algo característico de todo autoritarismo y más todavía de los autoritarismos llamados populistas. Lo que es propio del fujimorismo es que recogió la oportunidad que le dio Sendero para caracterizar como terrorista a todo aquel que no estaba de acuerdo con el gobierno. Hablabas de una consiguiente cultura del miedo: ¿a qué te referías cuando dices sentir que la cultura del miedo todavía está presente?

Titulé un capítulo de mi libro «Quien habla es terrorista», una frase que una señora me dijo a mediados de los años noventa. Ella era muy clara en su oposición al gobierno de Fujimori, a su política económica, a cómo su gobierno manejaba las cosas en los comedores populares de su distrito. Le pregunté: ¿por qué entonces tú y otras personas que piensan como tú no se manifiestan políticamente, por qué no hacen una protesta? Esa fue su frase exacta, su respuesta espontánea.

La recuerdo. ¿Tú crees que eso está vigente hoy?

En menor medida. Entre quienes tienen activismo político, el miedo no es tan palpable como lo fue antes pero el recurso de acusar de ser terrorista a quien te cuestiona está vigente y puede tener consecuencias muy graves, y la gente lo sabe. En comunidades andinas, ese miedo sí es bastante palpable. Lo he visto. Porque si la fuerza armada, que ha cometido mucho abuso, está en el poder y ellos son los victoriosos, la gente que ha sido víctima de abusos puede tener miedo en el momento de denunciarlos. Hay gente que sí ha salido muy valientemente a denunciar y hemos podido llegar a algunas condenas en determinados casos porque algunos han tenido ese valor, pero también hablé con mucha gente que sí tiene miedo. No solamente es el miedo

³ Alfred STEPAN, 1978. *The State and Society. Peru in Comparative Perspective*. Princeton: Princeton University Press.

a que me maten o me hagan algo. También es el estigma social: si tú eres víctima de la fuerza armada, si tu esposo o tu hijo fue detenido, probablemente es porque fueron terroristas. No querer ser estigmatizado es todavía muy denso en el Perú. Tal vez no se ve tanto en Lima pero en las zonas rurales sí es bastante palpable todavía. Más en comunidades donde conviven todavía gentes que fueron en algún momento soldados o miembros de las rondas y gentes que eran de Sendero o, simplemente, gente de la comunidad. Allí hay una dinámica, que no he estudiado personalmente pero la he visto y la he escuchado de colegas que han trabajado académicamente ese tema y de los antropólogos forenses que pasan mucho tiempo en las comunidades para identificar a los desaparecidos. Es una dinámica bastante diferente de lo que percibimos desde Lima.

Cabe adjudicar al gobierno de Fujimori haber usado la estigmatización como ‘terrorista’ como instrumento de una política. Pero ese uso, como recurso de la guerra antisubversiva es una exitosa creación militar. En 1984 dirigí durante pocas semanas el noticiero de Canal 4 y los reporteros presentaban sus informes con la expresión ‘delincuentes terroristas’ para referirse a los subversivos de Sendero o del MRTA. Se habían hecho talleres y cursos para enseñar ese uso. Eso venía desde antes de Fujimori; lo que él hizo fue convertirlo en recurso para ser usado no solo contra los subversivos sino contra todo aquel que le saliera al paso. Ese recurso ha quedado en la vida peruana. ¿Qué otros legados del fujimorato percibes?

Voy a referir algo de mi experiencia personal que marca mucho mi forma de mirar el país. Cuando vine al Perú en 1986, después de un par de meses de estudiar español fui a vivir a Villa El Salvador, porque era parte de mi proyecto de trabajo de investigación aunque recién había salido de la universidad. Viví allí casi un año, Barrantes era alcalde de Lima y la Izquierda Unida era todavía una fuerza política popular de gran envergadura; incluso en aquella época se hablaba de que la Izquierda Unida tenía chance de ganar las elecciones de 1990. En Villa El Salvador había un proyecto de democracia participativa, de gobierno directo, de trabajo de base, que era bastante interesante. Villa El Salvador es un ejemplo muy particular por toda su historia en relación con el velasquismo y la Izquierda Unida tenía un proyecto de generar trabajo con las bases, de generar espacios participativos, de gobierno democrático y directo. El declive, bastante rápido, de ese proyecto, coincide con el de Izquierda Unida y con la generación de ese discurso del informal como empresario —el discurso de Hernando de Soto— y de la titulación de las tierras, que cambió a Villa El Salvador radicalmente.

En los años ochenta percibí un movimiento social —con debilidades y fracturas, obviamente— que tenía una organización, la CUAVES, que era el ente rector

e incluía representantes de todos los grupos residenciales del distrito, para generar una suerte de gobierno local con participación de toda la gente mediante sus representantes. Era muy partidizado pero era una experiencia rica y muy interesante. Eso se quebró por diferentes razones. En parte, porque Sendero Luminoso buscó copar las dirigencias de esas organizaciones y en Villa El Salvador mataron a gente como María Elena Moyano y muchas personas más. Y también porque el proyecto neoliberal que se impone con el fujimorismo cambia la base material del distrito. En Villa El Salvador la propiedad era colectiva, el poblador tenía el título de su casa: era su casa, pero no podía vender el lote; con los cambios que introdujo el fujimorismo, al poder venderse la propiedad se generó una economía más capitalista, más individual, con lo que se quiebra la base de la organización del distrito. Todavía hay organización de los grupos residenciales pero el proyecto de democracia participativa en Villa El Salvador se esfumó. No solo debido a la violencia y a la explosión de la izquierda; también tiene que ver con los cambios económicos dados a partir del gobierno de Fujimori

Estás pensando en la titulación, concretamente.

Sí, pero hay otro elemento: el clientelismo del fujimorismo, que fue masivo, se montó sobre organizaciones como los comedores populares, los comités del Vaso de Leche, las organizaciones de mujeres, y las convirtió en su base clientelista. También es importante ver que la izquierda, las iglesias, las ONG —que habían sido sostenes de esos movimientos— se debilitan y se abre la posibilidad de que el fujimorismo capte a esas organizaciones y, con el poder económico que tiene desde el Estado, comience a manejar esos grupos organizados como sus clientes. En los años noventa, algunos comedores se volvieron totalmente dependientes de las donaciones del Estado y, según el testimonio de muchas personas, a cambio de las donaciones recibidas tenían que asistir a las manifestaciones de Fujimori. Conozco de cerca a una señora que tuvo que ir a un cumpleaños de Fujimori en Palacio porque ella era presidenta de su comedor y las obligaron a ir; si no, les cortaban los víveres. Fue un manejo muy clientelar de esos movimientos que habían sido parte de la base social y organizativa de la izquierda.

¿Sabes si esas redes, tejidas en ese momento desde el gobierno, guardan alguna relación con las redes actuales de lo que se llama Fuerza Popular?

En Villa El Salvador, me parece que sí. En el caso de ese distrito hay algo más, que es el factor Martha Moyano. Cuando mataron a su hermana, ella no va de frente al fujimorismo; crea la Fundación María Elena Moyano, con Pérez de Cuellar en el consejo directivo. Pero llega un momento en el que el fujimorismo le ofrece un puesto como

regidora en la Municipalidad de Lima en 1995 y luego en 2000 es elegida como congresista del fujimorismo. Martha Moyano se convierte en el eje del proyecto clientelar del fujimorismo en Villa El Salvador. El modelo es tener un *broker*, alguien con cierto nivel de reconocimiento o poder local, que se convierte en representante y desde allí se van tejiendo las relaciones de clientela con las organizaciones existentes o con las que van creando. Es el modelo que hoy siguen utilizando en Villa El Salvador y probablemente en otros lugares.

«EN LOS ESPACIOS PÚBLICOS
HUBO UNA MILITARIZACIÓN;
EL PODER MILITAR CRECIÓ
EN LOS AÑOS NOVENTA.»

En el plano de la vida política, ¿qué otro legado fujimorista encuentras?

En los años ochenta yo estaba en Lima cuando sucedió la matanza de El Frontón, la de Cayara, la matanza de los miembros del MRTA en Los Molinos y los asesinatos del Comando Rodrigo Franco. Hubo sectores que no aceptaron las graves violaciones a los derechos humanos de parte de las fuerzas armadas, de parte del Estado, y buscaban investigar. Desde el Congreso algunas investigaciones intentaron llegar a la verdad; con el fujimorismo, eso casi se acabó y cuando sucede La Cantuta, hay una investigación porque Henry Pease denuncia y *La República* investiga, pero salen los tanques y se acabó el asunto. Entonces, en los espacios públicos hubo una militarización; el poder militar creció en los años noventa. Esto es algo que no se termina de apreciar en el Perú; casi no hay conversaciones sobre los militares y es como que con la democracia el tema se solucionó y punto. No es así, dentro del sector militar todavía hay personas con muy dudosa...

Filiación democrática.

Exactamente. Hay reconocidos violadores de derechos humanos que han sido ministros e incluso un vicepresidente. Pero más allá de los nombres, la misión de la fuerza armada, su entrenamiento, su forma de pensar, la educación militar... Cuando se escucha a un candidato presidencial como Keiko Fujimori proponer que salga la fuerza armada a la calle para controlar la delincuencia, me pone los pelos de punta. Porque se está hablando de una vuelta a la militarización del país; se piensa que los militares van a solucionar todo. Me huele feísimo.

De acuerdo, Jo-Marie, pero adjudicar todo el asunto a Fujimori quizá es excesivo porque él explotó un factor preexistente, que llevó a un nivel importantísimo. Con esa apelación a los militares ocurre algo similar a lo que ocurre con la corrupción: del mismo modo que no puede decirse que en el país antes de Fujimori no había corrupción, no es que en el Perú se desconociera esa apelación a los militares como instancia decisiva o instancia de solución. Corrupción y «papel tutelar de las fuerzas armadas» son constantes históricas del país. Lo lastimoso de la experiencia peruana es que no se aprendió la lección. En el caso argentino, luego de la dictadura argentina y su aventura estúpida de las Malvinas, los militares dejaron de ser un actor político en el país. En el Perú no ha ocurrido eso. Pese las violaciones de derechos humanos y a una corrupción espantosa en las fuerzas armadas, los militares siguen siendo actores legítimos. Por eso es que puede decirse «declaramos una emergencia y sacamos a las tropas», y a una buena parte de la población, si no la mayoría, le parece bien. Esto no lo creó Fujimori. Es mucho más antiguo, es un viejo reflejo autoritario en el país.

Estoy totalmente de acuerdo con lo que dices pero, con el autogolpe, Fujimori hace una alianza de cogobierno con los militares, cuando pudo haber otra opción. Sendero fue derrotado en diciembre de 1992, cuando Fujimori tenía dos años en el poder, pero entonces la alianza se cimienta y los militares mantienen y acrecientan el poder que ya tenían en los años ochenta, con otros gobiernos democráticamente elegidos, en las zonas de emergencia. Tal vez esto es un legado de la guerra, de los veinte años de violencia política y de un gobierno autoritario que gobernó al lado de los militares y les dio mucho poder, en parte por la corrupción.

Te aporto un elemento más en esa dirección: lo peculiar del gobierno fujimorista es que constituye la única experiencia histórica peruana de un gobierno verdaderamente civil-militar. Antes hubo casos de figurones que a veces los militares ponían como figura decorativa, pero Fujimori no era una figura decorativa. Él representó una fuerza civil que supo hacer acuerdos con otros actores —como el cardenal Cipriani— para constituir alianzas más amplias. Fue un caso de gobierno civil militar, algo que no habíamos tenido antes. Veamos la herencia fujimorista en el ámbito de la corrupción. ¿Dirías que la corrupción en el país aparece como más normal después de Fujimori que antes?

Recuerdo toda la corrupción bajo el primer gobierno de Alan García —el caso del tren eléctrico, que no pasó nada—; sabemos lo que hubo antes de Fujimori, tú has leído el libro de Alfonso Quiroz⁴, en el que se sostiene que el gobierno fujimorista llegó a los niveles de corrupción más altos de toda la historia peruana...

⁴ Alfonso QUIROZ, 2013. *Historia de la corrupción en el Perú*, Lima: IEP, IDL.

Y fue más sistemático, también.

Las dos cosas. Ese dicho de siempre en el Perú, «Roba pero hace obra», no se decía sobre Fujimori en los años noventa porque Fujimori mostraba una imagen de honestidad y de austeridad. Obviamente, no se sabía todo lo que estaba ocurriendo por debajo. Eso de «Roba pero hace obra», ¿tienes idea de dónde surge?

La primera vez que la oí fue aplicada a Odría, cuando yo era niño. No digo que se inauguró entonces, pero sí es una cosa antigua. Ahora, en la corrupción de Fujimori hay un asunto de escala. Cuando uno ve las cifras, son pasmosas.

Son pasmosas, ¡seis mil millones de dólares! Y hay diferentes niveles de corrupción; uno es el del enriquecimiento ilícito, pero también hay una corrupción en el manejo de la cosa pública: la compra de los diarios chicha para atacar a sus opositores, la compra de los congresistas de oposición para que se fueran al lado del fujimorismo, la compra y el control del Poder Judicial.

Por eso te digo que, además de lo enorme de las cifras, hay un sistema de corrupción. En el Poder Judicial tampoco puede decirse que antes no había corrupción pero la llegada de la gente de Montesinos montó un sistema organizado, que te garantizaba el éxito desde la admisión de la demanda hasta la decisión de la Corte Suprema; todo estaba garantizado de acuerdo a una tarifa determinada. De eso no había precedentes. Me pregunto hasta qué punto esas cosas se mantienen; en el terreno judicial, da la impresión de que algo de eso ha quedado.

En los últimos años he seguido de cerca el sistema judicial en relación con los procesos de derechos humanos. Allí veo de todo. Hay fiscales y jueces honestos, competentes, trabajando, sacándose la mugre para hacer su trabajo, en un ambiente a veces hostil porque no es fácil llevar un caso de derechos humanos; demora mucho, es muy poco prestigioso...

Y tiene algunos riesgos.

Y tiene algunos riesgos. En el sistema de evaluación, si estás en una investigación que te toma cinco años, tu nivel de evaluación va a ser pésimo; dicen que no eres un juez o un fiscal eficiente. Los casos de derechos humanos no producen buenas evaluaciones o beneficios en términos profesionales. Pero también he visto jueces indiferentes y corruptos —comprados, diría yo—, porque fuentes totalmente fiables me han comentado intentos de soborno, de influenciar para terminar ciertos casos o para garantizar sentencias absolutorias. Como tú dices, algo de ese estilo de corrupción queda. Entiendo que en el primer gobierno Alan García, se intentó desde el APRA infiltrar el Poder Judicial...

Se ‘apristizó’ el Poder Judicial.

Cuando el APRA estuvo nuevamente en el poder, entre 2006 y 2011, vi cómo en casos que involucraban al APRA... y seguimos viéndolo en otros casos de corrupción como el caso de las escuchas telefónicas y el de los petroaudios. Ese nivel de corrupción en los sistemas de gobierno, en las instituciones del Estado, sí se mantiene, sobre todo en el Poder Judicial.

¿Cómo ves el futuro del fujimorismo como actor político?

Debo decir que he quedado sorprendida por la capacidad del fujimorismo para construir una organización política a nivel nacional. Porque la fuerza del fujimorismo originalmente proviene de la ausencia o el colapso de los partidos tradicionales, de la política institucional tradicional. En ese vacío el fujimorismo crece, se consolida y gobierna como lo hace durante una década. Era difícil imaginar un fujimorismo orgánico, que se institucionaliza y se consolida como fuerza política a nivel nacional. Pero en las elecciones del 2016 se vio que el fujimorismo tiene presencia y tuvo buena votación en todos los departamentos del país. Pero aún carece de una ideología clara. Es un proyecto en base a un modelo económico neoliberal, *free market*, pero más allá de eso, carece de una ideología clara.

En los tiempos actuales, no solo en el Perú sino en el mundo, el requisito de tener una ideología clara no parece ser muy necesario para un desempeño relativamente exitoso.

Parece ser cierto. En el fujimorismo hay algo que los aglutina: la imagen de *a strong man* o *a strong woman*, en el caso de Keiko Fujimori...

¿Lo definirías como un movimiento caudillista?

Sí, seguro.

En ese sentido, no es tan novedoso en la historia política peruana.

No, ni en la latinoamericana. Tampoco es novedoso que un caudillo tenga base popular. Lo hemos visto con el peronismo, con el populismo reaccionario.

La prueba de todo movimiento constituido en torno a un líder, o a su sucesora, es si sobrevive al personaje. ¿Crees que el fujimorismo pueda sobrevivir a la muerte de Fujimori, que no es un hecho remoto?

No es remoto. Con la campaña de Keiko Fujimori, el fujimorismo ha logrado cierto nivel de institucionalidad, de organicidad. Pero son varios los factores que podrían

inducir a su fragmentación. La muerte de Alberto Fujimori es uno; él sigue siendo el eje que mueve el fujimorismo y hemos visto —desde que fue encarcelado hasta hoy en día— que desde la cárcel él sigue muy involucrado en las decisiones políticas, en reuniones con dirigentes políticos y económicos —no termino de entender cómo se permite eso—. Hay otros factores que podrían contribuir a una fragmentación; la derrota de Keiko, por ejemplo; va a ser un reto muy grande.

Y ahí está Kenji.

Y ahí está Kenji, aunque no lo veo en la capacidad ni política ni intelectual para conducir el fujimorismo hacia el futuro. Él sería un muñeco. Hemos visto las peleas entre Keiko y Kenji sobre la posibilidad de su participación en los comicios del 2021 y sobre otros asuntos. En el seno de la familia Fujimori hay conflictos, divisiones, recelos. Como es un partido muy personalista, eso podría repercutir en el movimiento fujimorista y desembocar en una fragmentación. Es bien posible. No perdamos de vista que un buen número —creo que más del 80%— de los congresistas del fujimorismo son invitados, no son miembros de Fuerza Popular. Allí veo la posibilidad de una fragmentación inmediata, que podría beneficiar al gobierno entrante.

Por la vía de los tráfugas, que ya son una institución en el Congreso.

Así es. En un sistema donde tienes partidos muy débiles, lealtades partidarias muy débiles y una institución parlamentaria muy débil y muy desprestigiada, se hace muy factible.

«ES UN PAÍS PROFUNDAMENTE
DIVIDIDO, PROFUNDAMENTE
DESIGUAL, PROFUNDAMENTE RACISTA
Y PROFUNDAMENTE INDIFERENTE
A LOS QUE SUFREN MÁS LA POBREZA,
LA EXCLUSIÓN Y LA VIOLENCIA.»

Has conocido el Perú durante la mayor parte de tu vida. ¿Cuáles son los cambios más importantes, los que más te han sorprendido, durante esos treinta años?

Llego al Perú en 1986. Alan García recién asumía el poder; tienes un APRA y una Izquierda Unida, muy fuertes ambos, y parecía que en el país había un giro hacia el centro izquierda. Acción Popular, PPC, la derecha clásica quedaban muy reducidos.

A la vez, era país muy sacudido por la violencia de Sendero Luminoso y la de las respuestas del Estado. Llegué a Lima y a las dos semanas ocurrió la masacre en los penales. Eso me impactó muchísimo. Fui a vivir a Villa El Salvador y, como he dicho antes, en ese momento era un lugar donde parecía plasmarse un poder popular; la participación popular era un proyecto muy interesante, fascinante de observar. Y, a los pocos años, todo eso se fue al carajo. La crisis de la economía, la implosión de la izquierda y su proyecto, y la debacle del primer gobierno de Alan García más la violencia en espiral. Fueron momentos muy tensos, muy complicados.

Treinta años después, tienes un país donde la economía es una de las de mayor crecimiento; el nivel de pobreza ha sido reducido drásticamente; el proyecto terrorista ha sido derrotado, política y militarmente, y queda un rezago de ellos muy vinculado con el narcotráfico, casi insignificante. Hay cambios grandes, importantes; el país ha superado la violencia de aquella época, ha superado el trauma, ha superado hasta cierto punto la crisis económica y algunos de sus impactos. Pero también encuentro que es un país profundamente dividido, profundamente desigual, profundamente racista y profundamente indiferente a los que sufren más la pobreza, la exclusión y la violencia. A veces me pregunto qué hemos aprendido de toda esa experiencia y pienso que muy poco.

Déjame introducir una duda. ¿La campaña electoral de 2016, especialmente en los términos de la segunda vuelta, ha mostrado un elemento nuevo que es no solo la preocupación sino la movilización en torno a objetivos que tienen que ver con el estado de derecho, con la democracia, con el antiautoritarismo? PPK ha ganado por muy poco pero ha ganado sobre esos temas; el debate en la campaña no ha sido sobre el proyecto económico, que era más o menos igual en los dos candidatos; ni sobre programas sociales, que ambos tenían como propuesta. El debate ha sido acerca de si el país iba a un narcoestado o no, si se iba a un régimen autoritario o no. ¿No hay allí algo relativamente nuevo?

Más bien, veo un hilo que unifica esto con las movilizaciones de finales de los años noventa, que fueron básicamente sobre lo mismo: movilizaciones contra el autoritarismo del fujimorismo y su proyecto de continuidad en el poder. Eso fue lo que movilizó en 1997 las marchas contra la destitución de los jueces del Tribunal Constitucional, la re-reelección de Fujimori en el año 2000, y luego la Marcha de los Cuatro Suyos. Las marchas y movilizaciones que hemos visto en 2016 tienen un hilo que las conecta con las movilizaciones de fines de los años noventa, que retoma esa preocupación ante la posibilidad, muy real, de que Keiko Fujimori pudiera ganar las elecciones.

Tienes razón. Tal vez un elemento que llama la atención es la participación juvenil en las movilizaciones de 2016.

Si recuerdas bien, hubo participación juvenil y de estudiantes en el movimiento anti Fujimori a fines de los años noventa, bajo una dictadura cívico-militar. Tal vez nuestra percepción de esa movilización no es tan fuerte, tan fresca.

Sí, puede ser. Tú eres politóloga y una de las cosas que interesan al análisis politológico es la cuestión institucional. ¿Cómo has visto evolucionar el desempeño de las instituciones en el país a lo largo de estos treinta años? ¿En qué dirección o en qué sentido va la institucionalidad?

A veces me siento muy optimista y a veces, muy pesimista. Con la recuperación de la democracia en el año 2000 y el ímpetu que existía en aquel momento, hubo muchas investigaciones por corrupción, por abuso de autoridad, por violaciones de derechos humanos. Y por reformar las instituciones, que habían sido tan manoseadas durante el gobierno fujimorista, aunque sabemos que tampoco fueron perfectas en sus versiones anteriores. No era una reforma que quisiera volver al pasado. Se llegaron a hacer algunas reformas de gran importancia, que se han ido socavando, minando.

El Poder Judicial es un gran ejemplo. Hubo un intento de generar reformas positivas en el Poder Judicial y en su actuación; en el periodo entre 2000 y 2007 puedes ver el resultado de esas reformas. A partir del segundo gobierno de Alan García el ímpetu de la reforma se fue perdiendo. Si bien hay jueces y fiscales de primera calidad, que actúan con mucha integridad, se han abierto más espacios para la corrupción y el tráfico de influencias. Lo he visto de cerca en los casos que sigo, que son casos de violaciones de derechos humanos. También creo que se ha visto en casos que tienen que ver con la corrupción; por ejemplo, el caso de los petroaudios, misteriosamente archivado. Ha habido más bien retrocesos y la falta de ímpetu para impulsar la reforma favorece a la corrupción y al tráfico de influencias.

Recuerdo mucho una exposición tuya en Washington, donde presentaste un libro en el que dices que las reformas del poder judicial están destinadas al fracaso⁵, y me quedé con una profunda desesperación. Porque si es así, ¿cómo hacemos? No podemos consolidar una democracia en la que no haya estado de derecho, no haya jueces y fiscales imparciales y confiables, íntegros. Pero así estamos ahora en el Perú. Miro los procesos judiciales que tienen que ver con violaciones graves de derechos humanos y conozco varios jueces que se han portado con un nivel de integridad impresionante.

⁵ Luis PÁSARA, 2014. *Una reforma imposible. La justicia latinoamericana en el banquillo*, Lima: Fondo Editorial PUCP.

Pero he visto también a otros jueces actuar sometiéndose, cediendo ante la presión de los militares o recibiendo favores abiertamente para emitir fallos que favorecen a los militares.

En el Ministerio Público hay otro problema que es del sistema. Cuando tienes un sistema que no te da los recursos ni el personal para llevar los casos y para investigarlos adecuadamente, para realizar las exhumaciones; cuando tu evaluación como fiscal pasa por tu nivel de productividad y un caso de derechos humanos te dura tres, cinco u ocho años... esos son casos perdidos en una evaluación. Al fiscal Avelino Guillén, fiscal del caso Fujimori, en vez de promoverlo lo pusieron en un puesto donde no tenía ningún papel importante; finalmente, se fue del Ministerio Público, después de una carrera distinguida. Eso es en el tema de derechos humanos, que es un área particular dentro del sistema judicial, pero es el que más conozco y del cual puedo hablar. En el sistema no hay voluntad institucional, no hay voluntad política. En los dos últimos gobiernos lo he percibido así.

Pero ese mismo sistema fue el que logró condenar a una serie de gente.

Sí, ha habido condenas muy importantes. Hay aproximadamente sesenta oficiales militares y policías que han sido condenados, pero son casi doscientos los que han sido absueltos.

¿Estamos hablando de derechos humanos o también de corrupción?

Solo de derechos humanos. El Poder Judicial ha logrado condenar a una cantidad importantísima de personas y algunos de ellos, de mucho poder. Aunque sabemos que hay personas que han logrado escapar de una condena: están fugitivos —como uno de los Winter— o han logrado evitar condenas por diversas razones, como Dionisio Romero, cuyo caso no prosperó.

Si intentas una comparación del rendimiento de la justicia con otros países latinoamericanos, el balance que acabas de hacer —pese a que no lo presentas como positivo— es relativamente positivo. No hay mucha experiencia en América Latina de condenar gente importante por violaciones de derechos humanos o por corrupción.

Si hacemos una suerte de *ranking*, Argentina y Chile son, de lejos, campeones en investigar temas de derechos humanos. Por otro lado, en países como El Salvador y Brasil, pese a que hay mucha información muy clara sobre graves violaciones a los derechos humanos, cometidas por agentes del Estado durante las dictaduras militares en ambos países, no ha habido ni una sola condena importante.

Si miras esos dos extremos, obviamente Perú está mucho mejor que El Salvador y Brasil. Perú logró investigar, extraditar, enjuiciar y sancionar a Alberto Fujimori y a varios de los altos mandos militares del gobierno de Fujimori, incluido Nicolás de Bari Hermoza, que fue jefe de las fuerzas armadas en ese momento, y a Vladimiro Montesinos, quien cogobernó en la época de Fujimori. Y varios otros militares, que estuvieron directamente involucrados en el grupo Colina y en los casos más graves en la época fujimorista. Sin embargo, en los últimos seis, siete u ocho años, hemos visto muchas derrotas para quienes apostamos por la rendición de cuentas. No es pura derrota, pero son muchas derrotas. Los juicios demoran demasiado, como el caso de la masacre de Accomarca: la investigación fiscal demoró más de seis años, luego fue a juicio oral, y ha demorado más de cinco años y medio; es absurdo, no solo para las víctimas, también para los imputados. Hay casos con condenas anuladas en la Corte Suprema o que ya los absuelven en primera instancia. Muchos casos ni siquiera llegan a juicio; hay un *backlog* tremendo de casos.

¿Por qué? En parte son esas presiones sobre el Poder Judicial que ya mencioné. A veces, el problema radica en la pobre presentación del caso por parte del Ministerio Público, en ocasiones por falta de información; el Ejecutivo y las fuerzas armadas no han colaborado con la entrega de documentos, aunque tendrían que hacerlo por ley. Dicen: «ese documento no existe», lo que es falso. Simplemente hay una absoluta falta de ganas de colaborar. En el caso del cuartel de Cabitos, en Ayacucho, se exhumaron más de cien cuerpos y, de pronto, se produjo una extraña invasión de tierras alrededor de la base militar, mayormente dirigida por licenciados. Literalmente, se han construido casas encima de los cementerios y no se puede seguir exhumando. Es impresionante.

El cambio de la mujer en el Perú, en estos treinta años ¿cómo lo has visto?

Es una muy buena pregunta. Ha habido cambios muy importantes. Recuerdo que en los años ochenta, en el nivel de política institucional, nacional, la participación de la mujer era casi invisible. Eso ha cambiado mucho. Hemos tenido candidatas presidenciales: Lourdes Flores, Keiko Fujimori y Verónica Mendoza. Ese es un cambio muy importante. Sí recuerdo en los años ochenta una importante participación popular de mujeres. Las mujeres siguen jugando un papel muy interesante en los movimientos sociales, tal vez con mayor fuerza.

En la justicia, en el caso Fujimori fueron tres hombres los que sentenciaron a Fujimori; pero en el caso Barrios Altos fueron tres juezas quienes sentenciaron a los miembros del grupo Colina, a Hermoza Ríos y a Vladimiro Montesinos. A nivel institucional, la participación de la mujer ha crecido de manera bastante fuerte en el país.

Otro elemento que veo es el intento —cada vez más fuerte, aunque no del todo exitoso—, de que haya más *awareness*, más conocimiento y conciencia sobre la violencia doméstica, la violencia sexual, el acoso callejero, los derechos de la mujer y la búsqueda de generar respuestas de políticas públicas y campañas ciudadanas para confrontar esos problemas. Eso me parece muy importante, pero todavía tenemos un trecho muy largo por avanzar.

En el conflicto armado la práctica de violencia sexual contra las mujeres fue masiva por parte del Ejército; fue lo normal. Donde hubo masacre, hubo violación de las mujeres; donde hubo una mujer detenida, hubo violación. Tenemos testimonios de mujeres que han sufrido eso y de algunos hombres que presenciaron u observaron esas prácticas. Y hasta el día de hoy no hay ninguna condena por esas prácticas, no hay ningún pedido oficial de perdón por esos hechos. A pesar de que la Comisión de la Verdad documentó más de quinientos casos y el Registro Único de Víctimas recogió más de dos mil casos de violencia sexual. Esto es un ejemplo de que nos falta por reconocer la violencia que sufre la mujer. A pesar de que hay mayor conocimiento, debate y movilización sobre la problemática, todavía como sociedad hay mucho por caminar, por construir políticas públicas y por cambiar mentalidades.

GERARDO CHÁVEZ:
**«LOS PERUANOS TIENEN UNA ESPECIE DE PLEITO INTERNO
CON SUS COMPATRIOTAS»**

¿Hay amor al arte en el Perú?

Creo que sí, por excelencia hay amor al arte. No solamente de los coleccionistas: el amor al arte está en el pueblo. El arte no es la pintura o la escultura solamente, ni la música. Si comenzamos por la cocina, estamos hablando de un gran arte: el ingenio que tiene la gente pobre para hacer sus comidas ya es un arte. Todo lo que es el arte popular es admirado. Tenemos unos ancestros maravillosos que nos han permitido sacar adelante esa energía extraordinaria que tenemos los que queremos hacer algo y ser creadores. No vamos más allá porque nos falta una formación complementaria.

Tú viviste muchos años fuera del Perú...

En los años noventa cumplí treinta años por Europa y decidí venir al Perú. Tenía nostalgia. Todo aquello que se convirtió en grandes rencores al inicio no fue sino una especie de defensa para salir. Si no me montaba a esa especie de Perú malo, racista, tal vez me hubiera quedado. Pero de alguna manera me defendía para emigrar.

¿En realidad querías irte?

Quería irme y no quería tener la pena de dejar mi país.

¿Entonces, por qué necesitabas argumentos para irte, construiste la idea de un Perú malo que te rechazaba, te discriminaba?

Sí, había mucho de eso, pero lo exageré. Había algo pero ese algo, que era fuerte, lo multipliqué para no regresar nunca más al Perú. Para la gente de provincia, que era mi caso, sin dinero y cosas para defenderse en Lima, era una capital muy dura, hostil. Un provinciano como Chávez o González no tenía la aceptación inmediata como podía suceder con los Prado, Lavalle o Belaunde, estos nombres de la nobleza limeña, toda esta gente que aparecía en los carnets sociales todos los días. A pesar de eso, uno se siente peruano, muy peruano.

Dijiste en una entrevista: «Recuerdo haber partido a Europa con un odio a mi país, con ganas de nunca más regresar». Es muy fuerte.

Es fuerte. Pero eso me lo construí yo. Lo que quiero decir es que, siendo real, lo exageré para defenderme de la tristeza, de la melancolía, de lo que quedaba acá. Tuve la suerte de tener un hermano que fue mi maestro en la pintura, que me generó una enseñanza maravillosa y aprendí los deseos de dejar el Perú.

¿Él también se fue?

No, él se casó; hizo su vida acá, le fue más difícil y yo lo vi.

No te gustó lo que pasó con él.

No, lo que me gustó fue la lección. Informándome y leyendo una serie de cosas que podían enriquecer al joven artista que salía de Bellas Artes: ¿dónde migro, dónde voy, porque esto es muy limitado? Además, sabía que mi hermano era un personaje muy versátil en lo suyo, hábil, muy virtuoso en su manera de expresarse y dije: «A este señor no lo voy a superar nunca». A los 20 o 22 años hay ese querer superar al otro; además, siendo un hermano que era aplaudido en casa, que era estimado en casa, que era el genio de la casa. En fin, todo esto había que considerarlo. Uno quería también su lugar. Dije: «aquí voy a ser toda la vida la sombra de mi hermano», a pesar de que él me enseñaba mucho de la pintura; era un hombre verdaderamente erudito, en cuanto a pintura se refería. Era extraordinario. Me enseñaba desde los materiales, la densidad de los pigmentos, el olor de la tela de lino, todo eso fue generando una enseñanza, un aprendizaje muy rico en mí. Yo creí que no iba a poder superarlo.

¿Esa fue otra razón para irse?

No, no, al contrario: yo estaba muy bien con él, éramos cómplices, amigos. Pero, desde el punto de vista profesional, yo sabía que nunca lo iba a superar; eso era claro en mí en ese momento. Pasaron cosas, entre la revolución de Cuba, los amores en los que uno se extraviaba, que dieron ocasión a una fuerte desilusión. Y yo lo aproveché multiplicándola por mucho.

Pero, ¿recibiste agravios?

Por supuesto. En el lado del amor, en el lado de los amigos, de tantas cosas, de la profesión misma. Aquí no se vendía un cuadro; tenía que hacer unos retratitos o pintar llamitas o venaditos para endulzar la casa de cualquier persona. Era verdaderamente muy difícil. Mi hermano la pasaba muy bien porque era un excelente retratista; entonces, la gente que tenía colecciones de pintura colonial, por ejemplo, eran inmediatamente

sorprendidos por la pintura de retrato, las flores, las cosas bonitas. Esto lo sabía hacer muy bien mi hermano; él vivía su vida muy bien. Yo no tenía esa capacidad, esas condiciones. Era más pensante en la cosa moderna, en lo que me pertenecía a mí.

¿Sentiste racismo en las dificultades que experimentaste? Este mundo limeño era un mundo blanco y tú no eres blanco. ¿Sentiste esto?

Sí. Solamente el pelo lo tengo blanco.

¿En los años de tu experiencia ha cambiado el racismo del Perú?

Bueno, sí, cómo no. Ha habido un momento en que ha cambiado, que tal vez ha cambiado con cierta equivocación o precipitación, que fue con Velasco. Él da un lugar a su pueblo, a su gente, a los indígenas; les hace sentir que Lima también es de ellos, por ejemplo.

Aquí hay un quiebre.

Un quiebre interesante. No es que esto justifique, porque en realidad pasaron noventa errores al costado porque hubo un resentimiento, según se dice. La gente que trabajó intelectualmente no supo acatar el movimiento «revolucionario», entre comillas, que estaba presentando Velasco, sino lo hizo más agrio, más duro. Y por eso le hacen su golpe de Estado y los blancos, los que tenían una posición económica bien, los hacendados, son los primeros en difamar la historia de Velasco. Tal vez con razón, porque, siendo yo un hombre socialista, de izquierda, me encanta.

En una entrevista dijiste: «Lo importante es qué quiero hacer yo mi vida». ¿En qué medida lo que podías hacer o querías hacer encontró límites en el Perú? Has dicho que no había mercado.

Sí, no había mercado; pero, tampoco eso me asustaba. No había museos importantes, en los que pudieras aprender; tus enseñanzas no venían del profesor, venían de los mismos estudiantes y de las famosas revistas de arte que venían —las que llegaban— y las cartas postales de *France ni sé cuántos*. Esa limitación es la que me creó eso de querer salir de mi país. Además se asoció la parte sentimental. Yo era un muchacho huérfano, prácticamente no tenía a nadie a quién entregarle cuenta, no tenía la madre que llorase por mí. Pero, como siempre pasa, hay una hermana que me agarró el cariño de madre y ella es la mártir. Ella es la que me dio los cincuenta dólares que me ayudaron mientras el barco despegaba de las costas peruanas. Eso fue la emigración fuerte que me tocó vivir.

Después comencé a leer un libro sobre la historia de Gauguin. Un librito muy interesante de Cossío del Pomar. Yo quería ser lo contrario de Gauguin.

¿Lo contrario en sentido geográfico?

Así es, en vez de ir a Polinesia, que el Perú ya era una especie de... Eso me fascinó, me olvidé de la noviecita, de la otra, en fin, de las cosas que me enternecían la vida aquí en el Perú. A eso le agarré un cierto temor porque dije: «Esto es lo que le pasó a mi hermano, se enamoró y se quedó. No, yo quiero ser artista», y ahí interviene este mundo gauganiano.

Hasta hace poco algunos artistas todavía tenían esos códigos ancestrales. Es equivocado: para mí somos universales o no somos. Viene el gesto universal, es lo que está pasando en el mundo.

Tú no crees en una pintura peruana.

No, para nada. Yo creo más en el pintor peruano.

«UNO CAMINA ABRIÉNDOSE
PASO A CODAZOS».

Leo una tercera cita tuya, que será la última: «En el Perú, puedes tener talento, pero pueden caminar encima de ti, hay una especie de canibalismo que no te deja salir adelante».

Es cierto, hasta ahora. Acá nosotros producimos artistas, talentos, hay varias universidades ahora. Tenemos no sé cuántos estudiantes que egresan de Bellas Artes, de la Católica y otras universidades y te hacen pensar que son muchachos de mucho talento, incursionan en las cosas modernas, actuales, en la fotografía y todo lo demás. Pero siempre hay uno, que es el único artista, representante oficial del país, que no deja hablar a los que siguen. Es una especie de pirámide rota. Eso existió siempre.

Sigue habiendo poco espacio.

Poco espacio hay, habiendo muchas más galerías —porque hay galerías—, hasta festivales de arte. Como que uno camina abriéndose paso a codazos; es mezquino porque hay posibilidades de vivir y convivir con mucha gente que tiene deseos de ver la pintura, deseos de ver el arte, de estar con el arte, de acercarse a la belleza. La prensa misma se encargó de idolatrar a uno, de crear el vedetismo del artista, sin dar mucha ocasión a los artistas que verdaderamente están trabajando su obra, que están queriendo hacer algo más allá que negociar su obra. Creo en el no exponer en galerías de arte porque no quiero vender mi obra, no quiero negociar mi obra,

no quiero comercializar mi obra; quiero darla a conocer. Me he hecho de una situación que me permite hacer mi obra para mostrarla a fondo, cosa que no veo en el medio ambiente de los artistas. Ellos están... un 95% o 99% están queriendo vivir de ella, de la pintura o del arte.

¿Pero eso no es un fenómeno universal, no ocurre así en otros lados?

Tal vez sí, tal vez no. Pero nuestro universo está aprendiendo a querer ser, a vivir para el arte y no vivir del arte; eso es lo que nos enseñan los otros países antiguos porque ya hicieron lo que tenían que hacer, ya los museos están llenos de ejemplos. Y nosotros qué tenemos, qué hemos hecho. Es lo que yo reclamo en mi interior, en mi vida misma. Estoy en mi país porque sí, me ofrece un espacio, una comodidad, ahora. Hasta me ha permitido hacer un museo. Pero en realidad es muy triste: no hay una comunicación con los artistas, no hablamos de nada, estamos viendo quién vendió el cuadro más caro o quién no lo vendió, la situación del uno o del otro.

¿Eso es más peruano que universal?

Creo que pertenece a todo el mundo, pero el peruano... como peruano, lo he sentido.

Pero vives fuera también. ¿Dirías que se siente más acá?

Acá se siente más, pero también fuera. Porque cuando estás fuera con peruanos, no quieres estar. Porque los peruanos tienen una especie de pleito interno con sus compatriotas; el campeón quiere ser mejor, el otro no sirve.

¿Por qué eso?

Eso no sé; es verdaderamente un misterio. Te digo esto porque viviendo en París tantos años he tenido amistad con cubanos, con argentinos, con venezolanos; en fin, toda esta gente latinoamericana, hasta con chilenos, porque la guerra entre Chile y Perú se podría anunciar pero nosotros seguíamos discutiendo y queriéndonos y saludándonos como si fuese ayer, una maravilla, una fraternidad extraordinaria. El peruano más bien está contra el peruano, uno quiere ser más grande que el otro, el otro quiere ser más conocido que este, no sé. La verdad, que nunca lo comprendí, hasta ahora. Por eso pienso y pensé siempre en el día que yo pudiera ir haciendo la obra y seleccionando mi obra para dejar una motivación de lo que supe hacer o lo que hice. Por eso hice el museo, por las ganas de dejar lo mejor de mí mismo, como un ejemplo, como una cosa que había hecho y me daba una gratitud a mí mismo que era formidable. Decir: «He hecho esto, he dejado esto». Mis hijos, las gentes que me quieren van a estar contentos si mañana esto tiene un valor que pueda despertarnos otras ideas, otra manera de ser.

Déjame recuperar algo que dijiste hace un momento, que en el Perú se forma mucha gente con talento, con capacidad, pero solo alguno o algunos están en la cumbre de la pirámide. ¿Qué pasa con los otros, qué hacen los otros?

La verdad es que no sé. Tratan de exponer, de vender su pintura, de subsistir. No creo que si son artistas necesiten solamente eso, no, no. El artista va más allá, se cuestiona qué hacer: dónde llevo mi mundo. Eso es lo que yo también me cuestioné. No era la preocupación de llenar mi panza; la verdad es que eso viene mucho después.

¿De la gente joven, hay mucha que se va?

Poca, porque no tienen los recursos y resultó siempre más difícil irse sin beca.

Hoy, además, es aún más difícil irse.

Aún. Porque la situación en el extranjero resulta más confundida.

Y las trabas son muchas.

Así es. Eso limita mucho a los artistas locales. Pero, por otra parte, hay una cosa que es extraordinaria. No sé si has visto la feria de arte, hace cuatro años que comenzó a existir, a entregarnos. Acá llegaba algo, como llega el buen galerista de Nueva York o de Europa y descubre algunos buenos pintores y se los lleva. Se está haciendo eso, pero cuántos años han pasado. Para mí, desde el año 59 en que egresé de Bellas Artes, sí fue muy duro. Hasta los años setenta, creo yo, no se vendía la pintura, muy raro, difícil. Ahora hay muchos más artistas, muchos más coleccionistas de arte que emplean su dinero sin conocer ni sentir mucho el arte, sino porque Juanita Pérez tiene un cuadro y ellos también quieren tener.

O quieren invertir.

Claro, es una especie de inversión, que en definitiva le ayuda al artista. Resulta una especie de mecenas y el artista quiere seguir jugando con eso.

¿Por qué crees que en el Perú no hay, o hay tan pocos, mecenas, filántropos, gente que contribuya? Los coleccionistas son otra categoría pero me refiero a gente que done o que regale, porque gente que tiene dinero hay mucha.

Tengo la impresión de que aquí estamos viviendo una etapa de «esto es mío», «para mí». Es egoísmo.

Pero esa etapa es larga...

Es larga, sigue, no se ha roto. Van apareciendo coleccionistas que se despegan un poco de la obra. Pero de ahí a proteger un artista, tipo mecenas...

Señalaste los límites que hay en el Perú para la formación de la gente, lo que no les permite ir más allá. Un mecenas debería becar gente para que vaya a formarse a otro lado.

Eso es muy raro; que yo sepa, no existe, todavía. Te acabo de decir: la gente es muy egoísta en el fondo, lo quieren todo para ellos. ¿Por qué te voy a hacer grande? No he visto, aparte de ciertos coleccionistas que tienen pasión, amor por la obra de arte y están pensando en dejar a sus hijos esa colección. Pero difícilmente piensan en crear un museo para que lo vea el pueblo, simplemente. Contrariamente a eso, tengo mi idea. Sabes que hice en las afueras de Trujillo el Museo de Arte Moderno. Tengo allí una muestra antológica y últimamente he tenido muchas dificultades, porque el gobierno, el Estado, el municipio no ayudan, no apoyan. Quiero expresar enfáticamente el descontento que me genera la negligencia de las autoridades trujillanas, que no han sabido sopesar la importancia del legado cultural que estoy brindando. Rechazo de forma contundente que no se haya respetado un lugar que debería ser un santuario del arte y la cultura, y se haya dado permiso para que en torno al museo proliferen una serie de bungalows del placer, salsódromos y picanterías donde se reúne gente de mal vivir, creando un ambiente nefasto, es decir, todo lo contrario a mis aspiraciones de que la cultura prime en nuestros pueblos. Por otra parte, llegar hasta el museo requiere atravesar un camino cercado de basurales. A esto se debe el hecho de que no se visite el museo. Señalo como responsable al alcalde César Acuña, que dejó esta desastrosa herencia. Esto me ha obligado a pensar en trasladar el Museo de Arte a la ciudad de Lima, cuando mi deseo fue descentralizador y que mi ciudad natal tuviera la representación bella y digna de una visión moderna.

«ACÁ **TODO** ESO ES **BIEN TRISTE**,
POR NO DECIR **MEDIOCRE**.
LAS COSAS SON **TOTALMENTE**
DIFERENTES, NOS
HACEN **QUEDAR** SIEMPRE
EN EL **TERCER MUNDO**».

Explícame mejor cómo es esto de vivir en París y vivir en Lima o en Trujillo, porque también vas a Trujillo. ¿Tu casa dónde está o tienes varias casas?

Efectivamente. Tengo varias casas. Mi casa está en Lima ya desde los años noventa. Mi esposa vive en Lima y yo voy a Trujillo, viajo mucho, pero mi centro está acá. En realidad, he vivido siempre como un personaje del mundo, sin fronteras. Cuando estoy acá, estoy pensando en París; cuando estoy en París, estoy pensando en Trujillo o en Roma, donde viví. No puedo dejar de ir a ver a la gente que conocí o las calles que caminé. No sé cómo un hombre como yo aprende a romperse para ser parte del mundo. Siendo peruano, uno va viendo siempre las cosas que lo van rodeando, que uno va tocando donde camina, y que nos ayudan, nos acompañan a vivir, a convivir.

¿Sientes que esto de ir y venir es una buena solución? ¿Te sientes bien con esto?

Sí, pronto tengo que irme. Voy a pasar tres, cuatro meses en París, depende de cómo me lo exija el momento, porque aquí los días son largos, porque no hay el frío desagradable que me hizo correr también de Europa. Pero allá hay otras cosas, tienes un contacto diferente con la gente, con los intelectuales, con el mensaje televisivo que ves, te anuncia otras cosas. Acá todo eso es bien triste, por no decir mediocre. Las cosas son totalmente diferentes, nos hacen quedar siempre en el tercer mundo. Esta manera de hablar de todo lo que son crímenes. Vendemos muy mal la imagen de nuestro país, cuando deberíamos vender la cultura, vender exposiciones de sus artistas en el mundo entero, por ejemplo. No; estamos vendiendo los crímenes o la política mal llevada.

Pero en los últimos años —para ti y para mí que vamos y volvemos— ha aparecido una especie de orgullo, de la marca Perú, de la comida peruana, de ¿como el Perú no hay!, que a ratos lo siento medio falso. No sé cómo lo sientes tú.

Igual, igual. Quiero decirte que siento que me gustaría que sea de a verdad. Siento que, en algunos lados, hay esta debilidad de lo falso. Dicen que la mixtura es la mejor comida de nuestro país, pero nadie se pregunta de dónde viene esa mixtura. Viene del África, del Japón, de China, de las provincias, de los distritos, de las comidas de los pobres, que cualquier cosa la han hecho comida. De ahí viene la mixtura, pero nunca se habla de esto. Se habla de la mixtura como si viniera incluso de Europa. Nosotros sabemos que el precursor acá, el personaje que con cierta visión ha plasmado la mixtura, Gastón Acurio, ha viajado por todo el Perú; es cierto. Ha visto, se ha tomado fotos con cocineros de los pueblitos, ha entrado donde no entra fácilmente nadie, pero hay que reconocer a esa gente. Se piensa que todo es Gastón, pero no es así. Ha tenido una gran iniciativa, es cierto, y hay que reconocer su parte.

Es un gran empresario, evidentemente.

Un empresario. Pero pasan cosas maravillosas, a las que no se les ha dado lugar; toda esta gente que ha sabido mantener o conservar el mundo de los antiguos, que hacían sus comidas, el verdadero mestizaje Perú-España o España indigenista con los chinos, con los japoneses, con los negros. Es riquísima, esa es la cocina, de ahí viene.

¿Cómo ves ese factor de la vida en el Perú de hoy que es el narcotráfico?

Lo que uno siente es que hay un dinero suelto y no se sabe de dónde viene. Por ejemplo, muchas veces han venido y me han comprado obras, sin saber yo de dónde viene el dinero. En algunos casos he tenido que decir no, porque más o menos veía o sentía que podía venir de dónde. En otros casos, qué voy a hacer, si eso no está controlado por el Estado, como debería ser.

El fenómeno ha capturado todo.

Sí, decididamente. Es una historia que se siente dura, que se siente cruel.

Algo que dijiste en una entrevista me sugirió que en algún momento de tu vida habías tenido que escoger entre hacer política y hacer arte. Y habías escogido hacer arte. ¿Qué dejaste atrás cuando decidiste hacer arte?

Me gustó esa decisión. No me arrepentí. A los veinte años había encontrado en mi caminito varias desilusiones. Los políticos, los que estaban más enterados, tenían otra ambición: la del poder. Sentí que eso era turbio y hasta ahora sigo pensando que es turbio. Eso me ayudó a pensar que en el arte iba a encontrar la transparencia espiritual y también la belleza. Al verme entre estas dos cosas, o lo turbio o lo transparente, tenía veinticinco años cuando decidí, en mayo del 68, en París: «Ya no, la política no va conmigo». No iba a ser un líder, no me parecía, no era lo mío. Seguía pintando, había gente que amaba mucho lo que yo hacía, inclusive maestros que me protegían, que me hicieron aprender a decidir entre artista y político.

Hay artistas que tienen también voz política y que manifiestan en su arte una serie de cosas que tienen que ver con la política. Yo pensé lo contrario. Dije: «Voy a sanear o tratar de sanear mi alma, he nacido artista, he nacido pintor, he nacido para postular el hacer bien a la gente, con lo mío y con lo que yo pueda». Fue esa la decisión que me ayudó.

Tuve una etapa en la que tocaba la guitarra y la gente me invitaba a tocar guitarra en sus casas, para cantar juntos. Después, cuando me invitaban y me decían «No te olvides de traer tu guitarra», me di cuenta de que valoraban mi música y la guitarra, no mi pintura. «No he cruzado el Atlántico para esto», me dije.

¿Tú no has jugado un rol político significativo?

No, no más allá de ayayero político de izquierda, que se prolongó hasta mayo 68 en París, con la revolución estudiantil. Es entonces cuando decidí el reencuentro con mi arte y mi pintura, y preparé mi primer retorno al Perú. Contrariamente a la adversidad de mi pensamiento inicial cuando dejé mi país, he regresado sin temor a la reconciliación con mi gente, mi pueblo y mis ancestros. Me entrego con vehemencia y pasión a brindar lo aprendido, organizo la primera exposición retrospectiva de un artista vivo, la primera y segunda bienal de arte moderno en Trujillo, la creación del Museo del Juguete Antiguo y en 2006 creo el primer Museo de Arte Moderno, también en la ciudad de Trujillo. De esta manera he decidido mi color político: el arte, la cultura.

ÓSCAR ESPINOSA BEDOYA:
**«ES INNEGABLE QUE LAS CIFRAS MUESTRAN HOY A UN PERÚ
DIFERENTE, A PESAR DE TODO LO QUE FALTA POR HACER»**

Fuiste dirigente estudiantil: presidente de los estudiantes de la Universidad Nacional de Ingeniería en 1958 y de la Federación de Estudiantes del Perú al año siguiente. ¿Cómo veías en ese momento el Perú del porvenir? ¿Cuáles eran tus expectativas acerca de lo que el país podría llegar a ser?

Veía el Perú con la ilusión de los jóvenes. Había recibido la formación propia de los jesuitas, en la que se pone mucho énfasis en las responsabilidades del individuo con su medio. El sentido de servicio a los demás y de la preocupación por el bien común, inculcados de esa manera, quedaron grabados en mí para siempre. Por su parte, la universidad contribuyó a desarrollar una actitud crítica respecto a lo que pasaba en el país y específicamente en la propia universidad, por lo que, junto con muchos otros, empecé a actuar defendiendo valores y planteamientos que consideraba justos y terminé siendo elegido presidente de la Federación de Estudiantes del Perú. Creía que el país del futuro era de nosotros los jóvenes, quienes cambiaríamos las cosas para alcanzar, sobre todo, la justicia social.

Pero no fui dirigente por vocación. En tercero de ingeniería me paraba y protestaba por cualquier profesor que no venía a clases. Y protestaba con tal fuerza y con tal energía, que la gente empezó a seguirme. Al cabo de dos años me hicieron presidente de la Facultad de Civiles, presidente de la Universidad de Ingeniería y en un congreso, presidente de la FEP. Se dieron las circunstancias, cuando logramos recoger opiniones de toda la gente que decía «basta ya de los apristas». Carlos Alberto Melgar era el exponente máximo de esa generación de estudiantes profesionales. Alfonso Barrantes se alió con nosotros para derrotar a los apristas; después, la pelea ya fue con ellos y con Juan Alberto Campos Lama. Yo tenía veintiún años, era estudiante-estudiante, estaba en el tercio superior, y fui al congreso de la FEP como presidente de la ACUNI. Estaba Ricardo Letts con nosotros; él estaba en el último año en La Molina y, en esa época, muy de acuerdo en erradicar el uso de la universidad para fines partidarios.

Este movimiento anti-política con minúsculas, política menuda, creció y nos dimos cuenta, de la noche a la mañana, de que podíamos ganar con los votos. Valentín Paniagua era presidente de la delegación de Cusco; era demócrata-cristiano, como yo. Pero en esto no había partidatismo; era una protesta para sacar a los apristas de la universidad. Y de repente me dicen: «eres tú», porque era el único que podía conciliar los votos de gente muy dispersa. En esa época fui el único presidente de la FEP que no había sido aprista ni comunista. Estuve dos años y terminamos, irónicamente, inmersos en la política activa. Era algo que yo no quería pero marcó mi vida: fue como seguir un curso acelerado de peruanidad.

En ese momento la FEP importaba.

Era importantísima. Hicimos un mitin de cien mil personas en la Plaza San Martín, cuando Manuel Prado era presidente: logramos la renuncia de los ministros de Gobierno y de Educación, y me tenías a mí en el centro de todo ese laberinto. El hecho es que esa inquietud no estaba orientada por un afán de hacer carrera política sino por un sentido de responsabilidad: alguien tiene que hacerlo. Eso generó una mayor dedicación mía a los temas del país, porque te metes en los problemas del país, te pedían pronunciamientos sobre todos los temas habidos y por haber, cosa que para un estudiante de ingeniería —de los buenos, además— era como salirse de su carril.

¿Cómo comparas esa visión con aquello que el Perú ha sido en las décadas posteriores?

La visión de país era muy primaria, muy simple. Era una visión muy ilusa: el Perú era nuestro y lo cambiaríamos, así como cambiábamos la universidad.

¿Cuál era el eje del cambio que ustedes buscaban?

Era la dedicación de la universidad a los estudios. Era un enfoque muy serio, muy ambicioso, si quieres. Queríamos que la universidad fuera un centro donde pudieras estudiar y pudieras pensar en los problemas del país. Volver al concepto de universidad como un centro de análisis crítico de lo que ocurre en el país y de formulación de planteamientos. Eso no se hacía en la medida en que tenías una universidad orientada o manejada por un partido político que tenía otros intereses. Ese fue nuestro movimiento; estaban Manolo Moreyra, Valentín Paniagua, Enrique Bernal, Francisco Tamayo. Toda esta gente soñadora, si quieres, pensaba en un país maravilloso. Después, cada uno se fue por diferentes caminos. Pero esa fue una eclosión de una etapa interesante de la juventud. En 1963, año de elecciones generales, me eligieron

secretario general de la Juventud Demócrata Cristiana. En ese momento, la democracia cristiana era una opción muy fuerte en América Latina.

Había entrado al gobierno con Belaunde.

En algún momento tuve que optar entre dedicarme a la vida política o a la vida profesional y me fui a estudiar al extranjero con una beca Fulbright. Estuve dos años en el extranjero. De regreso, mi alternativa era venir a Lima y hacer carrera política, o irme a trabajar en desarrollo económico en Puno.

Eso fue en CORPUNO.

CORPUNO acababa de ser creada por una ley según la cual el Colegio de Ingenieros tenía que nombrar un representante. El decano del Colegio de Ingenieros, que había sido mi profesor y me conocía por haber sido muy activo en la época de estudiante, me propuso. Además, ayudó el haber hecho la tesis de grado con tres amigos más, dirigida por Fernando Beláunde Terry, sobre «Desarrollo regional del Perú en base al uso de las aguas del lago Titicaca». Yo estaba en París. Si no hubiera sentido lo que sentía, me hubiera quedado en París. ¡Qué maravilla irme a Puno! Estuve cuatro años en Puno en lo que fue un ensayo de regionalización muy especial, con una asamblea de delegados en la que, a los tres meses de haber llegado, me eligieron gerente general. Esa fue mi primera chamba en la vida: yo tenía veintitrés años y estaba a cargo de trecientas personas. En las pampas de Chipana trabajamos en integrar núcleos de familias para recuperar en la explotación agrícola tamaños que permitan la mecanización. Hicimos una revolución en Puno pero duró poco porque los políticos me sacaron: los hermanos Cáceres no veían con buenos ojos lo que estaba haciendo; les quitábamos territorio y me hicieron la vida imposible. Mi primera derrota fue esa. Estaba satisfecho con lo que estaba haciendo, pero me di cuenta de que esa lucha no tenía sentido. De hecho, las cifras sobre pobreza y todos los demás indicadores señalados por las teorías del desarrollo de las décadas de los años setenta y ochenta mostraban retroceso en vez de avance. Mi frustración había ido creciendo con la experiencia del gobierno de Belaunde. Venía a Lima casi una vez al mes, llamado por el presidente porque, a pesar de que mi designación no era de gobierno, yo cumplía una función pública. Le decía: «Presidente, hagamos esto» y él decía: «¿Qué carretera se puede hacer?»; «Presidente, no solo carreteras» y él: «Oiga, la carretera tal...». Terrible, una sensación de frustración de la oportunidad más linda que tuvo el Perú en esa época.

El fracaso rotundo de las políticas económicas y sociales de ese momento me hizo pensar que no había muchas esperanzas de progreso en el país. Debo reconocer

que hubo un periodo en mi vida en el que desapareció mi optimismo al ver que nada funcionaba. En los años difíciles, sobre todo después del velasquismo, me puse muy pesimista. No en el sentido de decir «me voy del país» sino en el de «voy a seguir remando pero aquí las cosas no van a salir. ¿Qué hago? Me dedico a lo mío; lo mío sí puede salir, porque eso lo puedo manejar yo, pero el país como país...». Estuve muy pesimista. Sin embargo, las cosas cambiaron.

Tú trabajaste veinte años en el sector público, incluido un periodo en el gobierno militar, con Velasco y con Morales.

Claro, más con Morales que con Velasco. 1968 me encuentra en Arequipa, manejando la experiencia regional de ORDESUR. Viene el golpe militar de Velasco y la ventaja de mi experiencia en Puno es lo que llamó la atención a alguna gente. Me llamaron al Instituto Nacional de Planificación diciéndome: «Este gobierno quiere hacer la regionalización en el país». Y acepté; no me importaba que fuera Velasco, quería hacer cosas por mi país. Además, a los inicios, no teníamos idea de lo que iría a hacer después. Querían regionalizar el país, no en la forma equivocada en que se ha hecho posteriormente. Trabajé dos años en eso, muy técnicamente. Fui al Consejo de Ministros para presentar el planteamiento de regionalización del país que con un grupo muy profesional habíamos hecho, y me acuerdo que Velasco dijo: «Eso es muy conflictivo; no se hace». Y no se hizo, hasta después de veinte años. Pero había una solución técnica que se hubiera podido aplicar en ese momento. Hablábamos de doce regiones, muy bien organizadas, con esquemas de integración. Un proyecto muy completo. Nada era político; el trabajo era tan técnico como el que podrías hacer ahora en una entidad descentralizada. No estaba muy de acuerdo con algunas cosas que pasaban. Además, en ese proceso el sector privado se debilitó y las posibilidades de trabajo para profesionales jóvenes desaparecieron.

La regionalización sí era un asunto conflictivo.

Era conflictivo, como es ahora. Pero había que hacerlo, como lo han hecho muchos países y se hizo aquí después, con la diferencia de que lo han hecho mal: ¡Veinticuatro regiones es una locura! El hecho es que estuve ahí y, después de unos años, Luis Barúa, gran peruano y muy amigo de Francisco Morales Bermúdez, me llamó en 1971 a COFIDE, que tenía a su cargo todas las empresas del Estado. Ahí sí sentí la influencia de la cosa política, porque COFIDE era un instrumento muy útil para el gobierno y el político lo que quiere son resultados de corto plazo. De ahí viene mi mala experiencia en el sector público: el manejo de las empresas del Estado,

que creo fue un desastre. En primer lugar, por la orientación política inevitable que tienen sus directivos: las órdenes vienen desde arriba. En segundo lugar, por la limitada capacidad de tomar decisiones; en la empresa hay que tomar decisiones rápidas cada día, para lo cual hay que tener cierta autonomía; era la lentitud absoluta. En tercer lugar, el temor a la Contraloría, que era real desde esa época: el temor a equivocarse y ser sancionado por errores nimios o propios del negocio. Las empresas no producían como debían, no alcanzaban sus metas. Por otra parte, surgió la idea de la propiedad social y con Ángel de las Casas contribuimos al experimento. Otro desastre impresionante. ¡Qué terrible! Apoyamos varios proyectos; la gente correcta quería hacer miles de cosas, pero el tema asociativo los restringía mucho. Vino la corrupción y las dirigencias corruptas. ¡Un desastre!

Las peleas internas también, ¿no?

Parte de lo mismo: hay mucho individualismo y ambición personal en las gentes. ¿Por qué la izquierda y en general muchos partidos políticos no progresan en el país? Los pleitos internos, las ambiciones incontroladas.

Quizás no debo extrapolar esta experiencia de la propiedad social, pero en nuestro caso no funcionó. Si bien no fui de la gente que adhirió a Velasco por convicción, primero entré a la función pública de una manera muy operativa, muy gerencial, y después me fui convenciendo de que había que dar tiempo y oportunidad a esta idea de la autogestión, a ver si funcionaba. ¡Un desastre! Autogestión y empresa pública, las dos cosas que me tocó ver de cerca fueron un desastre, un desastre absoluto.

Fallaron muchas cosas pero creo que la falla está referida a la naturaleza del ser humano. El ser humano busca libertad para crear y en la economía eso se traduce en la iniciativa privada, que sigue siendo el motor del desarrollo. Estoy convencido de que, bien regulada y dentro de un marco de solidaridad social y de redistribución a través de un buen sistema tributario y de un rol fiscal eficiente, la inversión privada no solamente es el mejor vehículo para la creación de empleo, sino que es lo que hace que la gente produzca eficientemente. Y, cuando estás en una empresa privada, tu ambición tiene un límite, el límite de la rentabilidad y de la supervivencia como empresa. No puedes ser muy ambicioso ni hacer tonterías porque te va a ir mal.

En el ámbito financiero se hacen tonterías y las puede pagar otro. Acabamos de verlo en las crisis de las grandes financieras.

Desgraciadamente es cierto. La pagas. Pero eso ya fue delito y monstruoso, por el impacto que esa gran crisis tuvo en el mundo, sin que sepamos de sanciones personales para los que especularon.

Una matrona limeña acostumbraba decir que «con Velasco los cholos se envalentonaron». ¿Ese fue el principal cambio del país, derivado de la revolución militar?

A pesar de que no tenemos todavía la perspectiva histórica para juzgar plenamente esa etapa, se puede aceptar que hay algo rescatable de esta experiencia en el plano social. Sin embargo, se cometieron abusos y errores garrafales, a través de una retórica inflamada, por los cuales estamos pagando todavía el precio. Aparte del tema de las libertades, el daño que se produjo al agro fue irreversible. Las grandes plantaciones que pusieron en manos de los trabajadores generaron no solo un desastre económico sino que se introdujo la semilla de la corrupción entre los trabajadores, que terminó por liquidar el experimento. Por otro lado, el Perú perdió su capacidad de capitalización. ¿Por qué, en términos económicos, el Perú se atrasó veinte años respecto al resto de países de América Latina? Porque este proceso cortó los mecanismos de acumulación de capital existentes y no pudo reemplazarlos eficientemente por ningún otro. Algo pudo haber cambiado en el plano social pero sigo pensando que se alentó el enfrentamiento entre peruanos y que el balance beneficio-costos para el país fue absolutamente negativo.

«EL GRAN PROBLEMA DE LA
ACCIÓN POLÍTICA EN EL PERÚ
ES QUE ES MUY FRUSTRANTE».

Te interesaste en la política, militaste en la democracia cristiana y colaboraste con el gobierno militar. Luego pareces haberte retirado de la escena política y al tiempo que en público has hablado poco de esa experiencia, te han interesado esfuerzos para combatir la pobreza, como CARE y otros. ¿Cómo ha sido esta evolución?

La preocupación por los problemas del país y el inconformismo frente a la situación existente, junto con mi formación social cristiana me llevaron a la acción política. Sin embargo, pronto descubrí que la política, entendida como una opción de vida integral y excluyente, no era para mí. Opté entonces, quizás sin darme cuenta, por lo que sería una constante en mi vida: mucha preocupación por los problemas del país, pero desde una posición de trabajo profesional, en áreas que contribuyan a su desarrollo. Esa fue mi manera de alcanzar el equilibrio. Aparte de mis tareas en la empresa, dedico tiempo a colaborar en temas de educación y desarrollo social.

Cuando joven, nunca pensé olvidarme de los problemas del país y dedicarme a hacer dinero. Creo que hice, con mucha motivación, lo que mi vocación me señalaba

en ese entonces, aunque veía a amigos prosperar en el sector privado. Después de Puno estuve cuatro años en Arequipa, manejando un experimento de desarrollo regional que incluía los parques industriales. Después de CORPUNO, fui gerente general de la Corporación de Desarrollo del Sur – ORDESUR, luego gerente de Planeamiento Regional en el Instituto Nacional de Planificación y después cinco años en COFIDE, primero como gerente general y luego como presidente. Realizar cosas era algo que podía equilibrar con mi vocación de servicio: era hacer cosas por el país. Esa fue mi manera de actuar, no la acción política directa. El gran problema de la actividad política en el Perú —y no critico a los que la hacen— es que puede ser muy frustrante.

Que sea frustrante depende de los objetivos que tengas.

Siempre los objetivos tienen que ser elevados. Es que si son bajos, mejor es no participar. Además, la frustración se puede generar por la vehemencia en ver resultados que a veces no llegan pronto.

Por el contrario, la empresa privada te ofrece la oportunidad de saborear el logro. Al principio no me animaba a trabajar en una empresa que creía era de corte familiar. No quería ser un ejecutivo con la limitada autonomía que en ese entonces caracterizaba a las empresas familiares. Después de convencerme de lo contrario, en 1980 ingresé a una empresa de gran prestigio en la que hemos podido desarrollar un modelo propio de una empresa capitalista moderna, en la cual logras el éxito empresarial y una contribución directa al desarrollo del país, con una distribución muy vasta del accionariado, en el que nadie tiene más del 10%. En este modelo de negocio capitalista, junto con buscar la legítima rentabilidad que corresponde al accionista, procuramos vivir la responsabilidad social como un importante eje de desarrollo, lo que ha permitido, entre otras cosas, mantener una política de relaciones laborales de gran armonía. No tenemos huelgas y mantenemos relaciones cordiales con el sindicato. En respuesta, el sindicato suele actuar con mucha responsabilidad. Cuando vino la crisis del año 2000 y la compañía tenía pérdidas, los gerentes nos bajamos el sueldo en 10%. Vino la dirigencia del sindicato para decirnos: «No nos podemos bajar el sueldo, pero podemos trabajar media hora más». Esto refleja lo que puede hacer una empresa cuando hay un manejo equitativo de las relaciones laborales. El principio de equidad hace que cuando los resultados van bien, a todos nos debe ir bien y eso la gente lo aprecia. A la vez, en época de crisis, todos, dentro de límites, debemos compartir el sacrificio. En resumen, lo hecho en 35 años en el sector privado me produce un profundo sentimiento de logro, que quizá no lo hubiera tenido en el sector público. Esta sensación de logro se aprecia al ver los resultados de una compañía que retribuye a sus accionistas, cumple con la ley, paga sus impuestos,

genera trabajo y de paso contribuye al desarrollo del país. Y creo que eso responde a una filosofía de trabajo con equidad y una constante actitud ética.

Pero es difícil hacer todo eso en un país como este, con dificultades que van desde el alcalde que quiere cobrarte una coima por poner un aviso en la puerta, hasta los límites en la capacidad de la gente que viene a trabajar, que se supone que tienen secundaria y no saben multiplicar o se supone que tienen un título universitario y te das cuenta de que no saben.

Es difícil, pero se puede hacer: lo hemos hecho. Esto no es obra mía, es la coordinación, la conducción de un grupo de funcionarios y servidores de primera. Nosotros no coimeamos a nadie; cero coimas aunque cueste mucho. No te olvides que el sector público es un cliente importante para nosotros. Pero lo logramos. Y hoy no solo se conoce nuestra posición en este tema, sino que ya se ha dado el caso de licitaciones a nivel regional o local, en que la extrañeza al saber que no nos presentamos por haber cosas raras desencadena una actitud de fiscalización.

¿Qué cosas sientes que no has podido hacer porque el entorno te lo impidió?

Desde el punto de vista interior de la empresa, muy poco. Lo que nos frustra a veces es no poder hacer más por limitaciones de las políticas públicas, excesivas regulaciones y las trabas burocráticas.

El tamaño de empresa también ayuda.

Pero no es solo eso. Nuestra pasión por el servicio es lo que ha logrado que los clientes nos prefieran. Esa preferencia se construye. Lo que quiero decir es que hay muchas experiencias exitosas en la actividad privada, basadas en el esfuerzo y el trabajo duro, aunque hayan existido diversos factores que han coadyuvado, obviamente. La calidad y competitividad que tengas en el mercado es lo que te va a permitir crecer; puedes optar por no hacerlo, pero tienes la posibilidad.

En alguna ocasión has dicho no solo que se puede servir al país desde el sector público y desde el sector privado sino que desde la empresa se puede contribuir más. Se puede, pero la pregunta para ti, un testigo privilegiado, es: ¿se contribuye? ¿Es falsa la imagen de un empresario peruano promedio preocupado solo de ahorrar costos —laborales, por cierto—, evadir o eludir impuestos pagando coimas a quien sea necesario y maximizar ganancias en el corto plazo? Puedes llamarlos malos empresarios, pero en muchos sectores del país se tiene esta imagen del empresario, como una persona centrada en sus propios intereses, a quien le importa poco el trabajador y le importa poco el país o solo le importan en la medida en que puede

sacar alguna ventaja. Si miras más allá de tu empresa, ¿no son esos los empresarios realmente existentes?

Creo que es falsa esa imagen. Es verdad que existen historias de malos empresarios, de todo tamaño, que evaden impuestos, pagan coimas y actúan casi al límite de la delincuencia. Desgraciadamente, esas historias son las que se publican, las que se difunden, pero caricaturizan el universo de empresarios que, calladamente, en forma seria, persiguen generar sus legítimas utilidades, en actividades legítimas. Esa leyenda negra no tiene nada que hacer con el común de los empresarios que no solo están creando puestos de trabajo, pagando sus impuestos, innovando para servir mejor a sus clientes, sino que además, más y más, están hoy día comprometidos con la responsabilidad social que los lleva a ser mejores empresarios dentro de su centro de trabajo y, a la vez, trascender esos linderos con activa presencia en temas ambientales, educativos y de tipo social.

Parte de esta leyenda negra se basa en la prédica equivocada de políticos y sindicalistas, de que el empresario es un ser antilaboral. Puede haber muchos abusos —¿dónde no los hay!— pero nadie puede dudar de que la empresa privada, a través de la inversión, realiza la mejor y más estable creación de puestos de trabajo. Cuando se producen reducciones de planilla es porque la empresa tiene que reducir costos frente a un descenso de sus ingresos y lo hace porque es la única manera de sobrevivir y, con eso, salvar otros muchos puestos de trabajo. No conozco empresario que se dedique a reducir personal por placer. Creo que la tentación de despedir se puede presentar cuando ciertos trabajadores actúan movidos por intereses que no tienen nada que ver con la empresa, cuando, a pesar de que la mayoría de sus compañeros no comparte su actitud, adoptan claras posturas antiempresa, sin motivo real. Dicho eso, creo que hay que reconocer que, muchas veces, los malos sindicatos son consecuencia de malas empresas, de mala gerencia. Además, puede haber injusticias pero para eso están las normas laborales que son protectoras del trabajador. Es más, a veces esta misma buena intención gubernamental de ‘apoyar’ al trabajador con excesivas regulaciones, produce el efecto contrario en el empresario grande y pequeño, quienes buscan formas productivas que no sean intensivas en mano de obra, con lo cual no se ayuda a la creación de empleo.

La mejor demostración está en la experiencia de los últimos años en el Perú. Al producirse altos niveles de inversión privada, se han generado impresionantes volúmenes de empleo productivo, con la consiguiente elevación de diversos indicadores sociales. Por otro lado, está demostrado que la informalidad no es responsabilidad de los empresarios y tiene mucho que ver con la existencia de normas fiscales y laborales que desaniman a los pequeños emprendedores.

En lo que respecta a las coimas, si bien constituyen una realidad persistente en nuestro país, creo que es muy injusto caracterizar al empresario a través de esta calificación. No voy a justificar de ningún modo esta práctica pero quiero señalar que, lamentablemente, la existencia de coimas y corruptelas es una práctica muy arraigada entre nuestros compatriotas y hay escalas. Coimero es el individuo que paga un sol para que le cedan un sitio en la cola. Está la coima de las malas autoridades o los malos empresarios. La cultura chicha o la de «Juan el vivo» están presentes en muchas ‘transacciones’ diarias de los peruanos. Y las regulaciones y la excesiva burocracia agravan el problema. Todos sabemos que el dicho «Crear dificultades para vender favores» define una manera de actuar muy común en la pequeña burocracia con poder. Y el empresario, grande o pequeño, se defiende. Pero, además, existe un escandaloso contexto internacional de corrupción que es impresionante. Ya no solo empresarios sino políticos de derecha e izquierda, incluyendo en España a los moralistas de Manos Limpias. Pareciera que el éxito lleva a la desesperación por obtener dinero rápido y abundante. Son temas que trascienden el análisis de empresa y que te llevan al campo de la sociología y de la filosofía.

Creo que en el Perú tenemos que luchar contra el corruptor y contra el corrompido. La simplificación de trámites administrativos y el mejoramiento del servicio a usuarios ayudarán en forma definitiva, sobre todo a los más humildes que no se pueden defender, al pata que paga por la cola. Uno de los empleados que me dice: «Ingeniero, me tienen dos horas en el Seguro Social y he tenido que dar diez soles para que me pasen». ¡Cómo puede ser eso! Es la gente que sufre más con la corrupción.

El cambio más importante tiene que venir con una educación que infunda valores a los jóvenes. Esa es la tarea del futuro. Mientras, ¿qué hacemos? Los empresarios que queremos hacer las cosas bien estamos trabajando en dos direcciones; el ejemplo de operar con una política de cero coimas y la prédica acompañada de acciones como suscripción de códigos de conducta por empresa y por gremios. Existen instituciones empresariales como Confiep, Perú 2021 y Proética, que están muy activas en esta labor.

¿En las relaciones laborales has sentido o te has encontrado con eso que se acostumbra llamar resentimiento social, esto es, gente que están tratando de cobrarte una factura que no es tuya sino que le viene de una experiencia negativa?

Por lo general, el trabajador de la empresa es serio, responsable y aspirante. Solo en la época del terrorismo tuvimos en la empresa a dos trabajadores que resultaron ser activistas de Sendero Luminoso. Y cuando los despedimos porque le prendieron fuego a un depósito de repuestos, cosa que fue demostrada, tuvimos que reponer a uno por disposición judicial. Tuvimos que aislarlo, hasta que cayó preso posteriormente,

poniendo bombas. Creo que todavía está preso. Pero fuera de esos casos aislados, no hemos sentido en general esa actitud de resentimiento social. Es cierto que muchos trabajadores vienen de medios humildes con malas experiencias. Pero encuentran en la empresa un ambiente diferente, con respeto, programas de educación y promociones periódicas. Ven un trato diferente —somos muy transparentes en la información, les explicamos por qué sí podemos atender algunos pedidos y no otros— y supongo que eso los hace cambiar.

Hace muchos años escuché a Nick Asheshov, el hombre de *Peruvian Times*, decir: «En todas partes importa conocer a alguien; en el Perú es lo único que importa». Desde tu experiencia profesional y laboral exitosa, ¿cómo reaccionas a esa tesis?

Creo que mi buen amigo Nicolás quiso hacer una caricatura ácida del país. Así como con aquella frase de Martín Adán, «En todas partes se cuecen habas, pero en el Perú solo se cuecen habas», estamos frente a expresiones hiperbólicas que magnifican y distorsionan fenómenos reales y que antes pudieron tener mayor vigencia. Pero el Perú ha cambiado mucho. Ha dejado de ser la chacra de unos cuantos, como se definía en otros tiempos, para ser un país de emergentes; ellos son los verdaderos actores del desarrollo del país. Si hablamos de las grandes empresas, la eficiencia y la productividad han dejado de lado los contactos como mecanismo para hacer negocio. En el mundo de los emergentes, si bien los contactos valen, no llegan a ser determinantes. En todo caso, hay que quitarle esa connotación elitista y utilitaria al término y aceptar más bien que vivimos en un mundo en el que es muy importante el *networking*. Hoy día el contacto te sirve para hacer negocios, pero no es el mecanismo decisivo porque, a la hora de la verdad, lo que prima es la eficiencia, los costos o el servicio.

«LA POBREZA HAY QUE MEDIRLA
EN EDUCACIÓN, SALUD
Y QUIZÁS VIVIENDA».

Hace año y medio apareciste en un diario con esta declaración: «Todos tenemos que estar muy optimistas en el Perú» y pareciste restar importancia a la inseguridad y la corrupción. Eres de la minoría de peruanos que profesan ese optimismo. ¿Qué te lleva a ser optimista?

Soy optimista por naturaleza. Quizá la base está en entender la vida desde una perspectiva teísta, de fe en Dios, que te permite encontrar significado a muchas cosas, descubrir la belleza de la vida con todas sus imperfecciones, gozar de alegría con muchas

cosas simples, aceptar otras que de otro modo serían inaceptables, obtener fortaleza para superar obstáculos, desarrollar confianza absoluta en que puedes salir adelante, individual y colectivamente.

Sí, sigo siendo optimista en el Perú. Y quizá más que antes, después de comprobar en estos últimos años que podemos progresar, reducir la pobreza, mejorar la educación. Como te dije antes, hubo una época en la que fui algo pesimista. Pero, sin regresar al análisis político de lo que ocurrió, creo que es innegable que las cifras muestran hoy a un Perú diferente, que a pesar de todo lo que falta por hacer, no creí poder ver durante mi existencia. Los indicadores de nuestro país en los últimos años, con todas las observaciones que quieras hacerle al modelo económico, son irrefutable evidencia de que el peruano vive mejor que antes.

¿Por qué el optimismo? Entiendo que hay gente que por x razones es optimista o tiende a ser más optimista. Pero en esta conversación has dicho que tu paso por el sector público terminó como una experiencia de aprendizaje muy frustrante en el sentido de lo que no podías hacer. Y el sector público, para mal o para bien, es responsable del conjunto del país. La empresa privada no puede resolver los problemas del país; los resuelve, o no, el responsable del conjunto social. O es el Estado o no es nadie. Pero incluso tratándose del sector privado, dijiste: «Se puede hacer; en esta empresa lo hemos hecho». Cuando miras más allá de Ferreyros, ¿sigues siendo optimista?

Es una actitud mía. Sé que hay problemas muy serios. En la época del terrorismo, durante cuatro años tuvimos que enfrentar, como casi todos, una situación de cuasi guerra. El MRTA secuestró a uno de nuestros funcionarios durante varios meses. La empresa, como muchas, vivía acosada y tuvo que invertir mucho en seguridad. Era como para salir corriendo, pero no lo hicimos, porque creíamos en el país.

Las cosas han mejorado sensiblemente, tanto en el Estado como en el sector privado. Hace poco, en el Concurso de Buenas Prácticas en Gestión Pública pudimos comprobar cómo cientos o miles de funcionarios públicos se esfuerzan diariamente por mejorar la forma en que sirven al ciudadano. Pero es cierto que falta mucho: seguimos teniendo un Estado disfuncional, en un país con una alta informalidad y muy baja institucionalidad. Tenemos que seguir trabajando, todos, ciudadanos y gobernantes. Sin embargo, se aprecia la mejoría. No sé si tú, que vienes periódicamente, puedes percibir esto. Te vi en una entrevista hace un año, en televisión, en la que dijiste que eras pesimista respecto al Perú. Muy respetable, por lo demás, porque es una óptica desde fuera.

Y también de temperamento, probablemente.

Puede ser. Acaso estemos contrastando temperamentos.

El problema de pobreza no es solo un problema de ingresos, de capacidad de acceso al consumo; es un problema de acceso a los servicios básicos. La pobreza hay que medirla en educación, salud y quizás vivienda. Creo que todos apreciamos que la pobreza se ha venido reduciendo en los últimos años. ¿Que hay desigualdad económica? Claro que la hay, pero mucho menos que antes. Si la tendencia fuera regresiva, sería preocupante. Pero la tendencia es positiva y se puede demostrar si miras la evolución del índice de GINI. La creación de empleos, que viene con la inversión, es el gran mecanismo para reducir las desigualdades, pero además el Estado tiene que hacer su trabajo a fin de entregar servicios de igual calidad a toda la población. Hay sustento para el optimismo. Pero si no crees que se puede, te queda el recurso de salir del país.

Es lo que hice yo.

Y es una decisión muy respetable. Pero yo sí creo que nuestro país tiene un gran futuro y ese convencimiento es algo que hay que contagiar. Estoy gratamente sorprendido, por ejemplo, de lo que en educación están haciendo tanto el Estado como algunos empresarios. Existe el convencimiento de que mejorar la educación es fundamental para el país. No solo creando escuelas privadas para sectores que nunca tuvieron acceso a la calidad sino colaborando, apoyando para mejorar la educación, a todos sus niveles. El caso de la recientemente creada Universidad de Ingeniería y Tecnología-UTEC es un ejemplo de lo que te digo. Como un empresario de gran visión ha logrado convocar a otros empresarios y a varias universidades del exterior para crear un centro de enseñanza e investigación de nivel mundial. ¡Lo que está haciendo en términos de creación de talentos jóvenes! El 60% de los ingresados a UTEC son gente que viene de colegios públicos, a los que hay que darles becas para que vivan. Brillantes muchachos. ¡Cómo no te va a dar optimismo ver que eso está dando resultado! UTEC ha traído a un número de doctores (PhD) peruanos, que trabajaban en universidades americanas, para que sean parte del *staff*. Y están trabajando en programas novedosos con estos chicos. Eso no lo hace el gobierno; lo hacen empresarios. Estamos en un país mejor que el que dejaste hace treinta años, mucho mejor.

Depende de cómo lo midas. Cuando miras los resultados de las pruebas PISA de los chicos, el Perú está hasta el...

Eso es lo que nos obliga a hacer, hoy día, un esfuerzo más grande y más permanente en educación, porque creo que lo que se hizo antes no fue suficiente, estuvo equivocado o no perduró. El actual ministro de Educación ha entendido que, para empezar, hay que re-dignificar el rol del maestro, al que hay que devolver su dignidad y prestigio. A partir de allí hay otras cosas, muy acertadas a mi manera de ver, que se están haciendo y a las que, con constancia, hay que darles tiempo para que muestren resultados.

En el Perú hay una constante prédica antiestatal; algo así como «cuanto menos Estado, mejor». Me parece que tú no suscribes esa postura. ¿Cómo ves el papel y las responsabilidades del Estado en un país como este, haciéndose cargo de las debilidades y vicios que padecen las instituciones estatales?

Creo en un Estado fuerte, con presencia en todo el territorio, llevando a toda la población los servicios necesarios y vitales como educación y salud, ejerciendo la autoridad y la justicia, controlando la delincuencia, regulando las actividades monopólicas y promoviendo el bien común, dentro de una economía social de mercado. No creo en el mercado puro, el mercado de los ultraliberales, porque debe existir un cierto nivel de regulación, sin que asfixie la iniciativa privada. Tampoco creo en un Estado 'grande', lento por su tejido adiposo, regulando todas las actividades, ejerciendo actividades empresariales donde es a toda luz ineficiente.

Pero estamos lejos de ese Estado en el que crees, ¿no?

Estamos lejos, aunque se ha avanzado mucho, si miras el progreso relativo. Todavía tenemos niveles altos de pobreza, que debe ser el indicador más importante del progreso. Pero la principal razón es porque hay gente a la que no llega el Estado. Creo que gran parte de esos bolsones de votos de izquierda que se repiten cada año, son simplemente votos de protesta. Son muy legítimos en la medida en que expresan un estado de ánimo de la gente. Creo que es un error pensar que todos son votos antiderecha, antiempresa. La gente está fastidiada con un Estado que no cumple con darle lo que tiene que darle. ¿Por qué se exige a la empresa minera que haga las obras que son de naturaleza pública? La empresa minera tiene que pagar sus impuestos, crear empleo y respetar las leyes sociales y las leyes de medio ambiente. No tienes por qué pedirle a la empresa minera que ejecute obras públicas o provea el agua y desagüe a comunidades aledañas. Es el Estado. Cóbrale a la empresa minera, implacablemente, los impuestos y, con esos recursos, tú, Estado, haz lo que tengas que hacer. Es el Estado lo que está fallando y está fallando, en parte, porque hay diferencias ópticas: unos creen que el Estado debe hacer todo y otros creen que el Estado no debe hacer nada.

Los que creen que el Estado debe hacer todo están en extinción, aunque de vez en cuando se les escucha.

Dinosaurios del siglo pasado. Todavía hay políticos que no están muy lejos de eso.

Creo que Verónica Mendoza, por ejemplo, está un poco más modernizada.

He visto sostener cosas que en los países socialistas de Europa ya no sostienen. Esto del Estado empresario, otra vez.

¿Por qué el hermetismo de algunos grandes empresarios? Comprendo la necesidad de guardar un perfil discreto pero no la renuencia a expresar públicamente opiniones y dar a conocer sus puntos de vista. Lo he experimentado a propósito de la preparación de este libro: recelos y cautelas, temores y retracciones. ¿Cómo lo explicas?

No comparto esa posición. Probablemente hay una cierta resistencia a ventilar sus ideas en temas que no se refieran directamente a la actividad en que se desempeñan. Esto es entendible en un país en que todavía se sataniza la discrepancia. Hay mucha suspicacia, porque se piensa que van a criticarte por tu manera de pensar y dicen: «¿Para qué me expongo a que me critiquen? Yo tengo mi manera de pensar y no quiero que las discrepancias puedan afectar mi negocio». En otros casos hay una cierta preferencia por el perfil bajo, con la cual he estado yo siempre de acuerdo y de la cual me aparto, espero por esta única vez, con esta entrevista. Siempre he sostenido que el empresario debe promover la presencia pública de su empresa, no su figuración personal. Finalmente, puede haber cierto temor a la deformación de las entrevistas por parte de personas que quieren torcer las respuestas para sustentar una idea preconcebida. Pero eso es un tema de la calidad del entrevistador. Y obviamente no es tu caso.

Pero no les interesa comunicarse; esto es lo que me sorprende. En otros lados los empresarios, aparte de defender sus posiciones y de protestar cuando se sienten afectados por algo —lo que la Confiep siempre hace acá—, aprovechan la ocasión de expresar puntos de vista más generales.

No creo que sea exacto aquello de que los gremios se expresan solo para protestar. Creo que tienen una permanente presencia pública en temas de interés nacional. Pero, claro, suelen ser planteamientos institucionales. El presidente de Confiep y otros directivos están permanentemente haciendo declaraciones orientadoras de la opinión. En el caso de empresarios individuales, probablemente, hay una cierta resistencia a ventilar ideas en temas que no se refieran directamente a la actividad que desempeñan.

He oído una versión, de las que uno escucha cuando habla con los amigos en Lima, según la cual frente a la segunda vuelta electoral de 2016 surgió entre los empresarios una corriente que sostuvo que Keiko Fujimori era preferible porque tiene un aparato político y tendría un mejor manejo de los conflictos ahí donde surjan. Y que, en cambio, PPK no tiene aparato político y en consecuencia no va a poder manejar las cosas. No parece un argumento despreciable. ¿Pero no están privilegiando su propia seguridad, cuando en una elección presidencial hay otras cosas de por medio?

La actividad política, como cualquier otro acontecer público, suele generar reacciones muy subjetivas, muy vinculadas al impacto que tal acontecimiento pueda tener en cada quien. Por tanto las opiniones que te van a dar racionalizan la propia posición tomada.

En esta campaña electoral ha habido una cierta polarización, incluso entre los empresarios, lo que puede haber dado lugar a los comentarios que has recogido.

Lo importante es que todos colaboremos en la solución de los problemas que tenemos por delante: la inseguridad, la corrupción, las ausencias del Estado en partes del territorio, el mejoramiento de la institucionalidad democrática. Siempre me gustó la frase de Basadre: «El Perú es más grande que sus problemas». Los peruanos tenemos recursos y talento. Y muchas ganas... Nos falta ponernos de acuerdo en algunos conceptos y educar mejor a nuestra juventud. Que la ética del trabajo propia de los peruanos nos permita desarrollar la solidaridad. Si uno mira alrededor, se da cuenta de que vamos en la ruta correcta. Hay que persistir con más énfasis en lo social. Creo que los logros de estos últimos años ayudan. La reducción real de la pobreza y el crecimiento real de la clase media son hechos incontestables. Y creo que esto puede generar avances impresionantes en la educación de los jóvenes de esos sectores emergentes. Sigo pensando que la educación es la mejor forma de resolver las desigualdades existentes en el país.

ALBERTO GÁLVEZ OLAECHEA:
**«NO ME SIENTO ARREPENTIDO DE LA OPCIÓN, DE LA LUCHA,
DE LA ASPIRACIÓN Y LA BATALLA POR CONSTRUIR
UNA SOCIEDAD MEJOR»**

Has hecho notar tu coincidencia con Mario Vargas Llosa al señalar, como él, que «muchísima gente proba y decente prefiere cerrar los ojos e ignorar el país que somos, con todos sus conflictos y desgarramientos»¹. Basadre decía que el Perú es un país de arena, que periódicamente se remueve y lo anterior no existió. ¿Por qué crees que esto se ha repetido a lo largo de la historia nacional?

El tema de fondo es que la fractura colonial nunca ha terminado de resolverse. Entre las élites gobernantes —en lo económico, en lo político, etcétera— y la población hay distancias fuertes, que no son solamente económicas, que no son siquiera principalmente económicas. Eso marca. Mariátegui lo decía hace casi un siglo: la burguesía china es nacionalista, tiene conexiones con su gente; la gente del campo, de la ciudad, la gente pobre, son culturalmente chinos. En el Perú, no. Las distancias que existen entre alguien de Miraflores y alguien de Chumbivilcas no son solamente económicas. Son mucho más profundas. Esa fractura que no se ha resuelto, que está ahí y rebrota constantemente, hace que estos sectores no se sientan en disposición de establecer algún puente con alguien que no sea de su propio entorno.

Pero en los últimos cuarenta años el asunto es más llamativo por dos razones. Primero, porque hubo el remezón de la revolución militar: recordó a los de arriba que existía el Perú y que el Perú no eran solo ellos. Segundo, porque esta población ignorada, a la que los sectores dirigentes se pusieron de espaldas, ha adquirido cierta personería, cierta voz, cierto protagonismo, que no tenía. Lo que hubo antes, durante muchos años y salvo erupciones sociales esporádicas, fue una suerte de aceptación de la sumisión, de la imposición, cierta resignación social.

¹ Alberto GÁLVEZ OLAECHEA, 2015. *Con la palabra desarmada. Ensayos sobre el posconflicto*. Lima: Fauno (p. 139).

Eso ya no existe en el país. Las condiciones son mucho menos favorables para estar de espaldas al país. A diario hay conflictos y reclamos. Los conflictos de las mineras expresan que, por las razones que fuere, hay gente que no quiere las minas. Pero, en vez de reconocer el hecho, se prefiere pensar que todo es un conjunto de agitadores. ¿Cómo explicar esta cerrazón que sigue prevaleciendo?

La élite más poderosa del Perú ha tenido, históricamente, mucho miedo de esta población; pero en los últimos tiempos tuvo más miedo con Velasco y con la insurgencia. Dos grandes momentos de miedo; miedo de que hubiera cambios. No voy a juzgarlos moralmente, no voy a sostener ahora si fueron buenos o malos, pero eran apuestas por cambios profundos. Eso trastocó a la élite; los desequilibró. Después de los grandes miedos, vienen las grandes venganzas; casi siempre ocurre así. Las revoluciones trucas producen respuestas generalmente muy brutales, mucho más brutales de las que pudo haber suscitado la revolución misma. La Comuna de París fue un levantamiento que terminó a sangre y fuego. Tenemos, más cerca, el caso de Allende en Chile. Cuando las élites se sienten amenazadas primero y victoriosas después, suelen ser muy virulentas, desde su sentimiento de un designio cuasi divino de su condición de élite dominante.

Escribiste en 2012: «En el Perú la guerra interna se mantiene [...] la democracia de posguerra heredó un espíritu de cruzada y un rencoroso ánimo vengativo». ¿Estamos todavía en la etapa de la venganza?

Sí, creo que estamos en la etapa de la venganza. Eso se refleja también en el plano político electoral. Parte —no digo todo—, pero parte del éxito electoral que tiene el fujimorismo proviene de eso.

Sin embargo, en 2016 el éxito electoral del fujimorismo ha sido mayor en los sectores D y E, los sectores más bajos económica, social y culturalmente. A diferencia de lo que ocurre en los sectores más altos, donde Kuczynski obtuvo mayor respaldo. El fujimorismo, más que la reacción de un sector dirigente amenazado, expresa socialmente otra cosa...

Efectivamente, allí está un sector de la población pobre del Perú que se vio muy afectado por la violencia y, mal que bien, Fujimori puso fin a esa violencia, con métodos que uno puede juzgar como quiera, pero finalmente terminó. Porque la gente puede sobrevivir en pobreza, pero la incertidumbre que produce la guerra es brutal. Esos campesinos eran pobres y después del conflicto no solo eran más pobres que antes, sino que a las mujeres las violaron, a los jóvenes los mataron o desaparecieron, se convirtieron en poblaciones desplazadas: un cuadro humano de lejos mucho

más dramático que la pobreza que tenían. Sectores de esas poblaciones, de una u otra manera, se han conectado con el fujimorismo. Ese es un elemento muy fuerte, pues la política de clientelaje del fujimorismo tuvo una dimensión contrainsurgente esencial. La insurgencia terminó pero el método permanece, con toda su eficacia.

El otro elemento que pesa mucho en el éxito del fujimorismo —creo que es un espejismo— es que se ha logrado introducir la idea de que la lucha contra la inseguridad ciudadana requiere una mano dura que ponga orden. Esa es la otra pata. Quienes más sienten, quienes más viven en lo cotidiano la expresión delincinencial, son estos sectores que están más abajo, que no pueden enrejar sus calles, que no pueden contratar sistemas de seguridad privados especiales. Ellos tienen mucho más atravesado este tema. Su idea de orden, vinculada a un proyecto autoritario, está arraigada.

Has sostenido que no ha existido «un efectivo propósito de reconciliación» luego de concluido el conflicto armado. ¿De parte de quién, solo de la dirigencia del país o también de un importante sector de población que algunas encuestas sugieren que es mayoritario?

En general, no hay un ánimo de reconciliación por diversas razones. Primero, porque en el caso peruano hay una carga muy fuerte de violencia de parte de las fuerzas insurgentes, que no ha habido en otras partes de América Latina. Aquí no voy a hablar de las evidentes diferencias entre Sendero y MRTA, porque para el común de la gente esos matices ni les van ni les vienen: ven todo como terrorismo y punto. El peso de responsabilidad que tienen las fuerzas insurgentes, y que se refleja en cifras, es demasiado grande. En El Salvador o en Guatemala el peso de la responsabilidad en violación de derechos humanos fue de los entes públicos, del Estado, en más del 90%, y las fuerzas insurgentes tuvieron alguna responsabilidad de un orden menor del 10%. Aquí es al revés. Pueden discutirse las cifras pero es casi mitad-mitad. Obviamente, eso es lo que la gente ha percibido; no es algo que alguien inventó. Sobre esa base de experiencia de la gente es que funcionan las campañas de los medios, los psicosociales. Eso hace que el ánimo reconciliador sea mucho más difícil. Segundo, el otro elemento a tener en cuenta es que la derrota de las fuerzas insurgentes fue muy rápida y muy profunda. ¿Por qué habría que reconciliarse con alguien que prácticamente estaba neutralizado?

No fue tan rápida, ¿no?

Rápida en el sentido de que se produjo en un lapso breve. El viraje se produce en 1992, en meses. Tarda un poco más en consolidarse, pero podemos definir un momento: tanto para el MRTA como para Sendero es 1992; mayo-junio y setiembre-octubre.

Son los meses donde detienen a Peter Cárdenas, a Víctor Polay, a Abimael Guzmán, a Elena Iparraguirre, a Martha Huatay; a los cuadros más importantes de la máxima dirección. Obviamente, la captura decisiva fue la de Guzmán, no solamente porque le quitaba a Sendero su principal líder sino porque produjo una conmoción psicológica a nivel social. No solo fue operativa, sino muy profundamente simbólica. Era un hombre de carne y hueso; existía y ahí estaba. Eso crea ese ánimo poco reconciliador.

«LA RECONCILIACIÓN
ES UNA ASPIRACIÓN
Y HAY QUE BUSCARLA».

Me pregunto: ¿dónde ha habido reconciliación? ¿Era posible la reconciliación o es un alarde retórico?

En realidad, la reconciliación en un sentido más amplio es un proceso histórico generalmente largo y no siempre conclusivo; no siempre logra, finalmente, resolverse del todo. España sigue hasta ahora con sus problemas de la guerra civil y ha pasado más de medio siglo. La reconciliación es una aspiración y hay que buscarla. No es algo puramente subjetivo, es un hecho de voluntades, de cómo se van construyendo los mecanismos, las instituciones, las normas que ayuden a que ese proceso camine tendencialmente, aunque sepamos que el punto final va a ser demasiado lejano.

Ahora se negocia la paz en Colombia, como se negoció la paz en El Salvador o Guatemala. Un capítulo importante de esas negociaciones de paz, por parte de los dos sectores, es qué hacer con los desmovilizados, la gente que estaba en armas y que, como parte de esa negociación, va a dejar las armas; por lo tanto, habría que abrirle un espacio en la sociedad para que se reinserte. Un hombre o una mujer que a los dieciocho o veinte años entró a la guerrilla y ahora tiene cuarenta, toda su experiencia vital es militar; cómo desmovilizas física y psicológicamente a esa persona y cómo la capacitas para que pueda desenvolverse en un contexto de civilidad. Eso fue puesto en la agenda en El Salvador y Guatemala —no sé si fue exitoso— y hoy lo está en Colombia: cómo se generan proyectos económicos, cooperativas, qué se yo. En el Perú no solamente no hay una agenda sobre ese tema, sino que el que sale de la cárcel está absolutamente estigmatizado. Y las leyes apuntan a que no pueda entrar en la administración pública, a que no pueda entrar al magisterio, a que se le estigmatice.

Estás comparando lo que no se puede comparar porque en los casos de El Salvador, Guatemala y Colombia, se llega a la paz como resultado de un cierto equilibrio de fuerzas. El caso salvadoreño es el más claro en ese sentido; en el caso guatemalteco había una especie de cansancio de las dos partes, pero los tipos estaban en armas, no estaban presos. Y el caso de Colombia es igual. Hace un momento te referiste al peso de la derrota, como venganza. Estas comparando tres casos en los cuales se llega y se negocia un acuerdo como salida a una suerte de empate, con un caso en el cual lo que hubo fue vencedores y vencidos.

No digo que acá tengan que hacer lo mismo. Obviamente, la circunstancia es diferente. Simplemente, pongo como ejemplo por qué allá eso sí entra en la agenda y por qué acá no. La causa es que allá hubo una forma de salida negociada y acá no la hubo; no fue necesario negociar: ¿para qué vas a negociar con alguien que ya está vencido, está inerme y socialmente está estigmatizado? Ahí es donde se deja pendiente el tema de reconciliación —el cual queda un poco en el aire—, quizás únicamente como propósito humanitario de un sector, más por razones éticas o religiosas que como parte de una dinámica política de las fuerzas que se mueven en ese sentido.

Pero tampoco hay una dinámica social en esa dirección.

No, ni política ni social.

En un balance de la guerra interna has escrito: «Todos nos hemos empobrecido, vencedores y vencidos», y añadiste: «Lo que en verdad se ha rearticulado con mucha fuerza y capacidad de acción política es el autoritarismo». Los resultados electorales de 2016 presentaron a una Fujimori que no alcanzó mayoría y a quienes podemos considerar fuerzas de izquierda —sumando forzosamente a Mendoza y Santos— con algo más de 20% en la primera vuelta. ¿Estos resultados te hacen matizar el juicio sobre la rearticulación del autoritarismo?

Las tendencias se modifican en el tiempo; no son estáticas. El juicio que citas fue escrito hacia fines de 2011. Han pasado cinco años y hay ciertas cosas que han ido cambiando en el Perú, aunque no radicalmente. El tema subversión no es ya el tema central en la agenda política, salvo en su uso como arma psicosocial. Ya no tiene el peso que tuvo hacia fines del siglo pasado; diría que, salvo para los que viven en el VRAEM, este ya es un tema de historia. Incluso en las campañas electorales ese tema no ha estado tan presente. Hoy en la opinión pública están más presentes otros temas, como el de la seguridad ciudadana.

Cuando en Arequipa Keiko tuvo una contramanifestación y Joaquín Ramírez les gritó «terrucos» a los contramanifestantes, Keiko pidió disculpas. Esto muestra un cambio.

Claro, como su discurso en Harvard, en el que suscribe lo dicho por la Comisión de la Verdad. Sea por táctica, por pose, por oportunismo, ella se siente forzada a plantear algo diferente. El tema subversión no está ya en el centro de la agenda y hay más espacios para que fuerzas de izquierda puedan articularse, asumir algún nivel de representación de ciertos movimientos sociales. Esa es una tendencia que se va a mantener y depende de cómo se mueva la izquierda. Ahora sería menos categórico de lo que dije, pero sí creo que hay sectores que tienen muy vivo el conflicto interno, muy presente. No creo que sean mayoría y su sentimiento me parece que no es mayoritario. En mi experiencia personal eso se refleja en que cuando salí en libertad prácticamente nadie me tomó en cuenta; lo cual para mí ha sido un alivio porque yo temía mucho las reacciones. Quizás pecho de optimismo en esta apreciación.

Temías que la venganza continuara.

Exactamente. Y cuando Peter Cárdenas salió en libertad hubo reacción, pero no fue tan fuerte como pensé que iba a ser. Y no duró demasiado tiempo.

En parte él propició una reacción con esa entrevista de Augusto Álvarez en televisión. Me llamó mucho la atención que diera esa entrevista.

A mí también me habló Augusto Álvarez para una entrevista, pero preferí no darla; quizá lo haga más adelante, si las circunstancias lo exigen. Pero me pareció que presentarme podría ser tomado más como una provocación que una contribución a que los ánimos se sosieguen. Porque las lecturas no siempre son las mismas; yo puedo ir con la mejor buena voluntad y la gente lo puede sentir como un acto de arrogancia.

Además, para los sectores más agresivos en este tema, no importa lo que digas ni importan los argumentos que des: tú representas algo para ellos y es suficiente. Lo que puedas tratar de transmitir no va a ser apreciado ni comprendido. En relación con esto, traigo una cita tuya anterior, de 2001: «En las heridas abiertas de los vencidos estará por siempre el fermento de las futuras rebeliones». Eso es apocalíptico. ¿Sigues pensándolo?

Tal vez soy menos categórico, pero creo que en la gente hay rabias, broncas que se mantienen y que, si de una u otra manera no se les da un cauce... es riesgoso.

Te referiste a la guerra civil española, cuyo desenlace —salvando todas las diferencias— es similar al del caso peruano porque un sector derrotó al otro. No hubo acuerdo ni muchísimo menos y la posguerra fue más feroz todavía, como una etapa en la cual eso que tú llamabas la venganza es una política de extirpación de todo lo que pudiera ser rojo, comunista, procomunista o favorable. Sin embargo, creo que España aprendió algo de la guerra civil y es que no podían volver a repetirla: la lucha armada, no más. Y uno lo siente cuando, en determinados momentos, el debate político llega a cierto punto y se detiene: que la sangre no vuelva a llegar al río. Es frecuente oír hablar de las dos Españas, lo que alude a la guerra. Pero parecería haber una lección aprendida: la lucha armada, el enfrentamiento armado, nunca más. ¿Crees que esa lección está aprendida en el Perú?

Para muchos, para la mayoría, sí. Pero percibo un discurso radical que se mantiene en ciertos sectores de esta izquierda tan diversa como es la peruana. Ya no se puede hablar de un Sendero; son varios. Antes era el sector «proseguir» y el sector «acuerdo de paz»; ahora cada sector se ha subdividido en varias vertientes. Hay algunos que todavía tienen un discurso muy duro: reivindicar a Stalin o mantener el maoísmo.

¿MOVADEF está en eso?

No, MOVADEF no, pero hay quienes sí. Y no son pocos.

En la izquierda en general a veces hay cosas que sorprenden. Vi un trozo que circuló en redes —no he visto todo el video porque no lo tengo— de un reciente acto conmemorativo de la fundación de Vanguardia Revolucionaria. Mi sorpresa no fue ver a Ricardo Letts haciendo un espectáculo que tiene que ver, seguramente, con su edad. Mi gran sorpresa fue ver a Antonio Zapata destacando la figura de Julio César Mezzich, que fue un militante de Vanguardia Revolucionaria y terminó siendo un militante de Sendero. Me tomó totalmente de sorpresa que alguien como Antonio Zapata, que es un hombre integrado en la vida democrática, de pronto, salga con esto. ¿Qué ves en este tipo de cosas, te parece representativo de algo?

Hay una tradición en el Perú a la que, a todos los que venimos de esta historia, nos resulta difícil renunciar. A todos no; es mejor decir a muchos. Hay una identificación que yo diría que más que política, es emocional.

Lo emocional también es político.

Claro, pero es menos racional. Por ejemplo, el Che es un personaje de la guerra y, sin embargo, emocionalmente quien se siente inconforme con esta sociedad injusta puede establecer cierta conexión... yo sigo sintiendo ciertas fibras de afinidad.

No tanto con su proyecto armado, que fue un fracaso, pero sí con esa coherencia vital, con esa virtud que mostró un hombre que, en medio de tantos sinvergüenzas y oportunistas, murió por lo que creía. Eso es lo que está muy presente en la izquierda o por lo menos en ciertos sectores de la izquierda del Perú. No lo veo tan malo, porque si algo se produjo en los últimos veinte años del siglo pasado, y se mantiene, es que la política se mercantilizó y se pervirtió ferozmente. Eso pasó con mucha gente de izquierda. Creo que recuperar el sentido ético, el compromiso, esa militancia sacrificada por causas que iban más allá de las ventajas personales... esa es, de una u otra forma, la reivindicación y la apuesta en la que están actualmente algunos compañeros de la izquierda, intelectuales, activistas políticos y muchos jóvenes. En muchos de los jóvenes que han entrado en la campaña del Frente Amplio veo esa búsqueda de otros referentes, de ciertas conexiones con la historia para darle sentido a su quehacer político actual.

Entiendo la argumentación. Tienes razón: la política tiene un factor emocional importante, que es válido; la política no tiene que ser solo racional. Pero la política también es comunicación. Cuando dices algo en política no solamente transmites un sentimiento; eso lo hacen los artistas. En política transmites mensajes: resaltar a Mezzich no es equívoco; es un mensaje en otra dirección.

Sospecho que si Antonio Zapata hubiera sabido las derivaciones que podía tener ese mensaje, nunca lo hubiera dicho. Pero todo entra a internet y puede buscarse; tienes equipos que están escudriñando todos los flancos débiles. Probablemente, si no hubiera sido Verónika una candidata presidencial exitosa, ese video hubiera pasado al olvido, nadie se hubiera enterado de él.

En tu presentación ante la CVR, en 2003 pusiste en duda que la ‘nueva izquierda’ de los años setenta llegara a representar a los nuevos actores sociales y señalaste esta táctica repetida —que me parece un punto clave para entender la izquierda de ese momento—, de «llevar cada conflicto social a la máxima confrontación posible» por «una militancia partidaria que esterilizaba el pensamiento»². Estos señalamientos no son frecuentes ni han sido compartidos públicamente por quienes hoy representan la tradición de izquierda en la escena, que no han hecho una crítica de la acción político-social a la que te referiste en esa cita. ¿Tienes la impresión de que la izquierda, heredera de esta tradición, todavía mantiene esa táctica en su actuación política? Por ejemplo, en los conflictos medioambientales, donde hay gente

² Alberto GÁLVEZ OLAECHEA, 2015. *Con la palabra desarmada. Ensayos sobre el posconflicto*. Lima: Fauno (pp. 34, 40, 46).

de izquierda, ¿no se está jugando también esa técnica de llevar la demanda hasta dónde tú sabes que el «enemigo de clase» no puede aceptar un acuerdo?

La verdad es que no me parece que sea tanto, en lo ambiental por lo menos, un tema de la izquierda azuzando conflictos. El problema que se ha presentado en Perú tiene dos aristas. La primera es que, como históricamente la minería en la zona rural ha hecho lo que le ha dado la gana, las poblaciones —no la izquierda— desconfían absolutamente de cualquier proyecto minero, así venga con quinientos estudios que sostengan que la minería es impoluta, aunque se sabe que no hay minería impoluta. No van a creer. Y tienen razones para ese descreimiento, porque uno llega al lago Junín y está convertido en un charco inmundo. En la sierra abundan lagunas muertas, llenas de relaves, una naturaleza patética. Hay esa desconfianza de las comunidades. La segunda es que la propuesta de estos movimientos ambientalistas se ha concentrado fundamentalmente en proteger algo que es razonable desde el punto de vista humano, que son las cabeceras de cuenca. Ahí está concentrado el problema porque, por azares del destino, algunos proyectos mineros están ahí, en cabeceras de cuenca, donde más daño pueden hacer, donde surgen las fuentes de agua que riegan los valles. No percibo que haya una actitud intolerante. En la última elección en Cajamarca, donde Gregorio Santos saca 40% de los votos, hay esa expresión de la gente de campo: hacer de Goyo el símbolo de su defensa ambiental.

También es cierto que la izquierda en el Perú tiene una infinidad de matices. Y en esos matices hay sectores que no están muy dispuestos a abrirse a lo nuevo sino, más bien, a aferrarse a viejos clichés. Lo percibo en las redes sobre todo, donde se nota sectores que usan las redes para cargar contra ciertos personajes o políticos que buscan salidas más razonables.

No he encontrado en lo que has escrito un desacuerdo explícito con el informe de la Comisión de la Verdad, pero me ha parecido que en varios textos tuyos muestras discretamente una insatisfacción con la CVR o con su informe final. ¿Estoy equivocado?

Más que con el informe de la CVR —porque es un documento muy valioso e hizo lo que podía hacer en ese momento—, siento que la Comisión no fue resultado de un consenso social. Es más bien fruto de una coyuntura donde, a la caída de un presidente como Fujimori, hay un gobierno de transición que, por azares del destino, le tocó a un personaje como Valentín Paniagua; pudo ser otro y en ese caso no hubiese habido CVR. Ese señor Paniagua nombró ministro de Justicia a Diego García Sayán; él venía de la experiencia de derechos humanos y decidió asumir la bandera de la CVR. Ese hecho circunstancial es lo que construye la CVR peruana. Obviamente, no era un contexto muy favorable y ha tenido muchas limitaciones de todo tipo.

¿No existía el requisito del consenso social?

No existía. Ellos han hecho lo más que han podido en esas condiciones. El tema reconciliación no está explícitamente presente en el informe. Le dan vueltas al asunto, lo torea con algunas frases generales en lugar de decir: la reconciliación, en el Perú de hoy, no es factible y queda pendiente un tema de agenda para que una nueva generación, menos cargada por la cercanía de los hechos, pueda mirar con otros ojos las cosas que han pasado. Me hubiera parecido más acorde a las circunstancias que tuvieron.

Eso era recortarse su propia legitimidad porque las comisiones de la verdad, no solo en el Perú, se ofrecen y legitiman diciendo que la verdad es un requisito para la reconciliación. Si ellos decían al final «nuestro balance es que la reconciliación no es posible», era como...

Mutilarse.

Exacto.

Quizá sea así, pero me quedó una insatisfacción, no atribuible a las personas que conformaron esa comisión.

Ni al texto mismo del informe.

Sino a la circunstancia. Incluso, cuando se forma la comisión es Comisión de la Verdad. Pero con Toledo se cambia por Verdad y Reconciliación. Como Comisión de la Verdad hubiera podido mostrar hechos —esto es lo que hubo, esto es lo que pasó— y expresar sus conclusiones como comisión que busca escarbar en la verdad.

El derecho penal ha pervertido la noción de arrepentimiento al utilizar la expresión ‘arrepentido’ para quien busca una rebaja de pena a cambio de convertirse en delator. Pero, en el sentido original, uno se arrepiente cuando considera que algo en lo que creyó o que hizo estuvo mal; uno se equivocó y se arrepiente. Usando el término ‘arrepentido’ en este sentido, tú estás arrepentido: lo has dicho varias veces. Mi pregunta es: ¿cuánto abarca ese arrepentimiento, qué capítulos de tu experiencia de izquierda, además del recurso armado? Fuiste un dirigente del MIR antes de vincularte a la lucha armada. ¿Hasta dónde va, pues, tu arrepentimiento? Te lo pregunto porque entre mis amigos que fueron militantes de izquierda, hay uno que —hoy no tiene nada que ver con la izquierda y tampoco con la derecha: se ha desvinculado de la política totalmente— durante años estuvo a tiempo

completo al servicio del partido y alguna vez me dijo al respecto: «Perdí años de mi vida». Él es un arrepentido, en un sentido profundo: se arrepiente de haber invertido años de su vida en la izquierda. Por eso te pregunto hasta dónde va tu arrepentimiento.

En esa acepción que le das a la palabra, mi arrepentimiento va, primero, al uso de la violencia y a algunos supuestos conceptuales que llevaron a ella y, en segundo lugar, a las consecuencias que la violencia produjo en daños, en todos los aspectos; no solamente en las personas que estaban en el otro campo —por llamarlo de alguna manera— sino en nuestros propios compañeros, lo que implicó en muertes y destrucción, en tiempo que se robó a las familias, a mi familia, a mi hijo que no creció conmigo. Todas las cosas vinculadas a este gran tema: ahí está el meollo de ese arrepentimiento.

No me siento arrepentido de la opción, de la lucha, de la aspiración y la batalla por construir una sociedad mejor, una sociedad diferente. Esa batalla me dio momentos duros pero también me ha dado satisfacciones. Parte de lo que he venido haciendo este tiempo fuera y, desde antes, desde la cárcel, ha sido crear y mantener una red de relaciones, de amigos, de compañeros, entre los que siento que hay consideración y respeto, no puramente condenas.

Hay un sector de la sociedad que enfrenta todo en bloque, sin matices: «Este es un terrorista y no merece nada». Pero hay otro sector, que me parece el más inteligente, el más sensato, el más abierto, que está dispuesto a percibir los matices, a aceptar las explicaciones, con más apertura. Lo he encontrado en diversos espacios —académicos, sociales, políticos— donde mi propia presencia produce cierta cautela —por su uso mediático, digamos— pero no produce un rechazo. Obviamente, no voy a aspirar a ser parte de una campaña electoral.

Entiendo que la presentación de tu libro fue un éxito.

La presentación del libro sobrepasó todas las expectativas. Yo esperaba 100 o 120 personas y fueron más de 400; hubo gente que se tuvo que ir porque no entraba. Se vendieron los mil primeros ejemplares en seis meses y se ha hecho una reimpresión de otros mil. Para el Perú, eso es bastante.

Es un éxito.

Sí. Es curioso. Pero hay otros libros que son aún más exitosos y tienen que ver con temas semejantes: el de José Carlos Agüero o el de Lurgio Gavilán. Esos sí son *best-sellers* y no son libros *light*, son libros muy potentes.

Hablábamos de reconsideración. Vistos los hechos, ¿reconsideras la actitud política que compartiste con importantes sectores de izquierda frente al gobierno de Velasco?

Sí, definitivamente. Creo que en la izquierda en general hay una valoración distinta de Velasco, una mirada como el único momento de afirmación o de intento de afirmación de un Estado nación en la república. Que no tuvo todo, que se equivocaron en cosas, en fin, pero es un intento de construir un proyecto autónomo, soberano. Es algo muy valioso, uno de los grandes capítulos de la historia, con proyectos interesantísimos. Por ejemplo, las comunidades laborales: ¿por qué necesariamente tienen que fracasar? ¿por qué no es posible pensar en formas de cogestión empresarios-trabajadores, quizás al estilo sueco, donde los sindicatos tienen lugar en los directorios y conversan y discuten sobre políticas salariales, métodos productivos y cómo hacer que esa empresa sea eficiente y beneficiosa para todas las partes? ¿Por qué necesariamente tiene que ser imposible?

Como ocurrió en los hechos.

En los hechos fue inviable, pero eso tuvo que ver tanto con el tipo de cultura política de los empresarios como con las corrientes de la izquierda que influían sobre los trabajadores. Tiene que encontrarse formas de cambiar esa cultura política general, en el Perú, para encontrar fórmulas de convivencia, de entendimiento, de concertación, de objetivos nacionales comunes, que es lo que se requiere. Llegar a eso no es fácil porque hay tantas carencias y tantos intereses. La gente no está tan dispuesta a ceder parte del privilegio.

«PONERME EN LOS ZAPATOS DE LA
GENTE HUMILDE, A LA HORA
DE MIRAR Y ENTENDER
LA HISTORIA».

Una última cita tuya. En 2003 escribiste: «Soy ahora un marxista a mitad de camino entre don Carlos y don Groucho». ¿Ha cambiado algo trece años después y estando en libertad?

Hay ciertas cosas de Carlos Marx que obviamente ya no son las verdades que creía hace tiempo; esa mirada teleológica de la historia: tenemos un principio, un desarrollo y un fin ya predeterminado; una sociedad comunista va a ser el gran futuro maravilloso de la humanidad. No. La humanidad está abierta a lo que hagamos; podrá ser una maravilla o una desgracia; no sabemos. Es una construcción que la hacemos todos, cada día.

Esa mirada teleológica, fatalista, determinista, de la historia, ya no va porque no corresponde a lo que la vida ha demostrado. Más allá de los debates intelectuales que podamos hacer, después de la caída del Muro de Berlín y de la Unión Soviética, nadie en su sano juicio se mantendría en ese espíritu, salvo algunos grupos, pequeñas sectas que no faltan. Ese es el punto central a partir del cual redefines todo, todo. Redefines hasta el tipo de militancia que aspiras.

Y la acción política.

La acción política ya no es la fatalidad, ya no es ese compromiso que tiene mucho de cristiano o de religioso. De decir: «como vamos al paraíso, el sacrificio de hoy tendrá finalmente recompensa, aquí o en el más allá».

En ese tipo de compromiso, para la acción política hay algo muy importante: no importan las derrotas porque las derrotas son parte de un camino de victoria. Y sigues y sigues en la misma dirección. Eso es terrible para la acción política.

No te permite aprender.

Nunca. Porque no hay nada que aprender; es seguir «la línea correcta» que, de todas maneras, va al fin predeterminado.

Esa parte, que es crucial en Marx, no funciona. Sí hay cosas de Marx que son tan valiosas que se han incorporado en la mirada de todos los historiadores: tratar de entender la historia como una totalidad, no como fragmentos, entender el conflicto. Cualquier historiador serio incorpora esas realidades, sin necesidad de asumirse marxista; incluso puede asumirse antimarxista, pero las integra en su mirada de la historia. Es lo que dice Eric Hobsbawm: el marxismo ya entró en la historia, está instalado. Los historiadores desarrollan muchos aspectos de la metodología marxista sin ser marxistas.

La otra cosa respecto a Marx, que sí continúo asumiendo, es desde dónde miras la historia, dónde te sitúas, de qué lado, de qué sector social. Intento ponerme en los zapatos de la gente humilde; ese es mi posicionamiento a la hora de mirar y entender la historia. No es un interés puramente académico por reflexionar o estudiar. No he sido ni soy un académico. Soy alguien que ha hecho política y está tratando de aprender de ese hacer política.

Pero ese compromiso con un sector social, con los más vulnerables, con los más oprimidos, no es necesariamente marxista. No tienes que ser marxista para eso...

Por supuesto que hay una ética del compromiso anterior a Marx y al marxismo. Pero lo nuevo con el marxismo es su vocación de encontrar en las realidades sociales las posibilidades de construir mundos mejores. Una mayor conciencia del ser histórico.

¿Cuánto tiempo tienes fuera de la prisión? ¿Cómo vives la vida cotidiana?

Salí el 30 de mayo del 2015, hace un año. Me considero, hasta cierto punto, privilegiado por varias razones. La primera es que no fui recibido con una ofensiva mediática. Mi salida fue bastante discreta, tan discreta que... incluso había hecho una nota de prensa; por si acaso, la tenía en varias copias, para entregarla, leerla, repartirla y si había alguna pregunta, responderla. Me quedé con mis notas de prensa en la mano porque no llegó nadie a recibirme; solo mi familia, mi pareja.

Como decías a propósito de Paniagua, es el azar en la historia, porque pudo ser diferente.

Eso fue bueno para mí; me permitió caminar, moverme, ir, venir, sin ningún tipo de hostilidad. La segunda ha sido la red, el soporte familiar, que siempre ha sido fundamental para mí durante todo el tiempo de prisión, que fueron veintisiete años en total. Tanto mi familia como mi pareja; tanto mis hermanos y mi padre, como mi pareja actual —que fue mi pareja en los últimos cuatro años de cárcel—, estuvieron ahí siempre, acompañándome en todas. Eso me dio un soporte emocional y material, sin los cuales no hubiera salido entero, como creo haber salido.

La tercera razón es que, a partir de lo que fui hablando y escribiendo, se creó una red de personas que veían con cierto interés lo que he ido pensando, escribiendo y publicando, que me abrió unas puertas que no esperaba, un poco insospechadas. Siento que he tenido una buena acogida, en general. Presenté el libro en El Virrey, después en San Marcos, en Chimbote, en Trujillo y probablemente vaya al Cusco. Para lo mismo: conversar con la gente.

Tú no sientes que la condena se te ha alargado después de haber salido; no sientes que todavía estás cumpliendo una condena que no fue la del tribunal que te juzgó...

No, no. Hace un mes, más o menos, hubo un evento sobre cárceles, que lo organizaba la Comisión Episcopal de Acción Social. Como he trabajado con la capellanía en Castro Castro, en la biblioteca del penal, ahora soy uno de los colaboradores externos, desde fuera de la cárcel, en las campañas que CEAS está realizando sobre prisiones. Eso me da otra veta de reflexión sobre las políticas carcelarias. Hay varios espacios en los cuales se acogen bastante bien los temas sobre los que he escrito o sobre los cuales tengo algo que decir.

¿Qué sabes sobre cómo les ha ido a otros en este aspecto?

La primera batalla que tiene que afrontar alguien que sale de la prisión es la batalla por la supervivencia. Cómo la resuelve cada quien, porque no hay políticas públicas,

ni de los grupos partidarios que están destrozados, ni de ninguna institución de la sociedad civil. Cada quien la resuelve como puede; algunos con éxito y otros, no. Incluso hay dos o tres casos que conozco, de muchachos que salieron y están de nuevo presos, pero ya no por política sino por delitos comunes: se dedicaron a traficar, a asaltar y vuelven a la cárcel. Es parte del drama de no encontrar caminos de inserción. Otros la pasan muy mal porque se les hace muy difícil encontrar trabajo.

¿Se les hace muy difícil encontrar trabajo porque han sido condenados por terrorismo?

En algunos casos sí, sobre todo a los que han sido maestros, porque hay una política específica: al magisterio no puede entrar alguien que haya cumplido prisión por terrorismo. Hay quienes entraron a la cárcel cuando tenían 25 años y salieron de allí cuando tenían 45. Por lo tanto, entrar al mercado laboral, compitiendo con jóvenes que tienen más destrezas, se les hace tremendamente complicado pues tienen que empezar de cero a construir todo. Justamente entraron a prisión a la edad en la cual la gente se casa, crea su trabajo, hace su vivienda, tiene hijos, en fin. Hombres y mujeres que salen de 45 o 50 años, después de pasar veintitantos años de cárcel, tienen que empezar de cero aquello que otros están empezando a los veintitantos años. Ahí se les hace la vida muy cuesta arriba.

¿Qué quieres hacer en esta etapa de tu vida? Tú tienes...

62 años. En mi proyecto personal quedan básicamente dos cosas. Una es escribir; tengo dos libros en trabajo, que comencé a escribir adentro. Uno es sobre la cárcel como fenómeno político, social, institucional, complejo; desde la novela se ha escrito algunas cosas pero desde el punto de vista teórico y conceptual no hay muchas cosas trabajadas en el Perú. En otros países hay una literatura enorme. Aquí, el que más ha escrito es Pérez Guadalupe, actual ministro del Interior, que tiene dos libros. Hay otros estudios más puntuales, tesis de investigación en la Católica que no han sido publicadas. Pero no hay gente que se dedique a pensar el tema prisiones, a reflexionar sobre la sociedad a partir de la prisión o desde la sociedad, la prisión. Es un tema que a mí me interesa trabajar. El otro libro es una mezcla de memorias y reflexiones.

En la línea de lo que has venido escribiendo.

Sí, pero más allá de lo que es la violencia política. Tomando anécdotas para reflexionar sobre ciertos temas. Por mencionar un par de ejemplos: el primer acto político en el cual participé cuando tenía dieciséis años, en 1969, fue el entierro de José María Arguedas; mi primer viaje a Nicaragua, poco después de la revolución sandinista.

Lo que quiero hacer está básicamente vinculado a reflexionar, escribir, publicar. Complementariamente, quiero acompañar ciertos procesos políticos, conversando con gente, que siempre se da porque hay amigos, compañeros de mucho tiempo que te buscan, se acercan, conversan.

¿Hay interés entre la gente joven por escucharte?

Sí, no digo que sea un interés masivo, pero en esta generación de jóvenes que han entrado a la política en los últimos tres o cuatro años, hay una disposición de aprender.

Porque si eso existe, o en la medida en que exista, hay un cambio. Quienes fuimos jóvenes en algún momento no supimos escuchar suficientemente a la gente que podía decirnos algo. ‘Matamos’ a padres, abuelos, a todos.

La nuestra fue una generación muy arrogante. Nos obnubiló la nueva literatura socialista que empezó a llegar a raudales con Velasco. Llegaron Mandel, Althusser, Martha Harnecker, las obras de Marx, Lenin y Mao, y todos creíamos que allí estaban las verdades. Lo peor fue lo que Carlos Iván Degregori llamó «la revolución de los manuales».

Nos faltó escuchar. Por eso pregunto por la disposición de los jóvenes a escuchar. Si existe, es un cambio interesante, valioso.

En esta nueva generación de jóvenes, que va entre los 25 y los 35, hay gente muy talentosa que está aprendiendo muy rápidamente. Sin duda cometerán sus errores, pero ya no serán los nuestros. Vivimos un tiempo de relevo generacional.

Sin embargo, no es una generación tan masivamente de izquierda como la nuestra. El ingreso de la generación que entró en la política de izquierda hacia fines de los años sesenta y comienzos de los setenta fue gigantesco. Todas las universidades fueron pasando al control de alguna corriente izquierdista; este proceso se trasvasó luego al sindicalismo. Fueron masivos movimientos generacionales abrumadores. Ahora no; la franja es más delgada. En San Marcos, un tiempo muy politizada, no logras concitar interés en la mayoría o siquiera en un sector significativo; los estudiantes activos políticamente constituyen una franja todavía pequeña. Igual es en la Católica. En otras universidades, sobre todo las privadas, hay academicismo o jolgorio más que intentos de activar políticamente y pensar críticamente.

Hay sin duda sectores juveniles activos, como los que se movilizaron contra la llamada «ley Pulpín», contra las esterilizaciones forzadas o contra el TPP; solo señalo que no percibo que sea un movimiento generacional tan masivo como el nuestro.

MOISÉS LEMLIJ:

«EL PAÍS, DESDE ANTES DE LA CONQUISTA, HA SIDO TIERRA DE CONQUISTAS OCASIONALES Y FRACCIONAMIENTOS ETERNOS»

Viviste quince años fuera del Perú, entre 1966 y 1981. ¿Por qué volviste?

Vine entre 1969 y 1972 o 1973. Llegué cuando Velasco dio el golpe. Aparte de otros aspectos, el gobierno de Velasco me daba una molestia, una desazón... era tan difícil vivir en esa época, a pesar de que yo tenía buenos amigos que estaban cerca del régimen: Hugo Neira, Guillermo Thorndike, Carlos Franco. Pero me resultaba muy difícil. Eso me ayudó a regresar a Inglaterra, donde estaban Saúl Peña, Max Hernández... Ya había hecho el entrenamiento en psiquiatría y al regresar hice el entrenamiento psicoanalítico. En 1980 estaba casado y tenía dos hijos; tenía un buen puesto —era jefe de un servicio— pero la vida, que había sido tan cómoda con mi mujer, de pronto con dos hijitos era un poco complicada; ella se enfermó y era muy difícil manejarse. Justo en 1980, cuando regresa la democracia al Perú con Belaunde, se empieza a organizar la Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Saúl Peña, Max Hernández y Carlos Frisancho, que habían regresado, me dijeron: «Vente, aquí está todo por hacer». Mi mamá todavía vivía, aquí tenía a mis hermanas, a mi familia, y regresé al Perú, en parte porque era más cómodo, en parte porque aquí estaban mis amigos y mi familia, y en parte porque no había el gobierno militar que me incomodaba tremendamente.

Organizamos con Max Hernández, Lucho Millones, Alberto Péndola y María Rostworowski un grupo que se llamó Seminario Interdisciplinario de Estudios Andinos. Yo siempre había tenido ese interés; ya había publicado con Lucho Millones un libro sobre alucinógenos en el Perú; tomamos Pachacútec, el incesto dinástico, temas de historia y usamos los cronistas con toda la experiencia de Lucho Millones y, sobre todo, de quien fue la líder, María Rostworowski. Nos reuníamos en su casa y produjimos varias cosas. La Sociedad de Psicoanálisis estaba trabajando, tenía mi consulta satisfactoria en términos económicos y de repente... Sendero nos dejó con la boca abierta.

Antes de eso, cómo fue la vuelta al Perú, ¿cómo fue esto que los astronautas llaman «el reingreso a la atmósfera»? ¿Solo hubo cosas positivas en tu inserción?

La verdad es que yo me quedé también con un pie en Londres. Renuncié a mi puesto en el sistema nacional de salud pero tenía un puesto docente en mi universidad y no renuncié a ese puesto. Me he pasado siempre entre dos y tres meses en Inglaterra, desde que volví hasta ahora. A veces me iba solo, pero muchas veces en los veranos me iba con mis hijos. Eso para mí fue un muy buen arreglo: me veía con mis amigos y he mantenido una continuidad allá.

¿Eso te ha servido como amortiguador o de respiradero?

Como amortiguador y de respiradero. En el tiempo que pasaba allí, aparecía la fantasía de que si pasaba algo grave aquí, podía regresar a Inglaterra: mis dos hijos nacieron allá y yo tenía la residencia. No acabó ocurriendo, pero mi hija sí vive en Inglaterra con su marido y trabaja allá. Mi hijo se pasa también tiempo allá. De alguna forma... medio trasero sentado en esa otra silla.

Desde que volviste, ¿has sentido la envidia nacional por aquel que ha estado fuera y que además, en tu caso, tiene esa oportunidad de irse fuera unos meses al año? ¿Has sentido la envidia? Te pregunto esto porque hay gente que vuelve al Perú después de estar muchos años fuera y encuentra ciertas resistencias en diversos lugares y percibe esa envidia de: «Tú no tuviste que tener todo el culo puesto en el Perú, mientras nosotros sí».

Mira, soy un tipo difícil. Entonces, no sé distinguir si los conflictos que he tenido... Tuve la vida institucional de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis; después de mi salida por conflictos internos fui a la actividad internacional de la Sociedad Psicoanalítica y por muchos años fui un funcionario de la internacional. Sí he vivido el resentimiento pero no sé si el resentimiento que tenía la gente que fue entrando a la Sociedad Peruana de Psicoanálisis era porque yo venía de afuera o simplemente porque soy antipático. Tengo el defecto de ser medio francote, en contraste con mi amigo Max Hernández que es un caballero...

Él cae bien a todo el mundo.

Es que cae bien. Somos muy amigos; es como en las películas del *good cop and the bad cop*: yo era el policía malo. Él era muy querido y yo a veces funcionaba como su verdugo en las actividades profesionales que hemos hecho. Después él se fue al Acuerdo Nacional.

En una época yo tenía una columna en *Perú21* y escribía en el dominical de *El Comercio*. *La República* publicó una foto mía en primera plana con una esvástica encima de la cabeza, diciéndome fascista. ¿Por qué? Desde que salió Humala en 2006, a mí me parecía un populismo fascista; eso no era una opción de izquierda, era una opción horrenda y yo estaba en contra de todos mis amigos; eso me causó problemas porque muchísima gente se molestó conmigo. No puedo decir que era porque estuve fuera. Desde hace unos años no escribo.

«COMO QUE ES MÁS FÁCIL SACAR LA CHAVETA».

En la década de los años noventa Gonzalo Portocarrero escribió que la desconsideración del otro y el ensañamiento con el débil permanecen como rasgos centrales de las relaciones interpersonales¹. ¿Crees que eso es válido para hoy día? Te lo pregunto por tu práctica profesional, donde supongo que esto se debe percibir.

Lo que yo siento es que hay un achoramiento, es como que... hay una rabia. No hay duda de que los índices económicos han subido y, sin embargo, me da la impresión de que hay una agresividad difusa en una mezcla de voracidad con envidia. Es bien difícil generalizar, pero como que es más fácil sacar la chaveta. Tú lo ves desde las combis hasta las universidades chicha. No sé si es parte de los grandes efectos que tienen las migraciones y de la desregulación de todo que hizo Fujimori. Es decir, de un lado, la estructuración de un sistema clandestino, autocrático y delinencial —el sistema montado por Montesinos—, en donde las reglas eran subterráneas e implícitas; de otro lado, se compra a una serie de gentes a través de una jugada absolutamente demagógica por la que desregularizan los taxis, los ómnibus, las universidades... Sí se produce un relajamiento de las normas —por eso la combi asesina, las universidades chicha o la policía en 24x24—, ya todo es válido: sale la chaveta. Es un absoluto levantamiento de la institucionalidad en el que ¡hasta la policía se transforma en informal! Para ganar su plata el policía tiene que ponerse a cuidar la puerta de un banco o ver que los obreros se porten bien en una construcción. Entonces, tú tienes esos islotes de administración adecuada —el Ministerio de Relaciones Exteriores, la SUNAT— y, por otro lado, espacios enormes, en donde todo vale y que van creando sus propias normas.

¹ Gonzalo PORTOCARRERO, 1993. *Racismo y mestizaje*. Lima: Sur. Casa de Estudios del Socialismo (p. 33).

¿Eso explicaría también un fenómeno que a mí me ha sorprendido ver, ahora que he estado unas semanas en Lima: las agresiones a agentes o inspectores de tránsito, a los cuales incluso se les atropella?

Es gente que siente que tiene todo el derecho de caminar por donde le da la gana y nadie le va a decir por dónde ir. Por un lado, en las municipalidades hay un intento de organizar la sociedad y funciona: yo pago los tributos de mi casa. No es que sea un caos total, tipo repúblicas centroamericanas o africanas, ¡no! La municipalidad tiene sus guardianes de tránsito, les pagan más o menos y funcionan de alguna manera en ciertos sitios: Miraflores, San Isidro, San Borja. En otros sitios se transforman en parte de la mafia. El conflicto surge cuando a alguien que se siente absolutamente libre, quién miércoles le va a decir por dónde tiene que meter su carro. Jorge Bruce ha estudiado el problema racial, pero esto es más un problema social. No es que el aristócrata dice al portero: «¿Quién eres tú para impedirme ir a la playa» o adonde sea? Ahora el «quién eres tú» lo dice el chofer de combi al policía. Es un problema de ese margen de conflicto, que no tiene zona geográfica, entre la sociedad semiorganizada y el absoluto caos y la desestructuración social.

También la señora que maneja un auto se lo dice al policía y lo insulta, además.

Eso es más fácil de entender en términos raciales, porque naturalmente el de abajo es oscuro; pero tú lo ves entre dos oscuros o entre dos blancos. Lo que ocurre es que tú no tienes respeto a la norma instituida, legal o social.

Me sorprende que tu explicación sea más sociológica que psicoanalítica.

No se contradicen. De alguna forma lo sociológico y lo psicoanalítico son un continuum.

Lo que quisiera aclarar contigo es cómo lees profesionalmente este nivel de agresividad que ves. ¿Esto apunta a un problema colectivo de salud mental?

Tú incorporas la norma y la transformas en parte de tu esencia; ya no es una norma que tomas como externa y te consideras el propietario de tu derecho que es: ¡quién miércoles es ese policía o la gente que dice qué debo hacer! Puede ser que en unos casos la diferencia sea racial y en otros casos sea social. Lo que importa es lo que nosotros llamamos el narcisismo de la pequeña diferencia: tú buscas la pequeña diferencia, para agrandarla y transformarla en aquello que es decisivo; entonces, ¿quién va a ser ese policía o quien sea para exigirme algo?

Buscas lo que es decisivo para imponerte al otro, ¿verdad?

Así es. Si estás detrás de la ventanilla, para poner tu sello. El que coimea no lo hace tan solo por una ganancia económica; es también por el deleite de meter la yuca. Es decir, sentir el poder sobre el otro, que se demuestra porque te tiene que pagar la coima; eso te da un placer múltiple: la ventaja económica; el sentirte en control del otro; y el tercero —y no es menor— es el deleite de humillar. Porque cuando tú humillas a alguien —le metes el carro, le cobras una coima, cualquiera de esas cosas—, hay algo que es central: el placer del control omnipotente porque el otro queda humillado por ti.

¿Y eso es típicamente peruano?

No. Ocurre que en épocas de desarticulación social, eso se exagera, como en Alemania de los años veinte o treinta, que de pronto queda con una articulación absolutamente bizarra, extraña y perversa y todo cambia. Las cosas más espantosas las hicieron países altamente obsesivos: Alemania y Japón. La cultura obsesiva es una cultura con un potencial de violencia terrible; hay esta paradoja. No creo que al Perú lo puedas comparar con El Salvador, con los países centroamericanos, donde la cosa es absolutamente espantosa. El Perú es un país de ingresos medios (11 700 dólares al año per cápita), con violencia y desarticulación medias.

Pero esto de lo que estamos hablando sí expresa un momento especial en el Perú; ha crecido a niveles muy altos en el Perú de hoy.

Lo que está ocurriendo —las desarticulaciones sociales en los grandes cambios migratorios— son hechos sociales que son incorporados y se transforman en lo que tú tienes en tu cabeza. No es que lo social y lo personal estén desarticulados. Es la absoluta banalidad del mal, de Hannah Arendt: si tú estás viendo esto, se transforma en lo común y corriente. Aquí —pero no tan solo aquí— matan a un adolescente para robarle un celular que van a vender por cincuenta soles. ¡Les importa un pepino la vida del otro! Cincuenta soles son más importantes que la vida de alguien que tú no conoces. Es como se trata a un perro, nada más. Eso sí es parte de lo que está ocurriendo en esta transformación chicha de algunas áreas que, se supone, tienen que estructurar la norma de respeto y amor o de cariño al prójimo. El resultado es como un archipiélago: trozos de buen funcionamiento al lado de trozos de caos total; no es la mitad para aquí, la mitad para allá sino que todo está como un damero de ajedrez, absolutamente mezclado, y en el corazón de un buen barrio puedes encontrar una cosa absolutamente salvaje.

Añadiría algo más. No podemos hablar de dos países —como en algún momento se habló a propósito de otras cosas— o dos mundos, por ejemplo el formal y el informal, o este tipo de divisiones. Además, en una misma persona hay momentos y hay espacios que pertenecen a uno de esos mundos, por llamarlos así, y hay otros ratos en los que pertenecen al otro. Es decir, la misma persona que paga impuestos puntalmente a la SUNAT —porque no tiene más remedio y le parece normal hacerlo— esa misma persona es capaz de meterle el auto a un peatón.

Es que no creo que haya dos culturas; hay varias. El que es leal con sus socios —no hace la trafa a sus socios— no tiene problemas en hacer la trafa a la SUNAT y va a meter al carro según las circunstancias; es decir, si es que ve a alguien que es más blanquito no le mete el carro, pero si ve a un cholito... Yo te diría que hay varias culturas mezcladas y que esto de sacar la chaveta, ahora es más fácil. Claro, nosotros, la gente bien educada, no andamos con chaveta pero sí metes el carro. Hay algo de sentirte bien con el permiso que tienes de meter la yuca; de alguna forma te ayuda.

O te hace sentir mejor, por lo menos.

No creo que uno se sienta culpable por meter el carro; te sientes furioso de que el otro haya querido ponerte un límite y tú has actuado defendiendo tu justicia, que es el mismo proceso —salvando las distancias— del tipo que le mete un balazo al chico para robarse un teléfono celular. He tenido reuniones con estos chicos, sean del MRTA o de Sendero: pueden haber metido un balazo a dos o tres personas que no conocen y no tienen un gramo de remordimiento porque la ideología los hace ver como monstruos, enemigos de la revolución. Salvando las distancias, el proceso mental es igual al del delincuente: hay una auto-justificación, o porque el mundo te la debe o porque te transformas en un defensor del futuro del mundo. Estás luchando contra aquellos que te impiden tu progreso o aquellos que impiden el progreso del mundo. Tú debes decir que hay una diferencia ideológica entre alguien de Sendero o del MRTA y un delincuente común; claro que la hay, pero hay curiosamente ciertos rasgos en ambos que se pueden llamar narcisistas: la absoluta justificación que tú tienes de tus actos, sin culpa. Que es diferente de la culpa que tú tienes cuando actúas, digamos personalmente, y le metes una bofetada a tu mujer.

¿El pensar que «el mundo te la debe» —aludiste antes al resentimiento— te da también odio?

En términos evolutivos —más psicológica y psicoanalíticamente—, cuando algo se interpone en el camino de aquello que quiere obtener el bebito y cualquier persona, el primer sentimiento es el de irritación y fastidio. Puede que te pique un mosquito

y te irrites profundamente, o quieres algo y no te lo dan, te produce fastidio. El siguiente sentimiento es de cólera y rabia, que son incontrolables. El odio es muy posterior porque implica racionalización. Byron dice: «Los hombres aman con prisa, pero odian con tranquilidad». La irritación y el fastidio, la furia y el odio son respuestas humanas pero, para justificar una respuesta a largo plazo, el odio es aquello que tiene que organizarse a través de buscar razones.

Allí estarían más bien los movimientos subversivos.

Así es, en algo ya elaborado y «eres un enemigo de la revolución» o eres alguien que representa a aquellos que te han hecho un despojo. Un irlandés amigo que vino de Ayacucho decía que le llamaba la atención el ninguneo. En la época más compleja se veía a la gente sufriendo, habiendo perdido todo y el resto de la población miraba: era como si no existieran. El ninguneo es humillante. La humillación te produce primero irritación y dolor; el odio es una superación de la humillación porque es la manera como tú inventas en tu cabeza que puedes salir de la humillación. La irritación es acción inmediata. El odio pide venganza y requiere planificación de una acción. Todo aquel que odia se acompaña de la invención de un proyecto de venganza contra aquel a quien odia. Entonces, el odio produce ideologías que tienen que justificar la venganza de la manera más racional posible.

Si el odio es una elaboración que pasa por un proyecto de venganza y esto requiere un nivel de racionalización y de elaboración más complejo, ¿habría que decir, entonces, que lo que existe en el Perú —a partir de una serie de comportamientos sociales a los cuales te has referido— es la base previa al odio, que está esperando la constitución de esos proyectos de venganza?

Pero mira que los ha habido. Sendero y el MRTA son proyectos de venganza en donde la justificación de la venganza es la restitución de aquellos objetos que te han sido robados, no necesariamente de manera individual pero sí en términos sociales.

El odio al enemigo del pueblo. No es un enemigo personal, pero es el enemigo del pueblo, entonces ya tengo un argumento para matarlo.

Pero tú lo personalizas. El despojo histórico al pueblo lo sientes como si fuera hecho a ti. Pongo el ejemplo, fuera del Perú, de los Panteras Negras en Estados Unidos. ¿Te acuerdas de que en una época ellos reclamaron no sé cuántos miles de millones de dólares porque a sus antepasados, esclavos, los habían explotado? Entonces, el Estado americano les debía y ellos empezaron a tomar acción con armas, se transformaron en el equivalente...

Sí, en una suerte de guerrilla urbana.

De guerrilla urbana, que pedía que se les diera a ellos lo que les han habían despojado a sus antepasados mediante la esclavitud. Eso es algo que ocurre en muchos países. Estoy pensando en Yugoslavia o en los lituanos contra los rusos. En muchas de las conflictivas mundiales cada uno se siente en términos de despojado. Ahí tienes tú la identidad nacional, la identidad de clase, la identidad de... es la pequeña diferencia. Sí, en estas circunstancias hay un odio libre y flotante, a la busca de un espacio dónde depositarse.

Estás hablando del Perú de hoy...

En el Perú de hoy, por ejemplo, a mí me llama la atención la virulencia con que se tratan los rivales políticos, y no solo los rivales. Dentro de cada partido, de pronto sale un incidente en el que alguien del propio grupo se transforma en quien te pone un petardo. ¡Los leales son los que están al frente y los enemigos son los que están a tu lado! Aparecen variantes medio curiosas de un odio que te va modificando.

No sé si conoces el libro que editó Claudia Rosas sobre el odio en el Perú². Allí está el caso del odio al APRA, que acompañó esa terrible persecución del aprismo; la gente era visceralmente antiaprista. Y aquello de «los chilenos antes que Piérola». Me imagino que cada país tiene su propia mina de odios y a veces el odio se expresa racialmente pero muchas veces, por ejemplo en Irlanda, el odio se expresa a través del conflicto religioso; otras veces, el odio es un problema de identidad nacional como en la ex Yugoslavia. Es un odio que va fluctuando y se deposita en aquello que en cierto momento expresa el conflicto más obvio. Ahora existe el antifujimorismo, con ira otra vez; no se puede aceptar el fujimorismo, como ocurrió con el aprismo. ¿Cómo miércoles neutralizar este odio? ¿Cómo hacemos algún tipo de reconciliación nacional?

Una reconciliación está situada aún a distancia todavía. Nos hace falta entender mejor algunas de estas cosas de las que estamos hablando. Tú tienes un artículo con Max Hernández³, en el que se sostiene que el sentimiento de impotencia, que surge de la percepción de la desigualdad social, genera «resentimiento, agresión y violencia» en unos actores; en los otros, la percepción de «la violencia y el desorden concomitantes con el ascenso de la marea popular» produce la sensación de amenaza. Desde ambas vertientes se alimenta la proclividad hacia el autoritarismo represivo.

² Claudia ROSAS LAURO, ed., 2009. *El odio y el perdón en el Perú. Siglos XVI al XXI*. Lima: Fondo Editorial PUCP.

³ En Moisés LEMLIJ, 2011. *Notas y variaciones sobre temas freudianos*. Lima: SIDEA (segunda edición).

Ustedes propusieron esta explicación acerca de la subversión de Sendero y el MRTA. Pero acabado ese fenómeno da la impresión de que este cuadro que ustedes describieron en ese momento todavía existe en el Perú, está ahí. Eso es a lo que has aludido como odio flotante. Y la explicación parece seguir vigente para otros brotes de violencia. ¿Qué nos dice esto respecto a lo que puede venir en el Perú?

Acabo de leer un artículo en el *New York Times* donde se explica que si el avión tiene la entrada para clase turista cruzando primera clase, la posibilidad de conflictos en el vuelo es mucho mayor que si los que van en clase turista entran por una puerta que no los hace pasar por primera. Me pareció interesantísimo: si tú ves la desigualdad —y estamos hablando de Estados Unidos y de Europa, no estamos hablando del Perú—, si tú ves de cerca algo que te provoca envidia y lo ves como algo injusto, no te vas a quedar tranquilo. La envidia es parte de la contribución al odio que busca el decir «por qué miércoles este tiene si yo me lo merezco, alguna vez me lo han quitado». Otra vez, hay el sentimiento de despojo, no tan solo personal. A mí me pareció absolutamente coherente con lo que nosotros escribimos para el caso peruano; solo que no es un problema peruano.

Tú dices: «¿Por qué tienen ticket de primera?» y ves que todos los de primera son blanquitos, entonces ubicas el despojo en la discriminación racial; o si estás en Irlanda y ves que todos los que están en primera son protestantes y los que están atrás son católicos... La adjudicación depende de las circunstancias sociales políticas, geográficas.

La adjudicación te permite la construcción de un enemigo, ¿verdad?

Así es. Tú proyectas masivamente todo lo malo, depositas todo lo malo, para justificar el odio. No creo que tú odias porque los otros son unos desgraciados; porque los odias, tú los transformas en los monstruos que necesitas que sean para poder sentirte libre de hacerles algo. Porque el odio busca acción, necesita descarga; sin eso, no lo digieres.

Volvamos al tema que te había planteado: si los elementos de explicación que Max Hernández y tú ofrecieron respecto al origen de la subversión en el Perú, parecen estar todavía vigentes.

Ahora, el resentimiento queda. Pero con una diferencia, creo yo: que la Unión Soviética ha desaparecido, que Venezuela se está hundiendo y Cuba está hasta las patas. El resentimiento necesita alimentarse de una alianza universal. No tengo ninguna duda de que los países del Este ayudaron económicamente. Si no tienes un apoyo efectivo económico que venga de afuera, la lucha se te hace muchísimo más complicada.

Pero Sendero no lo tuvo, Moisés. Luego recibió la inyección del narcotráfico, pero ese es otro capítulo de Sendero.

El problema es qué formas toma el resentimiento para buscar una reivindicación. El fundamentalismo de Sendero tuvo una historia muy particular y única: hay un momento de conflicto de las izquierdas en el que aparece este profesor universitario y él pudo hacer, como algunos otros, una aparición mesiánica. Este es un fenómeno particular de grupo en donde se produce la idealización de un líder en un grupo que necesita un mesías. No encuentro que Sendero sea diferente al Sodalicio. Los fenómenos de grupo son parecidos: un líder omnipotente, al que se pliega una masa o un grupo hambriento de tener un líder único: sea por el Cristo o sea por la revolución. Nunca fueron más de 5000 pero se demostró que 5000 te pueden parar un país. El fenómeno lo veo como esta casualidad. Todos los grupos de izquierda quedaron paralizados. ¿Se aliaban o no a este proyecto revolucionario?

La alternativa del MRTA es de gente más de ciudad y más de clase media; no se iban a someter, pues, a estos 'loquitos' y crearon su propia estructura. El modelo del MRTA es el modelo cubano; el modelo de Sendero Luminoso es Camboya. Abimael encajó perfectamente en lo omnipotente y narcisista. Quien se había puesto como líder grandioso acabó encontrando discípulos adecuados. Es un fenómeno que se explica en la psicología de las masas: un líder particular se transforma en el objeto con el que la masa se identifica servilmente y se entrega. Así, el sujeto común de la masa se transforma en una especie de representante del mesías; cada senderista era un poco Abimael, en quien se veía la autoridad suprema. Entonces, el fenómeno no es tan solo un fenómeno político y social; en particular, Sendero es un fenómeno casi religioso y de masas. También es el fenómeno de Hitler, Mussolini o Chávez, líderes carismáticos a quienes se cede absolutamente todo. Esto puede ocurrir más fácilmente en desorganizaciones sociales, en anomias de momentos de crisis. Perú salía de la represión militar y todavía existían modelos exteriores: la China de Mao a la que Abimael hace el viaje sagrado y regresa trayendo los jugos vitales. Esto es muchísimo más difícil de conseguir cuando hay una sociedad estructurada. Además, hay algo importantísimo: el modelo universal está paralizado. Ya no da para este tipo de fenómenos.

«EL ERROR EN LA COMISIÓN
DE LA VERDAD: ERA UN
ARREGLO ENTRE AMIGOS.»

El sentido de mi indagación era explorar contigo lo que viene luego de la aventura subversiva. Si algo se ha aprendido del Perú de esos años —que en rigor no se ha aprendido mucho— es que esa vía no lleva a ninguna parte. Si esto es así pero subsisten las condiciones sociales que hemos repasado en la conversación, entonces ¿por qué vías desemboca ese odio flotante?

Ha habido una candidata presidencial, Verónica Mendoza. Lo primero que le critican es que ella haya dicho que Chávez está bien. Hasta los obreros y las empleadas domésticas saben que Venezuela está mal, porque tienen alguna amiga de alguna prima que ha estado en Venezuela. Recuerda que tres millones de peruanos salieron del Perú; la gente se comunica con estos parientes, que incluso mandan plata; esto no ocurría en los años setenta y ochenta. No había ese intercambio personal. Entonces, esta gente sí sabe que Venezuela está hasta las patas. Verónica Mendoza cometió un error porque no necesitaba aliarse con el chavismo pero, claro, su ideología la gana. Los cambios en Venezuela, en Argentina, influyen directamente en el Perú.

Luego está el acceso al consumo. Es innegable que, de pronto, como el ingreso per cápita se ha triplicado, la gente tiene acceso. Ahí están todos los *malls*. No es que tú envidias como cuando pasas primera clase y te vas a tu clase turista; cualquiera puede comprarse algo en un *mall*. Tienes *malls*, como representantes de un capitalismo igualitario, en cualquier ciudad mediana del Perú de hoy.

En esas condiciones, ¿cómo hacer un pacto social? En el libro *El odio y el perdón en el Perú* se ve que el país, desde antes de la conquista, ha sido tierra de conquistas ocasionales y fraccionamientos eternos. En la república subsisten estos fraccionamientos, por regiones o por razas o por odios como el odio al APRA, a la que en los años treinta y cuarenta se transformó en el diablo, la ‘secta’. Ahí se ve cómo puedes depositar odio: mis amigos comunistas odiando a los apristas. El enemigo más cercano es el enemigo más odiado. Pero en algunos sitios ha funcionado que los enemigos conversen. Tú me dices ¿cómo lo resuelves? No lo sé.

Sobre todo cuando el país se divide en dos mitades, ¿no?

Y tú ves que luego las mitades se dividen.

A su vez. Un entrevistado tuyo, Marcelo Viñar, te dijo: «Si no hay una base social que sostenga la vida de todos, el otro es básicamente un enemigo al cual uno está dispuesto a matar y a destruir [como se destruye una empresa con el surgimiento de la otra] y el único estandarte es el beneficio económico y el triunfo de la ley de la selva.

Esta sociedad no se ha alejado mucho de la jungla»⁴. ¿Es ese el caso del Perú? ¿Tú crees que en el Perú se ha perdido la posibilidad de convivencia civilizada?

No. Mi idea, como te dije, es que nosotros estamos viviendo en un archipiélago, donde tú estás con un grupo absolutamente civilizado; de pronto, cruzas la calle y te asaltan, te meten un balazo, te roban tu celular. Pero sí hay una extraña convivencia, en donde a pesar del caos total se siguen ciertas reglas fundamentales. Atropellas al pobre hombre que está guiando el tráfico pero la gente se escandaliza. No es que tú te quedes tranquilo viendo que lo han atropellado. Dentro de todo, a pesar de que tú sacas tu chaveta, hay sicariato y grupos que son delincuenciales, el resto de la población tiene ganas de convivencia. Hay la memoria histórica de Sendero; que hubiera el joven senderista nos ha hecho bien, hasta Velasco nos ha hecho bien. Nos han enseñado que eso no puede ser, que esto de que haya apagones, que te pongan bombas; es decir, podrán chavetearte pero ya no te ponen bombas. Es un anhelo de convivencia con otros que no te fastidien la paciencia..., que no te cobren más impuestos de lo necesario. Hay ganas generalizadas de tranquilidad y de paz con accesos ocasionales de desarticulación. ¿Cómo aprovechar eso? Dependerá de la chamba política que hagan quienes son elegidos. Lo primero que tienen que hacer es un intento de reconciliación. Y tú no puedes reconciliarte con los que ya son tus aliados; tienes que reconciliarte y hacer la negociación con quienes son tus rivales. Ese fue el error en la Comisión de la Verdad: era un arreglo entre amigos, entre compañeros de ideología; tendrían que haber incorporado a los otros. Eso es lo que se me ocurre.

Hablamos antes de la distancia que puede haber con la reconciliación nacional. ¿Por qué se ha rechazado una explicación relativamente ecuaníme como la de la Comisión de la Verdad? ¿Con qué otras experiencias es comparable el fenómeno peruano?

Este amigo irlandés que mencioné antes vio otras comisiones y tiene una explicación que se refiere a la conformación de la Comisión en el Perú: no había representantes de los militares, tan solo era una élite intelectual izquierdosa la que constituía la Comisión. Entonces, era fácilmente escindible. Según él, debía haberse puesto representantes del otro lado. No los había, con la mejor de las intenciones de toda la gente que estuvo ahí.

⁴ Moisés LEMLIJ, 2011. *Cara a cara. Entrevistas profanas*. Lima: SIDEA (p. 197).

Había un militar retirado, Luis Arias Graziani, pero nadie lo consideró representante de los militares.

Arias Graziani no significaba nada en la Comisión. Faltaron, según el criterio de este amigo, empresarios y gente que no tuviera que ver nada con la intelectualidad; por ejemplo, representantes de la CONFIEP. Es decir, no fue una comisión representativa del Perú; fue una comisión representativa de un sector más o menos intelectual, presidida por el rector de la Universidad Católica. Tendrían que haber puesto —como pusieron en otros lados, en la de Ruanda, en la de Sudáfrica— a representantes del mundo civil ordinario: empresarios, medio brutotes pero que de todas maneras son capaces, gente del ejército, militares. El informe hubiera sido más aceptable para todos los sectores. Los resultados hubieran sido básicamente los mismos, quizás hubiera cambiado un poco el lenguaje; hubieran dicho lo mismo con otro lenguaje, pero la aceptación hubiera sido otra. Este error en la composición hizo que sea fácil descalificar a la Comisión y justifica a cierta cantidad de gente a quienes no interesan las conclusiones; lo importante es quiénes tienen el poder de escribir con autoridad el informe final.

Entonces, el rechazo no provendría de lo que dicen las conclusiones del informe...

Las conclusiones están contaminadas por los que la hicieron. Siempre he sido un defensor de la Comisión y he escrito sobre ella pero este argumento me dejó pensando. Efectivamente, hicieron un informe muy sensato, ecuaníme, que provocó un rechazo y acusaciones de ser pro senderista, que no lo es. Pero el rechazo es a aquellos a quienes se les dio la autoridad para hacerlo.

Vamos al tema de cómo se vive el ser peruano. Te pongo dos ejemplos. El primero es el de una tía mía que me llamaba la atención cuando se vanagloriaba de estar casada con extranjero, sin mencionar el hecho de que su marido era palestino. El segundo es un descubrimiento que mi mujer hizo en Guatemala: existía vergüenza de ser guatemalteco, hasta el punto de que, estando en el extranjero, algunos ocultaban su nacionalidad. ¿Cómo se vive el ser peruano? ¿Y cómo se vive el serlo en el extranjero?

Esa es una gran pregunta. Mis padres eran extranjeros y tenían acento, y a mí me avergonzaba que mis amigos escuchasen hablar a mis padres. Ese es un equivalente a lo tuyo. Mi mamá, como mi padre, era comunista y me decía que yo era un reaccionario. Ella se avergonzaba de mí porque yo era un reaccionario y yo me avergonzaba de ella porque tenía acento.

He vivido tantos años fuera y, sin embargo, me siento profundamente peruano. Por otro lado soy judío y me siento muy judío; sin embargo, no tengo ninguna duda de que mi esencia central es peruana. ¿Cómo adquiere uno eso? ¿Cómo me he transformado en peruano y me siento peruano en Inglaterra, donde he vivido tiempo? Me da la impresión de que parte de la esencia de lo nacional viene del lenguaje, por tu acento, pero también viene por el olor de la calle. Son mil y un detalles que vas incorporando. Usualmente se define geográficamente, pero si eres checoslovaco y de pronto ya no eres checoslovaco sino solamente checo o eslovaco... La geografía es circunstancial.

La identidad es una abstracción, algo profundamente fusionado con la esencia de tu ser. Detesto la música criolla, que para muchísimos peruanos en el extranjero es esencial. La música criolla nunca me ha dicho nada; me gusta la música negra. Tampoco la comida peruana, a pesar de su éxito, me hace delirar. ¿Dónde está mi peruanidad?

Esa pregunta es muy difícil de responder. Pero mi pregunta es si la peruanidad se vive bien o se vive mal. Tú la vives bien, pero ¿crees que el peruano medio la vive bien?

Mira, 10% de la gente del Perú se ha ido de Perú y eso quiere decir algo; otro 20 o 30% quisiera irse, si pudiera.

Según las épocas, los que se irían si pudieran llegan a ser el 50%. Ahora ese porcentaje está en baja.

Quiere decir que hay algo aquí: ¿por qué irte a otro sitio es más importante que tu peruanidad? ¿Acaso se puede seguir siendo peruano en la tercera generación? Creo que se pierde.

Te puedes ir porque las condiciones económicas te obligan o por alguna otra razón que no está referida a un no-querer-ser-peruano, pero un indicador interesante es cómo te comportas en el extranjero. Mi mujer y yo hemos vivido en varios países y hemos visto fuera a determinados peruanos que no pueden estar sin la chicha morada, sin la Inka Kola y, donde estén, van a la procesión del Señor de los Milagros. Pero hay una porción de peruanos que intenta mimetizarse con los locales de una manera casi grotesca. Hemos visto en la Argentina a peruanos que hablan como argentinos. Hemos visto en España, en un par de ocasiones, personas que obviamente eran peruanas y que casi a la fuerza concedían que eran hijos de peruanos pero negaban ellos ser peruanos: «No, yo soy español». Ahí sí hay un indicador, en alguna gente, de un rechazo al ser peruano.

Esto de hablar con acento español o argentino —estoy pensando en mi jerga— es una impostura, falso ser. Te pones un disfraz, como el huachafo, que pretende ocultar

una esencia que por otro lado muestra. No puede esconder el fustán, por mucho que se disfrace, se le chorrea la mostaza. La esencia del ser es inocultable. En la manera en que comes o en cómo te vistes muestras la esencia. Por algunas razones, te enorgullecen o te avergüenzas de lo que eres.

Un fenómeno interesante ocurrió con los negros americanos: esa humillación de ser negros salvajes la transformaron en orgullo de su potencia sexual. Lo que es objeto de denigración se pudo transformar; negar la denigración y transformarla en algo idealizado y maravilloso. No sé qué tipo de procesos hay para que algunos peruanos se sientan orgullosísimos porque se identifican con Machu Picchu y otros se humillen porque se identifican con el indio denigrado de toda la vida.

¿Es frecuente este proceso de mimetización o impostura en otras nacionalidades?

En Inglaterra, los negros caribeños dejaban muy clara constancia de que eran del Caribe y odiaban y denigraban a los negros africanos. Te decían: «Yo vengo de Jamaica, no vengo de Uganda o Nigeria». Racialmente no era tan fácil de distinguir, pero sí veías cómo los caribeños se identificaban con todo lo inglés; parte de la identificación, claro, es que vienen de una cultura inglesa. Pero necesitaban denigrar a otro negro, que era el africano.

Por algunas razones, tú necesitas idealizar y denigrar. Y eso lo tienes dentro de ti. Si es que necesitas denigrar lo peruano porque es tu manera de sentirte mejor, realizas esa idealización de lo extranjero. El problema es que no lo puedes hacer a plenitud porque eso se adquiere desde que se nace; entonces, de todas maneras, te va a ser falso. En ese sentido, identificarte con lo peruano es más fácil, porque tú estás levantando como algo maravilloso el Señor de los Milagros, la chicha morada o al Alianza Lima.

Salvo que internamente lo sientas como doloroso...

Mira, no creo que uno pueda estar muy tranquilo viviendo en el extranjero. Uno tiene que hacer algún tipo de compromiso, de arreglo. Por ejemplo, escribir sobre el Perú desde afuera es algo que tú tienes que hacer para llegar a una paz contigo. Tus hijos no van a adquirir eso: mi padre viene de Rumanía y yo no tengo nada que ver con sus ancestros. El rumano no existe para mí. Yo sí tengo una identificación plena con el sitio donde he nacido. Hasta mi pasaje por Inglaterra me 'reperuaniza'. Mis padres se quedaron a media caña y nunca quedaron tranquilos —me imagino— porque todos sus parientes murieron en la Segunda Guerra Mundial; entonces, hubo una desconexión total con ese pasado, no había dónde regresar, en términos de familia, a una tierra devastada.

Quizás, para poderte asimilar necesitas dejar algo más o menos construido en el otro lado. Es la manera de entablar alguna reconciliación. Mira el caso de este psicoanalista uruguayo, Marcelo Viñar, que fue torturado en su país y pasó muchísimos años en Francia. Acabó regresando a Uruguay, a asimilarse perfectamente. Algún proceso tiene que ocurrir para decir: «aquí me quedo», en Francia, en España o en Inglaterra. O no logras establecerte adecuadamente y acabas regresando.

El asunto de la identidad peruana, ¿aparece en tu trabajo profesional entre la gente que tratas?

La mayoría lo da por sentado; la peruanidad es un supuesto básico. En la época de Sendero, la cosa era: ¿me quedo o me voy? No solo con ellos; también conmigo. Tu pellejo estaba en juego.

FABIOLA LEÓN VELARDE:
**«EN EL PERÚ, EL INVESTIGADOR ES ESE SEÑOR
QUE NO EXISTE»**

La Universidad Cayetano Heredia tiene una calidad reconocida, pero exhibe la paradoja de producir médicos para la exportación. ¿Sigue siendo así?

No en la misma magnitud, en parte porque hay mucha más competencia por las plazas en el extranjero; pero sí, lamentablemente, todavía una buena parte de los médicos que se gradúan de Cayetano, y que son muy buenos, no quieren hacer su residencia en el Perú porque pueden especializarse con mayor tecnología y buscan otras oportunidades en hospitales fuera del país y, como tienen una excelente formación, no tienen ninguna dificultad para quedarse. Sin embargo, el porcentaje que se va es menor; más médicos apuestan por quedarse y hacer su especialidad en el país.

Ustedes deben tener el dato de cuánta gente se va y cuánta se queda.

Sí. En los primeros veinte años prácticamente el 50% se iba y muchos de ellos se quedaban fuera. Ahora un 25% aproximadamente hace su especialidad en el extranjero. Muchos se van y regresan. Ahora hay más movilidad; no necesariamente se van y se quedan, se van y vienen de nuevo al Perú.

¿Para un médico es posible eso de ir y venir? ¿Estar dos o tres años y regresar?

Una vez que encuentran su especialidad, ya no. Pero se emplean en diferentes hospitales y les vamos perdiendo el rastro. Tenemos ahora una Unidad de Egresados, que estamos potenciando para tener más precisos esos datos de movilidad. Pero no solo perder médicos es grave: antes eran solamente los médicos los que dejaban el Perú; hoy tenemos dieciocho carreras de los ámbitos de la salud y otros profesionales también se van para no volver, como las enfermeras.

Hay una fuerte demanda internacional de enfermeras, que en algunos países es mayor que la de médicos.

Se han ido muchas enfermeras de Cayetano al extranjero, terminando su carrera, con el propósito de trabajar, no de seguirse formando. A ellas les perdemos más fácilmente el rastro. Se van a Canadá, Italia, Inglaterra. Hace cinco o siete años, este éxodo fue muy impresionante. Inclusive venían de Canadá a reclutar promociones enteras. Hoy, no; ha disminuido bastante esta fuga de enfermeras. Presiento que es porque hay más universidades a las que los reclutadores han ido acudiendo o porque en otros países han fomentado la vocación por la enfermería.

También nos preocupan bastante los científicos. En la Facultad de Ciencias tenemos las carreras de Biología, Farmacia, Química y especialidades como Bioquímica, Biología Molecular y Genética, y buena parte de los alumnos de estas carreras van a hacer también posgrados de investigación en el extranjero, principalmente en Estados Unidos y Europa. Se van menos que los médicos, pero podríamos hablar de un 20%. Lamentablemente, de los que se van, casi todos se quedan. Porque... ¿a qué regresan si han ido a hacer investigación? Hemos tenido el caso de una alumna, Sophia Vidal, que ha sido formada con la Premio Nobel Carol Greider, madre de la telomerasa. Por eso creamos la beca de retorno, porque existe una gran preocupación de que profesionales formados en universidades de primera se queden a trabajar en otros países. No han sido educados por el Estado; pero sí por sus familias. Para las familias puede ser deseable que científicos de calidad tengan una vida mejor en otro país, pero para el Perú no es nada bueno.

El Estado no financia a Cayetano, pero el país sí, de algún modo. Hay ahí una desinversión. Este es el lado negativo de esa migración. El lado positivo sospecho que tiene que ver con las redes de apoyo a Cayetano, que están fuera.

Así es. Tenemos profesionales de Cayetano en institutos, hospitales, universidades de primera y eso hace que tengamos mucha facilidad también para que se sigan yendo; tenemos como nichos de atracción ciudades donde hay una fuerte migración de Cayetano porque saben que son buenos y los siguen reclutando, y los amigos llaman a sus amigos.

Que es la dinámica de los migrantes: cuando se va una familia, luego llegan veinte.

Exactamente. Esta situación, nos da, adicionalmente, posibilidades de tener pasantías, de hacer proyectos en conjunto, porque ahora hay mucho recurso internacional para hacer proyectos consorciados. Vale mucho más una universidad que cree en la internacionalización y, de hecho, cada vez tenemos más extranjeros que vienen de

Estados Unidos o Europa. Estamos recibiendo pequeños grupos para estudiar nuestra salud pública o las enfermedades tropicales. Hemos tenido médicos de Harvard llevando un curso nuestro de enfermedades tropicales. Este es un curso muy importante de Cayetano con la Universidad de Alabama, donde el Sur educa al Norte, porque en enfermedades infecciosas y tropicales somos sumamente buenos. En el curso Gorgas se ha inscrito el médico de Obama, que ha venido al Perú a formarse. Todo esto genera redes. ¿Por qué se creó el curso Gorgas con la Universidad de Alabama? Porque ahí estuvieron peruanos que nos conectaron con quienes estaban interesados en enfermedades tropicales; el doctor Eduardo Gotuzzo, connotado médico infectólogo, concibió un curso con sus colegas de Alabama, y hoy en día es un referente a nivel internacional. Es parte del *board* para formarte como médico tropicalista en Estados Unidos.

¿Esas redes tienen que ver de algún modo con la financiación de Cayetano?

Sí, en la medida en que presentamos proyectos en conjunto y la financiación se destina a donde se ejecuta la investigación, una parte es para una universidad y otra parte para la otra socia. No nos financian desde las universidades donde están nuestros exalumnos, ni tampoco ellos mismos. Tenemos diferentes modalidades. Carlos Bustamante, gran investigador bioquímico que está en la Universidad de Berkeley, trabaja en la manipulación de moléculas de ADN con pinzas de rayos laser para entender los mecanismos de acción de estas moléculas ante una variedad de estímulos. A nosotros nos interesa este equipamiento para entender los cambios en el material genético de bacterias y otros organismos productores de enfermedades como la tuberculosis, ante ciertas drogas. Somos uno de los países que tiene más tuberculosis multidrogorresistente y la MDX que es incurable; la tuberculosis se ha vuelto de nuevo una enfermedad incurable en el Perú. Carlos Bustamante ha planteado un modelo de internacionalización bien novedoso: un laboratorio gemelo. Hemos replicado su laboratorio en Cayetano con el mismo equipo que él ha diseñado; tenemos las mismas pinzas ópticas. Eso hace que pueda haber un flujo académico permanente: vienen estudiantes de su laboratorio a Cayetano y van de Cayetano a su laboratorio. Él lo hizo con la ‘condición’ de que incorporemos estudiantes de San Marcos, de la UNI y de la Agraria, y lo estamos haciendo. Es un grupito muy pequeño pues son estudios muy especializados, pero aun a esa escala compartimos y generamos conocimiento. Los institutos nacionales de salud (NIH) de los Estados Unidos le dieron recursos a él para que montara este laboratorio gemelo y lo tenemos como un modelo posible de replicar, pero se necesita destinar recursos. Si hubiera más recursos, podríamos hacer otros laboratorios gemelos con técnicas que nosotros tardaríamos años en ponerlas a punto. Por esto, el intercambio en investigación es muy importante: aprender una técnica compleja puede demorar meses, que alguien te capacite, días.

«NO ME PLANTEABA SI TENÍA O NO RECURSOS EN EL PERÚ PORQUE TENÍA QUE IR A CONSEGUIRLOS FUERA. ASÍ HA SIDO TODA MI VIDA DE INVESTIGADORA».

¿El Estado pone fondos en Cayetano o ha puesto fondos en algún momento?

Conozco la historia contada por «Choclo», Carlos Monge Cassinelli, gran investigador, quien fue mi mentor; he trabajado treinta años con él, y él me contaba que cuando Cayetano nació recibió ayuda económica de un patronato —personalidades a las que estamos muy agradecidos—, presidido por don Enrique Ayulo Pardo. Este patronato hizo posible la creación de la nueva facultad de medicina; en esos años se funcionó en base a los recursos que daba el patronato y al cobro de pensiones a los estudiantes. Antes, Cayetano tenía en su estatuto un artículo, que lamentablemente no ha sido posible mantener, que decía: «Nadie se quedará sin estudiar en Cayetano Heredia por motivos económicos». En esa época venía un estudiante brillante, de cualquier colegio público, lo aceptábamos y lo becábamos. Recibíamos fondos del Estado; entiendo que el financiamiento llegó a ser hasta la mitad del presupuesto de la Universidad, pero luego se consideró que el Estado no debía seguir manteniendo a esta universidad privada, que pertenecía a un patronato y a una asociación de docentes. El gobierno militar mantuvo el apoyo por unos años más, pero al final del gobierno militar ya no recibíamos ningún recurso del Estado. Evidentemente, el artículo se tuvo que retirar del Estatuto.

Quiere decir que, de los 54 años que tiene Cayetano, en los últimos 35 no ha recibido nada del Estado.

Nada. Nuestro presupuesto se compone aproximadamente de las pensiones en un 50% a 60%; de fondos nacionales e internacionales para investigación, 25 a 30%. El resto viene de nuestras cuatro pequeñas clínicas —una médica, dos odontológicas, una veterinaria—, otros servicios de consultorías y capacitaciones.

¿Crees que en la falta de financiación del Estado, en algún momento se ha dado como argumento que los médicos de Cayetano se van fuera?

No. Antes del primer préstamo del Banco Interamericano de Desarrollo prácticamente no teníamos fondos para investigación. El presupuesto del Consejo Nacional

de Ciencia y Tecnología (CONCYTEC) era una broma: menos de cinco millones de dólares al año y la mitad de eso se iba en burocracia. Cuando gente como Benjamín Marticorena, ex presidente del CONCYTEC, hizo mucha pedagogía acerca de que era indispensable invertir en ciencia y tecnología; es entonces que destaca Cayetano y muchos se preguntan: ¿cómo así esta universidad puede tener tanta investigación, tantas publicaciones? Era por nuestras redes, por nuestros contactos. Siendo estudiante yo no me planteaba si tenía o no recursos en el Perú porque tenía que ir a conseguirlos fuera. Así ha sido toda mi vida de investigadora en el Perú, un país con una economía débil: había que concursar por más recursos fuera del país. Mis proyectos como investigadora han sido financiados por Canadá, Suecia, Inglaterra. Y tuve un par de proyectos con CONCYTEC, que me dio un monto que hubiese sido irrisorio para otro país: mil dólares. San Marcos estuvo igual; sus investigadores tuvieron que arreglárselas por sí solos; para investigación les daban una cantidad muy insuficiente, que era muy parecida a la que le daban a la UNI o a la Agraria; usualmente el monto disponible se dividía entre todos los que hacían un pequeño trabajo de investigación.

¿Cómo son las becas de retorno?

Teníamos esta preocupación de que todos los buenos investigadores, con ganas de regresar, no volvían, o regresaban a dar una vuelta, a ver qué pasaba: «¿Me podrán contratar en Cayetano?». Y nosotros con los brazos atados, pensando: «Cómo lo financo, no existe la carrera de investigador en el Perú». En Cayetano siempre hemos hecho un poco de magia —como los chinos que hacen equilibrio con sus platos— para encontrar diferentes maneras de financiar la investigación y el salario del investigador, para el que no trae su pan bajo el brazo. Aún así no podíamos ofrecer mucho y perdíamos a futuros investigadores buenos.

Sobre todo a alguien que está en la duda de «Me quedo en Inglaterra, en Francia, en Canadá o vuelvo al Perú». Viene y pregunta: «¿Qué hay?», y le dicen: «Tal vez cuatro meses te podemos arreglar». Se queda donde está; obvio.

O le dicen: «Me dictas siquiera seis horas a la semana y diriges no sé cuántos tesis-tas...». Y pregunta: «¿Dónde consigo los fondos?». «Tienes que ir a buscarlos en el extranjero». Obviamente no se quedó nadie que haya regresado y obtenido esa respuesta. Quienes creemos en la investigación estábamos desesperados; en esa época era vicerrectora de Investigación. Hablé con el rector Oswaldo Zegarra, que me dio mucha libertad para gestionar la investigación. Creamos así un fondito de cincuenta mil dólares; la mitad para el primer año, la mitad para el segundo; más o menos dos mil dólares al mes para un investigador que regrese con un doctorado en el extranjero.

Le ofrecemos además una buena computadora y un laboratorio vacío porque el fondo no alcanza para el equipamiento y porque no sabemos exactamente qué necesita cuando recién comienza su investigación. Pero, por otro lado, cuenta con todo el ecosistema de Cayetano para trabajar: más de cuarenta laboratorios de investigación, dos pisos con equipamiento básico, centrifugadoras, refrigeradoras para hacer bioquímica, microbiología, biología, y otras ciencias afines; lo que necesitas para comenzar. Lanzamos el concurso y, para nuestra sorpresa, hemos repatriado ya dieciocho científicos, dos por año, investigadores biólogos, en diferentes áreas, y en medicina. El éxito del programa es variable, no obstante; ninguno de los retornados se ha ido a trabajar en otra área —ya esto es un triunfo—, todos están haciendo investigación. Algunos investigadores al año ya habían conseguido un proyecto de NIH de tres millones de dólares; otros consiguieron proyectos de medio millón para tres años, y otros consiguieron proyectos más pequeños, con los que todos han equipado sus laboratorios. Nosotros les seguimos pagando cuando se termina su beca, ya incorporados como docentes.

¿De los dieciocho, ninguno se ha vuelto a ir?

Ninguno. Y todos están haciendo investigación o algo relacionado con ciencia o tecnología. Algunos me los ha quitado el Estado y están en gestión. Una es la presidenta del CONCYTEC, Gisella Orjeda; otro es director en el Instituto de Investigaciones Agrarias; y un par más también trabajan en CONCYTEC. La razón es que, si bien lograron conseguir buenos proyectos, estos no incluían el suficiente complemento de salario y la UPOCH tampoco puede mejorar el salario muy por encima de un docente de la misma categoría, porque la carrera del investigador no está financiada todavía formalmente. Pero todos los demás becarios están haciendo investigación. Nosotros hemos invertido medio millón de dólares y ellos han generado diez millones de dólares en proyectos de investigación. Dime si no es rentable. Todo ese dinero se invierte en sus proyectos, obviamente, pero en esos proyectos se forman tesis, se compra equipamiento y se genera conocimiento.

Y menos puedo entender cómo algunas universidades que tienen utilidades de más de cien millones de soles —diez o veinte veces más que la rentabilidad de Cayetano, donde nosotros reinvertimos hasta el último centavo, para tener una educación de mayor calidad— no pueden tener siquiera algunos grupos de investigación, algunos buenos laboratorios para investigación. Es el mundo al revés: la educación como uno de los mejores negocios lucrativos y no como un servicio que forme mejor a los chicos talentosos de nuestro país.

¿Alguna vez hemos tenido una política estatal en materia científica?

La aprobación del Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología (SINACYT) es un esfuerzo que todavía no está implementado completamente. Es la propuesta del Estado para tener un sistema de ciencia y tecnología. Contamos con el ente rector, el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, y diferentes ministerios que tienen sus institutos de investigación —como el IMARPE, el Instituto Geofísico— así como el Ministerio de la Producción, que tiene fondos para investigación como parte de su agenda para la competitividad. Otorga fondos vinculados a la innovación y están dirigidos principalmente al empresariado. Sin embargo, estas diferentes instancias no trabajan articuladamente.

En el gobierno de Toledo, además de crearse el SINACYT, se estableció el Plan Nacional de Ciencia y Tecnología, con ejes estratégicos, programas y proyectos; pero se cumplió muy poco. Con el gobierno de Alan García, se redujo este plan, se reestructuró, y aun cuando seguimos teniendo un Plan de Ciencia y Tecnología, no se está ejecutando, ni coordinadamente, ni plenamente, menos integradamente.

Que debe estar en un volumen muy bien impreso.

Así es, pero sin presupuesto para todos los proyectos, ni para cumplir los objetivos. El SINACYT planteaba unir todas las instancias que hacen investigación, ciencia y tecnología o innovación, pero no lo ha logrado; sigue desarticulado. Es más: los recursos deben compartirse entre el Ministerio de la Producción y el CONCYTEC. Los institutos casi no tienen presupuesto de investigación: entre el 70 y el 85% es para pagar la planilla. En este gobierno se ha hecho bastante, se han destinado mucho más fondos a ciencia y tecnología que en los gobiernos anteriores. En el Ministerio de Educación, pese a las enormes falencias y brechas de nuestra educación, los diferentes programas se han implementado bien, seriamente; así, cincuenta mil chicos aproximadamente tienen financiamiento para estudiar en la universidad y cincuenta mil más en diferentes institutos educativos. Este gobierno ha dado más recursos para ciencia y tecnología: debemos estar en 0,3% del PIB, pero en Chile es 1%, en Estados Unidos casi 3% y en Israel, 4%. De hecho, nos falta mucho todavía...

¿Ese 0,3% es efectivamente para investigación o, como dijiste para el caso de CONCYTEC, es burocracia?

Buena pregunta, porque entiendo que en el cálculo entran los institutos de investigación de los ministerios, que tienen mucha burocracia. Pero el monto ha crecido y, particularmente el presupuesto de CONCYTEC debe haberse cuadruplicado.

Con Alan García mejoró. En los cinco años del gobierno de Humala se han dado unos 750 millones de soles para todo el periodo. A eso hay que añadir los fondos del Banco Interamericano de Desarrollo, que han sido de cien millones de dólares. Hay muchos más recursos para ciencia y tecnología en el Perú pero cuando comparas solo con la Universidad de Sao Paulo, que tiene en total 1200 millones de dólares, te provoca echarte a llorar.

Las becas que se llaman Presidente del Perú, con las cuales un graduado puede ir a estudiar un posgrado fuera, ¿tienen un sistema creíble de otorgamiento de las becas? Pregunto porque eso puede cambiar un poco el panorama.

Sí, totalmente, si pueden regresar, pero seguimos con el problema del retorno. A mí me parece fantástico que el recurso humano se vaya a formar fuera; es indispensable. Pero, de un lado, otorgamos diez veces menos becas que Chile, cien veces menos que Brasil, pero algo es algo y ya estamos comenzando. De otro lado, ¿qué hace ese doctor en Física, en Genética avanzada, de los que van a formarse, si regresa a San Marcos y le dicen «tienes que dictar 20 horas a la semana»...?

Y te vamos a pagar 1500 soles.

Exactamente. Claro, comprendo que no hay recursos, pero...

Hay recursos para otras cosas. Especialmente en los últimos años, hay muchos más recursos; el país y el Estado tienen más recursos de los que tenían.

Por supuesto. Nosotros, con nuestro pequeño modelo, hemos demostrado lo valioso que es que regrese un científico, si le das ciertas condiciones. Ni siquiera es gran cosa: dos mil dólares al mes, por dos años, y en los dos siguientes homologamos su sueldo al de un docente y, a cambio, dicta algunas horas de clase. Tampoco es ganarse la lotería, pero regresan porque quieren trabajar en su país, porque saben que son buenos, y porque tienen relaciones internacionales y consiguen recursos. No sé cómo no apostar por esto...

Has comparado con países del mundo desarrollado, pero también con Brasil y Chile. México tiene un Sistema Nacional de Investigación que es importantísimo. ¿Qué es lo que hace que en el Perú las cosas sean como acabas de pintarlas? ¿Qué explicación das a esto?

Por muchos años, la ciencia, tecnología e innovación, la investigación, no existió en la mente de los políticos; por años no ha habido ninguna voluntad, ninguna decisión de aportar para desarrollar esa área. Cuando regresé de Francia en el año 2002

y dejé a un lado la investigación por la gestión —aunque no totalmente, porque en diez años he seguido publicando—, decidí que a cuanto político encontraba debía convencerlo sobre la necesidad de que la ciencia tenga el espacio que merece en el Perú, y como soy Cayetano, alguna vez me escuchaban. Siempre la respuesta era...

¿Por qué dices «porque soy Cayetano, alguna vez me escuchaban», por el prestigio de la Universidad?

Claro, podía tocar muchas puertas y ser recibida. Pero siempre la respuesta era: «Tenemos cosas más urgentes en las que hay que gastar; esto es demasiado a largo plazo, no vamos a ver los resultados en este gobierno». Te estoy hablando del año 2004 hasta el año 2007. Este discurso felizmente ha ido cambiando, de manera que hoy no dar importancia a la ciencia y tecnología es políticamente incorrecto. En el debate presidencial de la elección de 2011, ciencia y tecnología estuvo muy presente. Curiosamente, en el debate electoral de 2016 el tema ha vuelto a estar casi ausente; no sé por qué, quizás porque ya se instaló... ojalá. En el debate de 2011 se discutía quién iba a invertir más para el desarrollo de la ciencia y tecnología. Y, efectivamente, quien más se comprometió fue Ollanta Humala —cuyo plan tenía nueve páginas sobre el tema, los otros ni dos—. El gobierno de Humala, con todos sus errores y defectos, sí sentó la pauta y tuvo una buena presidenta de CONCYTEC que habla en voz alta y muestra resultados.

Se instaló la necesidad de destinar más recursos para infraestructura y para el recurso humano. Este concepto ha llegado al Perú, pero bastante tarde porque cuando comenzaron a otorgarse los fondos del BID con el gobierno de Toledo, y se ejecutaron con el gobierno de Alan García, Argentina, Chile, Brasil, Costa Rica, casi todos los países, menos algunos de América Central, habían tenido ya tres, cuatro o cinco fondos BID y, por lo tanto, muchos más recursos. Hemos empezado muy tarde. También Fujimori tuvo responsabilidad en este retraso porque su gobierno le dio muy poca importancia al desarrollo de la ciencia y tecnología; en la campaña de 2011 escuché a Keiko decir: «Qué vamos a estar comenzando de cero, vamos a buscar el conocimiento al supermercado de la ciencia», y este fue el concepto que acompañó a los fujimoristas.

No produzcamos ciencia, compremos tecnología.

Compremos, exactamente. Ese pragmatismo equivocado y esa mirada cortoplacista, durante treinta o cuarenta años, nos hicieron tremendo mal, a diferencia de otros gobiernos que, con diversos acentos y matices, invertían en ciencia y tecnología. Hasta Venezuela lo hizo en un momento; es una pena que ahora haya retrocedido.

Pero en formación de gente fuera, en su momento gastó muchísimo.

Muchísimo. Venezuela era un referente en mi época de estudiante; fui a una pasantía en Biofísica al Instituto de Investigaciones Venezolanas y sus investigadores e instalaciones no tenían nada que envidiar a universidades de rango mundial.

¿Cuán arduo es ser científico en el Perú?

Es sumamente difícil. En Estados Unidos o en Francia, donde he trabajado, si quieres hacer más investigación, también tienes que buscar fondos, pero tienes una base razonable para comenzar: puedes vivir normalmente, cómodamente, con un salario como investigador-docente y, para tener un proyecto de mayor envergadura, concursas por más fondos. Acá, no; sabemos que el docente peruano, en general no está adecuadamente reconocido, inclusive en Cayetano —quisiéramos mejorar esto, pero no siempre es posible— y tienes que buscar fondos para investigación en un país donde no los hay, o más bien, todavía no son significativos o no incluyen complemento salarial. Entonces, tienes que competir fuera. Y te estoy hablando de un mundo ideal, que es Cayetano en el Perú. Porque las universidades públicas... no sé cómo investigan; es muy duro, los docentes tienen que dictar muchísimas clases y solo algunos han encontrado el camino de conseguir recursos de investigación a través de sus fundaciones. San Marcos, la Agraria, la UNI tienen una fundación. Hacen algo de servicios, de consultorías y se las agencian para hacer investigación. ¡Son héroes! No sé realmente cómo lo logran. La Católica es un mundo más protegido, muy parecido a Cayetano.

Es muy duro, porque en el Perú el investigador es ese señor que no existe. Estamos esperando la carrera del investigador, en cualquiera de sus formas, ¡para que el investigador exista! Porque hoy en día, en las universidades, no existe ningún mecanismo claro para que se califique a un docente como investigador, salvo en Cayetano y en la Católica, donde se está destinando más fondos a investigación y donde se está globalizando más a los investigadores. La Católica ha trabajado mucho este tema en los últimos años.

Frente a la calidad decreciente de las universidades en el Perú ha surgido la acreditación como una alternativa o un paliativo. En Ecuador se hizo una evaluación más o menos aceptada y algunas universidades tuvieron que cerrar y a otras se les puso condiciones y plazo para enmendarse. ¿Cómo ves ese tema?

Hemos avanzado, aunque ahora no se nota mucho porque las universidades o carreras que están tratando de acreditarse son todavía pocas. En el Perú, aunque parezca increíble, el Sistema Nacional de Evaluación, Acreditación y Certificación de la Calidad Educativa (SINEACE) se creó en el gobierno de Alan García pero la acreditación recién se comenzó a ejecutar hace dos años. Nuestro sistema era tan complejo, tanto, que implementarlo resultaba demasiado oneroso.

Ese es el truco cuando no se quiere que una ley se implemente. O no le das presupuesto o lo haces tan complicado que... no hay forma.

Recién se ha comenzado a establecer en las universidades. Tenemos 143 universidades y más o menos 6000 carreras y solo se acreditaban carreras. Como esto demoraba tanto y parecía que nunca se terminaría con todas las universidades, se ha simplificado el procedimiento. Pero la acreditación en el Perú, a diferencia de Ecuador, todavía es voluntaria. No está vinculada a, por ejemplo, recibir fondos del Estado. En este gobierno lo que se hizo fue establecer estándares mínimos de calidad. A un grupo de universidades nos pareció bien, porque no puedes querer llamarte universidad sin tener una buena biblioteca, aunque sea virtual; sin tener laboratorios docentes, sobre todo si impartes carreras de ciencias; no puedes no tener un mínimo de profesores a tiempo completo y otros estándares que definen 'calidad' universitaria.

Hace doce años hice un trabajo sobre las facultades de derecho en el Perú y encontré cosas pavorosas, inimaginables.

Es necesario insistir en contar con estándares mínimos para llamarse universidad. La Superintendencia Nacional de Educación Superior Universitaria (SUNEDU) ha comenzado el licenciamiento de las universidades que estiman que sí pueden licenciarse —estamos en el primer grupo, obviamente— para demostrar que lo que se pide cumplir es factible. Pero las que vienen formando profesionales a su buen saber y entender están en el último grupo, que recién se evaluará dentro de un año o más... Al iniciarse un nuevo gobierno, a lo mejor todo cambia. Mientras tanto, se siguen creando nuevas facultades de medicina, sin docentes calificados, sin campos clínicos... Después del licenciamiento vendrá la acreditación, que no es obligatoria pero que debería estar vinculada a fondos concursables: «Quieres un fondo para investigación en salud, ¿está acreditada tu carrera de medicina? ¿No? Búscate tus fondos».

A nosotros, la evaluación por pares tal como está concebida ahora, nos parece que debe mejorar. Hemos acreditado la carrera de Biología hace unos cinco meses porque, si bien tenemos la acreditación internacional, queríamos estar en orden con nuestras carreras también a nivel nacional. Te visitan los acreditadores, que son docentes de alguna universidad que no ha sido licenciada, ni acreditada, que han pasado un examen como acreditadores universitarios, y los investigadores, docentes de nuestra carrera de Biología, que tienen publicaciones en muy buenas revistas internacionales, sienten que son evaluados de manera muy burocrática. El sistema todavía no está midiendo lo que debe medir, esto es, las características que hacen competitiva a una universidad. Pero es un avance; es bueno tener un proceso de licenciamiento, uno que mida verdaderamente la calidad; en ese proceso estamos, aún tratando de optimizar el sistema...

¿Cuál es en la ley la consecuencia de no obtener el licenciamiento?

Te dan un plazo para remediar las observaciones; si no cumples, deberían cerrar la universidad... Es razonable el proceso pero debe mejorar. No obstante sus otras funciones, es importante mencionar que la Asamblea Nacional de Rectores se cerró porque realmente no cumplía ninguna función clara de control que fuera vinculante. Nos sentábamos en la misma mesa ochenta rectores de universidades con misiones muy diferentes y visiones muy diferentes...

Estás diciéndolo de una manera elegantísima. Allí había mafias. La Asamblea Nacional de Rectores era una farsa.

Bueno... había de todo, pero sin duda era muy curioso oír a los rectores de universidades que no aparecen en ningún ranking, ni latinoamericano, pontificando sobre cómo debe ser una universidad. Pero la ANR era la que, por lo menos, acusaba recibo de que tenías programas educativos. El problema con la SUNEDU es que, por ahora, ha parado los nuevos programas. No puedes detener a una universidad un año y medio. Nosotros queremos hacer algo único en el Perú: un doctorado en gestión educativa entre las cuatro universidades del Consorcio de Universidades —Católica, Cayetano, Lima y Pacífico—, con cuatro áreas: Gestión Financiera, Educación Superior, Ciencia y Tecnología y Economía; un doctorado de alta calidad con invitados extranjeros. Estuvo esperando un año y medio en la SUNEDU. Eso no puede ser. El exceso de regulación en las universidades tampoco es bueno. Sí creo en la necesidad de dar fe pública de que se cumplen estándares mínimos y, luego, en evaluaciones de cómo vas mejorando tu calidad educativa, que es la acreditación, pero no creo en una sobrerregulación que no nos agregue valor. En fin, recién están comenzando y la tarea es ardua. Hay que dar el beneficio de la duda.

Una dificultad de entrar a la gestión académica es que tienes menos tiempo para investigar. Tienes mil cosas en las que pensar, muchas de ellas de urgencia; el investigador está en otro ritmo, en una atmósfera distinta de la del administrador. ¿Qué te llevó a pasar al campo de la gestión?

Cuando regresé de Francia volví a mi laboratorio. Decidí regresar porque si me quedaba más de los seis años que viví allá, el regreso se volvía más difícil. Trabajaba en la Universidad de Paris XIII como investigadora asociada, renovando mi contrato de acuerdo a los proyectos. Cuando me ofrecieron nombrarme, me dije: «¿Esto es lo que quiero?» y la respuesta fue que no. Tenía deseos de regresar porque nunca dejé del todo mis proyectos en Cayetano; viví una vida loca durante seis años: todas mis vacaciones venía a Cayetano para trabajar en los proyectos conjuntos que tenía con el profesor Richalet.

Venía unos cuatro meses al año al Perú. En realidad, no me fui del todo. Cuando tuve que tomar la decisión, pesó en mí no solo la familia sino también mi tema de investigación que es totalmente andino: fisiología de altura. En Francia mis investigaciones eran más a nivel molecular: qué pasa con las células del corazón sometidas a la falta de oxígeno —hipoxia— y estudiaba la exposición aguda a la altura en deportistas. En realidad, a mí lo que más me gustaba era lo que hacía acá: la aclimatación a la altura de los animales, de los seres humanos, cómo se enferman, cómo se adaptan. Ese es mi campo y mi pasión; tomé la decisión y regresé. Tenía las puertas de Cayetano abiertas porque nunca me fui totalmente.

A los seis meses de mi regreso, me llamó el entonces rector de Cayetano, Oswaldo Zegarra, para ofrecerme el Vicerrectorado de Investigación. Para mí fue una gran sorpresa porque siempre he tenido el perfil de investigadora y nunca pensé que alguien me convocaría para hacer gestión. Me descolocó un poco, le pedí pensarlo y hablé con Choclo Monge y él me dijo: «Nadie entiende la investigación como un investigador, que sabe las dificultades de los estudios que requieren complejos experimentos; la gestión de la investigación no la entiende alguien que no es investigador». Acepté y, como era un cargo temporal, dije: «Perfecto, lo asumo por un año, máximo dos». La verdad es que me entusiasmé porque el rector me dio mucha libertad, mucho apoyo. En ese tiempo todavía hacía bastante investigación porque fue de alguna manera mi condición: «Me quedo pero voy a seguir haciendo investigación» y todavía dictaba algún curso. Me quedé cuatro años de vicerrectora y cuando se terminaba la gestión de Oswaldo, me dijo: «Creo que tienes que ser mi sucesora». «De ninguna manera, dije, yo quiero volver al laboratorio». Pero obviamente no fue así, y aquí me tienes, ya de rectora por diez años.

Desde que eres rectora no tienes tiempo para investigar.

No, y mi preocupación era el destino del laboratorio, sobre todo el área que yo dirigía, pero tuve la suerte de que una de las becas de retorno que da la UPCH la obtuvo un discípulo mío en el tema de fisiología de altura y él se está haciendo cargo del laboratorio, muy exitosamente. Una cosa que sí hago es escaparme a Chile, dos veces por año, donde comencé con Carlos Monge a estudiar el problema del minero chileno, que es una realidad biomédica fascinante. En el norte de Chile, el minero se pasa veinte años de su vida, una semana a nivel del mar y una semana por encima de los 4500 msnm.; puede dormir entre los 3800 y los 4000 y trabajar entre 4500 y 4800. Como en Chile hay muy poca población nativa de altura en las grandes minas del norte de Chile, que están a gran altura, no existe el minero adaptado. Seleccionan a sus trabajadores de todo Chile para trabajar en las minas. Fueron razones territoriales las que llevaron a implantar este sistema en Chile, pero también el poder llegar

a un acuerdo con los sindicatos mineros, pues los trabajadores no querían vivir tan desarraigados, en medio de la nada, a más de 3800 msnm. Preferían bajar al nivel del mar de manera intermitente; llegar en bus les toma unas siete u ocho horas y viven durante todo su período laboral en este sistema que llaman de 7x7: siete días al nivel del mar y siete días en la altura.

Debe ser fascinante estudiar qué pasa con ellos.

Cuando comenzó esto, hace casi veinte años, yo trabajaba con Choclo Monge, lo invitaron a estudiar el problema y desde entonces no paramos estas investigaciones. Los chilenos no sabían nada del tema; hoy ya tienen un fondo de un millón de dólares al año para estudiar este y otros aspectos de la vida en la altura. Así es que estoy invitada dos veces al año como mentora por un laboratorio de la Universidad Arturo Pratt de Iquique, que estudia estos temas. Desde hace años hacemos seguimiento a mineros y militares que están expuestos a estas condiciones extremas. Cuando decidí postular a rectora anuncié: «Lo único que voy a hacer como trabajo de investigación es el que hago en Chile, porque no quiero perder esta línea de estudio», y esto se refleja en mis últimas publicaciones.

¿Sientes que vale la pena haberte dedicado a la gestión o sientes que has perdido algo?

Sí ha valido la pena, pues he podido ser vocera y ‘militante’ de la importancia de la investigación y de la necesidad de tener universidades de investigación en el Perú, siquiera algunas. Es indispensable y sí se puede; lo que no se puede es concebir un país desarrollado con universidades de mala calidad. No quiero decir que sea mérito mío: si Cayetano no hubiese sido un referente hubiera sido más difícil salir al frente. Si no hubiésemos tenido esta historia de apuesta por la investigación y mucha gente que se ha sacrificado por ese modelo... Tengo la sensación de que cuando se empezó a hablar de verdad de investigación en el Perú estuve en el lugar correcto y en el momento adecuado. En ese sentido, creo que ha valido la pena.

¿Cuántos se dedican a hacer investigación en Cayetano?

Tenemos aproximadamente sesenta unidades de investigación. Hemos construido un edificio —gracias a la generosidad de los esposos Cobián— para cien laboratorios y nos faltan más o menos veinte. Nuestros laboratorios de investigación son los más avanzados del país y albergan a unos noventa investigadores. Otros investigadores hacen investigación epidemiológica, investigación de campo, y no están en esos laboratorios sino en la Facultad de Medicina o en el Instituto de Medicina Tropical de nuestra universidad.

¿Qué es lo más difícil en el Perú para la construcción de una institución a largo plazo? ¿Falta de recursos económicos, trabas legales y burocráticas, la inercia y resistencia provenientes de la mediocridad que tenemos en muchos lados, la envidia? ¿Qué fuentes de obstáculos has encontrado en el trabajo institucional, dentro y fuera de Cayetano?

¿Construir institucionalidad, en general?

Cuando volví al Perú, luego de una estada fuera, participé en el esfuerzo de la reforma de la enseñanza en la Facultad de Derecho de la Católica. Tengo la impresión de que la escasez en los logros de esa reforma tuvo como fuente principal la resistencia de los profesores. Una experiencia distinta, pero equivalente, es la de muchas reformas judiciales en América Latina: la principal resistencia viene de los actores; es decir, jueces, fiscales y abogados que litigan. Cuando construyes desde cero las condiciones son otras, pero cuando en una institución intentas cambiar los modos de hacer las cosas que están institucionalizadas, el cambio encuentra resistencias. ¿Dónde encuentras tú los focos de resistencia cuando trataste de mejorar, de cambiar cosas?

Lo has descrito perfectamente. Sé que ocurre en general en las universidades. La misma estructura universitaria te genera esa suerte de ‘candados’: la carrera magisterial empieza como profesor auxiliar. Si quieres traer a un señor de Harvard y debe entrar como profesor principal y ganar el triple, imposible; no se puede. Las becas de retorno en Cayetano encontraron al inicio la resistencia de algunos profesores; no de las autoridades, que me apoyaban. La resistencia al cambio la hemos comentado con los otros rectores del Consorcio de Universidades, con quienes converso mucho. Cada cambio que quieres hacer, que implica necesariamente traer personas con otra mirada y nuevas propuestas, es bien complicado. Una vez que se logra la apertura, el resto viene prácticamente solo, se genera una dinámica que toma su rumbo. Pero lograr un cambio más profundo —a nivel de la propia estructura de una facultad, de un departamento— casi siempre encuentra la resistencia al cambio.

Cayetano Heredia tiene algo peculiar, que es escaso en el Perú: han cambiado las personas y la institución sigue. Quizá no es excepcional, pero casi. Uno lo ve en la gestión pública: se va el ministro —no digo el presidente— y todo cambia. Que no ocurra así es algo muy especial.

Tal vez esto muestra la importancia, en este mundo universitario, de las personas y del ejemplo. Esto ha hecho de Cayetano un lugar especial, porque hubo muchos profesionales y académicos, un grupo humano muy valioso, que sabía lo que era hacer universidad. Y aquellos que los seguimos continuamos esa tradición, esa visión.

«TODAVÍA ESTAMOS EN ESE
MUNDO DONDE DE LA MUJER
SE ESPERA MÁS».

Has dicho en alguna ocasión que no has sentido discriminación como mujer. Pero en la campaña para el rectorado algunos hicieron valer en contra tuya el hecho de que fueras mujer. Hemos hablado de la dificultad de los científicos, de los investigadores. ¿Crees que la mujer como científica, en el Perú, enfrenta dificultades peculiares, por ser mujer? ¿Lo has visto en otros países?

También en la UPCH, como en toda universidad en campaña, nos ponemos un poco agresivos, pero luego todos volvemos a ser Cayetano. En mi experiencia, y en la de otras compañeras científicas peruanas, la dificultad no está en el hecho de ser mujer *per se*, porque la verdad es que —a excepción de la campaña— en toda mi carrera —siendo mi carrera muy masculina, porque en fisiología de altura se estudia deporte de montaña, andinismo o alpinismo y, por lo tanto, a los congresos científicos suelen acudir más hombres que mujeres— no he sentido absolutamente ninguna dificultad, personalmente. Pero lo que sí siento en el Perú —y sentimos muchas mujeres— es que todavía estamos en ese mundo donde de la mujer se espera más. Quieres tener una carrera científica importante y ser la mejor, pero también quieres ser una buena esposa, ojalá la mejor, y quieres ser una buena madre, ojalá la mejor. Eso es imposible; uno nunca lo acaba de lograr. Es un tributo que en el Perú se paga más que en otros países, porque lo he visto en Francia; me he interesado en el tema de género y he revisado estadísticas de acceso de las mujeres a diferentes trabajos. Si bien es cierto que también en Francia se paga algo de tributo como mujer, por el famoso «techo de cristal», esto es, en ciudades donde se encuentran las mejores universidades —si tienes los recursos y la capacidad intelectual— no hay nada que te impida hacer el mejor doctorado o el mejor posdoctorado; pero es un hecho que en los cargos —sean de responsabilidad, de gestión o académicos— hay menos mujeres; mucho menos en el campo de la ciencias.

Hay un momento en que ser mujer parece contarte en contra.

Así es, no porque te discriminen sino porque te autodiscriminas de alguna manera. Culturalmente es así. Es un hecho conocido que mujeres científicas deciden postergar su carrera para ser madres; los hombres no postergan su carrera científica por su familia, salvo casos contados. En la pareja formada por una mujer científica y un hombre

científico, quien posterga su carrera es casi siempre la mujer. Esto es casi *taken for granted*, simplemente así es, y las mujeres ya estamos esperando cuándo comenzará a cambiar esto en el Perú...

Pero es parte de la condición femenina.

No necesariamente, porque las instituciones —como ocurre más en Europa o Estados Unidos— podrían hacerte la vida más fácil, ayudándote a que tengas con quién dejar a tus hijos, como ocurre en Europa con las guarderías, a que tengas un horario más flexible cuando te toca tener hijos, hacer que la etapa de la maternidad y la posterior sean más compartidas.

Seguramente conoces el debate que hay en Estados Unidos, con apoyo de estadísticas: hay muchas mujeres que han optado por la profesión porque son buenas en su campo y quieren serlo más. Simplemente o no se casan o no tienen hijos, con lo cual amputan una posibilidad de desarrollo personal que no tenemos los hombres. Lo menciono porque tampoco en Estados Unidos eso se resuelve del todo. En el mundo desarrollado se dice, más bien, que en América Latina se tiene el apoyo de las empleadas domésticas; en España se recurre a los abuelos, que en Estados Unidos no los hay disponibles debido a la movilidad territorial de las familias. En suma, me parece que tampoco es fácil en el mundo desarrollado. Pero yo estaba pensando más en la discriminación que en la condición femenina como tal, que pone dificultades muy serias a la incorporación y a la carrera laboral. Claro... tú eres un desmentido a todo esto.

Has mencionado lo que pasa en Estados Unidos y acá también conozco algunas mujeres, amigas cercanas, que lo han hecho. Pero ¿cuánto de esto es el tributo por ser mujer? ¿Es verdaderamente una opción libre? Porque la cultura en la que nos movemos no está por apoyarte, y podría estarlo: permitamos ciertas libertades a la mujer, sobre todo en la etapa en la que debe cuidar a sus hijos, hagamos cambios educativos desde la escuela, aceptemos como situación normal que el hombre también pueda quedarse con los hijos y ocuparse plenamente de ellos.

Te voy a poner un ejemplo lindísimo de lo fuerte que es lo cultural en el sentido de que la mujer debe ocuparse de la casa. Gino, mi esposo, trabaja en casa; yo soy la que salgo a trabajar. Pero la señora que nos ayuda me llama a mí para consultarme todos los temas domésticos. Cuando me presenté a mi primera elección como rectora, se estaban contando los votos en la Asamblea Universitaria y suena el teléfono. Me dije: «Qué raro, saben en casa que estoy en esta elección. Algo debe haber pasado». Contesto y ella me dice: «Señora, no hay paltas; usted sabe que al señor le gustan las paltas». Le digo: «Miriam, sabes que estoy en la Asamblea, ¿y el doctor?».

Responde: «No, él está trabajando». Dime tú si no es una maravilla. Y así ocurre a cada rato: estoy en el Consejo Universitario y lo saben, pero «el doctor está trabajando»; a él no se le puede interrumpir. Lo converso con otras amigas profesionales, de diferentes profesiones, y ocurre algo parecido. Es muy fuerte lo cultural, muy fuerte, y uno acaba casi siempre ocupándose de la casa, los hijos y de su profesión, y se espera que todo se haga bien. La pareja no tiene que ser machista para que esto ocurra; Gino no lo es pero esa dinámica se instala de manera natural.

¿Has sentido alguna vez en el cargo que tu autoridad como rectora, de algún modo para alguien, se debilita porque eres mujer, que alguien no te ha visto con suficiente autoridad por ser mujer?

No. Somos personas muy civilizadas. El mundo de la academia es privilegiado. En Francia yo era investigadora; no puedo decir cómo hubiese sido como autoridad. Algunas colegas referían que sí, que había algo del «gran profesor hombre», que para una mujer era más difícil ascender. No he sentido esto porque allá no he competido por cargos, pero sí lo he visto.

Aquí pertenezco a un mundo protegido de alguna manera, no solo porque trabajo en la academia, sino porque trabajo en Cayetano. La verdad es que a veces se escuchan unas cosas... pero no puedo contar más que mi experiencia. He tenido mucha suerte. Es más, ahora dicen que Cayetano es un matriarcado porque las carreras de la salud o de las ciencias que van ligadas a la salud son carreras que las mujeres aprecian mucho. De hecho, ya estamos viendo las primeras promociones de medicina donde se gradúan más mujeres que hombres.

Se están feminizando. En ese camino se está yendo; en España ya es visible. Mi mujer sostiene la tesis de que, para ser reconocida, la mujer tiene que esforzarse más que el hombre. ¿Qué piensas?

También lo he escuchado de mis amigas colegas y lo he visto en casos particulares, en Cayetano y en otras universidades, pero no es mi experiencia. Siento que siempre me he esforzado muchísimo porque me ha gustado hacerlo, pero no por competir; no he sentido que tenía que demostrar nada en particular. Pero sí puedo decir que he sido testigo del poco reconocimiento de los logros de una mujer en determinada situación, con respecto a un hombre.

CARMEN LORA:
**«EN LA SOCIEDAD ACTUAL, LA IDEA DE CAMBIAR EL MUNDO
SE VE COMO UNA COSA DE LOCOS»**

En tu experiencia, ¿qué es ser pobre en el Perú? ¿Cómo es ser pobre?

La pobreza está en el Perú asociada a una carencia económica, evidentemente, pero también está asociada fuertemente a la imposibilidad de ejercer derechos. Los pobres son gente que está excluida de una cantidad de derechos o, si los tiene, los tiene de una calidad tan mala que es casi como si no los tuviera; en educación, en salud, en seguridad.

Por otro lado, la pobreza también está muy asociada a una condición étnica. Si eres una persona de un determinado color —seas indio o negro—, estás asociado a una situación de exclusión que te lleva a no salir de la pobreza. Por ejemplo, la exclusión en el empleo, cómo consigues empleo: si tienes determinados rasgos raciales vas a estar en menores posibilidades, tu abanico de posibilidades disminuye y se restringe la posibilidad de salir de la pobreza en términos económicos, porque tener un trabajo es la principal manera de salir de la pobreza.

El idioma es importante porque puede ser una barrera para acceder a una buena educación, que es otro vehículo para salir de la pobreza. Así como el empleo, la educación ha tenido en el pasado una capacidad de movilidad social muy importante; con la disminución de la calidad educativa, menos, pero aún así. Cuando analizas los datos estadísticos, todos se matriculan; hay una cobertura de matrícula de 99,9%; incluso entre hombres y mujeres hay muy poca diferencia. Pero cuando analizas cuánta gente deserta al final de la primaria o en cuarto de primaria, cuánta gente repite, cuánta gente es analfabeta, finalmente, el idioma es una variable absolutamente definitiva.

¿La lengua materna?

La lengua materna. Si eres quechuahablante, si eres aimara, si eres de cualquiera de las lenguas de la selva, estás en menores condiciones de acceso a la educación.

No tanto de matricularte, pero sí de sostener un proceso educativo consistente, que te lleve a la posibilidad de tener habilidades para salir de esa pobreza en la que naciste. Las mujeres son analfabetas con mayor frecuencia que los hombres, principalmente las que tienen más de sesenta años; pero las diferencias son más significativas cuando se trata de mujeres que tienen una lengua materna distinta del español. En el grupo de mujeres jóvenes cuya lengua materna es el español no hay prácticamente analfabetas. La educación bilingüe ha tenido un proceso azaroso en el Perú; no tiene consistencia; ha habido experiencias interesantes pero insuficientes. Hoy en día la educación bilingüe es escasa y poco significativa en términos de calidad y cobertura, lo que hace que la gente siga en la pobreza.

Algo que se está analizando ahora, y es un elemento importante, es la relación entre maternidad adolescente y pobreza.

Que es un tema clásico en la bibliografía disponible.

En el Perú, la maternidad adolescente ha crecido; estaba en 10% y en los últimos diez años ha subido a 13%. Se sabe que una chica que queda embarazada cuando tiene catorce o quince años, deja de estudiar y, al tiempo que renuncia a una mayor capacidad en su preparación, tiene que cargar con una vida más; muchas veces tiene que salir de la casa porque los padres no la aceptan. Es madre de un chico que va a ser pobre.

Sobre el factor étnico, el primero que señalaste, hay quienes sostienen que en el Perú lo étnico va vestido de una serie de elementos que tienen más peso determinante, como ha escrito Guillermo Rochabrún, contradiciendo a quienes piensan que la discriminación étnica en el país sigue siendo muy importante¹.

No he leído lo de Rochabrún. Sinceramente, creo que lo étnico está presente porque lo he visto. La discriminación se da también entre gente de diferentes etnias. Cuando he trabajado con mujeres, la discriminación entre las que venían de la sierra y las que venían de la costa era enorme; la discriminación entre las andinas y las mujeres negras era terrible: no aceptaban que una dirigente fuera negra. Y en la época más intensa en la que trabajé, hubo dirigentes negras muy importantes: María Elena Moyano, Teresa Aparcana, que estaba en el Vaso de Leche y Haydée Massoni, con la que tenía más cercanía, me decía: «Siento que no quieren que sea la coordinadora, o buscan que sea otra la que vaya a las reuniones, porque no quieren que se piense que la mujeres de los comedores son unas negras que hacen la cocina». Ese tipo de cosas existían y creo que siguen existiendo, aunque hoy día hay mucho más capacidad de reivindicar la igualdad.

¹ Guillermo ROCHABRÚN, 2014. Una vana pretensión: ser racista en el Perú. En Rochabrún y otros, *Racismo, ¿solo un juego de palabras?* Lima: Ministerio de Cultura, IEP.

Hay gente que se rebela y dice: «Debo ser tratado igual que tú». Me identifico mucho con el trabajo de Jorge Bruce, *Nos habíamos choleado tanto*². Como él dice, estás ante una persona, la miras y hay como una especie de *chip* en tu cabeza —que es inconsciente— que reconoce determinados elementos, entre los cuales están los rasgos étnicos, y te ubica frente a la persona de una manera dada, automáticamente.

En el escenario político, el nivel de agresividad con el que se ha tratado a Toledo y a Ollanta... si estas personas no hubieran sido marcadamente andinas o cholos, no las hubieran tratado así. O los que te dicen que arriba de los 3500 metros de altura la sangre no oxigena bien y la gente es tarada. Esos son elementos que expresan algo que, cuando has trabajado con sectores populares, es fuerte. El elemento económico, siendo importante, no es el único.

Hay pobreza que además confluyen y te hacen más complicado salir de la pobreza económica misma porque no puedes educarte bien, no puedes acceder a un trabajo para el que van a escoger a quien tiene 'buena presencia'; ¿qué cosa es «buena presencia» en el Perú? Lo que es interesante es que eso, ahora, se discute. Cuando nosotros éramos jóvenes, eso era el sentido común. Cuando me dices: ¿cómo es ser pobre?, hay una mayor expresión de estas situaciones, la gente lo expresa más que antes, expresa más el hecho de ser discriminados.

Se está dejando la naturalización de estas diferencias.

Sí; cuán masivamente, no lo sé, pero lo escuchas. Por ejemplo, hay un grupo que es muy activo y es relativamente nuevo, los afrodescendientes. Es un sector que ha comenzado a reivindicar su identidad y su riqueza cultural frente a cómo los tomaban en los medios, en la cultura, en la música, como un grupo folklórico.

«Perú Negro».

Claro. Y los programas cómicos; hubo dos programas cómicos que hicieron escándalo; uno era «El negro Bemba» y el otro, «La paisana Jacinta». Eran agresivos; no era la picardía criolla, eran muy ofensivos. Hubo un movimiento para que se sacaran y se logró sacarlos de la televisión. En ese sentido hay más reacción. Al mismo tiempo, hay una situación de frustración, que creo que la sientes —quizás es muy aventurado lo que te voy a decir, pero lo pensé así— en una votación como la que ha tenido Gregorio Santos; una cierta rabia debida a que la pobreza es más hiriente porque hay una desigualdad muy fuerte. Hoy día hay niveles de vida altísimos en el Perú. Eso se sabe porque hay más comunicación. En Lima, vas a Miraflores y puedes ver gente muy sencilla, que también la podrías ubicar por el color de la piel, señoras con faldellín,

² Jorge BRUCE, 2007. *Nos habíamos choleado tanto*. Lima: USMP.

como he visto incluso en Larcomar. Es gente que debe comparar lo que es su vida con la vida que pueden tener las personas que consumen en esos lugares.

Probablemente eso explica este cambio que señalabas, que la gente empiece a no aceptar esta pobreza y esas diferencias como naturales.

Así creo. Hay un sector que ha sido visibilizado, el de la pobreza en la selva, las condiciones del empobrecimiento dado por la minería informal, que está haciendo de las suyas con los ríos en Madre de Dios, donde hay un problema social, de trata, de explotación infantil. Y, por otro lado, los derrames de petróleo han ido haciendo más visibles a la gente de la selva. Antes no los conocíamos, no era fácil ver sus organizaciones, pero cuando hay lo de Bagua aparecen esos dirigentes, incluso mujeres, que antes en ningún espacio ni de izquierda ni de nada hubieran podido aparecer. También hay esa visibilidad y esa gente que reclama. Acerca del Lote 192, el reclamo no era solamente de la ciudad de Loreto sino de las comunidades nativas.

Esta conciencia de derechos ¿se puede situar en el tiempo, se le puede poner un momento de inicio?

Viene después de la época de Sendero, cuando hay una mayor estabilidad, a fines de la década de los años noventa y en la década siguiente.

Porque durante la época de Sendero, si protestabas o reclamabas eras terrorista.

No solo en esa época, sino casi hasta ahora.

«LA IDEA DE QUE ERES POBRE
POR TU CULPA SE HA HECHO
MÁS FUERTE CON EL
CRECIMIENTO ECONÓMICO».

¿Cómo ha evolucionado el ser pobre?

La pobreza económica se ha reducido, fuertemente, sobre todo respecto a los años noventa, cuando, con el *fujishock*, mucha gente cae en pobreza. Entonces era como 70%, pasamos a un 53% más o menos estable y de ahí a un 50%. Ahora estamos alrededor del 23%. El crecimiento económico influyó fuertemente; nadie puede discutir eso. La pobreza extrema baja más despacio, pero ha bajado significativamente y lo que es muy interesante es que ha bajado la pobreza rural, que parecía más dura, más difícil.

Aparte de que la pobreza ha disminuido cuantitativamente, me parece interesante ese elemento cualitativo de reducción de la resignación de ser pobre.

Pero tienes que combinarlo con la idea de que eres pobre por tu culpa, que viene desde el pasado pero se ha hecho más fuerte con el crecimiento económico: el pobre es el ocioso. En sectores populares eso es muy fuerte. En los años setenta, el pobre era el que estaba excluido, marginado, explotado y podía organizarse para pelear, pero no era culpable de ser pobre y la gente se identificaba con el sector popular, que era un sector pobre. Los unía sentirse excluidos o explotados por el otro lado de la sociedad. Eso ha cambiado mucho, también por la propia composición de los barrios. Hoy día puedes encontrar gente que gana un montón de plata al lado de una señora súper pobre. Evidentemente, toda la gente que vive en las laderas de Villa María del Triunfo es absolutamente pobre, pero abajo tienes gente que puede tener casas de tres o cuatro pisos y sus negocios.

Y que considera que la vecina es pobre porque es ociosa.

Porque es ociosa o porque sus hijos son unos borrachos. «Tienes la culpa de estar en esa situación, si tuvieras más empeño...».

Que es una recuperación de la mentalidad que vimos de muchachos en nuestros padres o nuestros abuelos.

Por eso te decía que no es nuevo; es una recuperación. Pero es uno de los elementos que no permite una mayor cohesión de la gente, una mayor posibilidad de que la gente se identifique. Hay momentos en que hay una fuerte identificación por algún factor: los afrodescendientes, salen todos; o los jóvenes, los quieren explotar con la ley Pulpín, y salen todos. ¿Pero cuánto de eso puede consolidarse? No está claro, no sientes todavía elementos de una identidad fuerte que pueda cohesionar de manera sostenida en función de una determinada demanda.

En ese marco, entremos al tema de la mujer popular.

La mujer es parte del sector pobre en el sentido de que, en muchos casos, por ser mujer te pagan menos, encuentras trabajos menos reconocidos, etcétera. Esto se da, pero no lo marcaría tanto como sí marcaría lo étnico. Hay una feminización de la pobreza, pero no diría que es el factor más definitivo; lo étnico me parece mucho más fuerte, o más difícil de revertir. Las mujeres han logrado conquistas importantes y, aunque sigue habiendo una discriminación —que hoy se expresa sobre todo en violencia— hay cambios significativos.

Con el acceso a la educación, ¿cómo ha cambiado la vida de la mujer popular en las últimas décadas?

El acceso a la educación es sumamente importante y ayuda mucho a una experiencia más igualitaria. En las estadísticas de mujeres que sufren violencia, en las adolescentes que se embarazan, ves que generalmente tienen menos nivel educativo. La educación es un elemento que permite a las mujeres hacerse respetar y encontrar nuevos horizontes de desarrollo. No quiero decir con esto que las mujeres educadas no sean víctimas de violencia, porque eso atraviesa el conjunto de mujeres, pero las cifras son menores entre sectores más educados.

¿Y qué ha significado el ingreso de la mujer al mercado laboral, en el que no se equipara al hombre en términos de salario pero que le faculta un recurso que no tenía?

Ha habido un fuerte ingreso femenino al mercado laboral, pero en el Perú es en un mercado donde el 70% es informal, que no se rige de la misma manera. No es fácil decir que las mujeres están, en las condiciones del mercado laboral informal, igual que los hombres. En las empresas familiares las mujeres pueden trabajar pero no necesariamente tienen un ingreso. Muchas veces ocurre que trabaja la familia, pero a la mujer no se le paga como se le podría pagar a una empleada, también mujer. Eso ha hecho que, en muchos casos, las mujeres sean las que tomen la iniciativa de tener una empresa. Puede haber familias donde son ellas las empresarias —aunque empresaria puede ser un término un poco grande para referirse a una señora que vende anticuchos o hace canastas o tiene un quiosco—, pero es real que están a cargo, gestionan y controlan el ingreso y la salida de su plata.

En el mercado laboral formal las mujeres ganan entre 20 y 25% menos que los hombres, que es la diferencia en todas partes. En el ingreso de la mujer al mercado laboral formal o informal, el crecimiento que se produce a partir de 1995 es muy importante para los sectores populares. Ese ingreso a un mercado de trabajo diverso ha tenido un impacto muy fuerte en las organizaciones. Cuando comencé a trabajar con los comedores, las mujeres en general trabajaban muy poco fuera de su casa. Lavaban ropa dos veces a la semana en una casa o vendían en el mercado el domingo; eran trabajos eventuales. Eso permitía que tuvieran tiempo para la organización y se organizaban en función de turnos que todas cumplían. Cuando viene el fujishock, los comedores crecen de manera exponencial porque hay una necesidad de cubrir la alimentación como sea, muchos hombres han perdido el trabajo y aumentan las mujeres que tienen que hacer más cosas para recurrirse. Pero cuando comienza a haber un poco más de plata con el crecimiento y hay más oportunidades, las mujeres más capaces, las líderes de cada comedor encuentran trabajo más rápidamente.

Se quedan en el comedor las que no tienen esa oportunidad porque son analfabetas o recién han llegado de la sierra o son muy pobres y no tienen para pagarse el pasaje e ir a buscar un trabajo. Las más pobres son el grupo estable que comienza a cocinar todos los días y trabaja para las otras a cambio de comprar su turno y de comida para sus hijos. Las que trabajan fuera pueden pagar, además de las raciones, el turno y mandan a sus hijos a recoger la comida. Eso cambia radicalmente el funcionamiento del comedor por turnos; se convierte en otra cosa, en un servicio, por así decirlo.

Como los roles del socio capitalista y del socio trabajador.

Una cosa de ese estilo. Eso lo vio clarísimo el régimen de Fujimori: trabajó con aquellas que se quedaban en los comedores e hizo ahí una base de apoyo, trabajando políticamente con esas mujeres más pobres, a las que trata de separar de las otras diciéndoles que estas eran personas que ya no necesitan el comedor. Entiendo que el formato persiste hasta ahora. El comedor es una manera por la cual la mujer que trabaja se apoya en el servicio de comida y la que no trabaja tiene un ingreso y la comida gratis. La organización ha cambiado absolutamente y, además, eso hace que las organizaciones cierren el ingreso. La posibilidad de que vaya ampliándose no les conviene: tienen una suerte de equilibrio entre las que trabajan y las que no trabajan; son como una pequeña empresa.

¿Y cuál fue el efecto de la intervención gubernamental de Fujimori?

Estas organizaciones se desvinculan de los otros sectores de la población porque esos otros sectores ven a las señoras como quienes se aprovechan y consiguen apoyo del gobierno, a través de una ley que otorga un subsidio. No era ese el espíritu de la ley, que buscaba reconocer el aporte de las mujeres a la labor alimentaria, pero sin duda se desnaturalizó. En los años ochenta y primera mitad de los noventa, la población veía a las señoras de los comedores como líderes, como personas que apoyaban a la comunidad, que ayudaban a la gente más joven. Después, la población que no está en el comedor ve a las mujeres de los comedores como unas aprovechadas. Eso produce una fractura en la misma población.

¿En qué medida pervive la subordinación de la mujer en la familia y en las relaciones sociales?

Diría que la subordinación de la mujer en la familia se mantiene. Junto a una mayor independencia, hay una subordinación que es vivida de diversas maneras. Hay un tipo de subordinación muy particular en la gente que migra al extranjero; los hombres que migran tienen, sobre las mujeres que se quedan, un control fuertísimo a través del celular;

las llaman al celular en momentos inopinados para ver si están en la casa, cuidando a los hijos. Como él manda una remesa, considera que ella ya no tiene por qué participar en ningún tipo de organización, porque la organización correspondía a cuando eran pobres y no tenían cómo hacer: el Comedor o el Vaso de Leche cubrían la necesidad. Pero ahora ella ya no necesita estar ahí. En consecuencia, ¡a su casa! y es controlada desde afuera. Por cierto, ese señor que está en Paterson o en Madrid tiene su vida, otra mujer y otros hijos. Hay situaciones que se mantienen de esa manera.

Creo que la posibilidad de tener un ingreso económico permite una mayor independencia a la mujer, pero no necesariamente una menor violencia. El control del hombre se ejerce a través de una violencia —que puede ser psicológica, no necesariamente física— que corresponde a estar ahí y no colaborar para nada en las cosas de la casa. La rutina de la mayor parte de las mujeres que trabajan comienza a las cuatro de la mañana; lo he visto en empleadas de ministerios.

No estás hablando de gente pobre.

No, no. Te estoy hablando de todo tipo de mujeres que trabajan, que se levantan a las cuatro de la mañana para dejar la comida de los chicos y preparar las loncheras, se van a trabajar y regresan para lavar, para planchar, para hacer todas las cosas. Esa subordinación, esa manera de establecer los roles, sigue igual y no hay servicios sociales que ayuden a la mujer. La cobertura de los wawa-wasi o las cunas es bajísima. No hay capacidad como para que la mujer, en general, pueda tener esos servicios.

¿Qué crees que mantiene eso?

Creo que es una división de los roles. Hay una concepción de que la mujer es la que debe criar a los hijos y cuidar el hogar. Eso es muy fuerte en nosotras mismas, las mujeres, y en los hombres. Superarlo es muy lento como camino.

Una cosa de las más duras que he vivido —en términos de decir: ¿para qué has hecho todo ese trabajo educativo?— es cuando llega Sendero y amenaza a las señoras —ya habían matado a María Elena Moyano— y la psicóloga a la que llamamos para que las ayudara nos contaba que en la terapia decían: «Esto nos pasa por nuestra culpa, nos hemos metido a la organización, hemos dejado nuestras casas, hemos dejado nuestros hijos y ahora nos están matando y eso es nuestra culpa». Así de duro. Eso en 1992. Yo comencé a trabajar con esas mujeres en 1979, 1980. Doce años de trabajo...

En vano.

No sé si en vano, pero es para decirte que son cosas que uno tiene muy metidas y no se cambian tan fácilmente. Creo que eso está muy presente en nuestra sociedad.

Cuando hablábamos de la pobreza, resumí diciendo: la diferencia cualitativa es que los pobres ya no están resignados a ser pobres, que exigen, creen que tienen derechos, que no los puedes tratar mal porque sean negros o indios. En ese otro terreno, el pobre también había naturalizado su condición durante siglos, la concepción de una sociedad estamental en la que cada quien tiene un lugar, y hay ricos y hay pobres porque así es la historia; todo eso existió desde siempre. Pero ha surgido un decir «no, yo también tengo derecho a». ¿Por qué no ocurre eso con las mujeres?

No son solamente las mujeres sino también los hombres. Apelo al psicoanálisis. Las relaciones sexuales y las relaciones de género tienen componentes muy profundos, muy vitales que tienen que ver con el hecho de que cuando naces eres un ser muy indefenso y dependes de quien te cuida. La manera como eso está organizado, culturalmente, tiene una potencia y una fuerza muy grandes. Es mucho más complejo de cambiar. Hay elementos de orden inconsciente que están instalados muy profundamente en las personas: se instalan de manera diversa lo étnico, los roles de género. En estos aspectos la organización social tiene una densidad muy fuerte, donde los factores inconscientes emocionales, afectivos, son mucho más potentes que en otros casos. No sé si esa explicación es útil o no, pero es como lo veo.

Me parece útil. Sin embargo, no sé si es suficiente para explicar la situación que describías de la mujer que tiene x hijos, trabaja en un ministerio, se levanta a las cuatro de la mañana para preparar la comida, llega por la noche y se pone a lavar y planchar, mientras el marido ve el fútbol. Entiendo que —salvo unas cuantas sociedades estudiadas en algún momento por la antropología, en las cuales los hombres tienen el rol casero, por así llamarlo— en general la humanidad se ha organizado de esa manera, con esa división y, además, un posible golpe del hombre a la mujer. Es demasiado dura la constatación de que no haya cambiado o se mantenga.

Evidentemente, no está exactamente igual; hay mujeres que una situación como esa no la consideran soportable y terminan la relación; ocurre mucho más que antes y ahí sí hay un cambio. Hace cincuenta años era tu destino y te morías así. Ahí sí hay un cambio, que por lo demás es fruto de conquistas del feminismo tanto de los inicios del siglo XX como de los años setenta. Por otro lado, en el inicio de una relación de pareja las reglas no se plantean de la misma manera como luego se practican, cuando se hace ya una vida común y los comportamientos espontáneos afloran más claramente. Ahora bien, ¿cuánto sigue siendo el matrimonio una posibilidad en los planes de la gente? Cada vez menos; las relaciones de parejas son mucho más inestables y hay mujeres que prefieren tener un hijo y no tener a nadie que las moleste: se hacen un hijo y se quedan solas; van a tener una vida complicada pero prefieren eso que tener

una relación marital compleja, dura, con peleas o golpes todo el tiempo. Hay formas de respuesta, pero no te podría decir cuánto. Sí siento que cambiar eso es muy duro y, cuando vi cómo las mujeres eran capaces de echarse la culpa ante la posibilidad de que las mataran, me pareció que era ponerme ante la realidad: «Mira, tu trabajo ha ido hasta acá, pero no ha ido más allá».

Entonces, ¿ha cambiado el machismo?

En parte, sí. Hay una mayor aceptación de que la mujer puede estar en otros lugares que no sean la casa, pero al mismo tiempo hay mucha agresividad. La agresividad frente a las mujeres que están en la política es muy fuerte. Al mismo tiempo, tienes varias líderes mujeres; hay un reconocimiento de que las mujeres pueden estar en el espacio público; no escandaliza, pero sí es algo ridiculizado, a veces hay mucha agresividad. No por ser mujeres, no es que las manden a sus casas, pero sí dicen que no saben o que no son capaces, y en todo caso sus errores son mucho más resaltados que si esos mismos errores se descubren en un político varón.

En 2016, de los tres mejor colocados en los resultados electorales de la primera vuelta, dos fueron mujeres.

Dos mujeres y, además, tenías varias vicepresidentas. En el Congreso han llegado a 34, seis más que en el período anterior. Sí hay una mayor visibilidad de la diversidad étnica de las mujeres populares. En los años ochenta, las mujeres que se organizaban eran las mujeres de la costa. A fines de la década comienza a haber algunas líderes campesinas, en las federaciones y confederaciones campesinas. Una de ellas es Hilaria Supa, una mujer muy interesante que viene de la Federación Campesina del Cusco de la CCP y logra ser congresista. También fueron muy importantes las mujeres de Ayacucho, tanto en la Federación Campesina —que asume la protección de los ancianos y huérfanos que se quedan en la zona durante la violencia— como en la defensa de los derechos humanos en torno a la Asociación de Familiares de Detenidos y Desaparecidos (ANFASEP), que lidera Angélica Mendoza. Después comienzan a visibilizarse a shaninkas como Ruth Buendía o Máxima Acuña, campesina cajamarquina; ambas han recibido el premio Goldman por su defensa del medio ambiente. Hay una diversidad de mujeres líderes mucho mayor, en términos de orígenes, de trayectorias, que vienen de otros lados del país y no solo del sector costero, más urbano, como fue en el origen. Y sin duda en los medios profesionales hay también una presencia importante de mujeres que están ocupando cargos como rectorados, o presiden gremios profesionales y empresariales, o destacan en la investigación científica.

Los viejos de todas las épocas nos quejamos de los jóvenes. Para muchos de nuestra generación la juventud actual no tiene más interés que hacer dinero para consumir, que es la manera reconocida de tener éxito. Escasean la solidaridad, los valores y las preocupaciones sociales. Tú tienes contacto con gente joven: ¿cómo ves a los jóvenes de hoy y qué comparación puedes hacer con los jóvenes de nuestra generación?

Conversamos mucho de esto con Rolando [Ames], que tiene mucho contacto con los chicos de la Universidad y yo lo tengo por el lado de UNEC y la gente de Iglesia. Evidentemente, somos diferentes. Nuestra experiencia estuvo muy marcada por lo que decíamos y también lo que sentíamos frente a los pobres. Al mismo tiempo, nos sentíamos parte de un proyecto social, histórico, político; integrabas un colectivo grande y mundial. Esa dimensión de pertenencia colectiva era muy fuerte en nosotros. Para mí esa es la diferencia más importante; ahora los jóvenes no tienen una pertenencia colectiva; pueden integrar redes, colectivos culturales o conciertos, pero no es un tipo de pertenencia estable ni una pertenencia sostenida en un relato. En nuestra época los relatos o las narraciones grandes existían; no les llamábamos relatos, pero existían la línea, la posición, el ideal doctrinal.

La idea es que eso nos daba una cierta identidad y estos muchachos no tienen eso.

Sí. Tienen diversos relatos, pero fragmentados. Tienen un relato cultural, en términos de creación artística, de búsqueda, de hacer cosas que los expresen. Los mueve mucho la autenticidad, buscan ser auténticos: hacer lo que dicen. No hay liderazgos fuertes sino que están muy acotados a determinados temas, que no parecen ser permanentes de la misma manera como nos marcaron a nosotros, de por vida, ni de una intensidad tan alta como para atravesar una cantidad de decisiones que tienes que tomar en la vida. Los temas están fragmentados y cada uno en su mundo. Un chico puede ser un rockero, a quien le encanta la música rock, incluso contestataria en términos culturales y sociales y, al mismo tiempo, estar dedicado a las finanzas como funcionario de un banco internacional. Son como esferas de su vida.

¿El consumo tiene un impacto importante? Cuando hablabas de que tuvimos una identidad marcada por determinados objetivos, ser parte de un proyecto grande, cambiar el mundo, esa era la idea. Quizá las identidades juveniles de hoy tienen mucho que ver con el consumo.

Para nosotros, la idea de cambiar el mundo era algo verosímil. Para los chicos de ahora, eso no está en el panorama; tienen una naturalización muy simple de la realidad. La realidad es como es y punto. Eso es un elemento de diferencia radical, porque te ubica. Los chicos pueden ser críticos, pero no consideran que esa crítica

va a cambiar las cosas. Ahí entra el consumo. Al mismo tiempo, lo que es curioso es que está extendida —no sé cuán masivamente— la defensa del medio ambiente y, por lo tanto, la necesidad de ser muy austeros en el consumo. ¿Cuál es la austeridad? No lo sé, porque no necesariamente la austeridad es no tener el último celular o las zapatillas. Pero hay como cierta resistencia que comienza a surgir. Eso es contestatario. O los movimientos políticos que vienen de los jóvenes —tú los conoces más en España—, como Podemos o incluso Ciudadanos, que es más conservador pero me pareció interesante. Sientes que ahí hay algo.

«Conservador» no es una buena palabra para definir a Ciudadanos; digamos que está más a la derecha, pero es liberal en el sentido primigenio; no intenta conservar nada.

Tienes razón: es más liberal que conservador. Aquí, en este momento, en el proceso político se ha dado el rechazo a una generación —porque hay un rechazo: el estrepitoso fracaso de Alan García a quien la gente joven lo siente pasado absolutamente— de parte del votante más numeroso, que tiene entre 18 y 24 años. Esa gente, con ese escepticismo a todo lo que podía venir de las políticas más tradicionales, buscaba algo similar a ellos mismos. Por ahí hay algo que está emergiendo. No van a ser partidos iguales que los otros. Los chicos salen a marchar por los jóvenes o contra Keiko; son cosas impresionantes, masivas. Cuánto de eso queda después, no sabes bien. O quedan cosas que luego se expresan de una manera totalmente distinta: conozco una chica que está en relación con un grupo que ha marchado contra la ley Pulpín y ahora están recuperando la tradición criolla de los Barrios Altos. No hay nada que ver pero su organización está en eso.

«EN LOS JÓVENES HAY UN
APRECIO MAYOR DEL PAÍS,
DE SU RIQUEZA CULTURAL,
DE SU DIVERSIDAD Y NO SOLO
DE LA COMIDA».

Un proyecto colectivo, una inserción más estable en un espacio organizado, eso no es parte. Creo que, como dices, el consumo es el elemento central, para los jóvenes pero también para los adultos; es casi un elemento de identidad. Hay un ansia de tener para ser respetado, para ser apreciado. Es por ahí que va el consumo ahora y los jóvenes de sectores populares están en eso también, a pesar de que hay mucho de crítica y de protesta. El rap es fuerte; los movimientos contestatarios, medio subterráneos, en clases populares no son poca cosa. Pero tampoco logran tener permanencia.

En los jóvenes, un elemento que durante un tiempo sí pesó era la posibilidad de ser contestatario y automáticamente ser considerado senderista. La estigmatización del joven como un potencial senderista duró mucho. Eso debe haber pesado en una menor capacidad para pensar críticamente, pero lo principal es que en la sociedad actual la idea de cambiar el mundo se ve como una cosa de locos. Rolando siente que ahora hay más receptividad que hace cinco años, cuando había una indiferencia absoluta. Y hace diez años era peor todavía.

Entonces, para los jóvenes, ¿qué vale la pena hacer en el país de hoy?

Sí hay un aprecio mayor del país, en términos de su riqueza cultural, de su diversidad y no solo de la comida. En otras épocas, el turismo nacional era bien tradicional. Ahora los chicos buscan conocer, más históricamente, qué cosa hay. Durante mucho tiempo, sobre todo en los años ochenta y noventa, los jóvenes no salían; los padres no los dejaban, era peligroso. Ahora hay un interés por conocer cosas del país que no conocen y quieren saber cómo son. Eso está bastante extendido. Quizás es un interés por la historia y lo arqueológico, las cosas antiguas.

Vamos a hablar de la Iglesia católica. De un lado, las ciencias sociales, en el Perú y en toda América Latina, han develado el papel de la Iglesia y el adoctrinamiento católico no solo en la tarea de la conquista sino en la construcción de un orden social de profundas desigualdades, al que contribuyeron con justificaciones y del que resultó beneficiaria la institución eclesial. De otra parte, Alberto Gálvez, en su presentación ante la CVR se refirió a: «la importancia que tuvo en el proceso de radicalización de los jóvenes de clase media —en especial limeños— de raíces católicas la llamada “Teología de la liberación” [...]. Así, entre fines de la década de 1960 y comienzos de la de 1970, un numeroso contingente de jóvenes laicos e incluso religiosos entró a militancia política en la izquierda radical»³. ¿Cómo vive un católico como tú estos dos grandes hechos, que tienen una pesada carga negativa? Lo segundo, a primera vista no tanto, porque es una experiencia que forma parte de ese intento de cambiar el mundo, pero es una experiencia que tiene mucho de trágica también.

Lo primero existe todavía: la percepción de que la Iglesia es una institución que forma parte del poder opresor —por decirlo de una manera esquemática—, que es el poder de los ricos, del que tiene dinero, influencias y maneja cosas. Y busca estar presente en esos altos niveles de la política y del poder. Creo que esa imagen comenzó

³ Alberto GÁLVEZ OLAECHEA, 2015. *Con la palabra desarmada. Ensayos sobre el posconflicto*. Lima: Fauno (pp. 46-47).

a cambiar con Landázuri, en el contexto del Vaticano II y la perspectiva que abre la Conferencia de Medellín. Sin embargo, en los años noventa la imagen pública de la Iglesia retrocede a un perfil más conservador. No solamente con Cipriani. La actitud que tuvo Vargas Alzamora —que fue una persona muchísimo más amable y abierta que Cipriani—, de sacar al Señor de los Milagros para que no fuera elegido Fujimori, fue realmente trágica; y, luego, descubrir que se había metido en la maletera del carro para ir a hablar con Vargas Llosa... Eso hizo retroceder mucho una imagen de una Iglesia que, con el cardenal Landázuri, con Dammert, o con los obispos del sur andino, o Bambarén, había dado muestras de una jerarquía que buscaba dar otro tipo de testimonio, testimonio que se extendía y se extiende hoy a una parte importante de sacerdotes y religiosas presentes en las zonas más olvidadas y pobres del Perú. Se ha producido un retroceso que se reforzó con el nombramiento de muchos obispos en las décadas de los años noventa y 2000. Ahora hay nuevos obispos, muy interesantes, que están dando otra imagen en los lugares donde están. Eso va a tardar; no se cambia de un día para otro.

Todo eso ha alimentado una discusión que hay hoy en día sobre el Estado laico. José Dammert fue uno de los abanderados de la separación de poderes. Evidentemente, las intervenciones del cardenal Cipriani opinando sobre política o el arzobispo de Arequipa —que en la campaña electoral dijo que votar por tales candidatos era pecado— producen una reacción que hoy es más fuerte. Hay ahora algo interesante, en una presencia liberal moderna, abierta, que critica este tipo de posiciones. Antes, la voz de la jerarquía de la Iglesia era recogida por los medios como la voz que había que escuchar. Ya no es así; hoy hay voces liberales, incluso en *El Comercio*, que dicen que esto que están diciendo estos señores sobrepasa los límites de su espacio.

Y a Cipriani, por el plagio, lo echaron de su columna en el diario.

Claro. En el caso del arzobispo de Arequipa ha sido muy interesante que hubo una respuesta del Consejo Permanente de la Conferencia Episcopal que le enmendó la plana. Aún existen esas posiciones y están los nuevos colegios religiosos. Como recordarás, en los años setenta muchos de los principales colegios religiosos se fueron a los sectores más populares. Pero luego surgieron los del Sodalicio, que son colegios católicos, súper exclusivos, y que regresaron a esa imagen que señalas. Ahí hay un retorno a formas muy conservadoras; eso pervive.

En cuanto a la parte política, hay una diferencia y es que en el proceso de politización que tuvimos, hubo un zanjamiento desde que Sendero comenzó. Puedes hacer un análisis de los lugares y de las formas en que Sendero avanzó, donde el tipo de presencia política que había no era la izquierda que optó por participar en el proceso democrático desde los ochenta, y menos aún la alimentada con gente católica.

Un caso muy importante es Puno, donde Sendero quiso entrar y tuvo una resistencia muy fuerte.

José Luis Rénique, en su libro sobre Puno⁴ señala que los católicos tuvieron un papel en eso.

Eso fue muy claro. Y en el caso de Lima, en varios de los barrios donde estuvieron los senderistas, tuvieron una resistencia y mataron a gente. Nosotros mismos fuimos amenazados por Sendero. Había un zanjamiento con nosotros y con varios partidos de izquierda, aunque el problema era que otros grupos no deslindaban. La radicalización que expresa Sendero no está relacionada con los grupos en los que estábamos los católicos, en ninguna de las posturas políticas, porque no había un grupo de izquierda católica, que fue una opción que conociste bien en UNEC. Al contrario, Sendero supo que ahí tenía enemigos. Cuando ves a la gente de Iglesia que mató Sendero; mataron a los agentes pastorales que estaban en esa línea.

No estaba insinuando que la radicalización de un sector de católicos desembocó en Sendero ni, hasta donde tengo información, tampoco en el MRTA. Aludía a esa izquierdización de una militancia católica, que fue clara; lo suficientemente clara como para que la refiera Gálvez en su análisis o para que Jo-Marie Burt en su libro⁵ señale a «los católicos» —refiriéndose así a los católicos radicalizados— como un sector que jugó un papel determinado en las divisiones y conflictos de la izquierda; por ejemplo, en el enfrentamiento de Alfonso Barrantes y Henry Pease como candidatos.

En rigor, de un lado estaba Barrantes, con Izquierda Socialista, y al otro lado estaban todos los otros grupos, desde Patria Roja hasta el Movimiento de Afirmación Socialista de esa época —que no tiene nada que ver con el actual grupo de Gregorio Santos, Movimiento de Afirmación Social—.

¿Ah, sí? Fíjate la percepción que hay en el recuento de Jo-Marie Burt: ella dice que el otro lado lo encabezaba Henry Pease y ahí estaban los católicos, estos católicos radicalizados que juegan una presencia política importante.

Importante sí, porque Henry tenía un liderazgo fuerte y de algún modo Rolando Ames también; él estaba en la coordinación del MAS.

⁴ José Luis RÉNIQUE, 2004. *La batalla por Puno. Conflicto agrario y nación en los Andes peruanos 1866-1995*. Lima: IEP.

⁵ Jo-Marie BURT, 2007. *Political violence and the Authoritarian State in Peru. Silencing Civil Society*. Nueva York: Houndmills, Palgrave Macmillan (pp. 141-142).

Esa radicalización —de un lado, una lucha armada costosísima: de otro, una actividad legal más o menos infructuosa— ¿no termina mal, no termina en algo estéril?

Sí, creo que termina en algo estéril, sobre todo por la fractura que ocurre en ese momento en Izquierda Unida y, claro, también por el contexto político, muy adverso para sostener una propuesta democrática de izquierda.

Antes te pregunté ¿qué significa para ustedes, católicos hoy, esa herencia colonial, imperial de la Iglesia que hoy representa el cardenal Cipriani? Ahora te pregunto: ¿qué significa para ustedes cargar con el fracaso de la radicalización? ¿Cómo viven ustedes esa experiencia?

Ha sido una experiencia muy dura, sobre todo la fractura de la Izquierda. Jo-Marie no percibe quizás, porque no conoce a las personas, que en la Izquierda Socialista estaban todos los democristianos, que también eran católicos, ese grupo que viene de una inspiración también católica.

No eran lo mismo; reconozcamos que no era igual.

No eran lo mismo, pero si tomas el término «católico», estrictamente hablando... es un detalle que habría que hablarlo con Jo-Marie. Primero, para nosotros fue una derrota vivida con mucha dureza, que se expresó en un fracaso electoral, pero el fracaso más fuerte fue la desilusión de la gente. En ese momento yo trabajaba con las organizaciones y la gente sentía que los habían traicionado, que esa división no llevaba a ninguna parte y eso condujo a un fracaso electoral. Lo hemos vivido y lo hemos sufrido muchísimo.

Creo que el proceso de trabajo de eso ha sido hacer muchos ensayos —algunos buenos, otros menos—, trabajar en determinadas áreas que no eran político-partidarias sino en el terreno de derechos humanos, donde mucha gente se metió, católicos y no católicos. Henry Pease y Gloria Helfer asumieron que era necesario seguir peleando la representación política y tuvieron presencia en la Constituyente. Luego, en el Congreso, el aporte más importante de ellos fue la denuncia de La Cantuta. Derechos humanos fue la pista que dio cohesión a un grupo de gente que había estado muy comprometida. Eso confluyó con el trabajo de mucha gente de Iglesia que estaba trabajando derechos humanos: Pilar Coll y mucha gente más. Fue una pista importante que rindió frutos; algo como la Comisión de la Verdad no se hubiera logrado si no hubiera sido por esa consistencia. Esa fue una pista de trabajo, en ese tiempo, ineludible.

Una segunda pista que trabajamos fue cómo buscar desde la sociedad civil —no solamente desde derechos humanos sino desde otras instancias— formas de establecer

un diálogo con el Estado que pudieran poner a la gente en una condición de mayor igualdad. Esa fue la experiencia de la Mesa de Lucha contra la Pobreza, en la que participé con Javier Iguíñiz y Roelfien Haak, y con Susana Villarán, que era ministra durante el gobierno de transición, para encontrar un espacio donde los sectores populares organizados —en sindicatos, organizaciones de mujeres o lo que fuera— pudieran sentarse en la mesa con el sector privado y con el Estado —no solamente con los ministerios sociales sino también con el Ministerio de Economía— para discutir las políticas que realmente fueran a disminuir la pobreza. Fue una experiencia muy interesante. Un cura como Gastón Garatea, primer presidente de la Mesa de Concertación para la Lucha contra la Pobreza, la implantó en todo el país. Las mesas son uno de los pocos espacios institucionalizados que hoy existen en todos los departamentos y en 170 provincias. Han cumplido ya quince años y siguen trabajando.

Eso fue una búsqueda para encontrar otra vía que no fuera la política partidaria, que había fracasado y que estaba absolutamente desprestigiada por la división de la izquierda. Te hablo del desprestigio de 1990, no del actual. Entre 1994 y 1997 hicimos una experiencia interesante, Acción Ciudadana, que también articuló experiencias en muchos lugares del país para formular propuestas de desarrollo que fuesen eficaces y con gestión democrática. En ese tiempo nacieron en muchos municipios las iniciativas de presupuestos participativos. Acción Ciudadana buscó integrar aspectos económicos, políticos y culturales. Pero ahí vino el momento más difícil de la época de Montesinos. Mucha gente buscó: nosotros los católicos y otros que no se definían como tales. Fueron años de múltiples intentos y búsquedas. Lo que pasa es que, nuevamente, no se logra cohesionar un espacio y las marcas, tan duras, de sectarismo de la izquierda han permanecido hasta ahora. Con dolor y mucho sufrimiento, hemos seguido trabajando, porque había que hacerlo. Con los resultados de la elección de 2016 se abren nuevas posibilidades de construir espacios políticos democráticos que aborden los desafíos que afronta el país. Me parece que estamos entrando a un momento diferente.

**¿Cómo ha cambiado en la sociedad peruana el sentido y el peso del ser católico?
¿Qué impacto tiene el crecimiento evangélico?**

Esa presencia evangélica es muy importante y responde a que la Iglesia se ha ido conservadorizando. Cipriani es la expresión de una manera de comprender lo que debe ser un pastor, pero eso mismo se revela en muchos párrocos jóvenes, con una formación bastante débil en términos intelectuales, que asumen que son los dueños, los que mandan en la parroquia, de una manera muy autoritaria.

También en eso se ha vuelto atrás.

Así es; es terrible y en ese nivel es realmente penoso. En muchos lugares las congregaciones hacían un trabajo pastoral sumamente interesante; con el tiempo, han ido entregando las parroquias y a esas parroquias están llegando padrecitos que son... la muerte. Tienen una actitud más vertical, que no acoge. La gente, a su vez, encuentra en la comunidad evangélica un espacio mucho más cálido, de trato personal, de conversación. Encuentran que ahí están mucho más cubiertas sus necesidades religiosas. Que la idea tradicional esté regresando cambia mucho la manera como la gente se ubica frente a lo católico.

Una idea pre conciliar.

Así es. El peso de lo católico también está fuertemente cuestionado por los escándalos de pedofilia. Eso ha calado en el conjunto de la sociedad como un elemento de desprestigio de una Iglesia que habla una cosa y hace otra, que encubre delitos. Eso es fuerte en los sectores medios y altos. Además, tenemos lo que ha pasado con el Sodalicio, cuya presencia desde los años ochenta ha sido cada vez más grande, sobre todo en esos sectores medios y altos. Sodalicio desarrolló desde sus inicios una presencia agresiva: ellos estipulaban los modelos de lo que debía ser un católico y qué se definía por una vida coherente y ética. Estos grupos se referían a nosotros como unos terroristas infiltrados que no teníamos nada que hacer en la Iglesia. Con las denuncias recientes en contra del fundador y miembros de Sodalicio hay gente que ha sacado a sus hijos de los colegios del Sodalicio. Con esa salida hay una crisis hasta económica, porque son colegios carísimos.

Si quitas un porcentaje determinado de alumnos, los quiebras.

Están viéndose afectados. También los neocatecúmenos tienen un arraigo popular importante. Es curioso: ellos no se identifican ni con la parroquia ni con el obispo; solo con su movimiento. Es bien extraño, no se emocionan con Francisco por ejemplo, leen su Biblia todos los días y van a sus celebraciones. Es como algo aparte que funciona dentro de una parroquia, pero en algunos casos tienen un edificio al costado; ahí se reúnen, hacen sus misas; están dentro del territorio de la parroquia, pero no tienen mucho que ver. Y son numéricamente muy importantes. No se les puede equiparar con los Opus o con los Sodalicios, pero también son conservadores en la manera de pensar la espiritualidad.

¿Se parecen un poco a los protestantes en el estilo?

En parte sí, por eso de leer mucho la Biblia y tener sus comunidades.

Algo está cambiando y lo ves clarísimo en las encuestas de poder y en las encuestas sobre confianza en las instituciones. En las décadas de los años ochenta y noventa, la Iglesia estaba en primer lugar; hoy día es la RENIEC y la Iglesia Católica está algunos lugares más abajo.

Mi pregunta de qué significa ser católico hoy en día, ¿dirías que se puede responder diciendo que hay muchas formas de ser católico? En nuestra época había dos: los conservadores y los progresistas.

Sí. Y te diría que cada vez más hay cierta aceptación de que hay más posibilidades de ser católico y «esta no puede ser la única manera de serlo, porque conozco a este otro y este otro es así». Hay una presencia más plural. Quizás eso tiene que ver, por un lado, con Francisco y, por otro, con lo polémico que es Cipriani. Hay sitios donde una Iglesia más conciliar, más participativa o más progresista es fuerte. Hay algunas diócesis donde eso se mantiene; sientes una vitalidad en las comunidades y mucha participación. Hay muchas formas. Lo que tú decías: antes era mucho más monolítica. Ha cambiado mucho.

Hay que anotar también la desafección de los jóvenes. Hoy en día, para gran cantidad de los jóvenes, la Iglesia, en el sentido institucional del término, es algo que no les interesa, no les dice nada. Pueden tener mucha inquietud y los grupos de pastoral juvenil pueden interesarles porque allí se encuentran; es un espacio que los acoge. En el Perú hay muy poca política pública para los jóvenes y las parroquias que tienen pastoral juvenil son uno de los pocos espacios que hay, donde encuentran algunas cosas culturales, más abiertas; se da mucho el teatro y hay algo de crítica. Son monjas generalmente las que llevan eso o curitas jóvenes, un poco más democráticos que los párrocos. Esa presencia y oferta de espacio a los jóvenes cumple un papel importante que incluso es capaz de revertir la delincuencia juvenil en algunos lugares; es el caso del trabajo de los jesuitas en El Agustino, por ejemplo.

Hay, por otra parte, el interesante fenómeno de la presencia de Francisco y el interés de los jóvenes en cualquier lugar del planeta por escucharlo; sienten que habla con ellos y para ellos sobre temas que los involucran. Creo que ahí estamos viviendo algo en la Iglesia que probablemente dará fruto en las generaciones más jóvenes.

RICARDO LUNA:
**«LO QUE DEBEMOS ENTENDER ES QUE, EN EL MEDIANO
Y LARGO PLAZO, HAY QUE PREOCUPARSE DEL VÍNCULO
BRASIL-PERÚ-ASIA PACÍFICO»**

Has sostenido que en la década del setenta se inicia una etapa nueva en la política exterior peruana. ¿Qué sentido tuvo esa política exterior peruana y por qué no la habíamos tenido antes?

No solo después de la guerra del Pacífico —pero fundamentalmente como consecuencia de ella— la mejor gente dedicada a política exterior, sobre todo la generación del 900, empezó a crear un acervo documental y una argumentación de carácter jurídico sobre la naturaleza de nuestros límites territoriales con los cinco vecinos. Eso determinó un enfoque de política exterior que tenía una gran carga histórica, pues buscaba solución de conflictos de carácter jurídico y legal en fronteras. Eso era indispensable porque si no tienes los confines de tu casa, los lindes de tus predios claros, no te puedes dedicar a otra cosa. Pero crea una distorsión.

Fue Alberto Ulloa, asesor técnico-jurídico de la Cancillería durante once años y la persona más influyente en ella, quien determinó que había un contenido político dentro de cualquier concepción jurídica de defensa de los límites. En su libro *Posición internacional del Perú*¹ explica cuál es la naturaleza esencial de los problemas con nuestros vecinos. A partir de ahí hay un paso de lo jurídico a un enfoque político de nuestra política exterior. Pero pesaban sobre el Perú dos cargas. Por un lado, la rebeldía del Ecuador a acatar el acuerdo de límites de 1942; primero al declararlo inejecutable, y luego nulo. Por otro lado, en el frente de Chile había las cláusulas pendientes por ejecutarse que derivaban del acuerdo de 1929. García Bedoya se refería a estas dos cargas como ‘hipotecas’ que circunscribían la capacidad de acción peruana en el ámbito exterior.

¹ Alberto ULLOA, 1941. *Posición internacional del Perú*. Lima: Imp. Torres Aguirre. Reeditado en 1997 por el Fondo Editorial del Ministerio de Relaciones Exteriores.

En los años sesenta, poco antes del gobierno militar, García Bedoya regresa del exterior y en la oficina de Planeamiento de Política Exterior desarrolla lo que después fue la doctrina que lleva su nombre, que en esencia sostiene que esos impedimentos de carácter histórico, vinculados a la naturaleza de nuestra geografía, deberían verse como instrumentos de integración que potenciarían nuestra capacidad de maniobra fuera. Y si no eran fáciles de resolver —como no lo eran entonces los casos de Ecuador y de Chile—, se podían congelar, ponerse entre paréntesis y dedicarnos a otras cosas.

El gobierno militar, al llegar, quería algo nuevo y encontró un plan ya hecho, el de García Bedoya, que pasó a ser viceministro en esa época. Sin duda, García Bedoya fue la persona de mayor gravitación intelectual en la formación de la política exterior, durante por lo menos diez años, de 1969 a 1979, cuando fue canciller. Se empezó con la decisión de establecer relaciones diplomáticas en los países del área de influencia soviética; normalizar no solamente nuestras relaciones diplomáticas sino incluso diversificar nuestra logística militar con suministros de la Unión Soviética —para lo que se suponía que existía una tácita prohibición por parte de Estados Unidos, aunque no la había expresa—, y conducir una política no alineada moderada, más cercana a la posición de India y de Yugoslavia que a la posición radical de Cuba.

Eso se manejó con habilidad, con destreza, porque la generación de García Bedoya contó tanto con un equipo de contemporáneos del servicio diplomático como con gente vinculada a sectores pensantes de la intelectualidad peruana. Entre la gente amiga de Carlos, algunos estaban en el social-progresismo: Augusto Salazar Bondy, José María Arguedas, Fernando de Szyszlo, Emilio Adolfo Westphalen, José Matos Mar, Julio Cotler. Y este manejo tuvo éxito: prueba de ello es que el Perú logró, entre otras cosas, el reconocimiento por la doctrina de las 200 millas, de la que fue un pionero —incomprendido y hostilizado— y, más tarde, la elección de un peruano como primer secretario general latinoamericano de la ONU.

Por eso en 1970 hay un cambio de fondo y no de forma. En una apertura total abrimos relaciones con países del tercer mundo, de la órbita socialista. Compramos aviones, tanques, etcétera en la Unión Soviética. Habíamos nacionalizado empresas norteamericanas y aunque hubo una amenaza de desestabilización por Estados Unidos, activamos mecanismos multilaterales para frenar sanciones con las que se nos amenazaba, como las enmiendas Hickenlooper o Pelly. En el mismo momento Allende estaba siendo desestabilizado, incluso antes de que asumiera. No solo fue un mérito de la diplomacia peruana evitar que el Perú fuera penalizado sino que, en el criterio de la gente del gobierno norteamericano, el experimento peruano ni capitalista ni comunista se percibió realmente así.

Era conducido por militares...

Con lo cual resultó manejable.

Cuando dices que la política internacional pasó a otra etapa, es que ganó otra estatura...

La única vez que se amplió el organismo negociador en materia de desarme de Naciones Unidas, para que ingresase un miembro más del Asia, de África y de Latinoamérica, eligieron al Perú, pudiendo haber sido Chile o Colombia. Eso se logró porque el activismo multilateral —no solamente la apertura de relaciones con países y regiones, que no habíamos tenido antes—, nuestra actividad en Ginebra y Nueva York nos daba la visibilidad que no habíamos tenido antes. No es que antes el Perú estuvo mudo, porque al inicio de Naciones Unidas Víctor Andrés Belaunde y el propio Alberto Ulloa fueron muy conspicuos en la Comisión Jurídica de la ONU. El salto a este activismo multilateral no fue, pues, tan violento. Había antecedentes y una voluntad de la gente más o menos enterada en temas internacionales, que continuó y encontró en la generación de García Bedoya una capacidad teórica y de acción, particularmente ágil. Eran jóvenes: García Bedoya tendría 45 años cuando, como vicedirector, comenzó a articular la estrategia que se puso en marcha en los años setenta.

Dirías que el Perú se hizo más respetable internacionalmente.

Primero, se hizo más visible y respetado. Antes era un país algo secundario, con Machu Picchu, caballos de paso y Rosita Ríos, con figuras interesantes, como el embajador Belaunde que era un gran orador, un gran retórico; pero éramos vistos casi siempre como un país especial. Antes del gobierno militar se propuso que postuláramos como observadores al Movimiento no Alineado, y la respuesta del arquitecto Fernando Belaunde fue: «¡Para qué vamos a meternos en ese grupo lleno de países exóticos!».

Como si el Perú no fuera un país exótico.

Exactamente.

¿Crees que esa estatura internacional del Perú, ganada como has explicado, se ha mantenido estos años?

Sí, se ha mantenido. La política exterior es tan volátil, el sistema internacional y la naturaleza imprevisible de crisis o de periodos de estancamiento son tan complejos para medir, que es muy difícil aseverar que el Perú mantuvo esa presencia activa y conspicua a lo largo de todo este tiempo, de manera ininterrumpida. Lo que se puede decir es que en los ámbitos multilaterales mantuvo un activismo importante para un país pequeño, con un Estado más bien precario pero con tradición nacionalista de enfrentarse al imperialismo norteamericano, real o percibido. Es muy difícil mantener una imagen independiente, de carácter proactivo y no reactivo, pero se ha logrado.

En los años setenta, con Jimmy Carter, hay un proceso poco conocido que facilita la transición del gobierno militar al gobierno civil. En eso estuvo activa la Cancillería. Carlos García Bedoya se encontraba y dialogaba en la Embajada de España con políticos amigos —incluyendo a Manuel Ulloa, Alfonso Barrantes, Armando Villanueva—, para ver si se aprobaba el tránsito de la Constituyente a las elecciones. Eso tuvo un auspicio fino de Jimmy Carter. Al mismo tiempo, intervini-mos en 1979 en la crisis de Nicaragua a favor de la revolución sandinista, en la caída de Somoza, como Grupo Andino colegiado. En los años ochenta, la famosa década pérdida, todos los países pagábamos la deuda con más del 40% de nuestro PBI y el Perú tuvo notoriedad por la retórica con que el primer gobierno de Alan García planteó la idea de una suerte de cartel de deudores, en torno a la crisis de la deuda externa, pero no había el ambiente para crear ese club. Pero en esa misma década al Grupo Contadora, que era un esfuerzo de mediación de los conflictos en Centroamérica, se agrega —por iniciativa peruana— el Grupo de Apoyo de cuatro países de peso a los cuatro originales y tiene un éxito palpable. En un momento dado, tres de los partici-pantes en esas reuniones éramos peruanos. Álvaro de Soto representaba al secretario general de Naciones Unidas, que era Pérez de Cuéllar; Harry Beleván representaba al secretario general de la OEA, el brasileño Baena Soares; y yo representaba al canciller peruano, Allan Wagner. Nos llamaban «la Perútroika» y llevábamos el ritmo, muy a pesar de la agenda que quería imponer México, porque a los centroamericanos les era más fácil encontrar en Sudamérica, que formaba el nuevo contingente de ‘apoyo’, un punto de coordinación que no fuera percibido como la imposición del país que siempre tuvo un peso demasiado grande en Centroamérica. Ese es otro ejemplo de la presencia activa del Perú en el ámbito internacional en el pasado.

¿Tenemos entonces una política exterior a prueba de gobiernos? ¿Y también a prueba de ministros?

Bueno, no es a prueba de gobiernos... Ha habido ministros buenos y regulares. Han sido pocos los ministros malos y no han durado mucho. Incluso en la década de Fujimori, el proceso de recomposición —controversial, incompleto e incoherente— después del autogolpe y de la brutal e ilegal destitución de diplomáticos de carrera, fue también un esfuerzo de la Cancillería. La Constituyente, el proceso que permitió el segundo proceso electoral en 1995, se hizo con la participación de diplomáticos. Luego, la primera Cumbre Interamericana —que fue importante porque era la primera vez que Estados Unidos, después de Franklin Roosevelt, intentaba que se diera un marco común entre Estados Unidos y Latinoamérica— se hizo aceptando como insumo básico las propuestas de América Latina. En eso trabajó directamente el Perú dentro del Grupo de Río. Después se dio, en el ámbito interamericano, una iniciativa

para la defensa de los derechos humanos y evitar la repetición del 5 de abril: extraer el principio de no intervención el caso de los golpes de estado. Surgió de Latinoamérica y del Perú, planteado por nuestra Cancillería en la era post-Fujimori. Estoy tratando de responder de una manera muy resumida la cuestión de si se mantuvo una presencia a lo largo de estos años. Sí hubo una presencia, pero no lineal.

Te pregunté: ¿a prueba de gobiernos?

Se concretó con la tolerancia o la aceptación de muchos gobiernos y con el entusiasta apoyo de otros gobiernos, sobre todo los gobiernos no autoritarios.

En los años de Fujimori hubo algún gesto desairado, cuando el Perú amenazó con retirarse de la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

Sí. Fujimori era una persona que no tenía una formación jurídica, ni mayor experiencia multilateral, pero confiaba ciertas cosas a gente capaz. Hernando de Soto, por ejemplo, en Bahamas, cuando se decidió cómo se podía volver a una suerte de normalidad, después del autogolpe. Tras una conversación conmigo recuerdo que dijo: «Vea Presidente, es condena y sanciones o rechazo, lamento y cronograma. ¿Qué quieren los latinoamericanos? Lo segundo. ¿Qué quieren los norteamericanos? Quieren lo que quieren los latinos».

«LA ALIANZA DEL PACÍFICO
ES MUY INTERESANTE Y
MUY POCO ENTENDIDA».

Has dado por sentado que el país cuenta con la ventaja de no tener litigios pendientes en materia de fronteras. El caso de Ecuador, que fue resuelto en 1998 de manera irreversible, me parece clarísimo como ejemplo. Pero el de Chile no me parece tan claro; primero, porque hay un asunto pendiente en la Corte Internacional.

No hay ningún pleito pendiente en la Corte Internacional. El litigio actual es entre Bolivia y Chile.

Perdón. Hay un asunto pendiente respecto a la discusión sobre el punto de inicio de la frontera terrestre...

Sobre dónde comienza... No hay pleito. Hay una desinteligencia tácita sobre dónde comienza la frontera terrestre según el Tratado del 29. Estamos hablando del tratado de límites de hace 85 años, no del fallo de la Corte. La frontera terrestre,

no la marítima, comienza en el punto Concordia y no el Hito 1, como suelen decir ellos, olvidando que los hitos son marcas de referencia y que el primero de ellos se puso alejado de la orilla del mar justamente para protegerlo del oleaje. Estamos hablando de algo que, según los geógrafos, es una disquisición teórica porque en la práctica no hay nada que discutir.

Lo que sí está pendiente es de carácter técnico. Es adecuar la legislación peruana, por un lado, y la legislación chilena, por otro, al fallo de La Haya sobre el límite marítimo para regular el libre tránsito de los barcos en lo que ahora ya es mar peruano o mar bajo la jurisdicción peruana. Ese es un trámite que no tiene impedimento legal, ni en el Perú ni en Chile. Solo falta la decisión política de hacerlo. Es un trámite ya en proceso; no es un litigio. No es que ellos o nosotros estamos en desacuerdo con hacerlo. Como hubo un distanciamiento a raíz de las declaraciones que hizo el presidente Piñera sobre este asunto, a partir de ahí se enfriaron las relaciones. Pero eso no ha impedido que siga fortaleciéndose el vínculo bilateral dentro de la Alianza del Pacífico y que se haya concretado casi de inmediato la liberación del comercio de bienes y servicios entre los países. Es el salto cualitativo más importante que se ha dado en las relaciones con Chile y también con Colombia.

La Alianza del Pacífico es muy interesante y muy poco entendida. Si nosotros hacemos baterías en el Perú, no pagamos impuestos al exportarlas a México; antes sí pagábamos aranceles. Esas baterías se ensamblan para los Toyota que se venden en Estados Unidos. Así para la inmensa mayoría de productos.

Entonces, no se puede decir que todavía hay un contencioso...

Ni marítimo ni terrestre. No he escuchado ni leído declaraciones, ni de una parte ni de la otra, en ese sentido. Hay modificación de legislación pendiente, en ambos países, para que refleje la soberanía sobre el mar adyacente que ha sido establecida por el fallo de la Corte.

Aclarado ese aspecto, quiero referirme a otro: hay un sector de la población peruana para el cual Chile es todavía un problema; sienten que algo no está bien. Y esto se hace evidente de vez en cuando: algún político peruano o algún político chileno hace un gesto de desaire, una declaración intencionada. Ahí se toca una fibra de sentimientos nacionales respecto a un asunto que no se da por zanjado. Que es muy distinto a lo que pasa con los ecuatorianos respecto a Perú: el problema se terminó efectivamente. Ecuatorianos y peruanos estamos de acuerdo en que el asunto se ha resuelto y se ha resuelto bien hace más de diecisiete años.

Así es en ambos lados de la frontera. Eso es un caso histórico. Soy bisnieto del coronel Emilio Luna Peralta fusilado por los chilenos en Huamachuco en 1883. Sin embargo,

pienso que en el caso de aquellos sectores a los que te refieres en relación con Chile tienen un sentido remanente de irredentismo, que ignora lo que se ha avanzado. En ningún caso, ni en el proceso electoral que eligió a Bachelet ni en el de Humala, tampoco en el proceso electoral de 2016, ha sido un tema de campaña. No salió ni un titular, ni una observación. Quizá algo aislado en alguna revista.

Hay más de un periódico que saca el tema chileno. El semanario de Hildebrandt en cada edición tiene dos páginas, si no tres, al respecto.

No quiero parecer insensible a esos sentimientos porque no lo soy. Existen, pero no es algo que domina el día a día, ni siquiera entre la gente en Tacna que puede sentirse quizás más afectada. Así como existen esos sentimientos, también hay intercambio y tránsito masivos entre Tacna y Arica. Los tacneños hacen turismo en Arica y los ariqueños van a Tacna todos los días, en números bastante grandes.

La gente de la frontera es siempre la que mejor se entiende, en realidad.

En las zonas fronterizas es donde se vive la vecindad de manera cotidiana y con mayor intensidad. Aunque también gran parte del grupo que critica está radicado allá.

No solo allá. El general Roberto Chiabra tiene un par de videos que puedes ver en internet, puestos en relación con una precampaña electoral que nunca llegó a ser, su lanzamiento abortado como candidato presidencial. Uno de quince minutos está dedicado íntegramente al tema de Chile. Si alguien hace eso con la pretensión de ser candidato presidencial; si Hildebrandt publica dos páginas en cada edición del semanario... es porque se dirigen a alguien, tienen un auditorio.

O porque lo sienten. Pero, ¿cuál es el objetivo político que se buscaría en ese caso? ¿Recuperar Arica? La guerra con Chile terminó hace más de siglo y medio. Las servidumbres están dadas y Perú cuenta en Arica con las instalaciones portuarias acordadas. Si comparas con la frecuencia y violencia de las guerras que ha habido en Europa, hasta hace poco, hay una desproporción. No creo, sinceramente, que este sea un problema de cara al futuro. Lo que pasa es que hay un factor latente, que es la mediterraneidad de Bolivia, que siempre genera la propensión a creer que, como ese es un problema muy difícil, exista la idea de que el Perú debería estar en guardia porque podría eventualmente ser víctima de algún tipo de combinación. Ese es un pensamiento basado en la visión de diplomacia geopolítica tradicional que existía en la época en que los conflictos militares podían tener efectos prácticos en la delimitación internacional. Lo que hoy se puede dar con más facilidad es un sistema de convivencia al margen del contencioso jurídico entre Bolivia y Chile,

porque no hay ningún problema limítrofe entre Chile y Perú. Se puede crear un foco de cooperación entre el sur de Perú, el norte de Chile y el oeste de Bolivia, para beneficio de todos, con acceso a los puertos, gas, energía, electricidad, etcétera. Son áreas que para los tres países requieren una tonificación de la economía y de la dinámica social. Eso es perfectamente factible, pero depende también de liderazgo simultáneo de los tres países, de factores exógenos, del mercado, de la demanda de Asia, etcétera.

No pienso que la economía o el mercado van a neutralizar sentimientos de frustración o de revanchismo histórico, pero creo que las nuevas generaciones están preocupadas de otras cosas, de otras prioridades, en otros esquemas mentales. Sin embargo, sí estoy de acuerdo contigo en que algunas revistas tienen un público al que le interesa esa perspectiva enfocada en el siglo XIX.

Un tema ligado con esto es que la política exterior y la acción diplomática no es solamente asunto de sectores dirigentes y funcionarios especializados, sino que se necesita en muchas ocasiones —tú lo has dicho— un consenso social de respaldo a esta actuación, para que sean eficaces. ¿En la población peruana existe un conocimiento de los asuntos exteriores del país que hagan posible ese respaldo?

No, pero hay esfuerzos. En el canal del Estado hay diariamente un programa de comentarios internacionales de Josefina Townsend con Farid Kahatt y que es de primer nivel. Luego, hay tres o cuatro centros de asuntos internacionales —en la Católica, en la San Martín de Porres y la Academia Diplomática— que auspician seminarios constantemente. Lo que encuentro, a diferencia de lo que veo en otros países, es que hay poco esfuerzo por unificar nuestros recursos.

¿Hay algún tema de política exterior que toca al peruano de a pie?

Sí. Los sectores socioeconómicos más dinámicos están vinculados al comercio exterior y a la inversión extranjera, a nivel de gran, mediana y pequeña empresa. Por ejemplo, los grandes almacenes que se han expandido por todo el país mediante la inversión extranjera generan empleo, ofrecen diversos servicios y articulan extensas redes de proveedores y eslabonamientos internos. La liberación comercial y la apertura de mercados externos benefician de manera directa al pujante sector de la exportación no tradicional.

En la medida en que el comercio exterior sea objeto de coordinación más estrecha y eficaz de la que existe hoy, la solución a los problemas que pueden enfrentar —sean asuntos de medio ambiente, de acceso a mercados, de cadenas de producción, etcétera— será más accesible para la gente joven, los empresarios jóvenes o las pequeñas empresas. Algo que está pendiente en los programas políticos es cómo se organiza

mejor la Cancillería para que sea más complementaria con los esfuerzos que se hacen en comercio exterior.

De manera paralela, también está pendiente que la gestión externa cumpla un papel más activo y significativo para cubrir el déficit nacional en acumulación de capital humano de calidad especializado en ciencia y tecnología. Sin desarrollo científico y tecnológico y sin una mayor articulación entre investigación y producción industrial no habrá la innovación necesaria para mantenernos competitivos.

Cuando dices que está pendiente, ¿quieres decir que está en la agenda o que debería estarlo?

Está en los programas de gobierno; quieren hacerlo, pero es difícil diseñar y concretar. La Alianza del Pacífico está tomando acuerdos rápidos y las decisiones de cuándo se reúnen los jefes de Estado, los cancilleres y los ministros de Comercio Exterior dependen de Cancillería y no de Comercio Exterior. Tendría que darse una coordinación más fluida e intensa que permita comunicar en lo que estamos, no solamente a la CONFIEP, sino a los pequeños agricultores de Sierra Exportadora. Felizmente no tenemos un problema de preocupación gravitante sobre temas de política exterior. Ese es un síntoma de que no estamos en un área de intensidad de conflicto como sucede en otras partes del mundo.

En cualquier caso, a mí me gustaría que el ciudadano de a pie se involucre más.

El ciudadano de a pie podría preguntarse qué hacemos en el Parlamento Andino. De vez en cuando seguramente se lo pregunta, pero nadie le contesta.

El Parlamento andino debe rediseñarse, cambiar su viejo esquema, que sus parlamentarios sean a su vez parlamentarios nacionales.

La gente lo sabe y no ha habido ningún espacio para que los políticos digan algo al respecto.

No, porque han predominado la inercia o la indiferencia.

¿Habría un espacio para discutir cuál es el papel del Perú en UNASUR? No a nivel de las élites, sino a nivel de la gente.

Lo dudo porque la gente está realmente preocupada por asuntos internos: por su seguridad física y el problema delincencial, cómo vamos a crecer, por la corrupción que es corrosiva, por las maneras de reorientar el proceso de regionalización, por la educación que es aún un lastre, por la proliferación exponencial de universidades «bamba» que puede determinar un colapso de capital humano. Eso es lo que le concierne a la gente.

Lo percibo en la gente joven, amigos de mi hija o los estudiantes que tengo en la Academia Diplomática. En medio de todo eso, la gente presume que lo que estamos haciendo en política exterior está más o menos bien.

El mundo está revuelto; la naturaleza del poder ha cambiado de modo radical; el futuro es menos predecible que nunca y América Latina ya empezó una crisis que en parte es económica y en parte es política. Brasil, México, Venezuela, Ecuador, incluso Chile, tienen sismos políticos, económicos y sociales de diferente naturaleza e intensidad. La situación de Centroamérica ya no recibe atención, pese a que cada vez se agrava más. Quizás Bolivia y Perú son países muy distintos en términos políticos pero bastante estables, con menos incertidumbre respecto a qué es lo que puede pasar. En este cuadro, ¿qué caminos, qué líneas crees que debería tomar la política exterior peruana?

Del lado del Atlántico, tenemos la crisis de Brasil que no solo es política y económica sino moral. Es algo que va a durar algunos años. Por su dimensión e importancia, Brasil volverá a ser el motor económico de América del Sur cuando recupere la normalidad. Hasta hace un año pensábamos que Argentina era un caso terminal. Ahora ha salido del hoyo para recuperarse, con enormes dificultades, pero con gran decisión y maestría. Del lado del Pacífico, la crisis de Chile que mencionas parece ser casi tan problemática como las otras. La crisis más cargada, sin duda, es la de Venezuela. Algunos analistas creen que una crisis económica en Ecuador es inminente, con el riesgo de hiperinflación y el agravante de que es un país dolarizado. Hay una interrogante en otro país contiguo: ¿qué va a pasar al desmovilizarse a las FARC, como consecuencia de la firma e implementación de los entendimientos entre el gobierno colombiano y las FARC? Habrá desplazamientos y para eso se están preparando los ecuatorianos. Nosotros también deberíamos estar atentos porque esas personas no necesariamente van a sentirse seguras en su propio país. Estamos, pues, en una región con desafíos complejos, en un contexto global muy errático.

En Ecuador la crisis económica empieza a ser también política.

No olvides que Correa es un presidente que tiene la imagen de haber cumplido lo que prometió hacer y, en consecuencia, una popularidad que no es tan 'populista' como ha sido la del discurso chavista. No es una defensa del régimen, sino que entiendo que así lo perciben todavía sectores importantes de la población ecuatoriana. Claro, eso colapsaría si la economía se trava.

De los once países de la región, el único país que crece, a pesar de todo y a un promedio razonable, es el Perú. Bolivia está también en segundo o tercer lugar

en las proyecciones. Lo que debemos entender es que —según la diferencia entre la política exterior de «Estado» y la política exterior de «régimen»—, en el mediano y largo plazo hay que focalizar el vínculo Brasil-Perú-Asia Pacífico. Sí debes seguir con especial cuidado ese vuelco internacional en los próximos cinco o seis años. Lo que tenemos que cuidar es la relación con nuestros vecinos. Y eso requiere visión diplomática en constante actualización y con mayor transparencia.

Sí podemos contribuir a crear en el sur del Perú —en Cusco, Arequipa, Moquegua y Tacna— las condiciones para que haya un proceso económico y político de fluidez con Bolivia y Chile, que pueda ser algo positivo en el mediano plazo. Esa sería una forma de trascender las preocupaciones constantes, no sé si extemporáneas o anacrónicas.

¿Y el drama de Venezuela?

Lo de Venezuela es una tragedia humanitaria de múltiples dimensiones y orígenes complejos. Nunca se habló de crisis en Venezuela hasta la caída de Carlos Andrés Pérez y el surgimiento de Chávez. A la que hay ahora, le veo una mala salida. A América Latina le ha sido muy difícil encontrar un equilibrio entre asentar y consolidar el principio de no intervención en los asuntos internos y externos de los Estados —que buscó frenar el imperialismo o el intervencionismo norteamericano durante más de un siglo— y la norma sobre la promoción de la democracia y de los derechos humanos. El equilibrio es siempre muy difícil y resulta ineficaz tratar de manejar ese esfuerzo con declaraciones retóricas. Creo que hay que ser muy prudentes.

¿Cómo ves lo que ha hecho UNASUR hasta ahora en relación con Venezuela?

UNASUR desconcierta por varias razones. Comenzó con un proyecto de integración real, enfatizando proyectos de infraestructura que uniesen el Atlántico con el Pacífico y normas orientadas a consolidar el carácter democrático de los Estados a su interior. Sin embargo, en el camino se ha descarrillado de ese origen fundacional y en alguna medida ha sido manipulada como instrumento de política exterior.

«SI TIENES UN CANCELLER SERIO
Y UN PRESIDENTE QUE LO APOYE,
POR LO GENERAL VAS A TENER
REPRESENTANTES IDÓNEOS AFUERA».

La diplomacia peruana disfruta internacionalmente de cierto reconocimiento, por su profesionalidad. No obstante, quienes vivimos fuera hemos conocido representantes diplomáticos nuestros que no siempre están a la altura de sus responsabilidades, por una razón u otra. ¿Cómo se explica esto? ¿Es remediable o es el margen de error que hay que tolerar dentro de un cuerpo como el servicio diplomático?

Siempre va a haber funcionarios diplomáticos que no estén a la altura de su función, que es de servicio. Es una tarea privilegiada de servicio que te ofrece el Estado y responde a una vocación a la cual se ingresa por concurso y la carrera se basa en los méritos. Pero, como todo en la vida, el azar juega un papel. Como la política exterior la dirige constitucionalmente el jefe de Estado, la calidad del servicio diplomático depende de la probidad de la gestión del canciller. Si tienes un canciller serio y un presidente que lo apoye, por lo general vas a lograr representantes idóneos afuera; por lo menos, en los destinos más delicados o de mayor vinculación con el Perú. La idoneidad no solamente está en el profesionalismo; también está en el temperamento o en la manera de ser. Aparte de circular mucho para estar bien informado, uno tiene que saber con quién se mueve. Para eso se necesita de ciertas cualidades.

Siempre va a haber un sector pensante y funcional, que puede variar entre 20 y 30% del servicio exterior, incluidos los embajadores y los cuadros medios. Los cuadros medios —terceros secretarios, segundos secretarios— son muy importantes. Ese sector puede incluir a una persona extraordinariamente idónea para Washington o Naciones Unidas, pero no necesariamente en Quito, por ejemplo. Cada diez años, más o menos, suele surgir un grupo más o menos integrado entre sí. Eso se ha dado, con mucha suerte, hasta ahora mismo.

En el gobierno anterior ha habido algunos nombramientos buenos y algunos malos en el sentido, no de que las personas sean moralmente cuestionables, sino que no eran las más adecuadas para el lugar donde fueron nombrados. Sí me parece lamentable que se haya nombrado a diplomáticos en varios países pocos meses antes del cambio de gobierno. El nuevo gobierno difícilmente podría mantener inalterados esos nombramientos porque tiene nuevas prioridades, lineamientos y estrategias. Ello hace necesario efectuar un reacomodo.

Un problema que pudo evitarse.

Debe evitarse. En el pasado se ha evitado. Más que un error fue un abuso o quizás una torpeza. Muchas veces un gobierno saliente no nombra en los últimos seis meses a nadie, salvo en el caso excepcional de que fuera requerido por otro gobierno.

Y en ese caso lo usual es que se consulte con los candidatos a la presidencia. La ley permite que 20% de las embajadas en el exterior sean nombramientos de carácter político del gobernante, lo cual quiere decir que el 80% debe ser profesional. Claro, de esos profesionales no todos son los más idóneos. Pero si se compara con Estados Unidos, donde el 80% de los embajadores son políticos, no de carrera, nuestra situación es más lógica, más parecida a las prácticas europeas.

¿En tu experiencia, cuál es la relación o la tensión entre política y diplomacia, entre gobernantes y profesionales del servicio? Más allá del tema de embajadores políticos que has mencionado, ¿cómo interfiere la política contingente en la política exterior?

La política exterior se esfuerza por proyectar, hacia el mediano plazo, los intereses del Estado, tal y como los interpreta. Cada vez tiene más fuentes y no solo se limita a las fuentes formales y oficiales. Los periódicos, los informes, las redes sociales tienen cada vez mayor influencia. Pero la política exterior siempre se sitúa a mediano y largo plazo. Los políticos responden más a las demandas de corto plazo. Suelen ofrecer muchísimo más de lo que pueden dar, mientras que para los diplomáticos el axioma es ofrecer siempre muchísimo menos de lo que pueden dar. Hay, pues, una contradicción lógica entre la función diplomática y la función de poder.

La dinámica que existe entre el político y la gestión de política exterior, desde el punto de vista profesional, es que el sector diplomático profesional tiene una relación tangencial con el poder político. El diplomático que cree que tiene poder porque es ministro o es embajador en un destino significativo o embajada importante, se equivoca. El hecho de que estás en una relación ambigua o complementaria con el gobierno, con quien está en el poder político, confunde. A veces es difícil entender con claridad que no ejerces el poder, que puedes asesorar y puedes decir: «A mí me parece que por ahí no debes ir; esto puede tener estas consecuencias de las que no te has dado cuenta, pero es un riesgo que mejor podemos evitar si vamos por esta otra vía». Sin embargo, quien ejerce el poder político toma la decisión definitiva. Esa dinámica es universal.

¿Qué pasa cuando el diplomático de carrera cree que tiene poder?

Se obnubila. Cree que es omnipotente y que él está haciendo la política exterior, cuando en realidad lo que hace es cumplir directrices. Ha habido, últimamente, diplomáticos de carrera que han ejercido funciones de poder y después han querido ser presidentes. Una excepción fue la del presidente Bustamante y Rivero, pero el contexto era menos erizado entonces.

Es tomar el paso por el servicio como un escalón para hacer otra cosa.

Así es. También hay gente que pasa por el servicio diplomático porque cree que cambia de estatus social o cree que lo hace porque interactúa en ciertos círculos políticos, económicos o sociales. Y eso pasa en todos los servicios diplomáticos, absolutamente en todos. Hay que advertir que la percepción de la diplomacia como una función privilegiada, especial o mistificada es realmente un mito para algunos diplomáticos de carrera.

¿Personalmente, no has sentido interferencia del gobierno que fuere?

He estado como embajador en Washington durante el periodo de Fujimori pero nunca recibí una llamada o una instrucción que me pusiera en una situación incómoda desde el punto de vista moral. Si al nombrarme escogieron a una persona de carrera para ese puesto era precisamente porque convenía contar con una representación profesional. No existió fricción entre la dirección gubernamental y mi ejercicio de la función diplomática profesional. Las fricciones tienden a producirse cuando el diplomático de carrera cree que tiene poder y, en realidad, no lo tiene. La obligación del diplomático es cumplir instrucciones y, cuando esas instrucciones son malas, están mal hechas o resultarán contraproducentes, se debe advertir: «No son buenas sus instrucciones, no puedo cumplirlas, recomiendo esta alternativa». Y si te dicen que tienes que hacerlas de todas maneras, entonces lo correcto sería decir que lo haga otro y renunciar.

Dicho eso, si se comprueba que, en términos generales, la influencia de los sectores profesionales en materia de política exterior orienta bien o trata de orientar bien, entonces el servicio diplomático tiene a la larga más influencia de lo que se cree.

Cuando uno conversa con algunas funcionarias del servicio, surge el tema del costo de ser mujer en el servicio diplomático. Hay ejemplos muy ilustrativos. ¿Qué piensas de eso?

En los últimos veinte años se han nombrado más embajadoras que en los primeros 150 años. Actualmente, en Ecuador —un país sumamente importante para nosotros— tenemos una embajadora, al igual que ante la OEA, en Canadá. Hemos tenido excelentes embajadoras en Bolivia, en China, en el momento en que ese país despegaba, en la sede de la ONU en Ginebra, en la sede de la Unión Europea, entre otras misiones.

No he escuchado quejas en torno a por qué no se nombra embajadoras sino a las dificultades que una embajadora tiene en su embajada o en Cancillería, por ser mujer.

Es algo que no conozco. ¿Por machismo? Podría haberse dado el caso.

Cuando alguien de Cancillería —o ex Cancillería, como es tu caso— habla sobre la política exterior peruana, dice «nosotros». No sé si ocurre en otro sector del Estado, quizá con los militares. Este tipo de identificación solo se encuentra en la empresa privada, no en el Estado. Un ex funcionario que diga «nosotros» es curioso.

Es una buena observación. Probablemente ocurre en el Banco Central y donde ha habido un mínimo de institucionalidad. Ulloa creó la Academia Diplomática como única vía de ingreso al servicio; hizo lo que Andrés Bello hizo en Chile, un siglo antes, para toda la administración pública. Ulloa lo hizo para la Cancillería. Se creó en el servicio exterior un cuerpo jerarquizado. No puedes llegar al rango de embajador antes de tener veintiún años en la carrera y cada uno de los eslabones demanda una serie de requisitos, metas académicas, experiencias laborales diversas y méritos. Con lo cual no se quiere decir que es perfecto. Como en cualquier organización, hay un porcentaje de gente que trabaja seriamente y está especialmente preparado o es idóneo para sus funciones. Calculo que habrá una proporción que no labora con esa dedicación o tiene menor capacidad profesional. Pero sí hay una continuidad jerárquica. No es un milagro que puedas tener, a fines de los años cuarenta, gente como Ulloa o Bustamante Rivero, quien terminó siendo presidente; o a fines de los años sesenta a gente como García Bedoya, Pérez de Cuéllar o Alzamora; y luego otras personas más cercanas a mi generación, como García Belaunde, que son ampliamente reconocidas y se han dedicado al servicio exterior porque consideran que mediante su esfuerzo promueven la institucionalización interna.

Por eso te mencionaba el vínculo entre los social-progresistas y García Bedoya. Si es que las fuerzas endógenas para crear Estado no se sembraron a tiempo, históricamente ha habido dos formas de forjar la capacidad del Estado: con las guerras y con la diplomacia. Eso no es una exageración. Las fuerzas endógenas para crear institucionalidad estatal en Chile comenzaron temprano, con Portales y Bello, a comienzos del siglo XIX. En el caso nuestro empezaron recién con Castilla, pero fueron brutalmente interrumpidas por la guerra del Pacífico. En el esfuerzo de recomponer la institucionalidad del Estado peruano, primero en el ámbito vecinal y después más allá, la gente pensante de la Cancillería —a lo largo de varias generaciones— ha tenido la sensación de que su vocación no era solo un trabajo, sino un servicio cívico que puede tener consecuencias inesperadas y de carácter positivo para el fortalecimiento del país.

RAMIRO LLONA:
**«MI SENSACIÓN DE PERTENENCIA CON EL PERÚ
SON UN CÚMULO DE EMOCIONES»**

Has vivido una buena parte de tu vida fuera del Perú, ¿no?

He vivido veintidós años en Nueva York. Me fui en 1977 para hacer una maestría, pero la beca Fulbright te la daban solo por un año; entonces, no completé la maestría. Regresé y me fui a Europa, buscando un sitio dónde pintar.

¿Dónde pintar o dónde hay un buen mercado?

La línea que divide el afuera del adentro de mi taller la tengo sumamente clara. Ha sido una de mis batallas más fuertes, más íntegras. Tengo una profunda desconfianza del mercado: no me gusta lo que hace. Además, el mercado acá es una cosa muy pequeñita, tampoco son parámetros en los que uno quiere...

Justamente, pensando en el mercado de Lima me pregunté si te habrías ido fuera en busca de un mercado.

No, acá me iba muy bien. Las primeras muestras que hice antes de irme se vendieron todas. Me fui a ver pintura. Es como si quisieras ser escritor en el Perú y solo pudieras leer a Vargas Llosa, a Cueto, a Ampuero y nunca pudieras leer a Faulkner, a Sartre o a Philip Roth. Ese es el drama de los pintores peruanos: un artista nunca va poder ver un Cézanne, un Matisse. Ahora, con los precios de las obras y los montos de los seguros, es completamente imposible pensar en ver aquí una exposición como las que se ven en las grandes ciudades. Se ven cosas interesantes y llegan algunas exposiciones de artistas latinoamericanos, pero hay obra que nunca llegará. Y la pintura no se puede ver en fotos; es algo que tienes que enfrentar y tampoco es suficiente verla una vez. Entonces, la opción es emigrar por una temporada y poder estar en contacto permanente con el arte en los grandes museos y galerías afuera.

En Nueva York tenía un taller cerca del Museo de Arte Moderno, así que iba prácticamente todos los días a formarme como pintor, a establecer ese diálogo con la obra de los pintores que me interesaban y los que iba descubriendo en el camino. Tenía algunas rutinas muy establecidas, como ir todos los domingos al Metropolitan Museum a ver una naturaleza muerta de Cézanne, como quien va a la iglesia. Y una de las cosas que me interesaba mucho, en contraste con el Perú, era el anonimato. Me gusta mucho esa sensación de estar en una ciudad grande y ser un ser anónimo.

A mí también me gusta el anonimato pero hay gente que, al contrario, no puede vivir sin que lo reconozcan, sin que lo miren, sin que digan: «ahí está Fulanito».

Eso es terrible, es una cosa muy peruana, muy virreinal.

Me impresiona en Lima que cuando vas a un restaurant, de esos en los que «hay que estar», entras y ves que todo el mundo voltea a mirar quién ha entrado; es algo muy limeño.

En otras ciudades sucede en ciertos círculos, en inglés: *to be seen*. Lo que pasa en la Lima que uno se mueve, que es muy pequeña, esas personas que voltean a verte te van a ver mañana en otro sitio y te van a ver también el siguiente día. Tenía un par de amigos que eran cocineros y antes del boom gastronómico me decían: «Serán unas 600 o 700 personas que dan la vuelta», de las cuales ellos vivían. Ahora, por la vida que llevo, salgo muy poco del taller.

Has dicho que la falta de museos es al artista lo que la falta de bibliotecas al escritor. A lo mejor alguien respondería que no hay demanda para eso. ¿Hay «amor al arte» en el Perú?

Este es un país muy complicado, que no ha solucionado sus grandes problemas, que nadie quiere solucionar; en la campaña electoral todo el mundo quiere ganar votos, acomoda sus ideas y declaraciones y la problemática real está ahí —nadie la toca—, los atrasos históricos, los problemas de educación, de infraestructura, la corrupción, el narcotráfico que es el cáncer que nos está comiendo vivos, pero nadie quiere aceptarlo, nadie se quiere dar cuenta. Y en cinco años estaremos en lo mismo.

Nadie se quiere dar cuenta porque mucha gente vive de eso.

Y porque no hay una guerra. Pero no hay una guerra porque el Estado no interviene. Los narcos pierden muy poco con la droga que es interceptada, creo que es el 2%: ¡más pierdes exportando espárragos! El nivel de corrupción es total. Esa es la visión que uno tiene del país y el amor al arte comienza a parecer una sofisticación que no tiene cabida.

¿Pero hay amor al arte?

Vargas Llosa hace esta diferencia entre el arte culto y el arte popular.

¿De qué arte hablamos?

Claro, porque evidentemente estamos hablando de las artes cultas, pero este país es tan complejo, tan diverso, tan rico. El Perú es riquísimo en cultura, si entendemos la cultura como el conjunto de tradiciones, costumbres, ideas de un pueblo. En la ciudad de Lima, en el centro, siempre siento como si la vida se hubiera pegado a las paredes, como una textura vivencial; si la comparas con Santiago, que es muy limpiecita... Esto es muy fuerte, muy rico, como la gastronomía ha descubierto. A pesar de que no soporto la demagogia que están haciendo con el discurso gastronómico, hay que reconocer lo sucedido; eso está muy vivo a pesar de esa alta cultura que ahora lo ha incorporado como parte de su discurso. Lo que llamamos el arte culto, el cine, las artes plásticas, la música y la literatura, es una cosa muy pequeña, con mucho por crecer, por desarrollar. No sé cuántos libros se venden en la Feria del Libro y si comparas con Colombia...

Me decía un editor que en el Perú cada vez los tirajes son más cortos.

Y hay tanto problema con los impuestos, no hay exoneraciones. Hay algunos y buenos ejemplos de gente que tiene pasión y apoya... Se supone que, por definición, los artistas somos unos apasionados que no vamos a dejar de hacer lo que hacemos. La variedad y riqueza de la música tradicional es enorme, como lo es la artesanía de diferentes regiones. Hay un movimiento de rock progresivo fuerte. En algún momento se dio la aparición de editoriales artesanales; no sé si el fenómeno persiste. Todo eso implica cierto amor o sacrificio, porque la cultura no es que dé para vivir.

Pero la necesidad de la cultura —como el desarrollo de las artes, la lectura, el teatro— no ha ingresado al imaginario peruano como parte del desarrollo y crecimiento personal. Tú tienes dos o tres hijos, los mandas al colegio y no te vas a preocupar de que ese chico lleve un curso de historia del arte, no te va a parecer importante, no vas a creer que eso le va a cambiar la calidad de vida. He vivido muchos años fuera —y a ti te debe haber pasado todo el tiempo— y ves las clases con los chiquitos, sentados frente a un Rembrandt en el museo, haciendo dibujos. Me muero de la envidia de pensar lo que esos chicos se llevan. Eso no existe acá, no hay manera de que exista. Si Fujimori sacó de la currícula escolar los cursos de educación cívica, los cursos de arte, los cursos de dibujo, ¿dónde se va a formar eso, en las casas? Hay poquísimos museos. No existe la noción de que una formación artística, como actor o espectador, es parte integral de un proceso educativo primero y de la calidad de vida después. A veces pareciera que con intención se separa lo popular de lo culto.

Estamos sentados en un país con una cultura inmensa. Hemos tenido el privilegio de nacer en el Perú y somos participantes, testigos, socios de este acervo cultural que pocas personas del mundo tienen. Sin embargo, las clases pudientes —y uno siempre piensa en las clases pudientes, en los gobiernos o los políticos— hubieran podido generar cierta estructura. Ha habido un no mirar hacia el Ande. Durante mucho tiempo ha habido un...

¿Desprecio, dirías?

Desprecio, ignorancia, atavismos desde el virreinato. Lo han dicho todos los viajeros: una casta muy inculta, muy insensible. Hemos pasado de los conquistadores destruyendo templos a los hacendados fundiendo el oro de los tumis. Para no hablar del huaqueo y la destrucción de huacas por las invasiones o las inmobiliarias.

Eso nos lleva a un tema vecino: ¿cómo viven el arte los poderosos de este país? ¿Hay mecenas o filántropos?

Existen casos aislados, pocos, pero no hay una cultura de mecenazgo. Lo que hay es una costumbre: ciertos bancos, ciertas empresas están en la edición de publicaciones de arte de fin de año. A mí, personalmente, empresas como Interbank o Repsol siempre me han apoyado a la hora de hacer catálogos. Pero son muy pocos. No percibo una corriente que esté inscrita y se defina frente a la cultura como una actitud de apoyo permanente.

¿Por qué crees que esto es así? ¿Si comparas con otros países de América Latina, es así? Porque uno compara con Estados Unidos, donde vas a un museo y encuentras que don Fulano de Tal y su mujer financiaron esto.

Y algunos donan sus colecciones enteras. En Estados Unidos hay ese sentido de responsabilidad, de deber cívico, de gratitud, de devolverle a la ciudad o al país que te ha dado tanto. También creo que es un asunto de pulirse socialmente; la gente se pelea para ser directores del Guggenheim o de la Ópera, a pesar de que eso te va a costar millones de dólares cada año. Acá —de nuevo, desgraciadamente hay que referirnos a la gente que está en el poder— la gente ha mirado mucho hacia afuera, no ha habido una necesidad... se iban del país, cuatro o cinco meses en Europa, se daban esos «baños de cultura». No había una urgencia de salir de tu casa e ir a la ópera o ir al Teatro Municipal. Ha habido buenos momentos pero ¿por qué no se ha instalado eso? Debe ser una falta de real vocación democrática porque cuando haces eso, lo haces para otros; te importa levantar el nivel de educación. Acá pareciera que se ha tratado siempre de mantener a la gente en un nivel educacional muy bajo

que permita mano de obra barata. Es difícil decirlo porque es de tal mezquindad e ignorancia. No hay un reconocimiento del otro, no hay una generosidad hacia fuera. Mi madre siempre me decía: «Nunca regales algo de lo cual no te cueste trabajo desprenderte».

Porque eso no es un regalo.

Así es. Es que la gran mayoría del país ha sido indígena, y la población blanca, mestiza, criolla era muy pequeña: se han mirado entre ellos.

Por el lado de los gobiernos de turno sucede lo mismo: la cultura siempre será lo último. El presupuesto es pequeño y las políticas de gobierno no le dan importancia. Con los políticos es lo mismo. La cultura no da votos. Es triste y contradictorio que en un país con una riqueza histórica tan grande, sus gobernantes y poderosos no hayan correspondido con generosidad y agradecimiento.

¿De dónde viene lo huachafo en el país? ¿Es un asunto estético o un recurso discriminatorio?

Es las dos cosas, un término estético y de discriminación, porque parte de que quien dice a otro «huachafo» siente que es él quien lleva los estándares del buen gusto. Y en una sociedad con tan poca movilidad social, donde alguien es siempre superior a ti, pero tú eres superior al de abajo...

Y en la que todos están midiendo quién está por abajo y quién está por arriba.

Sí; ese es el deporte de lo cotidiano en el Perú. Entonces, «huachafo» es la palabra mágica, ordena el tejido social inmediatamente, porque te pone a alguien por abajo y sitúa a alguien por arriba. Es como una regla que se usa para medir, para definir, para organizar los lugares sociales y para impedir la movilidad social. Y emitir el calificativo te excluye de la huachafería.

Si tú lo dices, no puedes ser huachafo.

¿No es cierto? Se usa para la vestimenta, las casas, la comida, el dinero nuevo, el arribismo social.... Es una de las cosas que corta diagonalmente la sociedad peruana. Tengo la sensación de que se usa en todos los estratos y tiene la misma eficacia.

¿Se puede definir lo que es huachafo? ¿Es la idea del mal gusto?

Es la idea del mal gusto con pretensiones, porque con el mal gusto en sí no hay problema.

Pero es una cosa muy peruana. Porque cuando traduces, no digo al inglés, incluso en España, cuando a veces se nos sale el término «huachafo» —como es un peruanismo, en general lo evitamos— alguien pregunta: ¿qué es huachafo? Y hay que usar una frase o decir que es algo parecido a lo kitsch, pero no exactamente.

Es que lo *kitsch* no tiene la significación social de ubicación, de estratificación. Calculo que toda cultura lo debe tener.

Pero esa combinación que señalas bien, con el valor discriminatorio del término, eso me parece muy peruano.

Es un deporte peruano, pero puede darse en otros sitios con otras palabras. No sé si te ha tocado en Estados Unidos; recuerdo haber leído un artículo que hablaba de eso: entre las chicas universitarias tasaban en dólares a los estudiantes, posibles pretendientes, por la camisa, el pantalón, el terno de marca: *clothing behavior...*

Mira que ese es un juicio clasista. Ahí la discriminación implícita es económica.

«EL ARTISTA DEBE SER
SIEMPRE EL QUE CUESTIONA,
EL PERSONAJE INCÓMODO».

Mi impresión es que la transmisión entre generaciones funciona mal en el país. En política se ha hablado del complejo de Adán. En otras áreas también podría usarse la expresión. O creemos que nadie hizo nada antes o preferimos descartar todo lo que se hizo. Hoy en día, no sé si a los viejos no nos interesa transmitir o a los jóvenes no les interesa aprender algo de nosotros, aunque sea para no repetir errores. Tú has dicho más de una vez que tienes un maestro. ¿Cómo has vivido la relación maestro/discípulo?

En el arte es imposible empezar de cero, siempre te debes a alguien, siempre tu lenguaje está anclado en la obra de otros, de todo lo que siempre estamos viendo, un diálogo permanente.

Quisiera pensar que he llegado donde he llegado de una manera que no es convencional. En el Perú, en el cual me inicié como pintor en los años setenta, todo era más esquemático, más en blanco y negro: eras indigenista o internacionalista, de la Católica o de Bellas Artes, figurativo o abstracto, te integrabas al sistema y tenías éxito, o te inmolabas, como Sérvulo, como Humareda, en el alcohol y en La Parada.

Y me acuerdo de una ocasión muy precisa, en una inauguración de mi maestro —eso era antes de salir del país— en la que recuerdo haber pensado: «voy a ser tan buen pintor o mejor pintor que él, pero quiero ser otro tipo de pintor»; es decir, el éxito profesional independizado de ciertos atavismos sociales. Es la explicación previa para decirte que unos pintores jóvenes de 24 o 25 años se encuentran conmigo y dicen: «Se puede hacer las cosas de esta manera». Construir una carrera fuera de las convenciones sociales, con independencia de clase. El artista debe ser siempre el que cuestiona, el personaje incómodo. Pero, de otro lado, hará unos diez o quince años se ha producido una ruptura: ha entrado con fuerza la noción de lo contemporáneo, como lo ves en las ferias de arte, que es un tema muy controversial para mí. Eso ha generado una fisura que ha separado estilísticamente a la gente joven, de mi generación.

¿Eso no había ocurrido antes en tu vida artística?

No, no. Yo he crecido admirando a mis maestros.

¿Y tus coetáneos también?

Sí, claro que sí. Pero no solo a mis maestros de la pintura, siempre estaban los grandes escritores. Nos interesaba la inteligencia, uno encontraba su mejor diálogo en las obras que iba descubriendo; todos hemos crecido así. Cuando llega el boom latinoamericano encuentras tus voces, creces con eso y esa admiración te transforma, es un impulso para crecer.

El asunto alrededor de la comercialización del arte es un fenómeno que se está dando en el mundo: hay mucho dinero, mucha presión; la gente quiere hacer dinero rápido; los agentes comerciales —como son las galerías, los vendedores, las decoradoras, los remates, las ferias de arte— hacen presión en los talleres; los pintores tienen que producir, producir, producir porque alguien está comprando, comprando, comprando; los contenidos se adelgazan. Vas ahora por todas partes y es complicado encontrar un arte que te conmueva, que tú digas... Como decía Frank Stella cuando le preguntaron por la obra de Jeff Koons: «Es para gente muy rica con mal gusto». Acá esta situación se repite a la escala de nuestro mercado, que es pequeño.

Por ejemplo la colección del MALI que se exhibe en el reciente renovado espacio acaba en 1960, lo cual puede ser una casualidad, un asunto de espacio. Pero a mí me parece que no. Se comienza a hablar de esta generación «Limbo» a partir de los años sesenta, como que no significó nada. Según declaraciones —que hacen en un conversatorio publicado en uno de sus libros—, recién hace unos diez años, por la existencia de una cantidad de curadores y del MALI, se comienzan a dar las condiciones para que surja un verdadero arte contemporáneo. Eso es de una arrogancia tremenda porque el arte nace del arte. Ha habido esa ruptura pero en términos del poder.

La gente tiene que estar viendo otras cosas de manera periférica, fuera de lo establecido fuera del sistema, del *establishment*...

¿Cómo que en términos del poder?

En Lima hay dos museos: el Museo de Arte Contemporáneo – MAC, en Barranco, y el MALI. El MALI tiene más años, se ha consolidado mucho como institución y agrupa a la gente que tiene poder, dinero, gente joven y que tiene una manera de entender el arte que los inclina hacia lo contemporáneo; es gente muy ligada a las ferias de arte, a algunas galerías, a lo que está pasando en el mundo del arte hoy en día. Las galerías de arte y las ferias de arte son instancias comerciales que se rigen más por las leyes del mercado y la moda. Salvo algunas, muy contadas, excepciones ninguna hace labor en la difusión a un público mayor que el que siempre vemos en los circuitos artísticos. Las galerías, que podrían —las más fuertes— haber tenido una posición independiente respecto a esto, se han plegado ideológicamente. Es muy raro este fenómeno de fascinación con lo novedoso...

A ver si te sigo. Este sería o es un arte un poco más *light* y con más ojo puesto en el mercado.

Más con el ojo puesto en el mercado de afuera, en el «éxito internacional». Pero, como es un fenómeno global, lees declaraciones de las buenas galeristas de Nueva York, como Paula Cooper, que dice que el 70% de su negocio lo hace en las ferias. Son muchas ferias al año, se cuentan por decenas: tienes que cargar con tus chilpas, viajar e inscribir a tus artistas. Me parecería ingenuo pensar que no hay una interacción, que las galerías no están promoviendo a los artistas que están teniendo más éxito comercial o que responden a ciertos criterios bajo los cuales se da el éxito comercial. Esa es la complicación. Debe de haber una resistencia, debe de haber gente que está haciendo otra cosa.

¿Sientes la presión del mercado? Una cosa es si la sientes y otra si le haces caso.

Existe la presión pero uno no puede permitir que lo modifique. Por un montón de razones y principalmente por mantener el espacio mental desde el cual puedas trabajar con toda libertad. Me parece que eso está en el centro de nuestra actividad como artistas: no permitir que lo que tiene éxito comercial sea lo que te va a parametrar.

Me haría sentir mucha desconfianza que todo lo que hago encante o tenga un éxito económico inmediato. La unanimidad no es un criterio automático de calidad en el arte. La sociedad solo acepta e integra lo que puede sistematizar. Me gustaría pensar que lo que yo hago es más bien difícil de organizar, incómodo. A mí me va bien,

pero no es que mi obra sea popular ni que le interese a todo el mundo. Prefiero que mi obra sea de difícil acceso, me interesa un ejemplo como lo es Cézanne, un pintor complejo, difícil, una pintura con la cual no agarras una empatía inmediata; es una pintura que te cuestiona.

En términos del mercado del arte, esta es una época conflictiva para mí; me he peleado con mucha gente; estoy muy distanciado de la «cultura oficial», de los críticos y los curadores. Hace tres años tuve un problema con la galería que me representaba, por un asunto de elevar de manera unilateral el cobro de comisiones sobre la venta de la obra terminada, venta pactada previamente en otros términos. Yo lo sentí como un problema gremial.

Dijiste antes que la cultura no está inscrita en el imaginario peruano de una manera firme y estructurada. ¿Podríamos esperar otra cosa, dadas las distancias entre peruanos, dada la desigualdad desde muchos puntos de vista, no solo cultural, sino formativa, educativa?

Lo que pasa es que es un país muy dividido. Tengo una amiga que trabaja en el MAC; sus padres y sus abuelos son ayacuchanos. Ella es parte de un grupo folklórico de danzas ayacuchanas y Jaime Guardia es su tío, y me cuenta todo esto con un entusiasmo... Se me hizo evidente que a mí no me pasa eso. Le dije: «No te imaginas qué envidia te tengo, qué conectada estás con una tradición, con una cultura, con ciertas manifestaciones en ti, ser parte de un grupo, de una tradición». Creo que eso se da en el Perú de manera profusa, intensa y permanente, pero nosotros, en mayor o menor medida, estamos de espaldas a toda esa realidad.

¿Tienes una especie de nostalgia de lo popular? ¿Sientes que tienes un déficit respecto al arte popular y los sentimientos populares?

No; me emociona. Siento que estamos aquí de visita, por quinientos años. Si voy al museo precolombino de Pueblo Libre, mi emoción estética frente una tela Huari va a ser inmensa. Me siento privilegiado al ser un espectador.

Pero al mismo tiempo eres un poco ajeno a eso. Lo estoy preguntando respecto a ti, a propósito del arte popular, pero creo que es algo que nos pasa a muchos en otros terrenos. Por eso indago en el asunto.

En Estados Unidos fui a la casa de un coleccionista de telas Huari y mi acercamiento fue de total comunión. Recuerdo haber dicho frente a una tela: «Me enfrento a ella con las mismas exigencias que me enfrento a un Cézanne». No hay nada de paternalismo; uno encuentra en estas culturas unos niveles de sofisticación altísimos,

de primer orden. ¿Cómo hemos hecho para estar de espaldas a eso durante tantos años? Acuérdate de que lo peruano, el Ande, se descubre con Arguedas, son cincuenta o sesenta años, la generación de Szyszlo. Esta convivencia es un privilegio.

A propósito de tus veintidós años fuera, ¿por qué volviste, por qué vives en el Perú? ¿Tiene algo que ver con esto que cuentas?

No, no. Me fui por un par de años para ver pintura, para pintar. Era como esos taxistas —no sé si te ha pasado en Nueva York— pakistaníes, egipcios, todos te cuentan que están ahorrando para regresarse a su país al día siguiente, pero de pronto se casan, tienen hijos, que en un momento dado van a la universidad y, finalmente, no se regresan nunca. En mi caso, todas las mañanas, prácticamente, tenía que tomar la decisión de quedarme un día más. Una decisión que principalmente tenía que ver con la pintura. Inicialmente viajé por dos años, a hacer una maestría en arte y terminé quedándome veintidós años. Mi apego, mi sensación de pertenencia con el Perú va por otro lado, no es definible ni cuantificable, no la puedo desmenuzar, es un cúmulo de emociones. Puede ser pararte frente al mar, caminar por las calles, reconocer ciertas costumbres. Hay una historia personal, una acumulación de memoria, un sentido de pertenencia, me identifico con el país, soy de acá. Me siento... como con tus padres: eres hijo de tus padres, puedes quererlos o no quererlos, de agrado o desagrado. Tu país es tu país, para mí es algo que es inamovible y son millones de asuntos que te vinculan.

Te digo cómo me siento frente a ese tema. Tengo treinta años fuera del Perú y nunca he tenido seriamente la tentación de volver, nunca.

¡Qué privilegio!

No sé si es un privilegio; es un hecho. He vuelto con frecuencia, como ahora que estoy pasando tres semanas en Lima y en otros momentos he pasado tres meses, para hacer algo específico, terminado lo cual me he ido otra vez. Durante esos lapsos en el Perú he sentido que se reafirmaba mi decisión de irme. Quizás es mi mirada, pero el proceso por el cual ha ido pasando el Perú desde que me fui es uno en el que se ha ido degradando. Sé que es una palabra muy dura, que no quisiera usar. Ahora, en la confusión de calles para llegar a tu casa, descubrí que todas estas calles tienen rejas. Tú, como otra mucha gente en Barranco o Chorrillos, viven tras las rejas y para entrar tienes que decir adónde vas. Esta «normalidad» —que para mucha gente es tal— a mí me sigue sorprendiendo y me sigue confirmando que vivir en el Perú tiene cierto precio que no quiero pagar. Y me siento peruano, no puedo ser otra cosa; puedo tener, y tengo, otra nacionalidad, la española; pero soy peruano.

Tú percibes estas cosas, ¿qué es lo que hace que, sin embargo, no hayas pensado en la posibilidad de volver a irte?

Qué fuerte, ¿no? Además, parece que los peruanos somos muy peruanos donde estemos. Una amiga en Nueva York me decía: «Nunca he visto que hablen tanto de su país como cuando se juntan los peruanos».

El sentido del humor peruano es una cosa especialísima que solo con peruanos puedes compartir. Hay tres tipos hablando y ¡ya!

Y se reproduce inmediatamente, te encuentras con otro peruano en un café de una plaza en Atenas y a los dos minutos estás funcionando como peruano, creando esa empatía, ese lenguaje común.

Yo tuve dos retornos fallidos. La primera vez, después de estar un año en Nueva York, regresé en 1978 y a los seis meses en Lima estaba desesperado por volver a salir. Me volví a ir. Esta vez me fui a Europa, a buscar una ciudad donde establecerme a pintar. No me quería dimensionar por la realidad del mundo del arte local. Había pintores que quería ver, como Goya o Tiziano. Ahora es fácil frasearlo; en ese momento la situación era muy angustiada, era imperativo irse. Entonces, como Nueva York no me había gustado, me fui a Europa. Llegué por Amsterdam y fui bajando hacia el sur. Primero fui a Bruselas, a París, después a Madrid y a Barcelona. Ahí me compré una mochila y viajé un año entero buscando una ciudad donde quedarme. Una mañana estaba en Karnak, al sur de Egipto, y de nuevo la ideología del retorno: hay que regresar al país, hay que hacer algo por el país. En el fondo, me jalaba muchísimo el Perú; no sé bien por qué cuando estoy fuera me siento como arrancado de mi sociedad, de mi lugar. Regresé y, otra vez, a los seis meses estaba como loco, desesperado por salir. De repente, apareció con mucha claridad que Nueva York era la ciudad en la que quería pintar, a la que me tenía que ir y me fui. Me fui a terminar mi maestría, me aburrí a la mitad, me salí de la universidad, me alquilé un estudio, me quedé y me quedé sin papeles; estuve ahí indocumentado como seis años, conseguí los papeles, el *green card*, y me quedé quince años más. Después de una época de muchos viajes, de idas y venidas, un día traje mis libros, mis cuadros, regresé. ¿Por qué regresé es la pregunta?

¿O por qué no te vas? Ahora, a cierta edad, es más difícil irse.

Ya no, con hijos y todo. Razones como que me casé, me separé, mi mujer se quedó en Lima con María, mi hija mayor, que entonces tenía tres años. Comencé a organizar algo en la cabeza como «qué hago yo pintando allá, “triunfando”, y mi hija creciendo, mi única hija, en el Perú». Esa fue una de las razones por las cuales me regresé.

Siempre supe que algún día me iba a regresar, no era un inmigrante en el sentido de que quería establecerme en otro país. Mi asunto era la pintura, los museos. La frase es esa: el sentido de pertenencia. Nunca he podido recrear la complejidad y calidad emocional de pertenencia que tengo con mi país, con mi ciudad. Llegar y estar acá, esto es lo mío. Ahora viajo mucho, cada dos o tres meses me voy a Nueva York un par de semanas, a ver pintura.

¿Cómo ha cambiado lo que has pensado sobre el Perú a lo largo de tu vida?

Las diferentes, diversas y a veces contradictorias lecturas que he hecho de mi país o de la circunstancia de vida en este, han ido variando conforme yo me he ido modificando. Es el lugar en el que uno está ubicado, el punto desde donde observa, se pregunta, opina y diagnostica lo que nos va dando una mirada. Y, en el tiempo, es una acumulación infinita de esas pequeñas o grandes percepciones que genera una memoria que avanza modificándose con nosotros, desde la cual vamos comprendiendo nuestra realidad de peruanos.

El Perú es, sobre todo, para personas como nosotros, que hemos nacido en ciertos barrios y en ciertas familias...

Yo nací en el Cercado de Lima, por si acaso.

Yo nací en Miraflores, en una casa de clase media, más bien pobre. No sé qué es peor y, además, soy hijo fuera de matrimonio y hace sesenta años eso era una situación muy complicada, te ponían problemas hasta para poder entrar a un colegio. Así que era una situación muy compleja. Una biografía un poco áspera, de una familia notable de provincia marcada por la muerte de mi abuelo en un accidente automovilístico que dejó a mi abuela y sus cinco hijos jóvenes prácticamente en la indigencia.

Pero el Perú uno lo descubre; es un país que, por su complejidad, por su diversidad, no se te da fácil; a la vez que uno lo va descubriendo, se va transformando con él. De chico, he caminado mucho y tenía esa sensación de ir empujando las fronteras, hasta dónde se podía caminar, pasar de un barrio a otro, a esa realidad distinta. Entre los catorce y los veinte años tengo una etapa maravillosa, de salir de mi casa a las diez de la noche, tomar un colectivo e ir al centro de Lima a estar con lo que sería el *white trash* peruano, con los Gatopardo y otras pandillas. Me acuerdo de un personaje maravilloso que prácticamente recibía en el Cream Rica del Jirón de la Unión, le decían Pichón de Pato, un gordo enorme con una voz muy ronca. Y como él muchos más, Papaya Torres, Churrasco Vizquerra, Niño Dios, una serie de personajes memorables de una bohemia medio maleada. Esa era mi noche y generalmente acababa en un bailadero debajo del Estadio Nacional que se llamaba El Olímpico,

adonde llegaban todas las bailarinas después de sus shows. A la vez comienzo a socializar con otros amigos, vamos al Regatas, a las fiestas de la vendimia en Ica, al cine con chicas del Villa María, fiestas en Ancón. Crezco en esa dicotomía que es fascinante, en esa Lima de los años sesenta, cuando durante el día las señoras iban al Jirón de la Unión, pero en la noche era un antro. Esa es una experiencia que da mucha calle.

La primera lectura que va más allá de mi primera juventud es entrar a la universidad, cuando uno descubre la política y la ideología. Eso fue para mí bien importante; estuve en la UNI, en Arquitectura, en la época de VR, una época de mucha agitación y represión, de las huelgas. Yo era, más bien, un muchacho muy ignorante políticamente, de un comportamiento de derechas, a pesar de toda la calle que tenía. Esa fue una mirada importante; comienzan los viajes al centro del Perú, a la sierra. He viajado mucho, hacía mucho *auto-stop*; comencé a conocer el Perú físicamente y mi mirada se hace más grande, abarca más el país. Nunca milité, pero en mis años de la Católica me fui inclinando hacia posiciones más progresistas y participé en algunos comités de ayuda, en marchas... Tengo la imagen mía frente al televisor, a la radio, en 28 de julio, desde siempre, escuchando esos discursos de inauguración que prometían un país diferente, y que son después de cinco años una permanente desilusión.

¿Tú aún esperas un país diferente?

Uno siempre espera un país diferente; vuelve a creer en cada elección. En esta campaña electoral, la irrupción de Barnechea me hizo pensar por un momento en la posibilidad de un centro-izquierda ilustrado; me emocioné. Verónica Mendoza me encanta, me parece que es una persona joven, honesta, luchadora, con preocupaciones sociales válidas y urgentes, con un lado un poco ultra que es preocupante pero que se va a pulir y que con el tiempo puede ser la izquierda moderna que hace falta. Este es un país con una deuda histórica enorme que, en algún momento alguien tiene que enfrentar y empezar a solucionar.

O no.

O no y va a ser el desbarajuste, como fue Sendero. Lo que pasa es que entrar a hablar de Sendero, tratar de entender por qué aparece con ciertas características mesiánicas y de violencia es para que a uno lo terminen calificando de filosenderista. Es complicado. Pero, por el otro lado, Fujimori es una persona que representa uno de los momentos más nefastos de la historia republicana; soy de las personas que piensan que el juicio a Fujimori fue, probablemente, uno de los pocos instantes en que el país funcionó como país. Es el gran momento de lucidez republicana, de dignidad: los poderes son independientes y se actuó con coraje.

Pensar por qué el Perú vota por Keiko... y es la gente pobre, sectores C, D y E. Keiko no ha construido un partido, Fuerza Popular tiene cuatro mil personas inscritas; lo que ha hecho es una campaña proselitista, de clientelismo, muy intensa y de contactar poderes locales por todo el Perú. Ya en las elecciones pasadas eran los poderes locales los que ganaban las elecciones y los partidos políticos tradicionales cada vez más débiles. Hay poderes locales que son muy fuertes económicamente hoy día. En muchos casos es el dinero del narcotráfico y otras actividades ilegales, del lavado; es mucho dinero.

Y otros delitos. A veces se pone demasiado énfasis en el narcotráfico pero, en general, el crimen organizado en el país es muy grande.

Y otros delitos. ¿Has leído el libro de Alfonso Quiroz?

Su *Historia de la corrupción en el Perú*¹ es un libro importante.

Yo era bien amigo de Alfonso en Nueva York. No puede ser que estemos en una campaña presidencial y nadie hable del narcotráfico o se toque el tema como de pasada. Este un país complejo y que no está resuelto. Estamos en las mismas; no soy fanático de las cifras macroeconómicas, creo que se usan mucho para distorsionar la realidad, para un acomodo político. Sales a veinte minutos de Lima y ya encuentras otro país.

Dices que estamos en las mismas, pero antes dijiste que tenías todavía expectativas de un país mejor.

Sí, claro, las tengo. Hay que creer, alguien tiene que hacerlo; uno no puede vivir solo con esa sensación de que cada día la situación es más ingobernable, que la delincuencia avanza, que la corrupción está en todas partes...

Tienes esa esperanza en que alguien tiene que hacerlo.

Pero es que se supone que eso es un país, sus autoridades, sus gobernantes, ¿o no? Me es más fácil creer, que caer en ese...

A pesar de tus 68 años.

De mis 68 años, de la lucidez, la experiencia, las lecturas, de la información que tengo sobre el país. Y, además, si me permites, en lo personal así es mi trabajo, de una fe y una urgencia indoblegables. Hace veinte años que estoy haciendo cuadros de seis metros, de siete metros, de diez metros, como aspirando a que mis interlocutores

¹ Alfonso QUIROZ, 2013. *Historia de la corrupción en el Perú*. Lima: IEP, IDL.

sean la Escuela de Nueva York, sean Matisse, Cézanne, Velázquez, el Giotto, a tratar permanentemente de levantar el nivel de diálogo, de la exigencia, con la obra de la gente que admiro. Cuando me preguntas por qué regreso al Perú, de pronto ahí está la respuesta: cuando siento que ese diálogo está inscrito de manera permanente en mi experiencia, que eso no va a desaparecer y que nunca me voy a medir con otros asuntos que no sean los que me fascinan y cuestionan.

Por ejemplo, los tamaños. Cuando hice mi primera exposición, en 1975, ya tenía cuadros de 1,30 x 1,80 m., que eran dimensiones grandes para la época. Tuve éxito y a las dos semanas ya estaba pintando cuadros de dos metros. Siempre fue así, buscando una montaña más alta que escalar. Hace veinte años que trabajo en estos dípticos y trípticos de siete u ocho metros, escapándome de la repetición, de lo rutinario. Le decía a un amigo que eso es la libertad, añadirle libertad a la libertad.

¿Los cuadros grandes son difíciles de vender?

Imposibles. Se vende uno o se venden dos en años. Porque necesitas tener casas muy grandes, porque la gente quiere tener un cuadro de cada pintor y estos trípticos que yo hago llenan toda la pared, porque es un *commitment* fuerte. Ayer vino una pareja y la señora se enganchó con una pintura muy grande y el marido le decía: «pero no va a entrar», y ella sentía que lo que quería era eso, una pintura enorme que cubriera la pared como un mural. A veces pasa que la urgencia de hacer una pintura se reproduce en la persona que la mira y es maravilloso ver a la gente entregada, apasionada por el trabajo. Sientes que estás dentro de la persona, escuchas el ruido del cerebro, los engranajes.

«ESAS TÍPICAS SITUACIONES
LIMEÑAS DONDE TODO
EL MUNDO LO SABE, TODO EL MUNDO
LO CRITICA PERO TODO EL MUNDO
SIGUE PARTICIPANDO».

Yo creo en el trabajo; tú eres un estudioso en tu disciplina. Creo que el trabajo es casi como una fuerza física, que se hace un lugar, como una cuña en la realidad. Y lo que me gusta es el reto, ver hasta dónde doy, de qué tamaño soy. Si estás en esa cruzada, mejor te comparas con los grandes; es arriesgado, pero es el partido que quieres jugar. Eso es lo que te mantiene vivo.

Has dicho «pinto como quiero». Eso tiene que ver también con el éxito que has alcanzado.

En definitiva, la medida de tu éxito o fracaso siempre será interior. Lo que pasa es que uno quiere hacer leyenda de su propia vida, de su propio pasado. Hay un momento en que uno sabe que ya no va a enganchar con ese éxito local que trataba de describirte antes. No me voy a medir con esa regla, con esos parámetros. Trabajas en un lugar que es una atmósfera, un comportamiento universal. Yo trabajo estos cuadros y es como que trabajara de espaldas a lo establecido, al mercado del arte. Siempre he sido así; siempre he estado a contracorriente.

Y así tuviste éxito.

Sí, tuve éxito porque probablemente estuve en el lugar adecuado. Tuve suerte.

¿Los artistas jóvenes de hoy día, talentosos, que los debe haber, pueden pintar como quieren?

Sí, pintan como quieren. Tendrán los jóvenes también sus conflictos interiores; estarán luchando contra sus propios demonios. No es como era en mi época: hoy hay más apertura, más galerías, las ferias de arte, un par de museos y algunos centros culturales. Pero, al ser un medio pequeño con pocas posibilidades de exponer, de todas maneras se van a imponer los criterios de las personas que manejan museos y galerías. El problema es que no hay muchas alternativas.

Creo que estoy más contento habiéndome iniciado cuando me inicié. No me gustaría empezar ahora. Creo que se ha perdido mucho de esas cosas que nos movían a nosotros. Debe ser una etapa, pero eso es lo que está mandando hoy.

¿Qué eran «esas cosas que nos movían»?

Estábamos llenos de ideales, de urgencias, yo creía mucho en que se podía cambiar el país, era medio velasquista a los inicios. Me gustaba la idea de que se iba a transformar el país y podías aportar a eso.

¿Estos chicos jóvenes ya no están en eso?

No había mucha política en los jóvenes pero en estos últimos años se está organizando un movimiento, una conciencia que puede ser un factor. Por ejemplo, las marchas contra Keiko. De pronto son las redes sociales también, la inmediatez de la denuncia, de la información.

¿Los jóvenes creen, sobre todo, en su propio éxito?

El sistema —que son las galerías, las ferias, un par de instituciones culturales— les ha puesto en la frente un letrero luminoso que dice «éxito», pero no solo éxito, sino «éxito internacional». Ese es el dios, hoy en día. Y hay que pagar un peaje: lo que tiene éxito internacional está demasiado codificado, hay un modelo que da poco espacio y ha absorbido todo el lugar del éxito, por un lado. Por otro lado, hoy en día el dinero tiene una presencia... No es que acá vas a trabajar de camarera de día y estudiar en las noches en la escuela de Visual Arts. Mucha gente tiene que dejar de crear para sobrevivir. Pero no se puede generalizar: dentro de toda esta confusión que hay, en donde se mueven millones de dólares, aparecen también personas que son maravillosas.

En una entrevista has dicho: «Estamos en un medio cerrado, tenemos argollas, circuitos en los que empieza a circular lo mismo». ¿Es eso propio del Perú o en todas partes existe?

Lo que pasa es que el Perú es muy pequeño; acá solo pasan dos cosas y se agotan las posibilidades. Si hay cuatro sitios y veinte personajes que son los que manejan la movida, eso va a parametrar.

Son los que ponen las reglas y les dicen qué hay que hacer, por dónde ir.

Un museo como el MALI, que es una entidad privada, tiene el derecho a hacer lo que le dé la gana en términos curatoriales pero, al mismo tiempo, es el museo de la historia del arte en el Perú; entonces hay también una responsabilidad. No estoy de acuerdo con una serie de cosas que hacen pero también ves exposiciones maravillosas, como la de Emilio Rodríguez Larraín. Toda la información que sale del Perú pasa por ahí; y toda la que entra, pasa por ahí. Por ejemplo, si hay una universidad de Estados Unidos o un museo que quiere hacer una exposición de artistas peruanos, o un curador que está organizando una exposición latinoamericana de arte geométrico, van a pasar por el MALI. Ese umbral, siendo prácticamente el único, genera parámetros y preferencias que, como te comentaba, responden a cierta sensibilidad y que lógicamente dejan afuera a mucha gente.

Lo que no me gusta —y soy muy crítico con ellos en este sentido— es que hacen dos subastas de arte al año. Un museo no puede funcionar, en términos reales, como una casa de subastas porque eso distorsiona el mercado de una manera espantosa. Todo esto que te estoy tratando de describir acerca del manejo del arte en el Perú se define, se puede ubicar, en este nudo neurálgico donde el comercio y el arte se funden, y lo manejan pocas personas. Es inaceptable que personas que pertenecen

al Museo subastan obras de su colección en estos remates. Son esas típicas situaciones limeñas donde todo el mundo lo sabe, todo el mundo lo critica pero todo el mundo sigue participando y acudiendo a los remates y las fiestas. En los museos es justamente donde la frontera con lo comercial debería estar trazada con mayor nitidez.

Y después están las ferias de arte, que es este mismo problema. A los días de elegido el alcalde Castañeda, por un asunto político de devaluar la gestión anterior, mandó borrar todos los murales que se habían pintado en el centro de Lima. Al día siguiente, los dueños de la Feria de Arte se toman una foto con Castañeda haciendo explícito su apoyo a la gestión. ¡Cómo no vas a protestar! Respondieron los dueños de la Feria: «Si nosotros hacemos esto —la Feria de Arte— es para ayudar a los artistas». Resulta que ahora el negocio, el comercio del arte se hace para ayudar a los artistas. Es una declaración muy pendeja porque, aparte de ser falsa, fortalece la parte comercial.

Hay afuera una corriente muy fuerte que está manifestándose contra la entrada tan violenta del dinero en el manejo de la obra de arte, en la presión que ese dinero hace en la comercialización del arte y cómo esa presión se traslada a los talleres, creando apuro y otras prácticas que atentan contra el natural desarrollo de un lenguaje, del proceso, y adelgazan el contenido de la obra. De eso hay que defenderse, más que preocuparse por vender. Alguien decía: «Hay que proteger a los artistas jóvenes del mercado».

Vives acá y eres una persona de éxito. ¿Cuál es el precio del éxito en el Perú? ¿Sientes que has pagado un precio?

No, porque he tenido éxito afuera también. El precio que pago es que tú sabes que en el Perú «se soporta el pecado, pero no el escándalo», y yo he hecho mucho lio acá porque, como soy quien soy y tengo muchos años trabajando, cada vez que ha habido alguno de estos problemas me llaman y el que está sentado al día siguiente en la televisión dando una entrevista o conversando con los periodistas culturales soy yo. El precio o el esfuerzo ha sido ese: la rebelión. Toda mi vida ha sido no dejarme coger por un parámetro, por una imposición, por algo que percibía como una injusticia.

¿No sientes la envidia nacional?

Una vez un psicoanalista muy amigo me decía: «He estado pensando mucho por qué hay tanto rechazo, por qué hay tanto problema contigo; creo que es por tu independencia». En este país la gente no soporta la independencia, desconfía de ella. Acá tienes que deberle a algo o a alguien, tienes que estar sujeto a algo, ser parte de; las personas independientes generan temor, cuestionan lo establecido; somos como peligrosas.

PILAR MAZZETTI:
**«LOS DETERMINANTES SOCIALES SON MUY IMPORTANTES:
DE NADA SIRVE QUE UNO VACUNE SI DESPUÉS EL NIÑO
NO SE PUEDE LAVAR LAS MANOS»**

¿Cuántas veces has visto cambiar la política de salud y de qué han dependido esos cambios?

En salud, como sistema, se siguen una serie de parámetros internacionales. Estamos enmarcados por la dinámica mundial de salud, los objetivos de desarrollo del milenio, los objetivos de desarrollo sustentable, que son un paraguas bajo los cuales tenemos que colocarnos todos. Debajo están los objetivos del continente, los del Pacto Andino en el componente salud y los objetivos del país, propiamente. Se supone que todos deberíamos seguir el mismo ritmo pero cada país tiene su propia dinámica. Si revisas el desarrollo de la salud en el país, cada equipo de gobierno que ha entrado, y los sucesivos ministros, han tenido planes dedicados a salud. Eso no significa que todos avancemos lo que se pone en el papel. Hay una disociación: todo el mundo habla de la importancia de la salud y en el momento en que quieren convencer a la población para que vote, pueden tomar la salud como una bandera. Pero, a la hora de aplicar las cosas, la salud no termina siendo necesariamente una prioridad.

Te preguntaba por la política efectiva, no por la política declarada.

A eso voy. Cuando tienes que aplicar lo que ya está escrito, necesitas fondos para hacer las cosas. Sin fondos no se arreglan las colas ni la falta de especialistas; también se necesita otras cosas, pero los fondos son muy importantes. Entonces, primero, si salud es una prioridad y hay más presupuesto, debiera dársele prioridad a salud. Segundo, debemos tener ideas claras que se puedan sostener en el tiempo. No se sostienen porque cambia el jefe y cambian todos los de abajo. Necesitamos contar con los funcionarios que son técnicos, que conocen el historial de salud y son muy capaces, y puedo dar fe porque en mi época se ha hecho mucho en aspectos normativos, ya que no teníamos plata para nada más, y se han arreglado muchas cosas de orden en el sistema con la misma gente del MINSA, no con gente de fuera. Si tú les das la oportunidad,

son capaces de hacer políticas de promoción y desarrollo de la salud, de levantar políticas de salud mental. Nosotros, sin necesidad de gente de fuera del sistema, ni mucho menos gente del extranjero, hemos hecho un levantamiento de la información de infraestructura y de equipamiento. Esa gente debe tener la oportunidad.

¿Esa segunda brecha de qué depende?

Estabilidad de la gente que es capaz y técnica. Depende del estilo político de nuestro país: llegas y todo el mundo por debajo renuncia. El marco sigue siendo el mismo porque es declarativo; pero la forma de hacerlo cambia porque las personas van cambiando, desafortunadamente. Si tuviéramos una función pública estructurada...

¿Qué se hace con esta gente que estaba en cargos de responsabilidad?, ¿se va del sistema de salud o se va a otros puestos del sistema?

La mayor parte son gente del sistema y regresan a su puesto original; alguien que fue director regresa a trabajar como cualquier médico, en su sitio. La gente que no es del sistema, sale. Es muy frecuente que en una época estén dentro y en otra época estén fuera; en una época trabaja directamente, en otra época es consultor. Hay una serie de juegos y, en ese sentido, perdemos.

«EL COMPONENTE DE
EDUCACIÓN PARA TRABAJAR
EN SOCIEDAD ES MUY DÉBIL
EN NUESTRO PAÍS».

El ministro que llega y cambia a todo el personal de confianza, ¿por qué busca otra gente? ¿Quiere empezar de nuevo porque considera que lo que se ha hecho está mal o porque quiere colocar a sus amiguetes en los puestos? ¿Cuál es la lógica de este absurdo?

Hay que entender al ser humano.

¿Al ser humano o al ser peruano?

Tienes razón: al ser peruano, porque vivimos una distorsión en el país por la falta de madurez social. El componente de educación para trabajar en sociedad es muy débil en nuestro país. El respeto al derecho de los demás, que piense no en meter mi carro primero, sino que pase uno y pase el otro, como ocurre en muchos países, eso es educación cívica. Creo que esos componentes nos faltan. Somos una sociedad

acostumbrada a sobrevivir y para sobrevivir, ¿qué es lo que tenemos que hacer? Yo sobrevivo; después, si soy buena gente, ayudo al resto.

Tenemos una forma de trabajo donde hay un culto al poder. ¿Y cómo ejerzo el poder? Controlo las decisiones de todo el mundo; eso me da poder. Por otro lado, muchas veces hemos vivido sin que nos dejen hacer las cosas y, cuando tenemos la oportunidad de hacerlas, solo se hace lo que yo pienso. Utilizar el lóbulo prefrontal nos permite analizar la realidad, proyectarnos a futuro, y nos permite, lo más importante en los países en desarrollo, inhibirnos de una satisfacción inmediata con miras a una satisfacción mayor más adelante. Eso es crítico.

Eso en el Perú está muy poco desarrollado.

Me temo que nos falta ese desarrollo y eso se hace en los primeros cinco años de vida. Esa forma de vivir socialmente, el hombre social, se forma en los primeros cinco años de vida.

¿Eso quiere decir que la mayor parte de la población peruana está perdida porque no aprendió eso?

Yo no creo que esté perdida. No aprendió eso, es cierto, pero puede formarse. He trabajado durante muchos años en los Scouts, donde trabajamos con gente joven y he visto cómo la voluntad de niños y de adolescentes es realmente dar, participar y que las cosas sean como deben ser. Todos se sienten contentos de esa armonía social. Pero cuando uno no se ha formado así, desde muy chiquitos, desde antes de los Scouts, luego de salir de la institución no necesariamente lo adquirido se conserva, porque no lo tienes como parte tuya, en tu estructura mental, tu estructura espiritual. Para eso se requiere de un liderazgo.

Si los líderes sociales de nuestro país son capaces de empujar a todo el mundo... ya sé que la tentación de pasar primero es fuerte, pero soy reconocido porque dejé pasar al otro. Eso es parte del liderazgo social, que algo me impulse a cambiar, en lugar de que me pierda para la sociedad por no haber sido educada de una cierta manera. Eso es lo que genera cambio en algunas instituciones difíciles: algunos líderes que sí logran que las personas nos pongamos en el lugar de los demás.

Lo que estamos viendo en este año electoral no parece ir en esa dirección. Los que has llamado líderes sociales —en este caso son políticos— están más bien en el paso-yo-primero.

Es difícil trabajar; trabajo en una zona muy congestionada de Lima, con muchos peligros: trabajo en una institución pública y nos falta todo, las normas nos bloquean todo, nos cambian las autoridades cada cinco minutos y uno no sabe a quién acudir,

quién es su jefe realmente. Es un poco duro. Pero soy una optimista crónica y creo que debemos seguir empujando, a pesar de que a veces requinto y me desespero, pero tenemos que seguir empujando porque la única forma de sobrevivir es estar seguros de que el Perú que queremos sí es posible.

Entre los problemas ¿hay también uno de conocimientos profesionales, de baja calidad profesional en la gente que trabaja en salud? Te voy a decir qué tengo en mente. Hace muchos años tuve una experiencia en Trujillo, en una atención de emergencia simple, ambulatoria, con una chica que estaba haciendo su residencia y había estudiado en Villarreal. El resultado fue lamentable y me di cuenta, por primera vez, del riesgo que supone para la salud pública el hecho de tener gente mal formada en términos profesionales. ¿Ese riesgo lo sientes en salud?

En los últimos años, sí. La calidad de la formación ha disminuido. Hablemos primero del trabajador administrativo porque, sin él, el trabajador asistencial está de más y nunca las cosas van a caminar. Nuestros trabajadores administrativos pueden tener las mejores intenciones, pero no los hemos capacitado. Ahora no puede existir personal administrativo que no maneje informática, aplicaciones digitales, internet. Nuestro personal todavía encuentra en la computadora una especie de barrera. Y, en la institución donde trabajo, un poco más de la mitad somos mayores de cincuenta años. Muchas de las personas podemos adaptarnos a la modernidad, pero nos cuesta un esfuerzo por encima del promedio, y otros no se adaptan. Puede haber personal que no es capaz de estar a la altura pero también es parte de la institución, no se prevé la renovación de los cuadros y tenemos bloqueado el ingreso de personal: nos falta personal de una forma espantosa y no podemos hacer entrar más personal.

Todos estamos produciendo más; en mi institución tenemos 25% más de atenciones a costa del deterioro de nuestros equipos, de nuestra estructura, de nuestros espíritus, porque la gente está agotada, y del deterioro de la capacidad de respuesta. La actitud simplista es decir: «es culpa del trabajador», pero yo soy trabajadora de ESSALUD, he trabajado en la administración desde abajo y la conozco desde adentro. Qué no hemos hecho en el hospital, todos juntos. Nuestro personal no tiene capacidad porque no tiene capacitación. Para que se mantenga a nivel, hay que capacitarlo y motivarlo. Si quiero hacer un programa de motivación, tengo que robar el presupuesto de otros lados. Si se quiere hacer un plan de mejora, tiene que venir con dinero.

¿Qué pasa con los profesionales médicos?

La parte asistencial, no solo la parte médica. Los diferentes profesionales que trabajamos en salud, cada uno se capacita por su cuenta y esa instrucción no le cuesta nada al Estado. Cuánta técnica de enfermería ahora es enfermera, sigue ganando

como técnico y no le podemos cambiar de grupo ocupacional. No hay plaza y no hay dinero para pagar.

Voy a ir a un congreso dentro de un par de meses, a presentar tres trabajos de investigación. Para ir, tengo que pedir permiso; porque estoy presentando un trabajo me van a dar permiso, no me van a descontar; además de presentar el trabajo científico, voy a aprovechar para tomar unos cursos. Yo pago el taxi al aeropuerto, el pasaje en avión, la comida, el alojamiento, la inscripción; pago absolutamente todo. A la hora de presentar el informe, hasta me piden que lo presente anillado y en tres copias. En todos los años que tengo en la administración pública, jamás alguien ha leído uno de mis informes; jamás. Lo tengo que hacer porque si no, no me dan permiso para la siguiente salida. Es un engaño-bobos: hacemos como si controláramos correctamente y los que somos controlados hacemos un informe para salir del paso, para que hagamos como que somos controlados.

¿Qué pasa con el personal graduado por esas facultades de medicina dudosas?

En la situación de la educación médica y la educación en salud, honestamente, creo que cada vez estamos retrocediendo más. La medicina ha crecido notablemente, la subespecialización se ha desarrollado notablemente y, como es tan amplio el panorama, la formación se está haciendo muy débil y muy por encima, y no hay un adecuado control de calidad. Los que somos formados en salud debiéramos tener otros parámetros. Si pudiéramos tener la capacidad de levantar el nivel de educación y para ser aprobados en salud poner parámetros mucho más estrictos, que realmente sean un control de calidad, eso nos permitiría tener un nivel más homogéneo. En el país somos más de setenta mil médicos y la calidad no tiene ningún tipo de control, la acreditación está avanzando muy lentamente, la certificación es todavía un asunto meramente teórico.

Por otro lado, hay cosas sencillas: el 80% de los casos corresponden a unas cuantas patologías; eso debería estar protocolizado y todo el mundo debiera saber: «hago 1, 2 y 3». Con eso se resuelve la mayoría de casos. Los menos se salen del estándar y necesitan otros parámetros. Pero si pido a mi personal que haga la guía de tal y la guía de cual problema, ¿en qué momento lo hace? ¿Cuando se baña, cuando va al baño, cuando está almorzando, cuando está manejando o en su fin de semana? En el tiempo asistencial no hay posibilidad y si le doy tiempo a eso, quito tiempo a la atención clínica. Nos estamos engañando todos.

Cambiarlo de golpe tampoco es posible. Suponte que le das al Ministerio de Salud el doble de presupuesto de aquí a mañana. No lo vamos a poder ejecutar. Es un proceso que debe estudiarse, debe prepararse; debe reforzarse el sistema con profesionales para que puedan planificar cómo se va a gastar.

Entonces, viene la pregunta: ¿qué podías hacer como ministra?

En primer lugar, organizar y nada de cambiar a todo el mundo de golpe y porrazo. Hay que hacer cambios en el liderazgo, arriba, dar a la gente cosas que tiene que hacer y si no cumplen, se van. Ese es el mejor parámetro. «Tienes que llevar tu ejecución presupuestal a tanto». A veces se incumple porque hay cosas complejas que suceden y no puedes cumplir, pero haces un parámetro igual para todo el mundo y «si no pudiste cumplir, ¡piña! te vas».

¿Y se puede lograr que se vayan?

Sí, porque son cargos de confianza. No sale del sistema; no lo voy a dejar sin trabajo; se va del cargo únicamente. Y, por otro lado, también darle las armas, porque es muy fácil poner a un director de algo y no darle las armas. Que se estudie con el Ministerio de Economía, en acuerdo con el Ministerio de Salud, la forma en que se va a ir inyectando el dinero y en qué áreas; viendo dónde el sistema está resultando más eficaz, para inyectarle un poco más de dinero, con ciertos objetivos. En dónde resulta menos eficaz inyectarle el dinero para que primero sea más eficaz.

Estuviste dos años y medio en el cargo de ministra de Salud. ¿Cuánto de eso pudiste hacer?

En esa época, dinero para hacer cosas como reforzar el sistema en infraestructura, equipamiento y demás, no había manera porque no había presupuesto. Recién estábamos en el primer gobierno democrático después del doctor Paniagua. Presupuesto, no había; 60% del presupuesto del Ministerio de Salud se va en el pago del personal —que, dicho sea de paso, está muy mal pagado— y el resto es para sobrevivir, no para desarrollar. Lo que hicimos fue una serie de cambios normativos, juntamos equipos técnicos, preparamos el sistema. Hicimos el planteamiento de calidad de atención que está vigente hasta la fecha, el planteamiento de políticas para la promoción de la salud —porque lo más importante es la promoción de la salud, evitar que alguien se enferme es mucho mejor que curarlo y el cambio del estilo de vida es una de las cosas que hay que hacer—, hicimos una serie de cambios en el manejo de la salud mental y en la aproximación intercultural a la salud, que fue la experiencia con la cual yo, como médico, como mujer y como funcionaria de muchos años, me siento muy contenta. Es un asunto emocional. La mujer campesina que se dedica a la agricultura, con un montón de hijos y peor si es quechuahablante, es la persona más olvidada. Los cambios habían comenzado un poco antes y lo que hicimos fue retomar el tema y reforzarlo. En los establecimientos de salud con adecuación intercultural, que la persona pueda dar a luz como ella se sienta

cómoda y, al mismo tiempo, sea seguro. Hicimos un manual de parto vertical, del cual me siento profundamente orgullosa porque reivindica a nuestras mujeres. Se hizo desde la comunidad y con el apoyo de las sociedades científicas involucradas, como la Sociedad de Ginec Obstetricia. Se hizo un estudio y había siete formas de parto vertical; yo ni lo sabía. Se hicieron pequeños ajustes para que fuera no solo culturalmente aceptable sino médicamente aceptable. Se promovió y se formó personal, a través de una serie de cursos en la parte central del país, particularmente en Ayacucho, para hacer esta aproximación. Yo había hecho servicio rural en Puno, en una zona aimara; un párroco jesuita me dio unos manuales y, mal que bien, aprendí algo: a saludar, preguntar los datos y hacer un interrogatorio médico básico en aimara. A raíz de eso, parte de nuestro programa en el Ministerio incluyó unos CD que se repartieron a los establecimientos para que las personas que no sabían quechua o aimara pudieran tener entrenamiento en cómo se hacía ese interrogatorio. El centro de salud cambió; se colocaron las camas que las señoras deseaban para permanecer esperando el parto y para el posparto. Se manejó el asunto familiar: que pudieran entrar la madre, la suegra, el esposo o quien fuera, de acuerdo al ambiente cultural.

¿De todos estos cambios que lograste introducir en el Ministerio, cuántos han pervivido?

Me parece que la mayor parte, porque los centros de salud que establecieron esto fueron exitosos y levantaron. Encontramos algo más de noventa casas de espera y las dejamos en casi cuatrocientas. La parte de educación se mantiene en la sierra central; las casas de espera han continuado.

¿No tuviste sucesores en el cargo que dijeran: «Esas son tonterías, vamos a empezar otra vez»?

No creo, eso es difícil, porque entre los que somos de salud, puede que algunos hayan tenido más interés en otros temas, pero esas cosas persisten. Ahora tenemos la regionalización y eso hace que cada región tenga cierta capacidad de organización para estas cosas. Un aspecto fascinante fue la relación con las regiones, muy dinámica porque el Ministerio tiene que ser un órgano rector. Una buena parte del presupuesto de salud va directamente a las regiones, que tienen que gastarlo. Tiene que haber un equilibrio entre la independencia de las regiones y la necesidad de que el Ministerio sincronice a todos para gastar en lo que es prioritario en salud y no se descuide ese gasto.

La imagen de las regiones está, más bien, entre corrupción e ineficiencia.

Sé que es así en este momento. Pero recuerdo de aquellos tiempos las reuniones a las que venían los directores regionales cada tres meses. En la primera reunión, a un lado estaban los directores regionales y al otro, los directores nacionales. Se podía cortar el aire con un cuchillo y se dijeron cosas horribles de ambos lados, pero eso era por la distancia de años y el centralismo.

Las facturas pendientes del centralismo.

Son reales y hay que reconocerlas. Llegué a la última reunión para el término de la gestión y nadie se dio cuenta de que había llegado. Todos en grupos, trabajando en las mesas con las computadoras; no distinguías a directores regionales de nacionales; tan concentrados en sus temas que nadie me hizo caso; lo cual fue un gran indicio.

Un segundo asunto: se habían formado macrorregiones en salud en esa época y se trató de desarrollarlas políticamente; no fue posible, pero en salud sí fue posible porque la salud es una necesidad que tiene que ver con el ambiente y une a la gente. Trabajaron en conjunto las áreas que tenían dengue, las que tenían mortalidad materna por lejanía de establecimientos, las áreas que tenían helada o friaje, o por la vacunación para fiebre amarilla. Las regiones son un aspecto muy importante pero tiene que haber liderazgo desde el Ministerio.

Tú eres especialista en neurogenética, que es una subespecialidad compleja, con una problemática propia. Toda tu vida laboral la has desarrollado en el sector público. ¿Cómo vives en el sistema público de salud el hecho de tener una especialidad que no constituye un problema de los prioritarios en el país?

Es un asunto interesante. Para empezar, las enfermedades hereditarias dentro del sistema nervioso son de las más olvidadas. Tienes una persona que diagnosticas y detrás hay cinco en riesgo; es un problema familiar, no individual, porque hay varios afectados.

Porque es genético y por el ambiente que rodea a la persona enferma.

Encima hay el estigma: «¡Uy, esa familia tiene esa enfermedad!». Además, el problema de ¿para qué lo han enviado a consulta si es genético y nada se puede hacer? Que se lo dicen a muchas de las familias y es muy duro de aceptar. El sistema mismo te relega. Cuando empecé a trabajar en neurogenética, me dijeron: «Para qué trabaja en ADN, no va a encontrar pacientes; mejor se dedica a pruebas de paternidad», dentro de las bromas que hay en el sistema de salud. En este momento, ya no damos más de pacientes. Somos un servicio de investigación con aplicación clínica,

porque si no investigamos, cómo sabemos la realidad. Ahora sabemos cuántas personas hay con enfermedad de Huntington, dónde están, cuál es su situación socioeconómica, qué necesidades de salud tienen, cuánto cuesta la enfermedad a las familias; sabemos la distribución en el país de estas personas y hemos aprendido una serie de cosas de cómo manejar la situación de esas familias. Todo eso nos ha permitido diseñar un programa —como hormiguitas hemos trabajado— y ahora tenemos un programa para la atención de la enfermedad de Huntington en el Perú, que ha sido aprobado en la institución y planteado al Seguro Integral de Salud para que sea aceptado a nivel nacional, para manejar la enfermedad y esto sea tenido en cuenta por el sistema de aseguramiento del Estado.

Hemos hecho un segundo programa, para la distrofia miotónica o enfermedad de Steinert, y estamos incluyendo a estas personas de enfermedades raras dentro de un sistema de trabajo ordenado, para evitar que se hagan daño. Estos grupos que te menciono todavía no tienen tratamiento, como sí tienen algunas enfermedades musculares o algunas enfermedades metabólicas, que es un tratamiento caro. Si el país no aborda las enfermedades raras vamos a tener un problema grave. Son pocas personas pero generan una gran cantidad de morbilidad, de problemas y complicaciones de salud, un costo para ellas, la sociedad y el sistema de salud. Y cuando hay tratamientos, son sumamente caros: pueden gastar miles de dólares al año para un tratamiento de reemplazo hormonal que los transforme en personas normales.

¿Y tus colegas entienden esto?

Poco a poco se está difundiendo estas cosas. Es difícil porque en el sistema de salud es difícil actualizar el conocimiento. Pero, poco a poco, está siendo entendido.

¿Por qué es difícil actualizar el conocimiento, porque la gente no quiere actualizarlo, no hay tiempo para actualizarlo o no hay acceso?

Uno, no hay tiempo; dos, no hay mecanismos ni el acceso para la actualización. Como somos desordenados, creo fervientemente en todo lo que es telesalud.

¿«Somos desordenados» en el sistema de salud o en el país?

En el país somos desordenados y, desgraciadamente, se refleja en el sistema de salud, que es lo más duro. Con el sistema de telesalud podríamos llevar a diferentes lugares la atención a pacientes con enfermedades raras. Con algunos colegas, que se han formado en el Instituto y están en el interior del país, nos comunicamos por algunos de estos medios. Nos muestran con una cámara al paciente y a la familia, y les decimos: «Búscales esto, hazle así, hazle así»...

O pueden preguntarle directamente al paciente.

También. Las enfermedades raras tienen una necesidad de ordenamiento en el país. El gasto en enfermedades raras tiene que ser ordenado, debe darse tratamiento cuando corresponde; hay momentos en los cuales se puede dar un tratamiento caro y momentos en los cuales ya no se puede dar porque no va a surtir efecto. Si no tenemos normas, programas, guías, vamos a perder dinero. Por otro lado, la detección temprana evita muchas cosas. Si para detección temprana no hay formas de guiar al sistema, que no conoce mucho estas enfermedades, se van a ir dañando las personas afectadas. Y lo que queremos es que se dañen lo menos posible.

¿Pensaste en dedicarte totalmente a la práctica privada o en el Estado hay mucho más campo para esto que te interesa?

Todos los médicos trabajamos en actividad privada, lógicamente. También tengo mi actividad privada. Dedicarme totalmente, no. A mí lo que me llama la atención es el reto, la posibilidad de pensar que uno puede generar cambio; encontrar una situación problemática y ser capaz de llevar esa situación a una solución. La actividad privada es lo más fácil: uno pone su precio, pone su sistema y hace lo que le da la gana; no hay normas, no hay que rendir cuentas a nadie. Una actividad privada eficiente, si los pacientes están contentos, funciona y se es más feliz.

Y tienes dinero. ¿Por el funcionar por desafíos y el proponerte cambios es que aceptaste pasar del trabajo asistencial a la gestión?

Es que jamás va a funcionar el asunto asistencial si no trabaja bien la parte administrativa. En nuestra institución, muchos pacientes han pasado por situaciones de salud tremendas y a pesar de todo los hemos sacado adelante, pero el personal de salud podrá hacer veinte mil atenciones y el trabajo médico de calidad se diluye en el sistema porque la administración no funciona bien, porque no tenemos un registro correcto de las cosas. La información es crítica para tomar decisiones: ¿cómo apoyas el desarrollo de un área si no tienes cifras? ¿Por qué nosotros decidimos trabajar Huntington? Porque en los primeros años analizamos lo que veíamos, llevamos una estadística correcta, un diagnóstico correcto; vimos la problemática de las enfermedades principales y llegamos a la conclusión de que lo primero que teníamos que desarrollar era la enfermedad de Huntington; lo segundo, la enfermedad de Steinert y lo tercero, las ataxias. Con la enfermedad de Huntington en el Perú debe haber aproximadamente dos mil personas afectadas. Ya tenemos registradas alrededor de seiscientas en el Instituto, a las cuales hemos hecho el diagnóstico.

¿Crees que el mejor perfil de un ministro de Salud es ser médico o podría ser un gerente?

Creo que tiene que ser alguien que entienda la salud. Es lo que hemos visto a lo largo de los años. Y estoy firmemente convencida de que tiene que ser alguien que tenga experiencia práctica de salud porque si no entiendes la parte práctica estás totalmente perdido. Alguien de otro sistema puede ayudar.

Bueno. También fuiste ministra del Interior...

Todo el mundo piensa que yo estaba loca por irme ahí y todos se preguntaban qué hacía ahí.

La sospecha más simple es que buscabas el poder; qué mejor sitio para el poder que el Ministerio del Interior.

Como el Ministerio de Defensa. Cierto, esos cargos dan mucho poder. Me resulta fascinante observar el fenómeno del poder. He visto cómo una persona llega, mirando dónde quedan las cosas y cambia: termina empoderado. He tratado de protegerme de la vanidad del poder y espero haberlo conseguido, por lo menos en una buena parte. Cuando era ministra, llegaba a mi casa y mi hermana decía: «ya llegó la menestra». En mi casa soy la última en llegar y soy la que saca la basura. Es muy interesante que uno tenga capacidad de decidir un montón de cosas y luego saque su bolsita de basura, para recordar que uno es un ser humano con las patas en la tierra, que los cargos se acaban y la vida sigue adelante. Lo que lo define a uno no es el cargo y el poder que pueda tener uno no está en el cargo; en realidad, está en la capacidad de uno de hacer las cosas.

El Ministerio del Interior es un sitio de mucho poder, pero yo fui a ese Ministerio por mis policías. Tuve conmigo personal de seguridad del Estado durante dos años y medio como ministra de Salud y he visto cómo viven. Y creo que tuve una oportunidad allí, y luego en el Ministerio del Interior, que pocos peruanos podemos tener: conocer a la verdadera policía. Todo el mundo piensa en la policía como los barrigones, los coimeros, los incapaces, los involucrados en los delitos y la corrupción. Nadie piensa en el verdadero policía.

La cultura institucional de la policía es como la nuestra, como la de salud. Nosotros vamos a Salud por la voluntad de servir y nos ponemos la camiseta. Ellos van a Interior por la voluntad de servir y se ponen su camiseta verde. Se forman en sus escuelas, como nosotros en las nuestras, y nos llenan de ese espíritu de servicio; luego entramos al trabajo de todos los días y el sistema nos maltrata, termina inclusive corrompiéndonos. Esa es la realidad en ambas instituciones. Si bien la parte técnica es diferente, la cultura institucional es muy parecida y tenemos familias en Salud

y tenemos familias en Interior. En la familia está el espíritu de trabajar en lo mismo. He visto efectivos policiales que sacan la computadora de su casa y la llevan a su dependencia policial para trabajar.

El verdadero policía quiere a su institución, no quiere corrupción, detecta todas las cosas que están mal y quiere hacer algo y el mismo sistema lo bloquea. Creo que el Ministerio del Interior necesita un cambio de fondo: la formación ética y el liderazgo de los oficiales para luchar contra la corrupción y para que los suboficiales sigan al oficial y se pueda llevar el sistema a un cambio. Eso tiene que ser liderado por un grupo de ministros —porque van a tener que ser varios, dado que es un ministerio bomba— que siga la idea de tener la mejor policía del mundo. Hay tantos ejemplos en el mundo de lugares absolutamente corruptos y ha habido técnicas para cambiarlos. Lo que tiene que haber es el deseo de cambiar a la policía, no usar el sistema de la policía para el ejercicio del poder sino que la policía sirva a los ciudadanos. Yo lo vi como una oportunidad de generar un cambio en algo que todos necesitamos. Cuando no hay policía, todo es un caos, a pesar de todo.

¿Qué lograste en el Ministerio, si es que lograste algo?

En primer lugar, para mí, entender el sistema y saber que eso que yo pensaba que estaba escondido, existía; que lo que yo había visto en mi personal de seguridad del Estado que me había acompañado tanto tiempo era real, que sí podía haber una buena policía. Logramos empezar algunas cosas. Operar el sistema de ascensos lo más limpio posible, que las cosas fueran lo más transparente posible. Promover las buenas prácticas y premiarlas: hicimos un concurso de comisarías para las prácticas de interrelación con la ciudadanía.

Lo que más me ha llamado la atención es el lado humano de los policías. He visto comisarios que en su tiempo libre —y eso que tienen muy poco tiempo libre— organizaban grupos de jóvenes, grupos de trabajo, de familia, de pareja. Hay ejemplos sorprendentes en la policía, que te harían olvidar al policía coimero, al policía inútil, al policía corrupto. Te lo harían olvidar en cinco segundos y son para descubrirse. Trabajan con un sueldo muy bajo; a pesar de los aumentos, sigue siendo un sueldo muy bajo, con muy pocos estímulos y nosotros los maltratamos. Un policía muere, su familia queda totalmente desprotegida y los hijos se quedan sin educación. ¡Lo que les cuesta tramitar su pensión! Cuando yo era estudiante de medicina, el Hospital de Policía era lo máximo en trauma-shock, porque son policías; era lo máximo en manejo de dolor neuropático porque las heridas por proyectil de arma de fuego producen un tipo de dolor especial en el nervio. Como ministra encontré un Hospital de Policía hecho un desastre, que empezamos a cambiar; apenas me fui, regresaron los de antes y volvió la corrupción de siempre.

Lo que lograste en Interior fue mucho menos duradero que en Salud.

Lo más probable es que haya sido poco duradero. Pero lo que fue más duradero para mí, como ciudadana, es haber podido entender a nuestro policía y saber que existe una buena policía, a pesar de todo. Y que la policía debiera ser rescatada.

Estuviste en Interior siete meses. Si un ministro es fusible, como dijiste alguna vez, ¿cómo se puede hacer políticas de Estado reales —no me refiero a los textos declarativos—, que sean políticas, porque una política que dura seis meses no es una política?

Los gobiernos que se sucedan tienen que buscar que el servicio público se establezca, se desarrolle y llegue a un nivel tal que solamente se cambien las partes de arriba, cuando haya un cambio, y la parte de abajo continúe. Si no hay apoyo político para eso, es muy difícil, porque los intentos son cortoplacistas. Muchas veces, cuando se hace un diseño a mediano plazo, viene alguien y lo cambia de nuevo, lo cual hace perder tiempo.

Si los ministros en el Perú duran menos de un año en el cargo ¿cómo sostener políticas?

Los ministros duran menos de un año porque los grupos políticos carecen de madurez y hay peleas y discrepancias internas. Los ministros duran poco tiempo porque alguien tiene interés en que salga, le genera una bombita y lo saca. Los ministros duran poco tiempo porque surge una circunstancia terrible y el ministro es el que paga el precio político. Hay, pues, varios motivos. Pero si tuviéramos empoderados a los mandos medios, no sería tan grave. El problema es que, cuando cambia el ministro, cambia desde el viceministro hasta poco menos que el portero. Lo que necesitamos es el empoderamiento de la función pública, como tal. Y existen cosas como un acuerdo de partidos políticos en salud, que se firmó en 2006. Tiene que haber una forma de rendición de cuentas y de presión social para que eso que está firmado se cumpla. No seguirmos inventando un montón de cosas diferentes.

¿Siendo ministra tuviste presiones para nombrar gente?

Siempre hay. Sabes que hay la teoría de que si uno gana una elección, toda su gente gana el derecho a estar en los cargos y tener su tajada. No pertenezco a ningún partido político, vivo mi vida por mi cuenta, pago mis cuentas, no le debo nada a nadie, no tengo rabo de paja. Por consiguiente, las llamadas que empecé a recibir al principio se calmaron en tres meses, más o menos. Después de los tres meses ya nadie me llamaba porque sabían que les iba a decir que lo lamentaba mucho. He tenido que cambiar a algunas personas, que venían de grupos políticos, porque técnicamente no eran capaces.

Un ministro tiene que estar rodeado de funcionarios de cierto nivel, que tienen que ser de su confianza y no pueden ser cargos políticos. Y si un jefe de gobierno escoge un ministro que no pertenece a un grupo político, tiene que darle la capacidad de funcionar como tiene que funcionar. Afortunadamente, he tenido mucho respeto por las decisiones que tomaba sobre el personal.

La impresión general es que la corrupción es un fenómeno en avance en el aparato del Estado.

Sí siento que es un fenómeno que avanza, por la incapacidad del Estado de estructurarse bien.

¿Cómo lidiaste con la corrupción?

Difícil. La corrupción es de diferentes tipos. Hay la corrupción al menudeo, que es la que vemos en los establecimientos de salud, que tiene que ver con facilitar las cosas, acceder al servicio. Hay las grandes corrupciones, que tienen que ver con los grandes procesos de adquisiciones.

¿Tú dejaste el Ministerio por una de esas?

Sí, ciertamente. Pero tienes, por ejemplo, el caso de los portatropas: tanto laberinto y, luego de diez años, terminó el proceso en que no había absolutamente nada. No solamente el Poder Judicial ha dicho que no había nada —y todo el mundo ha salido de ese proceso, libre y sin ninguna responsabilidad— sino que, además, la Contraloría dijo que no había nada, Indecopi dijo que no había nada, OSCE dijo que no había nada. Diez años que esas personas han sufrido, nadie mira eso y no está publicado en el periódico. Los que eran uniformados no han podido ascender durante diez años; los que eran civiles, que me acompañaron en la gestión, han visto sus vidas paralizadas durante diez años. Muchos de ellos han tenido serios problemas familiares, han tenido que perder muchas cosas en su economía, vender sus casas, sus carros, para defenderse en esa situación... para que luego de diez años no haya nada. ¿Quién devuelve su vida a esas personas? Y eso no sale en el periódico.

Lo que pasa es que tenemos un ambiente de sospecha generalizada, en medio del cual, si digo: «Fulanita de Tal ha robado», por lo menos se piensa que es verosímil; a nadie se le ocurre decir: «que lo pruebe». Es verosímil porque, como se roba tanto, la gente dice: «Puede ser».

Yo iría más atrás todavía. Porque cuando analizas cómo funciona el sistema, se parte del principio de que estamos robando. Fui a una reunión en una institución del Estado

y, luego de la reunión, que fue sumamente larga, nos sirvieron a todos los directivos que estábamos ahí un sanguchito de triangulito y un jugo. Teníamos que firmar por la comida que estábamos recibiendo.

Para probar que nadie se había robado la plata.

Yo dejé todo y dije: «No te preocupes, me niego terminantemente a firmar, puedo comer en mi casa, no hay ningún problema», y me fui. Me parece absolutamente esquizofrénico. Todo está hecho de tal manera que los funcionarios, cuando un papel pasa de un lado a otro, lo miran y dicen: «Acá falta tal firma», porque si no les cae la responsabilidad. Todo está milimetrado; es una pérdida de tiempo total y no evita la corrupción. Las sanciones para la corrupción no existen en la práctica; por ejemplo, se roban un carro en una institución y, si la policía no encuentra a quién cargarle responsabilidad por el robo, en la parte administrativa de la institución tampoco hay responsabilidad. Hay una llamada de atención a la persona que tuvo una necesidad fisiológica y tuvo que dejar el carro solo, y ya está, listo.

Y si quiero poner el carro de la institución en una cochera pagada, es un drama porque te devuelven el pago de la cochera un poco menos que un año después. Eso hace mayor la posibilidad de corrupción. Encima, no hay sanciones efectivas; uno puede apelar y, finalmente, queda en nada; al año le quitan la sanción de encima.

Sin embargo, crees que es posible cambiar eso.

Creo que hay que generar sistemas prácticos y una vigilancia entre todos nosotros, para que haya transparencia y no haya corrupción. Cuando las cosas son transparentes y visibles para todo el mundo y todos sabemos que todos estamos viendo, es más difícil la corrupción. A la gente muy corrupta hay que tratar de arrinconarla. Por darte una idea: vienen a nosotros para una cirugía; tenemos una lista de espera kilométrica para cirugía y a alguien se le ocurre decir: «para la cirugía, para que vaya usted adelante, si usted nos ayuda, somos el personal mal pagado, vamos a ayudarlo, cuánto nos pone y lo pasamos adelante». Si se publica la lista de las cirugías, ya resulta más complicado. Si te hacen una cirugía y todo se complicó en medio de la cirugía, el SIS cubre todo; pero alguien sale de la cirugía y dice a la familia: «Mire usted, hubo una complicación y yo tuve que sacar de mi material personal, así que me tiene que devolver ese material personal que he usado en su familiar». Si lográramos una forma de detectar los materiales adicionales que pueden necesitarse —y en la institución existen materiales de ese tipo para las cosas imprevistas; si se complicó se saca lo que se requiere, se usa y ya está— o que exista un sistema mediante el cual se pueda devolver el insumo. Se trata de encontrar formas de hacer transparentes las cosas, que sean lo más visibles posible, para que todos puedan vigilar; la vigilancia ciudadana.

«NO HEMOS PREVISTO
EL CRECIMIENTO DE LA
POBLACIÓN Y EL CRECIMIENTO
ORDENADO DEL SISTEMA DE SALUD».

El sistema de salud está colapsado, en la parte pública y en la parte privada. Nadie lo va a decir públicamente pero es la realidad. Anda a pedir una cita a una clínica o a un hospital. Vamos a suponer que me das ahorita medio millón de soles para que resuelva la cola del hospital. Esa cola se va a transferir a las atenciones en clínicas porque en el sistema público de salud no hay médicos suficientes. Necesitamos formas de intercambiar servicios cuando necesitamos contratar personal de otra institución; actualmente se requiere hacer un convenio para que el Minsa le pague a ESSALUD y ESSALUD le pague al médico. Tienen que facilitarse las cosas. Debo poder contratar, en un horario diferente a su horario de trabajo, a alguien de las fuerzas armadas o policiales, de ESSALUD o de la actividad privada, y pagarle directamente.

La mayor parte de los problemas de salud de neuro son unos cuantos. Hay que formar especialistas por competencias: el médico general que está en un lugar alejado rota un mes con nosotros en el Departamento de Vasculares y aprende todo lo que puede para las hemiplejias, y regresa a su lugar. En otro momento puede regresar a aprender infecciosas en un mes, que es manejable. Aparte de eso, teleeducación: a través de la tecnología de información y comunicación se puede recibir formación práctica para manejar todos los aspectos tras atender una hemiplejia. Hay que meter en el sistema los protocolos de atención. En cinco años el profesional puede tener su título de especialista por una modalidad diferente, no escolarizada sino práctica, que resuelve el problema. Si se trae los médicos a Lima para que se formen, los perdemos durante tres años y la mayor parte termina quedándose en Lima.

Que es lo que ocurre con los médicos que van a estudiar fuera: se quedan fuera.

Hay como dos mil médicos que se van fuera cada año. Y en Minsa nos faltan alrededor de quince o dieciséis mil especialistas. Es una brecha tremenda.

¿No tienen los especialistas por falta de presupuesto o porque no hay gente?

El lóbulo prefrontal... No hemos previsto el crecimiento de la población y el crecimiento ordenado del sistema de salud. La formación en salud —me refiero a las universidades— es un diálogo de sordos: unos van por un lado y otros por otro lado.

¿Cómo se puede explicar que en los últimos diez años muchos economistas, varios políticos y algunos columnistas hayan dicho que el Perú está en el umbral del primer mundo, y el Estado haya aumentado sus ingresos de manera muy significativa, pero Salud esté todavía con las dificultades que me estás diciendo: no hay plazas suficientes, no se puede nombrar?

Es la falta de priorización de la salud; la estructura de salud no ha cambiado y está deteriorada. No hemos previsto desarrollar en salud, en concordancia con la población. Como el ministro está poco tiempo, no le da tiempo para mirar más allá. Tenemos que proyectar la salud del país, como estamos haciendo ahora a través del CEPLAN, varias décadas hacia adelante. Todo esto se escribe y el ministro que está tiene que compatibilizar los grandes planes mundiales en salud con los planes locales en salud e ir avanzado. Y cuando venga otro ministro, tomar eso y seguir haciéndolo.

Pero eso no es lo que ocurre. Has dicho que eres optimista. ¿Crees que, en términos realistas, algunas de estas cosas pueden cambiar para mejorar? Te lo pregunto pensando en lo que este año electoral nos ha mostrado: aleccionador por muchas razones; algunas de ellas, tristes.

Si finalmente tenemos a la cabeza del país a un verdadero líder, que sepa desprenderse de sus intereses personales, que piense en los que más necesitan un cambio en nuestro país... porque el Perú no es Lima; afortunadamente es muchísimo más que Lima; y tenemos la gran alegría de ser un país multicultural, lo que nos enriquece y no debe desunirnos. Y si se gobierna, no para la parte de arriba, sino para la gran plataforma de ciudadanos peruanos, donde cada peruano encuentre su espacio, sí es posible. Tenemos la gran suerte de tener un país maravilloso y lo que nos falta es que los maravillosos que estamos adentro nos unamos, para que el país maravilloso consolide.

«Los maravillosos que estamos adentro», ¿cuántos son, pocos, muchos?

Creo que todo ser humano tiene la capacidad de ser parte de una cosa grande. Somos 31 millones y todos somos capaces de cambiar. Creo que la gran responsabilidad de nuestros líderes políticos es generar ese cambio y, por primera vez, gobernar para el futuro, para el peruano de los próximos treinta años; generar realmente un cambio. Tiene que haber un liderazgo, un arrastre que haga brotar lo mejor de nosotros, los peruanos. Porque, si no, vamos a perder otra oportunidad. Todos los países avanzan, aunque unos están más atrás. Lo importante sería que logremos consolidar nuestro avance, lograr una identidad nacional, un orgullo nacional y que eso nos mueva a que, poco a poco, los unos a los otros nos vigilemos, vayamos cambiando y sacando lo mejor que tenemos adentro. Necesitamos un líder. Sí creo en el liderazgo.

A pesar de que avanzamos diez pasos y retrocedemos cinco, hemos ido avanzando. Las condiciones económicas están dadas. Lo que necesitamos ahora es un líder que piense en todos los peruanos, que sea capaz de manejar la situación económica para que resulte en cambio social y para que nos unamos los peruanos reforzando nuestra identidad en común. De qué nos sirve, por ejemplo, tener pleno empleo en algunos lugares del país si la gente en la agricultura sigue viviendo en condiciones que no son adecuadas. Que el Perú sea un espacio donde todos nos podamos encontrar, donde cada peruano tenga un lugar.

Eso suena a discurso político.

Para eso es la política. Eso es lo que he aprendido. La política te da la oportunidad de generar cambio y de mirar al país en un contexto mucho más amplio, al país dentro de Latinoamérica.

¿Estarías dispuesta a ser ministra otra vez?

Si las circunstancias se dan, sí, puede ser. Porque uno aprende con las experiencias pero si uno está en un cargo y no tiene el respaldo político necesario...

Más que en circunstancias, estás pensando en condiciones.

Sí, ciertamente. En primer lugar —soy un poco pragmática—, uno necesita que le digan claramente cuál va a ser el manejo económico. Dos, cuál va a ser el manejo del desarrollo del sector: ¿se va a apoyar o no?, ¿es una prioridad política o no? Lo primero es cuánto, porque hay que saber qué plata hay; lo segundo es para qué. Si se va a apoyar para meter un montón de gente, que todo el mundo gane su sueldazo y no se haga nada, no sirve. El tercer asunto importante es si lo que se hace en el Ministerio de Salud va a estar en un contexto en el que todos los ministerios se manejen coordinadamente. Porque los determinantes sociales de la salud son muy importantes, como los son los de la morbi-mortalidad. Tenemos que avanzar todos en conjunto; de nada sirve que uno vacune si después el niño no se puede lavar las manos y termina con una diarrea o una neumonía. No va a morir por una enfermedad prevenible por vacunación, pero va a morir de una tontera porque no se pudo lavar las manos. Hace más por el Perú el agua y el lavado de manos que cualquier otra cosa.

¿Qué obstáculos encuentran las peruanas profesionales como tú, para alcanzar sus metas y ser reconocidas?

Esa es una pregunta más complicada que todas las anteriores. Siempre he hecho de mi vida lo que me ha parecido y probablemente le he generado problemas al resto.

Nunca he tenido problemas por ser mujer, honestamente. Por lo menos, no lo he sentido. Probablemente tiene que ver mucho con la forma de ser de uno. Yo tengo que hacer algo y lo tengo que hacer. Si alguien me mira diferente porque soy mujer, la verdad, es problema del otro y no mío. Es más, me he movido muchas veces en mundos de hombres. En neurología, en la época en que era estudiante de medicina, iba a la Sociedad de Neurología y éramos dos o tres mujeres; el resto eran caballeros. Cuando he trabajado con la policía que es un mundo donde cada vez hay más mujeres, en el nivel en el que me he movido, con los generales, era un mundo sobre todo masculino. Eso enriquece el trabajo, me he sentido muy cómoda y no tuve ningún problema en trabajar con hombres. Me imagino que algunos hombres tienen problemas en trabajar conmigo, pero es un poco difícil que me dé cuenta.

Tú piensas que eso enriquece pero quizás ellos no. No lo has sentido. ¿Ni siquiera como ministra lo has sentido?

He visto en el Ministerio del Interior la dificultad que los oficiales superiores tenían para manejar algunas cosas sociales. Probablemente, yo les he generado más bien complicaciones, Que sea mujer puede tener alguna limitación: no puedo cargar tanto peso como un hombre. Pero aparte de eso, qué otra cosa puede haber. Soy médico: me llamas a las tres de la mañana, respondo, cuelgo y vuelvo a dormir. Cada vez que había un suceso me llamaban en la madrugada y ningún problema; estoy acostumbrada a estar lúcida apenas me despierto.

¿Has visto que otras mujeres hayan tenido dificultades?

Son cosas muy personales, muy propias. Algo público para una mujer ministro, no he visto. Habría que preguntarles a otras mujeres ministras, pero no creo.

¿Y a otras mujeres en altos cargos del sistema de salud?

No que yo haya notado, honestamente, porque la mujer médico tiene su lugar. Las mujeres médicos, generación tras generación, hemos ido cambiando y avanzando. En mi época, la mayoría de mis profesoras no estaban casadas, no tenían hijos y ahí tenían una cierta frustración. Pero ahora la mujer médico tiene una función como médico, como madre, como organizadora del hogar, pero mira cómo se comparte. Antes no venían papás con sus hijos a la consulta; ahora ya vienen. Se están compartiendo las cosas.

Podríamos decir que pertenezco a un nivel privilegiado. He tenido una abuela líder, una mujer de un carácter admirable, que con las justas estudió primaria y sacó adelante a toda su familia. Luego, mi madre —nosotros perdimos a nuestro padre

muy tempranamente— nos sacó adelante a mi hermana y a mí, nos hizo fuertes e independientes y nos hizo sentir que éramos capaces de lo que quisiéramos hacer; nos dio plena libertad y nos enseñó a cuidarnos. Vengo de un par de generaciones que han sabido poner sus pies en la tierra, organizarse y que no han tenido dificultades. Mi madre estudió periodismo y era una mujer con un bagaje cultural muy amplio, que nos enseñó a mi hermana y a mí: «Desde que ustedes aprendieron a leer, se han ganado el derecho a leer lo que quieran». Cuando falleció mi padre y nuestra situación económica cambió, el tesoro que teníamos era que los días sábado nos íbamos caminando —mi madre, mi hermana y yo— desde Teodoro Cárdenas hasta el centro y en las librerías nuestro objetivo era encontrar un libro y lo comprábamos; después, en uno de los pequeños restaurancitos de las Galerías Boza nos comíamos un menú las tres y regresábamos caminando a nuestra casa con nuestro libro. Nuestra casa ha sido siempre una casa de libros: los libros te abren el mundo; ya no vives acá sino en todo el mundo. Mi adolescencia fue nutrida con Simone de Beauvoir, a pesar de que es de una generación mucho más atrás; las *Memorias de una joven formal* marcaron mi vida, me ayudaron a consolidar lo que veía en mi madre y en mi abuela.

MARIO MONTALBETTI:
«TENEMOS UNA MENTALIDAD DE AVESTRUZ:
SE ENTIERRA LA CABEZA Y YA PASÓ»

A partir de Clorinda Matto de Turner, el «indio» y lo indígena se convirtieron en personajes y tema de una literatura que no fue producida por indígenas. El ciclo quizá se cierra con Manuel Scorza sin haber contado con escritores indígenas. ¿Esto nos diferencia de otros casos nacionales?

Hasta dónde sé, indígenas que producen literatura indigenista no existen. Los casos que se mencionan en Latinoamérica —Alcides Arguedas en Bolivia, Rómulo Gallegos en Venezuela, Eustasio Rivera en Colombia o Clorinda Matto— son gente que no es indígena, pero que escribe indigenismo.

Imaginando al indio.

Claro. En eso, es útil una distinción que hizo Mirko Lauer en *Andes imaginarios*¹: el indigenismo como movimiento político-social y lo que él llama «el indigenismo 2», que es el indigenismo estético, artístico, que es cómo artistas visuales, pintores y escritores imaginan el Ande. El Ande se vuelve un tema simbólico e imaginario; por eso el nombre: «Andes imaginarios». Una de las propiedades del «indigenismo 2» es una especie de desfase entre el indio y su paisaje, entre el fondo y la figura. Lauer menciona el caso de Sabogal o el de Ciro Alegría, donde parece que los personajes están pegados sobre un fondo, que es el Ande. Nuestras representaciones tienen ese desfase en cómo colocarlo —cómo entenderlo sería al final de cuentas—, qué tiene que ver esta idea imaginaria del Ande con la gente que vive ahí. Se nota, en el caso de novelas en general, esta especie de incomodidad del personaje frente al lugar que ocupa. Que no es una incomodidad del personaje real sino del novelista que, no siendo indígena, trata de imaginárselo en ese lugar. Eso sobrevive hasta ahora.

¹ Mirko LAUER, 1997. *Andes imaginarios*. Cusco: CBC, Sur.

¿Actualmente se sigue escribiendo en esa dirección?

No como indigenismo, pero sí como tema. Es decir, como fondo frente al cual ocurren escenas e historias, y se coloca a este personaje. Pero no se examina el *locus*, no se examina el lugar. Simplemente, es como un cambio de escenario y las acciones ocurren aquí o allá. Eso se mantiene, en general.

No circunscritos a los indigenistas sino en una mirada general sobre la producción literaria, incluso más allá de la novela para abarcar otros géneros, ¿en qué medida el Perú aparece retratado como un país indio, como un país con una fuerte tradición indígena, en el que prevalece lo indígena?

En mi opinión, eso es fondo; es el lugar donde ocurren otras acciones que van a ser importantes; es un paisaje, una escenografía. Como lo es la violencia terrorista en las nuevas novelas. Es una especie de «ocurre acá» y «como ocurrió esto, mis acciones van a ocurrir con este fondo». Pero no hay un examen del fondo.

¿Tampoco hay un examen de la relación entre los personajes y ese fondo?

No, los personajes simplemente se colocan en ese fondo y, por eso, a veces parecen pegados contra un fondo chato. Es casi la obligación de decir que ocurrió la violencia; entonces, esta historia de amor va a ser contra ese fondo de violencia. Pero, a mi juicio, no hay un examen del fondo mismo ni de la relación entre el personaje y el fondo.

Pensemos en un lector extranjero, no nosotros, que tenemos una idea de ese fondo y también de los personajes reales. ¿La literatura peruana qué le pinta a ese lector: un país con indios o un país de todas las sangres? ¿Cómo sería el retrato que sale de la literatura peruana? ¿Como un mundo de blancos e indios, que alguna vez se pintó?

La literatura peruana incluye la narrativa —novela y cuento— y la poesía. La idea que sacas es muy distinta si lees poesía o si lees novela. En mi opinión, no existe novela peruana; existen peruanos que escriben novelas. Sí existe poesía peruana, además de peruanos que escriben poemas. De paso, también existe fotografía peruana. Poesía y fotografía son las dos grandes manifestaciones artísticas, en este país, donde hay una tradición, aunque la palabra es a veces malentendida. Puedes hablar de un lenguaje fotográfico peruano y puedes hablar de un lenguaje poético peruano. No puedes hablar de un lenguaje novelístico peruano; puedes hablar de personas que escriben, mejor o peor, novelas mejores o peores.

La impresión que sacas desde afuera —sin conocer el fondo—, leyendo novelas peruanas y leyendo poemas peruanos, es bastante distinta. La poesía es una actividad más difícil y más selecta; creo que el trabajo con el lenguaje que hace la poesía peruana

es muchísimo más interesante y avanzado que el trabajo que hace la narrativa peruana con el lenguaje. La narrativa peruana avanza, en general, en base a temas; no en base a lenguaje. No es que escriban mal sino que son bastante más conservadores en relación a cómo se expresa en el lenguaje aquello que tratan en sus temas. Por ejemplo, en el tema de la violencia, que ahora está de moda, el lenguaje con el cual la novela explora la violencia es lo menos violento del mundo y lo más conservador del mundo. Me parece mucho más interesante el caso de la poesía, donde el tema se explora mediante la violencia misma del lenguaje. La poesía no funciona en base a temas; está mucho más pegada a ciertas experimentaciones del lenguaje. Hay ciertos escritos muy interesantes que han aparecido últimamente, como *Los rendidos*, de José Carlos Agüero, que no es una novela, pero en el que emerge la violencia del «cómo diablos se expresa esto». El problema de cómo se expresa esto, en poesía y en un tipo de experimentación como la de Agüero, los hace mucho más interesantes que lo que hace la novela que, en realidad, es: «voy a expresar esto; no tengo ningún problema en hacerlo porque yo escribo como siempre se escribe».

¿Cuando dices que no hay una narrativa peruana, estás diciendo que podría venir un colombiano o un chileno y escribir la misma novela?

Sí; exagerando para que se note la distinción, sí. Poniéndolo de otra manera: ningún peruano escribe poesía en serio sin haber leído a Vallejo. Después dices: «voy a matar a mis padres, voy a cometer parricidio», pero casi toda la poesía peruana ha leído la tradición y contra eso se escribe. No veo eso en la novela peruana; es decir, su tradición puede ser la de afuera, la de cualquier lado. En ese sentido, puede venir un colombiano a escribir, *ceteris paribus*; es decir, si conociera un par de cosas más sobre la realidad. Por eso hago la distinción; no quiero decir que no exista la narrativa sino que existen cosas insulares; hay novelas por todos lados pero esto no constituye una tradición.

No reconoces, pues, una novela que pudiéramos llamar peruana.

Si armamos una selección poética peruana —Vallejo, Adán, Blanca Varela, Eielson y la poesía de Arguedas—, la novela pierde por goleada, ¡no tiene una delantera así! Uno puede destacar las novelas de Arguedas, quien a mi juicio es mejor poeta, a pesar de que escribió muy poco. Sí, las novelas de Arguedas, de Alegría, las iniciales de Vargas Llosa; pero eso no arma un *corpus* que podamos llamar la novela peruana.

Quisiera que volviéramos al asunto de la violencia....

La forma como se maneja en Lima es demencial y muestra una serie de cosas muy extrañas. El tipo que se pasa la luz roja revela que es imposible mantener pactos simbólicos en esta sociedad; todo está pegado con baba. La cosa más democrática

del mundo —si hay luz roja paras, si hay luz verde sigues— no es respetada. Pasarse la luz roja parece ser ganarse algo; tu vida es tan mala que la única forma de compensar la miseria de tu vida es cruzarte una luz roja o estar primero en la fila.

O es imponerse al otro.

También. Son varias cosas.

«LA EDUCACIÓN...
SISTEMÁTICAMENTE
NOS HAN EMBRUTECIDO».

Hay la versión de que la violencia en el Perú empezó con Sendero, que antes era un país pacífico, tranquilo. Es una imagen bucólica y nostálgica. Ese manejo del auto o el micro—que, concuerdo contigo, es un campo de ejercicio de violencia cotidiana en el que todos participan— empezó hace mucho. No es un asunto de los últimos años; es antiguo.

Si vamos a orígenes de la violencia, coincide con la hegemonía capitalista americana. Este tipo de violencia moderna tiene un componente de la relación de los seres humanos modernos con el capital y con el dinero.

Que en el Perú se manifiesta en un capitalismo salvaje. Hay variantes del capitalismo y el de aquí es salvaje.

Así es. Salvaje en el sentido de que no piensa sino que más bien admite resignado: «así son las cosas». En el Perú se dice que la economía no pasa por la ideología, que se acabó la historia, se acabó la ideología, la economía va por su lado y esto no es una cuestión de izquierda o de derecha. Eso es absolutamente falso y absurdo.

Eso es una ideología, justamente.

Eso se traduce en que la ideología no pasa por el lenguaje; la verdad no se discute con palabras; es una cuestión de cálculo, de medición. Mira el éxito de un montón de series de televisión norteamericanas como Doctor House. La premisa es que el paciente siempre miente y que el doctor House sabe todo porque no le puedes engañar a la medición, al número. La verdad ya no es algo que puedas decir, elaborar; decir que la verdad ya no pasa por el lenguaje; es muy grave y es una versión de «la economía no pasa por la ideología». Ese es un caso de violencia lingüística.

En todas las sociedades hay un nivel de ignorancia grande pero en el Perú ese manejo ideológico es más impune porque la ignorancia es muy grande.

Es muy grande. Y ahí viene el factor de la educación: aquí parece que sistemáticamente nos han embrutecido; es casi una misión de los Estados, cualquiera que estos sean: embrutecer a la población. Y con eso estamos fritos. Walter Benjamin decía: «Si quieres mejorar la educación, primero debes cambiar el Estado».

En la narrativa reciente, ¿qué retrato de la violencia del conflicto armado ocurrido en el país surge y cómo se relaciona esa violencia con otras violencias?

Dices la doméstica o la del tránsito.

Sí y la de la delincuencia, que cada vez mata más. La criminalidad peruana se valía de una tasa de violencia relativamente baja, en comparación con otras; ahora se mata con más facilidad. ¿Cómo ves, a través de la literatura, el periodo de la violencia de los años ochenta, y en general, las violencias?

Hago nuevamente la distinción. En el caso de la novela, la violencia es como un ingrediente con el cual se trabaja la historia que quieres contar: los personajes son más o menos violentos. No se examina esa violencia; simplemente se la hace visible, que fue lo que hizo el indigenismo: hacer visible al indio sin entenderlo, sin examinarlo: «Señores: esto está pasando, hablemos de él». Algo similar ocurre con la violencia en la novela, no con la violencia en la poesía donde, como dije antes, la violencia está en la forma de expresarla. Tanto se violentiza que mucha de la poesía de los últimos veinte años es difícil de entender, como es difícil de entender esta violencia. Es la relación con el lenguaje la que expresa esta violencia cotidiana que, como dices tú, es múltiple. Es tan múltiple que casi ni podemos nombrarla. Fíjate que todavía no tenemos un nombre para lo que ocurrió con Sendero; le dicen «guerra interna», «terrorismo senderista», «conflicto armado», «guerra sucia». Ni siquiera nos ponemos de acuerdo en decir qué fue eso.

Que no tengamos uno o dos términos y que haya una serie de términos... Si hubiera dos, podrías decir que hay dos versiones de lo que pasó, pero ni eso. Mi impresión es que, en general, la experiencia de Sendero no se ha digerido en esta sociedad, pero ¿crees que eso está patente también en el lenguaje?

Por supuesto. Un ejemplo que me gusta citar es el de *Yuyanapaq*, la exhibición fotográfica inmensa que hizo la Comisión de la Verdad; fantástica. Tenemos entonces dos versiones: la versión visual y la de los nueve tomos del informe de la Comisión o el reducido en un tomo, que en la práctica no existe. Existe solamente la visual;

si ves el cuaderno de firmas de *Yuyanapaq*, la gente dice que una imagen vale más que mil palabras. Mientras sigamos pensando así, eso se va a repetir, porque es: «ya tengo la figurita, no tengo nada que hacer, no tengo que pensar esto, no tengo que elaborarlo discursivamente, simplemente digo “que no se repita”». Esta especie de eliminación del trauma no viéndolo o diciendo que «ya la tengo» —así como teníamos nuestras figuritas de Grau en Angamos—, «ya tengo la de Sendero». Y ahora sigamos.

Claro que no se ha digerido; inclusive no sabemos qué paso. Y ese es el mérito, nuevamente, del libro de Agüero. El Lugar de la Memoria es absolutamente ciego acerca del lugar desde el cual cuentas esa historia. Todo este lío de las versiones —la de Sendero, la del MRTA, la de los militares, la de la sociedad civil, etcétera—; cada uno tiene su versión, ¿pero qué se hace con eso? En el proceso de paz de Colombia se invita a los guerrilleros a ser parte de la Comisión de la Verdad. ¿Te imaginas en este país que invitaran al MRTA o a Sendero a ser parte de la Comisión de la Verdad? Sería impensable. Nosotros tenemos una mentalidad de avestruz: se entierra la cabeza y ya pasó.

Eso nos ha ocurrido con muchas cosas, pero esta es muy gorda.

Así es, esta es muy gorda. Pero cuando los senderistas enjuiciados comienzan a salir, alguien se da cuenta: ¡no pueden salir!, y más años de cárcel o lo que fuera.

Y cuando se organizan políticamente, no pueden participar.

No pueden participar. Obviamente, no se ha digerido esto. El tema de la memoria está en el centro de todo esto. Aparentemente, la memoria es muy importante y recordar es muy importante pero, probablemente, el hecho histórico que más hemos recordado los peruanos es la Guerra del Pacífico y mi pregunta es: ¿para qué ha servido? Me pregunto si realmente sirve la memoria, si realmente sirve recordar. Me situó más allá de los lugares comunes retóricos de «si no haces memoria, vas a volver a hacer lo mismo o vas a repetir el mismo error», etcétera. En términos más directos, ¿para qué recordar, para qué tener tanta memoria, si en todos los casos en los que la hemos tenido no ha ayudado de nada? ¿Tienes alguna respuesta a eso?

He pensado el tema de la memoria a propósito de la Comisión de la Verdad y tengo una reflexión que no sé si responde a tu pregunta. Se nos ha presentado las comisiones de la verdad como una condición para la reconciliación y eso es falso. Puede ser deseable o no pero no es verdad: en los hechos no ocurre. La memoria no sirve para reconciliarse; no hay relación entre una y otra. Ha habido comisiones de la verdad en El Salvador, Guatemala, Argentina, Chile, la propia Sudáfrica —que se consideró como uno de los casos más exitosos— y sigue la lista de búsquedas de la verdad. Una aproximación a la verdad, porque la Comisión de la Verdad peruana

llegó a la cifra de víctimas por una proyección matemática; se dice que no había otra manera, pero no me digan que es exactamente la verdad. En cualquier caso, esas verdades, esos intentos de construir una memoria, no parecen tener mucha función social; no sé cuánto ayudan.

Pues, mira las maneras distintas de recordar. Tarata, donde ocurrió el bombazo, ha hecho una especie de lugar turístico de eso, con monumento, tienditas, cafecitos, etcétera. En Uchuraccay, donde ocurrió la matanza, movieron el pueblo; el sitio original es ahora una pampa, creo que queda la cancha de fútbol, pero el pueblo lo mudaron, está en otro lugar. Son dos formas distintas de recordar o hacer memoria de algo. Esta cosa tan costeña, tan nuestra de «no pasó nada, aquí está la piletita y que vengan los cafés». El otro es abandonar el sitio. Estos gestos son interesantes, cómo se reacciona de manera tan distinta en el país.

¿Y las otras violencias, la violencia entre sexos? El Perú es el primero en violaciones per cápita en Sudamérica. ¿Este tipo de violencias de hombres contra mujeres —porque la inversa es poco frecuente— es recogido en la literatura?

Sí, lo recoge en muchos estadios y lo recoge la cultura popular, de muchas maneras. El sorprendente éxito que tiene la música *rap* y el *hip-hop*, cuyas letras son imposibles. La letra del *hip-hop* es «yo quiero tener muchas mujeres, mucho dinero, muchos autos, tirarme a todas las mujeres que pueda», y a todos los jóvenes esto les parece una maravilla, solamente porque cancelan la letra y les gustan el ritmo y ciertas actitudes.

O quizá no cancelan la letra.

O quizá no cancelan la letra. Espero que estés equivocado. En la literatura se encuentra, pero también en la literatura popular y en la canción popular, esta especie de violencia primaria entre los sexos y, en general, entre los seres humanos.

«UNO DE NUESTROS
PROBLEMAS SERIOS
ES LA DEGRADACIÓN
DEL LENGUAJE».

Volvamos al tema del lenguaje.

Hablando del lenguaje, en estas elecciones no se debatió nada, absolutamente nada, entre otras cosas porque —me da la impresión— no tenemos el lenguaje para hacerlo.

Decías antes que hay poesía, producida en torno a la violencia, que no se entiende. Puedo pensar que por estar muchos años fuera uno se pierde las palabras que han ido surgiendo. Pero constato que la distorsión del castellano, más allá de las violaciones de ortografía y concordancia, lleva a que se escuche en la televisión, y también se lea en los medios escritos, frases cuyo sentido no se entiende. ¿Hay un problema de comunicación entre los peruanos a partir del lenguaje?

Sí y no. Sí, en un sentido que conocemos desde hace tiempo, que hay un montón de hablas regionales que se usan en el territorio, pero hay una imposición de la norma limeña.

¿Sigue vigente la norma limeña?

Claro que sí, sobre todo la distinción entre limeños. Dentro de Lima está la chica que dice «¡Ala!» en lugar de decir «hola». En la campaña electoral de este año, Verónica Mendoza era claramente una persona que no hablaba como limeña; eso fue muy exitoso en el sur. En Lima ella también tuvo éxito pero por otras razones. Hay un castellano limeño frente al lenguaje provinciano y sí existe una imposición, que la ves en el Congreso, cuando dicen: «¡Cómo quieren un traductor para el quechua!».

No estoy hablando solamente de hablas del castellano sino de la presencia de lenguas como el quechua, el aimara, etcétera, que se hablan en este territorio y que son consideradas oficiales pero solamente en el papel, porque a la hora práctica eso no funciona. A diferencia del Ecuador, que ha declarado como dieciséis lenguas oficiales.

Pero operativamente tampoco funcionan mucho. El castellano ha tenido en el Perú una relación asimétrica con las otras lenguas; eso está muy claro. ¿En qué sentido está vigente la norma limeña? Mi impresión es que ya se abolió; por eso te pregunto.

No, no. En el sentido de imposición académica, de imposición del poder, está. Existe, siempre existió y siempre va a existir. Tienes razón en el sentido de que se abolió y ocurre la producción de un castellano —en Lima, y en el Perú en general—, que hacemos entre todos y que es un desastre. Es un castellano que ya no distingue, que no hace diferencias, que casi no refiere. Y está ahí —como se llamó— para mecernos. El castellano empieza a ser una especie de masaje.

Lo otro es una especie de gran constructo, hecho entre todos nosotros, para la broma. En el castellano peruano todos los caminos conducen a broma. Escucha RPP, cualquier programa de entrevistas, termina con todos los de la mesa riéndose; por alguna razón, en algún momento de la entrevista la gente se ríe, siempre hay chacota, siempre hay parodia, siempre hay broma, siempre hay risa.

¿En un país que tiene tantos problemas y situaciones graves, cómo se explica que a todos guste este recurso?

Es el éxito de Los Chistosos. Hay una interpretación que hizo el alemán Sloterdijk cuando inventó el término *kinismo*, que es el arma de los sectores que no están en el poder, para burlarse del poder. Haces chacota de cualquiera; no es un asunto ideológico; es: «voy a burlarme de la idea de poder, de la idea de autoridad» y, cuanto menos sofisticado sea, mejor; cuanto sea más chacotudo... Se agarran ciertas cosas que son absolutamente banales en cierto sentido pero que se revisten de una importancia simbólica inmensa. El político aquí tiene que prestarse al *kinismo*, a la chacota del otro. Es una forma que tiene el electorado de bajarse a estos de la posición de autoridad, así sea por cinco minutos. Porque hay un secreto placer en verlos hacer eso: «mira cómo lo hicieron bailar, cómo lo hicieron comer chicharrón». Lo pusieron en ridículo.

¿Pero tenemos un problema de comunicación? Cuando escucho al conductor de Cuarto Poder decir: «la deuda pública está en rojo», honestamente, no sé qué quiere decir. Lo escuché el domingo de alguien de quien no se puede decir que tiene un problema de mestizaje cultural o que aprendió primero el quechua. Supongo que no es una excepción. Si como auditor culto no puedo entenderlo, qué entenderá el resto. Y el caso de las personas cuya lengua materna no es el castellano es mucho peor. Me pregunto, pues, si no hay un problema de comunicación en el Perú.

Regresamos a un tema anterior de nuestra conversación: quizás este lenguaje tan venido a menos ya no es empleado como forma de comunicación. El lenguaje oral del que hablamos ya no es un instrumento de comunicación entre nosotros. Nos comunicamos de otras maneras, más violentas, más primarias, más físicas, más visuales. Eso puede estar ocurriendo, sin ninguna duda, y es de terror. Es terrible.

Es terrible porque la comunicación mediante el lenguaje corresponde a una etapa más avanzada del desarrollo humano. Cuando no puedes comunicarte mediante el lenguaje, regresonas a formas de comunicación más primitivas.

Es que hay un gran desgaste del lenguaje y una gran desconfianza en que lo que dices sea verdad y no una gran mentira, un gran engaño. Hay formas no verbales de lenguaje que están tomando el lenguaje por asalto. Por ejemplo, la gente cree que la gastronomía es un lenguaje y que el lomo saltado es una idea. Inclusive pensamos que nuestros platos son ideas con las cuales nos comunicamos: los peruanos se encuentran en la comida. Ese «se encuentran» en realidad quiere decir «se entienden».

Es una de esas farsas. Hay unos procesos semióticos no verbales que ocurren por el desgaste del lenguaje verbal y que tienen reglas muy distintas de las que estábamos acostumbrados y que nosotros, con toda razón, vemos con gran temor.

¿El desgaste del lenguaje tiene que ver con el alto grado de desconfianza que hay en el país? El Perú es el segundo país en América Latina en el nivel de desconfianza interpersonal; primero está Guatemala.

Sí, sí. La facilidad con la que los políticos de todas partes, especialmente los peruanos, dicen A y al día siguiente dicen: «No, me interpretaron mal; dije B». La idea es que puedes decir lo que quieras, después dices: «Me entendieron mal». Eso lo dice el Arzobispo de Lima; lo dice todo el mundo. La idea de que el plagio... Al cardenal le han descubierto en sus homilías tres, cuatro plagios y la clase política peruana ha firmado un comunicado diciendo: «Cómo se meten con...»; están perdidos. A Acuña lo eliminaron como candidato, pero no por el plagio. La cosa está yendo por otro lado, no por el lenguaje verbal. El lenguaje verbal es como «vale todo, di lo que quieras, eso no tiene mayor importancia». Eso sí es un peligro terrible.

¿Tú dirías que en el proceso ocurrido con el lenguaje se percibe una degradación del país o de los peruanos?

Sí, degradación puede haber. El Perú tiene muchos problemas y si es que entre nosotros ocurren todos estos rompimientos de los tejidos verbales comunicativos... Parecería que la unidad de comunicación es el bocinazo. Eso hace que no puedas articular tu molestia, tu queja, tu protesta; simplemente, escupes, golpeas o le mentas la madre. Todo termina ahí. Por eso es que, cada vez que dicen «suspenden paro y se arma mesa de diálogo», no pasa nada. Porque mesa... ¿de qué diálogo? Uno de nuestros problemas serios es la degradación del lenguaje y, por lo tanto, la degradación de formas de pensar más o menos establecidas, de argumentar razones, contrastarlas.

Si esto es así, por qué escribir en un país en el que no se lee. La pregunta me la hago porque escribo, como tú.

Es una excelente pregunta. Cuando la hiciste, he pensado inmediatamente en una frase del ruso Shalámov: «Los escritores escriben, como los manzanos dan manzanas». Un manzano da manzanas en el medio del bosque; la manzana cae al suelo, se pudre y no se la come nadie; pero eso es lo que hacen los manzanos año tras año: dar manzanas, ¿no es cierto? Y nosotros también: al año siguiente, seguiremos escribiendo.

Hay otro lado de esta preocupación: en efecto, si nadie lee, ¿qué tipo de narcisismo es este? ¿A quién le estás escribiendo y para qué estás escribiendo? Creo que comenzamos a escribir, sobre todo, para nosotros mismos, porque —al menos yo y muchos de nosotros— sospechamos que escribir es una forma de pensar. Tal vez una de las mejores formas de pensar; cuando quieres saber realmente qué estás pensando, tienes que escribirlo.

Julio Ramón Ribeyro dice que escribir es una forma de conocimiento.

Claro. Nietzsche decía: «la forma más excelsa de pensar es escribir»; solamente ahí es cuando sabes realmente qué es lo que estás pensando, cuando tratas de ponerlo por escrito. Seguimos escribiendo para seguir pensando. Espero que siga siendo así y no que comerse una causa rellena sea la forma de pensar predilecta entre nosotros. Habrá momentos, como en la Edad Media, en que algunos monjes agarraban una vela y escribían; en algún momento eso será una antorcha y mejorarán las cosas. Ese es un buen deseo. Mientras tanto, tal vez por malformación, es importante seguir escribiendo como forma de seguir pensando.

JORGE NIETO:
**«NO QUERÍA VOLVER A MI PASADO, QUE SIGUE AHÍ Y HAY QUIENES
NO SE DAN CUENTA DE QUE ESO ES EL PASADO»**

Te fuiste y volviste después de treinta años. ¿Por qué te fuiste?

A fines de 1982 se había agotado, para mí, una manera de comprender el mundo. Había sido parte de la izquierda, de la nueva izquierda, de la hoy envejecida nueva izquierda. Había tratado intensamente de ser comunista pero Manuel Dammert me decía que yo era un socialdemócrata liberal. Treinta años después debo reconocer que él conocía mejor quién era yo. En la conciencia que tenía entonces, yo quería ser comunista y esa manera de conocer el mundo estalló. Ocurrió en 1980, cuando es elegido Belaunde que, se suponía, era el pasado, lo caduco. Y es elegido también con los votos de los maestros del SUTEP, que masivamente votaron por él. Yo había sido asesor del SUTEP de Lima y había estado en las grandes huelgas de los años 1978 y 1979, que fueron multitudinarias y larguísimas. Había visto a los maestros que eran clasistas, izquierdistas, decir que votaron por Belaunde. Como soy curioso, fui, les pregunté, y me dijeron: «Lo que pasa es que el arquitecto, en su anterior gobierno dio la Ley 14 no sé cuántos, que nos permitió tal y cual cosa; él nos trató bien y hay que elegirlo nuevamente, primero para agradecer y luego porque seguramente nos va a dar leyes beneficiosas para el magisterio». Encontré en esa argumentación una razón económica, pero encontré antes una razón espiritual: hay que agradecer. Eso no entraba en el universo del conocimiento marxista; no entraba o, por lo menos, no en el marxismo que teníamos.

Para mí fue un momento de crisis. Lo venía sintiendo desde antes. Recuerdo que en 1976, 1977, 1978 tenía una reunión mensual con Javier Diez Canseco en el Tip-Top de la avenida Arenales, para contarnos qué pasaba en nuestros pequeños partidos, soñando ambos con construir un partido más grande —no lo fraseábamos así—, pero la idea era tener una izquierda más normal. ¿Qué significa eso? Diría: una izquierda parecida a la socialdemocracia europea, quizás el sector izquierdista de la socialdemocracia europea.

¿Eso estalló con el ARI?

Estalló cuando se producen las elecciones de 1980, no antes. El ARI había sido una gran frustración; vimos nuestros errores magnificados por una lupa de aumento, pero seguíamos como si nada hubiera pasado. Para mí 1980 es un año crucial, poco estudiado; pasan muchas cosas. Pasa Sendero; en ese momento la mayoría del país no sospechábamos a qué nos íbamos a enfrentar. Luego, recuerda que en 1980 se publica el libro más heterodoxo de Tito Flores, *La agonía de Mariátegui*, que es su esfuerzo por «cómo entendemos a este señor, que ha sido tan fresco, tan creativo, tan peruano». Luego habrá de producirse su viraje de radicalización: *La utopía andina* (con Manuel Burga, 1982), *Buscando un inca* (1986) y *Tiempo de plagas* (1988). Nelson Manrique escribe su libro *Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile* (1981), que es un cántico a la violencia y a su capacidad destructora y constructora.

El eurocomunismo era una elaboración italiana que leyó, entre otras cosas, la experiencia de Allende. Berlinguer sacó una buena lección de esa experiencia; nosotros sacamos una mala: si llegas al gobierno por la vía de la democracia, te matan. Lo repite Gálvez Olaechea en uno de sus últimos libros, como si todavía fuera verdad hoy, en 2016. En cambio, Berlinguer dijo: «Si colocas tus afanes de justicia social en el marco de la disputa este-oeste, pierdes; sácalos de ahí». Y se desliga de ese gran torrente mundial que era el movimiento comunista y dice: «Primero soy italiano, después soy comunista». En ese momento, lo que hace Berlinguer no se nota, pero sí se nota veinte años después, cuando los jueces de *Mani pulite* tiran la cuerda de la corrupción, tiran y se cae todo el sistema político italiano, que estaba construido sobre la piedra angular de la lucha por la contención del comunismo. El núcleo no confesado del moderno sistema político italiano era la coalición de los sectores oscuros de la democracia cristiana, de la Iglesia, de la mafia siciliana, y de los servicios de inteligencia americanos asentados en Roma, para toda Europa. Son los vencedores de la guerra y se liberan de los partisanos socialistas y comunistas, de la resistencia. Cuando Berlinguer quita la piedra ideológica angular sobre la cual se sostenía ese edificio político, bastó que jalaran la cuerda de la corrupción para que todo se viniera abajo.

En el Perú de la década de 1980 se produce un giro, un cambio. Hasta fines de la década previa había un esfuerzo creativo que quizá hubiera devenido en una asunción de la democracia de verdad. Pero de Allende sacamos la lección equivocada e inventamos un híbrido fatal: tenemos que hacer política revolucionaria, que ni es política ni es revolucionaria. Cuando tuvimos que elegir entre las vías de la revolución y de la política —la construcción de partidos políticos—, en vez de elegir claramente la política y decir: «la revolución no, ya no», decimos: «vamos a hacer política revolucionaria».

Y se va al parlamento con la añoranza del fusil.

El mejor ejemplo de eso es, probablemente, uno de los líderes más destacados de nuestra generación: Javier Diez Canseco, que se pasó veinte años hablando en el parlamento, pero pensando en la revolución e intentando, hasta fines de los años ochenta, construir su propio poder militar, el brazo militar que acordó una de las reuniones del congreso partidario del PUM. Esa política revolucionaria ni fue política ni fue revolucionaria. Creo que en eso está una de las razones que hizo inviable la que probablemente sea la generación política más importante del siglo XX peruano, desde la del año veinte. Con una mayor aglomeración de talentos para la política que, obnubilados por la poderosa idea de la revolución, elegimos mal.

Un segundo punto, de omisión nuestra, apareció en la autocrítica que hace Felipe González en España, en aquel congreso del Partido Socialista donde toma distancia de la «dictadura del proletariado». Quien lo formula mejor es el comunista Santiago Carrillo; él dice: «En España estamos tan hartos de la dictadura de Franco que no queremos ninguna dictadura, ni la del proletariado». Felipe, con más conciencia y claridad, asume para la izquierda la democracia como un horizonte utópico. Esa autocrítica mundial de la izquierda, la segunda, que sigue a la que se deriva de Allende, nos llegó aquí epidérmicamente, quizás a través de algunos textos de Ludolfo Paramio y muy envuelta en la lucha contra el revisionismo soviético. Porque paralelamente a ese proceso estaban ocurriendo las revueltas sindicales en Europa del Este, que son leídas en clave maoísta: la crítica a la burocracia soviética, al socialismo burocrático y al revisionismo.

Esa lectura hizo que nuestra asunción de la democracia fuera muy epidérmica, tanto que, treinta años después, la candidata presidencial del Frente Amplio tartamudeaba cada vez que le hablaban de Venezuela y no supo tener al respecto un punto de vista claro, al extremo de decir que Leopoldo López es un golpista y está preso como tal, cuando Leopoldo López es un preso político de un gobierno autoritario. No puedo entender —y esa es una de las distancias con mi generación— cómo nosotros, que como estudiantes empezamos la vida política en el Perú peleándonos en las calles contra un gobierno autoritario, no podamos sentir una elemental solidaridad con los chicos caraqueños, los venezolanos que pelean contra un gobierno autoritario. Pero eso es otro tema.

Hay una tercera autocrítica, que ocurre en los años noventa y es muy importante; la colocan el inglés Tony Blair, el alemán Schröder y el francés Michel Rocard, me parece, y se refiere a la relación de la izquierda con el crecimiento económico y la inversión privada. Blair la resolvió mal, pero colocó una buena pregunta. Esa discusión y la autocrítica de izquierda en torno a la relación con la inversión privada,

el crecimiento económico y el mercado —todo ese paquete—, aquí no llegó como tema explícitamente tratado, nunca. No es un tema que se haya discutido, que se haya profundizado. Cuando se ha aludido al mercado alguna vez, es como a regañadientes, como «bueno, la presión es tanta que tenemos que hablar de esta cosa, porque nos están complicando la vida».

Jorge, mi pregunta inicial...

Vuelvo al por qué me fui. Me voy, primero, porque quiero aprender, porque lo que he leído hasta entonces no me basta; quiero aprender no solo leyendo más libros sino mirando otros países; yo no conocía más que el Perú; quería conocer otros países, otras realidades nacionales y otras gentes. Me fui a México pero vuelvo en 1985 porque me quiero insertar en el grupo de Alfonso Barrantes; regreso para trabajar con él. Pero me doy cuenta, en ese momento, que Alfonso no quiere ser presidente porque teme que el ala izquierdista —Javier Diez Canseco y Patria Roja— le rompa el Congreso y su gobierno quede muy debilitado, casi capturado por la derecha.

Cuando vuelvo y me integro en el equipo de Alfonso, tenemos como Izquierda Unida un gran equipo de plan de gobierno, como cuatrocientos, entre intelectuales, técnicos, dirigentes sociales y algunos empresarios. Pero había el plan de gobierno chiquito, que eran siete personas, que trabajaban directamente con Alfonso y se encargaban de los cuatro temas que serían medulares para su gobierno. Uno de esos temas era elaborar una política contrasubversiva, cuando la izquierda ni se planteaba el tema.

La izquierda en ese momento todavía hablaba de Sendero como «compañeros equivocados».

Casi hasta 1990 están soñando que algún día, en el futuro, las tres fuerzas —las dos militares que ya existían, Sendero y el MRTA, más la que proyectaban crear— se juntarían en un gran torrente revolucionario. Pero en el equipo de Alfonso éramos conscientes de que había que trabajar una política contrasubversiva, porque era un problema que un eventual gobierno debería enfrentar. Eso era optar por la democracia, por una lealtad con la democracia peruana y con el Estado peruano. Eso nos llevó a trabajar con los militares. Hicimos múltiples reuniones, al comienzo con mucha desconfianza de ambas partes: ellos de nosotros porque éramos izquierdistas y nosotros de ellos porque eran militares. Empezamos a conversar y a discutir qué era lo que estaba pasando y qué se podía hacer.

Yo había estudiado, de joven, todos los manuales de guerra popular y de insurrección urbana; había que conocerlos. En esta otra época me leí los manuales de la guerra contrasubversiva para entender cómo pensaban los militares.

En un momento dado me doy cuenta de que eso no camina, que Alfonso está muy constreñido por la propia izquierda como para intentar de verdad ser presidente; de hecho en la propia campaña, en 1989 y 1990, a veces no va a mítines, está muy desganado y la presión radical era muy fuerte, muy, muy fuerte. Y eran un bloque mayoritario en la sociedad popular. Yo recibo entonces amenazas, precisamente por aquello que veníamos trabajando; yo no era autoridad, no tenía ningún cargo ni protección alguna. Y un día se me cruza en la calle un profesor mío de FLACSO, donde yo había estado dos años antes en México y me dice: «Orlandina de Oliveira está de directora del Centro de Estudios Sociológicos del Colegio de México y quiere que vengas a hacer el doctorado». No tenía planeado hacer ningún doctorado, no era mi interés en ese momento, pero ante la situación —y, además, enamorado en ese momento de una mexicana que estaba allá— tuve todos los incentivos para irme y me fui. En el fondo, la motivación es parecida a la que originalmente me llevó a salir y que ratifiqué porque veía que no habíamos producido un proceso de maduración política en la izquierda, que lo que se venía era una noche negra; lo escribí en *Quehacer* de DESCO: «Se viene una noche negra, oscura, muy pesada, muy dura», que fue lo que ocurrió. La verdad es que yo no la quería vivir; me parecía innecesario; creía que al final de eso estaba una derrota, previsible, y quería aprovechar mi tiempo para formarme, aprender.

¿Cuándo saliste nuevamente?

Volví a salir en 1988. Había trabajado aquí tres años, con la posibilidad de que Alfonso fuera presidente y la elaboración de políticas para eso. Cuando me di cuenta de que no funcionaba, ratifiqué lo que pensé en 1982. Eso está escrito en un librito¹, que no lo recuperaré desde un punto de vista literario, porque está muy en el lenguaje de aquella época, pero en su contenido casi te diría que lo suscribo íntegramente. Al final del libro anuncio dos temas. El primero, la necesidad de la nacionalización de la izquierda, no solo en el sentido de parecerse más al país sino en el sentido de entender el país en sus términos, no como un caso, en el estilo del pensamiento comunista internacional. El segundo, la obligación, la necesidad de asumir la democracia como un horizonte utópico y como una realidad en la cual tenemos que actuar.

Me voy entonces por dos razones. Porque veo que mi espacio generacional, el colectivo en el que me muevo, no está produciendo los cambios que se necesita para *aggiornar* el pensamiento de la izquierda, y yo quiero hacerlo, quiero mirar, quiero aprender. Y me voy porque, como resultado de lo primero, políticamente, mi situación tiende a complicarse.

¹ Jorge NIETO, 1983. *Izquierda y democracia en el Perú: 1975-1980*, Lima: DESCO.

Guardando las distancias, porque tú eras un militante de izquierda y yo nunca lo fui, mi partida del país se dio en términos relativamente similares. Cuando me preguntan por qué me fui del Perú, creo que había dos puntos. Uno era la sensación de que se me agotó el espacio para hacer las cosas que quería hacer. En parte, esto fue un agotamiento político, porque yo había trabajado con la izquierda hasta 1979, pero después intenté trabajos más profesionales, que no estaban necesariamente vinculados —o creí que no estaban vinculados— a una definición política. En 1984 asumí la dirección del noticiero de Canal 4-América Televisión y sentí que no había espacio —no para hacer algo de izquierda— para hacer las cosas que uno creía que debía hacer. La segunda razón tú la has elaborado mejor: la sensación de la noche negra que está viniendo. Nunca tuve una amenaza de Sendero, pero sí tuve una llamada telefónica de un militar, que no fue una amenaza pero me encendió una luz amarilla. Sentí que, desde el lado de Sendero y desde el lado de los militares, venía una noche negra. Esa expresión dice lo que sentí en ese momento. Un día amanecí con la sensación de «hay que irse» y eso fue todo. Es parecido a lo tuyo.

Es parecido. El irracionalismo había capturado a la sociedad peruana e íbamos a lo que fuimos. Yo soy un migrante, soy arequipeño. Tomé la decisión de salir de Arequipa en 1969. Recuerdo la sensación mía en Arequipa, que se parece a la que sentí, con otras claves, en los años de los que ahora hablamos. Milité en el MIR desde 1963, siendo estudiante de primer año de secundaria...

Ahí estabas ya al borde de las armas.

De hecho, mi célula completa se fue al monte. Yo no me fui porque mi padre impidió que saliera de la casa, una noche a las tres de la mañana, rumbo a la cita que tenía. Lo impidió; se paró delante de la puerta del zaguán, con los brazos cruzados —él era un hombre de treinta y tantos años, yo tenía en ese momento trece— y me dijo: «No sales». Yo chillé, insulté, pateé, pero no salí. Muchos años después me enteré de que un amigo de mi padre —mi padre era militar—, que estaba en el Servicio de Inteligencia le había dicho: «Tu hijo está en esto y va a hacer esto y va a ser tal día». Mi padre tenía toda la información y nosotros no lo sabíamos. Éramos chicos que jugábamos a la militancia y a la revolución, emocionados. Por un lado, reprimido el MIR, me quedo sin contactos políticos, porque se han ido o están sumergidos. Por otro lado, tenía la formidable biblioteca de mi abuelo, en la que leí desde muy niño. Todo esto fue generando una atmósfera, donde no podía conversar con mis co-generacionales de aquello que yo leía, porque no leían.

Para decirlo en términos vulgares, Arequipa te quedó chica.

La atmósfera la viví como asfixiante. Había solo un círculo donde podía conversar de estas cosas, que era un círculo de viejos, que descubrí de casualidad. Había una librería que tenía el poeta Ruiz Rosas, donde los miércoles en la tarde había una tertulia de señores que en ese momento tendrían unos cuarenta años. Yo estaba entre los trece y los dieciséis. Alguna vez fui a comprar un cuaderno —no vendía cuadernos— y me llamó la atención que estaban hablando de *Doña Bárbara*, una novela que yo acababa de leer; comentaban la novela y me quedé escuchando hasta que el señor Ruiz Rosas, un hombre de cejas muy pobladas y barba, me dijo: «¿qué más quieres?» y salí corriendo. Pero volví. No me integraron al grupo pero me dejaban estar, yo escuchaba; a veces me preguntaban y yo contestaba. No obstante, en ese mundo no tenía otras sensibilidades que compartir, porque ellos no conocían el rock, ni los Beatles, ni Elvis Presley ni nada por el estilo. Esa experiencia vital no la podía compartir. Entonces, esta sensación de hastío, de hartazgo, de un pantano en el cual me voy a quedar atorado, me llevó a salir de Arequipa. Y se parece un poco a la sensación que tuve, por lo menos con el estamento de izquierda, en esos años en los cuales decidí irme fuera.

¿Y por qué volviste al Perú, después de tantos años fuera?

La respuesta es una sola: volví porque hay partes de una vocación interior que no ha sido plenamente realizada. Es una vocación pública, política, que me gustaría ver si finalmente puedo realizar. Creo que tengo cierto talento para eso, cierta sensibilidad; de hecho, es parte de las cosas que hice fuera pero no como político sino como consultor. De pronto descubrí, con gran sorpresa para mí, que lo que yo sabía, costaba. Y que me lo pagaban. Lo descubrí de un modo muy azaroso, porque me invitan a hacer una consultoría en un estado de México, una consultoría que no quería hacer. Pero el gobernador me llama y no me quiero pelear con un gobernador mexicano: tienes que ir y provocar que él te diga que no y se acabó el asunto. Cuando me dice lo que hay que hacer, algo relativamente sencillo y nada truculento, le pongo un precio para mí exorbitante y mi sorpresa fue que él me dijo: «Muy bien, cuándo empezamos». Y así comencé y, de alguna manera, hice política vía la consultoría. Pero llegó un momento en el cual eso se agotó, aunque podía haber continuado con mi vida profesional, el horizonte vital comienzo a sentirlo limitado. De hecho, ahora mismo, no sé si me dé el tiempo para hacer las cosas que quiero hacer. Lo que sí sé es que quiero hacerlo o, por lo menos, intentarlo. También te lo podría decir más rimbombantemente: hay una cierta responsabilidad con lo que hiciste, con el entorno en el que te construiste y con lo que no hiciste. Y no puedes hacer política sino en tu país. El hecho nacional, el ámbito del Estado nacional es todavía vigoroso, fuerte para la acción política; es una cárcel de larga duración.

Pese a todas sus debilidades.

Pese a todas sus debilidades y pese a que el siglo XX fue el siglo del Estado nacional y que eso comienza a cambiar. Probablemente, va a ser un cambio muy lento; pero está ocurriendo. Todo se ha vuelto poroso; como decía el viejo Marx: todo lo sólido se disuelve en el aire. Eso está ocurriendo con el Estado, aunque va a ser una cosa muy lenta. Y seguramente con contratendencias. Pero, para efectos de mi biografía, solo puedes hacer política en tu país.

«LA MEZQUINDAD
SE DERIVA DE QUE ÉRAMOS
UNA SOCIEDAD MUY CHICA,
NO HABÍA MUCHOS ESPACIOS».

¿Cómo fue la vuelta? No lo has dicho, pero lo sabemos: tuviste un éxito importante fuera del Perú, hiciste una carrera, un trabajo destacado y también hiciste dinero. ¿Cómo es volver al Perú habiendo tenido éxito? ¿Sentiste la envidia nacional?

No le he dado tiempo ni espacio. ¿Qué te quiero decir? Mi regreso al país ha sido un regreso privilegiado, si lo quieres llamar así. No he necesitado ir a pedir trabajo, a hacer cola en alguna universidad, a sentarme con algún viejo amigo —él de un lado del escritorio y yo del otro— y que me mire desde arriba de su silla, haciéndome pagar —en una mirada muy mezquina de la vida— todo lo que debo pagar porque finalmente no estuve aquí, sufriendo los treinta años, los veinte años o lo que haya sido.

¿Temías que eso te ocurriera o sabes qué ocurre?

Sé que ocurre porque les ha pasado a muchos amigos. Tengo un amigo muy cercano, que tú conoces, un hombre joven, de talento, que en México está muy bien situado; fue autoridad universitaria en la UNAM, nada menos, y es un profesor prestigiado en su facultad. Quiso instalarse aquí y no lo dejaron. Te menciono uno, pero hay muchos. Siendo el Perú un país que necesita recuperar talento desde fuera y tiene el dinero y el espacio para hacerlo. Pero así como le ocurre al Estado, le ocurre a la sociedad. Es decir, seguimos pensando con una mentalidad muy estrecha, con la inercia cultural de un país que ya no existe, que está muy cambiado, en un mundo también muy cambiado.

¿Es eso o es la mezquindad de esta sociedad?

La mezquindad se deriva de que éramos una sociedad muy chica, no había muchos espacios y cada espacio era híper disputado porque éramos muchos en un país pobre, limitado. El mundo es ancho y ajeno, pero el Perú no. El Perú no es ancho y sí tiene propietarios de espacios más bien reducidos. Sabía eso y soy muy orgulloso: no me quería someter a eso. Y parte de lo que hice fuera —además de acumular lecciones, experiencia, libros, amigos, gente— era tratar de tener un respaldo económico que me permitiera no estar en esa situación. La verdad es que trabajé mucho tiempo para no estar en ella. Si quieres, ha sido un regreso relativamente placentero, porque tomo lo que quiero tomar y veo a la gente que quiero ver, a alguna gente que conocí y a gente que no conozco pero la busco para conocerla porque me parece que dice alguna cosa interesante en economía, en música o en sociología política. La busco, me siento, converso y hago amigos nuevos.

Tomaste varios recaudos. Uno fue el de no depender de un trabajo que te sometiera a condiciones que no quisieras aceptar. Pero también te fuiste fuera de Lima, lo que me parece curioso. Guardas con Lima una distancia física. ¿Cuál era el punto estratégico en eso?

Primero, quería marcar distancia de mí mismo. Me explico: lo normal hubiera sido que volviera a un cierto entorno, a un cierto grupo, a una cierta sensibilidad. Eso no lo quería, porque sabía que eso ya no daba más. No quería volver a mi pasado, que sigue ahí y hay quienes no se dan cuenta de que eso es el pasado. No quería volver a eso que significa la cena del viernes, el desayuno del domingo, el almuerzo del sábado, la ida al teatro compartida. Todos esos actos rituales significan la reiteración de una vida espiritual a veces muy empobrecida, muy —siento decirlo— precaria. Y yo no quería vivir eso. Entonces, lo primero, tomar distancia de ese que fui, con todo lo que eso significa: de relaciones, amigos, gente, y del dolor que significa, porque los quiero. Quería tener la posibilidad de estar en Lima, sin estar en Lima.

¿Eso tiene que ver con que te incomoda Lima?

Tiene que ver, en parte, con todo lo anterior. Lima son muchas Limas. Nuestra Lima es una Lima que, como te he dicho, muchas veces envilece; no comprende porque cree, con absoluta convicción, tener la razón y la verdad. Cuando relativizas esa verdad y la colocas en el gran concierto de lo que verdaderamente es Lima y lo que es el Perú, te das cuenta de que es bien parcial. Tampoco quería reintegrarme a eso. Me cuesta un poco la distancia pero, viviendo como he vivido en la ciudad de México —en la que ir de un lugar a otro, cualquiera que este sea, es una hora y media—, hacer cuarenta minutos desde donde estoy a Lima no es nada; he ganado tiempo.

Maruja Martínez recuerda en su libro una encuesta hecha entre militantes y simpatizantes de Vanguardia Revolucionaria, a comienzos de los años setenta, en la que se preguntó cuándo creían que comenzaría. Los más pesimistas hablaban de dos años, muchos creían que en algunos meses². ¿Tú viviste ese clima que hoy en día parece parte de una película de ficción?

Sí recuerdo una época en la que la situación era pre revolucionaria o, de plano, era revolucionaria. Y, por tanto, la revolución estaba a la vuelta de la esquina, a quince o veinte pasos. Recuerdo ese ambiente, ese clima; por eso, salir de ese contexto, como me ocurrió entre 1980 y 1982, fue existencialmente doloroso. Porque en ese mundo tenías una identidad, que no era aquella con la que habías nacido; era la que te habías puesto tú mismo, inventándote un seudónimo con la excusa de la clandestinidad. En ese mundo, ese seudónimo, esa persona que eras, tenía un lugar, una jerarquía o estaba en cierto lugar en un orden; todo tenía sentido.

Un mundo de referentes, desde las lecturas comunes hasta ciertos códigos generados a partir de la interacción dentro de microclimas.

Todo. Lo más parecido que leí para entender ese mundo fue el libro de Goffman sobre las instituciones totales³. Él se refiere al cuartel, al hospital, los conventos o monasterios. Y los partidos de izquierda eran conventos sin muros; eran pequeños monasterios.

En los cuales la discrepancia llevaba a la ruptura porque si discrepabas con el líder tenías que armar otra tienda.

Generalmente significaba la ruptura. En algunos de los tantos debates en los que me enzarcé en ese momento, se me acusó de que quería imponer en el partido la libertad de crítica y se sacó un artículo de Lenin donde reprobaba la libertad de crítica. Una vez que el comité central y el buró político habían decidido que las cosas eran de esta manera, así eran y todo el que quería tener libertad para criticar estaba fuera de lugar, era un liberal; de ahí lo de liberal como insulto político. Todo eso tenía un sentido y salir de ahí era muy doloroso y difícil. La conquista de la libertad nunca ha sido fácil.

Ahí habría que entender el fenómeno de la fe, porque de eso hablamos. El marxismo puede haber sido una de las vertientes del racionalismo occidental; de hecho, lo fue y gran parte del orgullo de sus creadores fue el uso de la razón, del conocimiento científico, de los avances últimos de la ciencia, de la historia como ciencia

² Maruja MARTÍNEZ, 1997. *Entre el amor y la furia. Crónicas y testimonio*. Lima: Sur (p. 113).

³ Erving GOFFMAN, 1970. *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.

del conocimiento de la sociedad, de sus movimientos. Pero, en nuestros países, en esa época fue sobre todo un movimiento religioso. Fue una religión laica y, por tanto, la fe era muy importante: había que creer. Y, claro, si estás dispuesto a creer, puedes creer en cualquier cosa.

De hecho, lo ves ahora en todas las sectas y esos grupos enloquecidos.

Que en el fondo es una crisis de los grandes relatos; la gente sigue buscando alguna forma laica de fe, no está dispuesta a aceptar la soledad del hombre en el mundo, finalmente. El sinsentido y la sinrazón de la vida significan, muchas veces, la obligación de inventarse una razón a partir de ciertas proclividades, talentos o preferencias. También eso es, finalmente, el ejercicio de la libertad, que es difícil.

Edmundo Cruz dijo a Santiago Pedraglio: «Una de las características de los movimientos de izquierda tradicionales, a comienzos de los años sesenta, es su precariedad ideológica [...]. Esto predispone al movimiento marxista tradicional hacia el dogmatismo. [...] A esa precariedad ideológica se suma la precariedad ética»⁴. ¿Estás de acuerdo?

Estoy de acuerdo con la primera parte; creo que, en efecto, había una precariedad ideológica, en general. La mayoría era cultura de manual. Digo «la mayoría» y me excluyo con un pequeño grupo al que le gustaba leer; ahí estaba Guillermo Nugent —que es uno de los académicos mejor formados que hay en el Perú, pero no enseña en ninguna universidad; gran maestro, pero su relación con el establecimiento universitario no es fluida—; estábamos bajo la influencia, sobre todo en lo referido al marxismo, de Sinesio López, que así como nos enseñó Lenin, luego nos enseñó Gramsci y leímos esos ocho tomos que editó Era y vimos que la complejidad era más vasta, más grande, mayor. Ese grupo leía mucho. Recuerdo un libro que me impactó mucho, que ahora casi no se lee, *La psicología de masas del fascismo*, de Wilhelm Reich⁵, que trata de entender por qué la multitud alemana votó por Hitler y no por los comunistas. Se plantea ese problema y asocia marxismo y grupos sociales con psicoanálisis, análisis del yo. Leíamos muchas otras cosas y éramos heréticos; probablemente éramos el único grupo que leía *Historia de la revolución rusa* de Trotsky, porque ¡cómo se iba a leer a Trotsky, si era un renegado! A ese extremo llegaba el ambiente. Había una izquierda muy precaria desde el punto de vista político.

⁴ Santiago PEDRAGLIO, 2014. *Conversaciones con ojos del siglo XX*. Lima: Fondo Editorial PUPC (pp. 424-425).

⁵ Wilhelm REICH, 1980. *La psicología de masas del fascismo*. Barcelona: Bruguera.

Pero no éticamente precaria; no estás de acuerdo con eso.

No estoy de acuerdo con eso. Quizá la edad —éramos muy jóvenes—, quizá el descubrimiento de un compromiso público. Pero fíjate en que ninguno de los líderes de la izquierda pasó por la salita del SIN. Se ha dicho: «es que no eran importantes», pero había muchos que no eran importantes y pasaron por ahí. Cuando se iba al sindicato o cuando se asesoraba una huelga o cuando estábamos trabajando con una comunidad de pobladores, nadie pensaba sacar dinero de eso.

¿La llegada de la izquierda a los municipios no hizo ver otra cosa?

Hubo poquísimos casos de corrupción económica. Hubo un par de gentes que tuvieron que salir del país porque cometieron trapacerías. Y está el caso de la cooperativa magisterial, con manejos poco claros, bajo el ficticio manto de que eran recursos de las cooperativas que se usaban para el partido. Pero no recuerdo grandes casos de corrupción de la izquierda.

La ética abarca el asunto de la corrupción pero va más allá. Por ejemplo, zanjar discusiones internas mediante el uso de la mentira. Este tipo de recursos, nada éticos, no diría para zanjar diferencias políticas sino para zanjar luchas de poder dentro de los partidos.

Yo distingo siempre a la gente honrada de la gente honesta. Te hablaba de la honradez: a mí nunca se me confundió en el bolsillo el dinero del grupo con mi dinero. No le ocurrió nunca, creo que a ninguno o, en todo caso, a muy pocos, si los comparo con los promedios de otros grupos sociales o políticos. Pensaba en eso.

Pero si hablamos de honestidad, tener o no tener la capacidad de ser enterizo, de tener una actitud. Creo que la izquierda no es el mejor ejemplo de actitud enteriza. Te pongo un caso: hoy, la izquierda no ha hecho el balance de sí misma en los años ochenta. ¿Por qué se ha vetado ese balance? Porque no convenía a los que estaban en la conducción del movimiento en ese momento. No se ha hecho el balance político de esos años.

Probablemente alguno de los que no están jubilados hubiera tenido que jubilarse.

O, si no jubilarse, cambiar radicalmente de discurso y someterse a lo que eso conlleve. Pero eso no se ha hecho. No se ha aplicado íntegramente la crítica y la autocrítica a los fenómenos político-sociales y a la propia experiencia. Eso hace que, en general, hoy tengamos un cambio de rostros pero, en lo sustantivo, no un cambio ni de ideas ni de actitud. Esa acumulación paulatina de polvo, a lo largo de cuatro o cinco décadas, no se ha limpiado. Y los chicos de hoy día, que han tomado una actitud

respetable, que han tomado decisiones fuertes, que en 2016 han sido premiados —por las razones que fueren— con una importante representación parlamentaria, ni se dan cuenta ni se quieren dar cuenta. Dicen: «Somos distintos, somos otra cosa, somos otro momento, esas historias son historias pasadas, son arqueología, esto no existe para nosotros», pero no se dan cuenta de que llevan en la piel partes de esas capas de polvo. O peor aún, las tienen en la manera en la que razonan. Lo aprenderán en el camino; ojalá puedan corregirlo a tiempo.

Advierto que no has visto mucho de renovación en la izquierda a lo largo del proceso electoral de 2016.

Algo de renovación hay; para empezar hay una renovación generacional. Hay una mujer a la cabeza y eso es un cambio. Como es un cambio en el país que una mujer, la señora Fujimori, haya estado cerca de ser presidenta.

Hay otro cambio ocurrido en este proceso electoral: se ha cancelado la etapa política en la cual uno podía usar el insulto «terrorista» con impunidad. Se acabó en Arequipa cuando el secretario general del partido fujimorista y el asesor, hombres de confianza de la candidata Fujimori, insultan a los arequipeños que protestan contra ella, les dicen «terroristas» y, tres días después, ella tiene que pedir disculpas. Con esa disculpa se cancela una época en la cual toda protesta podía ser denostada y aplastada bajo la palabra «terrucos». Eso se acabó. Es el resultado simbólico de ese incidente.

De lo de «terrucos» o «terrorista» ves destellos en *Expresso* y en algún columnista.

Pero cada vez es menos; ya no tiene la fuerza estigmatizadora que tuvo durante los años noventa y buena parte de las dos décadas siguientes, en las que la palabra «terrucos» era liquidadora, estigmatizaba y el adversario quedaba absolutamente excluido de la discusión. La gente del Frente Amplio tuvo que soportar el epíteto y lo ha vencido. Es una de las cosas positivas que han hecho; es una renovación de la cultura pública del país.

Como dices bien, la conquista no es plena; la palabra anida en la cabeza de muchos, pero cada vez más se parece al «indio de mierda», que puede seguir estando en la esquina derecha de los cerebros de gentes de las clases altas pero ya no puede avergonzarse, porque el estigma se invertiría: no perjudica a quien se le dice sino al que lo enuncia.

El Frente Amplio logra una mujer como candidata presidencial con una votación nada despreciable, al lado de nuevos liderazgos; por otro lado, liquida el estigma. Y, luego, no veo mucho más; quizás una alusión programática a que el mercado está ahí, más forzado por las circunstancias y las correlaciones culturales que por convicción. Pero veo en el Frente Amplio un espacio en el cual, ojalá, pudiera producirse una renovación, una innovación.

Hay un dato post primera vuelta: cuando se discute si votar por Kuczynski o por Fujimori, el Frente Amplio es el primero en decir: «No somos dueños del porcentaje de votos que hemos recibido, no tenemos capacidad de endoso para decir “voten por Fulano” y la gente nos va a seguir». Eso también es una diferencia.

Claro, es el reconocimiento de una realidad.

La izquierda no se ha distinguido por esa capacidad.

Es verdad. Si en algún momento en los años setenta u ochenta, gente tan inteligente como Alberto Flores Galindo discutía la validez de las encuestas como método de conocimiento de la realidad, hoy día eso está fuera de toda discusión. Cuando tienes una encuesta que te indica las preferencias, los resultados desorientan a los partidos que están muy anclados en las formas de comportamiento del pasado. Antes, el líder político llegaba a la localidad y traía las nuevas —buenas y malas— y, junto con las noticias, llevaba una interpretación y la consigna. Hoy día, cuando llega al lugar más apartado, hace rato que la gente sabe de qué se trata y le piden sentidos, que es lo que los partidos no han entendido bien. La demanda sobre los partidos es como esa demanda que mencionaste, de los pequeños grupos que se afilian a sectas de distinto tipo: es una demanda de sentido; esto es, «cómo mi biografía puedo entenderla mejor en tu interpretación de los hechos y de la historia; dame ese sentido». Cuando el líder va y lleva solo consignas, está desubicado, porque la gente no le está pidiendo eso; la gente le está pidiendo sentido.

«NO SE REIVINDICA MÁS
LA REVOLUCIÓN COMO
HECHO VIOLENTO».

Una de las claves del éxito relativo que tuvo Sendero reside en que propuso un sentido a mucha gente. ¿Qué ha quedado del Perú de Sendero y de la subversión? ¿Qué herencia nos han dejado esos doce años de guerra interna?

Esa pregunta es una de las más difíciles. Me he acordado de que fui parte de un proceso parecido. El MIR fue derrotado en 1965, la mayoría de sus dirigentes fueron muertos, el partido fue desestructurado y desorganizado, prácticamente liquidado, y quedaron cuatro o cinco grupos cuyo horizonte utópico era la reconstrucción del MIR, cosa que nunca ocurrió y que nunca se llenó de un contenido contemporáneo. Siempre era como un recuerdo impreciso del 65, sin ninguna criba de crítica sobre lo que había pasado.

¿Qué queda de Sendero para la sociedad peruana? Algo importante: la convicción de que es mejor que resolvamos nuestros conflictos en democracia. No me parece poca cosa. Está en la derrota de la estrategia violenta y terrorista de Sendero Luminoso y del MRTA —aunque ellos quieran distinguirse, son parte de ese mismo fenómeno— y en el hecho sintomático de que la izquierda oficial, hasta hoy, no haya querido hacer un balance de la época de la violencia. No haberlo hecho expresa, de un lado, sus dificultades de comprensión de la democracia; si eso no se afronta, habrá un costo que ya empezó a pagar la señora Mendoza: cada vez que tartamudeó sobre Venezuela pagó un costo. Eso es un descrédito. Pero, de otro lado, que no se quiera o no se haya querido hacer ese balance también es indicador de que no se reivindica más la revolución como hecho violento. Pero todo ocurre en murmullos.

Lo que hoy se expresa de Sendero, probablemente el MOVAREDEF y algunos más, todavía tienen su fosforito encendido; por eso se niegan a abdicar del pensamiento Gonzalo y todo lo que eso supone, incluida la revolución en el Perú y en el mundo.

En el caso del MOVAREDEF, estamos hablando de miles de personas.

Estamos hablando de un sector significativo y activo, movilizad y movilizable. No es un sector de opinión; es un sector que milita, que activa, lo cual es un tema que hay que pensar como Estado. Eso en su momento fue 30% del país. Izquierda Unida creía en la revolución, con todas sus prevenciones.

Estás planteando que Sendero y el MRTA tenían a Izquierda Unida como el ejército marginal de reserva.

Como cultores, los tres, de la idea de la revolución. También como un valladar. Incluso te diría que un actor fue el gobierno de Velasco. Muchos modos no democráticos de Velasco estaban bajo el gran paraguas de la revolución. Que se fuera o no consciente de todo lo que la palabra implicaba es otra cosa.

O que cada quien le diera su propia interpretación a la palabra.

Pero, cualquiera que fuera la interpretación, en «la revolución» había un gran paraguas que hoy día no existe en el país, o no existe para un sector significativo de la sociedad. Existe como fenómeno marginal.

Era la idea de tirar del mantel, de «esto lo traemos abajo», que Sendero llevó a cabo de manera literal, con la dinamita.

Esa idea, que cobijó casi toda la protesta social del siglo XX en el Perú, hoy día ya no existe; por lo menos no con el vigor que tuvo en su momento, no con la convicción

que movilizó a decenas de miles de jóvenes. Eso ya no existe. Incluso los muchachos del Frente Amplio han cambiado la palabra revolución por la de movilización social, la protesta social o «la calle», como algunos dicen. Primero, no se atreven y, luego, no creo que piensen en la idea de la revolución como tal. En todo caso, «la calle» se parece más a las protestas de Europa del Este.

Movilizaciones en las cuales tienes ejemplos de logros, como lo que ocurrió con la ley Pulpín o lo que ocurrió con «la repartija».

O lo que ha ocurrido con las movilizaciones contra Keiko Fujimori: miles de muchachos que salen y que, cuando los ves, te das cuenta de que no son la izquierda. Para empezar, muy preocupados porque se vea con claridad que su manifestación es pacífica. Y lo lograron porque es una convicción muy profunda: «Oye, esto es pacífico», con lo cual toman distancia del epíteto y del insulto «terrorista». La «calle revolucionaria» y la «calle protesta», garantizada en el marco de la Constitución, son dos cosas distintas. Eso me parece un derivado de la época de la violencia; es una consecuencia no querida de la acción violenta. Me parece positivo y sano; un buen salto de todo ese gran periodo del terror y de la violencia.

Que es comparable a lo que dejó la Guerra Civil en España. Si algo se sacó en limpio fue: «esto no tiene que ocurrir más; nos entendemos como sea, pero esto no puede volver a ocurrir».

Si. De cualquier manera, el resultado es el mismo: la valoración de la vida en paz, de la resolución de los conflictos de modo pacífico y, por esa ruta, la asunción de la democracia como un horizonte de vida pública y de actitud personal. En ese proceso, la izquierda militante va retrasada en el camino. Los muchachos, los de «la calle» van mucho más rápido; han interiorizado y asimilado eso con mucha claridad. Ese es un saldo muy positivo.

Sobre el legado de Sendero veo un punto negativo. Creo que no se interpretó por qué se dio Sendero y no se ha interpretado hasta ahora en vastos sectores. No solo en lo que escriben columnistas de extrema derecha sino, en general, Sendero sigue apareciendo como una locura.

Para muchos es una interpretación, pero no sé si es la interpretación que la sociedad peruana le da de los hechos. Hay claramente un prejuicio de origen étnico en retirada. El «indio de mierda» que se podía decir en 1960 a plenitud, a voz en cuello, hoy nadie se atreve a pronunciarlo. La «choledad» —para usar la palabreja inventada por Nugent— ahí está, orgullosa, en Asia, los viernes y sábados por la noche y comparte espacio con el blanquerío y hasta se desean, chicos y chicas. No niego que existan

reductos muy intensos del prejuicio étnico, recalcitrantes, resistentes, tenaces. Pero, como promedio social, eso ya no existe. Si existe, es como una pulsión reprimida. Y creo que eso tiene que ver, en parte, también con la época de la violencia y el terror. El país conoció un mundo que no conocía o que conocía a través de las novelas de Arguedas y Ciro Alegría, y como sabemos este es un país que lee muy poco. Las clases altas —aunque no solo ellas, es verdad— no leen ni a Mario, al que todos citan permanentemente como su amigo —más ahora que aparece en el *¡Hola!*— pero no lo leen. Todavía hay un conflicto de sensibilidades en el país pero, cada vez más, va del conflicto entre lo cholo y lo no cholo a un compartir democrático de la sociedad, del espacio en que vivimos, incluso de una ética del trabajo. El mundo cholo trabaja mucho y ellos no perciben el mismo esfuerzo en otros sectores; del lado popular, del lado cholo, hay una demanda de esfuerzo; no lo dicen así sino que dicen: «Yo sí chambeo, tú te la llevas fácil». Eso también es resultado, no de Sendero sino de esa época, que incluye el gran fenómeno migratorio que cambió el rostro social del Perú. Además, hay una valoración de los derechos humanos en la sociedad.

He visto en la televisión que la mayoría de los consultados están por la reimplantación de la pena de muerte, base sobre la cual Keiko Fujimori plantea que debe disponerse la pena de muerte para violadores de niños menores de siete años.

Una sociedad con miedo es capaz de cualquier cosa. No hay que olvidar que esas reacciones son de gente que tiene miedo, que ha perdido su barrio, su calle, que no puede ir al parque a partir de las siete de la noche, que vive en su casa porque no puede salir, que está temerosa de que la hija no regrese porque la asaltan o la violan. En ese sentido, solo en ese sentido, hay una situación parecida a la que encontró el papá de Keiko: gente asustada, temerosa, por la onda expansiva del delito. Ahora es la delincuencia la que causa ese efecto.

Pero cuando ves la protesta de un muchacho en la puerta de una discoteca porque no lo dejan entrar debido a que es de otro color, y gana, ves que algo está cambiando. Cuando los que hacen programas de televisión se ven obligados a poner gente de otro color porque si no es demasiado evidente y los denuncian, algo ha cambiado. En general, hay una mayor valoración de los derechos de la gente, debida a la gente misma, no necesariamente por las instituciones.

Sendero trasladó el miedo a otros grupos sociales. Lo había empezado a hacer Velasco; fue un gobierno que en su momento combatimos y ahora veo a toda mi generación convertida tardíamente en velasquista. Yo, no. Creo que fue un gobierno autoritario que nos complicó la vida porque, si hubiéramos vivido en democracia, la posibilidad de que esa generación nuestra se insertara políticamente en el sistema hubiera sido distinta.

Imaginemos que no hubiera ocurrido Velasco, hipótesis contrafáctica muy difícil de imaginar. ¿Qué hubiera ocurrido? Probablemente los partidos políticos, que ahora llamamos tradicionales, hubieran seguido en el juego de su alternancia y la izquierda hubiera seguido soñando con la revolución. Creo que los planes de Abimael Guzmán y el sueño enfervorizado de la izquierda con los fusiles crecían por su cuenta. No creo que Velasco los precipitara. No veo una conexión directa entre Velasco y Sendero.

Te voy a dar un elemento a tu favor: sin Velasco, contrariamente a lo que piensa un sector del país, la revuelta senderista hubiera sido mucho más grande. «Sin Velasco» significa, en el campo, la hacienda a plenitud. Hay quienes dicen que con la hacienda a plenitud había un sistema de dominio sobre lo rural que hubiera garantizado que Sendero no tuviera peso. Pero quienes dicen eso no se dan cuenta de que había una multitud votando contra la hacienda. ¿Qué es, si no, la migración? Es huir de las condiciones nefastas del entorno hacendario. Y, luego, en los comienzos de los años sesenta tenemos todas las revueltas campesinas. Hugo Blanco, las tomas de tierras; había un movimiento. Sin Velasco, el campo sí hubiera estado fértil para que Sendero Luminoso encontrara mucho mejores condiciones. Eso es verdad y te lo doy como un elemento a favor de lo que dices.

Pero ahora voy a mi argumento. De no ser por Velasco, un segmento juvenil de clases medias pudo haber derivado en la política, como derivó de hecho a fines de los años setenta, cuando entramos en el proceso electoral. Sin Velasco, eso se hubiera adelantado.

Para un sector fue fácil ser revolucionario en un momento en el que el gobierno te dice que la idea de la revolución estaba legitimada en el país: el presidente de la República hablaba en nombre de la revolución peruana. Incluso su sucesor —después de que ha dado el golpe que le vale que Basadre le llame «felón»— dice a los visitantes que llegan: «La revolución que hoy te despide es la misma revolución que te ha acogido a tu llegada». La revolución.

Morales Bermúdez tenía necesidad de mentir.

También. Pero, si Sendero está presionando, si hay tanta convicción en la revolución, por qué la izquierda tomó la ruta de las elecciones. Tiene que ver con que hay sectores de las clases medias que tenían una ruta natural en el proceso democrático. Probablemente, Gustavo Gutiérrez sea el responsable de que no haya en el Perú una gran democracia cristiana, como la hay en Chile; buena parte de la juventud comienza a salir de la ruta demócrata cristiana hacia la ruta izquierdista a través de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos y luego las comunidades eclesiales de base.

Ese recorrido tiene dos etapas. Hay una primera etapa en la que Gustavo Gutiérrez, recién llegado de sus estudios en Europa, mete una primera cuña que desfavorece a la democracia cristiana; es la etapa de «la distinción de planos». Él viene muy fuertemente influenciado por una teología que va contra la fórmula alemana, la fórmula italiana y la chilena; va contra el partido político de la cristiandad. Metida esa cuña, que impide que el católico militante en serio se vaya naturalmente a la democracia cristiana, hay una segunda etapa que es la teología de los pobres, la teología de la liberación. Ahí ya no se plantea solamente que no debes optar por la democracia cristiana, sino se levanta una construcción ideológica que en definitiva conduce a optar por algún partido de izquierda.

Con lo cual concluimos que es un gran estrategia.

Sí. No sé si derrotado, habría que añadir, pero sí, la suya fue una gran estrategia.

Porque se mueve en un entorno determinado y requiere hacer movimientos muy lentos, esos movimientos que solo la Iglesia sabe hacer, que toman años, van pasito a pasito, casi imperceptiblemente, y van desplazando un gran monumento.

Creo, sin embargo, que jaló la cuerda más de lo que debía. Le hizo decir a Landázuri cosas que hoy lees y no puedes creer, que te parecen inverosímiles. En los discursos, ¡Landázuri se situaba a la izquierda de Velasco! Y eso era la mano de Gustavo Gutiérrez, un gran político. Aunque llevó la cosa un poco lejos y contribuyó a una reacción en contrario que hoy personaliza Cipriani. Así como se ha publicado el libro *Cipriani como actor político*⁶, se podría escribir en retrospectiva un texto sobre Gustavo Gutiérrez, actor político.

Estudió medicina; su tesis es sobre el concepto del inconsciente. Es un personaje muy complejo, muy culto, políglota, de una cabeza política muy compleja. Es una lástima que no fuera un político; probablemente perdimos cosas.

«PERCIBO LA APARICIÓN DE UN
VALOR MUY FUERTE ENTRE
LOS JÓVENES, QUE ES EL VALOR
DE LA AUTENTICIDAD».

⁶ Luis PÁSARA y otros, 2015. *Cipriani como actor político*. Lima: IEP (segunda edición).

Has enunciado varias veces a «la calle» y has escrito textos en los que te referes a un elector joven que combina nuevas motivaciones. ¿Tienes un mejor perfil de los jóvenes?

No tengo una investigación sociológica sino observaciones calificadas. Percibo la aparición de un valor muy fuerte entre los jóvenes, que es el de la autenticidad. Reclaman lo auténtico. Hay un libro que han escrito dos chicas jóvenes en el IEP⁷, que te dice mucho acerca de cómo piensa este sector juvenil de las clases medias o de los sectores juveniles populares, que solamente quieren zapatillas de marca, que no están dispuestos a lo «bamba», quieren lo que es auténtico. Con lo cual te digo que la autenticidad no necesariamente significa grandes valores; significa solamente lo auténtico.

¿Cómo aparece esto en la vida pública? Te he puesto alguna vez el ejemplo de Alan García, con esa seguridad abrumadora y muchas veces impostada que luce, diciéndole a la entrevistadora —sabiendo que miente—: «La reto a usted a que mañana mismo, en este canal, muestre el video donde digo eso que está usted diciendo, que es evidentemente una calumnia». Y en ese mismo momento, en Los Olivos, Comas, Villa María del Triunfo, Miraflores o San Isidro, hay un muchacho que ha visto y ha escuchado, se ha metido a la web, ha encontrado el video y cuatro o cinco minutos después lo sube a la red y comienza a circular. El personaje queda puesto en evidencia. ¿Qué piensa ese muchacho? «Estás mintiendo y voy a demostrar que estás mintiendo, que sí dijiste lo que dijiste». El castigo a Toledo en esta elección —menos del 1,5%— tiene que ver con todas las mentiras que dijo frente al país, televisado, alrededor del tema de Ecoteva.

Ha aparecido este valor de la autenticidad entre los jóvenes y eso ha subido la vara de la medición pública de los políticos. Sin eso, no me explico la derrota de García. Es una vara pública más alta, elevada por un sector, sobre todo juvenil pero no solo estrictamente juvenil: estoy pensando en gente de cuarenta años, que en 2016 estuvo leyendo los programas de los planes de gobierno de los partidos políticos. Si ves Facebook, es gente que ponía comentarios sobre los planes: ¿cuándo has visto al electorado peruano leyendo los programas políticos para decidir su opción, su voto, su preferencia! Leían y compartían: «he leído, miren esta parte del programa de tal, lean esta parte del programa de cual». Es una vara nueva. Eso no existía.

Hay grupos de empresarios jóvenes que se preocupan, aun cuando sea como obra caritativa, y son capaces de ponerse a la espalda una bolsa de juguetes en Navidad, para ir por las alturas de los cerros, por los barrios por los cuales pasan cuando hacen

⁷ Francesca UCCELLI y Mariel GARCÍA LLORENS, 2016. *Solo zapatillas de marca. Jóvenes limeños y los límites de la inclusión desde el mercado*. Lima: IEP.

deporte en moto, y dejar juguetes para los chicos, a los cuales ven todo el año mientras pasan en la moto. Eso te habla de otra cosa. Hay gente interesada en lo bien hecho, empresarios que quieren hacer bien lo que están haciendo. Quieren ganar dinero —por supuesto, son empresarios— pero quieren ganarlo haciendo las cosas bien y teniendo orgullo de esas cosas que hacen bien. Eso me parece novedoso. Me parecen signos de una moral distinta en la vida pública, que comienza a aparecer. Los cambios que han habido en los últimos tiempos se explican por gente que no tiene convicciones políticas muy intensas, pero tiene convicciones ético-morales muy fuertes.

El electorado peruano en los últimos cuarenta años es muy estable. Sus preferencias son muy estables; lo que pasa es que la oferta cambia. Aparecen Acuña, Guzmán, Verónica y PPK. Los ciudadanos están evaluando y desechando a partir de miradas muy estables, ético-morales, de la autenticidad como un elemento importante. «Que no me mienta, que no me diga que es un ángel, y a lo mejor concluyo que necesito un demonio en la presidencia y lo voto. Pero que, además de ser lo que es, quiera decirme que soy tonto porque me puede mentir de un modo tan obvio...».

Acuña era un tipo transparente.

Y mira cómo le fue. Pero, al final, también le cobran a Acuña; cuando comienza a aparecer tanto plagio, la gente hace el contraste entre lo que hace y su función como rector de una universidad. Él se da cuenta y contrata prestigio, y se presenta tal cual es, orgullosamente.

Estos sectores que identificas y dibujas a trazos rápidos son todavía relativamente minoritarios, ¿no?

Pero muy activos. En 2016, como en ninguna otra elección, ha habido un peso muy importante de las redes sociales y de internet. Estos sectores movilizan internet y las redes sociales, con un impacto muy vigoroso. 34% de la población peruana tiene acceso a internet —no es poco, es un tercio del país— y de ese tercio del país, 22% tiene acceso a internet a través de los teléfonos móviles; sectores menos acomodados aspiran a tener un *smartphone* y moverse en el mundo. Te he puesto el ejemplo de García y del video que circula cuatro o cinco minutos después de sus declaraciones y su impacto es devastador. Y, en una conferencia de prensa, el candidato a vicepresidente en la fórmula de la candidata Fujimori dice: «Están circulando en redes unas fotografías y yo...», y se ve obligado a contestar. Sí, es un sector minoritario pero tiene un peso multiplicado por su impacto en las redes y, por esa vía, en los medios.

¿Eso es lo que te hace tener esperanza? Vemos inseguridad, crimen organizado, corrupción, aparatos del Estado penetrados y pervertidos, un menú de candidatos presidenciales en 2016 que no era demasiado provocativo. Pero lo que escribes y lo que dices en esta conversación tiene un signo de esperanza.

Pienso que en política —y eso es lo que me apasiona—, a diferencia de lo que dijo Tomás el santo, ver para creer, para ver hay que creer. Y si no encuentras en la realidad elementos que te permitan creer y generar convicciones para empujar los cambios, nunca verás. No es puras ganas de creer. Hay procesos que están ocurriendo, con todos sus riesgos. En una mirada interesada, si quieres, me parece verlos; están ahí, actuando; han actuado en esta elección. Han sido capaces de que un político como García haya sido derrotado. No es poco. Y lo atribuyo a esa demanda de autenticidad que ha terminado permeando distintos grupos sociales, más allá del número específico de gente.

Creo que también hay un surgimiento tortuoso —débil, si quieres— de sectores de clase media que antes no existían. Hay una discusión fuerte: la izquierda dice que son precarios, van a perecer pronto, tienen los días contados; en cuanto haya el primer remezón, dejarán de existir. Pero ahí están y están consumiendo. Si uno se desplaza a los sitios donde antes se veía pobreza, uno ve enormes edificios, centros comerciales y ve ahí a la gente consumiendo lo mismo que consumes en Miraflores: el Pardo's Chicken, el Kentucky... En las tiendas no se consume lo mismo: el Saga Falabella de Miraflores y el Saga Falabella de no sé dónde no ofrecen lo mismo y muchas veces los precios también son diferentes. Sin embargo, hay una explosión del consumo como nunca la ha habido y hay una oferta muy diversificada. Lo mismo pasa en la cultura. Acabo de ir en Chorrillos a una exposición en el Centro de Altos Estudios Nacionales —ahora no Militares— de plástica latinoamericana, llena de gente. Y cuando miras el tipo de gente, no te encuentras a la «Gente Como Uno», sino a un público muy variado, mirando. La oferta cultural que hay en Lima es muy pobre o, más bien, pequeña, para la demanda cultural que existe.

Las posibilidades de cambio, para volver a tu pregunta, la veo en esta sociedad muy vigorosa, con todas las taras que tiene, con todas las dificultades, con el achoramiento que describiste en su momento, con esa ruptura de reglas; pero, al mismo tiempo, en un proceso paulatino de civilización. Con una ventaja: hay un estamento de la sociedad que —a ese proceso de civilización, que para mí es aprender la forma de compartir la vida en la ciudad— trae un bagaje cultural muy denso. Vete al mercado de Lurín, donde hago mis compras los sábados, y vas a mirar un mundo muy denso. Hay una mirada que lleva un código de interpretación de los hechos, muy fuerte.

¿Dónde veo la dificultad? En nuestras élites, que son precarias. No logro entender cuál es la razón del bloqueo pero estamos demostrando muy poca capacidad para

crear nuevas élites, en todos los ámbitos; no pienso solo en la vida política. En la ciencia, la dificultad que tenemos para contar con una masa crítica que nos permita tener un gran instituto de investigación científica en Iquitos, dedicado al área amazónica. En la literatura, ¿dónde está el Vargas Llosa de 24 años? ¿Acaso no se dan personajes así en el mundo contemporáneo? Uno mira la política en Estados Unidos y ve renovación: Obama fue renovación, Clinton a su manera, viniendo desde muy atrás, es renovación. Sanders, pese a la edad, es renovación. Miras la política francesa y ves renovación. Ves la política española y la irrupción de Iglesias y de Ciudadanos es el ingreso de un personal relativamente calificado; puedes estar de acuerdo con sus ideas o no, pero tienen una elaboración sobre el país. Eso no lo vemos aquí, casi en ningún ámbito. Los propios conglomerados empresariales tienen dificultades para que los sucesores de los fundadores se hagan cargo de esos conglomerados, salvo algunos.

En este cuadro, ¿qué quieres hacer tú? ¿Qué crees que para ti vale la pena hacer en el Perú?

A mí me gustaría participar en la construcción de un espacio político socialdemócrata, que es el espacio vacío de la política peruana. De algún modo, quiso llenarlo la reciente irrupción de Acción Popular. Por las razones que se ha visto, no ha logrado hacerlo; si corrigen, probablemente lo logren. Pero creo que ahí hay temas que tienen que ver con eso que hemos conversado, el nuevo baremo social de la autenticidad, finalmente. En los próximos cinco años vamos a ver desplegarse las dificultades de que el centro político esté tan debilitado y los extremos tan fortalecidos. Habría que intentar fortalecerlo.

Me gustaría participar en la creación de algo y que pueda ser como la posta que entregas a los chicos que vienen. Porque hoy, lo que hay es simplemente el trasvase de lo anterior. El Frente Amplio es distinto de Izquierda Unida pero se parece bastante, en actitudes y en ideas; algunas ideas han cambiado pero no tanto. Lo mismo pasa con el APRA. Y, con sus características propias, lo mismo con el Partido Popular Cristiano. En general, veo que el pasado se proyecta sobre el presente y el futuro, con una sombra demasiado vigorosa. Nos faltan nuevas siluetas, nuevas ideas, nuevas actitudes y me gustaría colaborar en construir una propuesta más contemporánea para el país. A lo mejor me da el tiempo; a lo mejor, no. Pero es lo que quiero hacer.

FELIPE ORTIZ DE ZEVALLOS:
**«PARECEMOS UN CONJUNTO DE GAMONALITOS, DONDE CADA QUIEN
DESEA HACER LO QUE LE DA LA GANA EN SU PEQUEÑA CHACRA»**

Es difícil ubicarte en un sector. Tus lecturas y tu capacidad de reflexión superan la de un empresario, pese a que también lo eres y has tenido éxito como tal.

Bueno, he gozado de algunos privilegios ¡y no poca suerte! Tampoco le he corrido a la chamba dura. La suerte, la buena estrella, es siempre relevante en la actividad empresarial, aunque APOYO, más que una empresa típica, es una firma de servicios profesionales. Y su éxito no se ha debido tanto a que yo sea un buen ingeniero, economista o gerente, como hay otros. Sí creo tener la ventaja competitiva de saber resumir bien sobre casi cualquier tema. Claro, ello requiere de una cierta sindéresis instintiva para distinguir rápidamente lo que es importante de lo que es accesorio en cada caso. Creo que en APOYO hemos logrado institucionalizar bien esta cualidad. Varios de los miembros de su equipo profesional trabajan conmigo hace varias décadas y son, en varios aspectos, mejores que yo. Nuestros informes suelen caracterizarse por centrar bien los temas y estar escritos en un lenguaje directo, claro y objetivo. En un medio como el peruano —en el que más bien abundan las presentaciones extensas, grandilocuentes, viscerales, desordenadas—, eso constituye una ventaja competitiva. Algo de mi huella está allí. Alguien afirmó, no hace mucho, que se requieren 10 000 horas para alcanzar competitividad global en algún oficio específico. Bueno, tal vez APOYO funcione como una escuelita, y el que pasa un lustro allí, adquiere esa disciplina. Y creo que nuestros clientes la aprecian bien. Más allá de las consideraciones personales, por cierto.

¿Es el Perú un país «dulce y cruel» como decía don Jorge Basadre, o es hoy más cruel que dulce?

Hemos sido un país dulce y cruel, de turrones y alfajores, de terremotos y huaycos. Hasta el siglo XVIII, el azúcar era un bien de lujo. Por ello, nuestros refinados postres coloniales lo recargaban con bastante pretensión. Y país cruel, bueno, hechos como

la feroz ejecución de Túpac Amaru constituyen un hito relevante en el proceso de nuestra identidad histórica. Entre otras frases suyas, Basadre escogió esa como título para su último discurso público, dado en Tacna en 1979, pocos meses antes de morir. La frase también tiene su toque de nostalgia. Algo como el «no me une el amor sino el espanto» que fraseó Borges sobre Buenos Aires. Los peruanos somos nostálgicos, más que en otros países.

¿No crees que la crueldad entre personas, en las relaciones humanas, haya aumentado? ¿Notas que en este país la vida cotidiana es más cruel?

Muertes violentas hay ahora bastante menos que hace treinta años. También hay que tomar en cuenta que la globalización despierta una multiplicación de expectativas que es generadora de frustraciones, también desata vínculos afectivos tradicionales y provoca muchos temores justificados. Las personas tienen a su disposición más bienes y servicios materiales, pero en un contexto que es más incierto, riesgoso y con menor contenido espiritual. Y se ha comprobado que la mente humana, cuando pierde algo, sufre el doble de lo disfrutado al adquirirlo; así que nos podemos sentir peor teniendo lo mismo o, incluso, más que antes.

Sí es cruel que el Perú no logre aún un índice de desarrollo humano que sea correspondiente con el de su PBI relativo, que la principal preocupación de su población sea actualmente la inseguridad en las calles, o que nuestro sistema judicial sea corrupto y poco eficiente. Atenuantes para estas falencias son nuestra complejidad y una geografía tan complicada y desafiante. Basadre concluía que nuestro atraso relativo era consecuencia, en esencia, del Estado empírico y el abismo social.

«LA SOCIEDAD PERUANA
ES UNA DE LA CUAL NADIE PUEDE
SENTIRSE ORGULLOSO, AÚN».

Lo que puede haber aumentado es la indiferencia y la desconexión. La gente cuenta ahora con la tecnología para funcionar más autónomamente, puede ser más indiferente a los demás y ello puede generar una actitud más cruel en el sentido de una menor solidaridad social. Los otros nos pueden importar menos. También eso es un signo de la época; hay una dinámica tecnológica mundial que no llegamos a entender. Y la tolerancia del ser humano a la incertidumbre no es muy alta. Uno va hoy día a Europa o a Estados Unidos y se queda totalmente sorprendido de la manera en que la política ha retrocedido en términos de impulsos más primarios y de líderes

más chatos o demagógicos. En los años cincuenta o en los sesenta, cuando estudiábamos, era más fácil poner las cosas en una categoría específica y trabajar a partir de ellas.

Entonces también creíamos que otro mundo era posible.

Había una actitud más entusiasta, sí. América Latina era vista como un continente con futuro y había que encontrar maneras de cortar camino para acelerar un proceso al cual estábamos predestinados. Hoy, en cambio, uno observa Venezuela y hay la inquietud de que así como se puede mejorar, también se puede empeorar. El futuro es visto como uno incierto y ambiguo, ancho y ajeno. ¿Quién nos salva de él?

En el camino de quién se salva no solamente hay indiferencia sino crueldad y tengo la impresión de que hemos retrocedido en diversos terrenos, en medio del sálvese-quien-pueda, que algunos llaman capitalismo salvaje. Quizás ese proceso —que, dices bien, es mundial— a algunos países los agarró en un momento un poco más civilizado. A nosotros nos pescó un poco menos desarrollados y de pronto han salido cosas más primitivas, muy primarias que uno ve en la vida cotidiana. ¿Tú lo ves así?

Sí, es cierto. La sociedad peruana es una de la cual nadie puede sentirse orgulloso, aún. Somos una república pendiente.

¿Por qué no ha sido posible construir un Estado que sea representativo de los intereses generales y que, al mismo tiempo, sea eficiente, donde la ley se acate y se cumpla?

Por insuficiente estabilidad, tal vez; por demasiados cambios y trastornos; por falta de instituciones y valores adecuados. Raúl Porras decía que la conquista de Quito marcó el inicio del fin del Tahuantinsuyo. Que el imperio inca se derrumbó solo. Luego, el Perú fue centro de un virreinato importante que duró 250 años. Esto marcó la personalidad de Lima como ciudad. El concepto de «la ley se acata pero no se cumple» se originó como un derecho del reino de Navarra y de las regiones vascas en el proceso de la integración española. Luego fue la costumbre usual en la Colonia, por el largo tiempo y la mucha distancia respecto de la metrópoli. También se enraizó, por entonces, el «Para mis amigos, todo; para mis enemigos, la ley». Algunos virreyes solo vinieron para enriquecerse. No tuvimos burguesía, ni valores modernos, ni desarrollo científico, ni mayor competencia comercial. Y, en nuestros textos de historia, a veces escondemos en un pie de página el que fueran más los peruanos que pelearon en Ayacucho a las órdenes de La Serna que de Sucre. Luego vino el militarismo, consecuencia de los enfrentamientos de caudillos. El Partido Civil, que curiosamente se llamaba «Independencia Electoral», se funda recién en 1871.

Siguió el terrible trauma de la guerra con Chile y más militarismo. Recién a inicios del siglo XX, a partir de un consenso frágil, empezamos a entrever las ventanas de una tenue modernidad, aunque esta era aún una clasista, que marginaba al mundo andino y provinciano.

En esa periodización histórica te detienes antes de la parte que tú y yo hemos visto de cerca, que son los últimos cincuenta años, en los que han fracasado gobiernos civiles como el primero de Belaúnde y el primero de García, y se ha visto fracasar también gobiernos militares. Pero el fracaso de los gobiernos civiles se siente más, porque son gobiernos elegidos por voto popular, en elecciones más o menos limpias. Y han fracasado en la creación de un Estado —no quiero usar la palabra inclusivo, que está de moda— que represente intereses generales y sea relativamente eficaz.

A ver, qué podríamos comentar del belaundismo y del primer gobierno de Alan García. Creo que en el caso de Fernando Belaunde —quien en alguna medida ingresó a la política para terminar de limpiar la imagen familiar por acusaciones injustas contra su abuelo—, había un romanticismo económico, la búsqueda de un voluntarismo de cooperación popular: el pueblo lo hizo, la conquista del Perú por los peruanos. Belaunde fue mucho mejor como candidato que como gobernante. Recuerdo que en 1980 acompañé a un famoso editor del *New York Times* a una entrevista con Belaunde después de las elecciones. El presidente reelecto lo subió al último piso de su edificio para enseñarle, desde allí, algunos de los proyectos de vivienda de su primer gobierno. De regreso a la sala, John Oakes le preguntó: «A grandes rasgos, ¿cuál será su política económica?». Belaunde lo miró y le repreguntó: «Sabía Ud., Mr. Oakes, que los incas crearon un imperio que no usaba dinero?». Oakes, quien fue un liberal de izquierda, me comentó sorprendido en el ascensor: «*What a crazy nice fellow!*».

Si se mira atrás, en el primer gobierno de Belaunde se lograron avances, pero a un ritmo mucho más lento del esperado, en un contexto con crecientes expectativas sociales. El tema de La Brea y Pariñas generó una convulsión que acentuó la sensación de frustración respecto de ese gobierno.

Entre 1985 y 1987, Alan García intentó comerse la zanja, hacer más cosas de las posibles en muy poco tiempo, atropelladamente, utilizando un voluntarismo carismático y desoyendo los consejos más racionales. Aún recuerdo un CADE en Huaraz. Manuel Moreyra y yo habíamos alertado de los riesgos de un agotamiento inminente de divisas. Pero el presidente García clausuró la reunión con una afirmación emocional: «¡Yo sé de dónde vamos a obtener las divisas!» Y, sorprendentemente, fue ovacionado por los asistentes, ejecutivos supuestamente racionales. Me quedé impresionado ese día del poder emocional de la palabra y de la voluntad.

Por entonces, dos o tres veces, tuve reuniones privadas con el presidente García para sustentar por qué consideraba erróneo manejar las cosas de esa manera, para alertarlo de que la economía se iba a estrellar como consecuencia. Respondía: «Si no hago esto, en el extremo, Sendero nos alcanza». Esta actitud juvenil de forzar los plazos, de querer suspender las leyes básicas del equilibrio, hizo que todo finalmente explotara y que, en efecto, pareciera que Sendero nos iba a alcanzar.

Más allá de Belaunde y de García, más allá de los personajes, son dos grandes momentos en los cuales se deposita una gran expectativa de cambio, de reforma...

Que no se llegó a instrumentalizar.

Que no se llegó a instrumentalizar. Pero en ese cambio deseado y en esa reforma propuesta había un común denominador: la construcción de un Estado que representara intereses mayoritarios. Supe que en la campaña de 1990 Mario Vargas Llosa se sorprendió porque él pensaba...

Que la dirigencia provinciana de los partidos tenía alguna representación. Esa fue una de las realidades que lo frustró.

Otra que al parecer lo trastornó es que él pensaba, desde un pensamiento liberal, que la gente quería menos interferencia del Estado, que no los jodieran, y se encontró con que la gente demandaba más Estado. Creo que demandan más Estado, no en el sentido intervencionista, regulador de la economía, sino en esto de lo que estamos hablando, un Estado que nos represente a todos.

Un Estado de derecho, de un Poder Judicial eficaz, de jueces en los que uno confíe, de policías...

De una educación que sirva para algo, de un sistema de salud que te evite morirte si no tienes una tarjeta de crédito. Eso que es —no sé si hoy sigue habiendo esa demanda— un representante colectivo de los intereses de todos. Esos dos momentos, García y Belaunde, mencionados como ejemplos, fueron dos grandes frustraciones. ¿Crees que todavía se puede hacer ese Estado?

Sí, creo que sí. La nueva tecnología lo puede facilitar incluso. Miremos lo sucedido en un sector como educación. Conozco a alumnos míos bastante calificados que se quedan trabajando en el Ministerio de Jaime Saavedra hasta las once de la noche. Una referencia interesante que puede marcar las distintas épocas resulta de identificar el lugar del sector público en el que se trabaja con entrega y compromiso, todos los días, hasta las once de la noche. En los años setenta, en el Acuerdo de Cartagena se trabajó así.

Se perfilaba el Grupo Andino y sus procesos de industrialización, que fracasaron estrepitosamente. Se pretendía ilusamente hacer vehículos andinos para los que partes distintas se hicieran en diferentes países, dentro de un sistema cerrado y protegido. En varios otros momentos —demasiados, lamentablemente—, en el Ministerio de Economía y en el Banco Central se ha tenido que trabajar hasta tarde, por las angustias para financiar el déficit fiscal y para renegociar la deuda externa. Hoy, Julio Velarde puede irse a su casa a las cinco de la tarde y a nadie le molesta. Ahora tenemos en el Ministerio de Educación a alguien razonablemente articulado como Jaime Saavedra, quien tiene una experiencia y una formación académica valiosas; fue vicepresidente para Pobreza en el Banco Mundial. Él ha planteado con claridad sus objetivos y definido una estrategia razonable para alcanzarlos. Ha formado un grupo —alrededor de la alta dirección suman unos veinte— con gente talentosa y joven, que se queda hasta las once de la noche trabajando en la instrumentalización de su plan y cuando se analiza la data de América Latina, resulta que el factor que más afecta la calidad de la educación en un país es la duración promedio en el cargo del ministro de Educación. Y en el Perú lo cambiábamos con cada huelga del SUTEP. En 1945, a Jorge Basadre, apenas lo dejaron actuar... ¡cuatro meses!

Actualmente, el tema de la inseguridad es terrible, tanto que hay gente pidiendo toque de queda porque cree que le van a robar camino a la bodega. En salud, no se ha avanzado lo suficiente. Pero no hay razón para que la bonanza registrada en los últimos diez años no permita sentar las bases para aspirar a un Estado mejor.

¿Qué crees que ha faltado?

Liderazgo, falta de integración al interior del gobierno, quizás. El gobierno de Ollanta Humala ha sido uno muy raro, porque se inicia con un proyecto de gran transformación, que se convierte en una hoja de ruta algo insípida, aunque ofrece el espacio, curiosamente, para convocar a tecnócratas como Saavedra, quien puede discutir de economía de igual a igual con el MEF. Con mejores finanzas públicas, se están recomponiendo las prioridades nacionales. Nos hemos demorado en tomar conciencia de esta realidad por la insensibilidad a la que te referías: «Yo educo a mis hijos en un buen colegio, es caro pero funciona, el resto que vea cómo hace». Eso ha empezado a cambiar.

Porque si no, nos hundimos todos.

Sí, se descuajeringa todo. Hace poco el gobernador del Cusco se reunió con representantes del sector empresarial y les dijo: «Esto es una tarea en la que ustedes no están colaborando con el compromiso con el que deberían». Eso no pasaba antes. Es una nueva actitud, que ojalá genere una nueva relación. En el mapa peruano, hay en el sur

—Apurímac, Ayacucho, Huancavelica— un espacio que, si lo ponemos en vitrina crudamente, le recordaría a todo peruano su responsabilidad mínima de contribuir.

«SE NECESITA DE MÁS
CONSTANCIA, CUALIDAD
QUE EL ADN CRIOLLO
NO VALORA MUCHO».

¿Aún sería posible construir el Estado «en forma» que reclamaba Basadre?

Creo que sí, aunque para ello se necesita de más constancia, cualidad que el ADN criollo no valora mucho. Preferimos la improvisación, con la que, también hay que reconocerlo, a veces se logran resultados sorprendentes. En las últimas décadas, se ha avanzado bastante bien en diversos aspectos de la transformación económica: ¡hemos sido la economía con mayor crecimiento de la región! Nuestra macroeconomía es estable; nuestro sistema financiero, bastante sólido. No así la política, ni lo institucional, donde hasta podemos haber retrocedido. Rara paradoja. La crisis actual de los partidos políticos es obvia y nuestra organización política nacional una muy barroca. El Perú cuenta con veintiséis regiones, elige a dos mil alcaldes, Lima tiene 43 distritos. Nos iría mejor si un día, como por acto de magia, pudiéramos dividir todo por tres: quedarnos con solo nueve regiones, setecientos alcaldes y quince distritos capitalinos. ¿Será posible avanzar en tal sentido? Ojalá. Si no, la administración descentralizada va a seguir bastante complicada e ineficaz. Y puede caer en manos de la corrupción organizada.

Para evitarlo se requiere de partidos políticos, pero unos que superen el caudillismo cortesano y su burocratismo tradicional para convertirse en espacios que nutran la discusión de ideas y la elaboración de agendas. De los demasiados partidos inscritos para las últimas elecciones, algunos solo funcionan como vientres de alquiler para candidaturas ajenas. Deberíamos convergir hacia no más de seis o siete partidos representativos. Pero que estén mejor financiados, que estimulen la participación ciudadana, que se extiendan por todo el país, que formen cuadros para la carrera pública, que puedan plantear programas realistas para cada instancia de gobierno, que practiquen una cultura política más moderna.

Entre tanto, el gobernador de Loreto plantea separarse del Perú.

Sí pues, aún hay mucho por hacer. La fundación alemana Bertelsmann elabora unos indicadores de transformación económica y política. La transformación económica del Perú está razonablemente bien, pero el índice de transformación política está bastante mal.

A los partidos políticos peruanos los alemanes los califican con cuatro puntos sobre diez, mientras que los partidos políticos de Bolivia se sacan siete sobre diez. El que solo una minoría reducida de congresistas esté inscrita en un partido nacional genera un grado de inestabilidad e incertidumbre elevado. Y limita la disciplina. Así, se demoran años en elegir al Defensor del Pueblo. Y todo ello afecta a la institucionalidad. En el Congreso circulan demasiados intereses privados y muy poco alineamiento respecto de lo público. Eso genera una sensación de caos que, si no se ordena pronto, puede generar riesgos como el que señalas de Loreto. ¿Y Cajamarca?, ¿Puno?

Es frecuente que se diga que el Perú está andando bien en términos económicos y ha mejorado en niveles de pobreza, pero lo que falla es la política. Los políticos no los hemos importado, son generados por el país mismo; la sociedad no puede echar la culpa a los políticos; este es un argumento fácil de decir pero falaz. Los políticos son los nuestros, los que votamos. Tenemos que hacernos cargo de que los políticos son tan peruanos como los electores.

Es válido tu punto. Y es sorprendente la poca renovación mental. En la izquierda misma: Verónica Mendoza convoca a una primera reunión con los veinte congresistas electos por el Frente Amplio; pero Marco Arana tiene previamente una reunión paralela con la mitad de ellos. Pareciera que no aspiramos ni a un mínimo de disciplina, todo el mundo quiere ser dueño de su pequeño casillero. ¿Por qué en los años sesenta sí teníamos una configuración partidaria más razonable?

Era la época de los tres tercios: un tercio conservador, un tercio aprista y un tercio reformista, pero no aprista. Parecía tener una lógica.

Los tres tercios. Y entre los reformistas, el Partido Social-progresista y la Democracia Cristiana. Siendo estudiante de secundaria, he ido a oír debates al Congreso: uno aprendía por la calidad de la discusión. Entonces no había televisión, pero había una vivencia que significaba algo. Hoy día...

Hoy día, si vas al Congreso te ríes o lloras.

Ser elegido parece una condena. Aunque creo que el Congreso que entra es algo mejor que el que se va. Pero es necesario plantear nuevas reglas y estímulos para promover mejoras. Desde Transparencia estamos tratando de plantear algunas reformas políticas nacidas de un consenso plural. Hemos trabajado una lista de 32 reformas que incorporan estímulos más adecuados. Hay temas como el del financiamiento a la política, que resulta crítico para un Estado que se enfrenta al narcotráfico, la minería ilegal, la informalidad.

Que es gente dispuesta a poner plata.

Sin duda, ¡a financiar toda la campaña! Y que prefieren el despelote porque con despelote pueden operar mejor. Son grupos poderosos que prefieren que el Estado no funcione, que atraviase periódicas crisis, que los gobiernos municipales se peleen con el regional, que haya un gran desorden, porque entonces ellos avanzan y lucran, y nadie los puede combatir bien.

En el pasado, los partidos solían cumplir tanto un rol de representación como uno de soporte del sistema democrático. Un partido de oposición era visto como uno que se perfilaba para ganar la siguiente elección. En todo el mundo, por los avances de la tecnología en la comunicación, los partidos están cumpliendo cada vez menos el rol de representación. Pero su existencia para una adecuada alternancia en el sistema democrático sigue siendo crítica. Acá, todo se ha desfondado. Cuando los partidos nacionales pretenden participar en una elección regional, se disfrazan de grupos locales emergentes. En las últimas elecciones regionales el APRA lanzó unos pocos candidatos a los que la marca de la estrella los perjudicaba más que los ayudaba. Es el mundo al revés.

En todas partes, cómo repotenciar la democracia para incorporar las nuevas tecnologías es un desafío aún pendiente. El Congreso fue una institución potente en el siglo XIX, la era del ferrocarril. Con la limitada comunicación, era lógico decir: «este es mi representante en el Congreso». Ahora, vía radio y TV, redes y blogs, puedo saber lo que se ha discutido ayer u hoy en el hemiciclo y formarme una opinión sobre el tema. Ya no necesito a un representante. Un argentino ha desarrollado la idea de un Partido de la Red: que cada uno de sus miembros tenga su aplicación, participe en los debates que le interesan y vote. Después, el representante del partido debe cumplir con expresar la opinión mayoritaria del grupo. Ya la representación dejó de ser lo fundamental. Pero la tarea de formar líderes para un futuro gobierno potencial resulta más relevante incluso que antes.

La desigualdad parece ser constitutiva en la sociedad peruana, aunque varíe en sus términos. Sea por razones económicas, educativas o raciales, los peruanos tendemos a establecer relaciones jerarquizadas según las cuales, como dijo Óscar Dancourt, solo somos iguales una vez cada cinco años, al depositar el voto. ¿Crees que el Perú puede ser distinto en esto?

Bueno, aunque el abismo social y la pobreza han disminuido, es necesario un esfuerzo sostenido y bien enfocado para reducirlos más. Esto en un contexto en el cual la globalización podría incluso ampliar una desigualdad material entre peruanos, aunque más sobre la base de criterios arbitrarios o como resultado de méritos relativos, no de clase. Mario Testino, Juan Diego Flores o Paolo Guerrero ganan hoy bastante más

que algún otro fotógrafo, tenor o futbolista, no necesariamente del mismo talento, pero sí de uno similar. Es una competencia *the winner takes all*, como dicen. Pero la globalización sí puede ayudar a reducir las desigualdades de origen injusto, a extender un trato más imparcial ante la ley y a reforzar una creciente igualdad de oportunidades para todos. Para todo esto se requiere, por cierto, mejorar la eficiencia estatal y renovar a un Estado que enfrenta, a la vez, desafíos relevantes como el narcotráfico y la minería ilegal. Para ello, hay que superar los demasiados compartimentos estancos que coexisten en el Perú. Nuestra sociedad se asemeja a esos muebles-escritorio barrocos, con decenas de pequeños cajoncitos individuales. Por eso es común en el Perú que posiciones estrechas sean proclamadas como verdades, que los prejuicios abunden, que el «porque lo digo yo» o el «porque no me da la gana» se utilicen como argumento. Hay poco interés por entender los puntos de vista del otro. Las personas terminan agrupándose en guetos de pensamiento estanco. Siendo de centro derecha, he buscado siempre un diálogo con gente de izquierda, especialmente para afinar mejor mis propias ideas incompletas. Los que se masturban intelectualmente a solas, se estancan. Parecemos un conjunto de gamonalitos, donde cada quien desea hacer lo que le da la gana en su pequeña chacra. Eso se da en el mundo social frívolo, pero también en el político y hasta en el académico. Cuando fui rector de la Universidad del Pacífico, planteamos, con los rectores de Cayetano y la Católica, permitir el intercambio de cursos entre nuestras universidades para ampliar el horizonte mental de los alumnos. ¡Gran oposición! «Mi curso de marketing es mejor que el del otro», decían. ¡Carajo! ¡No es la supuesta pureza de lo que tú enseñas lo que importa, es la riqueza plural de lo que el alumno puede aprender! En el Perú nos faltan agentes movilizadores, interlocutores, personas que se desplacen entre los diversos cajoncitos en un esfuerzo por descubrir una verdad más integradora, superando diferencias que a veces son solo formales o aparentes. Se requiere de personas que, en medio de tanto dogma y prejuicio, estén repitiendo reiteradamente: «sí, pero...», o «no, aunque...».

Lo central es la subsistencia o el acrecentamiento de la desigualdad de oportunidades. No es el asunto de «tú tienes cien y hay uno que tiene diez». El tema es que el que tiene diez, si es bueno, tenga los elementos para, algún día, llegar a cien.

Eso es fundamental, clave. Afirmar una república moderna y una meritocracia. Nosotros no estamos allí aún. Somos una república pendiente.

En desigualdad de oportunidades ¿crees que el país está mejor, igual o peor? Te pido responder en el escenario de temas de los que hemos hablado, como educación y salud.

Bueno, sí estamos mejor. Cuando éramos jóvenes, la esperanza de vida al nacer estaba por los cincuenta y tantos. Hoy está cerca de los 75 años. Claro, no son los ochenta

de Chile, pero sí es marginalmente superior a la de Brasil, por ejemplo. Preguntas por la calle: «¿Qué país tiene mejor salud: Perú o Brasil?» y te responden: «Brasil». Pues no, perdemos en fútbol pero ganamos, marginalmente claro, en salud. Sí hemos mejorado. La mortalidad materna e infantil sigue alta, pero disminuye gradualmente. Es demasiado alta en algunas regiones del sur andino, pero los promedios nacionales no están tan mal.

En educación, salimos por la cola en los rankings de aquellos países que someten sus sistemas a la comparación internacional, pero esa resulta una buena manera de estimular la mejoría continua. Pero quiero hacer énfasis no tanto en números sino en un cambio de actitud de las nuevas generaciones. Uno de mis alumnos de la Pacífico, el primero de su promoción, economista, trabajó en APOYO por un tiempo y después puso en marcha una ONG que se llama Crea+. Se propuso formar un grupo de voluntarios comprometidos en trabajar los sábados en escuelas de sectores vulnerables, con el objetivo de que esos niños no perdieran su capacidad para soñar. La primera vez que me dijo lo que iba a hacer, le pregunté: «¿Estás seguro de que eso puede funcionar sostenidamente?». Lo ha logrado, dedicando tres o cuatro años de su vida, casi sin recursos, a que hoy día miles de jóvenes vayan los días sábado, no como ocasionales voluntarios de un día, sino asumiendo un compromiso durante todo el semestre escolar. Cuando visitas dichos locales un sábado, te quedas impresionado. En el patio de un colegio en una zona bastante pobre, se ven cientos de niños y niñas muy felices que asisten porque prefieren estar allí que en cualquier otra parte. Creo que existe hoy una mayor conciencia y un mayor sentido de responsabilidad entre los jóvenes. Probablemente, inmediatamente después de la captura de Abimael Guzmán y la estabilización de la economía, muchos pensaban: «lo que quiero hacer ahora resarcirme de lo poco que he ganado en los años de crisis». Pero la reacción de la siguiente generación, una que ya vive en un país más normal, es otra. Se pregunta más: «¿Qué podemos hacer? ¿Cómo podemos contribuir a atenuar o resolver este problema?». Creo que entre la gente más joven hay un cambio valioso de actitud.

¿Cómo es el empresario peruano? ¿Cuál es su manejo del riesgo?

Cuando hablamos de empresarios a veces sumamos y confundimos tres perfiles: inversionistas, que compran y venden; emprendedores, que apuestan por su sueño o proyecto; y gerentes, que gestionan y administran. Los gerentes suelen ser MBA típicos que estudian estrategia, mercadeo, finanzas y gestión humana, y que después deben demostrar su eficacia en la cancha. Su número se ha multiplicado durante las últimas décadas y su perfil es bastante similar al de cualquier país comparable. El emprendedor, por su parte, es alguien que va germinando en el tiempo una visión propia de lo que quiere lograr. Cuando Gastón Acurio recién regresó al país, el menú

que ofrecía su restaurante era totalmente francés; quería demostrar que había valido el esfuerzo de aprender cocina afuera. Luego, gradualmente, sus diez mil horas lo hicieron madurar y preguntarse qué es lo que tienen los franceses que no podamos tener nosotros; entonces inicia el proceso de descubrimiento de que un buen chupe puede ser igual o mejor que cualquier *bouillabaise*; allí visualiza un sueño y se enamora de él. Luego, claro, requiere de gerentes que lo ayuden con la administración y de inversionistas y banqueros que le faciliten su crecimiento empresarial. Gerentes e inversionistas manejan el riesgo en base a percepciones e indicadores bastante estandarizados internacionalmente, y el riesgo Perú ha mejorado bastante durante las últimas dos décadas. Los «gastones» son personas menos sensibles al riesgo y más soñadores, más enamorados de lo que hacen. Nos hacen falta más, ¡ojalá se multipliquen! De otro lado, las empresas grandes peruanas, las que más venden y más utilidades generan, son operadas actualmente por gerencias bastante profesionales. Y algunos de estos gerentes son bastante buenos, aunque pueden ser, sí, algo miopes al centrar el análisis del conjunto solo en los indicadores macro financieros, descuidando los institucionales. Por ejemplo, en el Perú, las discrepancias entre empresas se resuelven mayoritariamente vía arbitraje. Y, como el sistema no funciona mal, hay poca presión entre los gerentes peruanos para demandar y contribuir como ciudadanos a una mejora de la justicia común que resulta tan poco eficiente y tan corrupta.

Hace 45 años seguí de cerca lo que ocurría en diversas empresas a partir de la implantación de la comunidad industrial: la tendencia prevaleciente era la de no aceptar que los representantes de los trabajadores se sentaran a la mesa y, en términos prácticos, negarles información y boicotear su acceso a toda decisión importante. Me impresionó la cerrazón al cambio y la negativa a respetar a quienes trabajaban en beneficio suyo. ¿Desde entonces, han cambiado mucho los empresarios?

Bueno, mucha agua ha pasado por el río en este último medio siglo. En el Perú empresarial de los años sesenta y setenta no había CONFIEP, institución que recién se funda por los años ochenta. Los sectores agrario, pesquero, minero, industrial, comercial, actuaban más en función de sus propios intereses específicos, que a veces eran discrepantes. La economía peruana en los sesenta, comparada con las otras de la región, resultaba una bastante libre, aunque ya el gobierno de Manuel Prado, con Pedro Beltrán de primer ministro incluso, había dictado la ley 13270 de promoción industrial. El tema de la propiedad agraria en la sierra constituía un nudo gordiano. El gobierno militar de 1962 introdujo la planificación, concepto que por entonces estaba muy de moda fuera. Se experimentaba el boom de la pesca y Luis Banchero constituía la figura representativa del empresario emergente. La gran mayoría de la inversión extranjera era norteamericana, salvo algunas como Empresas

Eléctricas Asociadas, cuyas acciones se cotizaban en la bolsa suiza. Se vivía entonces el mundo de la Guerra Fría, sacudido en nuestra región por la revolución cubana.

En ese contexto, el golpe militar de Velasco expropia la gran propiedad, impone controles significativos en los precios y en la tenencia de dólares, y amplía masivamente el rol empresarial del Estado, que toma las grandes minas, la energía y las fábricas pesqueras. Con las tierras expropiadas se establecen cooperativas y en la industria, siguiendo modelos tercermundistas teóricos, se introduce la comunidad industrial, la cual iba a acceder gradualmente al 50% de la propiedad de cada fábrica, momento en el que no quedaba claro ni cómo se iba a elegir al gerente respectivo. A mí me parece que la mayoría de los empresarios industriales de entonces vieron en ella un instrumento de expropiación gradual, por el que le iban a quitar su mortadela a tajadas. Y este proceso se dio en circunstancias crispadas; baste recordar que en 1974 se expropia también la prensa. Curiosamente, las relaciones laborales se complicaron en vez de mejorar. Las huelgas, por ejemplo, se duplicaron. Y se dieron otros efectos perversos: no pocos trabajadores del sector moderno, así protegido, se oponían a ampliar los puestos de trabajo, para así repartirse, entre menos, los mejores beneficios que empezaban a recibir. A los industriales el gobierno militar les impuso un «toma y daca» arbitrario y poco sostenible: les dio protección, a veces absoluta, a cambio de la comunidad; les redujo y limitó su competencia a cambio de que ellos repartieran la propiedad. Distribuir antes que crecer. Claro, hubo empresarios imaginativos y dispuestos a la cogestión; Samuel Drassinower de Moraveco, por dar un nombre. Él instaló fábricas de línea blanca, de carrocería; hasta un casco de astronauta llegó a fabricar en Moraveco. Pero, después, con la apertura arancelaria moderada de los ochenta, la empresa terminó quebrando. El gobierno militar concluyó mal. Debe ser el único que terminó devolviendo el poder al presidente que había derrocado. A nadie se le ocurriría hoy proponer modelos intervencionistas de este tipo. Tampoco creo que las relaciones laborales en las empresas peruanas resulten hoy inferiores a las vigentes en cualquier país comparable. Carlos Rodríguez Pastor, por ejemplo, premia especialmente a los gerentes de su grupo cuando logran clasificar en el concurso de «mejores empresas para trabajar» en América Latina. Los sindicatos, de otro lado, también han perdido relevancia, como en todas partes.

«NO SE PUEDE NEGAR
QUE EN EL PERÚ HAY
UN DÉFICIT RELATIVO
DE CLASE DIRIGENTE».

Si se compara a las élites peruanas con las de Brasil, México, Argentina, Colombia o Chile, a uno lo asalta un rubor de vergüenza nacional. En particular, Degregori ha observado que «las élites no han comprendido el carácter culturalmente diverso del país»¹.

Algo puede haber de cierto en lo que Degregori afirma, pero está cambiando. Hay que tomar en cuenta, también, que aunque nuestra economía es más chica que la de los países mencionados, nuestra historia es bastante más compleja, ¿no? El Perú será ¿qué?... Como un décimo de la economía brasileña, como un quinto de la mexicana, tal vez el 40% de la Argentina, el 60% de la colombiana. De otro lado, hemos sido centro, ombligo, raíz autárquica. Caral fue la cultura más antigua de toda América y estamos hablando de 2500 años antes de Cristo. Solo después vino Chavín y las demás. En sus conversaciones publicadas², cuando Macera le pregunta «¿Existe la nación peruana?», Basadre no contesta claramente que sí. Lo que existe —afirma— es una presencia continua y más que milenaria de un Estado asentado en un territorio. Por ello, eso de asumirse como élite es algo bastante más jodido en el Perú que en cualquier otro país sudamericano; las demás son naciones relativamente más simples y, a la vez, mejor formadas. La nuestra, en cambio, es una más compleja y todavía en formación, a pesar de su mayor antigüedad. Ejercer bien cualquier liderazgo en el proceso de esta complicada transición histórica requiere de una sensibilidad especial. Peruanos hay que pueden discursar bien sobre lo que visualizan, entienden y logran a partir de su propio Perú parcial, pero algunos entre ellos también pueden generar vergüenza ajena cuando asumen, simplistamente, que el Perú común, el de todos, es la proyección natural idealizada de esa visión limitada.

Y en este proceso de parto y convergencia nacional, la frivolidad de Lima —un defecto que muchas capitales coloniales comparten— ha agravado el proceso. Ya, al menos, el Perú ha logrado impregnar a Lima. Para comprobarlo, basta subirse al tren eléctrico y recorrer la ciudad de un extremo a otro. Pero es cierto que, hasta hace medio siglo, «el mundo para Julius», del cual escribió Alfredo Bryce, no era uno tan imaginario. Puede compararse, por ejemplo, el local del Club Nacional de la plaza San Martín con los más modestos del Jockey Club de Bogotá o del Club de la Unión en Santiago. Observándolos al paso, algún extranjero podría suponer que la oligarquía peruana fue más potente y estable que la colombiana o la chilena. No fue así. Era, ciertamente, más pretenciosa, se ofrecían mejores fiestas tal vez, pero era más frágil también. Basta revisar comparativamente la rotación de apellidos en la lista de socios de estos clubes en el tiempo.

¹ Carlos Iván DEGREGORI, 2015. *Aprendiendo a vivir se va la vida*. Lima: IEP (p. 188).

² Jorge BASADRE y Pablo MACERA, 1974. *Conversaciones*. Lima: Mosca Azul.

No se puede negar que en el Perú hay un déficit relativo de clase dirigente. Ello ha acentuado un atraso injustificado en la calidad de los servicios del Estado, especialmente en las regiones más apartadas. Pero algo se viene avanzando. Y basta una atención adecuada, sostenida y focalizada, por un tiempo no muy largo, para generar cambios trascendentes. Si en los últimos años se ha logrado el avance mencionado antes en educación, ¿por qué no se podría hacer lo mismo en seguridad, salud, justicia, etcétera? Esas constituyen funciones básicas del Estado, incluso para el privatista más extremo.

Has dicho «asumirse como élite» y la palabra élite es ambigua porque, por un lado, refiere simplemente a quienes están en la cumbre de la pirámide; por el otro lado, tendría que referir a un sector dirigente. Creo que el Perú, históricamente, no ha tenido esto último. ¿Empieza a tenerlo?

En el sector empresarial y tecnocrático creo que empieza a tenerlo, sí. Todavía no suficientemente articulado, pero recién hace cuatro o cinco años que empresarios peruanos aparecen en la lista de Forbes, entre los que se dice que poseen cerca de mil millones de dólares de patrimonio. Esto los obliga a proyectarse más allá del Perú y también a preocuparse por trabajar en el desarrollo de la clase media local. Alguien como Carlos Rodríguez Pastor, por ejemplo.

Cuando se discuten esos temas, siempre se dice: «por ejemplo, Carlos Rodríguez Pastor». Me pregunto si hay otro nombre.

Sí hay. Lo que pasa es que su caso es bastante emblemático. Su apuesta fue bastante arriesgada. Cuando su padre muere, él se queda a cargo del Banco y tiene que optar entre crecer o mantenerlo con un manejo más tradicional. Y él apuesta porque el consumo de la clase media en el Perú va a crecer significativamente, pero con una definición de clase media real, no de clase media mirafloresina, sino de Los Olivos, Comas, de las regiones. Su apuesta en Innova Schools, por ejemplo, es sintomática: cómo ofrecer una educación de calidad al niño que solo tiene una determinada cantidad para pagar y concentra su esfuerzo innovador en eso. Es una apuesta aún: hasta donde sé, Innova Schools aún no está generando la caja para ser autosuficiente, pero sí cuenta con un proyecto muy estimulante. Es el concepto de invertir en un esfuerzo orientado a generar igualdad de oportunidades en educación para contribuir con el país. El *New York Times* lo ha reseñado.

Antes, cuando el empresario estaba orientado a la exportación o a la producción más convencional de productos básicos, como cemento o cerveza, no era tan sensible a su mercado. Los Añaños son ayacuchanos y, cuando se conversa con ellos hoy, afirman que su objetivo es ganarle a la Coca Cola en el mundo. Algunos se ríen,

pensando que están medio chiflados, pero los Añaños sí han entrado en mercados asiáticos y su plan de negocios es simple: cuando la Coca Cola vende a un dólar, ha invertido 35 centavos en gastos de promoción, propaganda y auspicios de mundiales de fútbol. Nosotros podemos venderle a la clase media global emergente la misma botella, con el mismo sabor, por 65 centavos. A los dueños de restaurantes en Tailandia les dicen: «No sirvas la Coca Cola en botella, tráela servida en vaso, nadie se da cuenta y cuesta 35% menos». Mal no le ha ido hasta ahora, a pesar del apalancamiento financiero y de una necesaria y compleja transición a una gerencia más profesional. Creo que antes no teníamos eso. Porque los modelos anteriores eran personas que habían heredado tierras u otros recursos. Sí, en la pesca Lucho Banchero fue prototipo de un empresario emergente, pero uno podría atenuar su mérito afirmando: «Es la riqueza del mar peruano». También es el caso de las minas, que han sido nuestro recurso natural tradicional. Pero en estos casos últimos no hay una ventaja comparativa natural. Y la razón por la cual Añaños entra al negocio fue por Sendero: la Coca Cola y la Inca Kola decidieron no atender Ayacucho porque les secuestraban los camiones. Él empieza en su garaje a embotellar y encontró un nicho; después concibió un plan basado en que el consumidor de Tailandia se parece más al cholo peruano que al norteamericano y al europeo. ¿Por qué va a pagar los 35 centavos de gasto promocional? Y lanza el mismo producto, más barato.

Esos ejemplos existen. Los Belmont, con Yanbal y Unique, que son productos peruanos con marcas que suenan a francesas, para que tengan el *appeal* del producto europeo. Pero la ventaja competitiva de ellos está en el sistema de comercialización mediante redes de mujeres que organizan reuniones en hogares. Ha funcionado aquí y en el resto de América Latina.

Hoy día esta multiplicación del valor ha terminado sumando patrimonios de cientos o miles de millones de dólares. Leche Gloria es otro caso interesante. La empresa era originalmente de la Carnation. Los Berckemeyer, que la distribuían, entre otros productos, eran una familia con gran prestigio social, pero que nunca tuvieron más del 10 o 15% de las acciones de la fábrica. Aprovechando una coyuntura muy especial, los Rodríguez Banda compraron toda la empresa a un precio muy atractivo, y ahora se han diversificado: han comprado la fábrica de cemento Yura, están desarrollándose en Puerto Rico y sus hijos estudian en Inglaterra. Estos cambios en patrimonio, prestigio social y educación, son bien importantes y pueden ser motivadores.

¿Pero los Rodríguez Banda o los Añaños tienen proyectos como el de Rodríguez Pastor para hacer algo por el país?

Tal vez no en una medida similar, porque tienen una formación más tradicional. Les ha costado duro cada sol que han ganado. Pero no me extrañaría que sus hijos

enganchen muy rápido con eso. Los Rodríguez Banda empezaron con una empresa de transporte con camiones. Los factores de éxito de una empresa de ese tipo son más tradicionales: levantarse temprano, trabajar como una mula, supervisar y controlar una flota creciente de camioneros, administrar la línea de repuestos, etcétera. Pero los hijos que egresen de la London School, probablemente regresen con otra visión y ya cuentan con un patrimonio que les permite avanzar en otros sectores.

¿Tenemos un problema severo de cortedad de miras, de mediocridad en los cuadros dirigentes, no solo en los políticos? Julio Cotler se pregunta periódicamente «¿dónde está la gente capacitada?».

Pueden estar en otra, ¿no? No necesariamente en la tertulia inteligente en los cafés de moda que las supuestas élites cultivaban en otros tiempos. Tal vez, en épocas pasadas, bastaban dos mil horas para destacar en cualquier oficio y, entonces, era posible cerrar el quiosco a las seis de la tarde y nos quedaba tiempo para la interacción con grupos similares para charlar, informarnos, discutir hartos, y formarnos opinión. Pero entonces no había televisión, ni Google, ni teléfonos inteligentes, ni Wikipedia, ni un tráfico maldito. Ahora, los mejores entre los jóvenes tienen, al frente, primero, un duro recorrido de diez mil horas de especialización. Y eso no les deja mucho tiempo para más cosas. La conexión con otros la hacen a la volada, en múltiples redes sociales, y ya no en el equivalente del patio de la casona San Marcos, como era antes. Posiblemente, antes había más espacio para la reflexión, pero también menos conocimiento real; se especulaba y teorizaba con excesiva pretensión; se creía en cosas que podrían no ser verdad; ahora no es tan válido suponer cosas y la sobreabundancia de información puede resultar confusa. Pero gente inteligente y capacitada no falta en el Perú, ni entre los peruanos fuera. Sí persiste lo de los cajoncitos estancos a los que me referí anteriormente. Hace un par de años, con Stefan Reich, se nos ocurrió la idea de organizar un taller entre treintañeros con potencial de liderazgo y resulta evidente que materia prima hay, ¡que abunda! Hay que conectarlos, nomás, porque no les es tan fácil encontrarse solos. Antes había grupos políticos, cafés de tertulia, revistas culturales, hoy son redes, blogs.

¿La falta de disciplina y de esfuerzo es, hoy en día, transmitida como modelo?

No creo que sea tan así. Creo que los jóvenes visualizan de manera distinta su línea de carrera. Cuando yo estudiaba ingeniería, la aspiración era entrar a una empresa industrial moderna y trabajar allí por décadas, escalando la pirámide técnica y burocrática, para jubilarse a los 65 años como gerente, si uno destacaba. Hoy el profesional presume bien que a lo largo de su vida puede tener múltiples trabajos. Por ello, suele sentir menos lealtad y apego a las instituciones o empresas que lo acogen; su riesgo de desempleo

entre puesto y puesto es también mayor. Y hay los ejemplos globales de inventores y emprendedores jóvenes que logran fortunas rápido al ensayar exitosamente algo nuevo. Disciplina y constancia sonaban a valores muy valiosos cuando el camino que se emprendía resultaba muy claro y evidente para todos. ¿Pero qué, si ya no lo es? De repente, sin tanto esfuerzo puedo ir por el atajo y lograr lo mismo. Es una nueva realidad a descubrir. Las mismas profesiones liberales están en jaque. Fueron diseñadas e institucionalizadas cuando el conocimiento era impreso y no digital.

Uno siente que hay demasiada gente dispuesta a «ir por el atajo», no solo en el Perú. Pero eso también repercute en el incremento del delito o de lo ilícito, más genéricamente hablando, porque el crecimiento de delincuencia, violencia e inseguridad que ha habido en los últimos años no tiene relación con la pobreza. Por el contrario, la pobreza ha disminuido y el delito ha subido. En parte, ahí tiene que ver esto de «ir por el atajo», porque haces un «pase» y te ganas veinte, treinta o cincuenta mil dólares de la noche a la mañana, ¿para qué vas a trabajar un año para ganarte eso! Ahí el narcotráfico tiene un papel fundamental.

Sí, es innegable que el narcotráfico constituye una presencia muy dañina, con muchas aristas. Constituye un desafío que no enfrenta Chile, aunque sí Colombia y México, además de nosotros. Creo que agrava esta situación de confusión respecto de las líneas de carrera más apropiadas en empresas o profesiones. Hoy en día la gente cambia de trabajo con más facilidad que antes, se han estirado hasta los plazos vitales... los muchachos recién empiezan a considerarse adultos a los 35 años, se demoran en casarse y sentar cabeza, como se decía antes. Los jóvenes de hoy probablemente van a vivir cien años. Y sí, el narcotráfico y las tentaciones que éste genera pueden debilitar la fibra moral de la juventud, volverla más hedonista.

Quisimos creer, acaso porque así se nos enseñó, que el Perú es un país pacífico. A partir de 1980 descubrimos otro rostro del Perú que ¿existía y no lo habíamos reconocido o se ha dado un cambio del perfil nacional?

Pero tan pacíficos, tampoco fuimos, ¿no? Las guerras entre waris y chancas, entre chancas e incas. Huáscar y Atahualpa se enfrascaron en una guerra fratricida. Y la ambición por riquezas y poder desencadenó otra lucha a muerte entre pizarristas y almagristas. Cuando uno observa el notable cuadro «Los Andes», de Sérvulo Gutiérrez, toma conciencia de una violencia serrana contenida, latente. Sí pues, aunque dulce, hemos sido también un país cruel; tan pacíficos no somos. Ciro Alegría decía que la sierra peruana tiene la bravura de un puma acosado. Y Héctor Velarde, con su pizca de humor, denominó «concho telúrico de acometividad» a esa particularidad de los peruanos que nos vuelve, súbitamente, unos críticos mordaces, destructivos de todo.

No debemos olvidar que, hasta hace apenas cien años, solo era posible viajar de Cusco a Lima en mula. Pero ahora el Perú ya aterrizó en Lima. No hay razón para que lo duro y seco de nuestra sierra no pueda integrarse bien con lo blando y húmedo de la costa. Ahora bien, ¿podremos cicatrizar un día no muy lejano las heridas de la violencia de los años ochenta?

Casos como el de Colombia sugieren que sí hay vuelta atrás de un país «violentizado». ¿Ves en el futuro inmediato esa posibilidad?

Colombia ha tenido medio siglo de guerra continuada y más del doble de muertos que el Perú, aunque nuestra guerra resultó una más intensa y salvaje. Va a tomar su tiempo creo, pero es necesario avanzar sin pausa. Debemos ser optimistas y aspirar a que algún día el Perú se caracterice no solo por la dulzura de sus postres sino también por la empatía de sus gentes, y que la crueldad la hayamos atenuado con suficiente compasión. Nada está dicho. También podríamos terminar peor de lo que estamos ahora.

¿Para qué sirve lo que hacen los intelectuales en un país como este?

Creo que, como en todas partes, para interpretarlo, para guapearlo, ¿no? Que es una tarea esencial, a veces incomprendida, especialmente debido a este proceso pendiente de convergencia nacional. Ahora bien, teniendo en cuenta que los intelectuales trabajan con ideas abstractas, hay que ser conscientes de que suelen tener un sesgo a favor de planes de escritorio, racionales e impuestos, lo que los vuelve intrínsecamente reacios a sistemas más autónomos y menos controlables, más chorreados e imperfectos, como los que se dan en una economía de mercado. No faltan, por ello, aquellos que, conscientes o no, pueden abusar de su inteligencia, enamorándose del virtuosismo retórico de sus planteamientos, para resistirse luego a la evidencia de los hechos o a una lógica más pragmática. Thomas Sowell escribió un importante libro sobre este tema³. Señala cómo los intelectuales, más allá de sus calificaciones personales, podían haber perjudicado tanto como beneficiado al mundo. Por ejemplo, recuerda que no hay dictador genocida del siglo XX que no haya contado con admiradores y apolo-gistas entre intelectuales muy destacados. La Revolución Cultural de Mao fue un ejemplo obvio de esto. Argumenta que ello podría deberse a que las ideas intangibles de un intelectual terminan siendo valoradas en función del eco que generan entre otros intelectuales, o si resuenan en una determinada población, y no tanto respecto de si tales ideas mejoran efectivamente o empeoran la vida de las personas.

³ Thomas SOWELL, 2009. *Intellectuals and Society*. Nueva York: Basic Books.

¿Y por qué escribir para un país en el que no se lee?

¿Se leerá, efectivamente, menos que antes? No lo sé bien. Porque es evidente que hoy las personas se comunican más. Se leerá distinto, tal vez de a pocos, a trompicones, sin articulación. Nuestra generación apreciaba particularmente el ritual del libro físico, ¡teníamos tiempo para leer el periódico casi por completo al tomar desayuno! Las universidades, durante siglos, fueron comparadas en función del número de libros de sus bibliotecas, a las que uno entraba con veneración, como si fuesen iglesias. Hoy tal vez destaquen por el número de cursos *on-line* que ofrecen. Hasta existen universidades sin bibliotecas.

Más que por oferta y demanda, los que escriben probablemente lo hagan por vocación, por ser diferentes, tal vez, para ser diferentes, quién sabe. Por comunicación intergeneracional, también. Para devolver lo que uno ha recibido. Para transferir la posta.

Tampoco deberíamos excluir la vanidad ni la demanda por afecto entre las razones para coger la pluma. A Víctor Hugo lo acompañaron millones en su entierro. Tal vez eso sea lo mínimo a lo que aspiran los escritores, a una nota necrológica bien escrita.

Imagino que tienes mucha gente que quiere escucharte pero, aún así, ¿has sentido que hay un problema de comunicación intergeneracional en el Perú? ¿Tuviste suficientes maestros, gente a la cual escuchar? En mi experiencia faltaron dos requisitos: faltó esa gente y faltó también mi capacidad para escuchar.

Tal vez por mis limitaciones físicas —veo y oigo mal—, me he sentido, en compensación, con una capacidad inusual para ello. Algo que desde joven he podido lograr con éxito —lo que no es fácil ni común— es tener amigos mayores y, ahora, menores que yo. Tal vez porque debido a dichas limitaciones nunca me sentí rebelde, que es la actitud juvenil más usual. De niño leí mucha historia y siempre traté de entender el porqué de las cosas antes de expresar mi indignación. Busqué gente mayor de la cual podía aprender, que afortunadamente encontré.

Ahora me pasa a la inversa. Cuando me pidieron ser rector de la Pacífico, en parte porque la Universidad estaba en una sorprendente crisis económica —en casa de herreros, cuchillos de palo—, ya había pensado jubilarme como profesor, porque creía que estaba perdiendo la capacidad de comunicación con los jóvenes. Me autoimpuse la tarea de volver a establecer una relación de comunicación con los alumnos. Agarré la lista de quiénes eran los mejores del primer a décimo ciclo y empecé a buscarlos en reuniones, en comidas donde nos quedábamos hasta las dos de la mañana conversando sobre qué podía hacer la Universidad para que su proceso

de aprendizaje fuese mejor. De entonces he establecido una relación de amistad con personas que son 35 años menores que yo, con las que puedo hablar con el mismo nivel de horizontalidad que con gente coetánea.

Creo que la amistad intergeneracional constituye una experiencia muy especial. Si la mejor definición de un amigo es aquella persona que saca lo mejor de ti, una diferencia de más de una década en edad genera menos rivalidad y puede facilitar la posibilidad de establecer amistades efectivamente valiosas. Claro, se requiere de mucha humildad, de amor *philia* y empatía, de constancia. Pero no resulta una amistad pasajera, temporal, de barra brava o de compinchería, sino una de reflexión, de diálogo, de aprender y de enseñar con el ejemplo.

Pero sientes que esta experiencia tuya no es tan usual, ¿no? Y ahí hay un problema.

Es poco usual. Seguimos enclaustrados en nuestros grupos y correspondientes edades. Eso dificulta el proceso de pasar la posta, que es un proceso social bien complejo y muy importante. La amistad intergeneracional es clave para ello.

Es un poco absurdo que uno haya aprendido, o crea haber aprendido, una serie de cosas que no hay quien las escuche. En términos personales desanima, pero en términos nacionales es una pérdida.

Definitivamente. Nos faltan espacios para que los ciudadanos se comuniquen y para que este diálogo intergeneracional se dé. Te comentaba hace un rato sobre el taller anual que hemos organizado con Stefan Reich. Cuando él regresó, luego de su beca Eisenhower, vino con todo el empuje y me propuso hacer talleres de liderazgo no tanto para gente del sector privado sino del sector público, de las ONG, de los grupos políticos. Vamos ya en la tercera rueda. Cada año montamos un curso al que van entre veinte y treinta personas con 35 años en promedio. Tratamos de que sea lo más diverso posible y todos los que asisten quedan impresionados de la valiosa interacción que logran. Me deja sorprendido de que una experiencia de apenas tres días impacte así. Al término, he recibido *mails* sorprendentes y motivadores.

Hay cientos de iniciativas pequeñas como estas que resulta importante incentivar. Y hay que regar y abonar el jardín a diario para que, en un futuro cercano, al menos algunas de ellas puedan florecer y fructificar.

FERNANDO PALOMINO MILLA:
**«VAMOS A CUMPLIR 200 AÑOS DE VIDA REPUBLICANA
Y TODAVÍA HAY TEMOR DE TOCAR LOS TEMAS DE DEFENSA»**

En el último medio siglo, las fuerzas armadas impusieron un «gobierno revolucionario» que luego desactivaron para volver a un régimen democrático, que diez años después las llevó a un estado de insatisfacción tal que se convirtieron en partícipes de un cogobierno autoritario al que respaldaron durante una década. En la lucha contra la subversión hubo violaciones de derechos humanos que los altos mandos encubrieron y sobre los cuales no han permitido acceso a los registros institucionales. Paralelamente, diversos oficiales principalmente de los altos mandos se beneficiaron de un sinfín de actividades ilícitas que sangraron los presupuestos públicos y beneficiaron al narcotráfico. Los institutos armados se empobrecieron moralmente y ningún gobierno posterior al de Alberto Fujimori se atrevió a efectuar una limpieza a fondo en ellos. ¿En la oficialidad hay conciencia de que esos temas están pendientes?

Todavía es una tarea que está pendiente, pero hay un sentimiento, una necesidad de explorarlo. Y sobre el espacio que han venido desarrollando, las fuerzas armadas tienen cada vez más claro el sentido de autocrítica. No está abierto, pero sí hay una autocrítica sobre el particular.

Por otro lado, el gobierno de transición de Paniagua separó a muchos altos oficiales que estuvieron ligados directamente o que tendrían alguna responsabilidad con actos de corrupción durante la década de los años noventa, muchos de ellos sentenciados y cumpliendo condenas.

Las violaciones a los derechos humanos por parte de las fuerzas armadas fueron la excepción y no la norma, como sí ocurrió en los grupos terroristas.

¿La excepción y no la norma? Después de todo lo que se ha publicado sobre lo ocurrido en Los Cabitos y acerca de múltiples matanzas a cargo de oficiales como el célebre marino que en Huanta se hacía llamar «comandante Camión» y desapareció de la escena para no enfrentar a la justicia, ¿usted cree que se puede seguir sosteniendo que no correspondían a una estrategia contrasubversiva? Me parece que en esa negación,

que por lo demás no convence a nadie, reside un gran obstáculo para un diálogo civil-militar que es tan necesario en una diversidad de temas.

En mi opinión, las violaciones de derechos humanos no fueron consecuencia de una política sistemática contenida en la estrategia contrasubversiva de las fuerzas armadas. Son hechos repudiables que todos condenamos, pero correspondieron a casos de algunos comandos operativos en las zonas declaradas en emergencia, casos judicializados muchos de ellos y algunos de cuyos responsables están cumpliendo, o cumplieron, severas condenas. Estos hechos condenables se cometieron principalmente en los primeros años de la lucha contra Sendero Luminoso, allí donde el Estado renunció a su presencia en las zonas convulsionadas por el terrorismo y delegó su autoridad en los comandos políticos militares.

Las fuerzas armadas son conscientes de la gravedad de los delitos de violaciones de derechos humanos cometidos durante la guerra contrasubversiva y hoy la temática del respeto irrestricto a los derechos humanos y el derecho internacional humanitario es moneda corriente en la formación de todo su personal.

¿Ha habido un balance del papel institucional de los últimos cincuenta años? A partir del golpe de 1962 las fuerzas armadas asumen un rol protagónico, cuando son decisivas en la elección del primer gobierno de Belaunde y, desde entonces, siguen la evolución que conocemos. ¿En alguna instancia de las fuerzas armadas se ha hecho un análisis sobre esto?

Corporativamente, no lo conozco. Pero sí hay una preocupación sobre cuál ha sido el accionar de las fuerzas armadas durante estos últimos cincuenta años; se piensa, se analiza. Pero, dada la condicionalidad que tienen las fuerzas armadas por su carácter no deliberante, es un tema que de alguna forma habría que entenderlo, tocarlo explícitamente en los organismos o instituciones de las fuerzas armadas de mayor nivel. Es un tema sensible.

¿Cómo interpretan ustedes aquello de «no deliberante»? Mi impresión, desde el lado civil, es que la no deliberación significa no debatir, no intervenir o no opinar en asuntos políticos.

Absolutamente de acuerdo. La Constitución —he leído los debates de esta última Constitución— tiene un artículo muy explícito, el 169, que dice: «Las Fuerzas Armadas y Policía Nacional no son deliberantes. Están subordinadas al poder constitucional». Creo que eso tiene un sentido político; sin embargo, se busca tener fuerzas armadas en un esquema más allá de lo político, de «no hable usted de lo que yo no quisiera que hable»; esto, aun cuando las fuerzas armadas pudieran tener en este, como en muchos temas, deseo de participación u opinión.

Deseo o deber, porque institucionalmente hay un deber de reflexión sobre la propia entidad.

Claro, debería ser. Pero la Constitución misma coloca un límite. La Constitución de 1993 y las anteriores recogen el concepto de no deliberación, pero no lo explican. Hay artículos muy buenos sobre esta temática y todos coinciden en que la prohibición está hecha para no abordar temas de carácter político. Lamentablemente, el uso del tema va más allá, de acuerdo a la conveniencia política de la autoridad de turno. Esto podría ser un freno para otras áreas de investigación y desarrollo. Hablar, como estoy hablando con usted, puedo hacerlo porque estoy en retiro. Si estuviera en actividad no podría hablar de estos temas, porque estaría deliberando. Cuando lo que estamos haciendo, usted y yo que somos académicos, es parte de la investigación y el desarrollo en la academia.

Es un tema pendiente de revisar, porque si la fuerza armada es el rector de la aplicación del monopolio de las armas del Estado, dentro de una política pública de defensa no puede tener esta zona gris, que no es particular del Perú sino en todas partes de América Latina. Si queremos tener una fuerza armada que, de cara al futuro, tenga mayor capacidad reflexiva, necesariamente tiene que haber una visión mucho más moderna acerca de la deliberación.

En la primera mitad de la década de 1990 las fuerzas armadas se hicieron cargo del Alto Huallaga y en diversos niveles fueron corrompidas por el narcotráfico. Para algunos analistas esto tuvo consecuencias en su mal desempeño en el conflicto de 1995 con Ecuador. En 1996 una ley sustrajo a las fuerzas armadas del asunto narcotráfico. ¿Hoy día sucede algo similar en el VRAEM? ¿Qué consecuencias tiene esto para la institución?

Es un tema muy controversial y sería injusto enfocarlo solo desde la dimensión de lo que es defensa. Como los otros temas que hemos abordado, es un tema multisectorial y de la gran política del Estado. Cuando se encarga a la fuerza armada que vaya al Huallaga, no está preparada para ese tipo de acción porque su función primordial no es esa. Las fuerzas armadas tienen claramente en la Constitución cuál es su función y solamente pueden intervenir en casos de excepción, que la Constitución establece cuáles son. Pero dado que este era un gran riesgo para el Estado-nación, se fue el Huallaga; con el tiempo se pacificó, hubo una gran política multisectorial y el día de hoy el Huallaga no es un peligro como era hace quince o veinte años. Pero luego vino la alianza de narcotraficantes y terroristas, remanentes de Sendero Luminoso que están trabajando con los cárteles de la droga y buscaron refugiarse en una zona estratégica como es el VRAEM. Quien debería estar ligada directamente a combatir

este ilícito es la Policía Nacional. Pero la Policía Nacional no entró porque no estaba equipada para trabajar u operar en un escenario complejo como el Huallaga.

En efecto, se ha sostenido que en 1995, las fuerzas armadas no estuvieron preparadas para el conflicto del Cenepa. Hay que subrayar que las fuerzas armadas enfrentaron ese conflicto en 1995 con la tecnología de los años setenta, mientras Ecuador —con el que ahora tenemos muy buenas relaciones y todo esto es un tema del pasado— introdujo una mejor tecnología en sus fuerzas armadas y se preparó para este conflicto. Las fuerzas armadas peruanas, antes de 1995, tenían el tema del frente interno, un estado de excepción en todo el país, zonas convulsionadas y, encima, participar en combatir el narcotráfico. Era prácticamente imposible que se dedicara a su función primordial.

Y que se dedicara también a la política, por lo menos a partir de 1992.

Que hubo un nivel de coparticipación de las fuerzas armadas en la política, durante el primer gobierno de Fujimori y sobre todo en el segundo gobierno, no lo podemos dudar. Para el gobernante de turno de aquel momento, la no deliberación tenía otro significado. Él tuvo ministros militares en actividad y comandos político-militares de área. En buena cuenta, el gobierno civil, elegido democráticamente por el pueblo, renunció a muchas de sus facultades para dárselas a los militares. Y no solamente el gobierno de Fujimori actuó así; vayamos hacia atrás.

Claro, cada vez que se nombraba un comando político-militar.

El comando político-militar era una delegación: «Señores, yo no puedo con este tema, considero que es un tema militar y me sacudo el problema».

Además se llaman comandos político-militares, pero son militares.

Son militares, efectivamente. Hay un uso pernicioso del nombre, cuando evidentemente estamos hablando de ocupación en zonas con fuerte presencia de Sendero Luminoso; son figuras que no tienen cabida en el escenario democrático, pero que en esa época y hasta hace poco se empleaban con suma facilidad.

Probablemente es que en la civilidad hay ciertos reflejos autoritarios que inmediatamente apelan a las fuerzas armadas. Porque, como usted ve, en el Callao hay una ola criminal y se pide que entren las fuerzas armadas. Lo dicen civiles.

Hay algo que está dentro de la propia sociedad que, por un lado, es crítica y muy sensible en los temas de los que estamos hablando pero, por otro lado, tiene a flor de piel el uso del aparato coercitivo del Estado para solucionar todos los problemas del país.

En el tema de seguridad ciudadana, que es una gran discusión el día de hoy, se plantea la participación de las fuerzas armadas contra el crimen organizado, en apoyo a la policía o por encima de la policía, para enfrentar la delincuencia común. Es un tema bastante delicado, muy facilista pero que no resuelve las cosas porque las fuerzas armadas no están formadas para ello y, sobre todo, existe la responsabilidad de carácter político. ¿Quién va a asumir esa responsabilidad? Tenemos a un miembro de las fuerzas armadas, un ciudadano con armas, que está preparado para la defensa externa del territorio. ¿Cómo va a ejercer esa competencia en la parte de seguridad interna? Primero, no está preparado; segundo, está usando material de guerra y, tercero, quién asume la responsabilidad.

A eso último quizá la respuesta maliciosa podría ser que los políticos, al decir «que entren los militares», se liberan del peso; si hay problemas, si hay muertos y, finalmente, la delincuencia no es controlada, dirán: «Nosotros entregamos el asunto a los militares el asunto y, vean, ellos no resolvieron».

Un académico que ha hecho un balance acerca de cómo se ejerce en la región el control del poder civil democrático sobre las fuerzas armadas, señala que existe una «negligencia benigna» de parte de la sociedad política para manejar el tema. La idea es: «Mientras las fuerzas armadas sean hábilmente manejadas desde el punto de vista político, el control civil puede sobrevivir sin necesidad de manejar la defensa»¹. En buena cuenta, «basta que tenga controladas a las fuerzas armadas, es más que suficiente para mí, no entender el tema militar —como muchos no lo entienden— y usarlas como yo interprete la norma constitucional. No es que sea malo, simplemente soy negligente, pero de modo benigno». Suena demasiado cínico, ¿no?

«HAY UN TREMENDO
DÉFICIT PARA ENTENDER LOS
TEMAS DE SEGURIDAD Y
DEFENSA; ENTENDERLOS ES
TODAVÍA MUY MARGINAL
EN EL PERÚ».

¹ David PION-BERLIN, 2005. El manejo político de las Fuerzas Armadas en Latinoamérica. *Military Review*, 2, pp. 52-67.

En una campaña electoral anterior un candidato al congreso, que fue elegido abrumadoramente, propuso que a todos los barras bravas, a todos los pirañitas, había que mandarlos a hacer el servicio militar. Preocupa muchísimo que las fuerzas armadas se vean, incluso por políticos, como un reformatorio para marginales o un Maranguita. No lo piensa solo él; hay un buen sector de la sociedad que, inducido o no, piensa que las fuerzas armadas son una correccional y que ese es el mayor valor agregado que tienen las fuerzas armadas. Hasta el día de hoy me pasa: viene un amigo y me dice: «Por favor, Fernando, mi hijo se ha descarriado, quiero meterlo a la Escuela Naval, sé que ahí lo van a arreglar». O «quiero que haga el servicio militar porque está yendo por mal camino». Yo les digo: «si está descarriado o yendo por mal camino, búscate un psicólogo, vayan como familia a una terapia; si no tienes los recursos pecuniarios, el Estado te garantiza la salud mental, aquí tienes tales sitios para ir, pero no acudas a las fuerzas armadas, que no te van a solucionar tu problema».

Era clásico que a los hijos descarriados había que mandarlos al Leoncio Prado.

Claro. Cuando era pequeño, mi padre —a manera de broma— nos decía: «Si se portan mal, los mando al Leoncio Prado». Esa visión no ha cambiado; es muy pernicioso y denota que hay un tremendo déficit para entender los temas de seguridad y defensa; entenderlos es todavía muy marginal en el Perú.

¿Cómo ha visto usted, en la última campaña electoral, el tratamiento de los temas de defensa?

En las dos últimas elecciones, por primera vez en la historia republicana del Perú, se ha hablado de defensa. En la elección presidencial de 2016 por lo menos en un plan de gobierno había propuestas más concretas en términos de mejora de las capacidades operativas de las fuerzas armadas. En términos generales, los temas que se han puesto en el tapete son: sueldos, pensiones, beneficios sociales, salud y prestaciones sociales de la fuerza armada y de la Policía Nacional. En el Perú, el régimen social de ambas instituciones está en una sola ley. Eso también podría causar cierta confusión en los roles. Uno de los retos sería analizar la pertinencia de esto, *aggiornarlo* o separarlo.

Probablemente eso obedece a que en un momento dado las prestaciones sociales de las fuerzas armadas eran notoriamente mejores que las de la Policía. La igualación fue una reivindicación policial.

Que partió del gobierno militar; se homologaron los dos sectores. Homologar es una tendencia en el Perú, como en otros países, que nunca termina; es una promesa de largo plazo que es una salida muy ingeniosa en términos políticos. Esa homologación,

que empezó en 1973, recién ha terminado en las Fuerzas Armadas y la Policía Nacional en 2012.

Ahora, en lo que es la producción del bien público que es la defensa mediante la disuasión en el plano militar, por la fuerza armada, creo que el debate es muy deficiente: se habla poco o nada del tema. Para cierto sector político, este es un tema que sigue siendo de los militares.

Ahí intervienen dos factores distintos. Uno es la ignorancia: en el Perú hay muy pocos civiles que saben del tema de defensa; hay inexistencia o insuficiencia de profesionales preparados. Otro, del lado de los políticos, hay temor a entrar en el tema: «Mejor es no tocarlo, porque no sabemos bien en qué nos podemos meter». ¿Lo ve usted así?

Sí; hay pocos civiles preparados en temas de defensa; muy pocos han seguido un curso de semanas en el extranjero pero no faltan quienes se hacen llamar «expertos en defensa». Incluso se piensa que conocer y tener experiencia en gestión pública, por haber trabajado en otros ministerios, es más que suficiente para administrar la defensa. Sin embargo, creo que hay más del segundo factor que usted señala y tiene que ver con la llamada «negligencia benigna». Puede hablarse del régimen social de las Fuerzas Armadas y la Policía Nacional pero «cuando me comienzan a hablar de términos militares como son, por ejemplo, disuasión militar, poder combatiente relativo, capacidades operacionales, diseño de fuerzas, escenarios prospectivos, planificación estratégica operativa, planificación estratégica administrativa, etcétera, mejor no me meto en este tema». Pero eso es inadecuado, porque estamos hablando de una política pública como la defensa que es transversal con las otras políticas públicas. No me imagino escenarios de «negligencia benigna» en otros ministerios y que no se profundice en temas de salud o de educación en dichos sectores.

Por otro lado, la defensa es intangible e inmensurable comparativamente con otros bienes públicos. Se escucha muchas veces la siguiente argumentación: «Cerramos las Fuerzas Armadas; total, no va a haber guerra y mi principal preocupación es la seguridad interna, combatir la delincuencia, el crimen organizado en el país, el narcotráfico». La intangibilidad del bien público defensa hace complejo entenderlo. Uno solo valora la defensa cuando no la tiene o cuando tiene el conflicto *ad-portas*. El Perú es prolífico en dar lecciones en este tema. Desde que empezamos nuestra vida republicana, hace casi doscientos años, hasta el día de hoy hemos sido absolutamente reactivos en los temas de fuerzas armadas: solamente nos hemos preocupado de ellas de cara al conflicto. Este aspecto se ha atendido muy poco y tenemos cosas que son *sui generis* en el mundo. En 1879, durante la Guerra del Pacífico, tuvimos un presidente que salió a buscar buques de guerra y armamento

en pleno conflicto y no volvió. En 1995, en pleno conflicto del Cenepa, salieron comisiones a comprar armamento; por supuesto, muy tarde. Además de la corrupción, la reactividad es muy mala compañera para los temas de defensa: si lo compro hoy me cuesta un sol; si lo busco mañana, que estoy necesitado, me dicen: «Te cuesta diez, lo compras o lo dejas», una especie de demanda inelástica, en términos económicos, por bienes y activos ligados a la defensa. Había un misil antiaéreo, por ejemplo, que costaba tres mil y después, en el mercado negro, costaba treinta mil. Pero había que comprarlo.

La política pública de Defensa tiene una peculiaridad más compleja que las otras políticas públicas: se planifica a muy largo plazo, ni siquiera a largo plazo, en un horizonte que excede largamente los veinte años, esto es, más allá de los límites actuales de la planificación estatal en el Perú. Defensa es un sector en un proceso constante de reforma porque opera en escenarios sociales e internacionales que evolucionan. Si planifico defensa en lo que dura una administración de gobierno, cinco años, estoy perdido. Y esa es, más o menos, la tendencia de hoy. Entra una nueva administración y no sabemos si va a haber continuidad o tendrá otra visión y dirá: «Ya no quiero este proveedor —es decir, tecnología de este país— sino que quiero de este otro». Tenemos una fuerza armada que tiene material bélico de todo el mundo, absolutamente de todo el mundo. En la época de Velasco había una tendencia hacia el material soviético. La Marina de Guerra tiene naves de diferentes procedencias y la Fuerza Aérea tiene cazas de distintas procedencias. Eso ha sido, en parte, porque la autoridad política, el gobierno de turno, ha tenido visiones distintas.

¿Visiones? ¿Se les puede adjudicar ese rango?

No diré visiones; diré miopías distintas. Una visión debe tener un horizonte largo; se ha tenido más bien una visión de muy corto plazo.

¿La mayor visión, o la más cercana a una visión, fue la del gobierno de Velasco?

Sí, lo más parecido a una visión, creo que sí. Agrego un tema que es el más importante, pero que es más complejo de entender. Tener un capital bélico otorga al país una calidad, para su devenir, que es lo que se denomina disuasión estratégica en el plano militar, el *deterrence* americano. Hay que entender «disuadir» en su verdadera dimensión. En nuestro caso, el material bélico, el capital bélico, las plataformas de primer nivel en tanques, buques y aviones, comprados en la década de 1970, cumplieron su papel de disuasión militar durante casi veinticinco años. Tenga por seguro que, hasta 1995, para cualquier potencia que pensó en hacer algo contra el Perú, la disuasión en el plano militar cumplió escrupulosamente su papel.

Y entonces se acabó.

La historia nos enseña que cuando la disuasión comienza a menguarse, los riesgos aumentan.

En términos concretos, en los últimos veinte años el poder disuasivo de las fuerzas armadas peruanas ha caído.

Sí, ha disminuido. Ahora bien, sabemos que la disuasión no solamente se da en el plano militar, es multiplano. La disminución del nivel de disuasión en el plano militar —no digo que no la tengamos— se ha visto compensada con acciones del país en la parte diplomática y en la parte comercial. La diplomacia ha cumplido un papel muy interesante: zanjar lo pendiente con Chile, de la frontera marítima, nos ha dado una reivindicación del mar territorial. En lo comercial, la calidad de socio estratégico de algunos países de la región que tenemos en la Alianza del Pacífico y la convergencia en el modelo económico —con el que podemos estar de acuerdo o no— han contribuido también a tener un espacio no solamente de cooperación y de mercados sino de disuasión.

¿Y eso nos debe tranquilizar respecto a que los aviones de la Fuerza Aérea no puedan volar o los barcos de la Marina no estén en condiciones de navegar?

Eso me podría tranquilizar ahora, pero la fuerza armada de un país está para responder a escenarios impredecibles. Nadie —ni acá ni en ninguna parte del mundo— puede definir los escenarios futuros de seguridad y defensa, justamente porque son impredecibles. Eso obliga a un Estado, sea cual fuere —aún más un país como Perú, un país emergente—, a tener un mecanismo adecuado, no digo oneroso, pero que le permita tener niveles de disuasión creíble en el plano militar. Los partidos políticos pueden y deben contribuir en esto.

Le recuerdo el caso de Jaime Bayly que, cuando amagó con ser candidato presidencial, lanzó dos propuestas electorales llamativas: acabar con las fuerzas armadas y poner fin a la relación Iglesia-Estado. Me sorprendió que ninguna de las dos se discutiera. ¿Cómo interpretar este absoluto silencio ante una propuesta provocadora? ¿No cree usted que la existencia de las fuerzas armadas es un tema que merece una discusión para que se forme cierto consenso en torno al asunto?

Es una propuesta provocadora y nadie recogió el guante lanzado por Bayly. Estamos en democracia y por qué no, se debería debatir estos temas. Si el Perú tiene la convicción absoluta de que no va a pasar nada en el futuro, pues cambiamos la Constitución. Pero hoy la Constitución dice claramente cuáles son los roles de las fuerzas armadas;

en concordancia, hay políticas contenidas en el Acuerdo Nacional; está el Plan Estratégico Nacional y en especial el Plan Bicentenario. Desde el punto de vista práctico, países desarrollados o emergentes que hayan prescindido de fuerzas armadas, no conozco. Podríamos decir Costa Rica, donde el presidente Figueres disolvió el ejército en 1948. Pero Costa Rica tiene una policía...

Y, sobre todo, tiene una suerte de garantía, que es Estados Unidos. Es una póliza de seguros que han comprado y cuyas primas abonan puntualmente.

Evidentemente, ahí está la doctrina Arias.

¿Por qué no hay más civiles en el país que trabajen el tema de la defensa, de las fuerzas armadas? Los pocos centros de investigación que trabajan el tema no han logrado producir debates importantes; a lo más, seminarios y foros muy circunscritos. ¿Por qué cree que esto es así? Si nos comparamos con Chile, hay allá una cantidad de gente que ha estudiado fuera y está formada en el tema, lo conoce de verdad y lo maneja seriamente. ¿Por qué no en el Perú?

El académico que propuso el concepto de «negligencia benigna» hizo un examen de por qué no hay civiles que están interesados en la defensa nacional. Concluyó que en América hay ministros de Defensa civiles que conocen poco o nada del tema de defensa. En el Perú tuvimos hace unos años un ministro de Defensa que cuando asumió el cargo dijo en la conferencia de prensa: «Yo conozco muy poco de Defensa» y aseguró que se iba a asesorar bien para cumplir su encargo. Y lo dijo así, abiertamente; me gustó la franqueza. No me imagino ministros de otros sectores, responsables de otras políticas públicas, como salud o educación, que conozcan poco o nada de su sector. Esto nos plantea analizar por qué la sociedad peruana no se preocupa de estos temas y por qué se busca a las fuerzas armadas para lograr efectos populistas en diversas campañas.

En el caso peruano, son varias las causas que condicionan esto. La primera de ellas está ligada a que la sociedad todavía tiene un rechazo en profundidad al tema militar, por los últimos cincuenta años. No podría decir que las cicatrices de los años noventa han cerrado en la sociedad.

No entiendo bien el argumento. ¿Quiere decir que hay un rechazo hacia la fuerza armada que explica que no se ocupen de ella? Argentina es un ejemplo de lo contrario. Hay pocos países de nuestra región donde se ha visto un caso como el argentino: en 1983 los militares tuvieron que dejar apuradamente el gobierno en medio de un rechazo general, pero quizá lo decisivo no fue tanto la «guerra sucia» cuanto

la derrota en Las Malvinas. Y, desde entonces, las fuerzas armadas están totalmente fuera del juego político: en los hechos no son actores políticos, están en el lugar que les corresponde. Hay un consenso social en que las fuerzas armadas no tienen que estar en ningún otro sitio y, sin embargo, hay mucha gente que estudia el tema.

Creo que la sociedad peruana, sobre todo la academia, ha estado muy sensible por lo que pasó en los años noventa. El cogobierno que hubo, usando a las fuerzas armadas durante el gobierno de Fujimori ha hecho mucho daño.

¿Y eso es lo que inhibe estudiarlos?

Creo que sí, en cierta parte. Se ha hecho esfuerzos para acercarse a la academia, a diversas universidades, para ver el tema, pero son muy pocas las que aceptan. Otro aspecto al que quiero llegar es la madurez de los partidos políticos, que tienen una deuda muy fuerte con el tratamiento serio de las fuerzas armadas; como con otros temas, pero el caso de las fuerzas armadas creo que es clamoroso. Hace un momento destacué que recién en dos elecciones se ha hablado de fuerzas armadas. Hemos tenido 190 años de ausencia. Para mí eso ha repercutido en que no haya habido actores políticos que pusieran en el debate estos temas, como las otras políticas públicas. El tercer punto es que en el país los temas de defensa no venden. Me refiero a que es un tema que profesionalmente no atrae, ni agrega valor a la profesión del potencial investigador. A quien se interesa, lo dejan relegado y tiene que buscar refugio en una ONG o alguien que lo pueda solventar.

El tema no vende, ni para los políticos ni para los académicos.

Así es, no vende. Cuarto punto: soy un convencido de que se ha avanzado en el CAEN, donde hay una apertura mayor. Ya no es el Centro de Estudios Militares, sino Nacionales, donde se ven más los temas de seguridad y defensa. El esfuerzo ha tenido altibajos en la búsqueda de integrar una corriente en cuestión de defensa, para que esto sea debatido públicamente. Creo que todavía el Ministerio de Defensa, a través del CAEN, tiene una gran labor por hacer. Como parte de la política del Ministerio de Defensa, este debe ser el principal actor para propugnar esos temas. Tiene que haber un liderazgo político para llevar a investigadores profesionales a trabajar temas de defensa. Pasan los años y todavía tenemos un déficit clamoroso. Me gustaría que haya profesionales de carrera. Tiene que haber una carrera de defensa, como en otras partes del mundo. En el Ministerio hay algunos profesionales calificados que tienen cierta permanencia, pero son muy pocos.

«EN DEFENSA,
TECNOLÓGICAMENTE
TENEMOS TREINTA AÑOS DE
ATRASO, EN PROMEDIO».

Recientemente usted ha sostenido que hay dos asuntos que deben ser encarados en la discusión pública: «el nivel de disuasión estratégica en el plano militar que debe tener el Perú en el mediano y largo plazo y los programas de reposición de activos o plataformas militares que sustituyan la mayoría del material bélico obsoleto». Pero encarar el asunto conduce a un mayor gasto público en defensa —renovar una plataforma de defensa que está obsoleta es una inversión gigantesca— y nuestra historia sugiere que las compras militares han sido una ocasión formidable de corrupción. ¿Cómo imagina usted que el ciudadano peruano medio, del que usted dice que carece de una «cultura de defensa», vería ese incremento del gasto, cuando hay sectores —como la educación y la salud— que requieren una atención prioritaria? ¿Cuál es la vía para encarar estos asuntos, abrir un debate enterado sobre ellos o convencer al gobernante que es elegido, que es la vía utilizada hasta ahora?

En Defensa, tecnológicamente tenemos treinta años de atraso, en promedio, en cuanto a la antigüedad de sus principales plataformas: buques (submarinos, fragatas y corbetas), blindados (tanques principalmente) y aviones de combate. Por más tecnología que uno vaya incorporando, todo tiene un límite. Conviene saber que hoy en día el presupuesto de defensa peruano, de características reactivas y regresivas, representa solo el 1,19% del PBI; es el penúltimo en la región, cuya media llega al 2,3% del PBI.

Más que entrar a los números —cuánto representa—, tiene que haber previamente un consenso en torno a qué dimensión, qué tamaño de fuerza armada debe tener el Perú. Esto no es un tema exclusivo de militares; es un tema que debe partir de los gobiernos y los partidos políticos. Las políticas 9 y 25 del Acuerdo Nacional dicen que debemos garantizar en el largo plazo una fuerza armada que otorgue disuasión. Los países modernos, desarrollados, debaten en los órganos competentes —en el Congreso, en las comisiones respectivas— y a nivel de la academia y del debate político el tamaño de las fuerzas armadas que deben tener. El Perú es la excepción en esto. En Chile usted tiene el Libro Blanco de la Defensa Nacional, que está en su cuarta versión en quince años; lo han ido modificando porque el escenario internacional cambia.

Y la tecnología militar también.

La tecnología militar, el escenario, las prospecciones en riesgo y amenaza: lo que ahora es riesgo mañana es amenaza, lo que es amenaza se vuelve... o de repente desaparece el riesgo. Es impredecible el mundo donde vivimos. Y la defensa trabaja en ese mundo. Chile, en la cuarta versión de su libro de defensa nacional, define claramente qué dimensión de fuerza armada deben tener.

En el Perú, no. Tenemos un Libro Blanco de la Defensa Nacional del año 2004, que está hecho más con criterio político o ideológico. Como peculiaridad, es el único libro blanco del mundo que en las amenazas no considera posible el conflicto interestatal, ¿una ingenuidad? Tenemos que discutir más; no puede existir la «negligencia benigna» y que las fuerzas armadas digan al gobierno qué necesitan: «Tanto para la Fuerza Aérea, tanto para la Marina». Se debe comenzar por definir, como en otras políticas públicas, cuál es el *output* de esa política pública.

Imaginemos que en el debate presidencial uno de los candidatos hubiera dicho, con el respaldo técnico de estudios e informes: «Necesitamos dedicar el 4% del presupuesto de la nación, durante los siguientes cinco años, para preparar una fuerza armada con capacidad de disuasión, que en este momento no tenemos». Eso le hubiera garantizado no ser elegido.

Por supuesto; por eso le decía que defensa no vende. Lamentablemente, en este país ese debate sería inédito, totalmente válido —porque estamos hablando de una política pública, de un bien público de todos los peruanos, como educación y salud— pero políticamente resulta inconveniente. Vamos a cumplir doscientos años de vida republicana y todavía hay temor de tocar los temas de defensa. Esto requiere un nivel de madurez que todavía no se da en el país y tiene que darse en algún momento. El político, por lo general, prefiere ser «negligente benigno».

Y recibir de los mandos militares el *shopping list*, aunque sea un poco grande.

Les doy el *shopping list* con cien cosas. Entonces dicen: «Gracias, vamos a estudiarlo con el ministro de Economía», y dicen luego: «De acá esto, esto y esto». Esa no es la forma de trabajar la política de defensa. Determinado el nivel de disuasión que el país requiere, el órgano político de más alto nivel determinará el tamaño de las fuerzas armadas: «Señores almirantes y generales, ustedes han recomendado que las fuerzas armadas de Perú sean *extra-large*, pero los políticos decimos que serán *medium-size*; no diez batallones de tanques sino dos; submarinos, no diez sino tres». La decisión tiene que partir de la autoridad política, no al revés; no podemos poner la carreta delante de los caballos. Hay una responsabilidad política en esto y la autoridad política necesariamente tiene que ser consecuente con el encargo constitucional que tiene.

Como usted está en retiro, se le puede preguntar con la confianza de que va a responder con franqueza. ¿Qué prefieren los mandos militares, en términos prácticos y también de corto plazo, porque los mandos también tienen un plazo de duración corto: una política trabajada como usted está planteando o la fórmula del *shopping list* que se lleva al negligente benigno?

Percibo una madurez y la tendencia a una política de defensa de largo plazo que sea cumplida por todos los actores y partidos políticos al ser gobierno. A raíz de todo lo que ha ocurrido, hay una autocrítica interna; se conversan estos temas, no lo dudo. Otra cosa es que no conozcamos esa discusión, porque el carácter no deliberativo hace que de ninguna forma se dé a conocer abiertamente.

Y si se diera a conocer, probablemente, tendría resultados funestos.

Creo que la fuerza armada espera de un gobernante que actúe de acuerdo a sus responsabilidades, que plantee un gran consenso nacional: esta es la dimensión de la fuerza armada que debemos tener. Y no que cada cinco años se repiense un simple *shopping list* porque carecemos de un lineamiento de dirección.

Del lado militar lo que veo, sobre este tema y otros, es que el secreto militar cubre más cosas de las que debería cubrir.

Le aseguro que no es así el día de hoy; ha cambiado dramáticamente, para bien. Se lo pongo en contexto. Hasta el año 2000, en la segunda elección de Fujimori, conocemos todos los temas de corrupción que hubo, pero del año 2000 a la fecha la fuerza armada está integrada absolutamente al sistema contable, presupuestal y de adquisiciones del Estado.

¿Entonces, como ciudadano, yo podría saber qué adquirió la fuerza armada en los últimos dos años?

Sí, en la página web del Ministerio de Defensa y de los institutos armados hay un portal de transparencia. Hay algunos temas referidos a armamento estratégico que, evidentemente, merecen un tratamiento especial pero todo está bajo conocimiento, control y supervisión de la Contraloría General de la República y del Congreso. Hemos avanzado muchísimo, le puedo asegurar. No quiero decir que esto sea la panacea; todavía falta, obviamente. Pero incluso hemos llegado a que procesos de adquisiciones de armamento letal, de contrataciones de bienes y servicios, han salido publicados en la página web porque las directivas decían eso. Ha habido una transición desde lo que había pasado, pero se ha avanzado muchísimo. El ciudadano tiene mucha información de defensa y todo está fiscalizado.

Usted ha escrito que «las amenazas de carácter militar prácticamente han desaparecido»². ¿Hay, en potencia, conflictos vigentes?

No soy quién para decirlo, pero sí puedo asegurarle que el sistema de defensa nacional tiene hipótesis para manejar riesgos y amenazas en los escenarios impredecibles de hoy y mañana. Evidentemente, el conflicto interestatal es una hipótesis que siempre va a estar presente, aunque mínima, y de allí la necesidad de generar capacidad de respuesta inmediata. Se trata de optimizar los recursos.

El problema con Ecuador se acabó, felizmente; está bien cerrado. ¿Chile es un problema?

En lo particular, no.

Tenemos el caso del general Roberto Chiabra, que fue ministro de Defensa en 2003 y en un momento dado se proclamó posible candidato presidencial; parece estar dedicado al tema de Chile. En el semanario de Hildebrandt, un par de páginas sobre el conflicto con Chile son una sección regular. ¿Hay una manera inocente de leer estos datos?

Es un buen punto. Pero es un tema que va más allá de la actual situación o de las relaciones entre los dos países. Es un tema de defensa, no lo dudo.

Porque usted sostiene —y aquí remato mi argumento— que el ciudadano no tiene una conciencia de defensa. El general que quiso ser candidato presidencial con ese discurso y el periodista importante e influyente que es César Hildebrandt están hablándole a un público que saben que existe. ¿Cómo leer esto?

Mi lectura, partiendo de la premisa de que hay un déficit en cultura de defensa, es que los nacionalismos o neonacionalismos tratan de cosechar votos o aplausos apelando siempre al tema. Yo no dudo de que la Guerra del Pacífico fue una herida muy grande para el país; no dudo de sus implicancias, pero tampoco nos debemos quedar anclados en el pasado. Necesitamos una mirada de avanzada al futuro, sin ser ingenuos como país. Las probabilidades de conflicto son cada vez menos. En ambos lados, en Perú y Chile, hay halcones y también palomas. Y los halcones tratan de cosechar, influenciados por otras corporaciones. El sensacionalismo vende mucho en el Perú; no solo *Hildebrandt en sus trece* u otro periódico sensacionalista que saca a tres páginas: «Vino el portaviones tal, el bombardero nuclear tal, cuidado».

² Fernando PALOMINO MILLA, 2004. *Economía de la defensa nacional. Una aproximación al caso peruano*. Lima: Comisión Andina de Juristas, Ministerio de Defensa (p. 158).

Son cosas de folklore, pero eso vende en el Perú, lamentablemente. Va a dejar de vender cuando empecemos a tomar en serio la política de defensa, cuando se hable responsablemente, porque en el Perú no se está hablando del tema o lo que se habla es muy tímido y la academia no fomenta este diálogo. Eso, por un lado.

Por otro lado, no debo negar que en Chile persiste un núcleo duro: la paranoia de tener una fuerza armada multihipótesis: «Estamos en la parte sur y tenemos tres vecinos que nos van a atacar». No me asombraría que en un sector de la academia de Chile estén trabajando en que si el tema de la mediterraneidad de Bolivia prospera, se plantee una hipótesis de conflicto vecinal: entran por acá y el otro entra por el norte y por el sur. Esos temas se van a ir desinflando conforme haya más acercamientos. Las fuerzas armadas de Perú y Chile están dando grandes pasos —y podrían dar algunos mayores todavía— en disposiciones de acercamiento como medidas de confianza y seguridad mutua. En algún momento de los próximos años podríamos tener ejercicios combinados de las dos armadas. Ya los tenemos en desastres naturales, en capitanías y guardacostas; las patrulleras van a recoger náufragos, pero podemos ir mucho más allá. ¿Por qué no pensar en un mecanismo de defensa cooperativa en el futuro? Nos unen muchas más cosas que las que nos desunen.

¿Intercambio de oficiales en formación?

Ya tenemos, sí, estudian en las academias. En la medida en que haya mecanismos de integración más completos, las fuerzas armadas pueden avanzar. En Europa, franceses y alemanes comparten la conmemoración de batallas en las que se enfrentaron. A eso tenemos que llegar. Perú puede dar un gran paso e invitar a que venga una fragata chilena el 8 de octubre y Chile invitar a su vez a una fragata peruana el 21 de mayo. Eso requiere mucha madurez, mucho consenso; estamos lejos, pero hay que hacerlo. Son gestos importantes, de disuasión; son medidas de confianza y seguridad mutua. Y, por otro lado, con un aparato de disuasión acorde y creíble.

Es parte del lenguaje aceptado hablar de la subordinación de las fuerzas armadas al poder civil. Sin embargo, usted ha sugerido que los gobiernos civiles prefieren delegar a los militares las decisiones sobre asuntos militares. ¿Esto afecta la subordinación al poder civil? ¿Debemos entender que no la hay mientras lo que tiene que ver con defensa no sea decidido por civiles?

Esto engloba prácticamente todo lo que hemos conversado. La subordinación significa que la corporación militar tiene que obedecer al poder político legalmente constituido y democrático. En estos quince años la fuerza armada lo tiene bastante claro. Para hablar en términos prácticos, el golpe de Estado es una palabra cada vez más lejana en el país; personalmente, lo considero así. Hay instituciones militares

que son más democráticas que otras; históricamente, la Marina lo ha sido, a pesar de que ha sido parte en el cogobierno con los militares; también la Fuerza Aérea. Lo que sí diría es que en el Ejército —no necesariamente en la Marina y la Fuerza Aérea—, algún sector de los militares —como algún sector de la sociedad—, se siente muy cómodo con los caudillos militares. Como sabemos, el fenómeno del caudillaje en el Perú no es nuevo. El caudillo militar hace una asonada, como lo que pasó en Locumba y Andahuaylas con el presidente Humala y eso de alguna forma lo encumbró.

En esto hay que trabajar mucho, no solamente nosotros los militares sino también la sociedad en su conjunto, en el sentido de hacer una crítica bastante fuerte de lo dañino que ha sido para el país el tema del caudillaje. Históricamente, en el Perú ha habido una simpatía mayor a los caudillos que a partidos o planes programáticos. El partido era solamente un traje para los cinco años y punto. Como ha sido el gobierno de Humala: un caudillaje, una asonada, el etnocacerismo y el tema recurrente de Chile, y un ropaje llamado Partido Nacionalista que hoy no existe, ha desaparecido. Seguramente no hay la tentación de dar un golpe de Estado, pero sí la de ser caudillo.

Al llegar a ocupar el cargo de presidente, Humala ha encontrado en activo a muchos oficiales de una promoción a la cual perteneció. Para las decisiones que importan en esta materia, tanto en materia de defensa como en materia de la corporación militar, ¿qué significa tener un presidente que ha sido militar?

¿En términos de la visión de las fuerzas armadas? Independientemente de las virtudes que pueda tener el presidente, es un presidente de extracción militar, comandante en retiro, que entiende los temas militares. Con él ha sido más fácil el diálogo, explicar temas como los que hemos conversado hoy, y ha sido un interlocutor que ha permitido tomar decisiones sobre temas de defensa. Algunos dicen que las fuerzas armadas, durante este periodo, han tenido una primavera. Cuando hablan de la primavera es porque ha habido algunas modernizaciones y adquisiciones.

La primavera es el *shopping list*.

Ha habido adquisiciones que no necesariamente han estado ligadas al rol exclusivo de las fuerzas armadas, sino a los roles colaterales que tienen. Por ejemplo, la adquisición del primer buque oceanográfico polar, que es tripulado por la Armada. El Perú es un país que tiene proyección hacia la Antártida y ahora tenemos un buque oceanográfico de primerísimo nivel para las expediciones científicas. Otro ejemplo: el buque escuela para las tripulaciones navales. El Perú era la única armada en Sudamérica que no tenía un buque escuela. Es un buque extraordinario para la formación de la gente de mar del Perú y, como todo buque escuela del mundo, es una embajada itinerante.

No tiene armas. Tercer ejemplo: la adquisición de patrulleras guardacostas, para el control de los ilícitos y actividades de pesca ilegal, que es uno de los nuevos roles que tiene la Armada como autoridad marítima. Ha habido un *shopping list* que ha sido entendido adecuadamente. Pero ha quedado otra vez bajo la alfombra lo primordial: ese gran debate político sobre qué queremos con las fuerzas armadas y qué tamaño asignarles.

Humala ha ascendido en grados y a cargos de responsabilidad a gentes de su promoción y de la promoción de su hermano Antauro. En algunos casos, los nombramientos parecen ser arbitrarios o suponer la postergación de gente con capacidades. ¿Usted cree que el nuevo gobierno debería revisar esto?

No digo que debería, pero el gobierno entrante tiene toda la potestad. El nuevo presidente, como jefe supremo de las fuerzas armadas, debe sentirse cómodo con los altos mandos que considere convenientes. No es un tema de continuidad de los altos mandos de ahora. Es una potestad que tienen todos los comandantes supremos de las fuerzas armadas en el mundo. Si cree que ha habido algo de irregular en estos nombramientos, puede tomar las acciones que crea convenientes; la ley lo permite.

En el Perú se discute con cierta frecuencia acerca de la discriminación étnica, social, por sexo; a menudo hay denuncias y debates. Algunos dicen que la discriminación en el Perú se mantiene. Otros dicen que no se ha desterrado el tema, pero se ha avanzado mucho. ¿Cómo viven las fuerzas armadas el tema de la discriminación? Desde la discriminación racial hasta el acoso sexual.

Con bastante satisfacción debo decir que creo que es el sector que más ha avanzado en este tema, en los últimos quince años. Viene de atrás, pero más se ha avanzado ahora. Seamos francos, siempre la composición étnica ha sido un tema de debate en las fuerzas armadas, como la Marina.

No sé si es una copla de Nicomedes Santa Cruz u otro texto literario —usted debe recordar— que cuenta en primera persona la ilusión de un niño, de ser oficial de la Marina, hasta que descubre que él es negro. ¿Hay oficiales negros en la Marina?

Lo cierto es que la fuerza armada, en su conjunto, no tiene ningún tipo de discriminación para los que postulan. Antes sí —debo reconocerlo—, hace muchos años, era muy selectivo. En eso se ha avanzado profundamente y ahora creo que están presentes todas las sangres. Todas las etnias, todas las poblaciones del Perú, del Perú profundo, de la costa, de la selva, están dentro de las fuerzas armadas, en los suboficiales y en los oficiales; por supuesto, también en la tropa.

En la tropa siempre estuvieron.

Siempre estuvieron, claro. Cuando el servicio militar era obligatorio, el que tenía posibilidades económicas siempre tenía una dispensa. Ahora el servicio militar es voluntario y no hay que ser adivino para saber qué pasa ahí.

Hay muchos programas dentro de las fuerzas armadas para evitar todo tipo de discriminación y asegurar, sobre todo, el respeto a la mujer. Fui comandante de una fragata y tenía 220 tripulantes, de los cuales había veinte mujeres. Navegábamos por quince, veinte días y no tuve problemas. Había charlas periódicas sobre esto; hablaba con las oficiales y sub oficiales y les decía: «Cualquier cosa, por favor me avisan». Asumía el rol de padre. Los casos que ha habido son muy aislados —le digo con honestidad— y han sido severamente castigados. Hace unos meses hubo un caso de acoso en un centro de formación de la Marina y la Marina denunció al oficial, lo puso a disposición, llamó al fiscal y lo entregó. Antes de que entrara Aprodeh, la Marina actuó y lo entregó a la autoridad competente. Se es muy drástico en las instituciones en estos casos aislados. Se ha avanzado mucho.

JOSÉ LUIS RÉNIQUE:
**«LA VOZ QUE SALE DE LAS INSTITUCIONES NACIONALES
Y DE LOS DEBATES PÚBLICOS ES LA VOZ QUE NO HUBIERA
QUERIDO ESCUCHAR»**

¿La historia del Perú se enseña como tragedia o es una tragedia? Recuerdo del colegio una lámina en la que se veía al Perú en una sucesión de mapas —desde el imperio incaico, en que ocupaba media América del Sur, Virreinato, República, guerra con Chile, tratado con Colombia— en los que se iba reduciendo significativamente. Pero no solo era el mapa: si examinabas los grandes capítulos de la historia nacional, eran capítulos de tragedia, de frustración, de derrota.

El tema de fondo es cuáles son los referentes explícitos o implícitos en el Perú como un logro nacional o como una frustración. La camiseta «nación» a algunos territorios de Sudamérica les cae bien, porque les alienta, les promueve a pensar en identidades más inclusivas, a pensarse como un todo —cuando siempre han sido partes—, a imaginar un modelo de ocupación territorial en áreas en las que nunca había existido una entidad centralizadora. Estoy pensando en el Paraguay, en Uruguay, en el mismo Chile como proyecto de nación que va más allá del valle central.

Pero Paraguay es también un país en derrota...

Sí, pero estoy pensando que Paraguay gana la Guerra del Chaco, se constituye como nación, pelea una de las dos o tres grandes guerras del siglo XIX, y Paraguay sobrevivió.

Pero se quedó sin hombres, literalmente.

Exactamente. Para mí, una condición en esta conversación es que los procesos de las naciones son infinitos. Entonces, quién sabe en determinado contexto, con las tensiones por las que atraviesa y lo incompleto de los procesos nacionales —inclusive los de Brasil o Argentina—, quién sabe cuál podría terminar siendo el destino de Paraguay. No quisiera mirar esto como procesos completos, terminados, ni mucho menos. Estoy proponiéndote la idea de que la camiseta «nación» o el proyecto

de nación liberal que requería un tipo de Estado, de basamento doctrinal y una cierta jerarquía político administrativa, significa para el Perú reducirse, mientras que para otros significa plantearse un cierto horizonte de orden, de identidad colectiva que acaso no existía. Es como la aparición del horizonte nacional para los beduinos, que sobreviene como producto de una dinámica no solo nacional sino internacional.

En el caso del Perú, la camiseta «nación» es pérdida, tras pérdida, tras pérdida, porque necesitas terminar descubriendo lo que puedes gobernar, qué es factible en una realidad geográfica acotada, y el gran tema de la gobernabilidad, que es lo que todavía no se ha logrado descifrar hasta hoy, a inicios del siglo XXI.

Entonces, en el Perú los referentes son esos mapas que recuerdas del colegio. Fuimos imperio, dos veces, fuimos una promesa nacional que nunca definió su destino. Hay un debate entre los historiadores, en torno a la llamada «independencia concedida», en el que yo creo que ambos lados tienen parcialmente la razón y que deja planteada una pregunta abierta todavía, que se responde más por temas nacionalistas del momento que por razones históricas. La nuestra es una historia difícil de contar en términos positivos, para no entrar al tema de que imaginar la nación, en el caso peruano, es un ejercicio algebraico más que aritmético.

Lo que me recuerda una conversación con estudiantes chilenos, a quienes —con el fin de que captaran la complejidad peruana— les propuse imaginar un Chile con la mayor parte de su población viviendo, hasta mediados del siglo XX, en los espacios interandinos y más allá de la cordillera, por si fuera poco, una vasta Amazonía prácticamente inalcanzable para el Estado, una región que por sus recursos deviene espacio de disputa no solamente regional, sino mundial. Es una manera de abordar el tema.

Eso no es la historia, eso es el territorio.

¿Cómo desligar lo geográfico de lo histórico? El reto geográfico es un hecho dado y es lo que enmarca la acción de los individuos, de las sociedades.

Sin duda. Pero no sé si te estoy entendiendo bien. ¿Aceptarías que la historia nacional es una historia de empequeñecimiento, de frustraciones?

Sí, pero buscaría un lenguaje distinto, teniendo como punto de partida una apreciación crítica de aquellos referentes que inducen a perpetuar el ángulo ese de una «historia de empequeñecimiento». Esos referentes tienen mucho de mito, de ficción. Porque cuando ves el mapa del Imperio incaico, ¿qué significaba eso?, ¿hasta dónde llegaba ese imperio?, ¿qué tan efectiva era esa dominación? ¿y por qué nos imponemos esa relación de continuidad con el Perú republicano? La visión de una «historia de empequeñecimiento» surge de la manera en que elaboramos una noción de patria, en un momento determinado de la historia.

¿Por qué construimos esa noción de patria que, al mismo tiempo, nos presenta en derrota?

Eso es lo que hay que discutir; es un paquete que requiere revisión, con miras a explorar maneras alternativas de contar la historia. Se ha construido una memoria tan fuerte del Perú como disminuido, como el país de las ocasiones perdidas, como el país jodido, sin hacer una crítica a fondo de los referentes que inducen ese tipo de narrativa. Una adecuada crítica historiográfica nos ayudaría a esclarecer cuánto de proyección de ansiedades contemporáneas hay en esa flagelante visión de la historia que solemos infligirnos.

Es comprensible que en la república inicial se haya recurrido al pasado prehispánico como referente mítico, como fuente del «alma nacional». Pero luego, bajo el influjo indigenista, se tendió a transformar ese vínculo romántico en una relación genealógica a la cual la imaginación literaria dotó de anécdotas y personajes. Se parte de la realidad para construir una inspiradora mitología fundacional. Y a partir de ella —como diría el historiador Eric Hobsbawm— «se inventa una tradición» que cumple su misión de proporcionarnos identidad y orientación. Un trasfondo glorioso con respecto al cual todo lo que viene será visto en clave de pérdida o empequeñecimiento. Establecer el mapa del imperio incaico como el primer mapa del Perú es, en ese sentido, una desmesura histórica que termina condicionando nuestra manera de evaluar la historia republicana, induciéndonos a verla como una interminable cadena de frustraciones.

Ante la complejidad del proceso de construcción nacional en el Perú es vital formular preguntas desde perspectivas distintas. Yo también soy un producto de esa historia y tengo problemas para abrirme a otras perspectivas, pero sería una enorme arrogancia pensar que el discurso histórico que heredé, dentro del cual crecí y descubrí mi visión del Perú, es el único posible. Toda la historia republicana fue contada —hasta hace no mucho tiempo— desde Lima, desde el Estado; lo que alguien llamaba una visión napoleónica del Estado. De otro lado, mientras en los textos escolares como el de Gustavo Pons Muzzo la historia se reducía a un listado de supuestos logros político administrativos o infraestructurales, desde la literatura Reynoso, Congrains o Vargas Llosa invitaban a leer el pasado como una suma de frustraciones.

Meses atrás, cuando fui a ver la exhibición de Chavín presentada en el Museo de Arte de Lima, no salí con el corazón henchido de patriotismo pero salí sobrecogido por dos cosas: de un lado, la dimensión de la construcción estatal que significó Chavín para su época, la ambición, la perspectiva; de otro lado, la sensación de sentirme abrumado por ¿qué quedó de todo aquello? ¿Hay ahí un legado por incorporar?

¿Si es así, de qué manera hacerlo? ¿Qué vincula a un peruano del siglo XXI con ese pasado? Quizás lo más lógico sea admitir que, aparte de compartir un mismo espacio geográfico, no haya sino una conexión romántica con esa historia o quizá sea el imprescindible llamado a pensarnos como el producto de un desarrollo singularísimo cuyos efectos sobre el presente siguen siendo un enigma por descifrar. Tal vez lo mínimo que pueda decirse, a estas alturas, es que el no habernos dotado de una visión realista y sin complejos de nuestro pasado nos ha condenado a fluctuar entre la oda al pasado glorioso y la más absoluta condena a todo lo hecho. Dilema no resuelto en que a la larga terminaría incubando un pragmatismo brutal. Me viene a la memoria una entrevista en la que le preguntaron a Alberto Fujimori a qué personaje de la historia peruana admiraba más; «ninguno» fue su respuesta.

Pero él era culturalmente japonés.

Pero era el presidente del Perú y por alguna instancia reflexiva tenía que haber pasado en su tránsito de profesor de matemáticas a mandatario de la nación.

«SIEMPRE HEMOS REFERIDO
TODO A ESTA VISION DEL PAÍS QUE
PIERDE, QUE DISMINUYE,
QUE ES INVADIDO, QUE
ES CORTADO EN PEDAZOS,
QUE NO LOGRA».

Esta historia nuestra es un paquete difícilísimo de llevar y se ha construido sobre la base de la pérdida, de la falencia, del Perú jodido. «¿Cuándo se jodió el Perú?», frase terrible que nos clavó un personaje de Vargas Llosa de la cual ha sido tal difícil zafarse a pesar de lo mucho que se ha querido....

«Se ha querido» dices, ¿hay una voluntad detrás de eso?

Es que no se ha podido; quizá porque es muy fuerte esta sensación. Hay una ambigüedad en esto. Para ser nación necesitas vincularte con el pasado glorioso; te remontas, entonces, al legendario Tawantinsuyo y más atrás; pero, después de llenarte de orgullo con los logros prehispánicos, entras a ese largo rosario de conquistas, derrotas y sometimientos, reflejado en ese mapa del «empequeñecimiento» que señalabas. Está hasta en las canciones populares: «La luz se hizo sombra y nació el indio, prisionero en su tierra, indio cautivo, sin luz en la mirada, indio sombrío». Así, es bien difícil...

Pero, aparte del asunto territorial, es una historia de grandes proyectos políticos que fracasan.

Pero que tenían puntos de partida que tenemos que examinar para medir la dimensión de su fracaso. No lograban ser suficientemente...

Pasemos revista rápidamente.

El del guano, con Pardo.

El del guano, más que un proyecto político, es originalmente un proyecto de negocios. Con Pardo lo del guano sí toma vuelo. Como proyectos políticos de vuelo tienes a Pardo, Leguía, el APRA, Velasco. Los cuatro fracasaron de distinta manera.

Hoy día puedes examinar, con mucha lógica y con bajísimo nivel de partidatismo, la precariedad de esos proyectos porque no lograban comprender la dimensión del reto de construir nación, porque tenían grados muy altos de dependencia ideológica, porque había carencia del personal indicado. Todos estos proyectos pueden ser historiados de una manera abierta, en contraposición a verlos simplemente como fracasos. Lo que no hay en el Perú es un mecanismo mental que te encarrile por la vía de lo que en inglés llaman *learning process*.

¿Por qué? ¿A qué se debe eso? ¿Dónde está el origen?

Sin pretender dar una respuesta a una pregunta exhaustiva, probablemente porque desde el plano de la mentalidad, de la visión nacional siempre hemos referido todo a esta gran visión del país que pierde, que disminuye, que es invadido, que es cortado en pedazos, que no logra consolidarse. Como proponía Carmen McEvoy, de esa visión de frustración crónica deriva una política basada en la idea del palo ensebado: siempre es posible decir: «no vas a llegar, no entiendes el problema en su conjunto, quítate tú para ponerme yo». Es una política bastante fragmentada, muy caníbal, donde existe, más que una noción de ganar al rival en un marco institucional colectivo, la noción de «cómo aniquilo a mi rival para ponerme en la situación de primacía». Y creo que la política peruana, en sí misma, no ha recibido una atención suficientemente analítica, suficientemente comprensiva, al margen de partidatismos.

Recuerdo haber leído como un gran descubrimiento los ensayos de Víctor Andrés Belaunde y los de Manuel Vicente Villarán. Para leer esos trabajos, que me iluminaron muchísimo dimensiones fundamentales de la construcción nacional, primero tuve que romper con el marco que heredé del discurso de los años setenta, que definía una especie de damero donde estaba, de un lado, la oligarquía proterrateniente y, del otro lado, la pequeña burguesía radical, etcétera. En mi época estudiantil,

en los cursos de historia republicana no se leía a fondo a Belaunde y Villarán porque estaban encasillados en una cierta trayectoria de clase, definida a partir de lo que varios de esos autores —incluyendo a Riva Agüero—, escribieron en la etapa final de su vida.

Esa manera cainita de manejar la historia y la política. ¿No es esa la tragedia?

Si estás buscando detallar la tragedia, sí, ciertamente; hay muchísimos hechos para ilustrarla.

En el camino de buscar el por qué, hace muchos años, a un amigo que no es peruano y conoce muy bien Chile, desde ese tipo de curiosidad que me ha llevado a hacer un libro como este, le pregunté: ¿cómo definirías la diferencia entre peruanos y chilenos? Me dijo: «Los chilenos no te hablan mal de otros chilenos, los peruanos siempre lo hacen». Eso no se debe a que perdimos territorio, sí forma parte de la tragedia y tal vez explica por qué contar la historia nacional como falencias y derrotas, ¿no?

Claro. Hay una cultura política, una manera de ser, una manera de socializar que merece un análisis antropológico serio. Si hago una referencia a Víctor Andrés Belaúnde, en particular, es porque admiro su capacidad para vincular diversos planos analíticos: de la influencia del legado prehispánico al de la psicología colectiva, con el fin de explicar obstáculos muy reales, muy concretos, que complicaban la modernización de un Perú que pugnaba por dejar atrás la era de montoneras y caudillos, que requería, por lo tanto, desterrar el caciquismo, aprender a actuar concertadamente; algo que había ocurrido solamente de manera esporádica y muy limitada en la historia del país. De ahí que en sus ensayos encontremos no solamente apreciaciones sobre partidos políticos, descentralización u organización del Estado sino también aspectos de la cultura política, sobre el individualismo, la envidia, etcétera, porque tenía una visión holística, una visión humanista. Es un tipo de reflexión que se abandonó, por razones que se puede examinar históricamente.

Se debe organizar una especie de contra relato para empezar a desarmar el discurso de la frustración y esta sensación de frustración permanente, constante, irremisible, crónica, que nos hemos inoculado. Se puede reorganizar la cabeza de la gente, de modo que no se llegue a la situación opuesta, es decir, que la única manera de pensar el Perú sea cayendo en el chauvinismo. Hay maneras de organizar el relato histórico que te pueden informar mucho mejor de la dureza, de la complejidad que el proceso de construcción nacional ha tenido en el Perú.

Sin embargo, tu libro más reciente¹ no parece enrumbar al lector en esa dirección. Estudias en un periodo de cincuenta años —que va hasta comienzos de los años treinta— a un conjunto de intelectuales que tratan de imaginar la nación y hacen un ejercicio importante, en diferentes terrenos, en literatura, en una especie de proto-sociología. El balance es de una cierta esterilidad. Imaginar la nación termina siendo un ejercicio arbitrario, en algunos casos de personalidades que no salen de Lima e imaginan la nación, que imaginan a los indios, a los que no conocen o conocen muy superficialmente, etcétera.

En el título mismo, el uso del verbo imaginar invita a pensar esto como un ejercicio abierto y la noción de viaje quiere sugerir que se trata de una travesía que no termina y que invita a emprender algo que comienza no como una comprobación sino como un descubrimiento. Por eso seleccioné a estos personajes, sobre todo a los seis primeros —porque Valcárcel, Mariátegui y Haya eran más o menos obvios—, a los que distingue esa voluntad de descubrir en un momento de bruma, en el que había que volver a pensarlo todo a raíz de la debacle de la guerra.

En cuanto al punto que planteas. Sobre la base de lo descubierto, uno podría decir: «debería haber pasado esto o lo otro; esto debería haber florecido en esto o aquello». Pero las vidas de estos individuos siguieron cursos personales y el país siguió un determinado curso, lo que llevó a que muchos de los trabajos que cito y de las trayectorias que relato fueran totalmente invisibles por las siguientes décadas o fueran descalificadas por inútiles, superficiales, traidoras, etcétera. Riva Agüero pasó a la historia leído retrospectivamente como el fascista que en su juventud había sido un hispanista. ¿Y su trabajo sobre Garcilaso? ¿Y sus viajes por el Perú? ¿Dónde quedaron? Desaparecieron. Y así sucesivamente. Ventura García Calderón quedó definido por Ernesto More, a través de un artículo en la revista *Colónida*, como un oligarca que no va al interior del Perú sino que se había ido a vivir a París. Habría pues que hacer una evaluación sistemática de qué pasó con los estándares de la educación nacional, el impacto de la politización, de la polarización política, sobre todo, que llevó a que surgiera una intelectualidad de combate. Los artículos de Haya de la Torre, desde el exilio, delimitan un mapa intelectual del Perú en el que a todos estos autores —que habían hecho un esfuerzo significativo por entender el país y de los cuales él mismo había aprendido tanto—, quien se reclamara progresista prácticamente tenía que expulsarlos de la historia del Perú e instaurar a González Prada como el «apóstol» indiscutido.

¹ José Luis RÉNIQUE, 2015. *Imaginar la nación. Viajes en busca del 'verdadero Perú' (1881-1932)*. Lima: Congreso de la República, IEP, Ministerio de Cultura.

Entonces, se instalan ciertas genealogías intelectuales —que previenen el aprendizaje sistemático y el encuentro de las nuevas generaciones con tradiciones intelectuales enormemente fructíferas— que son sometidas a las necesidades políticas del momento.

Incluso el propio Haya padece eso después.

Él termina siendo víctima del mismo mecanismo.

Siendo joven, leí *El anti-imperialismo y el APRA*, y el contenido me sorprendió. Porque la imagen que tenía del aprismo, que había recibido en la universidad, casi producía asco. Y Haya de la Torre había escrito cosas que había que tomar en cuenta porque eran importantes, eran desarrollos y elaboraciones interesantes. También a Haya le cayó lo mismo.

Precisamente. Pienso en la lectura que Nelson Manrique hizo de mi capítulo sobre Haya de la Torre en *Imaginar la nación*² y me temo que quizá no he sido lo suficientemente claro. Has visto que en ese capítulo digo casi como una advertencia: el ideólogo del partido de masas nos muestra que toda esta tradición intelectual puede ser sometida a un tipo de manipulación que conduce a la santificación del jefe máximo, al énfasis en el aprismo como proyecto de nación y salvador.

Jefe máximo que es el mesías y solo reconoce a un Juan el Bautista, que es Manuel González Prada.

Exacto. En ese sentido, habría que entender la huella —para no decir el daño y que parezca que estoy politizando mi visión— que deja el proyecto aprista en la vida intelectual, lo que ellos llamaban «hacer aprismo»; es decir, construir una pasión. El propio Haya hablaba de la locura: el APRA es una locura, no necesitas entenderlo, necesitas sentirlo. ¿Cuál es el impacto de todo eso en la cultura política? Y la respuesta que generó habría que historiarla y, en el camino, construirnos un léxico que permita referirnos a nuestra propia historia de una manera más amable.

En los 85 años que siguen a ese periodo que acaba con Haya, ¿cómo ha evolucionado el ejercicio de imaginar la nación? ¿Quiénes han imaginado la nación después y cómo los valorizas?

En esto solamente mucho aire, una visión muy abierta te puede salvar. ¿Por qué Arguedas es tan importante? Porque ofrece una puerta distinta para entrar a la comprensión del Perú desde la comunidad, de los pueblos indios, del Huarochirí prehispánico.

² El comentario de Nelson Manrique se puede ver en la presentación del libro en el Instituto de Estudios Peruanos, <https://www.youtube.com/watch?v=bNDZCT0C400>

Nos dice «abramos otras puertas» y se pregunta qué hacer con esos textos publicados en *Dioses y hombres de Huarochirí*. Es toda una entrada distinta a la vida peruana. Pero, desde otro plano, la suya es convertida —por una asimilación determinada, con ciertos sesgos— en una visión arquetípica del Perú, vinculada al indigenismo y la reivindicación del indio. Así, Arguedas es convertido en material para proyectos con una lectura descontextualizada. En la década de 1970, en el marco de una fuerte ideologización, se hizo más difícil aún forjar un lenguaje distinto, reconciliar las palabras con la realidad. ¿Cuáles son los mecanismos de esa vida intelectual? Queda mucho trabajo por hacer.

Con Arguedas ocurre una cosa curiosa. Has señalado la estirpe que se supone derivada de Arguedas, pero uno de sus primeros trabajos es su tesis sobre el origen hispano de la comunidad indígena³, que se trae abajo, en términos académicos y muy bien elaborados, la pretensión comunitaria de lo que ahora se llama los pueblos originarios.

Exactamente. Pero, a fin de cuentas, nada impidió que la construcción del culto hacia ese gran escritor siguiera su curso; por la vía de una lectura muy selectiva e interesada, por supuesto. Ahí entra en operación un mecanismo que nos ha llevado periódicamente a requerir de utopías, de ideas unificadoras, que coadyuven a la «salvación» de un Perú crónicamente al borde de la disolución.

Estas señalando algo así como determinados filtros que retienen ciertas cosas y descartan otras.

Así es. Mira la CVR y su informe final. No lo hemos podido ver como parte de un debate, como un insumo. El día que salió el informe, para mucha gente se convirtió en algo que había que defender; para otros, se convirtió en algo que había que demoler. Nada más. Ese ha sido el tono de la polémica.

No ha sido algo para discutir.

Exactamente. Por eso es que Keiko Fujimori toma como prueba de su distanciamiento con el régimen de su padre decir que el informe de la Comisión de la Verdad era... Recuerdo haber participado en una reunión a la que me invitaron, justo antes de que saliera el informe final, para hacer una estrategia de defensa del informe final y, de pronto, me digo: ¿pero si aún no lo hemos leído? Obviamente, se trataba de una pregunta incómoda, por no decir estúpida, porque lo que venía era un debate político, no académico.

³ José María ARGUEDAS, 1987. *Las comunidades de España y del Perú*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Instituto de Cooperación Iberoamericana.

Cuando veo otras historias nacionales, leídas desde mi condición de historiador peruano, me sorprende y me provoca un estremecimiento ver que hay otras historias que tienen más oxígeno, que tienen más aire, más espacio para la discusión.

¿En América Latina hay otras historias que se parecen a esta historia de la que estamos hablando?

Todas tienen sus complejidades, sus lados problemáticos, sin duda. Pero —sin querer ponerme adánico—, pensando en ese dramático contraste entre «gloria prehispánica» y «frustración republicana» (¡Heraclio Bonilla tildó al XIX peruano como un «siglo a la deriva»!) es claro que el caso andino es solo comparable con México.

Pero eso nos devalúa aún más.

Tú dirás. Pero en cierto discurso nos elevaba. Son las ambigüedades del discurso del indigenismo.

Sí, por el imperio de los aztecas, comparados con los incas. Pero en la historia republicana de México hay un Porfirio Díaz, un constructor de país, hay la revolución y dentro de ella etapas fundamentales como la de Lázaro Cárdenas. Nosotros no tenemos nada que pueda compararse ni remotamente.

México construye un Estado que gasta, promueve y genera educación, y crea una visión de México modernizante, una ideología, pero evidentemente no controla todo. Entonces, dentro de ese Estado nacen discursos contrahegemónicos, inclusive rebeldes, críticos y grandes creadores. Y el Estado los cobija. Esa 'solución' mexicana no se pudo producir en el Perú, porque no alcanzamos ese mismo nivel de construcción estatal; también hay una cuestión de individualidades que no se puede sintetizar en una sola explicación.

Nosotros tenemos un sistema educativo que fue de más a menos, década tras década. Porque, ¿cómo sale de Santiago de Chuco un Vallejo a inicios del siglo XX? Y como él muchos otros intelectuales que venían de pueblos pequeños del interior del país, educados con una visión amplia del país y del mundo por modestos profesores escolares. ¿Todo eso adónde se fue?

Si somos responsables, tenemos que dejar a los jóvenes el mensaje de que hay otras maneras de ver la historia del Perú, que hay que descubrir un lenguaje nuevo, otras puertas de entrada a la historia del Perú, otros lugares desde dónde narrar la historia del Perú y que la narrativa de la nación frustrada es solo una de las muchas narrativas posibles.

¿Estás recuperando como consigna la idea de Basadre, «Perú, problema y posibilidad»?

Ese célebre libro es un aporte imprescindible. Pero ahora estamos mejor equipados para lograr lo que estoy pidiendo. Hemos avanzado en comprender nuestras historias regionales, es mucho más factible analizar la construcción de la nación peruana desde sus patios interiores, desde la experiencia de sus sectores populares, de su población rural. Los artistas, los intelectuales, en el Cusco, en Puno, en Arequipa —conozco menos el norte—, y sé que también en la Amazonía, tienen los instrumentos para empezar a contar la historia del Perú desde sus propios lugares y de otra manera, con una épica propia. Tenemos recursos heurísticos que nos permiten desestructurar las narrativas nacionales, admitir otros accesos, otras maneras de contar una misma historia y entender los límites del proyecto republicano peruano. No tenemos la presión del indigenismo, que ha sido superado como esquema explicativo del Perú, no solo en la literatura —porque se envejeció como marco literario— sino también en la percepción del significado de los movimientos campesinos, incluso de la misma lucha de Sendero. Por eso tomé para el libro esa idea de los viajes. Sigamos viajando. Esa es la idea: hay que seguir viajando.

Si entiendo bien tu tesis, lo que ocurre en el caso peruano es que se ha construido una manera de ver la historia nacional como falencia, como sucesión de fracasos, y no se ha puesto atención a otras cosas que son logros importantes de la historia nacional. ¿Cuáles, por ejemplo?

Las luchas individuales, las trayectorias personales, leídas con el trasfondo de las singulares complejidades del Perú. Cuántas historias valiosas quedan asfixiadas por un canibalismo político que se proyecta al pasado con total impunidad. El Perú es un país sin biografías. Quizá tenerlas pueda ser un contrapeso a la tendencia a la denigración *ad hominem*.

Basadre decía que el Perú era un país sin memoria, porque la gente no escribía memorias.

No se escriben memorias y muchos tratan la correspondencia de sus antepasados como cotos cerrados. Se le tiene miedo a la historia; no hay una conciencia cívica de dejar registro y de abrir, de contar. Un amigo que fue ministro escribió un libro sobre su experiencia. Cuando me lo dio para leerlo, le dije: «Pero esto es una memoria burocrática, ¿porqué no cuentas tu historia en el ministerio?». Y me miró como si le estuviese pidiendo...

Que mostrara la ropa interior.

Algo así o que escribiera un libro en chino, un producto totalmente distinto. He aprendido, he disfrutado y me ha hecho pensar mucho —no solo cuando leo la historia europea o norteamericana, sino también de otros países latinoamericanos— cómo las memorias, los registros personales, van dejando puertas abiertas, que hacen que la historia del país sea más accesible.

Vivimos una época en la que al final de los paradigmas ha seguido una incertidumbre que abarca múltiples campos y compromete nuestra vida cotidiana. ¿Lo que pasa en el país corresponde a ese marco de fin de paradigmas o se trata de un proceso propio?

Ambas cosas.

A propósito de lo adánico, que mencionaste, mi impresión es que en el Perú se exagera cuando se dice: «Esto solo puede ser explicado en términos del Perú, porque el Perú es un país muy particular». Evidentemente, todo país es particular y, probablemente, Perú tiene muchas particularidades, pero de ahí a considerarnos absolutamente originales...

Sí, el Perú es tan dependiente y tan ideológicamente colonizado como cualquier otro. Al mismo tiempo, tiene algunas cosas que convocan a pensar que en el Perú, en algunos momentos críticos, ha habido la posibilidad de iniciar tendencias diferentes, de salirse del marco. Será porque era un país de media tabla, porque era el imperio incaico, porque era virreinato, porque está ubicado en la mitad de Sudamérica. Pero piensa en el velasquismo, un proyecto militar que iba a contracorriente del marco general. Ahí hubo un grupo de oficiales, de coroneles, que hizo del mismo marco una lectura distinta a la que se hacía en otros países y que llevó a determinado tipo de soluciones desde la doctrina de la seguridad nacional. Toda esa historia, sin embargo, se quiere ver como blanco o negro.

En el Perú, el proyecto de una izquierda no comunista —me refiero al APRA— llegó a ser partido de masas y perduró hasta el día de hoy. Mira la ubicación del Perú en la era del chavismo versus proyectos neoliberales; por momentos, difícil de definir... ¿Qué hubiera pasado si Ollanta ganaba las elecciones de 2006? Quizás hacíamos nuestra incursión en el ALBA. Lo que estoy tratando de decir es que hay en el país una proclividad a hacer lecturas propias de coyunturas internacionales. Eso no nos hace mejores ni peores, ni nos hace...

Pero a menudo nos hace menos informados.

Evidentemente, porque puedes terminar creyéndote que el Perú puede ser el gran faro de la revolución mundial y, en consecuencia, buscar aniquilar a quien se te oponga. Puede haber una serie de distorsiones. Creo que lo que debilita la posibilidad de entender las dinámicas locales, como ya hemos mencionado, es el poco entendimiento de nuestros mecanismos intelectuales, una muy pobre historia intelectual, un muy pobre conocimiento del país, de su historia y de su evolución. Cuando tienes un buen mapeo de estas cosas puedes empezar a discutir la naturaleza de tu crisis, a reconocer lo que está en las crisis de los partidos: hay una crisis de la política, hay una crisis de liderazgo. Que hayamos construido partidos de lavar y usar, que haya surgido el fujimorismo con una huella tan fuerte y se haya encarnado en un liderazgo tan peculiar como el de Alberto Fujimori, para bien y para mal...

«ENTIENDO QUE HAY UNA
DINÁMICA CULTURAL
E INTELLECTUAL,
REGIONAL MUY FUERTE».

En otros países hay debates políticos a los que entras con una acumulación intelectual que pones en juego rápidamente para definir cuáles son los temas. En el Perú, ese marco no existe. Viví mi experiencia personal —como persona que se inclinó a las ciencias humanas o a las ciencias sociales— de entrar en un medio organizado en torno a discursos y lealtades de las que era muy difícil zafarse.

Un medio en el cual los discursos se usaban en función de las lealtades y no al revés.

Creo que invertí mucho tiempo de mi vida en ganar autonomía y todavía puedo sentir que lo que yo quiero decir me va a poner en problemas con tal y tal amigo. Cada vez me es más lejano el sentirme parte de mi circulito de mi *Alma Máter*, cada vez me fastidia más sentirme parte de cierta panaca. Ahora yo sigo mi destino y me hago responsable de mis palabras. Pero han tenido que pasar muchos años y todavía están en mí las huellas de esa problemática a la que me estoy refiriendo. Puedo calcular lo que eso significa para los jóvenes, para los grupos que emergen ahora y, cuando veo síntomas de autonomía conceptual, que la gente inventa términos e inventa identidades, creo que hay razones para sentirse optimista...

¿Dónde encuentras esos síntomas de autonomía conceptual, de autonomía del pensamiento? Porque si uno mira a los medios de comunicación, las ideas están como osificadas. No solo vienen de fuera, sino mal traducidas de fuera. Pongo un ejemplo: ser liberal en el Perú no es lo que es ser liberal en el resto del planeta. Ser liberal en el Perú es ser conservador, pensar que el Estado no debe intervenir, que la iniciativa privada resuelve todo y que cuanto menos Estado, mejor. Esa es una pésima traducción de lo que es ser liberal. Pongo otro ejemplo: las dificultades de Verónica Mendoza, líder de una izquierda que busca ser nueva, para hablar con claridad sobre el autoritarismo en Venezuela. ¿Dónde encuentras signos de autonomía del pensamiento?

Algunas de esas cosas las he entrevistado, todavía no las tengo claras y me gustaría explorarlas. Entiendo que hay una dinámica cultural e intelectual, regional muy fuerte, que se hace cine, se escribe prolíficamente y que hay editoriales locales. En varios puntos del país esto es una dinámica de circulación de material local que todavía no ha sido debidamente apreciado a nivel nacional. Es algo a lo que habría que prestarle atención.

Tú hablabas de huellas o signos de autonomía. Lo que dices significa descentralización de la producción intelectual.

No, no precisamente. Sospecho que no es una descentralización sino una afirmación propia, un afán por leer el Perú, que expresa algo de índole regional y contrahegemónico: ¿por qué la historia del Perú tiene que ser contada solo desde Lima? Desde aquí también podemos contar la historia del Perú. Es una distinción fundamental. Proyectos como el de la Universidad San Cristóbal de Huamanga eran, por el contrario, proyectos de «vamos a traer gente de fuera que nos haga ser una universidad moderna». Y la respuesta fue brutal.

La respuesta fue Sendero.

Exacto. Víctor Andrés Belaúnde criticaba con pasión al caciquismo provincial, veía a las capitales departamentales como núcleos de forja de cultura democrática. La república nació en 1821 con una pretensión, una ilusión de cohesión, de homogeneidad, que devino sistema de exclusión. Toda una historiografía nacionalista *ad hoc* se desarrolló para justificar la hegemonía de la «patria criolla». Aún seguimos en el largo proceso de superar ese marco mental que muestra una gran capacidad de rearticulación. Acaso los recursos que proporciona la tecnología coadyuven a generar una visión múltiple y diversa de nuestro pasado republicano. Acaso el advenimiento del bicentenario proporcione un impulso simbólico a esta posibilidad.

Nuevo cambio de tercio, para ir a la experiencia generacional. Tengo la impresión de que la generación a la cual perteneces ha vivido una cierta frustración de la experiencia política y, sobre todo, de la expectativa de tener, por vías políticas, un país distinto. Proyectado esto al país —no sé si proyectarlo tiene validez o no—, le transmite o contagia algo de falta de esperanza, cuando no de cinismo, respecto al mundo de la política. Esta gran decepción sobre política y políticos —que se vio en el Perú mucho antes que en otros lados—, que ahora parece un fenómeno más o menos generalizado en Occidente, es portadora de una desesperanza de la posibilidad del cambio, salvo el cambio individual que se mantiene vigente: «Yo puedo llegar a determinado lugar, pero el país no». ¿En la generación a la que perteneces, qué produjo, qué lecciones salieron de ahí?

Estoy en un momento de mi vida en el que mi atención se enfoca en las palabras que usamos. Hace unos días leí un artículo de Enrique Krauze sobre el uso de la palabra generación. Tú siempre te divertías hablando de la GCU (gente como uno) y la GCE (gente como ellos). Cuando usas «generación» estás hablando de «nosotros»: estás identificando un grupo geográficamente localizado, social y políticamente localizado. Pero también puedes ver que mucha gente estuvo haciendo otras cosas y que, para bien o para mal, esas otras cosas han seguido un curso más potente, más poderoso, más influyente.

No estaba pensando en los grupos de la Católica o en los cuadros de «la nueva izquierda» sino en los miles de electores que llevaron a Alfonso Barrantes a la alcaldía de Lima en 1983 y en los tres millones y medio de votantes que, dos años después, elegimos al primer gobierno de Alan García. Lo hicimos con una esperanza que, me temo, hoy no existe.

Me refiero a esta sensación de que en el mundo en el que crecí lo que terminó imponiendo las reglas de juego fue aquello que mucha gente hoy llama ‘emprededurismo’ y que mucha gente que se ha dedicado a glorificarlo no ve que ese fenómeno podía tener una dimensión mucho menos grata: la imposición de la cultura del gamonalismo en diversas instancias de la vida institucional, comenzando por el Congreso. Y que lo que ahora llamamos lucha contra la corrupción, construcción de meritocracia, construir un Estado eficiente, es una dura campaña para separar el emprendedurismo del legado del gamonalismo. La emergencia del partido Alianza para el Progreso puso el tema claro sobre el tapete, en el sector educativo para comenzar. Es uno de los rostros del desborde popular, para recordar a José Matos Mar. De todo esto habría que hacer un balance cuidadoso. Queda desplazada de un lado «mi generación» de la PUCP que supuestamente —estoy exagerando adrede— apuntaba a ser la élite educada del país.

Puede argumentarse, de otro lado, que la victoria del dudoso emprendurismo educativo empobrece al país. El reto es integrar estas y otras muchas historias —con todas sus contradicciones— en un marco común que permita discutir soluciones y proyectos verdaderamente nacionales.

Los resultados de ese proceso complejo están ahí: el Congreso, las instituciones, el Poder Judicial, lo que mires está empobrecido.

Exactamente. Esto es como un juego de espejos. Y me hace acordar una anécdota que con los años he terminado revalorando: un profesor mío, muy importante, Heraclio Bonilla, decía: «Todos ustedes hablan de la cultura popular y la cultura democrática popular; cuando llegue, no les va a gustar». Y tenía razón. La prensa de mi época era mejor que la de ahora. La voz que sale de las instituciones nacionales y de los debates públicos es la voz que no hubiera querido escuchar. Usualmente, me da dolor de estómago.

De otro lado, ese país es cada vez más nacional, cada vez más fiel a sí mismo. Y la alternativa es: te metes en la dinámica y desde ahí imaginas cómo mejorarlo, cómo seguir pensándolo y sabes que es —como se dice en inglés— un proceso de *trial and error*, en el cual constantemente te vas a dar de cabezazos con la pared, o tomas distancia y declaras que rompes con el Perú.

Se me ocurre una tercera posibilidad, que fue la de Arguedas: he vivido en vano. Reconocerlo.

Es una posibilidad habitada por una problemática personal que lo puso en un punto extremo. A mí la pasión por Arguedas, como todas las pasiones de culto, me provoca rechazo. Y he disfrutado a Arguedas tanto como cualquiera que lo ha leído y me he beneficiado de su penetrante mirada de la cultura peruana. Pero, hay formas del arguedismo que creo que le molestarían al propio José María.

Uno puede no decir «he vivido en vano», dado que efectivamente eso tiene que ver con una problemática muy personal, pero sí puede decir «he escrito en vano». ¿Sientes que el escribir tiene un sentido importante para el Perú? ¿Hasta qué punto?

Lo que pasa es que en estas épocas es tan a contracorriente el ejercicio intelectual.

¿No solo en Perú, dices?

En el mundo; es tan a contracorriente que requiere de una gran voluntad que solo puede provenir de un compromiso muy personal con la vida, con la producción, con las ideas, básicamente. Hay una especie de selección natural: termina escribiendo y publicando el que no puede hacer otra cosa, el que no puede resolver su mundo

interior, su visión de sí mismo, su relación con el mundo sino a través de la reflexión y de la comunicación. Contar historias es cada vez más un tema y los historiadores ya no podemos, en absoluto, reclamar un lugar natural en la jerarquía de los contadores de historias. Ese lugar ya no existe y tienes que competir con otros que cuentan historias y que, muchas veces, las cuentan mucho mejor que tú. Todo esto me hace recordar la novela de Ray Bradbury *Fahrenheit 451* —que Francois Truffaut llevó al cine—, la lucha por los libros y la cultura como un clandestino acto de supervivencia, pero si a Bradbury lo inspiró el macartismo a nosotros nos arrincona Internet y lo que Vargas Llosa ha denominado «la civilización del espectáculo», de la cual —paradójicamente— él mismo se ha convertido en feliz protagonista.

¿Y quién lee en el Perú? Para gente como tú o como yo, esa es una pregunta crítica.

Lectores hay, porque cualquiera que sienta la necesidad de sistematizar, que resuelva vivir el Perú con intensidad, que se tome en serio su educación, que quiera ver las cosas en perspectiva, necesita leer. Eso no muere.

Pero esa suma de requisitos que acabas de poner no nos da un caudal importante.

Nunca lo fue; no es que había un tiempo ideal donde la gente leía y se discutían ideas. Lo que pasa es que ahora el Perú es más grande, hay más voces, hay una gran diversidad de ámbitos y formas de discusión. Como maestro, constantemente tengo que recordarlo. La vez pasada, propuse a mis estudiantes (en una universidad pública de Nueva York) que, para un examen, se imaginaran que eran X, Y o Z en tal tiempo y que le escribían una carta a un amigo. Y, claro, luego caí en cuenta que ninguno de ellos había jamás escrito una carta, que ese formato, simplemente, no era parte de su acervo; que pedirles ese ejercicio era un desajuste mío en el tiempo. Las nuevas generaciones intelectuales tendrán que imaginar nuevas maneras de comunicar sus ideas con efectividad. No niego que es una lucha cuesta arriba pero soy optimista.

Y es un ejercicio de pensamiento.

Hoy día se piensa de otra manera y la convocatoria a la reflexión es ardua y siempre en un camino liminal; *Facebook*, por ejemplo, ¿es espacio para la reflexión? La pregunta del millón de dólares. Pero son medios a los que uno opta si entra o no, si los usa o no. Escribir en 140 caracteres, ¿es factible o no? ¿es útil o no? Pero es un hecho ya dado; si quieres utilizar el medio, puedes tomarlo como un reto, o simplemente puedes repudiarlo. Esos son los términos en los que se da hoy día la comunicación con el público. Nosotros, es cierto, hemos sido arrinconados, pero hay maneras de seguir peleando con la espalda pegada contra las cuerdas.

Cada vez más, me encuentro conversando con algunos de mis colegas historiadores sobre cómo escribir, qué libros publicar, qué cosas valen la pena. Eso está bien. Por mucho tiempo, el escritor —no solo el historiador— era una especie de personaje semi sagrado, que tenía su lugar en la sociedad.

Y que tenía sus propias reglas para escribir y el lector tenía que adecuarse a ellas. Eso se terminó.

Efectivamente y eso era lo que definía ser culto. Eso se terminó.

Leíste el «Ulises» y no pudiste entenderlo; era un problema tuyo.

Era un problema tuyo. Esto es un juego nuevo, en el cual probablemente va a haber una redistribución de fichas, y todo esto conlleva grandes peligros. Uno es la elitización de la educación, que me parece de miedo y está vinculada al abandono de la universidad pública, que ocurre no solo en nuestros países sino en Estados Unidos, con saña y con cinismo. Pero esa es la dimensión política del asunto y se verá si la sociedad civil es capaz de dar la pelea por eso o no. En el caso de Chile, por ejemplo, emerge un movimiento estudiantil que lucha contra el modelo privatizador con gran energía mientras en los EEUU la gente se adapta haciendo esfuerzos sobrehumanos para pagar una educación de calidad. De ahí que la deuda estudiantil sea una bomba de tiempo en este país.

En ese marco, hay que saber envejecer, saber jugar tu papel como mayor, ser muy consciente del mensaje que envías; concentrar tus energías en sintetizar lo aprendido y entregarlo de la manera más efectiva posible. Pero eso corresponde más bien al terreno de las soluciones personales.

CAROLINA TRIVELLI:
**«NO TENEMOS NI EL LIDERAZGO NI EL ARMADO DE UN DISCURSO
CONVINCENTE DE LO QUE QUEREMOS SER COMO PAÍS»**

Tus trabajos han mostrado que el crecimiento no basta para acabar con la pobreza: es necesario redistribuir. ¿Por qué no se ha redistribuido, o es que se ha redistribuido de manera insuficiente o ineficiente en el Perú? O, para usar los términos de Paulo Drinot, «Por qué este modelo de desarrollo, que hace tan poco para enfrentar la pobreza y la desigualdad en el Perú, ha sobresalido de tal manera en la historia peruana»¹. En suma, en un régimen democrático y con sufragio universal, «¿por qué es tan difícil imaginar y poner en práctica estrategias de desarrollo más equitativas?».

Creo que hay varias razones. En los últimos años nos acomodamos mucho, como país, a la idea de que el chorreo iba a solucionar los problemas: bastaba con tener crecimiento y eso iba a ir decantando para todos, en magnitudes atractivas. En estos años de mucho crecimiento se vieron cambios importantes, incluso en las zonas más alejadas. Pero han sido cambios parciales, que no llegaron a todos por igual y son muy poco sostenibles. Lo que terminó sucediendo, después de muchos años de crecimiento sostenido, es que se demostró que solo crecimiento no alcanza. De eso hay mucha evidencia y no hay ideología que pueda luchar contra esa evidencia.

A pesar de ello, lo que hemos visto en los recientes años de crecimiento en el Perú es algo que el Banco Mundial llama «crecimiento inclusivo». Es decir, el 40% más pobre ha visto mejorar sus ingresos más que el promedio. Eso está muy bien, pero igual no alcanza porque las diferencias son infinitas y ese incremento en los niveles de vida o los niveles de consumo de las personas más pobres da saltos cuánticos, pero es pasar del sótano 15 al sótano 3.

¹ Paulo DRINOT, 2006. Construcción de nación, racismo y desigualdad. En John CRABTREE, ed., *Construir instituciones: democracia, desarrollo y desigualdad en el Perú desde 1980*. Lima: PUCP Universidad del Pacífico, IEP, (pp. 17-18).

Cuando eras ministra, en 2013, dijiste públicamente: «Los programas sociales no tienen como meta sacar a la gente de pobre. [...] El objetivo es que los niños y niñas de esa familia accedan a educación y salud para tener un stock de capital humano significativamente superior al de sus padres y puedan romper con la transmisión intergeneracional de la pobreza». Impresiona en el Perú la persistencia de la desigualdad de oportunidades. Porque en todas partes hay desigualdad y la humanidad siempre ha vivido con desigualdad. El problema es cuando tú sabes que naces en un contexto que nunca vas a revertir; quizás mejoren tus ingresos, quizás no te mueras de hambre pero, como no has tenido buena educación y no has tenido buena salud, tus límites están marcados.

El desafío es asegurar que no importe en qué hogar naciste, que siendo peruano tengas la misma posibilidad que otro peruano de salir adelante, de hacer la vida que tú quieras y lo que eso implique. Eso hoy día no sucede. Y esa es la razón por la que se creó el Ministerio de Desarrollo e Inclusión Social-MIDIS, para decir: «Aquí hay un problema: una niña que nace en un hogar rural, quechuahablante o en la comunidad awajún no tiene la misma probabilidad de ejercer sus derechos ciudadanos ni de hacer en su vida lo que quiera».

Pero tampoco un niño de una barriada limeña de las más recientes o uno de clase media baja...

Pero tienen muchas más oportunidades que una niña awajún. El desafío es no solamente ocuparse de los más pobres sino de toda la distribución; se trata de nivelar el punto de partida en un nivel básico que nos permita acceder a las mínimas condiciones de vida y al ejercicio de nuestros derechos ciudadanos, y tener las oportunidades para salir adelante. Entonces, se trata de definir cuál es el piso mínimo al que tenemos derecho por nacer en el Perú. Como peruano, uno debería tener acceso a un DNI con nuestro nombre, acceso a la salud y la educación públicas —idealmente que ambas sean de calidad— y a un conjunto de mecanismos que aseguren que, en el caso de que yo sea bien esforzada, podré tener oportunidades. Es decir, si mis padres son muy comprometidos, que puedan llevarme recién nacida a todos mis controles de salud, que tengan la oportunidad de llevarme a un centro de desarrollo infantil temprano, a la educación inicial, a la primaria y a la secundaria. Y que, si he sido una chica destacada en la escuela, pueda ir a Beca 18; si he sido una estudiante destacada en Beca 18 pueda acceder a la Beca Presidente de la República y consiga un trabajo en lo que me he especializado, que me permita realizarme y aportar a mi país. Así debería funcionar para todos, no solo para unos pocos.

¿Puedo añadir algo más al sueño? Que el peruano, cuando vaya a solicitar un servicio o, por alguna razón, tenga que comparecer ante el aparato del Estado, sea reconocido como un ciudadano, que sus derechos no estén solo en los papeles sino que, en la realidad, el policía, el juez o el funcionario público lo reconozcan como ciudadano, igual que a los demás.

Exacto. Y por eso en la discusión acerca de la creación del MIDIS se planteó que no se trata de hacer un ministerio que haga servicios para los pobres sino servicios para los ciudadanos, que lo que busque sea generar este piso mínimo, común. Una base donde nos reconozcamos como peruanos. Eso es lo primero que tenemos que conseguir como país: si yo nazco aquí, tengo derecho a algo y lo puedo ejercer. Es lo mínimo para comenzar a balancear la desigualdad.

A propósito de la ideología del chorreo, replanteo mi pregunta inicial: ¿Por qué nos hemos demorado tanto para darnos cuenta de que ese piso mínimo común es elemental, que sin eso no somos una nación, por decirlo dramáticamente?

Antes que nada, porque eso no se ve desde Lima. Aquí no te das tanta cuenta de que hay esas tremendas inequidades y de que esos peruanos, que viven en otras zonas y en otras condiciones, son tan peruanos como tú. Eso no lo discutimos. Es más, una de las críticas que se hace a los programas sociales, desde el punto de vista político, es que como estos operan mayoritariamente allá lejos, en la zona rural, de manera muy focalizada, el resultado no se nota en Lima y la gente no siente que hacemos políticas sociales adecuadas. Hay que mostrarlo más, dicen. Hay que hacer lo que hay que hacer, donde hay que hacerlo. Pero sí hay que lograr que Lima conozca y reconozca al resto de peruanos.

No se quiere ver, se invisibiliza lo que no conocemos y lo que nos incomoda, lo que no nos gusta. La realidad es una, pero no la miramos, no la aceptamos, porque así no tenemos que ocuparnos de ella. Cuando se crea Pensión 65 —que es el programa de pensiones no contributivas para personas en pobreza extrema—, encontramos que había una cantidad importante de adultos mayores de 65 que no tenían DNI. Vivieron 65 años en este país y el Estado no se dio cuenta de que oficialmente no estaban. ¡Qué país somos, que se nos pierden así peruanos y peruanas, y no nos damos cuenta! El informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación reveló que se nos perdieron un montón de pobladores altoandinos en la guerra y no nos dimos cuenta; hasta muchos años después no supimos de la cantidad de gente que se nos había perdido.

Y la Comisión de la Verdad y Reconciliación tuvo que hacer una proyección discutible para estimar una cifra de víctimas...

Sí. Te cuento un caso adicional, que a mí me parece muy dramático. Una de las cosas más olvidadas del Perú son las poblaciones en zona de selva. Llevar servicios del Estado a zonas de selva es penoso, difícil y costoso. Cuando llegas, lo que abres es una agenda de trabajo, porque comienzas de nada, de muy atrás. Una de las cosas más impresionantes que ha pasado con la llegada de una primera oferta de algunos servicios del Estado en selva es que ahora parece que no has hecho nada, porque es la primera vez que se ha abierto esa caja de Pandora de todo lo que falta como provisión mínima de servicios del Estado, en todo el territorio. Se trata de destapar esas cosas: hacer visibles a los adultos mayores de Pensión 65, hacer visible la ausencia del Estado en la zona, que se hace patente cuando llegas con algo y te das cuenta de que falta todo lo demás. Mientras no habías llegado, no pasaba nada. No había obligación de hacer lo que se necesita para lograr el mínimo del que hablamos antes.

Ha pasado que el gobernador de Loreto quiere independizar a Loreto del país.

Sí, en Puno también quisieron. Cuando se formó el MIDIS nos planteamos ese piso mínimo que la gente —si algún día va a tener oportunidades para salir adelante— requiere tener como el paquete básico de infraestructura: agua, desagüe, electricidad y comunicaciones; y, claro, caminos. Pero necesitas que esta infraestructura llegue junta, como un combo; no sirve tener uno o dos de estos servicios: necesitas todos los servicios básicos. Discutiendo esto encontramos que se había invertido mucho durante años en varias de esas infraestructuras, pero nunca se pensó en llevar el combo completo. Miramos qué porcentaje de la población tenía realmente acceso a las cuatro cosas en la población relevante para el MIDIS, que definimos como la población en proceso de exclusión —los más excluidos del Perú—, casi cinco millones de peruanos en el 2010. Solo el 19,5% tenía los cuatro servicios mencionados (agua, desagüe, electricidad y comunicaciones); solo una de cada diez personas tenía acceso al combo básico.

O sea que había cuatro millones y medio que no tenían el combo.

Tenían uno o dos pero no el combo básico completo. Dijimos: «Hay que asegurarnos de que llegue el combo, no solo que lleguen algunas de esas cuatro infraestructuras sino que lleguen todas juntas». En el gobierno de Humala se ha avanzado bastante, porque se ha invertido con el objetivo de incrementar el acceso al combo como parte del paquete mínimo de servicios que requieren los ciudadanos. Se ha hecho presión,

identificando esta brecha enorme, y se ha pasado de 9,5% en 2010 a 25% de hogares con el combo en 2015, según información de la Encuesta Nacional de Hogares de 2015. Es decir, hoy accede al combo uno de cada cuatro en los casi cinco millones que sufren mayor exclusión. Es un avance importante; es más: se duplicó el acceso en zonas rurales, dispersas y de selva. Pero te das cuenta que no es nada: falta el 75% restante. Es una tarea enorme, requiere mucho esfuerzo: recursos, información, tiempo, intención. Muchos, sobre todo en la clase política, van a cuestionar esto por lo poco rentable que parece. Por eso más de uno prefiere no abrir el desafío: «Mejor no miremos, porque la tarea es súper grande».

Porque estos temas no están presentes y los resultados van a ser todavía poco visibles.

«CON LOS NIÑOS SE HAN HECHO
ESFUERZOS FANTÁSTICOS,
DESDE HACE VARIOS AÑOS,
EN PRÁCTICAS DE LAVADO DE
MANOS. PERO NECESITAS AGUA».

La palabra «inclusión» se ha puesto de moda; tú has hablado de cobertura de servicios, pero también se trata de calidad de servicios. La impresión que uno tiene es que la calidad de educación y salud han descendido; lo dicen diversas evaluaciones. Aunque muchos reconocen que en educación está pasando algo, sin embargo, la calidad promedio...

Cuando comenzamos con el MIDIS, el primer desafío fue «piso parejo» y asegurar que todos aquellos que necesitaban alguno de los programas que teníamos lo recibiera, en igualdad de condiciones. Eso, realmente, solo pasa en dos programas: en Pensión 65 y Qali Warma, el programa de alimentación escolar. Juntos, que es la columna vertebral de los programas sociales, no opera en todo el Perú. Si hay una persona en situación de pobreza extrema, con sus hijos en edad escolar, que cumple los requisitos para recibir el apoyo de Juntos pero vive en un lugar donde Juntos no opera, no lo recibe. El primer problema que habría que resolver, desde mi punto de vista, es la cobertura para gente que cumple todos los requisitos y no recibe el beneficio; esto es eliminar lo que llamamos subcobertura. Hay intervenciones un poco descoyuntadas, que no funcionan de manera generalizada.

Luego te encuentras con lo que dices: un problema de calidad. El MIDIS es el primer ministerio que tiene una Dirección General de Calidad de las Prestaciones. A través de ese esfuerzo se ha buscado definir y estandarizar niveles de calidad que deben cumplir los programas sociales; al menos, con cumplimiento de mínimas condiciones de trato y frecuencia. Esto es novedad: hay que poder exigir calidad en las prestaciones sociales. El Perú es uno de los primeros países que ha logrado certificaciones ISO para sus programas sociales, algo innovador en los últimos años. El principal problema es cuando lo que necesitas es que haya calidad no solo en lo que estás entregando sino en todo lo demás. Qali Warma lleva un plato de comida nutritiva a la escuela, pero abren la puerta de salida y los ambulantes ofrecen un plato de arroz chaufa y ceviche por 0,50 céntimos: ¿con qué calidad?, ¿con qué condiciones de salubridad? Ninguna. ¿Y de quién es la responsabilidad? Del alcalde que permite ese comercio ambulatorio; con él hay que coordinar y definir estándares también.

Pero antes del ambulante, ¿el plato que les ofreciste era realmente bueno?

Según las evaluaciones que hay sobre la provisión, sí, es bastante bueno, dentro de las limitaciones que enfrenta el programa, porque hay un montón de colegios que no tienen agua potable. Muchos colegios tienen agua en un cilindro, con una pastillita de cloro en el mejor de los casos. Con los niños se han hecho esfuerzos fantásticos, desde hace varios años, en prácticas de lavado de manos. Pero necesitas agua. Cuando comenzó Qali Warma, en 2012, hicimos un levantamiento de información: la mitad de los colegios no tenían agua y ni desagüe.

¿Esa mitad de colegios corresponde a la mitad de la población escolar?

No, debe ser menos, porque esto es más frecuente en los colegios más pequeños, los más alejados, en zonas rurales.

Pero, con seguridad, es más de un tercio de la población escolar.

Sí, más. En Lima fuimos a visitar un colegio enorme, en Ate: mil alumnos y había nueve baños; nueve tazas de baño para mil alumnos. Tienes desafíos de infraestructura y de calidad de la prestación. Con el programa de alimentación escolar, se instauró el programa de salud escolar —para que el sector Salud les tomara pruebas de sangre, les pusiera sus vacunas, lentes para los niños— y dijimos: «Esto tiene que ser un combo: servicio educativo, alimentación escolar y salud escolar». Lo lógico es que haya una coordinación que permita que, cuando viene la semana de la salud escolar, haya también la información para profesores, padres y alumnos sobre la nutrición y el lavado de manos, que acompaña a todo el proceso. Es difícilísimo hacer esa coordinación,

llegar hasta el nivel de cada escuela para que se incluya en el cronograma educativo. El sector Salud no podía coordinar en esa región cuándo iba a visitar qué escuela, para asegurar que se empataran los discursos. El desafío mayor es que, además de que cada quien haga bien su trabajo, se haga de manera articulada. En el Estado sectorizado y descentralizado no hay mecanismos de articulación en algunos temas.

¿Eso se ha agravado con las regiones?

Sí, porque puedes articular Salud y Educación de manera central, pero la implementación es de cada región.

Entonces, ya no tienes que coordinar entre ministerios solamente sino también con las regiones.

Exacto. Te la pasas buscando formas de coordinación que se basan en buenas voluntades, porque no hay mecanismos que obliguen a trabajar articuladamente. Para el combo de infraestructura, con el MIDIS creamos un fondo, una cantidad de dinero depositada en el MEF, sobre la que el MIDIS podía decidir. Para crear un mecanismo de coordinación había que darle al MIDIS «dientes», instrumentos efectivos, para que pudiera movilizar a los otros sectores. El MIDIS podía ayudar al alcalde a que hiciera su expediente y después se le decía: «Acá está el financiamiento para que lo haga Vivienda». Pero Vivienda tiene su programación y dónde meten este último proyecto; no importa que tú lo vayas a pagar, no es suficiente tener la plata —sobre todo en años de bonanza fiscal— ni el compromiso del ministro ni la voluntad del presidente, porque ese funcionario de presupuesto ha dicho que en ese mes van a hacer estos otros ocho proyectos que en algún momento se han priorizado.

En el Estado hay problemas de articulación y una ausencia total de mirada integral. Los problemas se sectorizan o dividen en niveles de gobierno; a cada uno le das su tarea y te vas. Los problemas no son sectoriales; son complejos y, por definición, multisectoriales; las soluciones pasan porque llegue todo junto, en el mismo momento, para la misma gente. Ese desafío es una tarea enorme y es la que tenemos que enfrentar si queremos un Estado que funcione.

Tienes experiencia internacional y me imagino que has visto y evaluado muchos proyectos en otros lados. ¿En el Perú es especialmente difícil esto de lo que estás hablando?

Creo que, en general, es difícil. Es un desafío común en la región y también en África. Pero sí hay mecanismos, en algunos otros países, que han permitido funcionar.

Por ejemplo, países que tienen buenos sectores de planificación tienden a lograr articular algunas de estas cosas. En el Perú, la planificación de facto la hace el Ministerio de Economía y Finanzas.

Con desembolsos.

Y con reglas que están atadas al manejo presupuestal.

«Planificación» se convirtió en el Perú en una mala palabra.

Claro. Hoy día, en el MEF planifican cada vez más. Ahora que se tiene el grueso de los presupuestos en presupuesto por resultados, hay una planificación orientada a lograr cambios, bien hechos. Pero eso no es suficiente, tenemos que cambiar el foco, pensar en programas multisectoriales e intergubernamentales.

Además hay que evaluar y medir para poder tomar mejores decisiones y hacer mejores planes. Cuando hicimos la estrategia nacional «Incluir para crecer», establecimos cinco ejes y en cada uno propusimos como prioritario el problema de cómo íbamos a medir. Esa es otra innovación del MIDIS: poner indicadores medibles para política social. Y, luego, cuáles son todos los actores del Estado que tienen que contribuir a que suceda ese resultado al que nos vamos a comprometer como política social. Ahí es donde sabes con quiénes tienes que trabajar, porque tienes un resultado claro al que quieres llegar. Donde no lograste definir un resultado tan claro, todo se hace muy difuso. En el eje de lucha contra la desnutrición crónica infantil, todos sabemos lo que todos tienen que hacer y el desafío es que lo hagamos a la vez. En el eje de inclusión económica, en realidad nadie sabe bien, porque hay que hacer muchas cosas distintas, dependiendo de la zona, de la población con la que vas a trabajar; en algunos casos es agricultura pero en otros, no. Mientras más claro es el efecto que estás buscando, más fácil resulta armar los esquemas de articulación; mientras más difuso y complejo, más difícil. Pero hay que tener la voluntad expresa de hacer esa articulación y hay que inventarse los mecanismos, porque hoy día no están.

Estás hablando del nivel micro, en el que las cosas se tienen que ejecutar en el pueblo tal. En el nivel macro, ¿tu sensación es que la gente que toma decisiones en este país —y mi pregunta es genérica, no alude a un gobierno en particular— ya tiene instalada en su agenda mental el tema de la inclusión y todo esto de lo que estamos hablando?

Lo que hay instalado en la mente de la gente es que hay que seguir reduciendo pobreza, que no es lo mismo; es parte de, pero no es lo mismo. Cuando quieres llevar la discusión de la inclusión a algo más allá de la superación sostenida de la pobreza,

entramos en un terreno donde hay menos consenso. Eliminar la discriminación, igualar oportunidades realmente más allá del piso mínimo... todavía hay un camino por recorrer para instalar el tema de la inclusión, como parte de la operación de este país.

Quizás habría que dar mayor contenido al concepto de pobreza, porque hay muchas pobreza. Hay la pobreza del que no tiene dinero para pagar el almuerzo, pero hay otras pobreza. Los que trabajamos en el tema justicia hablamos de pobreza legal, por ejemplo, que es el caso de quien es denunciado, o de quien necesita denunciar a alguien, y no sabe qué hacer, no tiene idea o no lo logra hacer. Y si lo procesan, no te digo: no logra defenderse.

Exacto. El objetivo del MIDIS fue atacar primero la pobreza de los que están más atrás, los que se nos están quedando más lejos; con esos hay que trabajar primero. Pero como país hemos hecho menos en temas de pobreza urbana, que es totalmente distinta de la pobreza rural, que requiere intervenciones completamente diferentes. Tenemos presencia de Pensión 65, Cuna Más y Qali Warma, que están en los dos ámbitos, pero hay que entender mejor la pobreza urbana. La pobreza urbana es distinta a la rural, es menos extrema —más cercana a pasar a una situación de clase media vulnerable—, pero hay serios problemas de vivienda, de hacinamiento, de seguridad y con niveles de violencia distintos. No tenemos todavía un plan claro de cómo proceder en este ámbito. Y, como las tasas de pobreza urbana no son tan dramáticas, hemos concentrado los esfuerzos públicos en materia de programas sociales en la pobreza rural. Pero esto no libra al Estado de identificar e implementar políticas para que en zonas urbanas se atienda la vulnerabilidad de las familias que están en pobreza o que han superado esa situación precariamente.

En el Perú, desde hace tiempo, la idea de medir todos los años la pobreza se ha vuelto un tema muy importante, de debate público. En abril o mayo de cada año, el Instituto Nacional de Estadística e Informática publica, desde hace años, la medición de la pobreza en el Perú. Estos resultados están respaldados por una comisión de expertos que acompaña el proceso de medición, con los más altos estándares internacionales. En esa comisión hay gente del sector público, del sector privado, de la academia y de organismos internacionales, desde hace muchos años, para asegurar que la calidad de esa cifra es la mejor posible. Así como medimos el PBI, medimos la pobreza. Cuando alguien le pregunta al ministro de Economía qué va a hacer, a qué se compromete, se habla del crecimiento, el PBI, la inflación y el déficit fiscal. ¿A un ministro social qué le preguntas? Pobreza. Porque es lo que tienes para medir y darle seguimiento. Recién hace poco estamos siguiendo, además, otros indicadores como desnutrición crónica infantil. Entonces, hay que ir creando otras variables que debemos exigir a los líderes de los aparatos sociales.

Abro otro capítulo, que tiene que ver con tu trabajo. Desde hace mucho he visto críticamente al investigador que tiene un ojo puesto en la actividad pública porque frecuentemente la mira política compromete su trabajo como estudioso. Veo ciertos sesgos en el entrecruzamiento entre política e investigación. ¿Tú ves riesgos en alternar el estudio y la acción o los has sentido al saltar de un campo al otro, de los estudios a hacer cosas, de ida y vuelta?

Primero, en mi caso el salto no es de «solo estudias» a «solo haces». Yo no hice investigación muy académica; no era una teórica; hice siempre investigación aplicada; eso ayuda. Si no hubiera pasado veinte años haciendo investigación, sobre todo investigación aplicada, no hubiera logrado llegar al desafío de armar el MIDIS como lo hicimos, rápido, con un norte, con un aporte particular, con una narrativa. La creación del MIDIS estuvo permeada de lo que es mi experiencia anterior y los temas de los que yo sabía. Si no hubiera estado en la Comisión Consultiva para la Estimación de la Pobreza, del INEI, quizá no hubiera sabido bien cómo fijar una meta o cómo usar el argumento de «tenemos que mirar determinados indicadores». A mí me ayudó mucho, en mi cargo público, el haber tenido este *background*, para la prensa, para sentar una posición, para defender mis fueros frente al Ministerio de Economía y Finanzas, frente a la opinión pública, y para armar mi equipo.

Al salir del MIDIS, he regresado perfectamente a hacer eso de nuevo: investigar, promover acciones en los temas que me parecen centrales. Seguro es porque no tengo un interés político, no quiero convertirme en una política ni quiero ser ministra nuevamente; no es lo que me interesa. Por eso, cuando el sector privado me ofreció una oportunidad de hacer algo en él, acepté. Creo que, habiendo hecho buena parte de mi experiencia previa en el mundo de la investigación, se abren mejores posibilidades de hacer cosas en el sector público y también en el sector privado.

Cuando uno habla con quienes no son políticos pero han aceptado responsabilidades públicas importantes, que es tu caso, se escuchan a menudo historias de desaliento, de frustración, de cosas que no lograron; incluso algunos hablan de tiempo perdido. Si comparas tus expectativas al entrar al Ministerio y el balance que hiciste al final, ¿cuánto crees que pudiste lograr? ¿Tus expectativas eran muy realistas o al contrario?

Hace muchos años, Álvaro Quijandría fue ministro de Agricultura en el gobierno de Alejandro Toledo y creó un consejo consultivo. Eran seis personas a las que invitaba a almorzar los lunes al Ministerio para discutir sus planes. Álvaro siempre decía que el tiempo como ministro que le quedaba para hacer las cosas que a él realmente le importaban era como el 10% de su tiempo. Yo entré al Ministerio pensando que iba a tener 10% de mi tiempo para empujar las cosas que a mí realmente me parecían posibles.

Fue mejor, porque tuve la suerte de que era un ministerio nuevo, no tenía mucha inercia y todo el equipo de alta dirección llegó conmigo. Todos entramos con una vocación de hacer realmente las bases de un ministerio moderno, que lograra generar cambios, que hiciera cosas y las hiciera de una manera diferente; esto generó una dinámica que permitió hacer mucho más que en cualquier otra coyuntura. Cuando uno entra a cualquier otro ministerio, ese privilegio uno no lo tiene. Pude hacer más porque era una coyuntura muy particular. Además, contaba con el apoyo del presidente; eso también fue pieza clave: su compromiso y su confianza en que estábamos haciendo lo correcto, aunque no siempre lo más popular. No creo que eso suceda cuando uno llega a un ministerio que ha estado funcionando; mover el barco funcionando es más difícil que armar las piezas del barco que uno quiere mover. Las bases de eso se han quedado en el Ministerio; a ver ahora, con el cambio de gobierno, qué tanto resisten.

¿Eso ha continuado después de tu salida?

Ha continuado en el gobierno de Humala y tengo confianza en que se mantendrá.

Que fuera un ministerio nuevo facilitó el trabajo. ¿Dónde encontraste los principales obstáculos? Ya hemos hablado de la coordinación.

De lejos, el principal obstáculo es la coordinación. Y el segundo gran obstáculo, que es a la vez el mayor atractivo del sector público, es la escala. Uno quiere hacer; para tener impacto tiene que ser grande y pasar de chiquito a grande, sin hacer tonterías, es difícil. Porque lo lógico es hacer primero chiquito, después mediano, probarlo y que luego crezca. Los tiempos políticos no te permiten hacer eso. Es más, hay cosas en las que tienes que tirarte a la piscina y hacerlas como mejor puedan ir saliendo y ya ir corrigiéndolas en el camino. Y eso implica asumir costos altos.

¿En recursos humanos encontraste dificultades?

En los niveles de alta dirección, no; porque, como era un ministerio nuevo y veníamos con este espíritu, éramos pocos, entusiastas y muy comprometidos, fue fácil sumar a los mejores. Era: «transformemos, demos el ejemplo de que sí se puede tener un ministerio social profesional, con calidad, con temas nuevos, con maneras nuevas». Esto atrajo un grupo de profesionales súper buenos, más de la mitad de los cuales hoy día están en el Ministerio de Educación. Es distinto el personal de base, el gestor local, con el que hay que trabajar un montón porque los mensajes no fluyen bien y muchos de esos gestores son los que han trabajado toda la vida en campo, en los programas sociales, y han pasado por decenas de modificaciones a las reglas, al discurso; y llevar un discurso de arriba hasta allá abajo, es difícil.

Ya no se creen mucho las cosas que tú les digas.

No, porque el ministro siempre se va a ir. Cuando llegué, la gente en FONCODES me dijo: «Ministra, súper buena su idea, pero no va a pasar, y usted se va a ir antes que nosotros, así que tranqui no más». Hay un problema severo con la falta de meritocracia. Te voy a contar una anécdota sobre la ingenuidad cuando uno llega a estas responsabilidades. Cuando llegamos al MIDIS y vimos que había la oportunidad de reclutar realmente súper buena gente, dijimos que lo que había que hacer era replicar lo que sucede en el Banco Central de Reserva del Perú, que hace su curso de verano, trae a muy buenos estudiantes de último año de universidad y se queda con los mejores, que hacen carrera en el Banco. ¡Hagamos lo mismo: un curso MIDIS y nos quedamos con los cinco mejores; en cinco años tendremos veinticinco o treinta chicos formados en el MIDIS! No se pudo. Primero, porque el régimen laboral que tiene un ministerio es el régimen de Contrato de Administración de Servicios (CAS). No puedo contratarte porque eres el primer puesto de mi curso; tengo que abrir un concurso para un especialista, que sepa hacer tal y cual cosa; y tiene que ser un concurso público abierto, sin ninguna discriminación, si no la Contraloría te observa; por lo tanto, el joven recién egresado no va a ganar, le va a ganar alguien con experiencia. Segundo, si ganara este alumno que quedó en el primer puesto, ese primer puesto, le puedo ofrecer un contrato a lo más de un año; pero, por lo general, los contratos CAS son de tres o seis meses; por lo tanto, al término de su contrato, cualquiera lo puede sacar; cuando alguien decida que quiere prescindir de sus servicios, se acabó. Sin meritocracia en el Estado es imposible construir funcionarios de carrera.

¿Cómo armas una burocracia comprometida con una propuesta institucional, que quieres que permee, que quede, si no tienes ningún mecanismo para construir carrera pública, para formar los especialistas que se queden dentro del sector público y vayan ascendiendo? En otros países, cambia el ministro y cambian los viceministros, pero los directores generales, los directores de programa más o menos se quedan. Acá no: puede cambiar todo de un día para otro. Es muy difícil construir una institución; puedes cambiar el cascarón, los objetivos y la estrategia. Pusimos candados, lo más que pudimos, a las cosas que queríamos que quedaran. Pero necesitas que las personas puedan quedarse, puedan reforzar la institucionalidad que tienes.

Dijiste que la mitad de los que estaban ahí se fueron a otro ministerio. ¿Eso tiene remedio?

Sí, la Ley Servir; pero hay que implementarla, hay que hacer un esquema meritocrático claro, con reglas de evaluación y ascenso, con capacidad de moverte entre puestos, pero con una lógica, con una secuencia que permita que uno pueda incorporar a alguien recién egresado, muy joven y que tenga una carrera por delante.

Hoy día no puedes ascender: tienes que postular a otro CAS, como si entraras de nuevo. Es muy difícil pensar en el funcionario público de carrera. ¿Dónde lo tienes? En el BCRP, en la Superintendencia de Banca Seguros y AFP, donde sí tienes reglas para ello.

«EL PROBLEMA ES QUE
NO RECONOCEMOS AL OTRO
Y SIEMPRE LO MIRAMOS DE
LA PEOR MANERA».

¿Cómo has visto en la campaña electoral de 2016 los términos que los candidatos y los partidos han dedicado a estos problemas de los que hemos hablado? ¿Cuál es tu juicio sobre el tratamiento de estos temas durante la campaña?

Cuando salieron los planes de gobierno me quedé súper tranquila, porque todos —cuando eran diecinueve, incluso— decían: «Hay que mejorar esto, hay que ampliar esto, hay que articular esto con esto, hay que hacer que esto funcione mejor, hay que mejorar la calidad de esto». En la idea del piso parejo no hay desacuerdo; en que hay una tarea que enfrentar para seguir reduciendo pobreza, no hay desacuerdo. Si le van a cambiar de nombre a un programa, si le van a agregar algo, está bien, porque esa es la parte positiva del recambio, de la innovación.

No hay riesgo para lo que se ha avanzado en materia de poner los temas sociales en agenda, los que se ha logrado poner. No hay discrepancia en mantener las cosas que se ha logrado avanzar y el objetivo de seguir reduciendo pobreza está ahí. Esto, en el nivel de los planes; incluso en el de los discursos de los dos candidatos en la segunda vuelta. Lo que no hay es algo más; no se ve cómo asegurar la inclusión económica o una preocupación por atender los temas de pobreza en la selva o pobreza urbana de manera distinta. No he leído propuestas con gran innovación. No se ha elaborado, no se ha propuesto nada; es más de lo mismo. En un sentido, es una buena noticia.

Claro, peor sería que no hubiera más de lo mismo.

En eso estamos de acuerdo. Todavía hay mucho espacio para proponer y pensar más. Esperaba que en la campaña salieran algunos desafíos un poquito más interesantes. Lo que estaba está; está bien, no me asusta, no me hace pensar que vamos a perder lo ganado. Pero creo que no vamos a dar otro salto para ampliar el debate de la inclusión o la desigualdad.

Me parece que en la campaña electoral eso ha ocurrido con varios otros temas. Hay en las propuestas falta de elaboración y de innovación, de imaginación y de creación.

Sí. No ha habido en el discurso de los candidatos una propuesta realmente inclusiva para ampliar conceptos, profundizar. Ya tenemos el *check* del piso mínimo y el tema pobreza; vamos a agregar esta otra dimensión como parte fundamental de las políticas de los próximos cinco años. No. Hay estas discusiones sobre informalidad, que en realidad es algo muy economicista o muy legalista, pero que podría tener potencial para abrir una discusión sobre inclusión también.

¿Y esta carencia, este déficit, a qué lo atribuyes? ¿Al nivel de nuestros políticos?

Sí, y a que el tema no compra muchos votos, no es muy atractivo como discurso. Porque para que fuera un discurso transformador requieres mucho aparato político.

Y mucho liderazgo.

Claro, mucha fuerza y mucha convicción de hacia dónde vas, con ideas de hacia dónde debe ir el país como colectivo.

Porque el líder, a diferencia de cualquier político, es capaz de proponer temas que la gente no se plantea y convencerla de que es un tema importante y de que hay que ir por ahí.

Y este tema de mayor inclusión-menos desigualdad es poco tangible, diría yo. Reducir la pobreza es súper tangible: si a mí no me toca, voy a ver todos los años en mayo cuánto bajó la pobreza y me va a parecer poco o mucho, suficiente o insuficiente. Reducir discriminación en la prestación de los servicios del Estado es enorme como potencial transformador, pero se verá poco, lo sentirá solo el afectado. Creo que ese segundo nivel, más sofisticado en temas de inclusión, todavía no hemos logrado meterlo en el debate como una parte obligada. Para eso no tenemos ni el liderazgo, ni hemos armado un discurso convincente, atractivo y convocante. No tenemos narrativa de cómo estos temas pueden ser transformadores para la sociedad peruana, de cómo estos temas deben guiar el debate de lo que queremos ser como país. Y, creo, tristemente, que la idea de que en el Perú todos nos reconozcamos como iguales y tengamos los mismos derechos no vende mucho; la gente prefiere saltarse la cola, si puede. Cuando dices: «Hagamos algo en lo que todos seamos iguales», te dicen: «No, yo no quiero ser tan igual, yo sí quiero saltarme la cola». Y eso a mí me parece el desafío central, cambiar esa actitud, reconocernos como iguales con iguales derechos y con capacidad de ejercerlos.

¿Eso significaría que el problema no está solo en los políticos, sino también en los ciudadanos?

Por eso digo que no gana votos. Está bien ser iguales, pero no a costa de perder mis privilegios o mi posibilidad de sacarle la vuelta a las reglas. No valoramos el potencial de ser y vernos como iguales.

Entonces, que no gane votos es lo más grave.

No sé si lo más grave, pero sí es una consecuencia de cómo vemos el tema. Es por esto que no se ha puesto en el debate grande. «Sí pues, quiero que todos tengamos iguales oportunidades, sí, pero...». «No está mal, pero con eso no me vas a convencer». Ahí nos falta mucho más debate de qué sociedad queremos ser. Esta nueva clase media mayoritaria en el Perú, ¿cómo es? Nos faltan políticas de consolidación de clase media, económicas pero también de las otras, las que nos permitan convivir sin andar pasando encima de los demás. ¿Cómo vivir en espacios públicos? Ahora todos vivimos en condominios de edificios: cómo se maneja la vida del condominio, cuáles son los espacios públicos que requiere una clase media recién creada que consolide sus prácticas democráticas, ciudadanas, en el día a día. De eso no tenemos nada, ni en las menciones de pie de página.

El problema es que no reconocemos al otro y siempre lo miramos de la peor manera, con desconfianza, siempre viéndolo como el que no sabe, y siempre con la muletilla de decir que ese otro no hace las cosas de manera correcta porque no le hemos enseñado. En este país hay una falta total de mirada intercultural y una falta de capacidad para ponernos en los zapatos del otro. Nunca queremos reconocernos en los demás. No es falta de sensibilidad; es incapacidad de asumir la situación del otro, como una situación posible, frente a la nuestra, y asumir que esa diferencia, esa distancia que nos separa, es casual. La gente no está en la situación que está porque eligió estar ahí, ni por flojo ni porque no quiso ir al colegio. No; es porque así le tocó. En el Perú sigue importando dónde uno nació, cómo es la familia en la que uno nació, qué idioma hablaban en la casa, qué tipo de casa tenía. Eso influye en lo que uno va a poder hacer en la vida y en la posibilidad de obtener el acceso a tocar una puerta, ni siquiera digo a entrar.

Influye mucho más si para los demás todo eso es determinante y te ven y te juzgan según eso.

Claro, mientras más lejos los ves, menos posibilidad de encuentro vas a tener. Las distancias entre peruanos son mucho más que distancias geográficas. Eso es lo que hay que evitar; hay que asegurar que si hay crecimiento beneficie a todos y no esté dejando cada vez más lejos a un grupo respecto al cual tenemos la fantasía de que, si no lo vemos, no existe.

RICARDO UCEDA:
**«FALTA UN MOVIMIENTO DE DERECHOS CIVILES,
QUE SE RESPETE LA LEY, QUE SE RESPETE AL CIUDADANO»**

Tú estuviste entre los que apoyaron a Velasco y, conforme el tiempo ha pasado, la idea que muchos tenían sobre ese periodo ha cambiado. ¿Cómo ves hoy esa etapa?

Mi participación tuvo que ver con mi trabajo en *Expreso*, que fue expropiado en 1970 y estaba en un régimen especial. Tenía 21 años y comenzaba en el periodismo. Era un diario con una política de radicalizar el gobierno de Velasco, con el que yo estaba de acuerdo. Después...

Estabas de acuerdo con el gobierno y con la política de radicalizarlo.

Sí, claro. Quizá deberíamos dar un paso atrás. Siempre he sido un izquierdista sentimental, no ideológico. Desarrollé un interés por hacer algo por los más pobres. Pero nunca fui un radical, un revolucionario. Quizá se explica porque toda mi formación escolar fue en Chiclayo y mi entorno amical allá —mis amigos de hasta ahora—, era de familias que tenían fundos. El 60% de mis amigos de colegio tenía fundos. Mi padre casi compra uno en 1967... ¡menos mal que se salvó de la reforma agraria! Y yo no veía en la realidad de Chiclayo un abismo social, como había en otros lugares del país. Por otra parte, mi sensibilidad, por llamarla así, era por la lectura de rusos y de franceses: leía con enorme voracidad, principalmente literatura. Para mí el mensaje principal del gobierno militar era hacer algo contra la desigualdad. Vine a Lima a estudiar medicina en San Fernando. Me tocó en ese momento la reforma de estudios generales, introducida por el gobierno militar, y observé este impetuoso activismo de la izquierda maoísta, especialmente de Patria Roja. Desde el comienzo me parecieron exagerados, fuera de lugar. El gobierno militar no era un engendro del imperialismo norteamericano, para comenzar. Menos, un gobierno fascista.

De ahí me fui al periodismo y el gobierno militar tenía mi simpatía. Luego me vinculé con el Partido Comunista de una manera no orgánica, por dos amigos.

Recién milité propiamente en el PC de 1980 a 1982, cuando trabajaba en *El Diario de Marka*. Pero, desde antes, en la revista *Marka*, se pensaba que yo era del PC. Y antes, en *Expreso*, también. La gente creía que yo era de la Juventud Comunista, que era funcionario, porque tenía un departamento, vivía bien y nadie sabía de dónde venía...

Pensaban que era el famoso «oro de Moscú».

He tenido dos amigos en el PC; uno hasta ahora lo es. El primero era un directivo de la Juventud Comunista, que había viajado por toda Europa; entonces era del semanario *Unidad* y después pasó a ser disidente. Eran amistades de conversas y de ir a restaurantes. El segundo hasta ahora está en el PC.

Entonces, tu identificación con Velasco no provenía de que fueras del PC, que es la imagen que mucha gente —yo mismo— ha tenido de ti.

En la revista *Marka* no era del PC, pero había leído mucha literatura de izquierda. En cuanto a Velasco, nadie esperaba un golpe así; eso no estaba en el libreto de nadie. Y no creo que haya sido producto de un parto del materialismo histórico. Se produjo porque Velasco era un caudillo fuerte y un grupo de militares lo siguió. Después ya no supieron qué hacer. Porque, con esa idea de reparar la injusticia social, aplicaron ideas que no funcionaron en la práctica. ¿En el fondo qué dejó esto? Un modelo inviable y, evidentemente, políticas que a la larga han sido dañinas en el país —la forma como se hace la reforma agraria—, políticas equivocadas que llevaron a un estancamiento, un atraso.

La izquierda —que en ese momento crece mucho— en la década de los años ochenta tenía casi el mismo discurso de ahora, una forma muy clásica de cómo hacer el combate social desde ese sector. Del otro lado, los partidos que luego ganaron las elecciones —el APRA, el PPC— básicamente querían tomar el gobierno pero no tenían un proyecto para resolver los problemas que habían planteado diez años antes los militares.

¿Estarías de acuerdo en decir que los sectores más tradicionales, más conservadores, no aprendieron mucho con esa etapa —por no decir que no aprendieron nada— y que la izquierda actuó y se desarrolló en esos años en un clima relativamente artificial, como cuando inyectan más oxígeno en las discotecas para que puedas bailar más? ¿Velasco creó un clima revolucionario, con comillas o sin comillas, hizo creer que cambiar el país radicalmente era posible y la izquierda se marihuaneó con eso?

La izquierda radical no creyó en Velasco. El PC era el más razonable: apoyaba críticamente al gobierno, tú puedes decir demasiado servilmente. Pero era «vamos a apoyar

esto en el camino de la profundización», lo que también era artificial, porque eso no iba a ocurrir. Pero la otra izquierda, que era la más extrema, la que más se desarrolló, estaba en el clima artificial creado por Velasco y también vivía una ambivalencia: quería ir a la lucha armada y, a la vez, aprovechar las circunstancias democráticas. Había un eterno combate contra los vacilantes, contra los que no eran verdaderos revolucionarios, mientras que miles de personas participaban en las protestas sociales y eso les hizo creer que siempre tendrían a las masas. En ese sentido sí, hubo una cierta narcotización. Quizá faltaron mejores líderes, que no estuvieran ocupados en demostrar quién era más revolucionario sino en cómo mejorar realmente la vida de los pobres. Lástima, tendrían que hacerlo dentro del capitalismo. Y, por supuesto, en la derecha también.

En definitiva, la izquierda creía estar próxima a una situación revolucionaria. Y la derecha, simplemente, quería gobernar. Los problemas de fondo, que después salieron, estaban ahí y no fueron encarados. Finalmente, el único desde la izquierda que salió a la lucha armada fue Sendero. Y el MRTA, un poco después.

Se estaban preparando.

Sí, desde el 78. Hubo mucho bla, bla, bla sobre la lucha armada. En el fondo, solo Sendero lo hizo.

Maruja Martínez resumió su experiencia en la izquierda resaltando: «Ese amor al poder que ha hecho que la izquierda en el Perú se convierta en una decena de pequeñas capillas absurdas disputándose no sé qué migajas»¹. Se refería a los años noventa. ¿Te parece justo eso?

La pelea de migajas, sí. He estado en dos años de peleas y me acuerdo de eso como si fuera un juego de niños: es como cuando te peleas en el colegio y después no cargas rencores. Creo que a la izquierda le ha faltado voluntad de poder, de querer llegar al poder. Y por eso su propuesta es solo para el sector más deprimido. Buscaban poder para dirigir el equipo de vanguardia, el grupito. Incluso ahora, la izquierda no tiene una propuesta para la clase media. La clase media en el Perú, y sobre todo los jóvenes, quieren globalización.

Pero también me parece que ha habido una falta de perspectiva en el resto de partidos. En el APRA, el error más grande cometido por García fue derechizarse; consiento que se aliara con los empresarios —como hizo con «los doce apóstoles»—, pero perder la perspectiva de un partido popular, en un país donde claramente eso tiene

¹ Maruja MARTÍNEZ, 1997. *Entre el amor y la furia. Crónicas y testimonio*. Lima: Sur Casa de Estudios del Socialismo (p. 315).

una base social muy grande, me parece un error. Tampoco en AP y PPC se planteó liderar la clase media y tener un espacio mayor entre otros sectores. El problema no es solamente de la izquierda.

Pero en el Perú eso parece ser una especie de sino. Si tomas a Haya de la Torre en los años treinta, a Fernando Belaunde en los cincuenta y comienzos de los sesenta; incluso si tomas a Lucho Bedoya, que era un hombre de clase media que participa en la formación de la democracia-cristiana con un conjunto de propuestas de cambio, de reformas. Todos terminan defendiendo los intereses más tradicionales, conservadores. Como que todos pierden la brújula.

Probablemente. No tengo la respuesta, pero tiene que ver con el caudillismo. Ahora estoy convencido de que el liderazgo es muy importante. Sendero no hubiera sido así de no haber existido Guzmán y su influencia tan peculiar.

Y Sendero no se hubiera desarmado tan rápido como se desarmó cuando lo capturaron a él.

Evidentemente, dependían mucho de él.

Guzmán podría ser puesto en esta lista de líderes aparentemente ambiciosos al comienzo, que parecen tener una mirada de largo plazo y terminan capitulando por una torta de cumpleaños y su mujer en la celda, que fue su caso.

Es indispensable un estudio a fondo acerca de cómo Guzmán consigue tener un poder tan férreo. Durante todos esos años tuvo un poder hipnótico sobre sus dirigentes, que hay que estudiarlo mejor. Falta en la política peruana, gente que se plante y diga: «No, no estoy de acuerdo y me voy». ¿Cómo es posible que solo renuncie un ministro cuando Fujimori anuncia el golpe? Uno solo. ¿Y cómo es posible que habiendo, en el último gabinete de Fujimori, gente que no era ladrona, siguiera ahí? Eso me interesa mucho. Pero volviendo a lo que dices, también se aplica al caso de Guzmán, en cierto modo.

Ya que hemos tocado el tema de *El Diario* y el del «presidente Gonzalo», ¿qué aprendiste en *El Diario* sobre Sendero?

Casi nada. En *El Diario* tuve contacto con muy pocos senderistas; más aún, no recuerdo a alguien del que pudiera decirte: «este era». Había, sí, parientes cercanos a Sendero. Recién a partir de 1998 conversé con senderistas. Antes de eso no aprendí acerca de Sendero como debía haber conocido. La izquierda, en general, tampoco

entendió, porque no zanjó lo suficiente. Había un sector, en el que estaba Barrantes y algunos otros, que tenía una posición más definida frente a Sendero.

Barrantes cambió en un momento dado, pero hasta entonces él mismo hablaba de «compañeros equivocados». ¿Crees que la violencia es constitutiva de la sociedad peruana y nos engañamos durante muchos años diciendo que el Perú es un país pacífico o piensas que Sendero produjo un gatillazo de la violencia?

Por mi deformación periodística, tiendo a pensar en el último eslabón que genera un acontecimiento. Así como en el caso de los militares en 1968 fue decisiva la actuación de un grupo, en el caso de Sendero actuó un equipo de dirigentes con un mando, una decisión y un poder personal tan grande del líder, que logra producir la guerra. Y cuando entras a la guerra, ya no puedes salir tan fácilmente. También, claro, hay un origen ideológico. Un modelo importado.

El modelo era importado: Sendero estaba repitiendo lo que habían hecho los chinos. Igual que la represión usó un modelo importado de Guatemala.

El intento de emular un modelo importado se había hecho ya con la guerrilla post-castrista liderada por de la Puente. Con Sendero hay un modelo importado pero, además, un grupo dispuesto a ejecutarlo, que se encuentra con un vacío porque en Ayacucho no había policías. Empiezan y se da el baño de sangre... La guerra envilece a todos. Eso no es una característica de la sociedad. La violencia en el VRAEM ahora viene del narcotráfico y tiene objetivos concretos. Puede haber en el futuro otras violencias, pero no es constitutiva de la sociedad peruana, ni la pobreza la explica.

No; hay muchas zonas pobres en el mundo donde no hay violencia. Entonces, ¿no es que en el caso peruano hubiera una violencia latente esperando que «Gonzalo» la destapara?

No, no creo. El campesino no era violento; el campesino fue violento cuando tuvo que defenderse, como en Iquicha. La violencia política no vino del pueblo.

Para mí, el aprendizaje mayor en *El Diario* fue el error informativo en Uchuraccay; eso me marcó mucho en los años siguientes. Nosotros creíamos que los campesinos no podían machetear a los periodistas, porque eran campesinos. Tenían que ser los militares. El bien y el mal lo teníamos marcado así. Pero fueron los campesinos quienes mataron a los periodistas. Uchuraccay estaba en la única zona donde antes no había ido la prensa.

Mirando el efecto y no el origen, ¿crees la sociedad peruana es hoy más violenta gracias a Sendero?

Sí, hay una polarización que tiene componentes de violencia política —no me refiero a violencia armada—, una polarización que, sin duda, es hija de eso; son las secuelas. También tiene que ver con la forma en que gobernó Fujimori. Por otra parte, la fuerza armada ni siquiera ha hecho un examen de lo que le ha pasado. Hasta ahora, su verdad oficial es que las matanzas fueron hechos aislados. Si yo fuera presidente, propiciaría que los militares reflexionen sobre lo que vivieron, para extraer lecciones. Que se expliquen qué pasó, qué falló, qué estuvo bien. Hasta ahora el discurso oficial hacia ellos está lleno de adulaciones y alabanzas huecas. La autocrítica no se ha producido por diversas razones. Belaunde y García estaban en el problema mismo; luego vino Toledo y la Comisión de la Verdad, que tampoco tenía poder para afrontar el asunto militar y no se interesó mucho en el tema. Retorna García, que estaba involucrado. Y siguió Humala, que también estaba involucrado, porque había sido parte de la guerra sucia. Ahora la polarización la anima una ultra-derecha minúscula, un sector del fujimorismo y otro sector antifujimorista radical. Pero creo que el grueso de la población está en otra cosa.

¿Qué otras secuelas dejó Sendero?

No sé si hablar de secuela o de problema no resuelto. En Colombia —como antes en El Salvador y Guatemala— se ha negociado en torno a los miles de militantes que deben ser incorporados de alguna manera a la vida política. El caso de los senderistas es distinto porque ellos terminaron completamente derrotados. No tienen poder de negociación. Estaremos hablando de unos cinco a diez mil militantes, no sé. ¿Queremos o no queremos que hagan política en democracia?

¿Es el MOVEDEF?

Sí, a eso me estoy refiriendo. No sé cuál es el número de militantes pero son una realidad, más que un problema. Por ejemplo, a Osmán Morote no lo dejan salir; al haber cumplido su condena debe salir, pero se busca una excusa para no liberarlo. He seguido de cerca el caso de Efrén Ticona, el único sobreviviente de la matanza de Lurigancho. Acaba de salir después de que durante dos o tres años los jueces hicieron todo lo posible para no darle libertad, de una manera evidentemente ilegal. Bueno, esto es algo que no está planteado. Cuando se habla de las secuelas, se dice: «¡Ah, las reparaciones!». Pero eso ya no es lo más importante. Lo que queda pendiente es, por un lado, que los militares piensen qué ha pasado con su experiencia; y, luego, entender que es mejor que el MOVEDEF entre en la competencia política aunque mantenga posiciones muy radicales. Desde luego, eso pasa porque acepten las reglas democráticas.

Se han presentado para inscribirse en el JNE. Su existencia política y su demanda de participación no son tomadas en cuenta por la sociedad oficial. Respecto de la inscripción del MOVAFED como partido, se presenta como obvio que no se pueden inscribir porque son herederos de los senderistas. No se ve que hay un problema pendiente.

Sin duda. Pienso que, así, van a tender a apoyar la protesta social violenta.

«LA IZQUIERDA NUNCA
HA ASUMIDO QUE LAS
PROPUESTAS LAS DEBE HACER
DENTRO DEL CAPITALISMO».

La sociedad peruana parece no haber metabolizado la experiencia de Sendero.

No. Y volviendo a la izquierda, mi impresión es que no abandona ideas tradicionales: hay muchos ricos, grandes empresas que ganan mucho, hay que organizar la protesta. La izquierda peruana nunca ha asumido completamente que las propuestas para reducir la desigualdad las debe hacer dentro del capitalismo. Y entonces principalmente tiene mensajes para quienes están en el último escalón, que cada vez son menos, y para otras minorías. Se olvida de las clases medias. En ese sentido, es atrasada respecto de otras izquierdas latinoamericanas. .

¿Tenemos un problema de mediocridad en las dirigencias?

Es evidente. Pero creo que eso va a cambiar. Ahora mismo, luego del tercer lugar en las elecciones, vemos nuevos liderazgos. Y, más adelante, la juventud de la izquierda puede tener un mejor enfoque de las cosas. Estará más globalizada, mejor educada y buscará nuevas ideas.

Si miras lo que está pasando en la universidad, aquello de «mejor educada» es una apuesta fuerte. Profesionales formados en esas universidades chicha ya están en funciones y no sé qué pasa cuando vas a consultar a un médico, a un dentista, al ingeniero que te hace la casa, al abogado que te defiende del pleito y el tipo no sabe; simplemente, no sabe.

Eso no me cabe duda. Sobran médicos y les pagan como a taxistas. Y, contra lo que se cree, hay muchos de mala calidad. El sistema no hace que tengan, como en Estados Unidos, exámenes que toman los jefes de los hospitales para mantenerlos actualizados.

¿Qué papel tienen el narcotráfico y el crimen organizado hoy en el país? Mi impresión, algo lejana, es que han avanzado mucho y ocupan no solo núcleos del Estado sino que se han asentado en la sociedad como formas de trabajo habitual y como espacios de poder. ¿Es así?

En efecto, el narcotráfico es el principal alimentador del crimen organizado y ahora lo vemos más diversificado. Tiene relación con la delincuencia común para robarle desde al rico hasta al pobre, a través de las bandas que se reproducen como conejos. Y también con la corrupción, que crea sistemas aparentemente legales para apropiarse de propiedades y otros títulos. La situación empeora porque hay una infiltración del crimen organizado en el Estado, principalmente en la policía.

En tus informes periodísticos haces un trabajo riguroso, en el que vas pintando una institucionalidad ‘democrática’ que es falsa, de cartón; nada funciona, la policía es corrupta, en el ejército y la policía se roba armas y munición que luego se vende a los delincuentes, los jueces... ni mencionarlos. Esa mirada tras bambalinas de las instituciones, que das a tus lectores, es bastante desalentadora.

En la administración pública suelen aceptarse con naturalidad situaciones que van contra el servicio. Esto se acepta, no se denuncia. Pueden haber casos extremos, donde sí se llega a que alguien renuncia. Recuerdo a un funcionario que renunció a la Contraloría porque un asesor del contralor había sometido a acoso sexual a una funcionaria y el contralor no hizo nada. Y contó el asunto. Pero esos son casos aislados. En la etapa de falta de institucionalización que vivimos, siempre vas a encontrar una historia que está entre la corrupción y la probidad. El Poder Judicial, por ejemplo, es un sector que todos reconocemos como enfermo. Pero hay gente valiosa allí. En algún momento tendrá que resolverse su situación. No es posible violar su autonomía pero tal vez podría haber una intervención externa para ciertos juicios, como en Guatemala. Un magistrado nombrado por las Naciones Unidas, extranjero, es el jefe de la Comisión Internacional contra la Impunidad, CICIG, que está insertada en el sistema judicial. En la reciente campaña, la mayoría de candidatos rechazaron emular lo que se está haciendo en Guatemala, que es muy interesante.

Es un fiscal paralelo al del Estado.

Que formalmente no tiene poder; él investiga, va a la Fiscalía y pide intervenir. Pero aquí la propuesta no pasaría. Alfredo Barnechea dijo: «No, no somos un Estado fallido». Y PPK dijo: «No, no somos Sudán». Alan dijo: «Sí, estoy de acuerdo, que venga». Pero ya pasó el tiempo de Alan.

A propósito del funcionario probo: tus fuentes son fuentes de adentro de las instituciones, lo que quiere decir que es gente que no está de acuerdo con lo que pasa y que quiere que esto se sepa.

Sí. Un caso es Áncash. En una región tan corrupta, casi tomada por la corrupción, había fiscales que incluso dormían en colchones en el local de la fiscalía, para protegerse de las amenazas. Pero cumplían con su función. Y no los apoyaban ni el Fiscal de la Nación ni el presidente de la Junta de Fiscales de la región.

La gente se arriesga, por lo menos, a perder el puesto.

Claro. A mí no me importa que Yeni Vilcatoma se vaya al fujimorismo porque ahí necesitan gente como ella.

Esto apunta a que el cáncer no es metástasis, todavía.

No. Supongo que en la policía es más difícil encontrar casos virtuosos... es una institución muy complicada. Pero en el Poder Judicial encuentras probidad, en una fiscalía encuentras probidad. Es positivo que en el Ministerio Público se haya dado el cambio, porque el sistema —no sin intervención de factores externos— produjo la salida de un Fiscal de la Nación corrupto.

Ahora el problema está en el Consejo Nacional de la Magistratura. Eso es más difícil. A ver si te parece correcta mi interpretación de lo que ocurre en el Consejo ahora. Tengo la sensación de que, como en Guatemala, ciertas redes mafiosas han ido capturando los lugares desde los cuales se puede llegar al Consejo. Y lo han logrado.

En efecto. Hay una hipótesis según la cual las grandes mafias de los últimos años eran una sola, en el sentido de que por algún lado estaban relacionadas entre sí. Y en esa red estaba el CNM. En estas redes se mueve el APRA como pez en el agua, pero su influencia se ha debilitado.

La capacidad del APRA de tejer redes... Eso lo ha hecho durante décadas.

Durante muchos años. Es un sistema que hay que abolirlo. Barnechea planteaba nombrar una Corte Suprema de primer nivel —no sé cómo sería—, para luego esperar que descienda la virtud hacia los niveles inferiores. Debe actuarse de una u otra manera, porque si no esto va a seguir por muchos años más. En el CNM, lo que falta —y he escuchado a Walter Albán insistir en el tema— es el mecanismo por el cual se produzca el estallido. Él dice que desde la ciudadanía, pero no veo a la gente. Salvo que encuentren a algún consejero violando a una secretaria; algo que desate la indignación y produzca una crisis.

Como ocurrió con la repartija, que la gente salió a la calle.

Y que es lo que está ocurriendo con la reacción social ante las sentencias benignas por golpizas a mujeres. Situaciones bárbaras que generan una movilización. Si no hay nada así, no veo a la gente marchando para cambiar el CNM; no veo a la clase política en torno a esto o a los congresistas tratando de cambiarlo. El periodismo puede funcionar, pero solo puede ser un factor.

¿Cómo crees que la gente vive todo este desnudamiento de las instituciones, este develamiento de nuestras miserias, al que contribuyes muy activamente junto a otros? ¿Lo percibe con cinismo, con resignación, con indignación, con la esperanza de que en algún momento cambie o ya no?

En general, creo que se acepta. Me refiero a lo que ocurre en el sector público.

Pero el ciudadano de a pie, tu lector ¿cómo reacciona frente a esto?

Es parte del desencanto y del descreimiento general. Sí creo que está indignado, sabe que el Estado no funciona.

¿Y no está resignado a eso?

Creo que no. Pero, evidentemente, no tiene canales de movilización. Es la falta de la política. La actividad política va por otro lado. Sin embargo, como ya vimos, hay situaciones extremas que hacen reaccionar a la gente. Eso no es lo ideal, pero es obvio que puede producir cambios enormes.

Dijiste que Verónica Mendoza no tiene una propuesta para la clase media. Estos problemas de los que estamos hablando interesan a la clase media. La izquierda no está en esto.

Es que la izquierda, de nuevo, está muy atrasada. Vamos a ver cómo evoluciona en los cinco años de Kuczynski. Por otra parte, el movimiento de derechos humanos se ha olvidado de los derechos civiles. Ahora hay un chico del MHOL que está en la Coordinadora de Derechos Humanos; esperamos que haya un cambio. Falta un movimiento de derechos civiles, plural y no partidario, que procure que se respete la ley, que se respete al ciudadano. Lo demuestra el movimiento espontáneo contra el feminicidio, por fuera de los canales tradicionales. Pero hay cambios también dentro de lo ya establecido. Otros sectores, como el empresarial, participan en la vida de la sociedad civil. Así ocurre en la Asociación Civil Transparencia y en Proética. El presidente de Proética ahora es un empresario, Jorge Medina, que en enero hizo un pulso el debate anticorrupción con todos los candidatos; lo hizo en quince días.

Y luego convocó a dos talleres, de cuatro horas, en dos días. Sesenta personas calificadas; eran tecnócratas, académicos, de todo. Hay gente que quiere luchar contra la corrupción.

Hay gente que quiere hacer algo.

Sí. Es cosa de hacer una convocatoria desde la sociedad civil. Aunque hay una generación desganaada, que no quiere meterse en nada, hay otra que puede reaccionar cuando está mal una cosa... Sobre todo en las ciudades.

«EL EJÉRCITO ES EL QUE LE DA
SU MODELO A FUJIMORI,
NO ES MONTESINOS».

Muerte en el Pentagonito fue un libro capital. Por de pronto te lo piratearon, que es en el país una señal inconfundible de éxito. Siendo el autor, ¿cómo ves el impacto del libro?

Por una dejadez mía no ha tenido más impacto; tenía una propuesta de traducción al inglés, que no he movido. Y tampoco lo he reeditado. En el libro lo que más me importaba era describir a la gente de inteligencia, esta generación de agentes que tenía 23 años cuando van a Ayacucho y que tenían 33, 35 años cuando cometen el crimen de La Cantuta. Han servido al Ejército en operaciones de inteligencia, asesinatos, secuestros y otras cosas, durante tres gobiernos. Para mí lo importante era mostrar el sentido común de ese trabajo: el del agente. Y creo que lo logré. Para el militar que está en una zona subversiva es un sentido común: «Acá tenemos que bajarnos a los subversivos que podamos». Matar es un acto administrativo y es visto así. No son personas diabólicas, no son personas anormales; son personas comunes que hacen ese trabajo 'necesario'. Es un sistema en el que el agente de inteligencia nunca puede ser oficial; siempre es suboficial. Así la oficialidad no está manchada.

Creo que es el Ejército es el que le da su modelo a Fujimori, no es Montesinos. Ahí no estoy de acuerdo con todo lo de la sentencia. Porque en 1991 el Ejército es el que le vuela el brazo a Augusto Zúñiga; acuérdate que iban a matar a Ricardo Letts y él se salva. Iban a matar a Diez Canseco en enero, saliendo del Congreso. Todo esto sin que supiera Fujimori. Eso era en 1991; el Grupo Colina no estaba operando, ni siquiera estaba formado. Montesinos estaba recién aupándose en el gobierno. Santiago Martín quería hacer su grupo Escorpio, como en 1988, y consiguió hacerlo en el Ejército, con el apoyo de alguien en el Comando Conjunto.

Después, Montesinos se monta en la idea. Pero el Ejército estaba convencido de que esa era la manera de combatir a la subversión y quería eliminar a los senderistas siempre que se pudiera. Quieren matar a Yehude Simon, a Javier Diez Canseco. Ese es el Ejército. Ni siquiera es la ultraderecha del Ejército. Es su sentido común.

Es una enorme distorsión que el líder político y gubernamental no asuma trabajos ilegales que deba hacer este brazo armado. Para mí esa es la moraleja principal. Esto se vio en todos los gobiernos: Belaunde, García; lo ves en los sucesos de Bagua, donde la ministra del Interior ni siquiera estuvo. El brazo armado del Estado que tiene que reprimir situaciones de este tipo actúa mientras el gobernante se hace el loco. No es como en Estados Unidos o en Israel, donde hasta una matanza de niños tiene un responsable político. Ese es el principal asunto. Me imagino que el presidente colombiano decidió que sus tropas entren a Ecuador a aniquilar a miembros de las FARC. Esa no es una decisión del comandante general.

Ni, menos aún, del oficial en la frontera.

Pero hay cosas que el Estado hace y no hay un responsable. Tienes, por ejemplo, el caso del espía ecuatoriano, Enrique Duchicela, quien por encargo de su Estado compró información a miembros del Departamento de Inteligencia del Ejército. El Ejército lo secuestra y lo mata. Ahora es un héroe en Ecuador, pero aquí se ha negado el hecho. La forma en la que un gobernante debe responder ante situaciones de este tipo no está resuelta. Es algo que los propios militares deberían exigir. Fíjate que en la matanza de Lurigancho la policía no quería entrar; se demoraron unas doce horas porque querían una orden escrita. Tenían todo el derecho a una orden escrita. No la daban y al final viene el jefe, traen a Cabezas y mata a todos. Hay ese vacío institucional. Si tú eres militar, exiges una orden. Pero acá no se da. Es orden de boca y después el político se lava las manos...

En parte quizás es esa dicotomía, que no solo es del Estado sino también de la sociedad, en la que las cosas formales valen hasta cierto punto y sirven para ciertos casos. Pero en lo demás, no. Roberto da Matta ha estudiado esta dualidad en el caso de Brasil. Son dos mundos: el mundo público y formal versus el mundo particular; lo que se dice versus lo que ocurre en realidad, que no se puede decir pero que todos sabemos que tiene una fuerza decisiva. Esa dualidad es muy nuestra. Así es el Perú.

Claro, así es el Perú.

¿Pagaste un precio por *Muerte en el Pentagonito*?

No. Probablemente me demoré mucho escribiéndolo. Naturalmente, hubo muchas privaciones. Lo más complicado fueron los primeros capítulos, los de Sendero, que escribí al final. Porque yo quería contar algo vívido —reuniones de una célula de Sendero durante los primeros meses de la intervención militar en Ayacucho— y felizmente conseguí hacerlo. Durante dos años fui todos los domingos a las prisiones, para entrevistar senderistas. Debes atenerte a un protocolo con ellos: vas y les pides lo que quieres, te dicen: «Venga tal día», y luego te responden sí o no, o «Vamos a ver». Ellos me dijeron dónde estaba el sobreviviente de Lurigancho. Hay cosas que no me dijeron; por ejemplo, las peleas en la segunda conferencia, cuando Morote se opone a un derramamiento de sangre cruento en Ayacucho y lo castigan. Todo eso es un montón de trabajo.

ROXANA VÁSQUEZ SOTELO:

«SI PIENSO EN MI ABUELA, EN MI MADRE, EN MÍ Y EN MIS SOBRINAS,
POR SUPUESTO QUE SE HA AVANZADO»

En estas conversaciones he preguntado acerca de los cambios en la vida de la mujer, marcados por el acceso a la educación y al mercado laboral. A dos mujeres destacadas en la vida pública, cada una de ellas exitosa en su campo —una ex ministra y una rectora de universidad—, pregunté específicamente, primero, ¿en algún momento de tu carrera profesional te has sentido discriminada por ser mujer?, y luego, ¿has visto discriminación respecto a otras mujeres? En ambos casos, más enfáticamente en la primera pregunta pero también claramente en la segunda, las dos respondieron que no.

La verdad es que me resulta difícil imaginar que con un sistema de dominación tan presente y extendido sobre las mujeres en el Perú, existan personas adultas que en el transcurso de sus vidas no hayan sido tocadas por la discriminación. Muchas mujeres exitosas suelen no sentirse discriminadas, en primer lugar, porque ciertas formas o expresiones de la discriminación —dependiendo del entorno en que se viven— pueden ser sutiles. Asimismo, la falta de entrenamiento en su reconocimiento y comprensión puede contribuir a que pasen desapercibidas. En sociedades como la nuestra, machistas y conservadoras pero con aires de modernidad relativamente recientes, aparecen mujeres —que generalmente son percibidas como excepcionales por ser inteligentes y muy preparadas— cuya visibilidad y exposición pública contribuye, por un lado, a levantar la imagen de las mujeres y, por otro, operan como símbolos o pruebas —que resultan excesivamente optimistas— de un avance de la igualdad que venimos logrando todas las mujeres del país. Estas mujeres suelen demostrar una competencia muy superior a la de los profesionales varones de su entorno. Cuando son seleccionadas o elegidas son medidas, generalmente, con un rasero mucho más alto que el utilizado para los varones y son observadas y evaluadas en un espectro más amplio de sus vidas (pareja, hijos, sexualidad), lo que en definitiva les exige más que a sus colegas varones.

En ese contexto —y dado que tenemos mujeres empresarias, congresistas, ministras y hasta candidatas a la Presidencia de la República—, no es raro escuchar opiniones en el sentido de que ahora las mujeres ya podemos alcanzarlo todo; basta que nos lo propongamos. Este énfasis en la voluntad y el esfuerzo personal de cada mujer se conecta con una idea muy extendida: las mujeres somos más honestas, responsables y trabajadoras, que traduce una visión esencialista de ser mujer y que con diferentes énfasis sigue reposando en el binomio mujer-madre, una especie de «madre coraje» tan venerada socialmente, que omite o pretende omitir la discriminación como sistema y las barreras que produce. Así, los engranajes del poder y sus efectos se diluyen o son difíciles de conectar pues, cuando se hacen planteamientos en este nivel, suele ser contestados con un caso concreto que marca la diferencia.

En el caso de esas dos mujeres destacadas, ¿estás diciendo que no se han dado cuenta de la discriminación?

Me atrevería a decir que no han logrado, a lo largo de su vida, reconocer ciertos indicios de discriminación. Sé que lo que estoy diciendo es muy audaz, porque no las conozco; pero sí conozco otras personas muy cercanas a mí, incluso si reviso mi propia experiencia, lo que me permite afirmar lo que te digo.

El avance indudable en el campo del acceso a la educación y al trabajo de las mujeres en el país es un adelanto necesario pero insuficiente en el camino de su empoderamiento. En educación se está a la par, incluso en estudios secundarios, universitarios y técnicos; numéricamente son más mujeres que hombres quienes terminan, quienes se titulan; sin embargo —creo que esto es un fenómeno mundial—, en términos de salarios y de cargos directivos, las mujeres van avanzando muy lentamente y reciben, por el mismo trabajo, un 30% menos de salario que los hombres. Por otro lado, la mayoría de las mujeres trabajan, pero en pequeñas o medianas empresas. No son trabajos que te realizan, son trabajos de sobrevivencia.

En una empresa que puede ser del marido o de la pareja.

O de la familia. Pero las opiniones que circulan públicamente se empeñan en poner el énfasis en que se ha avanzado mucho en la incorporación de las mujeres en el mercado laboral. De lo que se habla menos es de los términos y condiciones de tal inserción. Las mujeres siguen dedicando mucho más tiempo a atender el trabajo en casa. Según la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo, las mujeres dedican un poco más de cuarenta horas semanales al trabajo no remunerado, mientras que los hombres utilizan alrededor de dieciséis horas promedio. Las cosas van cambiando pero todavía existe una diferencia muy significativa.

En los cambios, de una parte se producen avances evidentes en los logros de la mujer pero, de otra, el Perú exhibe un altísimo número de violaciones sexuales y de episodios de violencia familiar, además de que se mantiene —y acaso se expande— la exhibición decorativa de las mujeres en los medios y como parejas de hombres «de éxito», etcétera.

Como te decía, el avance en la educación y el trabajo es necesario en el camino hacia la igualdad, pero no es en modo alguno suficiente. En un país donde la igualdad no ha estado en el centro de las preocupaciones, en una sociedad tan conservadora y tan poco laica, porque salgas a trabajar o estudies unos años más, es difícil que, automáticamente o con relativa rapidez, logres darte cuenta de cuál es el tinglado de la dominación que también te afecta a ti y estás reproduciendo.

Las mujeres se encuentran en una situación de tránsito, entre aquello que han aprendido de pequeñas y lo que escuchan y ven como signo de modernidad. Este conflicto permanente no está exento de desconcierto y dolor. Si hablamos de la mujer de clase media —que, según señalan varios trabajos, es la que más ha cambiado, se ha modernizado, y más se ha beneficiado con la educación—, vive en una tensión. De un lado, racionalmente tiene muy clara la aspiración a un éxito profesional como parte de su ser mujer. Pero, de otro lado, quiere ser excelente madre y esposa. Y ser excelente madre y esposa, pese a que hoy en día se viva de «una manera moderna», sigue consumiendo una energía que va más del lado de lo tradicional, aunque no sea como la madre abnegada y sacrificada del tiempo de las abuelas; una madre moderna sigue siendo la responsable de la formación y la salud física, psíquica, emocional de los hijos. Es una gran tarea, que no se desplaza pese a que la mujer tiene el objetivo de su desarrollo profesional.

Es un dilema contemporáneo que va más allá del Perú. En otros países, a las mujeres exitosas, profesionalmente brillantes, que tienen una carrera por delante, ese dilema las lleva a no tener familia, a no casarse o a no tener hijos. El conflicto tiene que ver con la naturaleza femenina: del rol materno se deducen ciertas obligaciones, que tú me dirás que son de género en el sentido de que son socialmente definidas y adiestradas, pero que tienen una base natural, fisiológica. En la historia han sido unas pocas sociedades aquellas en las cuales los hombres se dedicaban a criar a los hijos y las mujeres salían a cazar o a pescar. El lazo materno llevó tradicionalmente a la mujer en su casa. En la medida en que la mujer se educa, entra al mercado laboral y sale de las cuatro paredes de su casa, ve otro mundo y se produce inevitablemente el conflicto. El mensaje de la tradicionalidad es claro, pero el mensaje de la modernidad no solo suma el desarrollo profesional al cumplimiento del rol materno; a las chicas también se les impone ser lindas —y hoy tienen que operarse

o hacer lo que sea para parecer lindas— porque muchas siguen siendo mujeres de adorno. El mensaje de la modernidad es ambiguo, ambivalente.

Sí, es ambiguo y tramposo porque esos mecanismos de dominación no han variado de un modo sustancial sino que se han ido edulcorando, adaptando. Si ves los discursos de la gente más conservadora, como los del Opus Dei, no es que quieren que la mujer esté en su casa; su discurso también se ha modernizado. El punto es que se siguen depositando las responsabilidades pesadas de la reproducción social de la vida en las mujeres. En el Perú hay una pátina de modernidad pero en las relaciones de género, como en el conflicto racial, se avanza pero no tanto como se pretende; basta mirar algunas cifras. Parte del asunto es que las raíces del problema no se mueven; me refiero al conjunto de ideas que se transmiten de un modo u otro a lo largo de nuestras vidas y que refuerzan la idea de que hombres y mujeres somos muy diferentes; que lo somos, claro está, pero que en nombre de la 'diferencia' pretenden seguir encasillando a las mujeres en lugares determinados. A eso yo le llamo desigualdad.

Te refieres a un determinado lugar para la mujer, subordinado al hombre.

Sí, subordinado y desigual a la mala. Porque hay desigualdades o diferencias, como la maternidad, que la sociedad forma y organiza de una determinada manera.

En ese cuadro entra la violencia.

Es la expresión más evidente de cómo la igualdad no avanza. Lo que se mejora es la medición de cifras y lo que aumenta son las denuncias de las mujeres.

¿Es que la igualdad no avanza o es que la desigualdad es menos aceptada?

Por supuesto que es menos aceptada, especialmente porque se ha vuelto un discurso políticamente muy incorrecto; esto explicaría, por ejemplo, la ley que sanciona el feminicidio, las políticas públicas a favor de las mujeres, etcétera... Cómo funcionan las cosas en la práctica o, mejor dicho, en las prácticas de las personas, ya es otro cantar.

La modificación de lo que es «políticamente correcto» ¿es un logro del movimiento feminista?

Hacer visibles ciertas cosas, sí; claro que sí. No te puedo decir que todos, pero es evidente que detrás de la mayoría de los problemas de injusticia de las mujeres que se han hecho públicos está el movimiento feminista.

Para mí, el verdadero meollo tiene que ver con un sistema complejo de dominación y eso es lo que me parece difícil de reconocer. Por eso es que «la mujer excepcional»

no lo logra ver, porque juzga a través de su propia experiencia. El resto de mujeres, no excepcionales, se procura otras explicaciones. Recordarás cómo en una investigación que realicé hace ya mucho tiempo, las mujeres entrevistadas sostenían que sus maridos las maltrataban porque llegaban borrachos o porque tenían algún tipo de enfermedad; pues treinta años más tarde las encuestas que hoy se realizan siguen arrojando las mismas explicaciones en proporciones altísimas: más del 70% sigue pensando que el hombre maltrata a la mujer porque tiene una enfermedad mental, según una encuesta que realizó el Instituto de Opinión Pública de la Universidad Católica en el año 2013. Lo que nos indica que todavía no se logra ver lo que realmente pasa; esto es seguir quedándose en la superficie, no poder ver las causas, las raíces de la subordinación. Por eso dije que los mecanismos de discriminación son sutiles y cada vez son más sutiles. El otro campo de sujeción es el cuerpo de la mujer. La mujer sigue siendo un objeto.

¡El hombre también se ha convertido en objeto! Lo ves en la publicidad, que ha sido un campo de trabajo importante del movimiento feminista para denunciar y señalar aquello de la mujer-objeto. Ahora, si hubiera un movimiento «masculinista», señalaría al hombre-objeto en la publicidad. Imagínate a los pobres hombres que no tenemos ni el abdomen ni el tórax de Cristiano Ronaldo. Debemos sentirnos pésimo.

Sin embargo, entre las consecuencias de eso no está la violencia sexual. Este es un muy buen ejemplo de la diferencia que construyen las sociedades para tratar a hombres y mujeres.

**«LA POLÍTICA DE SALUD
HA SIDO AMBIVALENTE
Y VACILANTE; HA TENIDO
INFLUENCIA DE GENTE
MUY CONSERVADORA».**

Te pregunté por los cambios de la mujer en el Perú y has dicho que la base no ha cambiado porque a la mujer se le sigue reservando un lugar subordinado, aunque tenga mayor educación y mayor responsabilidad a través del trabajo; el rol familiar y materno la mantiene en subordinación. Sin embargo, creo que ha habido otros cambios muy importantes. Para no hablar de épocas muy antiguas,

en mi experiencia, en los años que he vivido, he visto cómo ha cambiado el comportamiento sexual de la mujer. ¿Esto ha tenido consecuencias?

¿De mayor libertad?, es posible. Consecuencias... ¿pero en qué sentido? Si el punto es la libertad sexual, ¿qué consecuencias puede tener o ha tenido? No recuerdo ningún estudio o texto donde esto aparezca, pero asumo que estos cambios están generando una mayor sensación de poder, de libertad.

Esquematicemos a la mujer tradicional, que probablemente fue la generación de mi madre. Primero, no tenía un nivel de educación alto; si se educaba, porque las había educadas, era excepcional. Segundo, lo ideal era que no trabajara y si entraba a trabajar, esto era una señal de poco éxito económico del marido; iba en contra del prestigio del marido y también del prestigio de ella. Lo ideal era que se quedara en su casa, se encargara de sus hijos, etcétera. Tercero, en materia de sexualidad, se esperaba que esta mujer llegara virgen al matrimonio y que tuviera sexo con su marido hasta que uno de los dos se muriera. ¿Qué ha cambiado en este terreno? Primero, es rara la mujer que no ha tenido sexo antes del matrimonio; probablemente ha tenido sexo con alguien que no va a ser su pareja permanente o definitiva. Segundo, frente a un marido que es un desastre desde el punto de vista sexual o del que fuere, tiene la opción de acostarse con otro tipo. Nadie la va a llamar puta por hacer eso, como se le hubiera llamado a su abuela. Ese molde tradicional se quebró, ya no tiene vigencia. ¿O me equivoco?

Desde el comienzo de esta conversación quiero decir que no podemos hablar de las mujeres del Perú. Lo que estás diciendo vale para los sectores altos y medios; no vale para los sectores populares, para las comunidades rurales, etcétera. El panorama es muy heterogéneo y tanto los sectores altos como los populares cuentan con porciones significativas de gente muy conservadora.

Es muy heterogéneo, en efecto. Pero si entrevistas a mujeres de los sectores populares urbanos —que son los más numerosos y los más estudiados—, es frecuente el caso de la mujer que tiene tres o cuatro hijos de padres diferentes. En el medio rural, no sé.

Es cierto que la información sobre educación sexual, aunque sea mala o insuficiente, es cuantitativamente muy superior a la que nosotros recibimos, formal o informalmente, aunque en colegios públicos y privados para dar esa información se tiene que pedir autorización a los padres. En los colegios públicos está en el curso de tutoría y es potestad del tutor cuánto avanzar en la materia; eso está lleno de problemas. Pero es evidente que hay muchísima más información; en la televisión se han roto tabúes.

Hay pequeños estudios, localizados, sobre masturbación, sobre comportamiento de jóvenes frente a la homosexualidad... Dicen que, si bien hay más información, no es de calidad. Tanto los anticonceptivos que utilizan las chicas como los preservativos muchas veces son mal utilizados. Pero no creo que esto sea suficiente para explicar el incremento del embarazo adolescente. Entre 2000 y 2011, el promedio de maternidad adolescente se mantuvo en torno a 13%. En la ENDES de 2014 subió a 14,6%. ¿Qué explicación puede haber? No es que la información haya disminuido abruptamente; puede ser el reparto de métodos, porque la política de salud ha sido ambivalente y vacilante; ha tenido influencia de gente muy conservadora. La distribución irregular de anticonceptivos en los servicios de salud podría explicarlo, pero me parece que no es la única explicación.

Me cuesta identificar algún trabajo que tenga una perspectiva relacional de estos asuntos. Hay estudios que examinan a las mujeres y hay otros de masculinidades que aunque no son muchos examinan perfiles en los hombres y el tipo de comportamiento sexual. Igual ocurre con la violencia: se ha enfocado a cada uno por separado. Tus preguntas los vinculan y se carece de estudios con una perspectiva relacional.

Siento que en la conversación estamos haciendo el juego del vaso medio lleno o medio vacío. Yo estoy tratando de detectar los cambios, ver si hay algo de agua en el vaso, y tú estás tratando de decirme todo lo vacío que aún está. Tú óptica está en mirar lo que falta y, claro, lo que falta es un montón.

Ahí está mi énfasis, en que lo que falta es un montón.

La discusión sobre la pobreza es parecida; es decir, la pobreza ha disminuido a la mitad de lo que fue durante largos años y el dato está supervisado por una comisión en la cual no solo está el Estado sino también entidades académicas; la pobreza realmente ha bajado. Y la respuesta es: «Bueno, pero es una barbaridad que uno de cada cuatro peruanos siga siendo pobre». Pero eran la mitad; si estamos en una cuarta parte no es para darse por satisfecho, pero es bastante menos de lo que había. ¿No estamos haciendo este juego en la conversación?

Sí, puede ser. Es indudable que la situación de la mujer ha avanzado; tendría que estar ciega para no darme cuenta. Pero, al revisar ciertas cifras, de un lado, veo que avanza para algunas; para algunas avanza mucho y para la gran mayoría, muy poco. Hay brechas importantes, que por lo demás son las que se reflejan en diferentes campos de la vida en todo el país. De otro lado, mi énfasis está en la omisión de muchas cuestiones sustanciales, que son las que podrían hacer un cambio a favor de la igualdad de las mujeres y que no son atendidas o ni siquiera se ven. Para muestra un botón:

la violencia es altísima y no se observa una acción significativa de parte del Estado que enfoque bien las causas del problema y actúe en consecuencia. A pesar de su gravedad, sigue permaneciendo en el campo de los temas menores.

Pero no sabemos con seguridad si ha aumentado la violencia o han aumentado las denuncias...

Pero para mí este es un indicador clave: si a las mujeres de distintos sectores sociales y edades todavía les siguen pegando, por mucho que tengan un buen trabajo, si todavía en el interior de sus hogares mantienen relaciones de dominación en distinto grado y estilo, de qué tipo de avance estamos hablando.

En cuanto a la violencia sexual, somos el país de Sudamérica con las cifras más altas en denuncias. Esto puede significar que se denuncia más pero también significa que las mujeres no pueden estar tranquilas, ni en casa ni en la calle. Por eso me resisto a una visión muy complaciente y positiva de la igualdad que ha ganado la mujer. Lo que digo es: «¡Ojo! Atención a todo el conjunto y no solo a los pedacitos», porque tengo la impresión de que las mujeres seguimos estando muy jodidas.

José Carlos Agüero dice, en la conversación que recoge este libro, que en las últimas décadas se ha generado una conciencia de igualdad de derechos que en el Perú no existía. Tradicionalmente, quien estaba abajo en la jerarquía social aceptaba su condición subordinada. Se ha acabado en el Perú aquello de «estoy en mi lugar y ‘mi lugar’ significa: no tengo agua, no tengo desagüe y como una vez al día, cuando como». La idea es que no tengo por qué morirme de hambre; que no se justifica que tenga trabajar catorce o dieciséis horas y aunque me lo impongan, sé que no debería ser así. La diferencia está en aceptar o no aceptar la situación como natural, normal: «así son las cosas». ¿Ha cambiado la conciencia de derechos de la mujer? ¿Aunque la mujer no sea igual, la conciencia de su derecho a la igualdad ha cambiado?

Pienso que sí, cambia lentamente y con muchas contradicciones, porque en las mujeres la conciencia de igualdad se juega tanto en el ámbito público como en el privado y este último es especialmente complejo.

Por ejemplo, la mujer tradicional, que antes esquematicé, no podía divorciarse; hoy la mujer se divorcia.

Claro, por supuesto. Es indudable. Pero estaba pensando, por ejemplo, en las mujeres que van a los servicios públicos de salud, cómo se relacionan con los médicos. Los tratan como si el médico les estuviera haciendo un favor; esto para mí no es conciencia de derechos, ni aquí ni en la China.

No me he referido a una mayor conciencia de derechos en general sino a una mayor conciencia de derecho a la igualdad, aunque no tengas igualdad. ¿Crees que las mujeres creen que tienen derecho a ser iguales?

Diría que sí, que se ha iniciado un cambio, más en unos grupos que en otros.

Son cambios muy heterogéneos, porque estamos hablando de un cambio cultural.

Sí, es un proceso muy complejo, que bien valdría la pena estudiarlo más, para poder identificar los factores que están detonando cierto tipo de cambios. Pero tu pregunta me hace ver la otra cara de la moneda, que es lo que también podríamos llamar la conciencia de los privilegios. Hay ciertos grupos que exhiben y actúan con bastante desfachatez afirmando el privilegio y parte del problema es que los otros grupos se lo permiten; es como si existiera un acuerdo tácito. Esto también se está moviendo, pero no resulta del todo claro en la vida cotidiana.

Ahora no estás hablando de hombre y mujer sino de muchas cosas.

Sí, estoy hablando de muchas cosas y de los muchos tipos de relaciones sociales en donde las dinámicas de privilegio pugnan por mantener las desigualdades y se enfrentan a una lógica de derechos, a mi juicio todavía bastante endeble.

Como visitante del país, tengo la sensación de que las relaciones personales han sufrido cierta degradación en terrenos como la amistad y la confianza en los demás. ¿Crees que hay una degradación también en las relaciones de pareja?

Creo que estos cambios de los que hemos hablado pueden haber generado más tensiones en las relaciones de pareja, en los acomodos de los roles, porque hay un cierto grupo de mujeres que demanda —estoy pensando en clases medias— que las tareas domésticas sean más igualitarias; hay una cierta resistencia de parte del hombre y se llega a ciertos acuerdos o no. No encuentro razón para pensar que las relaciones se hayan degradado pero sí que hay más tensión.

¿Eso quiere decir relaciones más conflictivas?

O con negociaciones más difíciles.

Por el establecimiento de negociaciones que antes no había...

Sí, lo que decías antes, ahora es posible separarse; ese horizonte existe: separarse, divorciarse. Sin embargo, en mi experiencia de trabajo con mujeres, la decisión de separarse es, por lo general, el resultado de una situación insoportable, insostenible; es como si la falta de amor o entendimiento de pareja no fuera razón suficiente para tramitar una separación.

Pero ese es un gran cambio. No es un cambio con el cual podamos sentirnos satisfechos, pero es una ruptura enorme del molde tradicional.

Sí, es verdad.

«EL MOVIMIENTO FEMINISTA,
Y YO COMO PARTE DE ÉL, HEMOS
FALLADO EN NO ENCONTRAR EL
CAMINO PARA CONECTAR DE
UN MODO MÁS CONSISTENTE,
TANTO CON LOS SECTORES
POPULARES, COMO CON
LOS SECTORES MEDIOS».

No se puede adjudicar la mayor parte de estos cambios al feminismo, aunque el feminismo ha jugado un papel, sin duda alguna. Al mismo tiempo, no se le puede responsabilizar de las continuidades, porque había cosas que no dependían solo de un movimiento. ¿Pero no tienes la impresión de que el feminismo se circunscribió de un modo específico —tanto en cuanto a metas y objetivos como en el público, el auditorio al que se dirigió— con el que se cortó las alas? Te pongo un caso paralelo para que mi observación no se vea como un ataque al movimiento feminista: el movimiento de derechos humanos ha hecho algo equivalente, a mi modo de ver, al no preocuparse por llegar a un público amplio. El lenguaje y los métodos de las organizaciones de derechos humanos no estaban dirigidos a convencer a amplias masas sino a grupos de gente que, en el fondo, ya éramos más sensibles o teníamos una mayor preocupación en este ámbito, y ahí se quedó. Lo que sí ha cuidado es mantener la vinculación internacional que da resonancia, da rebote, además de financiamiento. Es más importante convencer de determinadas tesis a gente en Suiza —porque a lo mejor de ahí sale una convención de no sé qué— que al auditorio nacional, que no está enterado de esa convención y no va a estar enterado nunca. ¿Participas, en alguna medida, de esta crítica?

Lo que pasa es que el movimiento feminista no se circunscribió a los sectores medios, a los medios de comunicación o a las autoridades; ha hecho trabajo con los sectores populares desde hace muchos años. Parte importante de su trabajo ha sido ese; sin embargo, no se ve porque no ha tenido el éxito esperado. Se le ve como un movimiento

que se dirige principalmente hacia la clase media. Pero esta idea tiene que ver con los éxitos que se han hecho visibles, no con todo el trabajo que se ha realizado. Desde el origen se hacía trabajo con sectores populares y no se ha interrumpido nunca. Si lo queremos concretar en las organizaciones que le dieron vida, las más significativas son Flora Tristán y Manuela Ramos; esta última consideraba que su apuesta era por los sectores populares y en su inicios trabajó exclusivamente con ellos.

Y en ese empeño colaboró con el régimen de Fujimori; también hay que decirlo.

En el caso de Flora Tristán, donde estuve y en cuyas discusiones participé hace ya mucho tiempo, había una permanente discusión en torno a cuál de los dos sectores sociales se le daba prioridad. Se trabajaba en ambos, pero Flora Tristán en una época trabajó mucho más en sectores medios.

¿Crees que se llegó a los sectores populares con un mensaje que podían absorber, digerir? ¿El problema estaba en el mensaje o en el receptor?

El mensaje no pegó, cuando menos de la manera en que lo habíamos imaginado. Un cierto grado de ingenuidad y de insuficiente conocimiento respecto a cuál debía ser la aproximación hacia los sectores populares formarían parte de la crítica. Al principio trabajábamos principalmente con mujeres. Años después se amplía la visión y se plantea que no solo se trabajaría con las mujeres.

Cuando el movimiento feminista ya tenía un perfil y las caricaturas sobre el movimiento feminista ya circulaban.

No sé si está vinculado a eso.

Es que hay errores que cuando se intenta corregirlos tarde, ya no pueden ser corregidos. Recuerdo esa primera gran irrupción del movimiento feminista en una marcha contra los concursos de belleza en abril de 1973, delante del Sheraton, donde se hacía un concurso. No sé cuántas mujeres salieron con este cartelón, que recordaré toda mi vida y que decía «Queremos ser gordas, queremos ser feas». Esto ni siquiera era un mensaje apropiado para la clase media, no digo para los sectores populares. El comentario que se escuchaba era: «Estas mujeres están locas». Parecía la única explicación posible.

El eslogan que he leído sobre esa marcha era: «Sea fea o hermosa, la mujer no es una cosa», que se entiende un poco más. El movimiento feminista, y yo como parte de él, hemos fallado en no encontrar el camino para conectar de un modo más consistente, tanto con los sectores populares como con los sectores medios. No quiero dejar

de mencionar algo que, en esta dirección, me parece muy interesante: desde hace algunos años, se observa un movimiento sugerente que se está gestando en pequeños núcleos universitarios con chicos y chicas que se autodefinen como feministas y que hacen intervenciones públicas audaces y novedosas. Estas iniciativas podrían formar parte del vaso medio lleno.

En suma, me parece que, si bien desmontar y exponer de una manera sencilla los mecanismos de opresión y subordinación de las mujeres no es nada fácil, debemos y debemos seguir trabajando en esta dimensión.

¿Una mejor ‘conexión’, como tú dices, no fue impedida por una necesidad del movimiento, de chocar, romper o confrontar? Es lo que también le ocurrió a la izquierda en su terreno.

Puede que al inicio, pero, ¿no será también la enorme dificultad de lograr que cale un discurso y una propuesta de cambio que ponen en cuestión el conservadurismo tan grande de nuestra sociedad?

Es cierto que el cambio cultural enfrenta dificultades muy grandes; romper un molde cultural es complicadísimo. Pero no hubiera sido tan difícil hacerlo si ustedes, mujeres del movimiento feminista, lo hubieran tenido tan claro como lo tienen ahora.

Es verdad, «se hace camino al andar». Después de un poco más de treinta años de trabajo sostenido, qué ha calado: no a la violencia contra la mujer. Eso ha calado.

La violencia continúa, pero ahora es ilegítima.

¿Pero cuáles son las explicaciones que la mayoría de la gente se da sobre este tipo de violencia tan extendida? No identifican la existencia de un sistema de dominio que se sigue reproduciendo, sino que siguen dándose explicaciones individuales como que los hombres maltratan a las mujeres porque están borrachos o porque están molestos. Por eso la pregunta sobre cuánto hemos avanzado. Sí hemos avanzado —no voy a decir que no—, porque si bien no podemos saber si hay menos mujeres que son maltratadas, menos mujeres se dejan maltratar, y esto ya es un avance. Pero, como sociedad interesada en apuntar a una convivencia democrática, pacífica, nos deberíamos preguntar cuánto y cómo se vincula la violencia de género con la desigualdad. Ahí es donde está el juego del vaso medio lleno, medio vacío. Si no se entiende que se trata sustancialmente de relaciones asimétricas de poder, si no se entiende de lo que estamos hablando, vamos a seguir educándonos, trabajando...

Salvo por el lado de la creciente conciencia del derecho a la igualdad. En algún momento esa conciencia debe encontrar su incompatibilidad con la violencia del hombre contra la mujer: «Si somos iguales, ¿por qué?».

Te voy a dar una evidencia más: el aborto. La fuertísima resistencia que encuentra la despenalización del aborto en parte importante de la sociedad peruana no solo demuestra la gran influencia de las jerarquías eclesiales sino el desprecio por la vida y la autonomía de las mujeres. Esto es una pieza clave del conservadurismo, que va a ser muy difícil cambiar.

La resistencia es notoria tanto en la jerarquía católica como en las evangélicas. Pero la jerarquía católica ha perdido mucha fuerza, pese a los éxitos de Cipriani y a sus marchas por la vida, que hay que tomar en cuenta.

La última fue impresionante en número y en la cobertura de los medios.

Pese a eso, antes el tema no se hubiera discutido; ahora se discute y todavía no está claro quién va a ganar. Evidentemente, también se ha avanzado.

No soy optimista frente a eso. Porque en la última campaña por la despenalización del aborto por violación, leer todas las discusiones en las comisiones del Congreso y las opiniones en los medios no resultaba muy alentador. Es difícil de creer pero el debate sobre el aborto devela cómo todavía se sigue concibiendo a las mujeres en última instancia como vientres, receptáculos de vidas que resultan ser más importantes que las de la madre. Si no, ¿cómo entender que se proponga, como una solución, que las mujeres que gestan como resultado de una violación deban llevar a término su embarazo para dar al niño o niña en adopción?

Entonces, ¿nos refugiamos en que este es un país muy conservador y cerramos el tema? ¿Por dónde se puede atacar esto, ves alguna brecha?

No nos refugiamos en que este país es muy conservador para dejar de hacer o para repetir acriticamente lo que venimos haciendo. Pienso que necesitamos tomar con bastante mayor seriedad esta constatación, darle el peso y la importancia que tiene para enfrentar el tamaño de los cambios que supone el camino de la igualdad para las mujeres. En este contexto, el aborto constituye la súper confrontación; diría que la confrontación final. La estrategia de entrar al debate por el lado del aborto por violación me parecía la mínima, pero la resistencia ha sido muy fuerte. Por un lado, ventilar el tema públicamente y confrontar argumentos ayuda mucho, pero las estrategias hay que trazarlas en horizontes de mediano y largo plazo. Por otro lado,

hay que mejorar la calidad de ciertas condiciones; por ejemplo, en educación. Se dice que las mujeres estudian más, me refiero a que estudian más años, completan más grados, pero cuál es el tipo de educación que reciben y cuáles son los resultados que obtienen.

Pero eso vale igual para los hombres; la educación es mala para ellos y para ellas.

Bueno. Pero un eje educativo debería ser igualdad. Si se quiere hacer un cambio, no solamente hay que mejorar las condiciones educativas que conocemos, sino introducir el tema de la igualdad como parte central. Eso es lo que no se hace y no tengo muchas esperanzas de que se vaya a hacer.

Y, sin embargo, en 2016 estuvimos cerca de tener una presidenta mujer.

Lo que no significa...

Pero sí significa algo.

Que la tesis de la mujer excepcional funciona.

Pero la tesis de la mujer excepcional nunca había sido aplicada a la presidencia de la república. Tratándose de Keiko Fujimori, no me alegro, pero que se acepte la posibilidad es...

Insisto en que se acepta como mujer excepcional y como hija de. Pensándolo bien, quizás más como hija de. Ahora, la mayoría congresal obtenida por el fujimorismo nos advierte del convencimiento de una buena parte de la población de que una visión autoritaria y fuerte es la que nos va a sacar adelante. Eso es lo complicado, porque este tipo de ideas sigue boicoteando nuestra ya endeble democracia. Y para el caso de las mujeres no ayuda, porque la igualdad de las mujeres aporta a la democracia; aunque no siempre se entienda, apunta a la profundización de la democracia.

Debes reconocer que el fujimorismo no masculiniza la autoridad fuerte y dura. Está lleno de figuras femeninas que son fuertes, duras, agresivas, autoritarias.

Sí, son mujeres con un comportamiento autoritario y vertical, que no cuestionan ni por el forro las asimetrías de poder entre hombres y mujeres, que en realidad no cuestionan el orden establecido y que, en general, carecen de un pensamiento crítico.

Desde el fujimorismo, lo que hay es la ratificación de un pensamiento que aplaude el autoritarismo, la verticalidad. Eso sí afecta la posibilidad de que una sociedad avance hacia relaciones más democráticas.

Y refuerza a todo aquel que ejerce autoridad y, como en la pareja el que ejerce autoridad tiende a ser él, eso refuerza en los hechos el poder del hombre sobre la mujer.

Sí, claro. En los estudios de masculinidad del sociólogo Miguel Ramos —quien ha escrito y ha hecho talleres de masculinidad en muchas partes del país— dice que no se trata solo de que los roles en el interior de la casa se distribuyan mejor o que el hombre se sensibilice y llore; de lo que se trata es de que la autoridad que el hombre ejerce se transforme y se comparta.

El problema está en los términos de esa transformación.

Así es. En distintos espacios sociales o de trabajo encuentras hombres jóvenes de 30 o 35 años, que dicen que se reparten 50-50 las tareas en la casa. Eso ya es un avance, por supuesto. Pero quién toma las decisiones en última instancia, quién tiene la última palabra y en qué terrenos; sería muy interesante saber cómo se está desmontando la autoridad y el poder al interior de las relaciones de pareja, cuáles son los campos más flexibles y cuáles los más resistentes. Ya sé que puede sonar a que quiero el mundo ideal, pero lo que en verdad quiero transmitir es que si se destinaron más de treinta años para avanzar en determinada dirección y el resultado que observas en el sentido común de la gente es otro o no es suficientemente claro, necesitas hacerte otras preguntas y ensayar rutas distintas; no puedes ser complaciente, necesitas de mejor información y de construir otras formas de actuación. No es mi intención decir que no se ha avanzado; claro que se ha avanzado. Si pienso en mi abuela, en mi madre, en mí y en mis sobrinas, por supuesto que se ha avanzado; no tengo ninguna duda.

ALBERTO VERGARA:
**«LAS GRANDES IRRUPCIONES QUE HAN OCURRIDO EN EL PAÍS,
NADIE LAS VIO VENIR»**

Julio Cotler ha apuntado en varias ocasiones que en el Perú las identidades no consolidadas —el trabajador agrícola que se traslada a la ciudad, el obrero que pasa a ser ambulante, el dirigente social que decide irse del país— llevan a la precariedad de la representación política: quién puede representar qué. ¿Ves de esta manera el asunto?

El vínculo representativo tiene dos extremos; la tesis que mencionas alude a uno de los extremos, el del grupo social, el de un grupo en busca de representación. Pone, así, el acento en el lado de la sociedad en ese vínculo representativo. Esta mirada corresponde a una tradición sociológica de mirada de la política; es decir, los sistemas partidarios se forman cuando hay conflictos en la sociedad, con grupos que se oponen, y los partidos vienen a representar esos grupos existentes. En el Perú, que siempre ha sido un país tan fragmentado, estas grandes categorías que deberían pre-existir a la articulación política en la sociedad —del tipo obrero, indígena, sureño, evangélico, como categorías sociales— es difícil encontrarlas. Y nunca ha sido muy sencillo encontrarlas.

Quizá allí está la explicación de la debilidad de los partidos, en general, en la historia peruana. Porque, salvo el APRA, los partidos han sido débiles.

Sí. Pero estás partiendo de un punto teórico según el cual la sociedad debe crear su organización: algo debe surgir de las condiciones sociales para la construcción partidaria. Entonces, en la medida en que tenemos una sociedad tan fragmentada y débil —que no se parece en nada a aquellas donde estas cosas fueron teorizadas, especialmente Europa—, es difícil que surjan partidos. A mí me parece que donde hemos fracasado claramente es en la construcción de la representación desde el otro extremo, es decir, desde la construcción política de una base social propia. Como decías bien, la gran excepción en el Perú republicano es el APRA, que construye políticamente un grupo de representados. No es que surja de unas condiciones sociales

particulares, aunque está la tesis de Peter Klarén¹, según la cual había ciertas condiciones de modernización en el Norte que facilitan esto. Me parece que el gran éxito de nuestra vida representativa es el prodigio político del APRA: construir políticamente una organización, unas ideas y una base propia. Eso es lo que no se ha logrado hacer en el Perú después del APRA, ni antes.

¿Por qué solo el APRA pudo hacer eso?

Debe haber un montón de razones, pero una es el permanente vaivén entre democracia y dictadura en el que vive el país. Los partidos políticos, para existir y cobrar fuerza, necesitan que la democracia perdure; si no, eres permanentemente desalojado del poder. Otra razón puede ser un asunto de liderazgos, que no han sido lo suficientemente sólidos, y una incapacidad para la cooperación entre liderazgos. Una tercera es que, cuando no tienes continuidad en el régimen político, las fuerzas que defienden el estatus quo, tienen más fácil la representación que las fuerzas que buscan cambiarlo.

Las fuerzas que buscan mantenerlo no necesitan organizar grandes partidos.

Necesitan, sobre todo, estar en los lugares que les permiten bloquear iniciativas de cambio. Según distintos momentos de nuestra historia, ese bloqueo lo pudo asegurar algún partido caudillista —tipo odriísmo o pradismo— o, si la cosa se ponía un poco más pesada, lo pudieron asegurar los militares o, en otro momento, lo puede asegurar el fujimorismo. Mientras, las fuerzas sociales que buscan el cambio tienen mucho más difícil la construcción; necesitan una fidelidad, un planeamiento, unas estrategias que, de nuevo, es lo que ha sido más difícil construir, salvo el APRA y tal vez Acción Popular en un ratito de nuestra vida republicana.

Finalmente, esos partidos necesitan una permanencia en el tiempo. La alternancia entre democracia y dictadura hace muy difícil que puedas construir esos partidos. Pero el problema fundamental es la creación política de tu campo, de tu base, de tu *constituency*. En eso hemos fracasado y no es de hoy.

Desde luego, uno también podría mirar los grupos sociales en busca de ser representados. Pero, por ejemplo, en Colombia, liberales y conservadores al inicio eran una división fundamentalmente ideológica; no era que representaran socialmente nada que fuera radicalmente distinto el uno del otro.

Y esa división ha terminado siendo cualquier cosa.

Efectivamente. La división ha terminado siendo mantenida por la tradición familiar —que ni siquiera se podría tener en el Perú— o el clientelismo.

¹ Peter KLARÉN, 1976. *Formación de las haciendas azucareras y orígenes del APRA*. Lima: IEP.

Las fuerzas que defendían el estatus quo en el país siempre recurrieron a administrar el miedo; respecto al APRA, por ejemplo. Pero durante los años del llamado terrorismo, y después, el manejo del miedo parece haberse extendido y ampliado. Quien protesta, reclama y se moviliza fácilmente puede ser etiquetado como senderista; incluso quienes en la última campaña electoral participaron en manifestaciones contra Keiko Fujimori fueron inmediatamente descalificados como terroristas. ¿La experiencia de Sendero ha permitido reforzar la intolerancia con el discrepante que está ligada al autoritarismo?

Habría que medir cuánto efecto tiene el calificativo de «terrucos».

Tuvo mucho y parece que ha ido decreciendo. Cuando en la campaña electoral el secretario general del fujimorismo llamó «terrucos» a los contramanifestantes de la candidata en Arequipa, Keiko se vio en la necesidad de disculparse.

Curiosamente, me parece que este asunto se ha hecho mucho más grave en los años 2000 que en los noventa. En el Perú de antes del año 2000 era un tipo de acusación que podías encontrar en Martha Chávez o en ese tipo de figuras groseramente fujimoristas.

Pero que se respaldaba en un aparato de Estado que buscaba sospechosos y podía considerar a un muchacho, por la pinta y por el barrio, como «terrucos». Desde el año 2000 se convierte en algo de uso más político, pero en los años noventa tenía como referente real la actuación del aparato policial o militar que perseguía presuntos «terrucos».

Sin ninguna duda, pero ese era un legado real del conflicto. A inicios de los años noventa tenías que andar con la partida de nacimiento en el bolsillo —todavía yo no tenía DNI— porque había redadas y efectivamente había un ambiente de búsqueda de «terrucos». Pero no era un argumento en la boca de líderes de opinión. No recuerdo que hubiera la descalificación de «terrucos» contra quien se oponía, como se ha construido en los años 2000.

Luego está la cuestión del impacto. A Susana Villarán la acusaron de eso y ganó la elección municipal. A Verónica Mendoza la han acusado de eso, pero siguió subiendo en intención de voto. Siempre se puede pensar que pudieron tener más éxito de no haber existido la acusación. Pero no pareciera ser un calificativo que te arruine la carrera: puedes sobrevivir con eso. Más bien, lo que me sorprende es que la izquierda, veinte o veinticinco años después de haber terminado el conflicto armado interno —para usar el término de la Comisión de la Verdad—, no se haya podido sacudir de ese sambenito, que siga teniendo problemas con eso. Que apareció en el video famoso,

donde Verónica Mendoza está sentada en una mesa, con una hoz y el martillo. También es verdad que hay una mala gestión de ese pasivo, que es una vieja mala gestión. Todos sabemos que la izquierda nunca tuvo muy claro si Sendero era...

Eran «compañeros equivocados».

Eran compañeros equivocados, aliados lejanos, hermanos extraviados.

Lo tuvo claro tarde; tuvieron que matarle gente para que entendiera.

Sí y, aún así, a una gran parte le parecía que era una equivocación. Había los debates en el interior de algunos de los partidos, en los que se discutía si había que unirse a la lucha armada de Sendero o si había que generar una propia. Estos debates existieron en la izquierda peruana hasta fines de la década de los años ochenta. Hasta 1989 —que hoy, visto en perspectiva, es el año que cae el Muro de Berlín— hubo un sector que no quería condenar abiertamente la violencia.

Has escrito que «la promesa socialista murió hace un buen tiempo y sus líderes —los muchos viejos y los pocos jóvenes— van de tumbo en tumbo roídos por la nostalgia de una presunta época dorada»². ¿Crees que el Frente Amplio es algo muy distinto de lo que fue Izquierda Unida?

Sí es distinto; es bastante nuevo y no sabemos en qué cosa se va a transformar. Lo que sabemos es que tiene problemas o desafíos, hacia dentro y hacia afuera. Hacia adentro, siempre he tenido la impresión de que la izquierda puede estar junta, pero no unida. Hay una cultura de la facción, una cultura de «mi secretario general, antes que el tuyo», que forma parte de la cultura de la izquierda peruana a partir de una cultura izquierdista internacional, que siempre está llena de facciones. No hay que pensar que es una peculiaridad peruana nada más. Creo que muchos, incluso los jóvenes, se han educado en esa cultura. Hay que ver si, efectivamente, hacia adentro pueden superar esos problemas.

Hacia afuera tienen el mismo problema que ha tenido siempre la izquierda: entender al país no izquierdista. Hay una tendencia de hablar en un lenguaje que comprenden los ya convertidos y creo que el desafío hacia afuera es hablar otros lenguajes.

En un país minero es imposible que pueda existir una izquierda que no pase por ese tema; efectivamente, hay un papel de representación en ese eje de decisión sobre la minería y las industrias extractivas que es imposible que quede sin representación.

² Alberto VERGARA, 2013. *Ciudadanos sin república. ¿Cómo sobrevivir en la jungla política peruana?* Bogotá: Planeta (p. 17).

Me parece que ellos tienen que jugar esa carta y la han jugado bastante bien. Pero con eso tienes 14% o 15% del voto, si te va bien. Ahora bien, Verónica Mendoza podría tener en claro que les ha ido bastante bien en la segunda vuelta, al apoyar a Kuczynski en términos que no son los del programa original frenteamplista o izquierdista, sino en términos de la defensa del Estado de derecho, de «no vamos a permitir que ocurra el narcoestado». Y no les ha ido mal.

Bastante bien. Mira el dato de Ipsos: la mayor razón por la cual la gente cree que ha ganado Kuczynski es por el apoyo de Verónica, 40%.

Lo que me parece importante —y esto no busca retacear el papel de Verónica sino entenderlo de manera más completa— es que ella hace campaña con un discurso antinarcoestado y anticorrupción; esas son las palabras que ella menciona más en la última semana de la campaña. Es el apoyo de Verónica, sí; pero es el apoyo de una Verónica muy distinta a la de la primera vuelta. No es una Verónica que está hablando pestes del modelo neoliberal ni de las industrias extractivas. Es importante ella como mensajera, pero es importante que pudiera transmitir un tipo de mensaje diferente del que transmitió en primera vuelta. El desafío que tiene ella para el futuro es construir otro tipo de idioma. Creo que ella ha demostrado, y no puede perderlo, que habla sureño de maravilla; pero también se ha demostrado que con eso no conquistó votos fuera del sur.

Pero para conquistar a gente fuera del sur hay, al mismo tiempo, el límite del problema interno al que te referiste. Habría que ver cómo han vivido los cuadros, no las bases o los votantes, sino los cuadros que están en el Frente Amplio, esa última semana de Verónica.

Puede que la hayan vivido con más o menos angustia o con más o menos amargura, pero todo parece indicar que le hicieron caso y se alinearon con ella, tapándose la nariz o con alegría; habrá habido de todo. Pero, efectivamente, se hizo lo que ella dijo, apoyar a PPK, sin que fuera una respuesta directa a una orden, porque evidentemente eso no es así. Pero estamos hablando de una elección que fue tan ajustada que todo voto importaba.

Entonces, han demostrado que hablan muy bien sureño; tienen que aprender a hablar costeño. No sé si eso se construye con una estrategia de bilingüismo —o sea que hablas dos idiomas distintos—, o se construye uno solo con una habilidad muy fina y acciopopulista, con el cual entusiasmas al sur y al mismo tiempo no asustas a la costa y consigues allí algún respaldo. Es una alquimia difícil de conseguir, pero Acción Popular la consiguió, Toledo la consiguió. Necesitas una dosis de pragmatismo que tal vez no está en el ADN de la izquierda nacional, no lo sé.

Si ella lograra que estuviera eso en el ADN del Frente Amplio sería un cambio espectacular.

Sí. Este apoyo a Kuczynski en la segunda vuelta demuestra que existe, al menos potencialmente, ese pragmatismo. Porque la verdad es que, en muchos lugares del mundo, la izquierda de ese tipo podría haber dicho: «Esto es la misma macana y no tengo por qué elegir a una de las dos variedades de derecha», y llamar a votar nulo y asumir que el éxito es que los nulos pasen de 20%. Que ellos hayan hecho campaña abiertamente por PPK en la segunda vuelta demuestra que hay un aprendizaje de pragmatismo. Es cierto que el Frente Amplio estaba dividido sobre la cuestión, que había un sector que llamaba a no apoyar a nadie. No es que ha ganado el pragmatismo, está en pelea.

«EL OPTIMISMO BOBALICÓN
CONFÍA EN LAS CAPACIDADES
CURATIVAS DE LA ECONOMÍA,
SOBRE OTRAS DIMENSIONES
QUE CONFORMAN EL PAÍS».

En el artículo que escribiste sobre el primer año de Humala, te referiste a «este pétreo sistema político, económico, cultural, que se apresta a cumplir veinte años en el país, y al que le da exactamente igual si los gobernantes son democráticos o autoritarios, exaltados o tímidos, expertos o novatos, con partido o sin partido [...] donde casi todo se nos aparece como un largo *déjà vu*, donde el sistema político parece haberse independizado de toda fuerza social (individual o colectiva), [...] donde ir a votar parece cada vez más una pantomima sin consecuencias y donde, en fin, la alternancia electoral no cumple con su etimológico papel de alterar nada sustancial. ¿En qué consiste esta alternancia sin alternativa?». Y a la dirigencia política la caracterizaste como «una clase política indecentemente pobre e incoherente [...] cada vez más precaria; en estricto, no es una clase política. [...] los políticos son cada vez más débiles, y al llegar al poder deben enfrentar a actores no elegidos que son cada vez más fuertes. Esto inhibe la posibilidad del cambio»³. La dureza de los términos usados significa que no compartes el optimismo de algunos, o quizá de muchos, respecto al país.

Primero, yo no lo trataría de encasillar en optimismo o pesimismo, sino que me parece que son textos —y ese texto en especial— inconformes. Me parece que hay

³ Alberto VERGARA, 2012. Alternancia sin alternativa. ¿Un año de Humala o veinte años de un sistema? *Argumentos*, 6(3), pp. 1, 3, 5.

una necesidad de sacudir el conformismo que ha habido en el país en los últimos quince años, donde ha habido la convicción de que todo iba bien y de que estábamos encarrilados, como por un tubo, a ser país desarrollado. Creo que los términos juegan un papel retórico en la construcción de ese inconformismo necesario, que no es lo mismo que pesimismo porque creo que siempre está el espacio para hacer política y mejorar las cosas.

Uso el término optimismo porque cuando en el país manifiestas, en la discusión cotidiana o la conversación informal, ciertos aspectos críticos o ciertas insatisfacciones, te replican: «Lo que pasa es que no quieres ver esperanza, tú eres pesimista» y algunos interlocutores te alientan a que seas optimista: «¿Por qué ves todo negro?». Se traslada una discusión sobre las características de lo que ves en el país al campo del optimismo o el pesimismo.

Sí, completamente de acuerdo; es así, lo cual me parece una tontería, porque el pesimismo y el optimismo son básicamente actos de fe. La gente dice «soy optimista» o «soy pesimista» como si fuera algo consustancial al ser. «No importa lo que pase, yo siempre soy pesimista» o «siempre soy optimista». Eso no tiene ninguna ventaja analítica ni de ningún tipo. Deberían evaluarse las condiciones y los hechos, y pensar si hay cosas que se puede mejorar, si hay cosas que no se van a mejorar y si hay cosas que pueden empeorar. Me parece que ese texto es una llamada de atención a un optimismo bobo que ha habido en el país.

Si has viajado un poco al mundo desarrollado, si has vivido en el extranjero, sabes que el desarrollo no es un asunto de cuántos puntos crece el PBI anualmente. Nadie puede ser desarrollado en la miseria, desde luego, pero el crecimiento es como un mínimo indispensable para empezar a pensar el desarrollo. No obstante, en el Perú se asumió durante diez o quince años, que es cuando aparece el crecimiento, que ese era el objetivo último, el fin y el medio de las políticas en el Perú. Podría decirse: «Mira Nigeria, mira Vietnam, mira cómo crecen económicamente y ¿acaso eso significa que sean desarrollados? ¿Eso es lo que queremos para el país?». Mis textos están muy cargados de esa voluntad de hablarle a un país, bobaliconamente crédulo de un relato tonto, por el cual al crecer simplemente no había mucho más que buscar o hacer.

Es verdad que hay un optimismo bobalición que viene de unos datos económicos macro que dicen que el país crece desde hace quince años a un ritmo mucho mejor que otros en América Latina. Sin embargo, los optimistas nunca lo han sido respecto a lo político; siempre han visto lo político como algo pendiente, esto es, «políticamente el país no tiene lo que sí tiene en términos económicos». Y ha habido momentos de susto; Humala en la elección de 2011 causó un gran susto,

porque se podía venir abajo todo: había un problema político que en ese momento no se vivió como un detalle. Pasó el susto cuando Humala cambió de hoja de ruta, el problema estuvo aparentemente resuelto y ningún optimista se ocupó del ‘detalle’ político pendiente hasta que llegó la siguiente elección y, de nuevo, Verónica amenazó el sistema. Otra vez, el susto de que ella pudiera llegar a la segunda vuelta. Ahora el problema aparece nuevamente resuelto con la elección de PPK y ningún optimista se preocupará del sistema político hasta la siguiente elección. Hay, pues, de un lado, esta confianza, este optimismo bobalicón confiado en que la clave consiste en crecer económicamente y, de otro lado, esta despreocupación más o menos constante respecto de lo político, hasta que llega el momento de las elecciones.

Tengo un diagnóstico distinto. Para mí, el optimismo bobalicón no es algo que pertenece enteramente a la esfera económica; es algo que pertenece a tu concepción de desarrollo. Y, entonces, tienes la convicción, producto de la fe, de que conforme la economía siga creciendo, tus otras esferas —que incluyen la política, la institucionalidad, el malestar social— van a ir arreglándose. El optimismo bobalicón está referido a las capacidades curativas de la economía, sobre otras dimensiones que conforman el país. Es esto lo que ha primado en el país. Cuando hablabas con gente durante los primeros años de este siglo, te decían: «No compadre, las instituciones se van arreglando conforme el país crezca, los líderes populistas solo existen porque la riqueza todavía no ha llegado a ciertas zonas, espérate que sigamos creciendo unos años y vas a ver cómo eso se cae». Finalmente, el Perú es la demostración de que las tesis de la modernización son falsas o, por lo menos, no funcionan en el país. Me parece que se ha demostrado que es falsa la idea por la cual el camino a la modernidad es un combo completo, coherente, integral, en el cual vas a adquirir prosperidad económica, capacidad estatal, salud democrática y que lo bueno viene todo junto.

Viene todo junto, pero a partir del crecimiento económico, que es el motor.

Exacto. Por eso es que el neoliberalismo y el marxismo se parecen: creen que el resto de las esferas de la vida social están fundamentalmente regidas y condicionadas por la economía. Se les dijo durante años: «Se están desmondongando las instituciones, la representación, la amargura de la gente». Y el optimismo bobalicón: «No, eres un pesimista, eres un caviar, no te das cuenta de la importancia de la economía, quieres volver a los años ochenta». Porque la fe ha sido que la economía se iba a ocupar de solucionar los otros problemas.

Tengo la impresión de que la elección de 2016 es la primera del nuevo siglo en la cual esto ha comenzado a ser claramente visible. Es la primera elección en la cual las élites políticas, tecnocráticas, económicas, reconocen: «Efectivamente, crecer no bastaba». Oportunistamente, algunos lo achacan al fracaso de Humala, pero a puerta

cerrada todo el mundo sabe que Humala no tiene ninguna relevancia en el diagnóstico. Digamos que se nos cayó la tesis de la modernización, pero no nos habíamos preparado para tener que pensar en un plan B porque estábamos convencidos de que el plan A era infalible. Esta es la primera elección a la que llegamos convencidos de que se puede ser rico y, no obstante, subdesarrollado. El gran malestar, en el fondo, tiene que ver con que lo que se prometió como proyecto para el país, el universo de la 'modernización' se ha demostrado claramente falso.

En el libro que publicaste hace tres años formulas la pregunta crítica: «¿Será gobernable el Perú cuando escaseen los esteroides del crecimiento y las instituciones sean las de siempre?»⁴. Ahora la pregunta debe formularse en tiempo presente porque a eso estamos llegando. ¿Cómo la respondes tú mismo?

Sí, en algún sentido ya estamos ahí. En Madre de Dios ha habido una huelga general que ha durado semanas, en la cual una región completa del país estaba en rebeldía; en Lima no se enteraron y el Estado no hizo mucho. Los huelguistas no sabían qué hacer y la huelga se acabó de aburrimiento, porque nadie le daba pelota al otro.

Y Madre de Dios está tan a trasmano que desde Lima se ve como en el fin del mundo.

Claro, deben haber pensado: «que el problema lo resuelvan los brasileros». Lo que pasa es que en esa frase mía que citas hay un elemento ausente, que es el de la organización social en el Perú, que es la pieza cuya debilidad permite seguir funcionando sin grandes problemas. Como en el caso de Madre de Dios, los problemas, los puntos de rechazo o de protesta, son súper acotados, tanto en términos ideológicos como territoriales. Ni las agendas políticas suman algo que ocurre en varios sitios, ni la territorialidad del conflicto consigue desbordarse a otro lugar. Entonces, la institucionalidad débil y el crecimiento débil tienen un buen aliado en una sociedad que sigue estando fragmentadísima. Ese sería el tercer elemento de la ecuación. Con ese grado de fragmentación de las agendas, ideológico y territorial...

La ingobernabilidad es menor.

Efectivamente. Puedes crecer menos y seguir funcionando sin grandes crisis. Claro, hasta que pase algo que no sabemos qué será. Porque las grandes irrupciones que han ocurrido en el país, nadie las vio venir. Tendríamos que ser muy soberbios para creer que ahora sí vamos a adivinar la llegada de Sendero, de Velasco o de Fujimori, cuando la gente de su tiempo no la vio venir. No vamos a ser nosotros los profetas que acierten.

⁴ Alberto VERGARA, 2013. *Ciudadanos sin república. ¿Cómo sobrevivir en la jungla política peruana?* Bogotá: Planeta (p. 25).

Otra opción es salir de esta dinámica gradualmente; es una opción posible, y deseable, diría yo. Que se construya una mayor legitimidad con la sociedad, que haya una preocupación más genuina por acercar régimen político e instituciones a la sociedad y que, por lo tanto, ese malestar que hay en el Perú, respecto del régimen político y respecto de las élites, se aminore y que el gobierno del Perú se mantenga sin grandes sobresaltos y mejore. Está claro que con un poco de talento, de voluntad y de fuerza muchas cosas que se consiguieron en estos últimos años podrían caerse y eso forma parte del pánico al que aludías, que sufren los sectores altos de la sociedad peruana cada cinco años. Tiene que ver con el reconocimiento implícito de que no hay nada real que proteja o consolide lo ganado.

Un buen signo en la dirección que apuntas como posible y deseable es que aparecen voces, personas importantes que están viendo el tema. Pongo como ejemplo la línea que ha tomado *El Comercio* en el último año. Es la conciencia que ha dejado atrás el optimismo bobalicón y propone una visión un poco más compleja de la situación del país y de sus necesidades. Es un ejemplo de que la conciencia de cierta gente puede cambiar el panorama.

Totalmente. Y creo que también está en un cambio generacional; aunque obviamente no es lo único, puede que haya un elemento generacional importante. Como ejemplos de una apertura, de intentos de hacer otras cosas, tenemos en el gobierno de Humala lo que han hecho Piero Ghezzi, Jaime Saavedra y el propio Miguel Castilla. Hay una generación nueva, con muchos más recursos para, sin dejar de ser de derecha, no tener por qué sentir que se está sometido ni al fujimorismo ni a Lourdes Flores ni a Alan García ni a un tipo de liderazgo que, creo, es percibido como viejo y provinciano.

En las conversaciones que, para este libro, he tenido con algunos empresarios —que no son los viejos nombres sino gente de otra generación— he encontrado una visión más realista, compleja y sensible del país. Y temas como los que estamos conversando, también les preocupan a ellos.

Claro y no hay ninguna razón para que no sea así. ¿Por qué, siendo de derecha, tendrías que ser indulgente con los narcoindultos? Es perfectamente razonable que seas un tipo liberal y que condenes los narcoindultos; es perfectamente concebible que seas de derecha y que condenes el manejo de *El Comercio* como se hizo en la elección de 2011. Ha habido aquí un intento de monopolizar la agenda de derecha. Me parece muy bien que surjan voces diferentes y eso no siga así. A lo largo del gobierno de Humala, en varios temas sensibles, cuando tenías en contra al fujimorismo y a García, la manera de desarticular esas críticas era que saliera Castilla a defender al gobierno. La CONFIEP y los medios se alineaban inmediatamente con

Castilla y no con la derecha política. Porque esos medios, ciertos empresarios como los que has entrevistado, Castilla y una parte de ese sector en el Estado se diferencian de esos viejos dinosaurios derechistas, que obviamente solo están pensando en su interés personal y de corto plazo.

En los últimos años, hemos visto la escisión de la derecha, que desemboca en la elección de 2016. Esta elección termina siendo la manifestación de esa escisión. Antes, la escisión de la derecha peruana era Vargas Llosa y el resto. Vargas Llosa era el único que, en defensa de las instituciones y de la democracia era capaz de poner en riesgo el modelo económico. No había nadie más así en la derecha partidaria. Esta elección confirma esa divergencia entre una derecha empresarial, más joven, tecnocrática, muy limeña también, y una derecha más vieja, partidaria, más politizada y con más tolerancia a la corrupción.

Tolerancia a la corrupción, a la violación de derechos humanos, a una serie de temas que van —como tú dirías— en combo.

Exacto. Otro tema que me parece importante, que lo mencionamos en relación a esto de lo ‘terrucó’, es que hay un antiizquierdismo en el Perú de los últimos años que es muy fuerte en la opinión pública. En muchos comentaristas, la ilusión de que ganase Keiko Fujimori no era porque fuera a poner una agenda de derecha sino porque esperaban que demoliera a la izquierda. Es decir, lo que celebraban es que con ella habría más opción de que se acabe el pluralismo, mientras que PPK no pone en peligro el pluralismo, porque no va a mandar a la Sunat a espulgar a las ONG, no va a meter a la cárcel a los antiminereros, etcétera... Para ellos, PPK es una decepción en tanto antiizquierdista. El antiizquierdismo es, finalmente, el sustrato político de un sector grande del Perú que está detrás de Fujimori y el fujimorismo.

Pero hace cuatro años, en el mismo artículo que cité antes, escribiste: «¿A quién le importan las instituciones democráticas en el Perú? Mi sospecha es que a no más de un cuarto de la población»⁵. ¿Que en la segunda vuelta la mitad del electorado votara por PPK significa que algo ha cambiado o que debes corregirte?

Diría que en lo esencial mi tesis es correcta. Más allá de los porcentajes, el texto quería decir que en el país hay un conglomerado importante de gente que no son unos cínicos, que no les da igual las instituciones, que no creen que el Perú debe ser un país chacra, combi y que todo lo que importa es crecer, sino que hay una preocupación por vivir en un país más desarrollado, en la concepción integral del término. En ese sentido macro,

⁵ Alberto VERGARA, 2012. Alternancia sin alternativa. ¿Un año de Humala o veinte años de un sistema? *Argumentos*, 6(3), p. 11.

la tesis de que hay unos ciudadanos sin república, una ciudadanía buscando la construcción de instituciones republicanas, se ha comprobado que es cierta.

¿Exageraríamos si dijéramos que esa posición ganó la segunda vuelta?

Creo que sí la ganó. Pero quisiera regresar a lo del porcentaje, que es mucho más complicado de delimitar. No podemos ser ingenuos: hay que ser conscientes de que en ese 50,01% que ha votado por PPK hay un bolsón de antifujimorismo autoritario, un sector de esa población que mañana votaría por Antauro. No podemos obviar eso. ¿Dónde trazamos la línea? ¿Es 35, 40 o 20? No lo sé, pero me parece que un tercio del país ha demostrado que estas cuestiones le importan seria y constantemente. Y en la segunda vuelta se ha impuesto una preocupación por el Estado de derecho y, en consecuencia, porque el país no caiga en manos de un combo de narcotráfico, prepotencia y arbitrariedad. Ha ganado una suerte de coalición espontánea, desorganizada y hecha a última hora, pero es una coalición republicana la que ha ganado.

De nuevo, no hay que caer en la exageración sobre este bloque. Con Alejandro Palomino —que es economista, investigador del BID—, estamos viendo qué se puede hacer para tratar de entender el voto y cruzamos el voto por los dos candidatos, con la pregunta «¿Para usted cuál es el problema principal del país?», hecha en la Encuesta Nacional de Hogares del INEI. La correlación es perfecta. En los departamentos donde la preocupación principal es el crimen, se votó por Keiko. En los departamentos donde la preocupación principal es la corrupción, se votó por PPK. Y, finalmente, solucionar el crimen y la corrupción son dos dimensiones de un Estado de derecho. Creo que trazar grupos porcentuales, aritméticos, es muy difícil en el país porque las condiciones son muy cambiantes. Podemos aludir a un bloque que varía, que se alarga o se retrae, pero que tiene una preocupación fundamental por las instituciones, por la democracia, tema que en el país ha estado completamente abandonado en estos años. Es un bloque que no tiene representación política propia. Fugazmente, fue Toledo; tal vez Vargas Llosa lo representa mejor que cualquier otro. Pero carece de representación política.

Son los que, en tus términos, buscan la república.

Sí; les llamé «ciudadanos sin república», un poco para voltear lo de Flores Galindo⁶, pero también porque creo que hay la búsqueda de un horizonte republicano institucionalista. No siempre funciona como bloque, porque justamente no tiene representación. Usualmente se manifiesta como espasmos, como reflejos, como manotazos en momentos de crisis. La desinflada de César Acuña, por lo de los plagios, tiene un elemento de eso, de una condena a una actitud ilegal, pendeja, informal.

⁶ Alberto FLORES GALINDO, 1986. *Buscando un inca*. La Habana: Casa de las Américas.

«LA MANIFESTACIÓN
DE ESTA PREOCUPACIÓN
POR LAS INSTITUCIONES
TIENE EPISODIOS CADA
CIERTO TIEMPO EN EL PERÚ».

Con la mirada puesta en este sector de ciudadanos en busca de república, para usar tus palabras, reconozcamos que esta elección es simbólicamente muy importante. Porque la discusión de la segunda vuelta estuvo centrada, como has recordado bien, en el Estado de derecho; no se discutía programas económicos. Pero, además, las marchas juveniles anti Keiko no eran de antifujimoristas autoritarios, eran de gente que también tenía en mente —quizá de manera poco articulada como un conjunto de razones y planteamientos estructurados— una preocupación por el aspecto autoritario representado en la candidatura de Keiko. Un debate en torno a este tema —no sé si ha habido otro debate electoral así en el Perú— debe tener un efecto pedagógico sobre el electorado. Gente que no tenía tan claro ese dilema autoritarismo versus democracia, o Estado de derecho versus mano dura, a lo mejor se ha aclarado.

A mí me parece que sí. Estoy totalmente de acuerdo contigo en que esta elección ha sido muy clara al respecto; pero intentaría relativizar, no negar, que la manifestación de este sector sea solo como antifujimorismo. Por ejemplo, cuando Susana Villarán se salva de ser revocada, es contra una coalición de Castañeda, Marco Turbio, que se percibe como una coalición cutrera, mafiosa, informal, combi. Entonces, desde esos mismos sectores surge espontáneamente y con las justas, sudando, una coalición que impide que se revoque a Susana. Creo que tienes razón en la crucialidad y visibilidad que esto ha tenido en la última elección, pero la manifestación de esta preocupación por las instituciones, o por el rechazo al mundo de la no institucionalidad, tiene episodios cada cierto tiempo en el Perú.

Es espasmódica.

Exacto. Son como reflejos, manotazos. Cuando ya está con el agua al cuello, la gente dice: «Nos van a quitar Lima, se la van a volver a dar al mafioso» o «El fujimorismo con los narcos va a llegar al poder». Luego de la batalla, todo el mundo regresa a su casa, vuelve a sus actividades, a chambear, a hacer billete, a vivir endeudado y nos olvidamos nuevamente de la representación de eso hasta las siguientes elecciones. Hay esa materia prima de republicanismo y de preocupación por un país institucionalizado, que no tiene un jardinero a tiempo completo, dedicado a cuidarla, podarla,

regarla sino que ahí sobrevive, como si fuera hierba mala. Como abogado del diablo, podría preguntar si es que, estando Verónica Mendoza en la segunda vuelta, la preocupación por el narcoestado hubiera sido cierta en esos sectores de la derecha.

No tengo duda de que si hubieran ido Keiko y Verónica a la segunda vuelta, Keiko hubiera ganado por cinco cuerpos.

¿Y qué hubiera pasado con la denuncia de la DEA? ¿Aparecía? ¿Qué hubiera pasado? ¿Hubiera primado la preocupación por el modelo económico o por el narcoestado? Son cuestiones contingentes que te hacen relativizar los grandes bloques.

Tienes que reconocer que, por las razones que diste al principio de la conversación, una candidatura de izquierda no es la mejor cara del Estado de derecho. En el caso de esa otra segunda vuelta, se hubiera llegado a una contienda diferente, porque Verónica hubiera sido asociada de inmediato a Chávez y sus viajes a Venezuela con Nadine, etcétera. Se desdibujaba la cancha.

Sí, completamente. Finalmente, también hay mucho de avatar contingente que da forma a estos bloques que, a veces, conceptualmente se presentan tan grandes y tan drásticos.

¿Dirías que el tipo de apoyo recibido por Keiko Fujimori tiene un parecido de familia con el respaldo a Odría de los años cincuenta en el Perú o, incluso antes, con el sanhecerrismo?

Sí, hay unos hilos, unas continuidades innegables, a las que les podrías encontrar primos hermanos en otros países. Un conservadurismo de raíz popular que promete orden y articula sectores marginales de la sociedad urbana, en torno a un caudillo popular que no genera problemas a las élites tradicionales. Esa es la descripción de algo bastante común en América Latina y, en el Perú, los casos que mencionas se parecen bastante: hay algo en el sanhecerrismo, hay algo en el odríismo. La novedad ahora es que ninguno de esos movimientos o partidos logró superar al líder. El odríismo nunca fue competitivo con el hijo de Odría o el sanhecerrismo con algún urrelito. El fujimorismo pareciera estar independizándose del caudillismo que parece inevitable en ese tipo de movimientos.

En parte, eso se explica porque Fujimori está preso y mientras una parte importante de los peruanos creemos que es donde debe estar, para los otros es una situación transitoria, en la cual hay que buscar a quién pasar la posta. Y la posta la tiene la hija, evidentemente.

Es una suerte de variación del elemento caudillista, porque sigue siendo el apellido, ¿cierto? Martha Chávez, cuando fue candidata del fujimorismo, sacó 7%.

¿El fujimorismo es el único partido existente en el país, si bien no es muy claro qué es como partido? Mencionaste antes el asunto de sobrevivir al líder. ¿Puede el fujimorismo sobrevivir a la muerte de Alberto Fujimori, por lo demás previsible en un futuro relativamente próximo?

Prefiero la caracterización que usó Adriana Urrutia en sus trabajos⁷; ella lo llama un medio partidario. Es decir, es un ambiente en el cual hay un liderazgo fuerte y una cierta narrativa hacia adentro, para unos pocos militantes, de resistencia a la persecución que sufrieron. Esa definición fluida me parece la mejor: es un medio partidario, al parecer luchando por convertirse en partido. La gran oportunidad que tenían de convertirse en partido era entrar al Estado. Desde fuera del Estado me parece difícil la transformación de ese medio partidario en un partido, porque el Estado era el gran «táper». Entrar al Estado era hacer *tupper politics* desde el gran «táper» y creo que han perdido la oportunidad de hacerlo. Finalmente, el fujimorismo hoy tiene tres gobernadores de veinticinco, lo cual en cualquier país de América Latina sería un partido muy, muy débil.

Y tiene al Congreso, pero para ese efecto no es muy útil.

Tiene el Congreso y ellos saben que es una ilusión, porque si se hiciera hoy de nuevo esa elección tendrían cincuenta congresistas; no volverían a tener 73. Medio país los ha rechazado abiertamente y, sin embargo, tienen 56% del Congreso. Es un porcentaje que es mucho más la manufactura de un sistema electoral que un peso real en el país. Van a necesitar y van a querer tener una muy buena elección regional en 2018, porque necesitan seguir consolidando ese poder, al margen del Congreso, que además de ser un medio ilusorio tiene un desprestigio muy grande en el país. Necesitan un poco más de fuerza en otros ámbitos. Luego, hay cuestiones que veremos si van a manejar correctamente, si no van a surgir escisiones, peleas e incluso una guerra civil al interior del fujimorismo, que podría precipitarse con la muerte del padre. Guerra que ya está anunciada cuando Kenji dijo que «en el supuesto negado» de que su hermana perdiese, él iba a ser el candidato. Que es el escenario actual. Ya se mostraron los dientes. Al mismo tiempo están sentidos; es una derrota; están tratando de hacer el duelo juntos, pero está claro que cada uno tiene su proyecto.

En los últimos años, cuando se menciona al fujimorismo como el único partido, uno de los indicadores que se da es la gran cohesión de la bancada fujimorista, que no se parte. Es cierto, pero se relega la importancia de algo fundamental: durante cinco años todo el mundo ha creído que Keiko iba a ser presidenta del país.

⁷ Adriana URRUTIA, 2011. Hacer campaña y construir partido: Fuerza 2011 y su estrategia para (re)legitimar al fujimorismo a través de su organización. *Argumentos*, 2.

No tenía ninguna razonabilidad que si has estado en el fujimorismo entre 2011 y 2016, dejases el partido cuando parecía que el líder del partido iba a ganar la elección. Es una cohesión que no tiene tanto de mística cuanto de perspectiva racional sobre lo que se esperaba que pasara en 2016.

Si las encuestas que salgan en un año o en dos años, para la elección de 2021, no dan al fujimorismo encabezando la elección, veremos cuánta cohesión aparece. Ahí también habría condiciones para posibles escisiones, rupturas. Pero es difícil plantearse qué van a hacer. El fujimorismo no la tiene fácil para los próximos años; no creo que pueda ser oposición a este gobierno. Puede ser un necio contreras, pero oposición —en el sentido genuino del término—, no entiendo cómo podría ser oposición si no tiene una propuesta propia como para que el gobierno de PPK sea, claramente, lo opuesto a ellos.

Dijiste que Acuña se desinfló por los plagios. No lo sabemos en realidad, porque formalmente no se desinfló por los plagios sino por haber repartido plata en la campaña. Antonio Zapata distingue la irrupción de Acuña como un clientelismo que no se ejerce desde el Estado⁸. ¿Crees que Acuña tiene futuro en el paisaje que resulta de las elecciones de 2016?

Me parece que tiene futuro de plazos peruanos: breve. Efectivamente, la eliminación de Acuña es por entregar plata, un asunto administrativo. Pero la razón por la cual él ni siquiera piteó ni pidió reconsideración es porque sabía que se hallaba en caída libre y, si seguía con la candidatura, estaba poniendo en riesgo los negocios. Se había plantado en 12-13%; no lograba subir de ahí y con lo de los plagios cae hasta 6%, que es cuando se le elimina. Fue muy golpeado por esa denuncia, en su posibilidad de seguir creciendo. Creo que hoy en el Perú ya no puedes ser tan precario como candidato: es difícil que alguien que es tan evidente que tiene problemas incluso para leer, que tiene problemas para articular una idea, en quien es imposible identificar algún tipo de programa, pueda crecer mucho más allá de eso. Ya no somos un país en el cual alguien tan primario pueda seguir creciendo; esto, sumado a los problemas que ya hemos mencionado: la informalidad, la criollada, «me copio y apropio de lo que hizo otro». Su esquema de construcción de partido está ahí, hay una maquinaria vinculada a su universidad y me parece que quedará vivo por un rato. La prueba es que sin ser candidato presidencial ha conseguido nueve o diez congresistas.

No llego a saber si el proyecto político de Acuña tiene como objetivo el proyecto económico o si el proyecto económico tiene como objetivo lo político. Es difícil saberlo. Me parece que su inversión es muy grande y es posible que el tener al hijo en el Congreso le permita acceso a la Comisión de Educación, supervisar desde el

⁸ Antonio ZAPATA, 2016. *Pensando a la derecha*, Lima: Planeta (pp. 187-188).

Congreso y con vinculaciones en el Ejecutivo lo que se hace en ese ámbito. Es posible que la suya sea una suerte de bancada de interés particular y se mantenga ahí por un rato. Pero, me parece difícil que él, como figura presidencial de esa maquinaria, tenga vuelo. Tampoco sé si en la segunda vuelta él ha agregado algo a Kuczynski en el norte. Habría que mirarlo concretamente. Pero el suyo sí es un clientelismo hecho desde fuera del Estado y no es el único que usa las universidades como puente para hacer política. Hacer clientelismo desde el Estado peruano es ahora bien difícil y, efectivamente, desde la universidad es más factible.

Has desarrollado en varios textos la tesis de que hay un conjunto de burócratas y tecnócratas que en los últimos años se han hecho cargo de un manejo de las políticas del Estado a prueba de políticos reformistas elegidos y que no siempre corresponde a intereses empresariales: «En el Estado, el fortalecimiento de una capa de tecnócratas que ha paulatinamente ganado presencia, solvencia e importancia, hasta convertirse en una suerte de garantes de la continuidad. No son unos guardianes ideológicos de la continuidad, sino los guardianes burocráticos de unos procedimientos y normas que son considerados como lo eficazmente correcto. [...] Migran de un ministerio al otro, y son los supremos creadores e intérpretes del ROE, el MOF y el resto de sagradas escrituras del buen funcionario público. [...] Han sido formados en un habitus impregnado de unos principios, prácticas y políticas chorreados desde el MEF y los organismos internacionales que han terminado convirtiéndose en los criterios neutros y correctos de la administración del Estado»⁹. ¿Qué intereses representa ese cuerpo de técnicos que se ha criado en el MEF y ha ‘infiltrado’ otras instancias claves?

Representan intereses, en el sentido de cómo han sido recalibrados los intereses en el Perú; intereses que son cada vez más chiquitos. No veo detrás de ellos uno de esos grandes intereses a la antigua, en términos clásicos de análisis social. No es que actúen en nombre de la burguesía o los terratenientes, ese tipo de grupo social que ahora es inexistente. Diría que representan dos intereses: uno ideológico y otro social.

El ideológico es la protección y expansión de una forma de manejar el Estado peruano, donde prime la continuidad —la continuidad en abstracto— y esto significa básicamente mantener al Estado alejado de lo que se asocia con la catástrofe de los años ochenta, que es la política, los políticos, el gasto, el floró, el Congreso, la ineficiencia. El objetivo es blindar al Estado, en lo posible, de esas intromisiones que son percibidas como de otra época. Ese es el interés ideológico. Pero luego está el interés social, un interés propio, de grupo, que es el de estos tecnócratas y burócratas, como especie autónoma.

⁹ Alberto VERGARA, 2012. Alternancia sin alternativa. ¿Un año de Humala o veinte años de un sistema? *Argumentos*, 6(3), p. 3; Alberto VERGARA y Daniel ENCINAS, 2016. Continuity by suprise. Explaining Institutional Stability in Contemporary Peru. *Latin American Research Review*, 51(1), pp. 159-180.

Ellos mismos se han constituido en un interés.

Exacto. La expansión y reproducción del sistema garantiza la procreación de la especie. Es como un *homo sapiens* que va avanzando en la colonización del Estado y, a su paso, va matando o domesticando *neardentales*, *homo erectus* y toda especie animal o flora que ande por ahí. La somete, si se lo permiten, a sus propios términos. Ellos son un grupo de interés en ellos mismos. El sistema hay que defenderlo y alargarlo, expandirlo, porque es lo que te permite como especie expandirte, procrear y multiplicarte. Yo diría que esos son los intereses. Luego, en el discurso, cuando los entrevistas, te van a decir que su interés último es el de la nación.

Lo impresionante reside en la condición que tú pones para que su colonización del Estado sea exitosa: «si se lo permiten», dijiste. Es que se lo han permitido.

Se lo han permitido pues, porque los políticos peruanos ni se enteran de este proceso. Para seguir en el lenguaje de la evolución, es como si las otras especies también se hubieran convencido de que lo mejor es que manden los *sapiens*. Han visto que hubo dos o tres que se rebelaron y los chancaron, y han aprendido la lección. Además, conforme los *sapiens* han ido colonizando el ambiente, cada vez más *neardentales* y *homo erectus* y otras especies no conocen el lenguaje de la nueva época. Conforme avanzan unos, los otros van quedando más descolocados. En el escenario de la política, son los políticos y las fuerzas sociales de otro tipo quienes van quedando al margen del vocabulario, de los grupos, de las experiencias compartidas, de los procedimientos, que comparten tecnócratas y burócratas.

De los contactos internacionales.

De los contactos internacionales. Y es un trabajo de domesticación de las otras especies, que se han ido haciendo muy débiles y que terminan aceptando —desde su debilidad, su ausencia de ideas, de programas—: «Bueno, ya, que los *sapiens* se sigan ocupando, porque efectivamente ellos entienden mejor que yo qué hacer, yo me quedo con mi Congreso, tengo mi sueldito y no aspiro a jugar un papel relevante en las políticas públicas, sino aspiro al navajeo político cotidiano y a aparecer en los medios de comunicación». El Congreso es un buen ejemplo de eso, como un espacio de trifulca o de fiscalización —si se le quiere llamar más generosamente—, pero que ha renunciado absolutamente a su condición de creador de políticas públicas. Eso equivale a la abdicación de los *neardentales* a decir qué se hace sobre la tierra y decir: «Bueno, que se ocupen los *sapiens*». Y en eso están y estamos, para bien y para mal.

JUAN CARLOS VERME:
**«VIENEN TIEMPOS DE GRANDES CAMBIOS EN EL ESTAMENTO
Y EN LA FORMA DE PENSAR DE LOS EMPRESARIOS»**

Estudiaste en Suiza, ¿no es así?

Fui al colegio en Suiza. Mi vida de niño, de adolescente y de adulto joven transcurrió a caballo entre Suiza y Lima, pero mucho más en Suiza. Regresé al Perú en 1988. Había vivido entonces trece años en Suiza y diez en Lima, de los cuales cinco habían sido mis primeros años. A los veintitrés años yo estaba instalado en Zúrich y muy contento; demasiado cómodamente, sentí. Entonces quise imponerme el reto de continuar mis estudios de psicología en la Sorbona, en francés, dejando atrás el alemán. En los seis meses entre el final de un semestre de estudios y el comienzo del otro, vine a Lima, a pasar tres meses de vacaciones y a trabajar otros tres. Me quedé muchos años y así cambié París por Lima, que era precisamente lo opuesto a lo que todo el mundo hacía o quería poder hacer.

Venir al Perú de 1988, llegando de Zúrich, era el equivalente a ¡cambiar la próspera y apacible Pompeya por la bárbara Tracia en la época de Julio César! Muy interesante y muy estimulante para un joven.

El interés de mi pregunta es que tuviste oportunidades de trabajar e instalarte fuera del Perú.

No vivo en el Perú; ahora estoy aquí de paso. La verdad es que estoy siempre de paso; errar entre un puñado de lugares es mi modo. Aunque mucha gente me percibe como un viajero, yo me entiendo como un errante que regresa, una y otra vez, a los mismos lugares.

¿Pero dónde consideras que está tu casa?

En Londres, donde vive mi pareja; pero Lima y el bajo Engadina, en Suiza, son también querencias. Mi vida es como la de un gitano o como la de un ave migratoria que pasa ciertas épocas aquí y ciertas épocas allá. Generalmente, puedo pasar entre tres y cinco semanas acá, pero también puedo venir por una semana.

Usualmente le pregunto a gente que, como yo, no vive acá: ¿adónde sientes que perteneces?

Esa no es una pregunta muy importante para mí. Soy del hemisferio occidental del planeta Tierra...

Pero te lo has preguntado.

Sí me lo he preguntado y fue una pregunta muy importante cuando, en 1988, con veintitrés años, regresé al Perú porque, claro, yo aquí pasaba como extranjero y pasar como extranjero es la norma si eres extranjero, pero no si no lo eres, no si también eres de aquel mismo lugar. Y pasé como extranjero por varias razones, no solo porque mi acento delataba un pasado vivido en otros lugares, sino también porque yo no me hallaba en el Perú; no me hallaba en Lima en muchos sentidos. Ahora me hallo mucho más aquí que entonces. Hoy día me siento una mezcla de peruano, suizo de cultura italiana, y una buena dosis de londinense por afinidad y por opción. Londres me encanta; me gusta Inglaterra pero no viviría en Inglaterra si no estuviera Londres, que me fascina y es mi ciudad por elección.

Pese al clima.

El clima es muy parecido al de Lima, solo que en promedio unos diez o doce grados más frío, con el atenuante de que el terrible calentamiento global le ha sentado bien al clima de Londres. Desde el punto de vista del clima, Londres está mucho más vivible ahora de lo que estaba hace quince años. Nunca he escuchado a nadie en Londres decir que está harto de Londres por su clima. Debe ser algo así como una mujer fea pero muy atractiva, que te hace olvidar que es fea, o un hombre... he de decir así, porque yo soy homosexual o bisexual. Este tema también me importa poco de cara a tener que definirme ante terceros, pero es un tema fundamental.

Esa actitud no es muy especialmente limeña.

No. Aquí sigue siendo un tema muy difícil de tratar, muy castrante para los que son homosexuales. La otra cosa que me sorprende mucho —y de la que ni siquiera se habla cuando hablamos de homosexualidad reprimida y de gente que está en el closet,

que no se da a conocer— es que el gran closet no es el de los homosexuales. El gran closet en el mundo, pero aún más grande aquí, es el closet de los bisexuales. Ese closet es enorme. No hay información sobre eso y no se habla sobre eso.

Cuando se mira encuestas, entrevistas y opiniones sobre proyectos de ley, aparece en el Perú una enorme resistencia al matrimonio del mismo sexo. En un país como México, que es prototipo del machismo no solo en América Latina sino en todo el mundo, existe el matrimonio homosexual, por lo menos en el Distrito Federal. El Perú en este tema es súper conservador. ¿A qué crees que se debe?

La primera razón es este tipo específico de deshonestidad que es la hipocresía. En el Perú la gente es tremendamente hipócrita; me excluyo de ser peruano en esto: odio la hipocresía...

Es uno de los motivos por los que me fui del Perú...

La segunda razón es que la gente responde repitiendo a otros. Es lo que sienten que es el estatus quo; no hay ninguna escuela, no hay ningún desarrollo del pensamiento que favorezca el pensamiento crítico e independiente. Aquí nos encanta ser parte del redil, somos el redil de la Iglesia o, más bien, son el redil de la Iglesia y de un montón de cosas más; entonces, sus respuestas son como las de un autómatas. Solo cuando la gente se da cuenta de que en su familia el tío es homosexual reprimido, la sobrina es homosexual no reprimida pero tuvo que dar la espalda a la familia para vivir su realidad... solo entonces, decía, la gente empieza a menguar en su homofobia. Una tercera razón, tal vez menor, es que la gran parte de homosexuales, convencidos y abiertamente homosexuales, emigran, emigran y se tienen que ir a Buenos Aires, a Santiago, a Río, a Madrid, a Los Ángeles...

Para no ser hostilizados.

A vivir su homosexualidad en paz, ¡déjense de huevadas ya!

Estoy de acuerdo contigo en que, en general, el Perú no tiene un pensamiento crítico pero quizás hay un sector de gente que piensa distinto y no se arriesga a decir que piensa distinto.

Bueno, allí estamos en el primer punto.

El de la hipocresía.

Sí, y la falta de coraje que es caldo de la hipocresía.

Un estudio de GRADE publicado en 2012 concluyó, en torno a la desigualdad en el país, que si bien no hay un agravamiento en términos económicos, «se observan importantes procesos de polarización espacial y de polarización entre grupos sociales (identificados por su etnicidad, su nivel educativo o su categoría ocupacional)»¹.

¿Cómo ves la desigualdad en el país?

Mejorando. La raíz de la desigualdad no está solo en la pobreza o en la riqueza sino en la desigualdad de oportunidades. Es de las peores lacras sociales que pueden haber, tan lacra como otras que son reconocidas: la delincuencia o la violencia. Tengo 51 años y, por lo menos en los últimos cuarenta, veo un cambio favorable, veo más oportunidades. Empezando porque la gente hoy día tiene, mucho más que antes, la oportunidad de emigrar: si es que piensa que aquí no la hace, que aquí no puede desarrollarse...

Pero ese es el último escape.

Lo sé. Pero hay un escape; antes no había ningún escape.

Ni siquiera estaba en la imaginación de la gente la posibilidad de irse.

Y hoy es una realidad para el grueso de la población, o sea alguien que viva en Andahuaylas y que no esté de acuerdo con su vida allá, la primera emigración es la interna y esa...

Ya se usó.

Ya se usó y ahora la mayor parte de la población vive en ciudades como resultado de la migración.

Según el censo de 1940, un tercio de los peruanos vivían en ciudades y el resto, en el campo. Se toma siempre ese dato como referencia porque entonces empezó el goteo hacia las ciudades. Miremos a las fuentes de desigualdad de oportunidades, creo que son...

Educación y salud.

¹ Javier ESCOBAL y Carmen PONCE, 2012. *Polarización y segregación en la distribución del ingreso en el Perú: trayectorias desiguales*. Lima: GRADE (p. 36).

Así es, pero en salud y educación, ¿estamos mejorando? No, según las famosas pruebas de...

Pero recuerdo que cuando era niño y adolescente la población analfabeta era considerable. Ahora habrá un montón de cuasi analfabetos pero antes los cuasi analfabetos ni aparecían en las encuestas; tenemos que comparar datos equiparables.

Mira tu experiencia de trabajo en el Perú; la mía es mucho menor que la tuya y más circunscrita porque he trabajado en la universidad. A un muchacho o una chica, los once años que se pasa en el colegio normalmente casi no le sirven para nada. Saben leer y escribir, sí, pero probablemente no saben multiplicar.

Sospecho que hace cincuenta años, por decir, la educación era mejor que la de ahora, pero habían muy pocos colegios. Y no hay que olvidar que uno se educa no solo en los colegios: nos educamos en la calle, con la televisión, a través de internet; tenemos distintas formas de acceder a educación y no hemos hablado de la autoeducación. Tengo mi ejemplo personal: no terminé la universidad por quedarme en el Perú. Intenté ir a la Católica y en Psicología —que pensaba estudiar en esa época— el nivel me pareció tan bajo que decidí seguir con mi trabajo, que me apasionaba mucho, que era manejar una industria pequeña, familiar. Dije: «No voy a estudiar aquí, esto es una escuela superior, esto no es una universidad». Por lo menos Psicología no era una facultad que estuviera conectada con Humanidades, con Literatura, con Filosofía, con Historia, que era lo que yo conocía de mi universidad en Zúrich y que era lo que me fascinaba. En la Católica, en esa época de 1989, los exámenes estaban hechos de tal manera que la gente podía copiarse y pasar el curso.

Sobre el tema de la salud soy muy positivo, entre otras cosas porque creo que el futuro gobierno va a implementar una alianza con el sector privado. Te puedo contar una experiencia. Hace algo más de cinco años, en las postrimerías del gobierno anterior, logramos ganar de una manera limpia y abierta un contrato con el Estado que el gobierno de Humala simplemente se negó a implementar. Íbamos a brindar servicios de salud a los pacientes del Estado, a los que el Estado debiera atender; lo íbamos a hacer mejor de lo que hace el Estado, más rápido, más barato y, además, íbamos a ganar dinero, porque la ineficiencia del Estado era tal, o es tal, que daba para todo esto; y, sin embargo, el gobierno no quiso mover un dedo. En la raíz de estas dificultades de falta de igualdad están temas como salud y educación donde el gran prestador de esos servicios es el Estado; aquí lo que no funciona es el Estado como gestor.

¿Y la empresa privada es un gran gestor? Trabajando en negocios con el Estado como los de Odebrecht en Brasil.

No voy a defender eso para nada pero la gestión y la corrupción —aunque esta influye negativamente sobre la primera— son dos temas distintos; estoy tan sorprendido y asqueado de la corrupción como cualquier persona, pero yo no iba a la corrupción, que está en los dos sectores, público y privado, porque en los dos hay seres humanos. Olvidémonos de que uno es el bueno y el otro es el malo. No estoy *per se* contra el Estado. Sí estoy en contra de un Estado tan ineficiente como el peruano en particular, que es un Estado asesino porque, al dejar de brindar servicios e infraestructura básicos, la gente se muere.

Literalmente.

Una persona que trabaja en mi casa, empleado del hogar, fue al Seguro Social para que le diagnosticaran la raíz del dolor que sentía en la zona lumbar y pélvica. Después de meses de citas frustradas, le diagnosticaron cáncer a la próstata. El hombre vino hecho trizas donde mí, y yo le dije: «Anda lo más pronto posible a mi médico; yo voy a pagar el 90%, tú pagas el 10%». Fue donde mi médico al día siguiente: el dolor era el resultado de una caída cuando limpiaba la piscina y se había golpeado el coxis...

Puedo contarte que esta mañana, una de las personas con las que he conversado para este libro me dijo que había estado «con un problema tonto que pudo matarme». Le descubrieron una piedra en el riñón, asunto que ahora se maneja de una manera simple. Le hicieron cirugía ambulatoria y salió caminando. A las cuatro horas tenía 40° de fiebre: el instrumental que usaron en la intervención estaba infectado y le ocasionó una septicemia. Afortunadamente, su mujer se dio cuenta de que la cosa era grave, lo llevó a la clínica y lo salvaron. Todo esto ocurrió en una clínica privada. Yo tampoco tengo nada contra la empresa privada pero cuando me dicen que el Estado es ineficiente y la empresa privada lo va a resolver...

Estoy de acuerdo. Pero comparemos el servicio de una clínica privada que nos dé confianza y un hospital del Estado que conocemos; tú y yo y miles de personas más, ¿por cuál optaríamos?

Vivo en España y allá el sector privado vive prendido de la teta estatal cobrando sobrecostos, por supuesto con corrupción: ganan la licitación por 100 y luego hay que hacer ajustes del presupuesto y sale en 300. Eso también existe, ¿no?

Estoy de acuerdo en que la corrupción está entre nosotros, sea privada o sea pública.

Tienes toda la razón cuando dices que la responsabilidad primera del desarrollo de la educación es del Estado y no la cumple.

Y la responsabilidad de tener carreteras seguras y también la de no dar licencias de conducir a cualquiera.

Y la de imponer multas de tránsito que no se cobran y luego nos enteramos de que «la combi asesina» tenía miles de soles en papeletas que no se cobraron.

Eso es, supongo, desidia. Tengo otros ejemplos de fallas en la práctica privada: un amigo y su novia van donde un doctor en Londres: «Este lunar me preocupa un poco» y el médico le dice: «No te preocupes porque no es nada». A los seis meses el tipo estaba muerto por un cáncer de piel. Un médico con una práctica médica privada, que cobró un dineral por las citas. Conuerdo contigo, Luis, en que hay que ser escépticos. Seguramente a mí, con un cargo directivo en la empresa privada, mis gerentes y sus subalternos no vienen a contarme dónde meten la pata; a veces descubrimos los casos, pero nadie saca a flamear la bandera del error; y seguramente eso pasa, y más aún, en el Estado.

A ver si también podemos estar de acuerdo en que no hay que creer en la venta de modelos mágicos que resuelven el asunto. Eso ha sido fatal en el Perú, en la izquierda y en la derecha.

Pero nunca va a acabar, eso es parte de la historia humana. Hay que vender mitología. Si no, Hollywood no existiría.

Pero, cuando vas al cine, tú sabes que es ficción; no tiene que ser así cuando votas.

Mucha gente se la cree, ¿no?

Siempre nos van a vender ideologías y vender recetas, pero necesitamos lo que tú decías antes que no existe en el Perú...

Pensamiento crítico y capacidades de reflexión. Lo vi claro cuando llegué al Perú por segunda vez, en 1988. Y ya estaba por regresar a Europa en el año 1992 cuando agarraron a Guzmán y fue entonces que pensé: «Me voy a dar una última oportunidad en este país». Por suerte, esta vez resultó y me quedé muchos años más.

Nunca nadie se ha puesto a pensar en público sobre la igualdad de oportunidades no de los peruanos dentro del Perú, sino la igualdad de oportunidades de un peruano versus un habitante del planeta Tierra, esto es, comparado con un chileno, un birmano, un sudafricano, un ruso, un suizo o un canadiense.

«LAMENTO QUE CARACTERICE
A LOS PERUANOS SU
INCAPACIDAD PARA PENSAR
A LARGO PLAZO EN TÉRMINOS
DE ESTRATEGIA».

Tengo más de treinta años fuera del Perú y he visto al peruano en diversas circunstancias en diferentes países.

En mi época los peruanos se adaptaban muy mal en el extranjero. Tendían a estar en sus grupitos, a formar sus Paterson.

Eso también depende del país. Creo que en España han entrado mejor. A lo mejor el peruano tiene ventajas comparativas, para hablar en lenguaje económico, porque ha crecido en un país más difícil, donde, como tú decías antes, te puedes morir.

Y donde la vida vale mucho menos.

Así es. Un australiano no conoce eso, no sabe de qué se trata; el peruano crece en un medio hostil, entonces...

Tiene ventajas de supervivencia no desdeñables, por cierto.

Eso es lo primero. También el hecho de crecer en un medio de dificultades de muchos tipos, de no acceso a muchas cosas, te obligan a una palabra que solo existe en el Perú: «recursearse». Tiene que contactar, moverse, invertir de esta manera, pensar estratégicamente para su propio futuro. Hay países en los cuales no tienes que pensar estratégicamente porque las cosas te llevan...

Creo que discrepo, por fin, por primera vez. No es una forma de pensar estratégica; es una forma de pensar táctica. Si hay una cosa que lamento que caracterice a los peruanos es su incapacidad para pensar a largo plazo en términos de estrategia, pero sí son buenos en la táctica, son muy buenos.

Por eso es que nos va muy mal en fútbol.

Por eso nos va mal en casi toda competencia, en casi todo lo que sea medible. No es mera casualidad que el Perú no gane medallas en las olimpiadas ni que clasifique a ningún evento deportivo de relevancia mundial. No se planifica, no se sabe trabajar

en equipo ni se sabe dar todo de sí en una competencia. Pero sí nos va bien en la comida y en el disfrute de la cháchara. Nos va mal en el tráfico porque allí debiera haber reglas a seguir. No sé por qué pero siento que en esta conversación estoy adoptando un tono más bien negativo.

Pero ese era tu ánimo.

Que no es muy común pero a lo mejor, como sé que tú has vivido treinta años en el extranjero, creo que me puedo quejar de mis frustraciones y amarguras peruanas en voz alta contigo. A veces uno dice las cosas bajo un cierto ánimo.

¿Qué lecciones extrajiste de la etapa de la subversión y la guerra sucia?

Muchas, muchas, y ahora no se me vendrían todas a la cabeza. Una de ellas es que la realidad es un barril sin fondo en cuyo extremo se puede caer a lugares inimaginables y se puede seguir cayendo. Siempre hay posibilidad de deterioro, no hay límite a la caída y el deterioro y, si no nos ocupamos en defender un sistema de valores, siempre se puede estar peor; siempre, ¡sin límite! Esa es una lección que espero haber aprendido. Otra es que uno también se puede recuperar colectivamente de esas profundidades. Cuando vine de Suiza me pareció que lo que Lima y su sociedad vivían era una severa depresión colectiva. De eso, pasar a lo que es ahora el espíritu imperante en ciertas esferas —vengo de almorzar con Gastón Acurio y hemos hablado de planes y de visiones, sobre esto y aquello, la gastronomía, el país, etcétera— y digo: qué bárbaro que de un país como el de 1988, sin futuro, sin presente, pasemos a uno donde hay gentes que tienen expectativas, sueños, orgullos en el buen sentido de la palabra y que pueden hacer planes muy constructivos.

Y que no son ilusos.

Que no son ilusos, por cierto.

¿Algo de la etapa de la subversión te descubrió rasgos del Perú que no conocías?

La naturaleza violenta. La violencia estuvo allí; y yo no me había dado cuenta.

Nadie se había dado cuenta; se suponía que según el ADN nacional éramos un país pacífico hasta que vino Sendero y nos descubrió que no éramos un país pacífico y que nunca fuimos un país pacífico. Hubo que releer la historia; no sé si se aprendió de la lectura pero se releyó.

Esa violencia agazapada... yo tampoco la sospechaba en esa magnitud. Había ido seis años al colegio en Lima en la época del gobierno militar —me fui a finales de 1979—

y se nos «paporreteaba» —que debe ser otro peruanismo—, se nos repetía como mantra certero que el Perú en la época incaica había sido una sociedad feliz donde no se robaba, no se mataba, no se holgazaneaba y no se mentía. Había crecido y pasado de mi niñez a mi primera adolescencia en esa mitología hasta que comenzaron a colgar perros y a poner bombas, y a matar a campesinos, y a matar a militares y a policías, a matarse entre ellos.

Y, luego, los militares empezaron a matar gente.

Sin duda. Los militares y los paramilitares.

Así es. ¿La sociedad peruana ha digerido esa experiencia terrible?

Me parece una pregunta un poco abstracta. No obstante, creo que para más de la mitad de los peruanos la respuesta es «sí pero no completamente». Somos seres humanos al fin y al cabo, nos olvidamos rápido de las cosas y, si nos falta el pensamiento crítico, solo aprendemos generalmente la más superficial de las cosas. Esto no suena a negativo; suena a realista.

Sí, pero discutible. Te voy a poner un ejemplo. Viví seis años en Argentina, un país que aprendió que los militares «nunca más». No sé si el Perú ha aprendido eso; tengo dudas.

Luis: siguiendo esa lógica, ¿tú creerías que el peruano aprendió a que la izquierda nacionalista y totalizadora «nunca más»?

No, si fuera así, Mendoza no hubiera sacado 18%.

22% si se suma a Santos.

Pienso que el elector peruano promedio no piensa en izquierda o derecha en términos firmes.

De acuerdo. Mi pregunta era provocadora porque, así como el país debería haber aprendido que los militares ya no, también debería haber aprendido que cualquier forma de extremismo —de izquierda o derecha— es fanática, es amiga de la muerte y es aborrecible.

Sí, pero también es posible distinguir entre el extremismo de izquierda que fue Sendero y Verónica Mendoza o el Frente Amplio que, me parece, son otra cosa.

Ya que estamos comenzando a hablar de política, quisiera hacer una reflexión que tiene que ver con parte del tema de partida, cuando sugerías que la sociedad peruana

es muy conservadora. A mí me parece que el Perú está perdiendo una oportunidad fantástica de tener movimientos de izquierda, de centro y de derecha que también sean progresistas. Lo que me desanima tremendamente del Perú es este anquilosamiento de las viejas ideas y ver que, por ejemplo, Mendoza que es joven y de izquierda está rodeada del mismo grupúsculo que trataba de hacerse del poder hace diez años y que viene de una forma de pensar de izquierdas...

Estalinista, por decirlo rápidamente.

Sí, estalinista totalmente. Es para que se te caigan los brazos. A mí me encanta la forma de ser y de pensar de alguien como Susana Villarán que, sin embargo, ha tenido errores garrafales en otros temas.

Como su candidatura con Urresti.

Descomunal. No sé qué le pasó por la mente. Pero a lo que voy es a que este país necesita gente de derecha, de izquierda y de centro que mire adelante y que abandone esas viejas trincheras. De la época en que había trincheras vienen las ideas políticas de nuestros políticos, atrincherados en las décadas de los años veinte y treinta del siglo pasado. Hay temas como el matrimonio homosexual al que te referías antes, pero también la despenalización del aborto o la educación de calidad para todos, el Estado verdaderamente laico, la equiparación de géneros; los típicos temas de izquierda o de centro liberal en cualquier país de occidente, que aquí brillan por su ausencia.

No hemos tenido liberales.

Aquí hemos tenido caudillos y solo tenemos caudillos. Inclusive PPK es un caudillo: su movimiento se llama PPK. Todo es caudillesco en este planeta Perú; es terrible. Esa forma de pensar y de sentir de cacicatura... En eso no me siento peruano y no me puedo sentir más suizo. Suiza es un país regido por una coalición de cinco partidos desde hace —ya nadie se acuerda desde cuándo— probablemente unos sesenta años. Puede pensarse que ese sistema es inmóvil, pero en el fondo no lo es y lo que al final cuenta es que la población está de acuerdo con ese sistema de coaliciones.

Y cuando no está de acuerdo puede ir a un referéndum a decir con lo que no está de acuerdo.

Sí, claro, siempre puede cambiar de opinión y está informada.

¿Tú crees que hay demasiado resentimiento en este país?

Mucho menos que cuando yo era niño. Recuerdo situaciones de resentimiento extremo por quítame estas pajas, en las calles de Lima, resentimiento cruzado entre todo tipo de condición social, sexo, raza, edad. Tal vez también era porque venía de Suiza y estos extremos y contrastes resaltaban aún más obvios, pero a mí me parecía que en Lima se palpaba un resentimiento brutal, y en el Cusco también. Hoy lo siento mucho menos; sigue estando latente pero es más apaciguado, menos atormentado quizá. Eso me lleva a pensar que es una expresión de que la gente, con razón o no, piensa que las oportunidades están mejor repartidas que antes. Tal vez es una cuestión de percepción y no de realidad pero no quiero dejarte con la impresión —ni a ti ni a los lectores— de que creo que hoy día el Perú tiene iguales o menos oportunidades que antes; por el contrario, creo que tiene más, por todo lo que he referido antes. Pero no te veo convencido.

No estoy convencido. Bueno, yo fui chico en una época distinta a la tuya...

Ese es un buen punto: contra qué estamos comparando, cuándo es el año cero y dónde.

Mi impresión es que en esa época había una gran resignación no solo frente a las diferencias sino frente...

Al sistema de castas. Éramos la India; de hecho, en la India me sentí casi como en mi niñez en Perú, creo que entre otras razones por esta.

Era la resignación de que el señor es el señor, la señora es la señora. Y las cosas son así y no pueden ser de otra forma. Hoy día no es así. Hoy día la gente siente que tiene derechos, que tú no puedes abusar y que si hay un abuso, como es ilegítimo, hay algo que se puede hacer.

Hay un pare, se puede poner pare y se debe poner pare. Creo que el tejido social se está capilarizando y, si eso es así, la sociedad está siendo más cuestionada. Pero tú me sigues mirando con esa cara de resignado. Estás más pesimista que yo.

Soy bastante pesimista, debo admitir.

Y por eso todo este trabajo...

Quizás.

Tú escribías en *Caretas* en una época.

Sí. Escribí en *Caretas* durante trece años. Me fui del Perú en 1985 porque tenía una visión muy negra de lo que venía. No he dejado de interesarme en el Perú, he venido con cierta frecuencia por trabajos de investigación y a dar algunos cursos. En definitiva, tengo algunas ideas acerca del país pero a veces pienso que pueden ser equivocadas porque, al fin y al cabo, me fui hace treinta años. Entonces, quiero cotejar mi visión con otros. Ese es el intento de este libro.

En el último lustro de los años ochenta y el primero de los años noventa, cuando todo era desgracia y todo era pesimismo, un gran tema era la identidad nacional: quiénes somos y por qué estamos así, y cuándo se jodió el Perú, Zavalita. Yo tenía veinte y pocos, y estaba hasta acá del tema: ¿no hay otra cosa de la que hablar? Pensaba: estos que están hablando son mis mayores que, como la generación de mis padres, crecieron en Jesús María o en Miraflores, que eran distritos de una clase media pujante, con sueños y con futuro, y un buen día alguien les jaló la alfombra y todo quedó patas arriba y, de pronto, estaban en el suelo.

Me decía: yo no soy eso, hablemos de otra cosa, no de cómo se jodió el Perú sino de cómo vamos a arreglar esta mierda. No se hablaba concienzudamente de cómo componer, simplemente se rumiaba el análisis de cómo era que habíamos caído tan bajo. Los peruanos de esa época vivían obsesionados con el tema Perú. Creo que esto te pasó y te debe de estar pasando aún, Luis. Llegué a resentir de esta obsesión y obcecación por el tema Perú. A tanto llegó mi hastío, que dejé de tratar y de hablar del tema; dejé de reflexionar sobre la identidad y la caída, y me dediqué a hacer mis cosas y además a salir, a viajar, porque estaba hasta acá del tema Perú.

Has tocado un punto que muestra algo interesante: el tema de la identidad nacional ha dejado de discutirse. Vamos a hablar de los empresarios, pese a que me parece que la conversación ha mostrado que tú no eres un empresario representativo del empresario peruano.

Conozco a muchísimos empresarios peruanos generosísimos y de unas ideas brillantes, con unas visiones tremendas. Soy un producto de Dionisio Romero papá, quien creo que es un tipo extraordinario; escogí estar cerca de él y tuve la suerte de que él aceptó que yo pudiera estar cerca de él. Dionisio Romero papá es la principal escuela conceptual de negocios que he tenido, habiendo muerto mi padre temprano y mi abuelo temprano. A pesar de la diferencia generacional, mi pensamiento y mi forma de ser estaban mucho más cerca de Dionisio que de mucha gente de mi edad. No soy del típico perfil. Lo que no significa que no pueda ser representativo más adelante. A lo mejor soy más representativo del tipo futuro.

Espero que la historia te alcance. Parto ahora de esta visión que existe entre un sector de lo que se llama opinión pública, una pintura del empresario peruano como un hombre preocupado por hacer dinero, un cierto cortoplacismo de hacer utilidades en el que se centra, en detrimento de la preocupación por sus trabajadores y cayendo en cierto desinterés por lo que pasa en el país. Antes de irme del Perú tuve una experiencia profesional que contribuyó a esta imagen: la posición de los empresarios frente a la comunidad industrial que creó el gobierno de Velasco. Lo que vi que hicieron los empresarios para boicotear la participación de sus trabajadores en la empresa es una lista de cosas increíbles.

Velasco se fue en 1975, cuando yo tenía once años, pero recuerdo lo que en casa escuchaba de Velasco y de la situación apremiante en las empresas. Mi abuelo paterno era el factótum de la empresa de calzado El Diamante, que era de las más grandes de Sudamérica; creo que tenía como cinco mil obreros, más de 120 tiendas en todo el Perú y, en una época en la que no había ni siquiera el fax, fueron de los primeros en usar las máquinas IBM para llevar los registros de las tiendas. Esa era la industria principal pero mi abuelo tenía haciendas de palta, de la marca La Punta, cuando casi nadie más vendía fruta con una marca. Además, tenía una pesquera que se la quitaron, como las haciendas. Era accionista de la fábrica de mayólicas y de inodoros El Trébol. También hacían vajillas pero desde Velasco se tuvo que dejar porque hacerlas era intensivo en personal. Y el personal, se decía en la mesa familiar, había tomado las fábricas como botín.

Lo que yo escuchaba en la casa, siendo niño, es que mi abuelo y los gerentes de las fábricas ya no podían gobernar, no podían dar órdenes porque solo un grupo relativamente pequeño de obreros las ejecutaba y el resto estaba haciendo política y nada más, pero había que pagarles el sueldo. Mis dos abuelos murieron en esos años y no fue coincidencia; uno murió de cáncer y dos o tres años antes el otro había muerto de un ataque al corazón. Los dos europeos, los dos habían emigrado al Perú con una mano adelante y la otra atrás, los dos habían hecho su pequeño imperio, uno más grande que el otro, y a los dos Velasco los despojó de casi todo y los despojó de su futuro a una edad en la que sabían que no iban a rehacerse.

Mi padre, que también murió temprano y muy joven, me dijo alguna vez: «Pertenezco a la generación perdida de empresarios de este país. A nosotros, el entorno no nos dejó desarrollarnos como hubiéramos querido; hemos tenido que trabajar a la defensiva y a salto de mata». Así que, cuando analizamos la psique de los empresarios de hoy, tenemos que tomar en consideración que de allí venimos, de allí viene esta actitud más recelosa —a veces retrógrada, frecuentemente pacata—, pero hasta un punto justificadamente paranoica. La frase «en los negocios solo los paranoicos sobreviven» no es de un empresario peruano; es de un empresario multimillonario de Wall Street.

He crecido en ese ambiente, mi padre enfermó del corazón también por esa tensión —o, por lo menos, gatilló su cardiopatía—, ese ambiente de efervescencia y de malestar de que se venía el comunismo y nos quitaban todo y el gobierno estaba en contra de nosotros.

Lo que dices me recuerda el título de un libro de Graham Greene: *Inglaterra me hizo así*. Me estás diciendo que al empresario peruano Velasco lo hizo así.

Habría que ver también qué hizo a Velasco así. Velasco tuvo que ser una persona con sentimientos muy encontrados. Creo que se hubiera podido hacer grandes cambios de una manera más constructiva. Pero entiendo que Velasco y los suyos eran gente frustrada y tal vez impaciente, que quería cambiar y la forma más evidente de cambiar era destruyendo. Estamos hablando de la violencia, que estaba allí latente y se disparó con Velasco. Sin embargo, mi experiencia personal y familiar no es frustrante sino traumática, un trauma del que yo me he liberado pero digamos que mis abuelos dejaron la piel en su trauma y al final mi padre también.

«SOMOS INCAPACES DE
DEFENDER NUESTRAS
POSICIONES Y ESO TENEMOS
QUE CAMBIARLO».

¿Cómo ves a los empresarios peruanos de hoy?

Veo grandes diferencias generacionales entre los mayores y los menores. Que esa diferencia sea tan grande me hace pensar que vienen tiempos de grandes cambios en el estamento y en la forma de pensar de los empresarios. Veo discusiones en unas empresas más que en otras pero en alguna empresa muy importante, donde soy director, veo discusiones de pronto muy abiertas, muy críticas sobre posturas empresariales propias y sobre cómo cambiarlas. Casi te parece escuchar a Karl Popper hablando de «la sociedad abierta y sus enemigos». Entonces, digo, están pasando cosas. A mí me entusiasma sentir que soy parte de ese cambio y eso no es cosa menor para mí, subjetivamente hablando.

Parte del cambio es decir las cosas, si no con total transparencia —porque eso nunca lo vamos a lograr, me parece una utopía y tampoco me parece necesariamente apetecible— sí con agendas abiertas. Por eso es que yo hablo de mi homosexualidad, de mis frustraciones, de mis sueños. Y por eso es que también hablo de la gran depresión por la que pasé, porque quiero que la gente desmitifique ciertos temas pero, más aún, que no se estigmaticen.

¿Es por esa paranoia que hay en el ADN del empresario que los empresarios son tan herméticos? He tenido problemas para encontrar empresarios para este proyecto; hay un recelo...

Yo mismo lo tuve. Sí hay recelo; en esto critico mucho a los demás empresarios, y me critico mucho a mí también; no digo que debamos necesariamente entrar en política pero sí creo que debemos participar del diálogo público. Somos incapaces de defender nuestras posiciones y eso tenemos que cambiarlo: los empresarios tendríamos que salir al frente con nuestras posiciones, y nunca pretender que los empresarios vamos a estar de acuerdo entre nosotros. Porque hay empresarios de izquierda y de derecha; hay unos que son conservadores, hay otros que son liberales. De hecho, soy un liberal y muchos empresarios amigos me dicen que soy un caviar, y los entiendo porque en temas sociales soy de izquierda; no soy un neoliberal de esos que en verdad son conservadores y que de liberales tienen solo el pensamiento económico...

Por eso en Estados Unidos se les llama *neocons*. Siendo un liberal, no estuviste entre los que, según me cuentan gentes vinculadas al sector empresarial, temblaron en la semana previa a la primera vuelta electoral ante el temor de que Verónica Mendoza pasara a la segunda vuelta.

Sí temblé. Si bien la parte anecdótica positiva de esa posible segunda vuelta era la de tener a dos mujeres jóvenes luchando por la presidencia.

Y, para el Perú, algo extraordinario.

Extraordinario. Sin embargo, lo que detestaba de ese escenario era que el Perú iba a tener que escoger entre dos versiones de tendencia fascistoide, una de derecha y otra de izquierda.

¿Lo fascistoide del Frente Amplio lo ves por el lado de Venezuela?

Lo que me quedó claro es que Mendoza, siendo tan joven, recogía las mismas ideas de los años sesenta, el resurgimiento tardío del estalinismo. En cualquier caso, estoy aliviado de que PPK esté allí porque él era de los liberales en esta campaña.

En términos relativos a América Latina, ¿hay mediocridad en nuestros grupos dirigentes?

Sí, me temo que sí. Hay bolsones, hay ámbitos de excelencia pero son el reflejo de individuos más que de operaciones colectivas.

En ese terreno, quiero creer que el Museo de Arte de Lima - MALI es el reflejo de un grupo humano y no solo de Juan Carlos Verme y de Natalia Majluf, la directora.

Me parece que el MALI es un magnífico proyecto, es una linda aventura y es una gran plataforma que se va a seguir desarrollando, creo yo, más allá de estas dos personas.

He vivido varios años en Estados Unidos y siempre me ha llamado la atención cómo gente con mucho dinero tiene la ambición de construir un museo que lleva una placa discreta que dice «Señor y señora fulano». ¿Por qué el mecenazgo o la filantropía tienen tan poco arraigo entre las personas y familias mejor posicionadas económicamente en este país? Puedo preguntarte a ti, que precisamente representas lo contrario.

Hubo una época en los años veinte y treinta: Larco Herrera y el Puericultorio, la misma familia Prado... Hay unos cuantos ejemplos grandes, de gente muy generosa, muy volcada a la filantropía y al bien común. Me temo que gran parte de la respuesta, en estas últimas cuatro décadas, es que Velasco fue un importante factor negativo en esto, porque con Velasco los ricos no solo se empobrecieron sino que se escondieron entre cuatro paredes.

Se enconcharon...

Sí, una especie de ostracismo interno. Hubo algo así como una involución: ya nadie quería ser. Porque, en la filantropía, uno de los grandes motores —no el único— es o puede ser la honra social que viene atada a ella, esa aura social, esa aura de grandeza y de ser macho alfa.

Riva Agüero es otro ejemplo. La Universidad Católica no hubiera podido ser lo que es sin su aporte.

Sus sobrinos hubieran podido heredar todo. Y probablemente no le faltarían sobrinos. La obra social es un gran motor para muchos de esos filántropos estadounidenses, sobre todo —supongo— para aquellos que tenían rabo de paja por la forma estrepitosa en que ganaron inmensas fortunas, ejerciendo posiciones monopólicas. El acicate del reconocimiento social en Estados Unidos ha movido mucho. Pero hay una gran diferencia entre Estados Unidos y Perú, que es la postura que viene desde la religión, de ser católico o ser protestante. En el protestantismo estas prácticas son comunes; en el catolicismo la gente regala sus bienes a la Iglesia, cuando los regala.

Cuando asumí la presidencia del MALI y asumí esto con el equipo que me acompaña, una de las cosas que nos propusimos desde un comienzo fue formar una nueva generación de filántropos, coleccionistas filántropos, que estuvieran cerca al arte, cerca de los artistas, cerca al Museo y que sirvieran de ejemplo para sus congéneres y a las generaciones que vengan.

Algunos de tus comentarios representan algo que está en los niveles más altos de la sociedad peruana: la historia parece haber comenzado con Velasco y entonces Velasco aparece como responsable de una serie de males; la pregunta de cuándo se jodió el Perú tiene una respuesta muy clara: con Velasco. Habría que mirar un poco más atrás para reconocer, por ejemplo, que la falta de filantropía, la falta de generosidad del empresario peruano es anterior a Velasco. No digo que Velasco no haya generado reacciones, pero...

Tienes razón en un sentido más amplio y quiero elaborar lo que he dicho, de cara a tu comentario. Lo primero es que cito a Velasco porque coincide con mi vida: comienzo a volverme un ser más o menos consciente con Velasco. Lo segundo es que pienso que Velasco no sale de la nada: algo anterior lo generó, algo lo gestó. Recuerdo en los comentarios del ambiente burgués de los amigos de mi familia, hablar siempre de cuánta gente resentida había en el Perú. Desde muy corta edad me di cuenta de esto y más tarde, de quinceañero, les decía a los que se quejaban de los sentimientos de los demás: «Primero, me parece que ustedes también están resentidos; y segundo, si nosotros fuéramos ellos, estaríamos mucho más resentidos».

De allí nace Sendero.

Claro. Sendero fue malparido de allí.

RESULTADOS DE UN EJERCICIO DE APRENDIZAJE

Cuando el lector se enfrenta al libro como producto terminado, usualmente no tiene noticia alguna acerca del camino recorrido para llegar a entregárselo. En este caso, tratándose de un ejercicio de aprendizaje, parece necesario hacer partícipe a quien ha leído estas conversaciones de algunas eventualidades ocurridas durante su producción, que pueden ser ubicadas como parte de lo aprendido acerca de qué país es este.

Es razonable empezar por ausencias y bajas. Las ausencias están referidas a personajes pertenecientes a determinados ámbitos del país, algo más distantes del alcance del cronista. Como se sugirió en la introducción, «el interior» está pobremente representado en un conjunto de conversadores que no solo es mayoritariamente limeño sino, además, urbano. Los jóvenes de hoy aparecen casi solo en alusiones a lo largo de las conversaciones. A esos sesgos se añade la opción de conversar con interlocutores cultos, desaprovechándose así otros estilos de reflexión.

Las bajas corresponden a quienes, habiendo sido escogidos para conversar, no aparecen en el volumen. Entre las personas a quienes se planteó la idea de una conversación como las incluidas en este libro solo dos —ambos residentes en el país— declinaron expresamente participar. Las razones merecen ser conocidas. Un intelectual de larga trayectoria en el campo de las letras respondió: «Te agradezco que hayas pensado en mí, pero estoy seguro de que encontrarás alguien que pueda hacerlo mejor. Estos últimos años han venido acrecentando un proceso de desvinculación, que no he podido evitar, con el país y reduciendo cada vez más mi nunca muy grande optimismo. Mi mensaje hoy por hoy es un mensaje que no quisiera dar». Por su parte, un creador que con su obra ha obtenido diversos éxitos y un amplio reconocimiento escribió: «Me temo que esta vez no seré de buena ayuda... Ocurre que de un tiempo a esta parte cada vez entiendo menos lo que pasa alrededor —lo que, además, me tiene desorientado y en silencio expresivo— y siento que tengo muy poco, o nada, que opinar o aportar sobre la sociedad peruana... y me siento más que nunca una especie de extranjero desterrado en tierra propia. De verdad, no me siento capaz de decir algo aportador en un proyecto como el que me planteas».

Ambas argumentaciones para no acceder a la propuesta probablemente expresan ese lado traumático que tiene el país y que en las conversaciones incluidas acaso aparezca de manera insuficiente. De allí el interés de registrarlas.

A ellas hay que sumar el caso de un tercero, figura de mucha visibilidad en el mundo artístico, que en sucesivos intercambios de mensajes aceptó con entusiasmo tomar parte en el ejercicio, recibió la agenda preparada para él y luego empezó a encontrar dificultades de todo tipo —primero en Lima y después vía Skype— para mantener la conversación. Desde conflictos de horario hasta desarreglos informáticos fueron alegados hasta que, finalmente, el cronista tuvo que aceptar que este conversador no quería hacer posible el encuentro, sin que nunca lo hubiera dicho. Las razones para declinar seguramente son personales; esconder la negativa tras excusas inconsistentes es algo más nacional.

Un cuarto caso es probablemente el más lamentable. Una persona que ocupa una responsabilidad importante en la escena del país aceptó de buena gana y sostuvo la conversación en dos fases, una en Lima y otra por Skype. Al empezar esta última, sin embargo, advirtió que temía que lo dicho por él en el diálogo pudiera acarrearle dificultades con el directorio de la empresa en la que trabaja. Transcrita y editada la conversación, al leerla confirmó su recelo y optó —dentro de lo que se había acordado— por que el texto no fuera incluido en el volumen. Dado el interés del contenido de esa conversación, esta ausencia es una pérdida sensible que no ha podido ser compensada por otras intervenciones.

Las dos últimas bajas también son de lamentar. Dos personalidades del mundo profesional, habiendo desempeñado ambos cargos públicos de relevancia, aceptaron la conversación y la sostuvieron. Al recibir el texto editado, uno de ellos juzgó que el mismo tenía poco interés debido a que sus propias intervenciones no habían alcanzado la altura necesaria y, ejerciendo su derecho, prefirió que no formara parte del volumen. El otro llegó a la misma decisión luego de enviar sucesivos agregados y modificaciones que terminaron por distorsionar en cierta medida la conversación original.

El caso de estos dos interlocutores probablemente guarde relación con el de algunos de aquellos que sí están incluidos. Acaso pueda ser una conjetura audaz pero, como contraparte en el diálogo, a este cronista le resultaba muy claro cuándo un interlocutor había preparado, o no, la conversación a partir de la agenda temática que se le había enviado precisamente para eso: para que ordenara sus reflexiones con anticipación al encuentro. Las respuestas improvisadas o imprecisas que dieron algunos de los interlocutores intentaron ser subsanadas luego por ellos mismos, al revisar el texto transcrito y editado, mediante la inclusión de otras respuestas. Algo de la fluidez que es propia de una conversación se perdió en estos casos, que afortunadamente

fueron pocos, pero se mantuvo la regla de que el interlocutor estaba en libertad de modificar sus propias palabras. El caso más bien contrario fue el de una conversadora que, una vez recibido el texto transcrito y editado, guardó absoluto silencio, lo que se interpretó como conformidad con la publicación del texto que había recibido y que aparece en el volumen.

Finalmente, un dato en torno a esa dificultad nacional en torno a la puntualidad. La mayoría de los interlocutores que aceptaron formar parte del ejercicio cumplieron en todos los tramos; algunos de manera sobresaliente, desde el día y hora acordados para la conversación hasta la devolución del texto revisado. Por supuesto, hubo excepciones; entre las más notorias, dos interlocutoras enviaron su texto corregido pasadas seis semanas desde que lo recibieron; el interlocutor que envió sucesivas modificaciones de la conversación original se tomó dos meses y medio para llegar a su versión final; pero uno de los participantes tardó tres meses en responder el pedido de revisión del texto correspondiente a la conversación sostenida con él. Quizá algunos de los retrasos se explicaran no tanto por el descuido o la desidia sino —dado el carácter informal y distendido de la conversación original— por cierta aprensión, no del todo comprensible en personalidades de primer nivel, en torno a lo que se puede decir y cómo decirlo en un libro, para el que aparentemente se imaginaba como necesaria una mayor formalidad.

Habiendo asomado al lector a algunos de los entretelones que tienen cierta relevancia, puede pasarse a los resultados. Debe tenerse presente que, pese a las otras veinticinco voces participantes, este es un libro muy personal. Del cronista son los temas, las dudas y los cuestionamientos en torno a los cuales giran estos diálogos con los conversadores. Como queda dicho al empezar el volumen, el cronista planteó estas conversaciones a partir de ciertas imágenes y nociones que puede formarse alguien que nació en el Perú pero no ha vivido en él durante más de treinta años. Habiendo sido este un ejercicio de buena fe para cotejar esos pre-juicios con interlocutores escogidos, este capítulo final no pretende ofrecer un resumen general de las conversaciones sino apenas poner atención a lo extraído por el cronista en el ejercicio de aprendizaje efectuado mediante esos intercambios; el lector podrá cotejar este balance personal con el suyo.

El cronista adelanta que, en su caso, se confirmaron algunos de los puntos de partida pero se corrigieron o descartaron otros. Ese tipo de conclusión corresponde a la comprobación de un intenso proceso de cambio en el país, respecto del cual los contenidos de este volumen testimonian un momento determinado acerca de lo que el Perú *está siendo*, más que de lo que el Perú *es*.

Conviene advertir que los acápitales que siguen, en los que se han ordenado aquellos elementos que el cronista considera frutos del aprendizaje efectuado mediante

las conversaciones, no fueron planteados de inicio. Como se explicó al comienzo del volumen, seleccionados los conversadores, para cada uno se preparó una agenda, que no integraba una gran agenda de todo el libro, que en verdad nunca existió. Al repasar cada conversación, una tras otra, se han ido recuperando los temas centrales en la preocupación que se intentó abordar mediante el ejercicio de esta suerte de conversatorio.

El recuento del cronista empieza por una opción casi fotográfica. De un lado, algunos rasgos de la vida cotidiana de personas, interrelaciones e instituciones, que conforman un estilo instalado actualmente en el país; de otro, ciertas características de los peruanos de hoy que cristalizan un proceso en el que, junto a factores tradicionales, destacan trazos adquiridos más recientemente. A continuación se busca atender a los cambios contemporáneos en tres áreas. Se comienza por las cuestiones relativas a discriminación y desigualdad; se continúa con la situación de la mujer en su enfrentamiento del machismo subordinante y se destaca el cambio en las actitudes de, cuando menos, un sector del empresariado. Después de haber pasado revista a las mutaciones encontradas según el aporte de los conversadores, se plantea la cuestión de los límites permanentes del país. Como un asunto específico, se trata el legado de la guerra interna y sus desafíos. Finalmente, se examina de qué factores puede depender el futuro del Perú.

LA VIDA COTIDIANA: ¿«NORMAL, NOMÁS»?

Cuando los comerciales de «la marca Perú» muestran las bellezas del país no se refieren, obviamente a las dificultades de la vida cotidiana que enfrentan los peruanos, cada quien en su circunstancia. El tránsito como una pesadilla riesgosa, no solo en las ciudades y sus «combis asesinas» sino en las carreteras donde los choques entre vehículos conducidos por quien ha bebido mucho o ha dormido poco son noticia habitual. La inseguridad que le cuesta la vida a quien se resiste a que le roben un celular. La coima que debe pagar cualquiera que pueda hacerlo, para adelantar puestos en una fila interminable, para que su caso —judicial o de salud— sea atendido antes que otros, para que el proyecto empresarial reciba luz verde de la burocracia... y un largo etcétera.

Los interlocutores coincidieron en que la conflictividad social, la pérdida de respeto por la vida y el delito, en general, ganan terreno en el país de hoy. La recurrida explicación de que todo esto son secuelas de la pobreza no parece integrar el «sentido común» de los conversadores. Por el contrario, algunos de estos latigazos que se sufren en la vida cotidiana se han agravado mientras el país crecía económicamente y la pobreza se reducía sustancialmente. Pese a la mejora económica,

«Pasarse la luz roja parece ser ganarse algo», como dice Mario Montalbetti y «En la administración pública suelen aceptarse con naturalidad situaciones que van contra el servicio. Esto se acepta, no se denuncia», apunta Ricardo Uceda.

Mario Montalbetti imagina que «tu vida es tan mala que la única forma de compensar la miseria de tu vida es cruzarte una luz roja o estar primero en la fila». El psicoanalista Moisés Lemlij traza un cuadro de mayor alcance: «hay una rabia [...] una agresividad difusa en una mezcla de voracidad con envidia» que desemboca en diversas formas de sentir que se ejerce poder sobre el otro. Entonces, «se produce un relajamiento de las normas —por eso ‘la combi asesina’, las universidades chicha o la policía en 24x24—, ya todo es válido: sale la chaveta». Como resultado, hay en la sociedad peruana «espacios enormes, en donde todo vale y que van creando sus propias normas», a partir de «gente que siente que tiene todo el derecho de caminar por donde le da la gana y nadie le va a decir por dónde ir». Se delinea así una frontera «que no tiene zona geográfica, entre la sociedad semi-organizada y el absoluto caos y la desestructuración social», en la que «no tienes respeto a la norma instituida, legal o social [...] El resultado es como un archipiélago: trozos de buen funcionamiento al lado de trozos de caos total; no es la mitad para aquí, la mitad para allá sino que todo está como un damero de ajedrez, absolutamente mezclado, y en el corazón de un buen barrio puedes encontrar una cosa absolutamente salvaje».

Específicamente, «la existencia de coimas y corruptelas es una práctica muy arraigada entre nuestros compatriotas y hay escalas. Coimero es el individuo que paga un sol, para que le cedan un sitio en la cola. Está la coima de las malas autoridades o los malos empresarios. La cultura ‘chicha’ o la de ‘Juan el vivo’ está presente en muchas ‘transacciones’ diarias de los peruanos», sostiene Óscar Espinosa Bedoya. En consecuencia, confiesa, hacer empresa sin pagar coimas es difícil. «Es bien difícil, bien difícil», coincide Rosario Bazán: «vivimos en un entorno en donde las cosas se solucionan de esa manera, con pagos permanentes».

En las instituciones públicas Javier de Belaunde encuentra una combinación malsana de ineficiencia, ineptitud y corrupción. Predominan en el cuadro la extorsión y el narcotráfico. «Hay muchos actores políticos relacionados con redes de narcotráfico», nota Rosario Bazán, y Javier de Belaunde advierte: «el mundo delincuencial va tomando las instituciones orgánicamente».

¿Y qué ocurre en las instituciones privadas? Un caso ilustrativo es el del ingeniero de 63 años que siempre practicó algún deporte, aunque siendo joven le habían diagnosticado una hipertensión. Unas semanas antes de que las conversaciones para este libro tuvieran lugar, una noche, después de comer, sintió un dolor en el pecho; fue a la emergencia de la clínica privada limeña con la que tenía contratado un seguro de salud. Allí fue examinado, le dijeron que tenía gases y le recetaron una pastilla para aliviarlos.

Regresó a su casa y a la mañana siguiente, cuando se dirigía nuevamente a la clínica debido a la persistencia del malestar, un infarto lo fulminó.

El cronista relató el caso de este familiar a un par de los conversadores de este libro. Una posible explicación que recibió tiene que ver con la lógica del mercado y la libre empresa que opera en el país de hoy: contratar un médico joven egresado de Cayetano Heredia o de San Fernando cuesta tres veces más que uno egresado de, por ejemplo, algunas de las varias escuelas de medicina que hay en Huaraz. Diversas clínicas privadas de Lima, cuya preocupación está centrada en el lucro y no en la calidad del servicio que prestan, escogen a médicos que tienen un título expedido por universidades asimismo orientadas por el espíritu de lucro y no por la calidad de la formación profesional. Si hay en curso una depravación institucional, nada la expresa mejor que las universidades-chicha, surgidas a partir de una ley de promoción de la inversión en la educación, introducida en 1996 por el gobierno de Fujimori, que hizo equivalente la institución universitaria a cualquier empresa. Ricardo Luna cree que es un gran tema de preocupación «la proliferación exponencial de universidades ‘bamba’ que puede determinar un colapso de capital humano».

Pilar Mazzetti, que tiene cómo saber acerca de este tema, señala: «En el país somos más de 70 mil médicos y la calidad no tiene ningún tipo de control»; acerca de la preparación del personal médico, admite que en los últimos años «La calidad de la formación ha disminuido [...] En la situación de la educación médica y la educación en salud, honestamente, creo que cada vez estamos retrocediendo más. La medicina ha crecido notablemente, la subespecialización se ha desarrollado notablemente y, como es tan amplio el panorama, la formación se está haciendo muy débil y muy por encima, y no hay un adecuado control de calidad».

A partir de la empresa, es similar la experiencia de Rosario Bazán, que está referida a profesionales de diversas especialidades: «Esas universidades, que básicamente están incentivadas por generar negocio y lucro sin importarles el nivel académico de sus instituciones, lo que logran es entregar profesionales que son muy poco competitivos en el mercado laboral. En las empresas nos damos cuenta claramente cuando los jóvenes ingresan a trabajar y no solamente no tienen conocimiento sino tampoco la autoestima, la confianza, la seguridad que se requiere para seguir aprendiendo dentro de las empresas. Tienen un bloqueo porque saben que provienen de universidades donde no han aprendido los elementos básicos de su carrera profesional». En particular, la empresaria reconoce en los jóvenes profesionales «serios vacíos en el análisis crítico». El balance: «Es muy lamentable esa realidad que impacta en la productividad y la competitividad de las empresas e impacta en el desarrollo del conocimiento y la tecnología en el país». Complementariamente, Ricardo Luna destaca el «déficit nacional en acumulación de capital humano de calidad especializado en ciencia y tecnología».

Sin desarrollo científico y tecnológico y mayor articulación entre investigación y producción industrial no habrá la innovación necesaria para mantenernos competitivos».

Frente a ese panorama, la conversación con Javier de Belaunde repasó el proceso seguido por la Pontificia Universidad Católica, que ha sido el de construcción de una institución de cierto nivel y reconocimiento. Un recorrido que no ha sido fácil, desde un perfil más bien escolar en los años sesenta, y al que aportaron sustantivamente «los estudiantes que entonces creían que cambiando la universidad contribuían al cambio del país», conforme recuerda Belaunde. A esa Universidad, Wilfredo Ardito atribuye el haber aprendido «a tratar con gente que piensa distinto», en beneficio de la tolerancia que el país —cualquier país— tanto requiere.

No todo, pues, está perdido. En la Universidad Cayetano Heredia se aloja un grupo de científicos jóvenes que probablemente pudieron quedarse en el extranjero para trabajar exitosamente y, sin embargo, están haciendo investigación en el Perú. Algunos organismos estatales han empezado a promover eficazmente el retorno de quienes adquirieron una formación fuera del país.

Varios de los entrevistados subrayan que en las instituciones estatales hay gente irreprochable. En el caso del Poder Judicial, así lo testimonia Javier de Belaunde, un prestigiado abogado litigante; Jo-Marie Burt, desde el activismo en materia de derechos humanos, certifica: «Hay fiscales y jueces honestos, competentes, trabajando, sacándose la mugre para hacer su trabajo, en un ambiente a veces hostil». Desde el periodismo de investigación, coincide Ricardo Uceda, cuyos trabajos han señalado implacablemente corruptelas y redes mafiosas: «hay gente valiosa allí [...] en el Poder Judicial encuentras probidad, en una fiscalía encuentras probidad». La dificultad de estos funcionarios es que reman contra una corriente que cobra fuerza.

¿CÓMO SOMOS LOS PERUANOS (AHORA)?

Hay quien entiende que es prejuicioso o falsamente generalizador otorgar ciertos rasgos a determinadas nacionalidades. Según este enfoque, los atributos son personales y no pueden ser trasladados a un grupo social, menos aún a una nacionalidad. Así, sería fantástico decir que los ingleses o los suizos son puntuales y los peruanos, no. O que los peruanos son más amables que los españoles, entre otros muchísimos ejemplos.

La objeción a las «generalizaciones» pretende ignorar que la cultura, la historia y las experiencias de un grupo social configuran la socialización de los individuos que lo integran y que, en consecuencia, a partir de familia, escuela y barrio, todos somos producto —en determinada medida— del medio y del momento en los que crecimos, nos educamos y vivimos. Que así como tenemos una lengua materna,

salimos a la vida premunidos de creencias y actitudes que no son comunes al género humano sino productos socialmente gestados y reproducidos en un medio social y época dados. Si este argumento puede ser asimismo considerado, habrá que añadir que en estas conversaciones fue más que frecuente la caracterización de los peruanos de tal o cual manera, incluso cuando no se había pedido que el interlocutor la formulara. En lo que sigue se trazan algunos de esos rasgos del país y de los peruanos de hoy, que surgieron en las conversaciones de este libro.

Un primer conjunto de rasgos es el cortoplacismo, la consiguiente falta de estrategia, la inconstancia y la dificultad para trabajar en equipo. Alberto Vergara, refiriéndose a un personaje de la escena política, le adjudica un «futuro de plazos peruanos: breve». Felipe Ortiz de Zevallos echa de menos la «constancia, cualidad que el ADN criollo no valora mucho. Preferimos la improvisación» que, podría añadirse, incluso es frecuente motivo de orgullo y de elogios. Juan Carlos Verme lamenta «que caracterice a los peruanos su incapacidad para pensar a largo plazo en términos de estrategia», aunque reconoce: «sí son buenos en la táctica, son muy buenos». No pensar a largo plazo conduce a que «No se planifica, no se sabe trabajar en equipo ni se sabe dar todo de sí en una competencia», sostuvo el mismo Verme tres meses antes de que la delegación peruana no obtuviera una sola medalla en los Juegos Olímpicos de Río de 2016.

Un segundo conjunto de rasgos tiene que ver con insensibilidad y falta de solidaridad. Jo-Marie Burt cree ver al peruano como «profundamente indiferente a los que sufren más la pobreza, la exclusión y la violencia». La respalda el psicoanalista Moisés Lemlij: «En la época más compleja se veía a la gente sufriendo, habiendo perdido todo y el resto de la población miraba: era como si no existieran». Carolina Trivelli lleva la caracterización algo más lejos, a la negación: «No se quiere ver, se invisibiliza lo que no conocemos y lo que nos incomoda, lo que no nos gusta. La realidad es una, pero no la miramos, no la aceptamos, porque así no tenemos que ocuparnos de ella». En palabras del profesor Mario Montalbetti: «Tenemos una mentalidad de avestruz: se entierra la cabeza y ya pasó».

Jeanine Anderson cree advertir que los nacionales han establecido una suerte de separación con ella, pese a que vivió más de la mitad de su vida en el país: «Peruanos y peruanas, cada quien desde su posición, me ponen alguna distancia». La interpretación del artista Ramiro Llona es otra y no distingue nacidos o no en el país: «No hay un reconocimiento del otro». Carolina Trivelli elabora el punto: «El problema es que no reconocemos al otro y siempre lo miramos de la peor manera, con desconfianza, siempre viéndolo como el que no sabe [...] En este país hay una falta total de mirada intercultural y una falta de capacidad para ponernos en los zapatos del otro. Nunca queremos reconocernos en los demás. No es falta de sensibilidad; es incapacidad

de asumir la situación del otro como una situación posible». Suma en esa dirección José Carlos Agüero, a propósito del conflicto armado interno: «La gente sigue sintiendo, profundamente, distancia respecto a los demás. Distancia no solamente de diferencia, sino distancia de respeto, jerárquica, distancia de culpa, distancia que convierte al otro en enemigo, más que en semejante y en ciudadano».

La falta de reconocimiento del otro y las distancias establecidas afectan la igualdad. «En este país la gente no soporta la independencia, desconfía de ella. Acá tienes que deberte a algo o a alguien, tienes que estar sujeto a algo, ser parte de; las personas independientes generan temor, cuestionan lo establecido; somos como peligrosas», sostiene Ramiro Llona. De otro lado, tener éxito puede llevar a tener que pagar un precio. Jorge Nieto precisa cómo evitó pasar por ese trance y Ramiro Llona esquivó la dificultad, como Nieto, siendo exitoso fuera del país.

El artista Gerardo Chávez, quien ha vivido décadas fuera del país y aún ahora alterna residencia en Perú y Francia, completa la perspectiva desde el exterior: «Cuando estás fuera con peruanos, no quieres estar. Porque los peruanos tienen una especie de pleito interno con sus compatriotas; el campeón quiere ser mejor, el otro no sirve. [...] El peruano más bien está contra el peruano, uno quiere ser más grande que el otro, el otro quiere ser más conocido que este».

«No valoramos el potencial de ser y vernos como iguales», apunta Carolina Trivelli. «El componente de educación para trabajar en sociedad es muy débil en nuestro país», observa Pilar Mazzetti, quien en seguida relaciona esa falencia con el ejercicio del poder: «Tenemos una forma de trabajo donde hay un culto al poder. ¿Y cómo ejerzo el poder? Controlo las decisiones de todo el mundo; eso me da poder. Por otro lado, muchas veces hemos vivido sin que nos dejen hacer las cosas y, cuando tenemos la oportunidad de hacerlas, solo se hace lo que yo pienso».

Acerca del poder, el historiador José Luis Rénique señala «una política bastante fragmentada, muy caníbal, donde existe, más que una noción de ganar al rival en un marco institucional colectivo, la noción de “cómo aniquilo a mi rival para ponerme en la situación de primacía”». Pilar Mazzetti, probablemente desde la experiencia, ilustra la tesis: «Los ministros duran poco tiempo porque alguien tiene interés en que salga, le genera una bombita y lo saca». Ricardo Uceda, por su parte, echa de menos en la política peruana «gente que se plante», que sepan decir no.

La superficialidad de los intercambios puede conducir a la incomunicación. El lingüista Mario Montalbetti observa que hoy en el país «la verdad no se discute [...] La verdad ya no es algo que puedas decir, elaborar; decir que la verdad ya no pasa por el lenguaje es muy grave». Preguntado por el proceso degenerativo del habla en el país, afirma: «Es un castellano que ya no distingue, que no hace diferencias, que casi no refiere [...] Uno de nuestros problemas serios es la degradación del lenguaje

y, por lo tanto, la degradación de formas de pensar más o menos establecidas, de argumentar razones, contrastarlas». Como expresión del fenómeno, «en estas elecciones no se debatió nada, absolutamente nada, entre otras cosas porque —me da la impresión— no tenemos el lenguaje para hacerlo». «El lenguaje oral [...] ya no es un instrumento de comunicación entre nosotros». Y la razón puede estar en que «Nos comunicamos de otras maneras, más violentas, más primarias, más físicas, más visuales. Eso puede estar ocurriendo [...] hay un gran desgaste del lenguaje y una gran desconfianza». El proceso de devaluación del lenguaje oral se utiliza como recurso perverso: «puedes decir lo que quieras, después dices: “me entendieron mal”».

Con la mirada comparativa de quien ha vivido en distintos lugares, Juan Carlos Verme sostiene que en el Perú «no hay ningún desarrollo del pensamiento que favorezca el pensamiento crítico e independiente. Aquí nos encanta ser parte del redil, somos el redil de la Iglesia o, más bien, son el redil de la Iglesia y de un montón de cosas más». Una condición necesaria para formar parte del redil es «este tipo específico de deshonestidad que es la hipocresía. En el Perú la gente es tremendamente hipócrita» y padece «la falta de coraje que es caldo de la hipocresía». El rasgo fue ilustrado por Ramiro Llona al referirse a «esas típicas situaciones limeñas donde todo el mundo lo sabe, todo el mundo lo critica pero todo el mundo sigue participando».

No obstante ser ese el paisaje retratado en las conversaciones, aparecieron también algunos puntos en sentido contrario. Así, Jorge Nieto anuncia «signos de una moral distinta en la vida pública, que comienzan a aparecer». Moisés Lemlij es más específico: «a pesar del caos total se siguen ciertas reglas fundamentales. Atropellas al pobre hombre que está guiando el tráfico pero la gente se escandaliza. No es que tú te quedes tranquilo viendo que lo han atropellado. Dentro de todo, a pesar de que tú sacas tu chaveta, hay sicariato y grupos que son delincuenciales, el resto de la población tiene ganas de convivencia»; en otras palabras, «Hay ganas generalizadas de tranquilidad y de paz con accesos ocasionales de desarticulación». Juan Carlos Verme hace una comparación igualmente sugerente: «que de un país como el de 1988, sin futuro, sin presente» se ha pasado «a uno donde hay gentes que tienen expectativas, sueños, orgullos en el buen sentido de la palabra y que pueden hacer planes muy constructivos». Y el politólogo Alberto Vergara ratifica su tesis de la existencia de ciudadanos en busca de una república: «En el país hay un conglomerado importante de gente que no son unos cínicos, que no les da igual las instituciones, que no creen que el Perú debe ser un país chacra, combi y que todo lo que importa es crecer, sino que hay una preocupación por vivir en un país más desarrollado [...] hay unos ciudadanos sin república, una ciudadanía buscando la construcción de instituciones republicanas», expresión de lo cual sería el resultado de las elecciones de 2016: «En la segunda vuelta se ha impuesto una preocupación por el Estado de derecho

y, en consecuencia, porque el país no caiga en manos de un combo de narcotráfico, prepotencia y arbitrariedad».

¿Son distintos los jóvenes? Cada generación que envejece denigra a la generación que se incorpora a la vida adulta. El cronista trató de vencer su propio prejuicio al respecto e indagó por quienes son jóvenes hoy en esta tierra, a quienes no conoce. Ya había sido sorprendido al encontrar pacíficamente movilizados a miles de jóvenes que en diversas ciudades del país rechazaban una de las candidaturas presidenciales, distanciándose de toda indiferencia respecto de lo que ocurre en el país y, concretamente, en la política. Carmen Lora aclara el cuadro: «Los chicos pueden ser críticos, pero no consideran que esa crítica va a cambiar las cosas». Crítica pero realismo y ausencia de utopías. Las movilizaciones no tienen permanencia; las formas de vinculación de los jóvenes tienen que ver con determinadas circunstancias y no los comprometen a largo plazo: «Ahora los jóvenes no tienen una pertenencia colectiva; pueden integrar redes, colectivos culturales o conciertos, pero no es un tipo de pertenencia estable ni una pertenencia sostenida», argumenta Lora. Desde la experiencia universitaria de la Católica, Javier de Belaunde retrata a «un alumnado muy esforzado» que cree que «su futuro profesional depende de los estudios», probablemente porque para estos estudiantes es posible cumplir su profecía: efectivamente el camino que les espera es ese. Detrás de tal esfuerzo, precisa Belaunde, «Hay una actitud individualista muy marcada». No obstante, Jorge Nieto añade un matiz importante: «Ha aparecido este valor de la autenticidad entre los jóvenes», valor que ratifica Carmen Lora al precisar: «Buscan ser auténticos: hacer lo que dicen». En esa misma dirección, Felipe Ortiz de Zevallos destaca el compromiso de muchos jóvenes con proyectos que buscan servir a otros.

DISCRIMINACIÓN Y DESIGUALDADES, HOY

Pedro Pablo Kuczynski, poco después de instalarse como presidente, declaró en una entrevista: «Este país es aún muy retrógrado. Los líderes de los *business* todavía hablan de los cholos, están en el siglo XIX y hay que empezar a cambiar eso» (*El País*, 8.8.2016). La historia de la discriminación en el Perú es larga, amplia y cruel. Rosario Bazán confió algo de su historia personal: «Vine con mis trenzas y en la escuela las niñas de mi edad se colgaban de mis trenzas a la hora del recreo, me decían: “serrana” [...] ese sentimiento de desprecio al ser serrana me causó dolor». Llevando el tema al presente, la empresaria se pregunta por qué entre los peruanos no nos aceptamos precisamente por esas diferencias. Hasta qué punto, pues, subsiste la discriminación como un rasgo de la sociedad peruana y sobre qué bases se ejerce.

Carmen Lora le atribuye raíz étnica y consecuencias de pobreza: «Si tienes determinados rasgos raciales vas a estar en menores posibilidades, tu abanico de posibilidades disminuye y se restringe la posibilidad de salir de la pobreza en términos económicos». Para Wilfredo Ardito, lo étnico opera como un primer cedazo del proceso de discriminación, la vestimenta traslucirá determinado nivel económico y, luego, al escuchar cómo habla, el nivel de educación del sujeto evaluado se pondrá de manifiesto; pero, como pauta inicial, «los rasgos físicos son algo muy importante para atribuir determinada conducta, comportamiento o mentalidad al otro». Todo ello constituirá el cuadro de referencia para «situar» a la persona e imponerle un lugar jerarquizado, por encima o por debajo de quien lleva a cabo, en un proceso rápido y a veces inconsciente, la «calificación» del sujeto. Carmen Lora lo explica: «Estás ante una persona, la miras y hay como una especie de *chip* en tu cabeza —que es inconsciente— que reconoce determinados elementos, entre los cuales están los rasgos étnicos, y te ubica frente a la persona de una manera dada, automáticamente».

La discriminación está dotada de diversos componentes que el discriminador pesará de varias maneras; el racismo mantiene cierta gravitación entre ellos. «Cuando he trabajado con mujeres, la discriminación entre las que venían de la sierra y las que venían de la costa era enorme; la discriminación entre las andinas y las mujeres negras era terrible: no aceptaban que una dirigente fuera negra», atestigua Carmen Lora. Estamos ante un racismo múltiple, que enfrenta a diferentes orígenes, y es mutuo: en el encuentro entre dos sujetos, ambos son discriminadores y discriminados. Se podría pensar que el racismo encubre el temor al diferente, que es un viejo rasgo primitivo, de no ser porque en el Perú también existe el racismo con quien se parece a uno mismo, como recuerda Wilfredo Ardito, lo que incrementa la complejidad del fenómeno. Además, precisa el propio Ardito, la idéntica étnica es contextual: el nivel de «blanco» de uno depende del que tiene su interlocutor.

En medio de un proceso social en el que acaso los mayores cambios se dan en aquello que es aceptable decir o escribir, las afirmaciones racistas son mucho menos frecuentes. Jorge Nieto observa: «Hay claramente un prejuicio de origen étnico en retirada. El ‘indio de mierda’ que se podía decir en 1960 a plenitud, a voz en cuello, hoy nadie se atreve a pronunciarlo». Se vive en un clima social en el que blandir el racismo como argumento es, más que ineficaz, contraproducente. La vieja expresión «indio de mierda», precisa Nieto, «puede seguir estando en la esquina derecha de los cerebros de gentes de las clases altas pero ya no puede avergonzar, porque el estigma se invertiría: no perjudica a quien se le dice sino al que lo enuncia». No obstante, en el ámbito de lo que sí es explícito, el racismo se atrinchera en el ideal de belleza, acota Ardito.

Lo nuevo no se limita a lo «políticamente correcto», que es donde parece haber ocurrido el mayor cambio, cuando menos para hacer más sutil la discriminación. También ha aparecido gente que se rebela y dice: «Debo ser tratado igual que tú», apunta Carmen Lora. En parte, esa actitud se basa en que «cada vez hay más personas con dinero y educación que no tienen los rasgos característicamente más blancos», como sugiere Ardito. Sin embargo, incluso entre quienes no aceptan ser situados por debajo del otro, parece subsistir la necesidad de diferenciarse y jerarquizar. Esta necesidad puede ser satisfecha mediante la aplicación de un rasero racial o uno económico, que en la actualidad parece haber cobrado mayor importancia, pero la actitud alimentada por esa necesidad de desigualar se resiste a cambiar.

Si la discriminación mantiene determinada vigencia, ¿qué igualdad es posible entre los peruanos? ¿Nos estamos haciendo iguales hasta cierto punto, en medio de los cambios ocurridos en el país? En la realidad misma subsisten las desigualdades. En palabras simples lo observa Ramiro Llona: «Sales a veinte minutos de Lima y ya encuentras otro país». Carolina Trivelli, quien fue responsable del Ministerio de Desarrollo e Inclusión Social, afirma la magnitud de la desigualdad frente a la cual los cambios resultan limitados: «Las diferencias son infinitas y ese incremento en los niveles de vida o los niveles de consumo de las personas más pobres da saltos cuánticos, pero es pasar del sótano 15 al sótano 3». Para la empresaria Rosario Bazán, «la mayor brecha está en la calidad de educación»; con ella concuerda el profesor Javier de Belaunde: «La formación escolar pesa». En suma, «En el Perú sigue importando dónde uno nació, cómo es la familia en la que uno nació, qué idioma hablaban en la casa, qué tipo de casa tenía. Eso influye en lo que uno va a poder hacer en la vida y en la posibilidad de obtener el acceso a tocar una puerta, ni siquiera digo a entrar», concluye Carolina Trivelli.

«Las distancias que existen entre alguien de Miraflores y alguien de Chumbivilcas no son solamente económicas. Son mucho más profundas. Esa fractura que no se ha resuelto, que está ahí y rebrota constantemente, hace que estos sectores no se sientan en disposición de establecer algún puente con alguien que no sea de su propio entorno», sostiene Alberto Gálvez. Al referir la incapacidad de determinados alumnos de una universidad privada para compartir la cotidianeidad con los desiguales, Wilfredo Ardito ilustra la brecha comunicativa creada por la desigualdad. «Son mundos separados» afirma tajantemente la antropóloga Jeanine Anderson.

Carolina Trivelli explica que desde Lima «no te das tanta cuenta de que hay esas tremendas inequidades y de que esos peruanos, que viven en otras zonas y en otras condiciones, son tan peruanos como tú»; sin embargo, Carmen Lora hace notar que, en distritos como Miraflores, se producen encuentros entre quienes tienen «niveles de vida altísimos» y quienes están situados en estratos muy inferiores,

que «Es gente que debe comparar lo que es su vida con la vida que pueden tener las personas que consumen en esos lugares» y en la que quizá se genera «una cierta rabia debida a que la pobreza es más hiriente porque hay una desigualdad muy fuerte».

Pero quizá la barrera no reside solamente en las desigualdades existentes sino en algo más profundo, que consiste en cierta resistencia a la igualdad misma: «La idea de que en el Perú todos nos reconozcamos como iguales y tengamos los mismos derechos, no vende mucho; la gente prefiere saltarse la cola, si puede. Cuando dices: “Hagamos algo en lo que todos seamos iguales”, te dicen: “No, yo no quiero ser tan igual, yo sí quiero saltarme la cola”. [...] Está bien ser iguales, pero no a costa de perder mis privilegios o mi posibilidad de sacarle la vuelta a las reglas», afirma Carolina Trivelli.

En Lima se exhiben y se encuentran muchas desigualdades —aunque probablemente en ella no estén representadas las escaseces y carencias más extremas del país— pero existe un «todo Lima» cuyos actores han ido cambiando con el tiempo y que, como anota un conversador, hoy no son los personajes de *Un mundo para Julius*, de cuyos pares dice Ramiro Llona que «se miraban entre ellos». Existe una Lima circunscrita, que no ha desaparecido ni se halla arrinconada involuntariamente en la playa de Asia. Es la Lima en la que «uno se mueve», dice Ramiro Llona, «que es muy pequeña» y se cita en los restaurantes de moda. A esa Lima, que sigue contando mucho y es el emblema de la desigualdad, se refiere probablemente Jorge Nieto: «Nuestra Lima es una Lima que, como te he dicho, muchas veces envilece; no comprende porque cree, con absoluta convicción, tener la razón y la verdad. Cuando relativizas esa verdad y la colocas en el gran concierto de lo que verdaderamente es Lima y lo que es el Perú, te das cuenta de que es bien parcial». Resume Ramiro Llona: «Nosotros, en mayor o menor medida, estamos de espaldas a toda esa realidad» del país.

Si el elenco inmortalizado literariamente por Alfredo Bryce ya no existe en la realidad, ¿qué es lo nuevo? Juan Carlos Verme responde: «En los últimos cuarenta [años], veo un cambio favorable, veo más oportunidades». Jorge Nieto utiliza imágenes: «Cuando ves la protesta de un muchacho en la puerta de una discoteca porque no lo dejan entrar debido a que es de otro color, y gana, ves que algo está cambiando. Cuando los que hacen programas de televisión se ven obligados a poner gente de otro color porque si no es demasiado evidente y los denuncian, algo ha cambiado». Esas imágenes apuntalan su conclusión: «En general, hay una mayor valoración de los derechos de la gente, debida a la gente misma». Con él concuerda Carmen Lora al referirse a la subsistencia relativa de ciertos criterios sociales añejos: «Lo que es interesante es que eso, ahora, se discute. Cuando nosotros éramos jóvenes, eso era el sentido común. [...] Hay una mayor expresión de estas situaciones, la gente

lo expresa más que antes, expresa más el hecho de ser discriminados». Discriminación y desigualdad no tienen la legitimidad que supieron tener cincuenta años atrás. Si bien se mantienen hechos y actos de esas especies, son impugnados y denunciados, sometidos a juicio —socialmente pero también en los tribunales—, combatidos y rechazados. Se acabó la resignación típica del viejo orden.

No obstante, advierte Lora, ese dato «tienes que combinarlo con la idea de que eres pobre por tu culpa, que viene desde el pasado pero se ha hecho más fuerte con el crecimiento económico: el pobre es el ocioso. En sectores populares eso es muy fuerte». Según esta nueva mentalidad, la pobreza no es resultado de un orden social sino una consecuencia del comportamiento del sujeto: flojo o falto de iniciativa, borracho o vicioso. «Si eres pobre es por tu culpa y si tienes dinero ¡qué bien!», anota Ardito. El cambio deslegitima también la lucha «de los pobres», dado que ahora ellos son culpables.

¿CUÁNTO HA CAMBIADO EL MUNDO PARA LA MUJER?

La imagen de la que partió el cronista es la de un machismo de siglos y, al mismo tiempo, un cambio objetivo en las condiciones de vida de muchas mujeres. Buscó, primero, rastros del machismo en la experiencia de tres mujeres de cierta relevancia que forman parte del repertorio de conversadores. Una ex ministra, una actual rectora y una destacada empresaria. Sus respuestas no coinciden. Pilar Mazzetti y Fabiola León-Velarde dicen no haberse enfrentado al machismo y, en consecuencia, no tuvieron que vencerlo. «Nunca he tenido problemas por ser mujer», enfatiza Mazzetti. Rosario Bazán, en cambio, dice haber encontrado una serie de actitudes machistas, desde ignorarla hasta agredirla con chistes sexistas pasando por confundirla con una secretaria. Esto, advierte, no le ha ocurrido en el extranjero. Concluye: «Estamos en una sociedad machista, donde todavía hay bloqueos para que una mujer pueda desempeñarse». Fernando Palomino provee involuntariamente una prueba cuando dice haber actuado en «el rol de padre» respecto de sus subordinadas.

El cronista buscó entonces balances menos personales. El de Carmen Lora es bastante abarcador: «Las mujeres han logrado conquistas importantes y, aunque sigue habiendo una discriminación —que hoy se expresa sobre todo en violencia— hay cambios significativos». Estos cambios provienen, en buena medida, de la educación: «El acceso a la educación es sumamente importante y ayuda mucho a una experiencia más igualitaria. En las estadísticas de mujeres que sufren violencia, en las adolescentes que se embarazan, ves que generalmente tienen menos nivel educativo. La educación es un elemento que permite a las mujeres hacerse respetar y encontrar nuevos horizontes de desarrollo».

Roxana Vásquez admite el adelanto de la mujer en el campo del acceso a la educación y al trabajo pero lo considera insuficiente; en particular, las cifras sobre el trabajo femenino pueden ser engañosas: muchas mujeres trabajan en empresas pequeñas, incluso familiares, y no reciben una remuneración como trabajadora sino como miembro de la familia que colabora en el esfuerzo del grupo. «Son trabajos de sobrevivencia», apunta. Y en el terreno familiar, deben atender la mayor parte del trabajo doméstico. Vásquez introduce un criterio diferenciador de los logros en la situación de la mujer: «para algunas avanza mucho y para la gran mayoría, muy poco».

Si se pasa al nivel de las instituciones, Jo-Marie Burt apunta que en los treinta años que conoce el país, una participación de la mujer «casi invisible» ha quedado atrás. Hoy, la mujer no solo está en los movimientos sociales, que fue el comienzo, sino que hay primeras figuras en la política nacional. En palabras de Carmen Lora: «Hay un reconocimiento de que las mujeres pueden estar en el espacio público»; en las dirigencias sociales, «hay una diversidad de mujeres líderes mucho mayor, en términos de orígenes, de trayectorias, que vienen de otros lados del país y no solo del sector costero, más urbano, como fue en el origen. Y, sin duda, en los medios profesionales hay también una presencia importante de mujeres que están ocupando cargos como rectorados, o presiden gremios profesionales y empresariales, o destacan en la investigación científica».

Roxana Vásquez reconoce todos esos signos del cambio y concluye en que las mujeres se encuentran «en una situación de tránsito, entre aquello que han aprendido de pequeñas y lo que escuchan y ven como signo de modernidad». Su valoración solo relativa de los cambios guarda relación con la escasez de modificaciones en los roles de hombre y mujer. Concuera Carmen Lora, para quien pervive la subordinación de la mujer en la familia y el control del hombre se ejerce a través de «una violencia, que puede ser psicológica, no necesariamente física». En suma, «la manera de establecer los roles sigue igual». Discrepa Jeanine Anderson, quien también reconoce cambios en el terreno de los roles de hombre y mujer, pero considera que el hombre sigue apropiándose de prestigio y reconocimiento.

Los temas situados en la frontera del enfrentamiento en torno a la reivindicación de la mujer son la violencia que padece y la opción del aborto para los embarazos no deseados, según plantea Jeanine Anderson. Precisa Roxana Vásquez que la violencia contra la mujer «es la expresión más evidente de cómo la igualdad no avanza»; esto es, «si a las mujeres de distintos sectores sociales y edades todavía les siguen pegando, por mucho que tengan un buen trabajo, si todavía en el interior de sus hogares mantienen relaciones de dominación en distinto grado y estilo [...], las mujeres seguimos estando muy jodidas». No habiendo datos confiables acerca de si se ha producido un aumento de la violencia o un incremento de denuncias, Vásquez admite

que los cambios ocurridos y la conciencia del derecho a la igualdad en la mujer «pueden haber generado más tensiones en las relaciones de pareja, en los acomodados de los roles». Si se compara el cuadro actual con el de hace pocas décadas, «ahora es posible separarse, divorciarse» y probablemente «menos mujeres se dejen maltratar», acepta. En este contexto, quizá la violencia del hombre contra su pareja sea una torpe respuesta a esos cambios, guiada por la pretensión de imponer las viejas reglas a como dé lugar.

El debate sobre el aborto y las posiciones que comparecen en él exhiben cuán conservadora sigue siendo la sociedad peruana, hasta un punto tal en que actualmente ni siquiera se logra consenso para despenalizar el aborto por violación. Para Roxana Vásquez, es que «todavía se sigue concibiendo a las mujeres en última instancia como vientres, receptáculos de vidas que resultan ser más importantes que las de la madre». La movilización de mujeres en torno al asunto del aborto enfrenta resistencias de todo tipo, incluidas las de sectores religiosos, dada la ausencia de una tradición de pensamiento liberal en el país, como apunta Juan Carlos Verme.

Como telón de fondo de estas confrontaciones, Jeanine Anderson constata que «sigue habiendo una gran brecha entre, de un lado, el feminismo y el movimiento de mujeres [...] y, de otro lado, las mujeres que más sufren en silencio». Si bien es verdad que también en este caso ha cambiado mucho lo políticamente correcto y, por ejemplo, es difícil imaginar que en público un hombre reivindique el golpear a su mujer, en el terreno de los hechos los cambios enfrentan oposiciones silenciosas que se hacen explícitas cuando se trata del aborto o cuando, como ocurrió en 2016, una decisión judicial dispuso que el Estado debe hacer accesible la llamada píldora del día siguiente.

¡EMPRESARIOS DE OTRA RAZA?

Kimberly García es huancaína y tenía veintidós años cuando fue a los juegos olímpicos de Río, en agosto de 2016, para competir en marcha femenina de veinte kilómetros. Entre 74 competidoras llegó en el puesto catorce; segunda entre las latinoamericanas. Ganó grandes titulares en televisión y diarios peruanos. La atleta dijo a la prensa que, pese al alentador resultado, posiblemente deje el deporte porque buscó alguna empresa que la patrocinara, no tuvo respuestas y ella misma tuvo que costear su participación: «Alguna empresa o *sponsor* que se haya sumado a este sueño no ha habido. He mandado mi currículo pero no te dan respuestas. [...] Ya me cansé de pedir apoyo. Me tengo que financiar absolutamente todo» (*El Comercio*, 20.8.2016).

Hasta hace poco el cronista hubiera leído la noticia y su reacción hubiera sido: «Los empresarios de siempre...». Pero tres meses antes habían tenido lugar las conversaciones

de este libro y cuando el cronista trazó esa imagen del empresario despreocupado del país y centrado en hacer dinero, Óscar Espinoza Bedoya la rechazó como una «leyenda negra» que, construida por la prédica equivocada de políticos y sindicalistas, «no tiene nada que hacer con el común de los empresarios» que «calladamente, en forma seria, persiguen generar sus legítimas utilidades, en actividades legítimas». No fue la misma visión que transmitió esa empresaria exitosa que es Rosario Bazán cuando narró cómo los esfuerzos de su empresa para invertir en el recurso humano habían merecido, de sus pares, «un jalón de orejas». Esos mismos empresarios, cuando tuvieron que encarar la situación creada por la formación de sindicatos en sus compañías, «¡Imagínate que pidieron apoyo al Ministerio del Interior para que enviasen policías! [...] Lo que estaban haciendo era aplicar la fuerza, en este caso policial, para contrarrestar y detener todo el malestar y el reclamo de su gente, que pedía cosas elementales y básicas». En el testimonio de una empresaria importante volvió así la «leyenda negra» acerca de los sectores poderosos del país que, según apunte de Alberto Gálvez, han tenido históricamente mucho miedo de la población mayoritaria.

La empresa de Rosario Bazán está regida por otros criterios: «Tratar bien a las personas, invertir en su capacitación y en programas que preserven su salud física y psicológica reduce una serie de costos escondidos». No se trata de beneficencia o caridad; esta visión entretiene respeto a los derechos laborales, reforzamiento a la autoestima del trabajador y mejoramiento de la productividad mediante la identificación con la empresa. Concretamente, el hospital que la empresa provee conduce a que «el ausentismo y la rotación disminuyan». Más ampliamente, las personas de la empresa, «al estar preparadas y sentirse identificadas y motivadas, elevan su nivel de productividad y están siempre dispuestas a asumir desafíos que a la postre impactan positivamente en nuestra rentabilidad». Si bien otros empresarios no entendieron al principio lo que se hacía en la empresa de Rosario Bazán, terminaron por aceptarlo y en 2012 ella fue elegida presidenta de la Cámara de Comercio y Producción de La Libertad. El cambio parece admitirse bajo el criterio enunciado por Óscar Espinoza Bedoya: «El principio de equidad hace que cuando los resultados van bien, a todos nos debe ir bien y eso la gente lo aprecia».

¿Cuán extendido se halla este nuevo enfoque? Imposible saberlo a partir de unas cuantas entrevistas. Juan Carlos Verme recuerda con detalle el impacto del régimen de Velasco sobre el empresariado peruano y previene: «De allí venimos, de allí viene esta actitud más recelosa —a veces retrógrada, frecuentemente pacata—, pero hasta un punto justificadamente paranoica». Aún persisten los efectos de la escaldadura; al indagarse por las resistencias encontradas entre algunos empresarios para conversar con alguien que no pertenece a su estamento y para declarar públicamente sobre

asuntos que no sean los de la empresa, Óscar Espinoza Bedoya admite: «Hay mucha suspicacia, porque se piensa que van a criticarte por tu manera de pensar y dicen: “¿Para qué me expongo a que me critiquen? Yo tengo mi manera de pensar y no quiero que las discrepancias puedan afectar mi negocio”».

Al mismo tiempo, en las conversaciones surgieron evidencias de un creciente compromiso empresarial con emprendimientos sociales y culturales. Espinosa Bedoya mostró el caso de la inversión de recursos, «sin retornos», en el nivel de educación superior. Juan Carlos Verme se refirió al aporte sostenido en el Museo de Arte de Lima.

Una pista respecto a los cambios fue propuesta por Juan Carlos Verme: «Veo grandes diferencias generacionales entre los mayores y los menores. Que esa diferencia sea tan grande me hace pensar que vienen tiempos de grandes cambios en el estamento y en la forma de pensar de los empresarios. Veo discusiones en unas empresas más que en otras pero en alguna empresa muy importante, donde soy director, veo discusiones de pronto muy abiertas, muy críticas sobre posturas empresariales propias y sobre cómo cambiarlas». El politólogo Alberto Vergara también advierte diferencias, a propósito de las elecciones de 2016: «Esta elección confirma esa divergencia entre una derecha empresarial, más joven, tecnocrática, muy limeña también, y una derecha más vieja, partidaria, más politizada y con más tolerancia a la corrupción».

En suma, los empresarios son actores que están efectuando un cambio acerca del cual los conversadores elegidos —que están lejos de constituir una muestra representativa pero, con peso propio, tampoco parecen ser *rara avis* entre los suyos— dijeron bastante. Podría aventurarse que estamos ante el surgimiento de una burguesía que Haya de la Torre buscó tan afanosa como infructuosamente, para que fuera su aliada contra los intereses imperialistas, y que Velasco intentó sin éxito alumbrar a la fuerza. En el marco de la globalización no es la «burguesía nacional» que el marxismo conceptualizó para otra época. «La liberación comercial y la apertura de mercados externos benefician de manera directa al pujante sector de la exportación no tradicional», observa Luna y, como consecuencia, viejos y nuevos empresarios se han internacionalizado en un mercado muy amplio. Gracias a esa redefinición, las viejas ‘contradicciones’ y el juego de suma cero —en el que la mejora de uno equivalía inevitablemente a la pérdida de otro— han cedido paso a intereses formulados de manera muy diversa y han ensanchado los espacios disponibles a inversionistas, trabajadores y empleados por cuenta propia. Por ejemplo, anota el propio Luna, «los grandes almacenes que se han expandido por todo el país mediante la inversión extranjera generan empleo, ofrecen diversos servicios y articulan extensas redes de proveedores y eslabonamientos internos». Esa dinámica ha acrecentado el peso

relativo de una clase media cuya capacidad de consumo alcanza niveles sin precedentes en el país. El empresariado percibe que esa mejora beneficia su actividad; de allí que, cuando menos, un sector de él no se oponga al cambio social.

Acaso esa renovación de fondo explique que en el proceso electoral de 2016 Keiko Fujimori no encontrara el apoyo abierto del empresariado, como el que logró su padre veinticinco años antes, con ocasión del autogolpe del 5 de abril. En la circunstancia electoral, la orientación y el posicionamiento de medios cercanos al empresariado —como *El Comercio* y *Semana Económica*— apuntaron en una dirección en la que coinciden una vocación democrática, la preocupación por el edificio institucional y el rechazo firme a la corrupción. Las diferencias internas entre los actores empresariales —que merecen la atención de los investigadores— todavía deben ser muy grandes pero la aparición, con cierta fuerza, de esta raza de empresarios se impone como un hecho nuevo en la escena pública. Incluso es posible que, después de todo, Kimberly García no tenga que dejar el deporte.

¿CUÁLES SON LOS LÍMITES DEL PAÍS?

Imposible saberlo a ciencia cierta. Lo que sí puede explorarse es la imagen que los peruanos tienen de esos límites. La conversación con el historiador José Luis Rénique introdujo una interpretación novedosa de esa conciencia nacional: «Se ha construido una memoria tan fuerte del Perú como disminuido, como el país de las ocasiones perdidas, como el país jodido», para lo que se adoptó una filiación imperial y luego virreinal, esto es, «un trasfondo glorioso con respecto al cual, todo lo que viene será visto en clave de pérdida». Para Rénique, esa «construcción» se completó «desde la literatura, Reynoso, Congrains o Vargas Llosa invitaban a leer el pasado como una suma de frustraciones». En suma, «el no habernos dotado de una visión realista y sin complejos de nuestro pasado nos ha condenado a fluctuar entre la oda al pasado glorioso y la más absoluta condena a todo lo hecho».

El cronista ignora cómo viven griegos o egipcios sus propios antecedentes civilizatorios pero se pregunta: ¿no es el Perú el país que perdió todas las guerras —salvo la campaña de 1941 en Ecuador—, es vencido en las grandes competencias deportivas —o sus jugadores se dejan derrotar como ocurrió en Argentina en 1978—, ha visto el fracaso de sucesivos esfuerzos de construcción del Estado nación, desde el siglo XIX en adelante? ¿No es el Perú un país en derrota? Para Rénique la percepción de derrota es resultado de una construcción histórica «que nos ha llevado periódicamente a requerir de utopías, de ideas unificadoras, que coadyuven a la ‘salvación’ de un Perú crónicamente al borde de la disolución». Algo de la visión de Rénique aparece en el descubrimiento que sorprendió a Juan Carlos Verme cuando Sendero Luminoso

empezó a actuar: «Se nos repetía como mantra certero que el Perú en la época incaica había sido una sociedad feliz donde no se robaba, no se mataba, no se holgazaneaba y no se mentía. Había crecido y pasado de mi niñez a mi primera adolescencia en esa mitología hasta que comenzaron a colgar perros y a poner bombas».

Acaso el Perú necesite una historia diferente pero los resultados de sus casi doscientos años de vida independiente exhiben ciertos límites, que pueden ser comprobados en cualquier ámbito. En particular, en la educación. Rénique admite: «Tenemos un sistema educativo que fue de más a menos, década tras década» y Ramiro Llona lanza una hipótesis que él mismo parece reconsiderar: «Acá pareciera que se ha tratado siempre de mantener a la gente en un nivel educacional muy bajo que permita mano de obra barata. Es difícil decirlo porque es de tal mezquindad e ignorancia».

Jorge Nieto se fue del país para ver algo distinto y aprender; se enteró entonces de que había una evolución en las izquierdas en el mundo. Desde su dedicación a la pintura, Gerardo Chávez explica por qué se fue del Perú: «No había museos importantes, en los que puedas aprender». De manera equivalente, Ramiro Llona argumenta: «Me fui a ver pintura. Es como si quisieras ser escritor en el Perú y solo pudieras leer a Vargas Llosa, a Cueto, a Ampuero y nunca pudieras leer a Faulkner, a Sartre o a Philip Roth. Ese es el drama de los pintores peruanos: un artista nunca va a poder ver un Cézanne, un Matisse».

El drama puede no ser solo de los pintores; es de los peruanos. «Lo que pasa es que el Perú es muy pequeño [...]. Si hay cuatro sitios y veinte personajes que son los que manejan la movida, eso va a parametrar», comprueba en la actualidad Ramiro Llona, al lamentar lo que ocurre en la relación entre mercado y arte en el país. La sociedad «sigue estando fragmentadísima» para Alberto Vergara. Gerardo Chávez se duele de la mediocridad prevalente, que le aconseja pasar algunos meses del año en Europa.

Interrogado sobre la mediocridad de la dirigencia en el país, Verme la admite. Para Uceda es evidente, aunque predice que eso va a cambiar. Felipe Ortiz de Zevallos, escoge las palabras con cuidado: «No se puede negar que en el Perú hay un déficit relativo de clase dirigente». Y Javier de Belaunde apunta a un rasgo negativo: «la autoridad no se puede ejercer únicamente mandando».

La mediocridad dirigente puede leerse también como falta de liderazgo, en la que insisten Carolina Trivelli y Pilar Mazzetti. En el terreno de la política, Alberto Vergara apunta que los liderazgos no han sido suficientemente sólidos y el país ha padecido a «esos viejos dinosaurios derechistas, que obviamente solo están pensando en su interés personal y de corto plazo». No obstante, el politólogo advierte que hay una generación nueva, «con muchos más recursos para, sin dejar de ser de derecha, no tener por qué sentir que se está sometido ni al fujimorismo ni a Lourdes Flores

ni a Alan García ni a un tipo de liderazgo que, creo, es percibido como viejo y provinciano». No obstante, un sector tecnócrata y burócrata en expansión parece manejar el Estado al margen de los avatares de la democracia electoral y de los políticos que optan resignadamente por «me quedo con mi Congreso, tengo mi sueldito y no aspiro a jugar un papel relevante en las políticas públicas, sino aspiro al navajeo político cotidiano y a aparecer en los medios de comunicación», según Alberto Vergara.

En definitiva, la peruana es una sociedad «tan conservadora y poco laica», según el decir de Roxana Vásquez. A ella se suma Juan Carlos Verme: «temas como el matrimonio homosexual al que te referías antes, pero también la despenalización del aborto o la educación de calidad para todos, el Estado verdaderamente laico, la equiparación de géneros; los típicos temas de izquierda o de centro liberal en cualquier país de occidente, que aquí brillan por su ausencia». Es el país al que el recién instalado presidente de la república, Pedro Pablo Kuczynski, ha considerado «aún muy retrógrado».

El presidente puso como ejemplo a los empresarios que cholean pero probablemente mucho más relevante es el papel de la Iglesia católica, que según Jeanine Anderson ejerce cierto control sobre políticas y programas de gobierno y enfrenta combativamente, con el cardenal Cipriani a la cabeza, a diversos movimientos sociales. Para una militante católica este rasgo de la Iglesia tiene consecuencias: «Que la idea tradicional esté regresando cambia mucho la manera como la gente se ubica frente a lo católico» y pone como ejemplo la ubicación de la institución, en términos de respeto ciudadano, que acreditan las encuestas: «En las décadas de los años ochenta y noventa, la Iglesia estaba en primer lugar; hoy día es la RENIEC y la Iglesia Católica está algunos lugares más abajo».

Por último, Alberto Vergara pone de manifiesto lo incierto e imprevisible de la situación actual: «No hay nada real que proteja o consolide lo ganado». Un juicio que lleva a pensar en el país de arena al que se refería Jorge Basadre, en imagen que alude a lo transitorio o percedero de logros y éxitos, y que acaso retrate el límite más severo del Perú.

¿CICATRIZARÁN LAS HERIDAS?

En el Perú las heridas tardan mucho en cerrar, si es que cierran. En los diálogos de este libro aparecen referencias a la herida abierta con la llamada Guerra del Pacífico, hace más de un siglo, y que no sabemos a ciencia cierta si ha cerrado o ha cerrado en falso. En el curso de las conversaciones se habló también de otras dos heridas. La primera, abierta con el golpe militar del 3 de octubre de 1968, permanece abierta en el nivel de las ideas y, bastante menos, en el de las emociones. En cambio la segunda,

que corresponde al periodo del conflicto armado interno que Sendero Luminoso inició en 1980, además de ser profunda está claramente abierta y es muy dolorosa.

El gobierno del general Juan Velasco Alvarado abrió heridas en un sector social que no había sido afectado antes en nuestra historia por los ultrajes, agravios y afrentas que muchos padecieron sin que constituyeran noticia. Quizá por esa razón ese gobierno ha sido denostado por diversos actores políticos en el país. En las conversaciones, solo uno de los interlocutores, Ramiro Llona, confiesa simpatías por ese intento: «Creía mucho en que se podía cambiar el país, era medio velasquista a los inicios. Me gustaba la idea de que se iba a transformar el país y podías aportar a eso». Gerardo Chávez trata de balancear su referencia a Velasco: «Él da un lugar a su pueblo, a su gente, a los indígenas; les hace sentir que Lima también es de ellos», pero matiza: «tal vez ha cambiado con cierta equivocación o precipitación». Jeanine Anderson sugiere cierta decepción cuando pudo comprobar que «el Perú no es el país de los discursos de Juan Velasco Alvarado» y la promesa del cambio no alcanzaba suficiente realidad. Wilfredo Ardito sostiene que con esa etapa hay una mayor visibilización de una serie de sectores y para José Carlos Agüero en ese periodo surge el sentimiento del derecho a la igualdad, pero precisa: es «la época de Velasco. No es solo el gobierno sino lo que pasa alrededor». Alberto Gálvez es quien, viniendo de una oposición manifiesta al gobierno militar en su época, ofrece una revisión completa del balance: «En la izquierda en general hay una valoración distinta de Velasco, una mirada como el único momento de afirmación o de intento de afirmación de un Estado nación en la república. Que no tuvo todo, que se equivocaron en cosas, en fin, pero es un intento de construir un proyecto autónomo, soberano. Es algo muy valioso, uno de los grandes capítulos de la historia».

Responde a esa tesis Jorge Nieto: «Fue un gobierno que en su momento combatimos y ahora veo a toda mi generación convertida tardíamente en velasquista. Yo, no. Creo que fue un gobierno autoritario que nos complicó la vida porque, si hubiéramos vivido en democracia, la posibilidad de que esa generación nuestra se insertara políticamente en el sistema hubiera sido distinta». Con un argumento diferente, Ricardo Uceda se alinea en el mismo lado: «Con esa idea de reparar la injusticia social, aplicaron ideas que no funcionaron en la práctica [...] políticas que a la larga han sido dañinas en el país —la forma como se hace la reforma agraria—, políticas equivocadas que llevaron a un estancamiento, un atraso». Quien fue funcionario gubernamental en la época y se convirtió en un dirigente empresarial, Óscar Espinosa Bedoya, también se sitúa entre los críticos: «Algo pudo haber cambiado en el plano social pero sigo pensando que se alentó el enfrentamiento entre peruanos». Nacido y criado en el medio empresarial, Juan Carlos Verme admite: «Velasco no sale de la nada: algo anterior lo generó, algo lo gestó», pero se posiciona luego entre

los discrepantes: «Creo que se hubiera podido hacer grandes cambios de una manera más constructiva. Pero entiendo que Velasco y los suyos eran gente frustrada y tal vez impaciente, que quería cambiar y la forma más evidente de cambiar era destruyendo [...] con Velasco los ricos no solo se empobrecieron sino que se escondieron entre cuatro paredes. [...] Hubo algo así como una involución».

Si los empresarios pasaron por una involución debida a la revolución militar, el país entero pasó por una regresión más grave con ocasión del conflicto desatado por la insurgencia de Sendero. La gravedad del asunto se revela en las dificultades para hablar del tema: «Hablar de Sendero, tratar de entender por qué aparece con ciertas características mesiánicas y de violencia es para que a uno lo terminen calificando de filo-senderista. Es complicado», se lamenta Ramiro Llona. El lingüista Montalbetti observa: «No tenemos un nombre para lo que ocurrió con Sendero [...]. Ni siquiera nos ponemos de acuerdo en decir qué fue eso».

En el mismo sentido apunta Jo-Marie Burt: «Ha sido muy difícil en la sociedad peruana encontrar una narrativa más o menos común que nos ayude a entender el fenómeno senderista y, por lo tanto, cómo debemos responder a los diferentes legados de ese fenómeno». A partir del señalamiento de la politóloga, el problema no parece residir en que el fenómeno no haya sido estudiado y trabajado sino en que la sociedad se resiste a las explicaciones: «A pesar de que hay muchos estudios muy buenos que han tratado de indagar sobre Sendero Luminoso como un fenómeno social, el producto ha quedado en la academia, no ha trascendido a la sociedad. Sigue habiendo una imagen de Sendero Luminoso como un fenómeno casi extraterrestre».

En parte, las dificultades provienen de que hay sectores que tienen muy vivo el conflicto interno, según señala Alberto Gálvez, aunque precisa: «No creo que sean mayoría». «El Perú está lleno de torturados pero nadie se da cuenta. Son esas las cosas de las que no nos damos cuenta, porque no asumimos que somos un país de posguerra», hace ver José Carlos Agüero. El psicoanalista Moisés Lemlij advierte: «El resentimiento queda», refiriéndose a algo así como «el odio flotante». Luego de recordar que para muchos peruanos el impacto del conflicto «está presente a diario porque perdieron un ser querido o tuvieron que dejar sus casas», Burt sostiene que «Sendero polarizó aún más al país y esa polarización se sigue viviendo en el Perú [...] esa polarización genera mucha dificultad para entenderse, para construir un país». Con ella coincide Uceda: «Hay una polarización que tiene componentes de violencia política».

Esa polarización aparece de vez en cuando en torno al uso del término «terrorista» o «terruco», como epíteto descalificador. Así ocurrió en las elecciones de 2016, aunque quienes lo usaron con ese propósito finalmente tuvieron que pedir disculpas. El balance, para Jorge Nieto, es que «se ha cancelado la etapa política en la cual

uno podía usar el insulto ‘terrorista’ con impunidad». En cambio, para Jo-Marie Burt, especialmente tratándose del medio rural, «El recurso de acusar de ser terrorista a quien te cuestiona está vigente y puede tener consecuencias muy graves, y la gente lo sabe».

Parece haber acuerdo en que el intento realizado mediante la Comisión de la Verdad y Reconciliación no ha alcanzado el objetivo que se perseguía. En primer lugar porque en general, no hay un ánimo de reconciliación, según admite Alberto Gálvez. La reconciliación, sostiene, existe «únicamente como propósito humanitario de un sector, más por razones éticas o religiosas, que como parte de una dinámica política de las fuerzas». En segundo lugar porque la propia Comisión tuvo, al decir de José Carlos Agüero, «una falla de origen: no responde a un proceso de transición [...] La Comisión de la Verdad, en realidad, es casi un obsequio de la transición. Y la transición casi es un obsequio de un acomodo de fuerzas. La Comisión de la Verdad es más un esfuerzo intelectual [...] no tiene ningún anclaje» de tipo social. Para Moisés Lemlij, en cambio, el error estuvo en la conformación de la Comisión: «Era un arreglo entre amigos, entre compañeros de ideología; tendrían que haber incorporado a los otros [...] no había representantes de los militares, tan solo era una élite intelectual izquierdosa la que constituía la Comisión [...] no fue una comisión representativa del Perú [...] Tendrían que haber puesto —como pusieron en otros lados, en la de Ruanda, en la de Sudáfrica— a representantes del mundo civil ordinario: empresarios, medio brutotes pero que de todas maneras son capaces, gente del ejército, militares. El informe hubiera sido más aceptable por todos los sectores. [...] hubieran dicho lo mismo con otro lenguaje, pero la aceptación hubiera sido otra».

Sin ánimo de reconciliación en la sociedad peruana, luego de un fracaso relativo de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, ¿qué queda del conflicto armado interno para este país? «Sendero ha generado más fragmentación en una sociedad que ya era fragmentada» responde Jo-Marie Burt. En cambio, para Jorge Nieto, el país ha realizado un aprendizaje importante, la convicción de que es mejor que resolvamos nuestros conflictos en democracia, lo que significa que «no se reivindica más la revolución como hecho violento. [...] Esa idea, que cobijó casi toda la protesta social del siglo XX en el Perú, hoy día ya no existe; por lo menos, no con el vigor que tuvo en su momento, no con la convicción que movilizó a decenas de miles de jóvenes».

«No podría decir que las cicatrices de los años noventa han cerrado en la sociedad», admite el marino en situación de retiro Fernando Palomino. Complementariamente, Felipe Ortiz de Zevallos se pregunta: «¿podremos cicatrizar un día no muy lejano las heridas de la violencia?» Para Ricardo Uceda, queda pendiente «por un lado, que los militares piensen qué ha pasado con su experiencia; y luego, entender que es mejor que el MOVADEF entre en la competencia política aunque mantenga posiciones

muy radicales. Desde luego, eso pasa porque acepten las reglas democráticas». Antes que eso, José Carlos Agüero reclama espacios para «escuchar la basura» que llevan dentro aquellos que participaron en el enfrentamiento, en un bando o en el otro.

¿Qué ha ocurrido con los militares a quienes Uceda reclama que piensen su experiencia, «que se expliquen qué pasó, qué falló, qué estuvo bien», dado que «la fuerza armada ni siquiera ha hecho un examen de lo que le ha pasado. Hasta ahora, su verdad oficial es que las matanzas fueron hechos aislados». Pese a la inutilidad social del alegato, tras esa versión se parapeta uno de los conversadores de este libro, el marino en retiro Fernando Palomino: «Las violaciones a los DDHH por parte de las fuerzas armadas fueron la excepción y no la norma». No deja de ver, sin embargo, que el maridaje civil-militar que protagonizaron durante la dictadura fujimorista perjudicó a la institución: «La sociedad peruana, sobre todo la academia, ha estado muy sensible por lo que pasó en los años noventa. El cogobierno que hubo, usando a las fuerzas armadas, durante el gobierno de Fujimori ha hecho mucho daño».

Pese a ese reconocimiento, que seguramente comparten muchos oficiales en actividad y en retiro, las fuerzas armadas no han hecho un *mea culpa*. Peor todavía, como recuerda Jo-Marie Burt, la convivencia civil-militar fue reeditada en el segundo gobierno de Alan García, cuando este llevó a la vicepresidencia al contralmirante Luis Giampietri que estuvo vinculado a la matanza de El Frontón, ocurrida en junio de 1986, precisamente durante el primer gobierno de García. Con el segundo gobierno de García volvió a instalarse el reconocimiento oficial a los militares como «vencedores» del conflicto armado interno. Burt subraya que la responsabilidad institucional de los militares durante las décadas de los años ochenta y noventa no se agota en los juicios llevados a cabo y, sin embargo, no ha dado lugar a un debate público importante: «es como que con la democracia el tema se solucionó».

No se solucionó, ciertamente, menos aún si, como ocurre, los altos mandos siguen ocupando un lugar preeminente en la vida pública, en medio de un «discurso oficial hacia ellos» que está «lleno de adulaciones y alabanzas huecas», como puntualiza Uceda. Aún peor, una sociedad que no parece haber aprendido las lecciones más duras del conflicto armado interno «tiene a flor de piel el uso del aparato coercitivo del Estado para solucionar todos los problemas del país», según observa Palomino. En efecto, en la campaña electoral de 2016 surgió, una vez más, la propuesta de usar a los militares para combatir la delincuencia y las encuestas mostraron que el respaldo a esa proposición es importante.

Los políticos a menudo se montan sobre esa creencia social autoritaria que confía en el éxito de la «mano dura» que las fuerzas armadas corporizan. La renuncia de responsabilidad de los actores políticos y su preferencia por la «negligencia benigna» —concepto que Fernando Palomino incorpora al análisis— se manifiesta en el uso

de guantes de seda para tratar los problemas en las fuerzas armadas. Esa delicadeza propicia que hechos reprobables, incluso de corrupción, sigan ocurriendo en las que hace no mucho tiempo la zalamería de los civiles llamaba «instituciones tutelares». El espectáculo continuado, ciertamente, no contribuye a la cicatrización de heridas.

Desde una mirada distinta, Fernando Palomino se lamenta de que haya pocos civiles preparados en temas de defensa e interpreta que eso se debe a que «los temas de defensa no venden. [...] es un tema que profesionalmente no atrae, ni agrega valor a la profesión del potencial investigador». Entre tanto, añade, «en el Ejército [...] algún sector de los militares —como algún sector de la sociedad—, se siente muy cómodo con los caudillos militares».

¿DE QUÉ DEPENDE EL PERÚ DE NUESTROS NIETOS?

El balance sobre la situación del país correspondió a quién fuera el interlocutor. Algunos prefirieron ver el vaso medio lleno. Así, Óscar Espinosa Bedoya sostiene que el Perú «ha dejado de ser la chacra de unos cuantos, como se definía en otros tiempos, para ser un país de emergentes; ellos son los verdaderos actores del desarrollo del país». Insiste en las mejoras —«El peruano vive mejor que antes»— y asegura al cronista: «Estamos en un país mejor que el que dejaste hace treinta años, mucho mejor». Incluso en el plano político, Alberto Vergara encuentra un signo de mejora en la interrumpida carrera de César Acuña hacia la presidencia: «Hoy en el Perú ya no puedes ser tan precario como candidato: es difícil que alguien, que es tan evidente que tiene problemas incluso para leer, que tiene problemas para articular una idea, en quien es imposible identificar algún tipo de programa, pueda crecer mucho más allá de eso. Ya no somos un país en el cual alguien tan primario pueda seguir creciendo».

Del otro lado, Ramiro Llona resume: «Este un país complejo y que no está resuelto», y Juan Carlos Verme formula un señalamiento específico: «Lo que me desanima tremendamente del Perú es este anquilosamiento de las viejas ideas».

Entre unos y otros, Javier de Belaunde admite: «No veo claro cuál es el puerto de llegada [...]. De repente este factor de violencia, de narcotráfico, de corrupción, nos hunde», pero introduce en la duda un elemento positivo: «al mismo tiempo, ves en el país otras fuerzas que están tratando de construir algo mejor para sí mismos, para su familia y para la colectividad». Al elaborar este factor, Belaunde dice referirse al «esfuerzo individual o el esfuerzo privado, de grupos organizados, por construir una colectividad mejor para su familia y para sus pueblos. Creo que esa es quizás la gran diferencia con nuestra generación, que creyó mucho en el rol reorganizador del Estado sobre la sociedad. Y lo que está habiendo es una reorganización de la sociedad, desde la sociedad misma, con muchas características que no nos gustan o que no comprendemos».

En términos similares, Espinosa Bedoya pone en relieve la contribución de los empresarios en materia educativa. Carmen Lora suma un componente positivo en el campo de las ideas: «Hay ahora algo interesante, en una presencia liberal moderna, abierta, que critica» las posiciones de la jerarquía católica conservadora.

Reconocidos esos elementos dinamizadores en la sociedad, el diagnóstico del Estado propuesto por Carolina Trivelli señala obstáculos mayores: «En el Estado hay problemas de articulación y una ausencia total de mirada integral. Los problemas se sectorizan o dividen en niveles de gobierno», pero ocurre que en la realidad «los problemas no son sectoriales; son complejos y, por definición, multisectoriales; las soluciones pasan porque llegue todo junto, en el mismo momento, para la misma gente». Uno de los problemas que el Estado no parece capaz de resolver es el manejo de demandas y conflictos sociales. Jo-Marie Burt se refiere a que la violencia resultante en muchos de esos casos «es el resultado de la falta de diálogo: la población tiene reclamos y el Estado, los poderes encargados, no escuchan o no quieren escuchar», y añade una advertencia severa: «Si sigue habiendo gobiernos que no responden a las necesidades, puede surgir una violencia descontrolada, ni siquiera violencia política sino una violencia más social».

Esa incapacidad del aparato del Estado, que los gobiernos elegidos en los últimos quince años han ido reproduciendo, probablemente guarda relación con que todavía no hemos logrado meter en el debate los temas de inclusión como una parte obligada, según señala Carolina Trivelli. Para ella, la razón de esa ausencia es que «no tenemos ni el liderazgo, ni armado un discurso convincente, atractivo y convocante. No tenemos narrativa de cómo estos temas pueden ser transformadores para la sociedad peruana, de cómo estos temas deben guiar el debate de lo que queremos ser como país».

Así como no hay un gran diseño de inclusión —aunque el término esté de moda en los discursos políticos—, en particular no hay un lugar para el que fue subversivo, cumplió su condena y volvió a la vida social. Tampoco hay espacio político para esos miles que estuvieron cerca de la subversión y en la actualidad se mantienen alrededor o cerca de una organización como el MOVADef o las asociaciones de familiares de presos políticos; entre todos ellos «la falta de oportunidades es muy fuerte, lo sienten, y es frustrante, lo sigue siendo», según testimonia José Carlos Agüero. Para él, la búsqueda asociativa expresa que «sentir que significas algo para la vida política del país es algo gratificante. Creo que tienen más motivos para pertenecer que para no pertenecer». Uceda plantea la pregunta: «Estaremos hablando de unos cinco a diez mil militantes, no sé. ¿Queremos o no queremos que hagan política en democracia?».

Los niveles de consumo alcanzados en el país no logran desplazar el sinsabor de la experiencia frustrante de que «lo que se prometió como proyecto para el país,

el universo de la ‘modernización’ se ha demostrado claramente falso», indica Alberto Vergara. Javier de Belaunde ve con preocupación la ausencia de utopías y el desplome de la política, que no son fenómenos solo peruanos. Él cree que «La construcción de una opción política está por hacerse» y afirma que «sin eso que está por construir, el futuro es complicado».

El futuro no está asegurado ni el país está encaminado en la vía del progreso, como pretende el «optimismo bobalicón» que desapruueba Alberto Vergara. Coincide Ramiro Llona: «Este es un país muy complicado, que no ha solucionado sus grandes problemas, que nadie quiere solucionar; en la campaña electoral todo el mundo quiere ganar votos, acomoda sus ideas y declaraciones y la problemática real está ahí —nadie la toca—, los atrasos históricos, los problemas de educación, de infraestructura, la corrupción, el narcotráfico que es el cáncer que nos está comiendo vivos, pero nadie quiere aceptarlo, nadie se quiere dar cuenta». De ahí que Vergara sostenga la «necesidad de sacudir el conformismo que ha habido en el país en los últimos quince años, donde ha habido la convicción de que todo iba bien», bajo la creencia en «las capacidades curativas de la economía, sobre otras dimensiones que conforman el país».

Para Alberto Gálvez «tiene que encontrarse formas de cambiar esa cultura política general en el Perú para encontrar fórmulas de convivencia, de entendimiento, de concertación, de objetivos nacionales comunes, que es lo que se requiere. Llegar a eso no es fácil porque hay tantas carencias y tantos intereses. La gente no está tan dispuesta a ceder parte del privilegio». Coincide Vergara al señalar una incapacidad para la cooperación entre liderazgos que se muestra en determinados momentos críticos de la historia política.

Es que «nuestras élites son precarias», explica Jorge Nieto, y «estamos demostrando muy poca capacidad para crear nuevas élites, en todos los ámbitos; no pienso solo en la vida política». Esto es decir que «el pasado se proyecta sobre el presente y el futuro, con una sombra demasiado vigorosa. Nos faltan nuevas siluetas, nuevas ideas, nuevas actitudes».

En el cuadro trazado resalta la ausencia de visiones de conjunto y con perspectiva de largo plazo que se ofrezcan al país como propuestas políticas. Aunque es posible que el proceso de descentralización esté generando nuevos liderazgos, quienes hasta ahora aparecen como líderes nacionales carecen de esa mirada. De allí que la vieja deuda nacional con los excluidos se salde parcialmente mediante los empleos que da el crecimiento económico, sin un gran proyecto de sustento ni garantía de sostenibilidad.

UNA INDAGACIÓN FINAL

Una cuestión que el cronista sometió a algunos de los interlocutores, y que atañe también a este libro, fue: ¿si el Perú es un país en el que casi no se lee, por qué escribir y publicar? Felipe Ortiz de Zevallos impugnó inicialmente la pregunta, alegando que hoy en día se lee de otra manera. Pero, luego, ensayó una interpretación con varias rutas abiertas: «los que escriben probablemente lo hagan por vocación, por ser diferentes, tal vez, para ser diferentes, quién sabe. Por comunicación intergeneracional, también. Para devolver lo que uno ha recibido. Para transferir la posta». El historiador José Luis Rénique, que escribe y publica con frecuencia, fue más personal al sugerir: «una especie de selección natural: termina escribiendo y publicando el que no puede hacer otra cosa, el que no puede resolver su mundo interior, su visión de sí mismo, su relación con el mundo, sino a través de la reflexión y de la comunicación». La tarea de escribir quedó situada así en el terreno de las necesidades personales, más que en la improbable demanda de los lectores. Pero quien en este terreno fue más lejos y con mayor precisión fue el poeta Mario Montalbetti, que se apoyó para ello en el ruso Varlam Shalámov: los escritores son como los manzanos, es decir, «Un manzano da manzanas en el medio del bosque; la manzana cae al suelo, se pudre y no se la come nadie; pero eso es lo que hacen los manzanos año tras año: dar manzanas, ¿no es cierto? Y nosotros también: al año siguiente, seguiremos escribiendo». En definitiva, precisó, para quien escribe «es importante seguir escribiendo como forma de seguir pensando». Por eso mismo Julio Ramón Ribeyro señaló que escribir «es acceder a un conocimiento». Podría añadirse que leer es, asimismo, otra forma de seguir pensando, de acceder al conocimiento, a partir del pensamiento de otros. Hacer esa propuesta al lector también fue el propósito de este libro.

Se terminó de imprimir en
los talleres gráficos de
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Psje. María Auxiliadora 156, Breña
Correo e.: tareagrafica@tareagrafica.com
Teléfono: 332-3229 Fax: 424-1582
Se utilizaron caracteres
Adobe Garamond Pro en 11 puntos
para el cuerpo del texto
noviembre 2016 Lima - Perú